JEREMÍAS GAMBOA

Contarlo todo



Desde hace mucho tiempo he intentado infructuosamente convertirme en alguien que escribe un libro o he intentado vivir como alguien que escribe uno o como creía que tendría que vivir alguien que lo hiciera para durante más de diez años escrito una sola línea que me gustara. He

Lectulandia

Una mañana de setiembre de 2004, en la habitación humilde de un barrio periférico de Lima llamado Santa Anita, un muchacho peruano que no ha tenido nada en la vida —salvo su propia historia— se sienta a escribir su primera novela convencido de que ya es un escritor. Se llama Gabriel Lisboa y aquello que sale de sus manos es Contarlo todo: un relato desgarrado y épico que comienza con un adolescente que tiembla al «unir palabras» en una redacción periodística del centro de Lima y que termina con él mismo convertido en un adulto capaz de escribir con una urgencia y una determinación excepcionales el gran relato de su vida. Manual de juventud, de amistad y de amor, Contarlo todo es sobre todo una gran novela de aprendizaje, un relato conmovedor que nos muestra la forma de encontrar un lugar en el mundo y la construcción de una identidad propia, el papel que juega en nuestra vida la gente que comparte nuestros sueños y la pulsión y el terror que implica la escritura. Pero sobre todo, que nos revela el poder cegador y completamente transformador y mágico de la literatura.

Lectulandia

Jeremías Gamboa

Contarlo todo

ePub r1.0
Moroco 28.03.2019

Título original: *Contarlo todo*
Jeremías Gamboa, 2013

Editor digital: Moroco
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta
Contarlo todo
LIBRO PRIMERO
PARTE UNO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
PARTE DOS
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
LIBRO SEGUNDO
PARTE TRES
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
PARTE CUATRO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
EPÍLOGO
I
II

A mi tío Emilio y a mi tía Laura.

A Bruno Lorente, Santiago Montero y Jorge Ramírez Zavala,
mis eternos hermanos.

El día de contarlo todo
GABRIEL LISBOA

Yes, I am the nature son
And I am the only One.
I do what I want and I want what I see.
It could only happen to me…

LOU REED

LIBRO PRIMERO

PARTE UNO

1

Ahora sí la música inunda toda la habitación. El disco gira, lo veo moverse desde aquí, gira a todo volumen y por ello casi no me escucho, no escucho los sonidos violentos que produzco con tan solo mis dos dedos índices golpeando el teclado de la máquina, desnudo y sentado frente a la computadora de mi cuarto esta mañana. El golpe que desató la marea ha sido una guitarra partiéndose en dos, el sonido de un platillo que latiga el aire, el bajo que se arroja como un colchón sobre todas las cosas. Después todo ha sido de él. Y de mí. Lo que dice lo pongo de epígrafe, lo escribo en la página, así. Lo que dice es lo que siento o lo que ahora creo que siento dentro de mí. Lo que dice me parece estúpido y quizás yo también lo sea. Estúpido para creérmelo todo, para imaginar que esto es todo lo que necesitaba para hacerlo, salir del baño, sentir el agua helada en el cuerpo, prender la máquina, poner su disco, golpear el teclado, sentir que soy capaz de decir lo que me venga en gana. Escribir…

Desde hace mucho tiempo he intentado infructuosamente convertirme en alguien que escribe un libro o he intentado vivir como alguien que escribe uno o como creía que tendría que vivir alguien que lo hiciera pero durante más de diez años no he escrito una sola línea que me gustara. Hasta hoy. Ahora hay un tibio sol afuera, es setiembre, es miércoles, y yo estoy en Santa Anita, vestido con una camiseta cualquiera y en *short*, en sandalias. Y ahora, recién salido de la ducha, me doy cuenta perfectamente de que esto es, al fin, el inicio de algo, o de todo, la llegada del día preciso para que algo así sucediera, para contarlo todo. El libro que se ha abierto hace unos segundos en mi cerebro y se ha alineado perfectamente en mi cabeza y en mis vísceras… Que ya tiene título, dedicatoria y epígrafe, también sus dos primeros párrafos, y que se narra a sí mismo. Él solo. A pesar de mí.

Entonces resulta que todo era así. Consiste simplemente en colocar sobre la pantalla que me llamo Gabriel Lisboa y que no se trata de un nombre parecido al mío o de un álter ego producto de la combinación de nombres y apellidos de otros personajes que me gustaron de otros libros y que significan

algo especial para mí. Mi nombre no significa nada. Simplemente me llamo Gabriel Lisboa y tengo veintinueve años. O, mejor aún, estoy muy cerca de cumplir los treinta y siento de pronto que al fin he perdido el miedo a cumplirlos. Y también diré que ahora, con esta liberación y esta energía que me dispara los dedos sobre las teclas, tengo la sensación de que al fin empiezo a ver las cosas y a entenderlas, de que las puedo tocar. ¿Por qué me bloqueé durante tantos años?, me pregunto. ¿Por qué ahora tengo las ganas de sentarme a escribir esto y simplemente me siento y lo escribo? ¿Qué cosa me permite ahora unir cada una de estas palabras con la sensación de que al fin vencí a alguien o a algo dentro de mi cabeza y de que cada letra que pongo es pertinente y cae justa y para siempre en la página? Sin duda parte de la razón la debe de tener Lou Reed. Reed cantando «*I'm So Free*» pero sobre todo «*Beginning to See the Light*», Lou Reed gritando como un energúmeno disociado de sí mismo, desafinando. Quizás se trate simplemente de eso, de que he aprendido finalmente que la cosa es hacer y no juzgarme. Eso es. De vencerme escribiendo. Y basta.

Entonces yo hago. Leo lo que he escrito y me digo que es necesario empezar a narrar ya, empezar a contar desde alguna parte toda esta historia que tengo incrustada en la garganta. ¿Qué historia? Pues la mía: no tengo ninguna otra historia que contar. Solo puedo contar mi historia porque es todo lo que tengo a estas alturas de mi vida y porque solo yo puedo contarla. Una historia bastante larga y llena de sangre circulando que termina conmigo aquí, esta mañana, escribiendo que voy a escribirla, y que empieza cuando por primera vez empecé a unir palabras como ahora, ante una máquina, durante aquel verano de 1995 en que comencé a trabajar como practicante en una redacción inverosímil de una revista envejecida del centro de Lima. Fue entonces que todo lo que era hasta allí, esa nebulosa de días indistintos que había sido mi infancia, mi adolescencia y los primeros años de la universidad, cobraron un nuevo sentido y se modificaron para siempre. Y me modificaron también a mí. Me lanzaron sin que lo supiera a estar aquí casi diez años después, sentado esta mañana frente a mi máquina porque quiero, sin trabajo fijo y sin ingresos, sin nada salvo la ilusión de que al fin creo saber qué quiero contar y sé cómo hacerlo, en el cuarto que le rento a mis tíos hace años y en el que vivo solo, solo habitado por mis recuerdos, por la imagen de los amigos a quienes acabo de dedicarles mi libro, por los intentos hasta ahora frustrados de escribir, por Fernanda y por las pocas mujeres que conocí antes de enamorarme de Fernanda. Por mí. Un hombre que no tiene nada salvo una

historia que le pertenece y la voluntad de lanzarla contra todo. De una buena vez.

Aún recuerdo con claridad la noche aquella en la que mi tío Emilio llegó a la casa con una expresión en el rostro que tía Laura y yo jamás le habíamos visto, como si le acabara de ocurrir algo extraordinario. Hubiéramos creído que se trataba de un objeto precioso encontrado en la calle o que lo habían ascendido en el trabajo si no hubiera sido porque una vez que se quitó el saco me llamó para conversar en la sala y porque en su timbre de voz se distinguía un aire de cierta forzada solemnidad: el asunto tenía que ver conmigo. Recuerdo que intenté pensar en las faltas que había cometido pero no se me ocurrió ninguna. No tenía ni la más leve sospecha de que mi vida, o lo que hasta entonces había sido mi vida, estaba a punto cambiar para siempre:

—Te tengo noticias, hijo —me dijo el tío Emilio de golpe, que siempre me llamaba «*hijo*»; se había adelantado sobre su asiento y había puesto los codos sobre sus rodillas—. Hay una posibilidad de empleo para ti este verano.

Recuerdo claramente que me quedé perplejo y que pensé que se trataba de una broma. Desde que mis padres se separaron y yo fui a dar, tras varias estaciones, a su casa en Santa Anita, mi tío Emilio había tenido esa clase de gestos inútiles con los que intentaba demostrar que él podía cumplir las funciones que mi verdadero papá, el hermano de su esposa, había dejado de realizar desde que abandonara a mi madre y la dejara sola con su único hijo. Hacía solo un par de años me había querido llevar a la pizzería en la que trabajaba con la intención de que lavara platos o fuera mozo como él, y en aquellas ocasiones mi tía Laura se había opuesto tenazmente a aquellas ideas. Yo siempre le agradecía su ayuda, pero en los últimos años había conseguido emplearme a mi manera: desde que me mantenía en la universidad por cuenta propia había querido demostrarles, y demostrarme a mí, que había dejado de ser una carga para cualquiera. Me sorprendía que esa noche él volviera a insistir con una nueva propuesta: mi tío sabía que ya no aceptaría de ningún modo emplearme en la pizzería en la que él trabajaba, en pleno centro de Miraflores. La sola posibilidad de encontrarme con algún compañero de la universidad, como había ocurrido el verano anterior, me causaba pánico.

—Es en *Proceso* —le escuché decir entonces. Estaba radiante como sabiendo que de aquella manera conjuraba de un solo golpe todo lo que pasaba por mi cabeza—. Es para trabajar como periodista.

No recuerdo qué hice en aquel momento. Posiblemente permanecí mudo y solo atiné a abrir mucho los ojos.

—En verdad es para *practicar* como periodista —agregó él, satisfecho de mi reacción—. No hay pago, pero he pensado que yo podría ayudarte este verano con los pasajes. Digamos que es como un costo que podríamos asumir. Digamos que es como una inversión.

Realmente no había entendido lo que acababa de decir, de modo que tuvo que repetirme todo de nuevo y solo entonces empecé a experimentar algo bastante parecido a lo que sentí la primera vez que supe que había obtenido la beca completa en la universidad en la que estudiaba y que de alguna manera justificaba mi presencia en casa de mis tíos Emilio y Laura. Aún era nítida la tarde en que había ido a las cajas de la universidad a recoger mi boleta mensual para tramitarla a través del sistema de préstamo universitario que había adquirido no hacía mucho cuando de pronto me encontré con que mi nombre no aparecía en el sistema de pagos. Inmediatamente pensé que me habían expulsado de la universidad o algo quizás peor, pero el empleado de la ventanilla me informó que había ocupado el primer lugar entre todos los alumnos de Estudios Generales y que por ello no tenía que pagar absolutamente nada por estudiar. Recuerdo que me tumbé en el jardín de la facultad de Derecho esa vez y que de inmediato pensé cómo haría para llegar en un segundo a casa de mis tíos a darles la noticia. Aquella tarde quien había sentido una urgencia parecida había sido tío Emilio, y yo podía ver su sonrisa que se sobreponía a su camisa blanca, a los lapiceros que llevaba en su bolsillo al lado del pecho, al cartapacio que descansaba a su lado en el sofá y en el que seguramente había un libro a medio leer.

—Tenemos cita el día martes en la tarde con el señor Francisco de Rivera —dijo mi tío, tratando de contener sin éxito la sonrisa, sabiendo de antemano que yo tenía deseos de abrazarlo, o de besarlo, o de pararme en medio de la sala y de ponerme a gritar—. Es increíble, ¿verdad?

Lo era. Él y yo sabíamos perfectamente lo que aquella cita significaba y durante la semana que siguió no hicimos sino pensarlo cada uno por separado, en mi caso hasta la extenuación. Era diciembre de 1994 y una vez más yo había acabado el ciclo académico de la universidad haciendo esfuerzos sobrenaturales para obtener el promedio que me colocara entre los cinco primeros puestos de la facultad y me permitiera mantener la beca un semestre más sin abultar la cuenta de mi préstamo. Como todos los fines de semestre, me había tomado algunos días solo para dormir después de la tenacidad de los exámenes, las malas horas de café y Coca-Cola, la ansiedad ante la posibilidad de fallar en los trabajos prácticos. Lo que me tocaba entonces era empezar a buscar un trabajo fugaz para la campaña navideña —siempre

aparecían algunos infalibles por esos días— y luego otro para el resto del verano; eso me ayudaría en los gastos del año siguiente, los materiales de la universidad, los boletos del bus y algunas prendas que podría llevar a clase, más allá de los polos que mi tío Emilio recogía de las distribuidoras de cervezas y gaseosas que trabajaban con su restaurante y de las chompas que me tejía a mano la tía Laura. El verano de 1993 lo había pasado pelando pavos para una avícola antes de la campaña de Navidad y Año Nuevo y después me había achicharrado bajo un sol calcinante a la búsqueda de encuestas sobre preferencias electorales para una empresa de opinión pública. De mi última experiencia como vigilante en un supermercado bajo un turno rotativo de veinticuatro horas había salido completamente desmoralizado. Llegué al mes de marzo último atravesado de arcadas, deprimido hasta los huesos y con un deseo voraz de quemar el uniforme que usaba para empezar de una vez las clases en la universidad, aun cuando sabía que ahí me sentiría incluso peor que durante el transcurso del verano. Supongo que de ese tipo de empleos había obtenido la rabia suficiente para estudiar de una manera casi salvaje los ciclos regulares de invierno y tratar de no ser el tipo de hombre que mi padre habría asumido que sería. De ese último verano, además, había extraído la conclusión de que me emplearía en algo que no me expusiera al contacto con los barrios en donde vivían mis compañeros de clase, de modo que nadie sabría la manera en que pasaba los meses de calor en que desaparecía de sus vidas. Me topé a algunos de ellos los sábados en la noche en el supermercado y sufrí lo indecible para encontrar la manera de vigilarlos sin revelarles mi identidad. En los sueños interrumpidos por culpa de los nervios a finales del semestre me decía una y otra vez, con dolor, que ese verano trabajaría en una fábrica cerca de mi barrio, en Santa Anita, o en alguna de El Agustino o acaso en San Luis, o quizás me emplearía de cobrador en la ruta de una combi en la que jamás se pudiera subir alguien que estudiara conmigo. Trabajaría fuera de la mirada de los otros hasta acabar en silencio la universidad. Luego saldría a emplearme en algo relacionado con lo que estudiaba.

Sin embargo, el tío Emilio acababa de decirme que aquello podría ocurrir de inmediato.

Tía Laura se acercó a la sala, se sentó en otro mueble y le preguntó a mi tío cómo así había conseguido aquella cita. No es que lo subestimara, pero le costaba creer cómo alguien en la posición de él había obtenido una reunión con alguien así de importante. Yo también quería saber. La historia de aquella hazaña nos la contó mi tío aquella noche, los tres en la sala, y luego mientras

cenábamos, y después, con aderezos, ampliaciones y detalles, todas las veces que pudo hasta la reunión de aquel martes con Francisco de Rivera. Durante todas esas ocasiones yo no dejé de pensar que el tío Emilio era en verdad un hombre especial, un mozo muy distinto de sus compañeros de trabajo y de los mozos de cualquier restaurante de Lima y también de los maridos de las otras hermanas de mi madre, todo lo cual lo había tornado algo retraído y solitario. Mi tío Emilio *leía*. Y es completamente cierto que la costumbre de llevar siempre con él una novela comercial, un número pasado de *Selecciones*, o cualquier revista de actualidad sobre universo, civilizaciones y sociedad que alguno de sus clientes le regalaba resultó determinante en la conquista de aquella cita que había logrado en el mayor silencio.

Lo primero que había ocurrido es que gracias a sus hábitos de lector mi tío había sabido reconocer, entre sus clientes, que la figura de ese hombre muy alto, de bigotes entrecanos y voz estentórea que iba seguido a la pizzería le pertenecía a Francisco de Rivera. Mi tío lo había visto en algunas revistas peruanas hablando de los libros de cuentos que había publicado en los primeros años noventa o de su amistad con algunos escritores —Julio Ramón Ribeyro, Antonio Cisneros— junto a los cuales había llegado alguna vez a la pizzería para sentarse en una mesa que él mismo había atendido. El tío Emilio era el único mozo que les hablaba a los escritores de sus obras más conocidas, de los libros que acababan de publicar y de vez en cuando les preguntaba con bastante discreción cómo les iba. Casi todos le tenían cierto cariño y sabían reconocerlo, y algunos de ellos incluso lo trataban por su nombre. De Rivera era uno de ellos.

Una vez, escuchando sus historias, yo le dije que De Rivera era el subdirector de la revista *Proceso*. Entonces fue que mi tío Emilio diseñó su plan. Durante días ensayó cómo abordaría a De Rivera, preparó palabras y maneras de manifestarle sus ideas, pero cada vez que el personaje de carne y hueso acudía al restaurante para almorzar o cenar con sus amigos, mi tío era sobrepasado por sus nervios y se olvidaba de todo lo que había preparado, o se dejaba ganar por una energía interna que lo paralizaba, y que trataba de desestimar diciéndose que acaso De Rivera estaba acompañado o que se le notaba de un humor extraño. Lo había dejado pasar varias veces hasta aquella tarde en que De Rivera ingresó a la pizzería completamente solo y de buen humor. Entonces no lo pensó. Su cliente se había sentado en la mesa, le hizo algunos comentarios a su mozo acerca del clima de las elecciones que se avecinaban y este, sin pensarlo dos veces, como si su boca se hubiese disparado sola, le dijo, antes de tomarle el pedido, que quería hacerle una

consulta de carácter «*profesional*». De Rivera lo miró por unos segundos y mi tío entonces le dijo que se trataba de «*su hijo*», que estudiaba comunicaciones en la Universidad de Lima y él quería saber qué necesitaba para hacer prácticas en la revista que él dirigía. De Rivera olvida la pregunta; lo que realmente le intriga es cómo alguien como mi tío podía mantener a un hijo en una universidad como esa. Mi tío entonces le cuenta el asunto del préstamo, de los esfuerzos de su «*chico*» por estudiar y de la beca completa que obtenía todos los semestres. De Rivera le sonríe y lo felicita, le dice que algunos de sus amigos no podían educar a sus hijos en universidades de ese nivel y le pide la carta. Mi tío se la deja y se va. Después todo ocurrirá como siempre, salvo que al traerle la cuenta mi tío vuelve a insistirle con la pregunta inicial:

—No tenemos presupuesto en la revista para practicantes y este año estamos particularmente ahorcados —le dice De Rivera—. Quizás sería mejor que trabajara en un lugar que le pagara un sueldo.

—Señor De Rivera —le responde entonces mi tío, algo ceremonioso—: Yo sería capaz de pagarles a ustedes para que el muchacho pudiera aprender a hacer periodismo en su revista.

—Tráelo el martes de la próxima semana a las seis de la tarde —concede De Rivera, parándose. Luego le da unas palmadas en la espalda, deja la propina y sale de la pizzería.

Para cuando ese día martes fui a recoger a mi tío Emilio al restaurante en que trabajaba en la calle Mártir Olaya, en Miraflores, ya me quedaba poco de la emoción que había vivido ante aquella historia y la verdad es que a mi tío ni se le habría ocurrido contársela a nadie. De Rivera le había dicho que fuera a la oficina de *Proceso*, pero no le había dado siquiera una tarjeta. Mi tío había anotado la dirección del sitio de una edición pasada de la revista y le había pedido permiso al administrador de su trabajo para acudir a una cita muy importante y le había explicado a su superior en qué consistía la cita. Cuando me vio llegar a su local me hizo una seña con la mano y a los minutos salió sin su uniforme, bastante apresurado. De la seguridad que tenía cuando me contó cómo había logrado esa reunión con De Rivera ya no le quedaba nada. No hablamos una palabra durante la caminata que hicimos por la avenida Ricardo Palma y tampoco en el bus que nos llevó por toda la Vía Expresa y luego por las avenidas Wilson y Tacna. En cierto momento, presa de un incipiente nerviosismo, mi tío me dijo para tranquilizarme que aquello era solo una cita de trabajo más y que habría otras, pero tanto él como yo sabíamos qué nos jugábamos esa tarde, éramos conscientes de que dependíamos enteramente de la memoria de Francisco de Rivera. Durante mi

vida universitaria había sido entrevistado dos veces para puestos que no implicaban trabajo físico o manual —una para enseñar en una academia preuniversitaria y otra para trabajar en una radio— y en ambas había sido rechazado. En cada oportunidad el fracaso había equivalido a un verano de trabajo duro y sudoroso en la calle. Y esta vez podía ser similar.

Ninguno de los dos podía imaginar que nos esperaba una tortura lenta y minuciosa aquella tarde. Después de esquivar a duras penas a los ambulantes que se apostaban en los flancos de la avenida Emancipación, y de sentarnos en las bancas del jirón Camaná, frente al local de la revista, esperamos casi una hora hasta que llegó el momento, y entonces mi tío y yo cruzamos la calle, entramos en el edificio, subimos las escaleras hasta el piso en que se ubicaba la revista y una vez que nos anunciamos nos hicieron pasar a una pequeña sala oscura luego de atravesar un largo y oscuro pasillo tachonado de puertas cerradas: allí esperaríamos la cita con De Rivera. Permanecimos en aquel lugar cerca de tres horas, sin que nadie reparara en nosotros, y en ciertos momentos de esa espera yo pensé que la entrevista era falsa, o que De Rivera se había olvidado completamente de ella. De modo que durante bastante tiempo pude presenciar la angustia mal disimulada de mi tío, acaso avergonzado por haberme llevado en su aventura hasta tan lejos, pero diciéndose, al igual que yo, que si nos habían abierto las puertas de vidrio de la redacción era por algo. Pensar en él a veces me sacaba de mí, de la sensación de nerviosismo propia de saber que podría estar hablando dentro de unos pocos minutos con De Rivera. Yo también lo había visto en entrevistas pero la verdad es que no conocía casi nada de periodismo. Había llevado solo un curso introductorio, en el que apenas habíamos escrito nada, y apenas había escuchado teóricamente la jerga profesional, pero realmente deseaba tener las agallas suficientes para conseguir aquella práctica y empezar a trabajar de una vez por todas en un medio de comunicación. Tampoco quería dejar mal a mi tío y deseaba que el enorme sacrificio que había realizado para darme esa oportunidad tuviera algún sentido. En algún momento de esa espera fui consciente de que empezaba a verlo con ojos distintos, y de pronto el orden de su pelo y sus canas, su cartapacio de siempre, los libros que habría guardado en él y de los que me hablaría en cierto momzamisa, sus dientes chuecos, todo eso le pertenecía a un hombre que empecé a desear con toda mi fuerza que fuera mi padre.

Para cuando la voz de De Rivera atronó en el pasillo de la revista *Proceso* gritando el nombre de mi padre, o el de mi tío que esa noche era mi papá, una fuerza desconocida se había apoderado de mí. O acababa de brotar. Allí

estaba frente a mí la oficina del subdirector de la más feroz y prestigiosa revista de oposición del país tal como aparecía en algunos de los cuentos que él mismo había publicado: los armarios, los muebles, los tomos empastados. Y allí estaba el subdirector y escritor, exacto a como lo había visto hacía algunos años en un programa de televisión y en las solapas de sus libros: los ojos hundidos y vivaces, la nariz aquilina, el bigote frondoso sobre la boca y la calva perfectamente delineada y brillante. Y allí estábamos mi papá y yo. Primero lo saludó a él y luego dirigió toda su atención sobre mí. Fue la entrevista más corta de la que pueda tener recuerdo. Y también fue la única que tuve que afrontar para conseguir un trabajo en mi vida. De Rivera revisó los papeles de la Oficina de Bienestar Universitario que llevaba conmigo y que indicaban, uno a uno, que era el alumno terriblemente aplicado de la universidad que estudiaba gratis en ella debido a sus calificaciones y después me miró a los ojos con un rostro de total satisfacción. Luego me preguntó solo una cosa:

—A ver, viejo —escuché su voz potente—, ¿sabes redactar?

—Sin duda —mentí, tal como había hecho mi tío en su momento; mientras, trataba de recordar las categorías que había aprendido a duras penas en mi clase de introducción al periodismo—. Puedo escribir artículos, redactar *leads* o gorros, encontrar las pepas, escribir crónicas —le dije. Nada de eso era verdad.

—Muy bien —dijo De Rivera—. ¿Te va la política? ¿Te gustaría entrevistar congresistas, jueces, ministros?

—Encantado.

Y eso fue todo. Posiblemente De Rivera dijo «*Muy bien*», seguramente ordenó los papeles y después levantó el teléfono de su escritorio, el único de esa amplia oficina, y dijo, en tono cortante: «*Santos*, a mi oficina». Seguro me sonrió, como hace siempre, mientras esperamos unos segundos la llegada de un hombre de mediana estatura y pelo negro, lentes de aluminio, saco de corduroy y mirada serena al que presentó como el coordinador de la sección política. «Este es Gabriel Lisboa —le dijo, entregándole los papeles, en un tono entre solemne y divertido—. Nuestro nuevo joven colaborador en *Mar adentro*. Empieza este viernes».

Después de eso todo resultó como una escena que flotaba pero a la que yo seguía adherido. Luego de los apretones de manos finales mi tío intentó balbucear una frase de agradecimiento pero De Rivera le hizo saber con un gesto que no era necesario. No recuerdo nada de lo que pasó una vez que dejamos esa oficina en las instalaciones de *Proceso* y tampoco en la calle,

cuando sobre el jirón Camaná había caído la noche. Tengo la imagen de que en el bus de vuelta, que tomamos bajando en Puente de Piedra a la espalda de Palacio de Gobierno y en el que íbamos colgados de los pasadores, yo no paraba de reír y de sentir una emoción similar a la que he sentido al empezar a escribir este libro: la idea de que mi vida tenía una dirección y de que ahí estaba mi tío Emilio para atestiguarlo. Fue la primera vez que ambos nos abrazamos, o que yo tengo el recuerdo de que lo hicimos, y que nos reímos mirándonos a los ojos durante mucho rato, sabiendo que esta vez la victoria al fin había estado de nuestro lado.

¿No había sido increíble? Esa noche le contamos una y mil veces la entrevista a la tía Laura, que calentaba la comida del día y que miraba a su esposo y a mí, a los dos hombres que vivían en su casa, con una calidez y un orgullo que me hicieron pensar que acaso sí éramos una familia. Yo les decía una y otra vez cómo había mentido en la entrevista, porque no sabía redactar, pero iría con las antenas abiertas para aprender a hacerlo ahí, en la práctica. Todo de pronto parecía estar alineado para que a partir de entonces mi vida tomara otro rumbo. Y durante los días siguientes fui completamente consciente de la importancia de todo lo que vendría. Y me sentía listo para afrontarlo. Solo a ratos, mientras pasaban las horas, algo empezó a inquietarme. Era la imagen de De Rivera atajándonos con su voz potente a mi tío y a mí cuando franqueábamos el umbral de su oficina para salir de ella. Estaba ahí, sentado en su oficina, en medio de un montón de papeles y flanqueado por Santos.

—Ah, Gabriel —recuerdo que dijo—. Ven con buen humor el viernes.

Lo miré sin entender.

—Tenemos un director abominable.

Y se rio.

2

Aquel día llegué solo al edificio de *Proceso*, en el jirón Camaná. Recuerdo que temblaba, y que trataba de ocultar como podía mis nervios. No recuerdo qué me puse, pero sí que atravesé ese día sabiendo que no lo iba a olvidar jamás. Para empezar, llegué exageradamente temprano a la oficina. Con el tiempo sabría que las nueve de la mañana es una hora escandalosa para un periodista de revista de actualidades, y que la noche sería el lugar al que me tocaría pertenecer de ahí en adelante, pero aquella vez lo ignoraba. Desde mi llegada experimenté una total extrañeza. Aquel era el mismo lugar en el que había estado horas atrás pero de pronto, a la luz del día, bajo la luz de diciembre que intentaba iluminar inútilmente sus interiores, el edificio parecía sumido en un sopor surreal. La bóveda de ingreso, la escalera en espiral y los cinco rellanos hasta el piso seis de la redacción lucían distintos, desolados. Lo mismo la mujer que, tras identificarme en la puerta, me condujo a la sección «*Mar adentro*», una oficina cuadrada de techos muy altos que se encontraba una puerta antes del despacho de De Rivera en el largo pasillo que tres noches antes habíamos dejado con inmensa alegría mi tío y yo. El lugar estaba desierto. Nadie ocupaba los cuatro escritorios replegados contra sus paredes y tampoco el viejo sofá que daba la espalda a la única ventana del sitio, a través de la cual se podía obtener una vista lánguida a un tragaluz típico de construcción antigua del centro de Lima. Todo el ambiente parecía desbordado por los restos de lo que había sido una batalla: papeles, ceniceros atiborrados de puchos, libros abiertos con marcadores, archivadores anaranjados, tazas de café ya helado. El tiempo que pasaría solo en ese lugar, a la espera de algún compañero, me llevaría a revisar detenidamente los cuatro sitios libres: los más grandes y aparentemente más importantes estaban pegados a las paredes contrarias a la puerta y lucían gruesos tomos de material informativo a todas luces importante; el que se encontraba frente al sofá y a la ventana tenía detrás un panel con fotos de artistas de telenovelas, películas y estrellas de la farándula. En la esquina opuesta a los importantes, a un lado de la puerta, más pequeño que los demás, el único que parecía ordenado, o más bien desierto, apenas albergaba algunos fajos de papeles tras una luna de vidrio en la que pude reconocer las fotocopias de dos caricaturas de escritores. Julio Cortázar y Jorge Luis Borges. Me senté en una silla al lado de ese escritorio, cuidando de no ocupar un sitio que no me correspondía, y,

nervioso, impaciente, como sumido en un sueño detenido o atemporal, me puse a esperar todo lo que pude en medio de la sala vacía. Solo después noté la pequeña computadora Mac que había entre los dos escritorios más importantes.

El primero en llegar fue un hombre de camisa rojo indio, pulsera de cacho de toro en una muñeca, pantalón *jean* negro al cuete, un bigote de galán mexicano y ojos delineados de mujer que se presentó como Tito Najarro. Su aparición me tomó por sorpresa. Se sentó en el escritorio de los afiches de la farándula y empezó a ordenar sus cosas con premura, aunque de un modo gracioso y a ratos saltarín; en cierto momento me vio sentado allí, completamente mudo, y me preguntó de buenas a primeras si yo era Gabriel, y le dije que sí. *Ay*, el nuevo cachorro de «*Mar adentro*», dijo con una sonrisa amplia: me dio la mano de una manera sensual, me lanzó una mirada coqueta de ojos brillantes que no me quitaría de encima todo aquel verano, me dijo que ocupara el escritorio que estaba a mi lado, y siguió ordenando sus cosas. «Ya conocerás a los otros *muchachos*», dijo después.

Los otros «*muchachos*» eran un par de hombres de más de cincuenta años que con el paso de los días se convertirían en el salvador y el ogro de mis peores pesadillas. Juan José Santos, cuya llegada a la oficina una hora después me indicó que todo aquello era una extensión de la experiencia del martes, y por tanto real, era la figura buena: un hombre delgado, silencioso y discreto que vestía como un elegante agente de investigaciones —sacos de corduroy, lentes fotogrey de metal, camisas y cartapacios— al que todos llamaban Ketín por su parecido con el general de policía que había capturado hacía tres años al cabecilla del grupo terrorista Sendero Luminoso. El otro, el último en llegar a la redacción esa mañana y todas las mañanas que trabajé en *Proceso* ese verano y el siguiente, era el gordo Saúl Vegas. «Es *amoroso* —me había dicho Najarro—, aunque algo *gruñón*». Ahora sé que lo hizo para aliviar la impresión que me causaría aquella tarde y los días siguientes. Vegas excedía infinitamente ese calificativo y cualquier otro para referirse a su mal humor. Era un hombre ya mayor, de unos cincuenta y cinco años aunque parecía de más, acaso por su peso exorbitante o porque vestía a la manera de las viejas redacciones de los diarios: camisas de colores claros, tirantes extraordinarios y pantalones que a duras penas podían contener su humanidad. Llevaba además los pelos engominados y hacia atrás, como los actores de las películas antiguas, y tenía un rostro poco amable: su nariz era potente y parecía siempre dilatada, y sus labios, gruesos e intensos, se torcían de una manera que, en conjunto con sus ojos incandescentes, hacían recordar

las expresiones de los más feroces dioses prehispánicos. O eso me parecía a mí. Aquella mañana de diciembre, sin embargo, lo primero que me impresionó fue su voz. Vegas llegó raudo a su escritorio —el más grande, como era de suponerse—, atendió apenas lo que Tito trató de decir sobre mí a manera de presentación y casi no respondió mi saludo; apenas masculló algo ininteligible con esa voz terrosa y acezante que ponía los pelos de punta y luego empezó a quejarse del cierre anterior, de la pocilga en la que trabajábamos y de los gazapos lamentables que habían manchado la edición de ese jueves. Mientras lo hacía revisaba con desdén los periódicos y miraba desalentado el desorden de papeles de su escritorio. Cuando a eso de la una de la tarde llegó De Rivera y los llamó a todos «a reunión», solo Santos y Vegas se pararon y salieron de la oficina llevando ejemplares de la revista y sus agendas y libretas. Najarro me prestó el último *Proceso* y al revisar el postón de créditos me enteré de que Tito era redactor, Santos el coordinador de la sección «*Mar adentro*», y Vegas el editor central de actualidad política de la revista; un área que, estaba claro, no solo comprendía esa oficina. Aquello me generó un sobresalto. Najarro me recomendó leer la revista para ir empapándome de su estilo, y me dijo, para tranquilizarme, que yo era practicante de «*Mar adentro*»: Juan José Santos era mi jefe directo.

Fue después de unos minutos que empezaron los gritos. Estaba revisando el ejemplar de la última edición, que mostraba en la carátula las disputas por el poder del comandante general del ejército peruano y un asesor de inteligencia del presidente, cuando empecé a sentir los golpes enloquecidos de alguien que parecía hacer pedazos un mueble o arrojar un objeto contra la pared con la intención de desintegrarlo. Parecía un poseído o un alma en trance recorriendo el viejo edificio de *Proceso*. Recuerdo que me asusté tanto que quise decirle algo a Najarro pero me detuvo la vista de los muebles vacíos a mi alrededor y la actitud de mi nuevo compañero, que leía las secciones de espectáculos de los periódicos con total indiferencia. Cuando los gritos alcanzaron un nivel intolerable, como el de un sujeto sometido a un exorcismo, Najarro levantó el rostro y miró con gracia el rostro del adolescente que tenía frente a él y que seguramente componía un rictus de pánico.

—Es nuestro director —me dijo, con una sonrisa y un parpadeo coqueto —. Ya te acostumbrarás.

Pero nunca lo hice. Y a partir de ese día, y los que vendrían, la yuxtaposición de la figura de aquel director diabólico sobre la no menos intimidante de Saúl Vegas me hicieron desear despertar para siempre de

aquella experiencia absurda que se iba tornando un mal sueño. Tras la reunión de edición, en la tarde, nadie me dijo nada de lo que me tocaba hacer, y después de eso mi vida de practicante sin sueldo en una sección que a todas luces no me necesitaba se limitó a nada. Los últimos días de diciembre de ese año los pasé leyendo en mi escritorio los periódicos del día o fingiendo que los leía, contestando llamadas telefónicas para otros, o dando vueltas y conociendo los alrededores del centro de Lima. (Una tarde, en el colmo del atrevimiento, le pedí permiso a Santos para salir. Santos se rio, quizás porque lo traté de «*Señor Santos*» o por lo absurdo de mi pedido, y me dijo que saliera cuando me diera la gana: éramos periodistas, no trabajadores de una fábrica). Cuando estaba en mi sitio veía atentamente a Vegas y a Santos y a Najarro hablar con congresistas, ministros y autoridades con una enorme familiaridad sobre temas que yo desconocía por completo. Mantenía la vista enterrada en los periódicos preguntándome qué diablos podría aportar un chico de diecinueve años en un sitio así. Los días eran largos y francamente penosos, y yo me sentía el ser más inútil del mundo.

La primera «*misión*» periodística que recibí ocurrió en 1995 y me enseñó claramente de qué manera todos temían al director. Un candidato presidencial con pocas intenciones de voto iba a realizar una gira al interior del país y en *Proceso* habían decidido que yo lo acompañara para que me «*fogueara y entendiera de qué trataba el periodismo*». Así fue como me lo explicó Santos, y por toda instrucción me dijo que «debía estar atento a todo, cubrirlo todo, tomar notas, traer una historia». Nada más. Fue un viaje lleno de ansiedad en que anoté mil cosas absurdas pensando traer algo que contar pero sin saber qué. De pronto, con esfuerzo, decidí que me podría detener en la hija adolescente del candidato, producto de su unión con una mujer europea que extrañamente no se encontraba en el país ni formaba parte de la campaña. ¿Sería esa pequeña su primera dama en caso de que accediera al poder? ¿Qué ventajas tenía? Durante el viaje intenté hacer contactos, pregunté por ella a varias personas, reuní algunos datos y al llegar a Lima le ofrecí a Santos mi historia: este candidato no tenía primera dama lo mismo que el presidente dictatorial que buscaba reelegirse y que había sido acusado de electrocutar a su mujer en Palacio de Gobierno. Aquello beneficiaba al candidato democrático con más chances en las elecciones y al que *Proceso* apoyaba: un exsecretario general de las Naciones Unidas casado hacía muchísimos años.

—No está mal —me dijo de pronto Santos, con cierta sorpresa, sentado en su escritorio—. ¿Tienes fotos de la niña?

—¿La hija del candidato?

—Claro —refunfuñó—. Viajaste con Vilca, ¿verdad? Él habrá tomado buenas fotos, tú seguro le indicaste…

Me quedé mudo. Nada de eso había ocurrido. Santos compuso un gesto de compasión y luego de cólera. Después, visiblemente cansado por el trabajo que lo agobiaba a esa hora de la noche en que le ofrecía mi «*nota*», cogió un ejemplar de *Proceso* y me señaló el subtítulo del logo de la revista.

—¿Ves lo que dice aquí? —me dijo.

—«*Ilustración peruana*» —leí, titubeando.

—Entonces pues, Gabriel —dijo, en voz más alta—. Deja de joderme hablándome de una nota que no tiene foto. Perdemos tiempo, carajo, ¿no te das cuenta? Si voy donde el Ogro a proponerle una nota sin foto me cuelga de las pelotas, ¿entiendes? ¿Entiendes?

—Sí, señor Santos —le dije apenas—. Entiendo.

Aquel cierre de edición igual escribí mi historia porque un par de horas más tarde, quizás sintiéndose mal por la rudeza de sus palabras, Santos me dijo que la redactara a ver si tenía alguna «*opción*» de salir en «*Mar adentro*», aunque fuera sin foto. Me pasé dos días borrajeando a mano y cambiando mi texto sobre el papel, tratando de imitar los giros castizos y la dicción de los artículos que hasta entonces había leído de la revista. No sabía siquiera la extensión. El martes a la medianoche, cuando debido a los avatares del cierre todo el mundo pasaba a mi lado sin notar mi presencia, le dejé el texto impreso a Najarro, indicándole que se lo diera a Santos en algún momento de la noche. A la semana siguiente, por supuesto, no había aparecido una sola línea de mi trabajo.

Esos primeros tropiezos hicieron que temiera aún más a Vegas. Cuando entraba al habitáculo en que estábamos los cuatro y se sentaba sobre su enorme escritorio, bufando, una creciente ansiedad se apoderaba de mí y yo rogaba secretamente no quedarme nunca a solas con él. Por lo demás, no me acostumbraba completamente a mi labor. Desde la invisibilidad del escritorio en que estaba sentado, me dedicaba a leer ávidamente los periódicos y a pensar en temas políticos para las «pastillas» de «*Mar adentro*», tal como me había encargado Santos, que a los dos días se había dado cuenta de que yo no sabía absolutamente nada de la actualidad. Leía y leía noticias, y poco a poco empezaba a reconocer aspectos de la coyuntura, nombres de autoridades y cargos específicos, temas de agenda que todos los medios abordaban, aunque no se me ocurría ninguna idea para la sección, nada que resistiera el paso de la semana o que los diarios no tocaran extensamente. Durante horas tenía la mente en blanco y deseaba huir de la oficina. Vagaba por las calles del centro

de Lima sintiendo muchísima pena, imaginando los esfuerzos de mi tío Emilio trabajando también a esas horas en la pizzería desde la que me había conseguido ese puesto y en la que acumulaba las propinas con las que costeaba mis pasajes. Los viernes y sábados solo leía. Los días de cierre de edición —lunes y martes—, Santos me daba dos o tres temas para escribir algunas pastillas de la sección, textos de apenas cien palabras. Yo leía todos los periódicos relacionados con las noticias de mis temas, anotaba todo en mi cuaderno como si fichara información para un trabajo universitario, y empezaba a redactar a mano, sobre los papeles de mi libreta, la información que trataba de procesar para los textos de «*Mar adentro*».

Redactar era la cosa más ardua del mundo. La peor. Aquella que solo cabezas grandes o privilegiadas, como las de Ketín, o Vegas, podían realizar. Yo me ahogaba en el primer párrafo porque no tenía la menor idea de cómo arrancar mis textos, dónde colocar los signos de puntuación —las comas y los puntos— y mucho menos de qué forma dosificar la información que obtenía de llamar por teléfono a las personas que protagonizaban los hechos. Leía hasta el mareo los textos que los redactores escribían para «*Mar adentro*», esas notas que habían sido planificadas a principios de semana para ocupar algunas páginas de la revista y que terminaban reducidas a un párrafo o dos, acaso a un recuadro, en esa sección desangelada de informaciones políticas, y la verdad es que no podía encontrar la lógica que las organizaba; pasaba horas de ansiedad mirando silenciosamente las caras fotocopiadas de Cortázar y Borges bajo el vidrio de mi mesa, juntaba una y otra vez palabras en la zozobra, y cuando, en cierto momento, tras cuatro o cinco horas de lucha ardua, creía tener la versión más limpia posible, esperaba pacientemente a que Vegas y los otros salieran a cenar para entrar a trabajar en la computadora de la sección casi con el pánico de un delincuente abriendo la caja fuerte de un banco por primera vez. Allí pasaba en limpio mis pastillas, que ellos llamaban «*mares*», escribiendo lo más rápido posible. Después grababa el documento en un disquete y al borde de la medianoche se lo dejaba a Santos sobre su escritorio. Salía a caminar por las calles del centro de Lima, pensando que esta vez sí había hecho las cosas bien, y bajo la noche cerrada me movía con aprensión por las calles desiertas hasta llegar al paradero del Puente de Piedra, detrás de Palacio de Gobierno, donde esperaba la combi que me llevaría a través de todo Evitamiento rumbo a mi casa. El día siguiente, miércoles, lo vivía sumido en una extraña ansiedad. Y el jueves, de pie en el quiosco más cercano de mi casa, comprobaba una y otra vez que jamás publicaban nada de lo que escribía. Cuando una vez descubrí un «*mar*» que me pertenecía, que

mostraba un mapa pequeño con un lío de tierras en Puno que yo había conseguido, el texto no tenía una sola seña que me recordara al que yo había compuesto con tanto sacrificio.

Ahora que escribo esto con la seguridad de los signos de puntuación y del orden de mis ideas, y que recuerdo aquellos días de lucha a ciegas, me pregunto qué habría pasado si las cosas se hubieran mantenido tal y como estaban hasta ese entonces, con Santos a la cabeza de la sección. ¿Alguna vez habría empezado a aprender? El viernes siguiente, casi de fines de enero, algo insólito ocurrió. Tito Najarro y Saúl Vegas llegaron algo más tarde de lo habitual, y Ketín Santos nunca apareció. A la hora de la reunión, cuando Vegas dejó refunfuñando la oficina, luego de hacer algunas llamadas a contactos suyos para llevar temas a la reunión en la que los gritos del director ensordecerían el edificio, Tito saltó de su escritorio al mío a contarme que Ketín había abandonado la revista. Me quedé helado, pero Tito me calmó. Lo que había pasado con Santos había ocurrido muchas veces en la redacción de *Proceso*. Al parecer hacía mucho tiempo que trataban mal a Ketín. Tito no sabía si era porque era incompetente —a mí, por supuesto, no me lo parecía; yo secretamente envidiaba sus maneras y sus trajes—, porque se dejaba intimidar por los otros o porque se dejaba «*cholear*»: lo cierto es que de un momento a otro la culpa de todo lo malo la tenía él, las noticias se desaprovechaban por su dejadez, él era el culpable de que se cayeran las notas. Uno de estos últimos días, cuando yo ya practicaba en la revista, Ketín había tenido una explosión de cólera en la oficina del director, mezcla de los tratos terribles que recibía y de que le debían varios meses de sueldo. —Najarro me contaría que en verdad a los redactores siempre se les debía meses de sueldo—, y simplemente había mandado a la mierda al Ogro y a todos los demás. El lunes siguiente, sin embargo, había regresado a trabajar como siempre, lo que hizo pensar a la redacción en pleno que en verdad no quería marcharse: todos los demás redactores o editores que se habían ido alguna vez de *Proceso* lo habían hecho a gritos, a golpes de puño contra el director, o llevándose consigo, a la fuerza, una máquina de escribir, rollos de película o un carro de la empresa según el rango de cada quien y la cantidad de dinero que se le debía. Ketín no hizo eso: cumplió todos los pasos de los últimos cierres de edición sabiendo que eran los últimos, escuchó los gritos del director con el placer secreto de que serían los finales y hasta se refociló al dejar mal puestos algunos datos dentro de las notas. No informó a ningún colega de su renuncia y de que jamás lo volverían a ver. En realidad no hizo nunca amigos dentro de *Proceso*. En la mañana del miércoles, tras el cierre,

retiró todas sus cosas con prolijidad como para indicarnos a nosotros que no volvería nunca más. Najarro, Vegas y yo encontramos esa mañana sus cajones completamente vacíos y los pocos documentos de interés para la revista en perfecto orden sobre su escritorio.

Inmediatamente me sentí como un huérfano en el centro de la oficina de «*Mar adentro*» y temí lo peor. Santos había sido hasta entonces la única garantía de que yo ocupaba un lugar real en ese espacio: Najarro me miraba a ratos con cierta amistad, pero a ratos con otro tipo de interés, y me hablaba de cualquier cosa menos de periodismo; De Rivera me había visto solo un par de veces en los pasillos y me había saludado de buena gana, pero su presencia era alta e inalcanzable; Saúl Vegas no me quería para nada. ¿Qué pasaría conmigo? Ese día salí a almorzar un menú solitario con más angustia que nunca y regresé a la redacción haciendo un enorme esfuerzo. Tras la reunión y sus gritos ensordecedores, tras los gruñidos del gordo en la oficina y los disfuerzos y muecas de Tito que siempre iba detrás de él haciéndolo reír con sus frases, llegó a la oficina un redactor mucho más joven, de algo poco más de treinta años —la edad a la que me acerco yo ahora— y que no llevaba camisa y pantalón como se esperaría de un periodista de política sino un polo a rayas, un *jean* raídos, anteojos de carey y unas enormes sandalias de *hippy* que hacían juego con su pelo amarrado en una pequeña cola, aun cuando todo él proviniera solo de los flancos de la cabeza y de la nuca. Su voz era sonora y cómica, y su acento, claramente arequipeño, me parecía espléndido: se llamaba Silvio Carranza y se iba a hacer cargo de la sección «*Mar adentro*» por unas semanas. Sería mi nuevo jefe directo.

A Silvio lo había visto antes, como a otros varios redactores de la revista, caminando por el pasillo principal de *Proceso*, pero nunca supe quién era ni qué hacía. Hasta ese día. Me enteré de que se había encargado de las noticias regionales pero que a partir de ahora relevaría a Santos aun cuando no trabajaría en su escritorio, sino en el suyo propio, de manera que coordinar con él me conduciría a conocer por fin los otros espacios físicos de la revista, aquellos en los que funcionaban esas secciones que yo apenas conocía por su ubicación en la página de créditos: seguridad, sociales, inactuales. La revista en verdad ocupaba muchas oficinas de los pisos seis y siete de ese edificio, y Silvio trabajaba un piso arriba de mí, en un despacho que compartía con el hijo del director. A partir de su llegada a «*Mar adentro*», mi rutina semanal cambió drásticamente. En la oficina cuadrangular seguíamos trabajando Vegas, Najarro y yo, indiferentes al asiento vacío de Ketín, a un lado; los viernes, antes y después de la reunión de edición, recibíamos la visita de

Silvio. Tras la metralla de gritos del director, él me conducía a su oficina y me asignaba dos o tres casos políticos que yo debía seguir durante la semana mediante lecturas de periódico y llamadas a sus protagonistas. Silvio tenía otro estilo de mandar; se tomaba su tiempo. Casi siempre me tenía que explicar qué cosa era qué —yo aún tenía ideas vagas de qué diablos podía ser la Oficina Nacional de la Magistratura, el Tribunal de Garantías Constitucionales, la Contraloría General de la República…— y por sus breves charlas didácticas yo imaginaba que su cabeza contenía todo el Estado con sus estamentos, mecanismos y protagonistas. Me explicaba a vuelo de pájaro qué función cumplía cada una de esas instancias y a qué se dedicaban; qué cosas hacían los «*sujetos*» —así llamaba a las personas él, a veces también «*individuos*»— que trabajan en ellas, esos personajes que seguro eran unos «*facinerosos*» a los que yo debía seguirles «*el rastro*». Silvio hablaba así, empleaba un castellano que me obligaba a ir al diccionario constantemente y al hacerlo era plenamente consciente del efecto cómico que generaba y que a mí me hacía reír. Luego de anotar cuanto él me decía, sin distingos, en mi bloc, me iba a buscar los teléfonos y a pasar lo más despistado posible, muy ocupado, ante los ojos inclementes de Vegas, que siempre gruñía cuando pasaba a su lado. Hubiera dado un brazo por mudarme al piso siete.

La brecha que separaba a Silvio de Ketín la descubrí el primer día martes, al momento de irme a casa antes de que el fragor del cierre reventara en mis oídos. Como siempre, había esperado la ausencia del gordo para pasar a limpio mis pastillas, corregirlas, dárselas a Silvio en un documento e irme. A diferencia de Santos, que recibía el disquete y me daba las gracias y un «Ya te puedes ir», Silvio colocó el disco en su computadora, abrió el archivo y luego de decirme que no me fuera se sentó a leer mis textos. No los editó. Llevó sus manos al teclado para empezar a cambiarlos pero luego desistió.

—Las ideas están ahí —dijo después de un rato, mirando el documento de Word como un médico que escudriña unas placas radiográficas y lanza un diagnóstico; después se volteó hacia mí y me habló por encima de sus anteojos—. La redacción es atroz.

—Perdona, Silvio —creo que le dije. En verdad no se me ocurre que le haya podido decir otra cosa.

—Nada que perdonar, viejo —me dijo, con una media sonrisa—. Tienes las ideas, y aunque no lo creas eso es lo único importante. Lo que falta por todos lados es precisamente eso: ideas.

Silvio prendió un cigarrillo y se volvió a concentrar en unos papeles que tenía a un lado, seguramente el material de lo que redactaría ese cierre y que,

como a todos, lo tendría ocupado hasta las seis o siete de la mañana del día siguiente. Yo me fui de su escritorio y de la oficina de «*Mar adentro*» completamente desmoronado. El jueves no se me ocurrió ir al quiosco a husmear la revista y el viernes siguiente llegué a *Proceso* y vi en la edición reciente mis pastillas completamente transformadas bajo un orden que no era el mío, aun cuando ahora sí creía distinguir en ellas los restos de las oraciones que yo había compuesto. Silvio entró a la oficina como todos los viernes a hablar con Vegas y apenas me saludó. Solo cuando estaban por salir a la reunión se detuvo un momento para dirigirse a mí en voz alta desde la mitad de la habitación.

—Oye, Gabriel —me dijo—. Sabes lo que es la «*pepa*», ¿no?

Traté de recordar lo que había aprendido teóricamente en mi curso de Introducción al periodismo.

—La parte más importante de la noticia —recité, casi de memoria.

—Así es —me dijo Silvio—. Es lo más importante. Por eso va arriba del texto. ¿Entiendes? Lo más importante, el corazón de tu texto, lo que busca el lector, la información, eso va arriba. La primera línea es siempre esa. Siempre. ¿Okey?

Silvio tenía los brazos levantados porque había acompañado sus palabras con un gesto enérgico dibujado en el aire a fin de que no lo olvidara. Lo logró. Lo recuerdo ahora perfectamente, cerca de once años después.

—Entiendo —le dije.

Aquella fue la primera lección de periodismo —y de escritura— que recibí en mi vida.

3

A la semana siguiente, cuando le llevé mis textos a Silvio, y sabía que el núcleo de la información abría todas y cada una de mis pastillas, estaba seguro de que había mejorado. Colocar la pepa en el arranque me había ahorrado las dudas y me había servido para organizar la información mejor y ajustarla de un modo más eficaz dentro del párrafo, todo en función de ese punto de apoyo fundamental. Silvio abrió el documento y una vez más lo vio delante de mí. Esta vez sí empezó a intervenirlo a la vez que le daba bocanadas a su cigarrillo.

—No uses punto y coma, ¿está bien? —me dijo, sin dejar de mirar la máquina—; en «*mares*» eso no sirve. Solo puntos seguidos.

Asentí.

—Usa puntos para separar ideas. Si tienes ideas, estas se separan por puntos. Una idea, un punto. Los textos, todos los textos, son cadenas de ideas. Por eso están separados por puntos. Tienes las ideas. Debes separarlas por puntos. Siempre.

Continuó leyendo.

—No adjetives; eso es de señoritas relamidas y de poetas. Sin adjetivos. Con ellos perdemos seriedad.

Le dio una calada al pucho.

—Si tienes ideas sólidas, tus textos serán breves. Textos larguísimos casi siempre denotan falta de ideas. —Y aporreaba el teclado.

La semana siguiente me pasé revisando los «*mares adentro*» como si fueran fórmulas matemáticas, los escribí en la máquina del gordo Vegas con rabia y sed. Carranza miró con atención el texto y empezó a corregirlo. Cada sonido de las teclas en la máquina me causaba un dolor casi físico, pero difícil de localizar. Definitivamente habían sido muchos menos que la vez anterior. Tras exhalar un suspiro y darle una pitada a su cigarrillo, Silvio me miró con un gesto que aún hoy no termino de olvidar.

—En líneas generales está bastante bien —me dijo—. Parece que has dejado de ser un bárbaro.

Aquella fue la primera noche en la que salí realmente contento de *Proceso*. El miércoles y el jueves no quería estar en casa de mis tíos, salvo cuando les podía contar de Silvio, de Najarro, de Vegas; moría por llegar a la redacción y escribir de un modo tal que obligara a Silvio a no corregirme

nada. El día viernes, ya apoyado en mi escritorio —ahora sí sentía que lo era, no me cabía duda de eso—, pude leer una y otra vez mis «*mares*» publicados en las páginas de la revista de una manera bastante aproximada a como yo los había escrito. Ese día, después de la reunión, Silvio me dijo que ahora que redactaba «*mínimamente bien*» debía empezar a proponer temas.

—¿Mis temas?

—Tus temas, viejo. ¿Crees que nos vamos a pasar la vida regalándote temas?

—Ahora no tengo —le dije, de golpe avergonzado.

Y entonces empezó otro tipo de angustia: la de buscar temas bajo la desesperación del calor asfixiante de ese verano. Todos los viernes, desde muy temprano, leía los periódicos de arriba abajo tratando de ver la ranura, el cabo suelto de aquellos asuntos que los medios no hubieran tocado o habían dejado de tocar, y que por el vaivén de la coyuntura dejaban de estar en el ojo público para que «*Mar adentro*» los abordara de una nueva manera. Yo seguía a Silvio por los pasillos de la redacción de *Proceso* repasando mentalmente la manera en que le presentaría mis temas. Recuerdo que se los soltaba nerviosamente, revisando mi libreta plagada de anotaciones, y él me escuchaba y me hacía preguntas que me ponían en serios aprietos y luego rebatía una a una mis iniciativas. A las dos semanas dos temas míos habían sido aceptados y uno salió publicado con una redacción que en líneas generales podía considerarse mía.

La primera nota independiente que publiqué en mi vida ocurrió antes de lo que esperaba y en parte debido a la guerra o al conato de guerra entre mi país y el Ecuador. El 26 de enero, un avión ecuatoriano atacó un puesto de vigilancia peruano en la frontera norte del país, y el presidente peruano, que se postulaba a la reelección en solo un par de meses, movilizó al ejército del país hacia Tumbes ante lo que parecía ser una guerra inminente. Ese viernes, cuando llegué a *Proceso*, me encontré un pandemónium: Tito se comía las uñas y dejaba de leer las secciones de espectáculos de los periódicos para tratar de enterarse de qué ocurría, Saúl Vegas iba y venía haciendo llamadas para averiguar las implicaciones del asunto por las vías diplomática y militar, Silvio Carranza entraba y salía. Todos se movían de un lado a otro y hablaban entre ellos a través de los anexos, claramente nerviosos ante la inminencia de la reunión de edición del mediodía. Esa mañana la oficina de «*Mar adentro*» era una agitación. En cierto momento, sobre el escritorio que Santos había dejado disponible, el editor de toda la zona de «*seguridad*» de la revista y especialista en temas de fuerzas armadas, Ricardo Rossini —a quien todos

llamaban «*Rossi*»—, desplegó un enorme mapa de la frontera peruano-ecuatoriana y le empezó a explicar a Vegas en qué diablos consistía el problema. Yo reconocía a Rossi por la foto que aparecía en su columna —un hombre de piel comida por un acné adolescente y un bigote gris y un cabello que parecía más bien de dibujos animados—, pero esta era la primera vez que lo escuchaba hablar de los temas que lo apasionaban usando esa voz aflautada, y la verdad es que aquello me parecía un privilegio. Había llegado a la oficina escoltado por el gordo Raúl Balboa, un expolicía con rostro de pocos amigos que aún portaba armas y que escribía en un español absolutamente ininteligible, y al poco tiempo se había sumado a ellos Liliana Valencia, una mujer de voz dulce y carácter temible que era célebre por destapar casos de corrupción en las más altas esferas del poder y volver locos a los fotógrafos con sus minifaldas. Rossi explicaba prolijamente los pasos militares a seguir, los puestos peruanos que los ecuatorianos podrían tomar en los días que venían, y Vegas le iba contando los escenarios diplomáticos que algunos exministros y embajadores le habían revelado. En cierto momento se sumó al grupo Silvio y después el mismo De Rivera. Todos empezaron a intercambiar la información que habían conseguido, cruzaban datos, intentaban iluminar como podían aquellos asuntos que no se lograban esclarecer frente al mapa. A veces Tito intervenía. Agazapado en mi escritorio en la esquina de la sala, sin decir una palabra, yo los miraba. Los había leído a todos: podía reconocer el estilo de sus textos, los giros a los que solían recurrir cuando escribían, los temas de los que eran especialistas.

—La verdad es que no se entiende un carajo —dijo de pronto De Rivera, riéndose—. Nos jodimos.

Todos soltaron una carcajada.

—El que está jodido soy yo, viejo —se reía Rossi—. Es a mí a quien el Ogro le va a pedir explicaciones.

En ese momento el teléfono fijo del escritorio de Vegas sonó y este lo respondió, malhumorado. De un momento a otro su rostro se demudó por completo. «Es para ti, Rossi», alcanzó a decir.

Rossi se acercó al teléfono y, mientras su rostro se transformaba totalmente, Vegas les hacía saber a los demás, a través de los gestos de un chiquillo travieso, que la persona que estaba del otro lado de la línea era el director. Los demás se retuercen de risa en silencio y le hacen muecas a Rossi mientras él trata de responder a las primeras inquietudes que le formulan por teléfono. «Precisamente estoy coordinando esto con Francisco y con Saúl», dice, mirando a sus colegas desde la ansiedad. Cuelga y todos explotan en

risas como un montón de colegiales. Los miro desde mi escritorio y me río con ellos, aunque nadie note mi presencia. Para cuando, tras buscar a sus editores y redactores por todo el edificio, el hijo del director llega al umbral de «*Mar adentro*» y con una voz que intenta imitar a la de un locutor de radio llama a todos a reunión y todos salen, con la sola excepción de Tito, me encuentro pensando que todo lo que quiero en mi vida es ser como uno de ellos. Saber qué cosas pasaban en el mundo, tener contactos para enterarme de todo, escribir bien y publicar en un medio así de prestigioso, entrar alguna vez a esas reuniones en que se decidía el futuro de la revista. Creo incluso que aquella vez no sentí rechazo a los gritos del director que empezaron a atronar sobre nuestras cabezas en la oficina ahora vacía.

No sospechaba, por cierto, que ese día algo aparentemente insignificante me iba a acercar a ese deseo. Cuando, tras varias horas de gritos, me di cuenta de que la reunión demoraría más que otras veces decidí irme a almorzar, y eso hice, pero a mi regreso no encontré a nadie en la oficina y me dediqué a seguir leyendo todo lo que podía acerca del conflicto. En cierto momento de la tarde, Saúl Vegas irrumpió en la oficina sin nadie que lo acompañara. Escuché sus pasos y su respiración agitada y cavernosa, y entonces cerré los ojos.

—Estamos jodidos, viejo —le escuché decir, de pronto, y supuse que era al aire de la oficina, aunque la única persona que estaba en ese lugar con él era yo.

No tuve el valor de responderle. Vegas sacó unos gruesos volúmenes que tenía detrás de su asiento, se sentó frente a su escritorio y se alisó un mechón de canas que caía sobre su frente. Hizo una llamada telefónica.

—Aló, con el presidente Fernando Belaunde, por favor —le escuché decir.

Del otro lado le respondieron algo mientras yo mantenía la vista enterrada en mi escritorio. Los ojos de Cortázar me parecieron implorantes.

—Dígale que de parte de Saúl Vegas Tagle.

Me atreví a levantar la vista y me encontré con la imagen de Vegas mirándome de un modo fijo por encima de sus lentes para leer, como si él fuera una estatua y yo un transeúnte apurado en un parque público.

—Arquitecto, qué tal, cómo está. Lo saluda Saúl Vegas. Sí, muy bien, felizmente. Aunque algo agitado con todo este problema, usted sabe. Sí, claro… Es terrible, sí… Entonces se imaginará cómo estamos. Precisamente, sí. Mire, nos encontramos a la búsqueda de elementos, criterios sobre cómo proceder ante un conflicto de esta naturaleza. Usted, como presidente de la

República, recuperó Falso Paquisha con cierta facilidad y buena muñeca. Entonces verá, queremos recoger sus ideas para planear bien la cobertura que hará *Proceso* de este tema, usted sabe.

Lo escuchaba y me decía a mí mismo que sabía claramente quién era Belaunde. Había sido el presidente constitucional que en 1980 le devolvió la revista a sus dueños luego de los años en que la mantuvo en su poder el gobierno militar. Falso Paquisha había ocurrido en 1981. Ahora era un hombre en el retiro. Y empezaba a darle sus impresiones a Saúl Vegas.

—En efecto. Por eso precisamente queremos recoger su versión. Mire, le voy a poner al teléfono con el joven redactor Gabriel Lisboa; él va a tomar sus impresiones para nuestra cobertura. Así es. Un fuerte abrazo, presidente.

Cuando volví el rostro Vegas me hizo un gesto que no pude interpretar y casi expulsado por un resorte cogí mi bloc de notas y mi lapicero, llevé el aparato fijo a lo que había sido el escritorio de Santos y, como un alumno aplicado, aún confundido por el extraño proceder de Vegas, empecé a formularle preguntas al expresidente como si se tratara de una entrevista para la televisión que se emitía en vivo. Hice rápidas anotaciones, escuché como pude la voz débil del exmandatario, y traté de bajar al papel todo cuanto me decía. A mi lado, resollando como siempre, Vegas leía otros documentos y parecía enfrascado en otros asuntos, pero algo me decía que no me sacaba un ojo de encima. Tras un rato de escucharme preguntar, se paró y salió de la oficina. En ese momento fui consciente de que mis latidos llevaban mucho tiempo acelerados. Aquella vez hablé con Belaunde cerca de dos horas.

Desde esa semana, a la elaboración de «*mares*» para Silvio, se sumó la realización de informes para Vegas. Los escribía como podía, muchas veces en casa, en máquina de escribir y usando *liquid paper*, poniendo el máximo esfuerzo en ser claro y útil para él, pero la falta de una pepa que me ayudara a organizar el material me hacía el trabajo muy arduo. Vegas me aventó el primero, de muy mala gana, y me dijo que el texto estaba escrito «con las *pezuñas*». Es bastante probable que entonces haya salido a la plaza San Martín a llorar. Los siguientes los leyó también sin demasiado entusiasmo, o al menos eso mostraba, aunque no dijo nada. Una mañana de lunes, cuando las acciones bélicas se disparaban, me sorprendió diciéndome que había un asunto relacionado con el tema de las minas que habían sido sembradas en todo el teatro de operaciones. Era necesario saber qué opinaban los generales y también los expertos en derecho internacional. Vegas me dio un par de nombres. Yo los llamé, los entrevisté ese mismo día y me pasé la noche del lunes hasta muy tarde escribiendo mi texto. Cerca de la medianoche le dije

que lo tenía y él, despeinado ya por la agitación de la primera jornada de cierre, me dijo que lo dejara descansar, que lo revisara mañana y que al día siguiente se lo alcanzara en la tarde, que lo quería «impecable». Así lo hice. Trabajé toda la mañana en la redacción de *Proceso* antes de que nadie llegara, revisé una y diez veces el texto sobre el papel, y cuando juzgué que era incorregible lo dejé impreso y en un disquete sobre su escritorio y me puse a trabajar a todo vapor en los «*mares*» de Silvio. Me fui a la casa cerca de la medianoche. El viernes siguiente, absolutamente aturdido, vi que el informe que le había entregado a Vegas había aparecido como un recuadro independiente dentro de la nota principal que él había escrito y que abría toda la revista. Vegas le había agregado un título y una bajada, y al final del texto un pequeño paréntesis donde se leían mis iniciales resaltadas en negrita, que indicaban que era mi trabajo: (GL). El texto era en cierto sentido mío. Había un par de cambios, algunos adjetivos mejor puestos, ciertos giros castizos que a mí jamás se me hubieran ocurrido, y un final contundente. Esa mañana no vi a Vegas y me pareció mejor; si lo hubiera tenido al frente no hubiera sabido qué decirle. Solo un rato después, antes de que Najarro llegara, contesté el teléfono en la oficina y escuché que era De Rivera: me necesitaba en su despacho. Fue la primera vez que entraba allí desde la noche en que lo hice con mi tío Emilio. Reconocí la reproducción de un cuadro de Gauguin, el televisor a un lado, el escritorio, y también las espaldas voluminosas, el pelo engominado de Vegas. Ambos llevaban el ejemplar en la mano.

De Rivera me preguntó si estaba pasando vales por movilidad y le respondí que no. Durante todo ese mes había gastado menús y pasajes pagados por mi tío; me entregaba el dinero cada semana y yo no podía dejar de sentir cierta pena o malestar al recibírselo. De Rivera me dijo entonces que habían cometido un error. No había un sueldo para practicantes, ciertamente, pero sí vales por viáticos y movilidad. Saliendo debería ir a contabilidad a pedir esos vales y desde entonces los pasaría en caja chica de la revista, siempre autorizados por Saúl Vegas. No recuerdo qué más hablamos en esa corta reunión. Solo que en cierto momento De Rivera cogió el ejemplar de ese día, lo abrió por las dos páginas en las que había aparecido mi recuadro y le preguntó a Vegas si ese texto en verdad era mío.

—Totalmente —respondió Vegas—, ahí están las iniciales.

—¿Y escribe así de correcto?

—No le corregí una coma —mintió mi jefe.

Yo no me atreví a verle el rostro.

—Pues te felicito, Lisboa —dijo el subdirector—. No bajes la guardia. Y mándale saludos a tu padre de mi parte.

El resto del verano gané con los vales casi lo mismo que con cualquiera de los trabajos de los años anteriores. Mi tío no quiso recibir el dinero que le quise devolver, así que comencé a ahorrar para comprarme ropa nueva, zapatos, unos lentes de sol. Empecé a trabajar con una plenitud que nunca antes había sentido. Todos los días acumulaba ideas para los «*mares*» de Silvio y me entregaba con fe ciega a las labores que me encargara Vegas para sus artículos de apertura, que en la revista llamaban «sábanas». Muchas veces yo cubría el lado técnico o árido de sus notas, le entregaba informes que aparecían dentro de su texto, complemento de la crónica política que él escribía con chismes y trascendidos de las altas fuentes que conocía en el mundo de la política y en la que incluía el análisis político y una dosis de citas cultas, giros inesperados y un lenguaje envidiable al fragor de la madrugada. Mis textos se terminaban mimetizando en el texto de la sábana y solo yo sabía que en esos textos que Vegas jamás firmaba —él solo estampaba su firma a las entrevistas que hacía a aquellos políticos de vieja guardia que respetaba— su pluma y la mía se habían enlazado imperceptiblemente. Para mí ese hecho, más la aprobación de Silvio, y las sonrisas de De Rivera cuando me lo cruzaba por los pasillos, y el dinero de los vales, era más que suficiente. Creo que era completamente feliz.

Sin embargo faltaba algo más para concluir aquel verano; algo que yo ni en mis mejores proyecciones había sospechado. Era ya fines de febrero y la guerra se había desatado en la zona de conflicto. *Proceso* era uno de los pocos medios opuestos al régimen de la dictadura, y el único que había presentado una visión bastante pesimista del asunto. Sabíamos que los ecuatorianos habían ocupado rápidamente los puestos militares peruanos —sobre todo el clave: Tiwinza— y que nosotros estábamos realmente lejos de recuperarlos. Todas las semanas Rossini, Valencia y Balboa publicaban informes que revelaban las acciones erradas de varios generales incompetentes enquistados en el poder, los mecanismos del tráfico de armas que involucraba a otros países de la región y las mentiras del gobierno peruano. Vegas, y con él Silvio y también Najarro, cubrían las posibles salidas políticas a la crisis, los escenarios de la negociación, las consecuencias que el conflicto tendría sobre las elecciones de abril. Una de aquellas semanas la revista colocó en carátula a un adolescente muy humilde que era parte de nuestro ejército en la frontera: la guerra que se libraba reclutaba a chicos como él, sin preparación, demasiado jóvenes y de escasos recursos, cobrizos y flacos hasta la pena, y el

chico de la carátula parecía cifrarlos a todos: el rostro contrariado, la cabeza apoyada sobre un fusil, la vista depositada en ninguna parte. Si recuerdo esa portada es porque Vegas encontró en ella inspiración para colocarme un sobrenombre revelador la primera vez que me encargó un artículo grande, completamente mío.

—Hay una «*historia*» para ti en esta edición, soldadito de Tiwinza —me dijo con un tono que pretendía ser serio—. La vas a cerrar con De Rivera.

No recuerdo haberle respondido algo porque seguramente trataba de digerir el encargo a la vez que escuchaba a Vegas explicarme el asunto, muy en sus términos: se había cubierto el conflicto por todos lados, militar, político y civil, y para variar, en nuestro país, nadie había pensado en los salvajes que habitaban el teatro de operaciones allí en la jungla, una serie de tribus de jíbaros que se encontraban en la cordillera del Cóndor desde que el mundo era mundo y que de pronto estaban metidos en una guerra del cuerno que no les atañía en absoluto: ¿qué pasaba con ellos? ¿Qué había sido de esos pendejos? ¿A quién apoyaban? ¿A quién no? ¿Qué les pasaba a esos cojudos? ¿Se seguían pintando o no? ¿Eran maricones o qué? Un informe completo, viejo, añadió Vegas, riéndose a sus anchas y haciéndome reír a mí también.

—Gracias, señor Vegas. —Fue lo único que atiné a decir. Siempre lo llamaba «*señor Vegas*» como a los demás *«señor Santos»*, *«señor De Rivera»*, *«señor Rossini»*.

—Nada que agradecer —me dijo, levantándose de su asiento.

Estaba por decirle algo mientras salía de la oficina pero no se me ocurría nada.

—No me hagas quedar mal, soldadito de Tiwinza —volvió a decirme, ya desde el borde de la puerta—. Que afuera se den cuenta de que trabajas al lado de Vegas. Y ahora a trabajar. ¡Sobre la marcha!

Escribo esto y me pongo a pensar que en el fondo debimos de ser una pareja bastante cómica, ese verano y el siguiente, en que yo volví a *Proceso* convertido ya en un chico que tenía seguridad en sí como periodista y con sueños secretos de convertirse en escritor. Veo claramente al gordo Vegas avanzando siempre a paso forzado, gruñendo, resollando bajo el sopor del verano, asustando a la gente con su mal humor y detrás de él a su practicante, yo, el soldadito de Tiwinza, el redactor a quien su incipiente capacidad de escribir lo había librado de ser uno de aquellos muchachos en medio de la guerra, o el encargado de limpiar los trastes de la oficina de esa redacción. Era más bien el lazarillo de Vegas, y desde esos días empezaría a sentirme de veras protegido siempre que él anduviera cerca. Y lo estuve. Salía disparado

cada vez que escuchaba sus pasos resonantes por el pasillo, el pelo engominado y el golpe sonoro de su frase «Sobre la marcha».

Y esa semana, sintiendo sus ojos puestos sobre mí en todo momento, me empeñé cubriendo las comisiones necesarias para sacar adelante, como se debía, ese reportaje: me reuní con todos los líderes indígenas que se encontraban en Lima, entrevisté también a algunos antropólogos y conversé con los lingüistas del instituto de verano. Todas las comisiones las realicé con el fotógrafo Marcos Saavedra, un hombre de edad, flaquito y canoso, que era experto en realizar los encargos más arriesgados y suicidas. Desestimando el sudor de esos días, movilizándonos en el pequeño Escarabajo que le cedía la revista, tomamos imágenes de aquellos líderes con collares y plumas dentro de oficinas del centro de Lima igual de atestadas y apolilladas que las de *Proceso*, capturamos imágenes de lanzas y flechas, tratamos de prestarnos fotografías de los institutos. El lunes en la mañana Vegas me informó que cerraría ese mismo día, en la noche, y entonces sentí un golpe de adrenalina. Durante los días que habían pasado no había parado de acomodar en mi cabeza las frases iniciales, el salto de párrafo a párrafo y el posible cierre del texto aun cuando nuevos datos desacomodaran lo que planificaba y me obligaran a reescribir todo de nuevo mentalmente. La tarde del lunes recibí las planchas de contacto y las reproducciones de las fotos tomadas y en la noche fui con todo aquel material gráfico de mi artículo a la oficina de De Rivera. La escena que me encontré fue inolvidable. Era una noche histórica y yo lo ignoraba por completo. El dictador empezaba a leer un discurso nasal acerca de los resultados del conflicto del Cenepa y en la oficina del subdirector los editores de la principal revista de oposición de su gobierno parecían observar la final agonizante de un campeonato de fútbol. Rossi, Vegas, Lili Valencia, Carranza, Balboa… Todos increpaban a voz en cuello las intervenciones del gobernante en la pantalla del televisor, se paraban de sus asientos y regresaban a ellos, caminaban nerviosamente hasta el pasadizo de salida y volvían a la oficina, prendían cigarrillos y se cogían los cabellos con desesperación. Entre los gritos y las risas nerviosas, a ratos interviniendo y a ratos enterrando la mirada en la plancha de contactos de mis fotos con la ayuda del lente especial que tenía para ese fin, De Rivera trataba de rescatar imágenes para diseñar mi reportaje. En cierto momento se concentró, y yo me mantuve en ascuas repasando el orden de su ropa, tratando de interpretar sus expresiones faciales y también lo que podrían significar esos círculos y aquellos extraños símbolos que trazaba sobre ciertas imágenes con la ayuda de un lápiz de cera. De Rivera se mantuvo imperturbable en su labor largo

rato y solo se desentendió de ella cuando el presidente anunció categóricamente que habíamos recuperado Tiwinza. Entonces todos estaban ya levantados de sus asientos, totalmente indignados ante aquella mentira, y De Rivera se unió a ellos: Rossi se reía de una manera que parecía esconder deseos de llorar, Lili le gritaba a la pantalla como si esta fuese el mismo dictador encarnado, Balboa y Carranza se llevaban las manos a la cabeza y Vegas movía el rostro a ambos lados, derrotado. Entre la vocinglería y los gritos, yo seguía mirando fijamente las manos impecables de De Rivera que sostenían las planchas de contacto y después de un rato su ojo derecho nuevamente pegado a la lupa deformante… En cierto momento, cuando el presidente cerraba su alocución y el propio Vegas, ya despeinado y con la camisa afuera, se había puesto de pie también, De Rivera dejó a un lado el material y me miró a los ojos.

—Estas fotos son una mierda, Gabriel —me dijo, con una voz que se diluía bajo los gritos de la oficina; después no supe si se refería a mi trabajo o al mundo en general—: Todo es un completo desastre.

Me fui de un modo imperceptible de su oficina, algo decaído, pero luego me puse a trabajar rabiosamente en la máquina del gordo mientras los demás, en el espacio contiguo, seguían comentando airadamente el mensaje. Una hora y media más tarde, cuando llevaba dos párrafos de la historia escrita y todavía sentía un nudo en la garganta, De Rivera me llamó al anexo de mi oficina para preguntarme si conocía el área de artes gráficas de la revista, al otro lado del edificio. Salí raudo por el largo pasadizo, crucé la puerta de vidrio y luego de atravesar el rellano del piso seis descubrí un corredor igual de largo que el de mi oficina, solo que tachonado de espacios más iluminados en los que se veían mesas de material fotográfico y muebles de archivo, una sala amplia con mesas de dibujo, lámparas de estudio de arquitecto y lápices de colores y reglas. En medio de una sala oscura, al fondo del corredor, encaramados sobre una amplia mesa de luz con apariencia espectral, me topé con la imagen de De Rivera flanqueado por Félix Ojeda, el jefe de diseño de la revista. Ambos revisaban el material ampliado de las fotos de Saavedra que De Rivera había elegido con su lápiz de cera y también material de archivo gráfico que la revista tenía en sus depósitos y que el subdirector había solicitado con el fin de salvar gráficamente una nota que por un momento parecía condenada a morir.

—Este es tu primer cierre de edición, ¿no, viejo? —me preguntó De Rivera.

—Así es, señor De Rivera.

—Ahora vas a saber el infierno que es esto.

Lo iba a saber, claro. Lo iría a conocer perfectamente durante los años que vendrían y en los que me desempeñaría como periodista de choque atado a horarios de murciélago y al consumo compulsivo de cigarrillos y café hasta el día en que renuncié a trabajar en la prensa para salvaguardar mis nervios y mi cordura, pero eso fue mucho tiempo después. Aquella noche, la conciencia de estar viviendo por primera vez aquello que me había sido vedado hasta entonces y que todo el mundo llamaba «*el infierno del cierre*» me hacía sentir como si estuviera a punto de entrar a un país ignoto que no me estaba destinado.

De Rivera colocó frente a él una hoja de formatear que llevaba impreso el logo de *Proceso* y distribuyó sobre la zona libre de la mesa las fotos ampliadas y también las de archivo. Las miró todas atentamente, parpadeó, movió algunas de posición, y de pronto su mano grande y pulcra, de uñas milimétricamente recortadas, empezó a trazar sobre el papel cuadriculado de la revista unas líneas con las cuales separó determinados espacios para las imágenes que había pedido y que fue yuxtaponiendo sobre el papel abierto. Hablaba para sí mismo, como una persona que realiza una extraña ceremonia privada, miró el resultado fugaz de las fotos superpuestas y luego hizo un gesto de satisfacción y escribió sobre estas y sobre los espacios que les correspondían una serie de números que identificaban su correlación. Luego dibujó unas líneas que indicaban dónde irían las leyendas que las acompañarían y solo después, con letra precisa, escribió el título de la nota —me enteré de que se llamaría «*Los jíbaros del Cóndor*»— y debajo bosquejó el texto de la bajada, la barra de los créditos y señaló los espacios por los cuales el texto que yo estaba escribiendo correría a lo largo de las tres páginas que, según el índice, habían sido destinadas para mi artículo. Lo hizo con una extraña paciencia, acaso consciente de que aquella operación iniciática que realizaba ante mis ojos era algo así como un acto de magia para mí. Terminó de contemplar su diagramación, intercambió una mirada cómplice y una sonrisa con el jefe de diseño y me entregó todos los materiales.

—Tienes cuatro mil quinientos golpes para contarnos tu historia —me dijo.

Regresé a la oficina de «*Mar adentro*» con mi material en las manos y aquella noche, mientras el gordo Vegas se reunía con políticos y asesores de ministros buscando datos para su sábana del día siguiente, empecé a escribir mi artículo desde la primera línea. Lo hice absolutamente concentrado, sin duda galvanizado por las tazas de café que me agenciaba de un gabinete

colocado al lado de la oficina de Rossi y de los cigarrillos que prendía en la oficina. En ese momento, a esas horas, otros redactores estaban escribiendo palabras que le darían forma al *Proceso* de esa semana y yo era parte de ellos. Sentía que no tenía la edad que tenía y por un rato me olvidé de mí mismo. La llegada de Vegas a la oficina y su rumiar detrás de mí revisando informes y leyendo datos me hizo regresar a la realidad. No lo iba a decepcionar. De manera que cuando sentí que tenía el texto listo, lo imprimí y se lo alcancé como un acto de agradecimiento y lealtad. El gordo lo leyó de corrido y me dijo que no era necesario que se lo mostrara a De Rivera, que fuera de frente a la «*mesa de corrección*» y luego donde Ojeda. Cruzando el pasillo y atravesando en dirección opuesta a la puerta de vidrio la sección donde los periodistas de inactuales escribían sus notas o hacían llamadas, llegué a un cuarto de paredes despellejadas y casi sin muebles en la cual tres hombres mayores con aspecto de geniogramistas o de eximios jugadores de ajedrez esperaban sentados alrededor de una mesa vacía todos los textos que pudieran producir los redactores de la revista para intervenirlos con anotaciones ininteligibles que en realidad eran correcciones gramaticales y mejoras estilísticas. Después de que uno de ellos revisara minuciosamente el mío y me lo devolviera con una mirada severa por encima de sus gafas, introduje los cambios que propuso en la computadora de «*Mar adentro*» y llevé el disquete con la versión final donde Ojeda, tal como me indicó Vegas. Esta vez lo encontré en medio de una sala llena de luz donde varias personas trabajaban en sendas máquinas de diseño las versiones finales de las páginas de *Proceso* que se verían aquella semana. En la pantalla más grande de esa oficina, el propio Ojeda abrió un archivo donde ya se veían las versiones digitales de las fotos escogidas por De Rivera y sobre él extendió el texto que yo le señalé de los archivos del disquete a lo largo de las tres páginas. Me pidió que le diera los materiales que De Rivera me había entregado; lo hice y entonces lo vi colocar las fotos al tamaño y en el orden que el subdirector había dispuesto en el boceto y a ubicar también el texto del titular y las leyendas sobre ellas. Yo lo estaba mirando con la boca abierta cuando el teléfono que tenía al lado sonó y la voz del director atronó del otro lado de la línea.

—Voy a armar tu nota en un buen rato —me dijo, saliendo—. Ya no tienes nada más que hacer aquí; puedes irte ya.

Entonces supe que eran las tres de la mañana y que en definitiva lo que menos tenía era sueño. También me di cuenta de que esa noche no había comido, y de que igual no había sentido hambre, ni la sentía. Cogí mis cosas y noté los músculos de mi cuello y espalda entumecidos. Vegas se había ido ya,

de modo que salí al jirón Camaná y en la puerta del edificio me encontré con Silvio, que fumaba un cigarrillo mientras hablaba con un vigilante. Me preguntó cómo así me iba tan tarde y le dije que me había quedado cerrando una «*historia*». Lo vi sonreír detrás de sus lentes y decirme que me acompañaba, y sentí que tenía ganas de darme un par de palmadas de aprobación mientras caminábamos en la noche fresca del verano a lo largo de la avenida Emancipación rumbo a la avenida Tacna, pero no lo hizo. Aquella noche tomé mi bus desde Javier Prado y no pude dormir muy bien y el día martes me costó concentrarme en el trabajo de los «*mares*» habituales. Me pasé el miércoles en estado de alerta, completamente impaciente por el futuro, y el jueves por la mañana no pude esperar más y fui hasta la misma redacción de *Proceso* a recoger mis dos ejemplares de cortesía: entre las notas firmadas por Rossi, Vegas, Carranza, De Rivera y las columnas de distintos colaboradores y analistas, había una de tres páginas dedicada a los jíbaros del Cóndor. Vi una y mil veces el título en letras rojas, las fotografías de Marcos Saavedra y las imágenes de archivo, mi texto desplegándose sobre las páginas físicas de la revista y en un vértice al lado del título, en letras capitales, mi nombre. «Escribe ***GABRIEL LISBOA***». Fue la primera vez que veía mi nombre impreso sobre un papel y la primera —me doy cuenta ahora— que lo vi relacionado con esa palabra que de pronto había cobrado en mi vida una importancia que no había sospechado jamás: «*escribir*».

He tratado de recordar qué fue lo que sentí aquella mañana de jueves y lo único que se me viene a la mente es algo parecido a lo que me ocurrió apenas minutos antes de haber empezado a escribir esto que trabajo hace ya algunos días en desorden, por las mañanas y por las tardes y a veces por las noches, frente a esta computadora encendida en una habitación de Santa Anita. Este texto que no es otra cosa que una «historia», solo que contada por un redactor diez años después; sin fecha de cierre precisa, o más bien con una fecha de cierre que nadie, ni siquiera él, puede precisar.

El viernes siguiente llegué a *Proceso* algo retrasado y en la oficina de «*Mar adentro*». Najarro y Silvio me abrazaron mientras Vegas vociferaba con su voz tan potente y ahora paternal que el soldadito de Tiwinza se había vuelto famoso, que no le engañaran, que no le hicieran creer que ya era un «grande». Sentí que sí, que había nacido para escribir y que a eso me quería dedicar el resto de mi vida. Pensé con toda claridad que el periodismo era la mejor manera de encontrar mi lugar en el mundo.

Aún no había conocido, claro, al poeta Santiago Montero.

4

Cuando ese periodo de supuestas «*vacaciones*» llegó a su fin y en el mes de abril regresé a clases para cursar la segunda mitad de mi carrera universitaria, la Universidad de Lima me pareció el patio de recreo de un grupo de mocosos que apenas conocían algo del mundo real. Los reconocí a todos allí; llevaban sus sandalias y sus *shorts*, lentes oscuros sobre las narices con crema, polos precisos sobre las pieles bronceadas por el sol del verano, y recuerdo que los miré con rencor: sin duda seguían ocupando ese lugar que yo había percibido —y sin duda aún percibía— superior al mío: todos habían pasado sus vacaciones en el norte del país o en sus casas de playa del sur de Lima; algunos habían viajado a Europa o a los Estados Unidos, habían vivido aventuras románticas y noches de juerga con las que yo ni siquiera podía soñar; y sin embargo esta vez sabía, o pensaba así como una manera de defensa, que ninguno de ellos había vivido un verano tan intenso, arriesgado y lleno de conocimiento y aventuras como el que yo había experimentado en aquella redacción del centro de Lima al lado de gente tan disímil y disparatada como Carranza, De Rivera o Vegas. Por vez primera sentía que tenía algo de lo que ellos carecían; algo con que defenderme del mundo al que estaba obligado a regresar.

—Me había retirado de *Proceso* después de publicar dos o tres artículos más con mi firma y el último día, tras la despedida de mis compañeros de sección, Francisco de Rivera me informó que todos, incluido el director, estaban muy contentos con mi trabajo y que para el siguiente verano se me asignaría un sueldo. Nunca más, lo supe desde entonces, volvería a trabajar en aquellos empleos que me habían llenado de vergüenza secreta cada vez que ingresaba al campus de mi universidad por la puerta de la avenida Olguín con el deseo de borrarlos de mi mente para que no se me notaran en el rostro. Ese año mi regreso a la universidad fue completamente distinto. Allí estaba el pasadizo de la entrada estrecha y los pabellones de lunas polarizadas y de cinco pisos en los que cursé los Estudios Generales, las rampas y los amplios jardines que se abrían por todos lados y ofrecían bancas de madera y piletas, el circuito que guiaba a las dos escaleras del pabellón de Comunicaciones, las aulas amplias y ventiladas de asientos individuales y pizarras impecables que daban a la vista de parques y cafeterías espléndidos y más allá a los estacionamientos que contenían los automóviles de la mayoría de los alumnos

que estudiaban conmigo. Y allí estaban también los compañeros que compartían mis clases y que escogerían en séptimo ciclo la especialidad a la que finalmente se dedicarían —diseño, cine, periodismo, televisión— y que me saludaban con una cortesía que yo asumía fría y distante. Pero de pronto sentía que las cosas tenían una dimensión menos amenazante y que algo había cambiado, y me daba cuenta de que era yo. De que yo había cambiado.

—La primera vez que había entrado al campus de la Universidad de Lima había sentido que era una especie de ser invertebrado en medio de una estampida de bisontes. Durante esos primeros días en los que no conocía a nadie y en los que me costaba sentirme algo semejante a los demás alumnos empecé a odiar con todas mis fuerzas a mi tío Emilio. De pronto la ropa que llevaba tenía un sentido específico y poco grato para mí, lo mismo que mi acento, que era distinto al de los chicos que llevaban clases conmigo y que apenas me miraban. Provenía de un barrio que nadie reconocía y de un colegio del que nadie tenía la menor noticia.

—Muchas veces durante esos primeros semestres de clases me pregunté si el tío Emilio hubiera tenido las mismas agallas y el mismo coraje para alentarme a postular a la de Lima si yo hubiera sido realmente su hijo, si hubiera sopesado el dolor real que me podía generar el contraste entre mi vida anterior y las condiciones que me imponía la universidad. Cuando logré obtener la beca más allá del préstamo universitario desaparecieron de mí esos reclamos internos contra él por haberme mandado a donde me mandó, y entonces la carrera por mantenerme estudiando en ese lugar, con la fe puesta en que esos estudios me sacarían de la situación de precariedad en que me hallaba, empezó a depender solo de mí y de nadie más. Entonces fue que me empecé a fanatizar.

—Yo había estudiado una secundaria algo borrosa en un colegio estatal del barrio de mis tíos, en la urbanización Los Robles, en Santa Anita. Se llamaba Manuel Encinas, y era la típica escuela estatal de baños estropeados y salones de ventanas horadadas y golpeadas por el frío en que nos acomodábamos como podíamos cerca de cuarenta y cinco chicos en carpetas de dos alumnos. Una vez que terminé de estudiar ahí empecé a prepararme para la Universidad de San Marcos porque era la mejor institución pública en la que alguien con mis condiciones económicas podía estudiar. Lo que mi madre logró mandar alguna vez desde el interior me permitió prepararme en una vieja academia del centro de Lima en la que, bajo un calor infernal, nos apretábamos agónicamente cerca de ochenta adolescentes de colegios nacionales sin ninguna noción de lo que haríamos en la vida.

—Postulé a la carrera de Historia sin saber muy bien por qué, guiado por la intuición de que había sido el curso que más había disfrutado en el colegio. A diferencia de los otros sitios en los que recalé cuando explotaron los problemas entre mis padres y ambos desaparecieron de mi vida, la casa del tío Emilio poseía una biblioteca en la que se habían acumulado muchos libros de historia que compraba de segunda mano y algunas enciclopedias y diccionarios. Durante muchos de esos días empecé a encontrar un lugar algo más cómodo en los libros de biografías históricas que mi tío cuidaba celosamente pero que desde los primeros días en que llegué a su casa me invitó a leer. Quizás él nunca lo supo pero los devoré todos, sobre todo en las tardes mediocres después del colegio y en los descansos que tenía al final de los trabajos que encontraba en la calle en los meses de verano y con los que intentaba justificar mi permanencia entre ellos (mi madre me lo había dicho muchas veces: sé agradecido, gánate un lugar allí, no seas como tu padre). Cuando acabé de leerlos pasé a los tomos más voluminosos forrados de cuerina azul que trataban la Segunda Guerra Mundial, un tema que me apasionó a mí tanto como a mi tío. De esas experiencias saqué la conclusión de que quizás a eso me podría dedicar. Y cuando ingresé a la universidad en el primer lugar de mi carrera —Historia— sentí que podría encaminarme a un futuro relativamente seguro como profesor universitario o de colegio, aunque la idea no me terminaba de convencer del todo.

—Era 1992. Yo tenía diecisiete años y una curiosidad reciente por conocer el mundo, por saber al fin qué había en la ciudad más allá de Santa Anita. La Lima que se abrió ante mí fue una ciudad tugurizada a punto de caer al asedio de los grupos subversivos de extrema izquierda; un inmenso y desordenado conjunto urbano que casi por casualidad era la capital de un país prácticamente ingobernable. Apenas llegué al campus de mi flamante universidad sentí una sensación de frío en el espinazo. Distribuidas en una serie de tristes edificios que representaban las carreras a las que habíamos ingresado, separadas por campos de tierra apenas puntuados por hierbajos, las paredes de la ciudad universitaria, que era como la llamaban, lucían todas inscripciones violentas en las que un pulso agresivo llamaba a todos a emprender la lucha popular y la guerra de guerrillas contra el Estado peruano. En los patios una serie de periódicos murales lanzaban consignas con palabras mayúsculas, signos de exclamación e imágenes de hoces y martillos del partido comunista. Cuando llegué al auditorio en que nos darían la charla de bienvenida vi a algunos estudiantes que también habían llegado solos, con rostros contrariados, y todos, desde diferentes puntos de la rampa que daba

acceso al aula magna, miramos con melancolía, a lo lejos, los edificios lacerados de pintas, las ventanas rotas por los enfrentamientos entre policías y estudiantes y los espacios desnudos en donde supuestamente debían estar ubicados los jardines. Una vez abierta la sala de conferencias e instalados en ella, antes de la charla que nos ofrecería un eminente arqueólogo, un grupo de encapuchados ingresó al aula y empezó a escribir en la pizarra consignas en apoyo de la guerra popular y de la lucha que se libraba en las afueras de Lima mientras otro grupo repartía volantes para inscribirse en la Juventud Sanmarquina y soltaba arengas. Después se fueron como llegaron, y cuando el profesor apareció, empezó su aburrida alocución completamente indiferente a las pintas garabateadas a sus espaldas.

—Fue unos días después de que contara el episodio en la cena familiar que tío Emilio llegó con un plan a todas luces delirante; un plan al que tía Laura se opuso desde el inicio. Un día había estado hablando con el hijo del administrador del restaurante en que trabajaba, un chico que estudiaba Derecho en la Universidad de Lima, y al comentarle el caso de su sobrino el muchacho le había informado del sistema de préstamo estudiantil que existía en la universidad: esta podía cubrir el importe parcial o total de los estudios de un alumno a condición de que este los pagara cuando fuera profesional. La verdad, decía el tío Emilio, no existía una gran diferencia de aptitudes entre ese chico y yo, y tampoco entre yo y los hijos de los clientes a los que él solía atender. El tío Emilio se daba cuenta, y más desde que ingresé a San Marcos en el primer lugar, de que yo podría lidiar en esa batalla. Igual, ¿qué podría perder? A lo mejor ni siquiera ingresaba. Y si lo hacía, podría retener la matrícula en San Marcos y volver a ella cuando las cosas se tranquilizaran allí. Él pagaría el *Proceso* de admisión. Él tenía un pálpito y creía en mí.

—Al menos te darás el gusto de haber estudiado en ese lugar —dijo mi tío, mirándome con un gesto cómplice.

—Una tarde tío Emilio me trajo el prospecto de la universidad y al ver las fotos de las instalaciones y el programa de las profesiones me terminé de animar por postular a la carrera de Comunicaciones. A mi tío la idea le encantó. Me preparé en casa solo, como si fuera a rendir un examen para San Marcos, y en el mes de agosto ingresé a la universidad entre los últimos diez puestos. Cuando entré por primera vez en ese campus y empecé a recibir en él mis clases, me costaba por completo asumir que era la misma persona de hacía unos meses. En una de las charlas a los nuevos estudiantes, el encargado de la seguridad de la universidad nos explicó los planes para evacuar el campus en caso de que los grupos senderistas realizaran una acción militar

para tomarla. «Ustedes saben —nos dijo—, en las aulas de nuestra universidad estudian los hijos de los políticos y empresarios más importantes del país», y todos rieron nerviosamente. Estábamos a un mes de la captura del líder senderista Abimael Guzmán Reynoso pero entonces nadie lo sospechaba.

—Fue durante las semanas siguientes a esos primeros días de total irrealidad, cuando ya había asumido mi ausencia total de mecanismos para tratar con esos chicos de mi edad que provenían de los colegios privados más costosos del país y cuando a la vez descubría que nada o casi nada me separaba de ellos al momento de recibir las clases y participar en ellas, que empecé a pensar en las intenciones reales de mi tío Emilio. Algo en mí le daba la razón. Algo en mí sentía que me había mandado a un sitio que él mismo desconocía pero que sabía —tanto como yo ahora— que era lo que más me convenía para dejar de ser quien era. Entonces todo se redujo a una labor de supervivencia. En cierto punto, mi vida pasó a ser la negación de cualquier contacto con los estudiantes que me rodeaban —y que empecé a percibir como mi competencia directa en la obtención de beneficios académicos— y también un ejercicio de indesmayable concentración, diría obsesiva y casi enfermiza, en los estudios y las calificaciones bajo el objetivo único de ganarme una beca total que me librara del préstamo universitario. Había sido categorizado en la escala E, que correspondía a los pocos estudiantes que proveníamos de colegios estatales, lo que suponía una deuda abultada, pero aún razonable. Aquel primer semestre obtuve el puesto seis de todo Estudios Generales y por ello conseguí una media beca automática. Al semestre siguiente, tras un esfuerzo descomunal al que me iría sometiendo en todos los ciclos de mi carrera universitaria como si se tratara de un dolor habitual y necesario, obtuve el segundo puesto y la beca completa. Desde entonces debería mantenerme siempre entre los primeros cinco lugares de mi facultad. En los veranos trabajaría para vestirme y para ayudarme con mis pasajes y mis gastos mientras llevaba la cuenta del dinero que le iba debiendo a mi tío Emilio para devolvérselo algún día como algún día devolvería el dinero del ciclo y medio que había estudiado en la universidad sin la beca completa. Aquella dinámica de estudios y trabajo se mantendría hasta el final de la carrera, pensé yo, sin sospechar que todo se transformaría a partir de la noche aquella en que mi tío Emilio llegó a casa a contarnos a mi tía Laura y a mí que había hablado con Francisco de Rivera para que yo entrara a trabajar en *Proceso*.

—Escribo sobre esos primeros años en la universidad y me doy cuenta de que fue en ellos también cuando por primera vez empecé a leer literatura. No sé bien por qué comencé a hacerlo. En cierto momento, quizás, pensé que me ayudaría a suplir las desventajas de lenguaje que notaba ante algunos profesores y ciertos alumnos de la universidad, pero ahora creo que en el fondo lo hice por una irremediable sensación de soledad y cierto desasosiego. En casa le contaba ciertas cosas a mi tío Emilio, solo para satisfacer su enorme curiosidad por ese tipo de universidad, pero muchas me las guardaba para mí solo y no se las contaba a nadie. Me empecé a sentir cada vez más lejos de él y de todo aquello a lo que había estado acostumbrado hasta entonces. Me sentía realmente perdido. Desorganizado, habitado por fuerzas contradictorias que empujaban dentro de mí a la vez y me sometían a cambios de humor constantes e inmanejables. El colegio y la academia me parecían segmentos de una vida pasada a la que de algún modo había dejado de pertenecer, y a la vez no me sentía parte de la universidad en la que estudiaba. Empecé a leer ciertas novelas a escondidas, entre las clases, y en verano, cuando ya no tenía crédito en la biblioteca, compraba libros usados de novelas clásicas del siglo XIX a precios de nada. En algunas de esas historias encontré personajes humildes pero inmensamente ambiciosos que lograban ingresar y apoderarse de los salones más respetables de París o Milán y que pensaban todo el tiempo en ellos y en sus circunstancias del mismo modo en que yo había empezado a pensar infatigablemente en las mías. Pensaba muchas veces en ellos cuando me sentía desolado entre clases, cuando me ganaban las ganas de llorar en la biblioteca, cuando quería salir huyendo del comedor y me sentía completamente lleno de rabia y de impotencia, aunque no podía dirigirla a nadie en particular.

—Fue en el tercer semestre de la universidad, cuando ya había ingresado a la facultad de Ciencias de la Comunicación y empezaba a llevar cursos relacionados con artes y humanidades, que vi por primera vez al poeta Santiago Montero. No hubo una primera impresión. Si algo me había gustado de Comunicaciones era que muchos de sus alumnos eran los más excéntricos del campus, y entre ellos —futuros animadores de televisión, cineastas, escritores, fotógrafos, videastas, músicos— el aspecto de Montero, y también el mío, pasaban algo más desapercibidos. La primera imagen que me viene de él es la de un muchacho demasiado flaco y de piel traslúcida sentado al final de una clase con las piernas dobladas de un modo casi imposible —los *jeans* raídos y las zapatillas Converse—, atento a las diapositivas de pinturas y esculturas que se lanzaban contra la pared. Quizás eso fue. En aquel curso de

Historia del Arte éramos nosotros dos los únicos alumnos que no bostezaban durante las clases, y quizás esa atención nos vinculó. Algunas veces, recuerdo, intercambiamos impresiones acoderados en la escalera de la facultad, probablemente alguna anécdota de la vida de un pintor o un detalle de un cuadro, y después de algunos segundos Montero desaparecía. En esas conversaciones fugaces a lo largo de tres semestres me enteré de que llevaba solo algunas clases en la universidad porque a la vez trataba de completar la carrera de Literatura en la Universidad de San Marcos, a la que yo ya había renunciado definitivamente. Había estudiado Derecho durante un par de años en la de Lima, pero se había dado cuenta de que esa profesión no era para él. Entonces se había trasladado a Comunicaciones.

—Cuando lo vi ese semestre de 1995 en los pasillos de la universidad tuve inmediatos deseos de conversar con él porque para ese momento yo ya sabía que Montero *escribía*. El ciclo anterior había ganado unos juegos florales de la facultad organizados por los propios alumnos gracias a un conjunto de poemas que habían sido publicados en el periódico mural de la facultad e impresos en unos volantes que se habían repartido entre los alumnos durante la semana de Comunicaciones y de los que casi todos nos habíamos olvidado. Recuerdo que la primera vez que hablamos ese semestre lo hicimos más allá de la escalera de la facultad, en parte porque yo tenía una seguridad nueva, o un nuevo aire, y por ello lo abordé con una naturalidad que a él y a mí nos resultó algo extraña y acaso divertida. Me contó que había dejado San Marcos porque le resultaba endiablado manejar la distancia física entre ambas universidades —una en Monterrico y la otra casi en el Callao— y sobre todo la «*diferencia*», y recuerdo que le dije que entendía perfectamente a qué se refería. Le conté algo de mi verano en *Proceso*, pero posiblemente no demasiado. En cierto momento, luego de comprobar que no llevaríamos ningún curso juntos ese semestre y de hacer algunos comentarios bastante cómicos sobre los profesores que nos caían bien y sobre la gente de la facultad de la que ni él ni yo éramos amigos, me dio la impresión de que ambos reafirmamos que por alguna razón estábamos solos en ese lugar. Una tarde nos encontramos cerca del quiosco que da a Comunicaciones y nos quedamos un rato tomando un café y Montero me invitó un pucho. Hablábamos de las clases que llevábamos e hicimos comentarios sueltos sobre la novela que yo tenía entre mis libros académicos y también sobre el grueso libro de poesía que él cargaba junto a su *walkman*. Fue entonces que yo, ingenuamente, le hice una pregunta a bocajarro que lo intimidó tanto como si hubiera pronunciado el nombre de una plaga o un mal incurable:

—Tú eres poeta, ¿verdad? —recuerdo que le dije; al ver la expresión de su rostro me arrepentí inmediatamente de haberlo hecho: Montero había retrocedido como si esquivara un golpe involuntario.

—Todos somos poetas hasta que se pruebe lo contrario —fue lo que respondió.

—No recuerdo ahora qué le pregunté después, pero estoy seguro de que me sentí torpe e intenté esquivar esa frase tan extraña de Montero. Seguramente le pregunté si había otros poetas en la universidad porque recuerdo que en un momento Montero me dijo que poetas había «hasta debajo de las *piedras*».

—En Lima los poetas aparecen por generación espontánea —me dijo.

—Sé claramente que la idea de que hubiera tanta gente que escribiera me impresionó mucho y todavía más el acto de prestidigitación involuntaria que, acto seguido, Montero realizó para mí. En un momento le dio una calada a su cigarrillo, miró alrededor y me señaló a un chico que se aproximaba al lugar en que estábamos. Nada en él llamaba la atención a la distancia, salvo el modo envarado en que caminaba; de cerca sus señas perfilaban al típico estudiante genio en matemáticas o química evitado por todos: el pelo tristemente alisado, los lentes de carey negros que casi se engullían sus ojos, la camisa de manga larga metida dentro del pantalón con absoluta severidad. Él, por ejemplo, me dijo Montero, era *poeta*. Le hice un gesto de que no podía creerlo y me dijo que así era, y se llamaba Rafael Callirgos. Como él había decenas, centenares de poetas, o de aspirantes a poetas, ocultos en los pasillos y salones de la universidad. Recuerdo que le pedí un pucho. Yo me había imaginado a los poetas de una cierta manera: medio desgarbados, volátiles o lánguidos, como lucía el propio Santiago Montero, o bien extremadamente graves y dramáticos, con el rostro severo y la cabeza grande, a lo César Vallejo, pero nunca un chico imberbe con pinta de estudiante nerd primero en la clase de Termodinámica. Se lo dije a Montero.

—Espérate a que veas a Cara de Poeta —fue lo que me dijo—. Un amigo al que la vocación le llegó un día en que se miró la cara en el espejo: se dio cuenta de que con el aspecto que tenía solamente le quedaba ser poeta.

—Callirgos cruzó a nuestro lado y saludó a Montero en silencio levantando velozmente las manos y luego ocultándolas. Montero apenas enarcó las cejas.

—¿Lo conoces? —le dije.

—Del taller de Ignacio Parra —me respondió.

—¿Hay un taller de poesía en la Universidad de Lima? —me escuché decir entonces—. ¿Has ido?

—No existía sitio cultural o educativo en Lima en el que no existiera un taller de poesía, me dijo Montero. En la universidad había abierto hacía años, solo que era casi clandestino y tenía difusión nula debido a que su moderador era demasiado delirante. Montero había participado unos meses, me dijo, pero luego se había dado cuenta de que era mejor dedicarse a aprender la poesía leyéndola o a través de ciertas conversaciones con las personas que sabían. Él a veces hablaba con Mateo Ramírez Ganoza, un poeta ya mayor que estaba por culminar la carrera y que había publicado un libro. Claro, si es que Ramírez Ganoza tenía tiempo para él.

—No se me hubiese pasado por la cabeza pedirle que me presentara al poeta Ramírez Ganoza así que le dije a Montero que me hubiera gustado mucho ir al taller de poesía para conocer a la gente que se dedicaba a escribir. No sé si fueron las palabras que empleé o los gestos con los que acompañé mis propósitos los que hicieron que Santiago Montero sonriera y acaso concibiera un plan que a mí me quitaría el sueño durante los siguientes días. Lo cierto es que le dio una calada a su cigarrillo y me preguntó si tenía algo que hacer el miércoles de la semana siguiente a las seis de la tarde. Le dije que no y luego le pregunté por qué.

—A esa hora sesiona el taller de Parra —fue lo que añadió.

5

El día señalado Montero y yo nos reunimos en la escalera de la facultad de Comunicaciones con los rostros incriminatorios de dos personas que van a cometer un crimen por primera vez. A partir de las cinco nos juntamos casi en silencio, fuimos al quiosco a pedir cafés en vasos de tecnopor y compartimos puchos mientras Montero empezó a soltarme información clave acerca de Ignacio Parra como si se tratara de un delincuente al que íbamos a intervenir de manera sorpresiva. Como nosotros, me dijo Montero, Ignacio Parra había estudiado Comunicaciones en la Universidad de Lima y luego había cursado una maestría en Sociología en una universidad estatal de California. Por algún extraño motivo que nadie, ni él mismo, hubiera podido explicar, había terminado uniendo su vocación poética y sus estudios académicos de una forma tan extrema que se había convertido en el gurú afiebrado de lo que él mismo había dado en llamar «*poesía masiva con fines de lucro*». Se trataba de adelantarse al nuevo siglo masificando la poesía. Parra organizaba maratónicas sesiones de lectura de poemas escritos por anónimos en el parque central de Miraflores y conducía un programa en una estación casi perdida del dial en la que normalmente transmitían música dodecafónica, ópera y sesiones *new age*. En su espacio entrevistaba a poetas que casi nadie conocía porque los serios —que tampoco nadie conocía, me sonreía Montero— le rechazaban las invitaciones; algunas veces transmitía lecturas de poemas mezcladas con música etérea y abogaba por lo que a todas luces era su proyecto más ambicioso: una Escuela de Poesía con la capacidad de otorgar título de «*poeta*» a nombre de la nación a aquellos alumnos que culminaran tres años de estudios, pruebas y exámenes.

—¿Y para qué quiere hacer todo eso? —le pregunté a Montero—. ¿Cuál es el objeto?

—Vivir de la poesía. —Montero hizo una mueca divertida. El asunto, lejos de molestarlo, parecía causarle gracia—. Parra pretende ser una suerte de Stephen King de la poesía peruana.

—Y su poesía, ¿qué tal es? —le pregunté, intrigado.

—Una completa desgracia —me respondió, sonriendo.

—Cuando Montero me indicó que ya se había cumplido la hora, matamos los puchos, caminamos deprisa y subimos las escaleras externas del edificio de Bienestar Social de la universidad con la actitud de quien se dirige a una

pelea. El taller sesionaba en una oficina bastante amplia del cuarto piso del edificio en la que, a juzgar por la iluminación homogénea de una sala típica de conferencias, de día se realizaban reuniones de carácter estrictamente ejecutivo. Nada de eso ocurría ahora: alrededor de una larga mesa de vidrio en la que se veían esparcidos una serie de libros y fotocopias, ceniceros y botellas de agua o de gaseosas, un grupo bastante nutrido de extraños adolescentes rodeaba a un hombre blanco, de mediana edad y cabellos ensortijados y entrecanos, que hablaba con la voz de un político o de un locutor de radio y que de pronto se detuvo al notar nuestra presencia. Era Parra. Le hizo un gesto leve a Montero y este le respondió brevemente. Nos sentamos en una esquina, pegados a la puerta y de bruces a las paredes desnudas de la sala.

—Una vez sentado, mientras Parra explicaba algo acerca del texto que había repartido entre los talleristas y que aparentemente se dedicaba al modo de adjetivar en los textos literarios, empecé a reparar con auténtico pavor en las trazas de aquellos adolescentes de la Universidad de Lima que aspiraban a ser poetas. Lo primero que me impactó fue que ninguno de ellos parecía un alumno típico de la universidad; era como si durante los dos años y medio que había estudiado ahí todos se hubieran estado escondiendo en los sitios más recónditos del campus, temerosos de la luz, y que a esa hora y ese día, en ese lugar, hubieran adquirido la fortaleza necesaria para mostrarse a los demás y existir en el mundo. No había uno solo de los chicos altos y de aspecto ganador que caminaban aun a esa hora por entre las facultades o rumbo al estacionamiento o de las chicas delgadas y bonitas de saquitos y pantalones ceñidos que mataban a todos con sus moños altos o el pelo suelto. En la mesa, pegados unos contra otros, distinguí a tres chicos que parecían salidos de una escuela de Física Nuclear —entre ellos Callirgos, que volvió a saludar a Montero— y al lado de ellos a uno que, por el pelo y el cuello, parecía tener el aspecto inconfundible de un puerco espín (aunque luego me enteraría de que firmaba sus textos como «*el Jabalí*»). Frente a mí una chica que padecía un acné descomunal intentaba ocultar infructuosamente sus tetas gigantes bajo el borde de la mesa, y al lado de ella un japonés con aspecto de kamikaze y lleno de abalorios de metal y audífonos miraba a todos desde unos ojillos inescrutables. Había dos chicas con aspecto de hombres rudos y poco agraciados que no miraban a nadie; otra muchacha muy pequeña y con cara de rata enterraba la vista en la mesa y al otro extremo una mujer que acaso fuera guapa, si se pudiera distinguir su verdadero rostro de la cantidad de maquillaje en la que se ahogaban sus rasgos, fumaba sin parar una recatafila

de cigarrillos. En ese espacio absolutamente inédito para mí pude notar que ciertos rasgos de Montero como la nariz afilada y larga, los ojos hundidos y las ojeras incipientes se acentuaban y lo volvían un ser algo extraño. ¿Cómo luciría yo? Empezaba a temer la respuesta cuando dos adolescentes totalmente vestidos de negro capturaron toda mi atención.

—Esos son los poetas *dark* —me informaría después Montero, cuando ambos comentábamos aquella sesión—. Escriben poemas entre sociales y góticos y firman indistintamente como Enrique e Isaac. Nadie sabe quién es quién.

—Los poetas dark miraban los papeles que tenían enfrente de ellos y también a los otros participantes del taller bajo unos flequillos ridículos de cabellos largos y húmedos que dejaban ver a medias unos rostros inocentes que pretendían ser afiebrados o quizás luctuosos. Se esforzaban por componer una mirada que resultara amenazante pero difícilmente lo conseguían. Quien resultaba de veras intimidante era un muchacho de una extraña cabeza con el pelo cortado casi al rape y que desde ciertos ángulos lucía poliédrica, un tipo de edad imprecisa y ojos conturbados que miraba a los demás con una mezcla auténtica de amenaza y pánico a la vez. Esa mirada sí era real, y asustaba. Recuerdo claramente su cabeza ladeada, sus ojos incrustados en los míos, sus labios rectos y casi invisibles, su frente amplia. Las señas de la cabeza de un asesino en serie.

—Es el Niño Cabeza de Cojín —me susurró Montero en ese momento, mientras parecía seguir mirando a Parra—, no lo mires tanto a los ojos porque va a creer que es algo personal.

—Me pasé el resto de la exposición de Parra y las intervenciones de algunos talleristas evitando la mirada del Niño Cabeza de Cojín. Montero me diría luego que, a pesar de su aspecto, ese no era el verdadero loco peligroso del taller. Es decir, sí era bastante lunático, pero no era una amenaza real. El Niño era apenas un factótum de la música metal que se alucinaba satanista pero que en el fondo no era otra cosa que un consumidor compulsivo de pornografía y gore que escribía buenos poemas, aunque todos bastante extraños. Fuera de esos textos que leía con voz teatral y levantando la mano con los dedos muy separados en las sesiones del taller jamás se expresaba: nadie sabía a ciencia cierta si era un completo posero, un tipo realmente brillante o el más triste de los mongolitos. No, en verdad el loco peligroso era Vicente Malatesta, un tipo que iba al taller y a todos lados uniformado con una camisa, pantalón de vestir, zapatos de terno pero sin medias y que no había escrito una sola línea durante el año y medio que llevaba asistiendo a

las sesiones de Parra. A veces se pasaba las clases anotando una sola frase que repetía sin parar en su cuaderno y que algunos poetas químicos miraban de soslayo con pavor, o miraba de modo sostenido a las chicas del taller y las dibujaba obsesivamente. Todas ellas, pero sobre todo la Poeta del Cuerpo, le tenían pánico: perseguía profesores después de sus clases sin decirles nada, escribía frases entre tiernas y criminales en las pizarras de los salones, se balanceaba peligrosamente sobre su carpeta mientras hablaba solo y una vez alguien lo había encontrado en el baño golpeándose duramente la pija e increpándole cosas que no llegaban a entenderse del todo.

—Ese sí es impredecible —me volvía a decir, riéndose detrás de su cigarrillo, Montero—. Todos nos creemos medio locos pero este realmente se tomó las cosas en serio.

—Todo lo que escribo aquí me lo contó Montero al salir de aquella sesión, en el breve descanso que decretó Parra y que nosotros aprovechamos fumando cigarrillos y yendo a la máquina de café del primer piso para agenciarnos un par de vasos. De regreso la cosa se pondría más interesante, me dijo Montero, y en efecto así fue: Parra convocó a los miembros del taller a que leyeran «*material nuevo*» si es que lo habían producido y les provocaba compartirlo con los demás. Durante esa sesión no pude escuchar el trabajo del Niño Cabeza de Cojín, que se pasó mirando a todos desde su esquina, y tampoco el de Malatesta —nunca supe si realmente se apellidaba así o todo era una invención de Montero para reforzar su estela de loco—, aunque nadie le preguntó si deseaba leer: quedaba claro que, desde que Montero dejó el taller, aún no había acabado su poema.

—El primero que leyó fue uno de los poetas químicos, sentado al lado de Callirgos. De modo tembloroso, sin sacar la vista del papel que tenía delante, compartió un poema del que, debido a sus palabras rebuscadas y a sus figuras retóricas y fórmulas matemáticas, nadie entendió absolutamente nada. No resultó extraño que ningún tallerista se animara a comentarlo. Tras un silencio que empezaba a ser incómodo, Parra dio pase a la chica de labios rojos. Entonces se impuso un silencio de otra naturaleza en la oficina. Ella sacó un papel del libro que tenía delante, pidió permiso para prender otro cigarrillo, lo hizo, dejó el fallo encendido sobre el cenicero frente a él, se pasó la lengua por los labios brillantes y, mirando a ratos el papel que sostenían sus manos de dedos pintados y a ratos el rostro impávido de sus interlocutores, leyó un poema bastante largo, de frases cortas y acezantes, cuyo ritmo se fue acelerando junto a su jadeante respiración. Ese poema sí que lo recuerdo por partes; de hecho cuando empecé a escucharlo y a mirar los labios y el rostro

de quien lo leía supe de inmediato que ella era la chica a la que Montero se refería con esos términos tan específicos que de cualquier otra manera me habrían parecido extraños:

—¿Y qué te pareció la Poeta del Cuerpo? —me preguntó.

—Alucinante —le dije.

—Lo fue. Delante de un auditorio de mocosos, muchos de ellos seguramente vírgenes —me costaba creer que los poetas químicos, el Niño Cabeza de Cojín, el Gran Puerco Espín, el loco Malatesta o los poetas dark no lo fueran—, la poeta adolescente nos regaló un generoso *striptease* verbal: «*Todo es evanescente más allá de mi piel* —leyó—, *todo es vacío cerca de tu sombra / cervatillo con pena / acuoso gris / resbaladizo. / Has dejado un vacío entre mis piernas jóvenes y me apena / mis muslos de puta y virgen / mi cuerpo que se abre como una flor carnívora y te ofrece / mis tetas mi coño mi lengua / los ríos de sangre que convocas en mi abismo líquido y que irrigan mi cuerpo / abierto solo para ti / animalito espantado con ojos de forajido / de macho / de hombre de caficho de amo si así lo deseas. / ¿Quieres que vuelva a ser una puta cualquiera y de rodillas? / ¿Eso quieres? / Tu receptáculo sagrado de sudor de saliva de semen…*».

—En un momento dejé de entender lo que leía la Poeta del Cuerpo como parte de un poema y me empecé a quedar solo con ciertas imágenes y algunos versos que me interpelaban, sí, pero de una manera que no podía juzgar «*literaria*». La verdad es que en las semanas que seguirían nunca entendería un poema entero de los que ella escribía y declamaba; siempre me podía enfocar en algunas líneas sueltas, imágenes candentes con las cuales la Poeta del Cuerpo perturbaba las mentes aún débiles de todos quienes supuestamente aspirábamos a ser poetas. Los comentarios luego de sus lecturas eran lo más absurdo que había presenciado hasta entonces. Un grupo de onanistas que esa noche se castigarían en solitario pensando en el cervatillo espantado de la Poeta del Cuerpo opinaban con impertérrita frialdad sobre los alcances «*poéticos*» de su trabajo. Siempre resultaba «*interesante*». Un poeta químico decía algo como «el uso de la voz poética bajo las máscaras de la virgen y de la puta es relevante; hay un choque, digamos, de sentidos bastante intenso…», o a veces: «En la parte en que hablas de tu vagina húmeda que se llena de espuma…». O: «Me gustó mucho la fuerza de las ratas recorriendo tus pezones enhiestos». Cosas así. La Poeta del Cuerpo explicaba entonces su trabajo, cómo los elementos de su exterior —sus grandes pechos, su coño, su garganta— eran símbolos de los que se valía para canalizar sus afectos más privados, y nosotros le dábamos la razón. En cierto momento casi todos

estábamos demasiado cerca de la mesa. Esa primera noche seguramente sucedió algo parecido. Seguramente me habría quedado mirando los labios de la Poeta del Cuerpo toda la velada si no fuera porque quien leyó acto seguido fue uno de los poetas dark.

—Este poema se llama «*El callejón de los murciélagos*» —dijo de un modo solemne; pudo ser Isaac, aunque a lo mejor se trató de Enrique.

—Lo que vino a continuación fue una salva de versos oscuros y miserabilistas en los que el poeta, a todas luces el más nerd de su barrio en Lince o La Victoria, se disfrazaba bajo la voz de un adolescente maldito que caminaba entre las ratas de los basurales, se comía murciélagos, desfloraba perras pulgosas de las calles y bebía, lo recuerdo bien aun ahora, «*el licor amargo de la estulticia*». Siempre ebrio, siempre drogado, el poeta dark y su amigo eran lanzados dramáticamente a un mundo de gente con más ventajas que ellos (la gente de la de Lima, pensé); más correcta, más pudiente, más linda. Para ellos no había Cristo, ni Dios, ni suerte alguna. Aquella noche uno de los dos leyó sin mirar a nadie, sin comprobar la casi total indiferencia de los demás: la Poeta del Cuerpo fruncía el ceño con los ojos puestos en el papel de su poema, sobre el que no dejaba de hacer añadidos y cambios, Malatesta dibujaba frenéticamente, el japonés kamikaze apenas parpadeaba y Montero miraba al techo de la sala como implorando secreta compasión. Solo el Niño Cabeza de Cojín, con el rostro aún ladeado hacia Parra, depositaba de soslayo sus pupilas sobre el poeta dark, aunque fijamente. ¿Acaso lo aprobaba secretamente? ¿Acaso lo quería moler a golpes? No había modo de saberlo. Cuando el poeta dark acabó Parra dio por terminada la sesión, con un ligero aire de derrota. Dijo que a la semana siguiente podríamos discutir el poema y expresar nuestras inquietudes.

—Nada que valga la pena —me dijo Montero, mirando a su alrededor para evitar que alguien lo escuchara mientras bajábamos las escaleras del edificio de Bienestar Social bajo la noche cerrada—. Todo es una reverenda mierda.

—Nunca más, después de aquella sesión, Montero volvería a acudir al taller hasta la noche en que discutió amargamente con Parra y decretó el fin de mis visitas a la oficina de Bienestar Social. Aquella primera vez, después de hablar un rato más en las bancas cercanas a Comunicaciones y despedirnos, y en otras oportunidades en las que nos encontrábamos de casualidad en la universidad, Montero me relataría lo que ahora empezábamos a llamar las «*épocas doradas*» del grupo de Parra, esos primeros años en los que él estudiaba Derecho y a la mesa de Bienestar iban poetas de verdad,

gente como el escéptico Mateo Ramírez Ganoza o su amigo de San Marcos Jorge Ramírez Zavala, a quien el propio Montero había invitado como participante libre; yo, a cambio de eso, le contaba la degradación en la que parecía naufragar el taller en la actualidad. Montero renegaba y se reía.

—Ahora que recuerdo me doy cuenta de que yo era mucho más violento con el taller y con sus personajes cuando hablaba con Montero que cuando participaba en él. La verdad es que durante ese sexto semestre de mi carrera, esa oficina anodina de Bienestar Universitario se convirtió en un lugar en el que por primera vez me sentía plenamente cómodo dentro de la Universidad de Lima, un espacio que de una manera extraña me correspondía y en el que llevaba una especie de vida paralela entre la rigidez de las clases, los horarios cumplidos con disciplina y las horas en la biblioteca leyendo rigurosamente para mantener mis promedios. No iba a sus sesiones con el propósito de hacer amigos sino de descubrir un poco más en qué consistía ese mundo extraño de la escritura. El taller de Parra me brindó algunas cosas invalorables, aunque nunca las admití delante de Montero. Durante sus sesiones me sentí más consciente de mi desubicación, de mi desasosiego, y sentí que ya no era raro que llevara siempre conmigo esas novelas que leía en los buses yendo a la casa de mis tíos. También entendí que, pese a la calidad bastante opinable de los textos que se leían, quienes estaban allí eran adolescentes en busca de un mundo personal que trataban de enunciar como podían cosas específicas que les correspondían o les preocupaban o con las cuales se sentían identificados. Durante esos tres meses discutí por primera vez textos de otros, me calenté con los poemas de la Poeta del Cuerpo, escuché extrañado y con cierta admiración los poemas castizos y violentos del Niño Cabeza de Cojín y, acaso para dejar de ser considerado un escritor sin producción a lo Vicente Malatesta, escribí y leí mi primer texto literario.

—Nunca supe si se trató de un poema pero digamos que me empeñé en que lo fuera. Presenciando a los otros, escuchando sus voces arrebatadas, había sentido una extraña inquietud que bien podría significar las ganas de decir cosas mías también. ¿Sería tan malo como algunos de aquellos poetas? Pensaba que no, pero de pronto algo me frenaba y el cosquilleo que sentía en el estómago al salir del taller de Parra y subirme al colectivo que me llevaba a casa se disipaba hablando para nadie mientras caminaba. Un día, en medio de una clase, empecé a dibujar mi letra en un cuaderno y casi sin darme cuenta vi aparecer el monólogo de un hombre de edad que presentaba de un modo simple su vida de adulto sin hijos en una casa humilde del barrio de Santa Anita, lejos de la vida acomodada con la que se relacionaba en su trabajo en

Miraflores. Ahora me doy cuenta de que estaba intentando unir o darle continuidad a algunas experiencias que yo mismo vivía como dislocadas, pero en ese momento no tenía la menor idea de ello. Le coloqué palabras prestigiosas, ciertas figuras literarias que creía me ayudarían a otorgarle misterio a ciertos tramos del texto, lo corregí lo más que pude y una tarde pedí turno en la oficina iluminada y leí mi trabajo de un tirón con la vista fija en el papel y en el vidrio de la mesa que se vislumbraba detrás. Aquella vez fui yo quien experimentó el silencio del otro lado del ambiente y no retuve casi nada de lo que los demás dijeron. Solo que el texto era «*honesto*», aunque muy poco «*poético*».

—Por supuesto, jamás le mostré a Montero aquello que había escrito ni le comenté que lo había hecho. Nos encontrábamos con cierta regularidad durante las tardes de clases y si nos veíamos jamás nos pasábamos de largo tras el intercambio de saludos, como si ya existiera entre ambos el pacto tácito acerca de que deberíamos conversar. Una tarde de miércoles, antes de entrar al taller, me lo encontré fuera de las clases con el ánimo algo revuelto y noté que reaccionaba de una manera más enfática ante las cosas que yo le contaba, un poco exagerando, acerca del tenor de las sesiones con Parra. De pronto las risas que siempre me prodigaba o las frases irónicas y laterales sobre los miembros del grupo habían cedido a sentencias categóricas como «*Parra es un farsante*» o «*Deberían denunciar a Parra*». Cuando llegó la hora de ir al taller y me dijo que me acompañaría sospeché que algo complicado podía suceder, pero no intenté disuadirlo. Me incomodó ante él, eso sí, que al entrar algunos talleristas me saludaran con una familiaridad que Montero desconocía.

—Durante la dinámica de esa noche, y la exposición de ideas de Parra sobre la cultura de masas, la necesidad de deselitizar la poesía y masificarla, de llevarla a todos los rincones de la sociedad peruana, Montero permaneció callado y aquello me supuso un alivio. Sin embargo, cuando durante el receso ambos salimos a tomar aire me di cuenta de que era presa de un pésimo humor.

—Todos están maniatados por Parra —me dijo, tirando la ceniza de su cigarro con rabia sobre el césped de los jardines de la universidad—. Todos.

—Sentí que ese «*todos*» me incluía y por eso me quedé callado. Después regresamos. Ahora sé claramente que las cosas no hubieran explotado como lo hicieron y que yo habría acudido al taller de Parra durante algunos meses más si en la segunda parte de la sesión el propio Parra no hubiese decidido, en

su calidad de «*poeta en progreso*» como todos nosotros, compartir un último poema suyo.

—Se llama «*El hombre masa*» —dijo.

—Había oído leer a Parra en sesiones anteriores y por eso temí lo peor. Si algo tenía claro para ese momento era que Parra se mostraba realmente bienintencionado pero como poeta resultaba atroz. Sus ideas exaltadas sobre la creación de una industria cultural que permitiría que la poesía se volviera una actividad lucrativa y atractiva mientras fuera consumida por millones de personas obedecían a cierta lógica absolutamente cándida que uno podría considerar con simpatía. Pero su intento de traducir esa «*poética*» en poesía de cierta calidad era sencillamente un total fracaso. Sus poemas resultaban cadenas de versos que cualquier persona de a pie podía entender pero que terminaban articulando involuntariamente la letra de un rap desangelado y mediocre. Algo así como: «Sábado en la noche / Calle de las *Pizzas* / Sábado / Calle / Noche / *Pizzas* / Sábado en la noche / Calle de las *Pizzas*…».

—Cerré los ojos y escuché la voz radiofónica de Parra inundando la oficina de Bienestar. En un primer momento imaginé que el hombre masa era él y que el poema era un manifiesto muy a su estilo en favor de sus ideas pero me equivoqué. El hombre masa era otro, un poeta que, a juzgar por los versos que escuchaba, había sido consagrado y leído por multitudes. Parra lo leía con una voz atorada por la rabia y cuando me animé a mirarlo un rubor había encendido su piel: «*Allí está el hombre masa* —leyó—. *El hombre masa y sus gafas / Y una taza / Y frente a él la masa / que escucha sus poemas y lo aplaude / El hombre masa y sus canas sus premios su cansancio / y su voz de chancho bajo un gran limonero / Ahí está el hombre masa / Frente a la masa / Y yo / sentado / escribiendo en mi cuaderno sobre el hombre masa…*». A esas alturas Montero no hacía ningún esfuerzo por reprimir un gesto de desagrado; trazaba garabatos nerviosos sobre su cuaderno abierto, movía la cabeza con pesadumbre y miraba a todos con lo que parecía el deseo de coger un arma. Cuando Parra terminó de leer el poema, y se produjo el silencio acostumbrado, una parte de mí no se sorprendió de que la primera voz que sonara en la sala rompiendo la quietud fuera la suya:

—Es un poema muy malo —dijo.

—Parra se quedó estático, como casi todos, el rostro congelado en una expresión que aun ahora no sabría describir bien. Poco a poco, como si lo que acababa de ser dicho no hubiera sido real, algunos comentarios de los talleristas ponderaron los méritos del poema sin detenerse en las palabras de Montero. Los poetas químicos lo consideraron un alegato interesante contra el

prestigio de los premios, a la Poeta del Cuerpo le pareció una poesía sobre la poesía en la que se escenificaban las vanidades de los creadores… En un momento, cuando se hizo el silencio nuevamente, Parra pareció salir de su letargo y le pidió a Montero que, por favor, desarrollara lo que había dicho minutos antes.

—La mejor manera de tumbarse a un buen poeta es escribir mejor que él y no sobre él y hacerlo mal —dijo.

—Había prendido un cigarrillo y vaciaba las cenizas sobre el cenicero.

—Entonces Parra se indignó. Levantó la voz y de pronto se inició una discusión acalorada sobre los méritos del poeta al que había aludido Parra y que ninguno de los dos, extrañamente, se atrevió a nombrar. ¿De quién hablaban? Para Parra se trataba de un hombre que había incursionado muy bien en los medios pero que era un poeta claramente sobrevaluado; para Montero era el tipo que había producido la mejor poesía peruana de las últimas décadas.

—Es mejor de lo que nadie en este taller podrá escribir nunca —dijo.

—Hay razón en las palabras de Montero —rompió su silencio de varias sesiones el Niño Cabeza de Cojín.

—Yo permanecí mudo. Como si las palabras del Niño hubieran abierto una grieta de acceso, todo el mundo empezó a hablar. Me di cuenta muy rápidamente de que mucha gente le tenía una franca animadversión al hombre masa y de que Montero, solo contra el mundo, lo defendía con uñas y de dientes, a ratos débilmente, a ratos francamente indignado. En cierto momento, con la voz también herida, Parra tomó la palabra y no la dejó hasta que se produjo el silencio suficiente para que quedara claro que lo que decía iba dirigido directamente a la esquina que ocupaba Santiago Montero. Todos los gustos eran bienvenidos en el taller, dijo; se aceptaban las críticas de todos, pero a él le parecía indispensable que para que un espacio de diálogo así se pudiera sostener, para que hubiera un mínimo de consenso en él, los miembros del taller deberían considerar al menos como un buen poeta o al menos como un poeta auténtico a quien dirigía los encuentros. No iba a aceptar una falta a su autoridad. Si alguno creía que él no era un vate competente, como había sugerido Santiago, tenía toda la libertad para abandonar el taller y no volver nunca más a él.

—Montero se levantó de su asiento, recogió sus cosas con premura y salió, sin despedirse. Cuando en verdad me di cuenta de que había dejado la sala, un resorte me hizo saltar de mi asiento, recoger torpemente mis cosas y despedirme con un gesto de respeto absurdo del rostro desencajado, y triste

también, de Parra. Al salir a la calle vi la silueta de Montero escaleras abajo perdiéndose entre los pabellones con rumbo al estacionamiento. Le lancé un grito desde arriba, corrí hacia él y cuando llegué me lo encontré con el rostro frío y los labios fruncidos atenazando un cigarrillo. Recuerdo que no le dije nada, y él tampoco a mí, supongo que porque el hecho de estar a su lado lo decía todo y era inútil hablar. En el quiosco aún abierto Montero pidió un café y me invitó uno. Cuando prendió el segundo cigarrillo le hice la pregunta que desde que bajaba las escaleras tenía preparada para él.

—¿Quién es el hombre masa al que odia tanto Parra?

—Antonio Cisneros —me respondió.

—Una hora más tarde, después de despedir a Montero, me fui a la biblioteca a sacar un libro de Cisneros y lo empecé a leer en una de las salas de lectura, vacía a esa hora. No solo me di cuenta de que podía entender esos poemas como ninguno de los que habían escrito los miembros del taller de Parra sino que además me tocaban de una manera definida. Recuerdo especialmente uno. En él un hombre solitario, parado en el edificio de un campus universitario como el mío, pero en Inglaterra, le escribe una carta a un amigo peruano desde el desarraigo y la vulnerabilidad de estar en un lugar absolutamente alejado de su país y completamente solo. Desde ese edificio —que él llama la Torre de Vidrio— divisa las otras torres de los departamentos académicos, las siluetas de los chicos más fuertes que él y de un país próspero que no es el suyo, protegidos por el fuego del hogar, la seguridad, los automóviles que los esperan en los estacionamientos. Yo estaba en una Torre de Vidrio igual a esa, y de alguna manera ese poema, que fue escrito en otro hemisferio antes de que yo naciera, era completamente *mío*; es decir, me *pertenecía*. Recuerdo que aquella vez salí de la biblioteca cerca de las diez de la noche y percibí los edificios de la Universidad de Lima como animales luminosos en la oscuridad húmeda de junio. Recuerdo que memoricé rápidamente el poema y que lloré en silencio al volverlo a leer camino a casa. Al día siguiente esperaba con ansias encontrarme en algún momento con la figura huidiza de Santiago Montero para contarle lo que había vivido la noche anterior —salvo el llanto, claro—; para decirle que yo también había entendido la poesía del hombre que él admiraba tanto.

6

Desde que Montero y yo conversamos días después sobre la poesía de Antonio Cisneros —o mejor dicho, desde que yo llegué a él con una serie de ideas y consultas anotadas en un bloc y él respondiera todas y cada una a veces con paciencia, otras con emoción y otras con cierta dificultad—, se estableció entre nosotros una relación que con el paso del tiempo se transformaría en un vínculo real. Supongo que todo se inició allí, esa noche en que ambos abandonamos el taller de Ignacio Parra.

Montero me recomendó algunos libros en función de las poesías de Cisneros que más me habían gustado —«Medir y pesar las diferencias del otro lado del canal» era un poema «*notable*», me había dicho, y con ello me había hecho completamente feliz— y desde entonces, a las separatas que debía paporretear para las clases teóricas y a las novelas que leía los fines de semana, se sumaron una serie de poemarios que Montero me facilitaba como si se trataran de petardos o armas de fuego. Era divertido escucharlo hablar de poesía, y sobre todo de poesía peruana, parte de la cual él admiraba sin contemplaciones. De pronto el universo que yo había estudiado en la academia y que se circunscribía a Vallejo y Eguren se prolongaba en una sucesión de nombres que ignoraba por completo y que terminaban en la mente viva, incólume, de Mateo Ramírez Ganoza, un chico de cabeza enorme, pelo revuelto, ojos rasgados e inquisidores y el aire ausente de quien está flotando todo el tiempo sobre las cosas, al que a veces veíamos caminar por los pasadizos del campus cargando libros de arte y enterrado en los audífonos de su *walkman* escuchando —según especulaba Montero— la voz de E. E. Cummings, o de Ezra Pound, o de Dylan Thomas leyendo sus propios poemas. Esta información Montero me la facilitaba bajando mucho la voz, mirando a los costados para cerciorarse de que nadie lo escuchara, como si me estuviera revelando la lista negra de una secta de guerrilleros o de terroristas o como si aquello pusiera en riesgo la vida de alguien o de algo. Alguna vez Ramírez Ganoza se acercó a saludarlo, y yo pude escuchar su voz marchita e irónica opinando sobre poetas contemporáneos que me resultaban aún más extraños todavía que aquellos que Montero siempre citaba. Nunca se dio cuenta de que cuando estaba cerca yo me ponía a temblar imperceptiblemente. Felizmente nunca me dirigió la palabra.

Con el tiempo Montero y yo comenzamos a hablar cosas que no tenían que ver con la universidad, con las clases ni con el taller de Parra. A mí me había empezado a gustar mucho el cine y Montero había decidido estudiar esa carrera, por eso se había matriculado en Comunicaciones. Ambos habíamos ido por nuestra cuenta a cineclubes —yo a la Filmoteca de Lima y él al Cinematógrafo de Barranco— y por eso nos liamos a hablar de películas, aunque Montero conocía muchas más que yo. No leía novelas, me confesó, y por supuesto le apestaban la mayoría de los cursos de la universidad, pero le fascinaban la música y las artes plásticas. Una tarde, recordando las clases de Historia del Arte del primer semestre en la facultad, nos preguntamos el uno al otro cómo así habíamos estado interesados en artistas y pintores. Fue entonces que conocí los primeros datos personales de Santiago Montero: su padre era un experto en asuntos de mecánica con un gusto insano por la astrología y la literatura fantástica, que devoraba con la curiosidad intacta de un niño, y su madre era una pintora aficionada y también buena lectora. En su casa siempre había habido novelas y libros con ilustraciones de artistas y él había crecido en medio de todos esos estímulos. Yo no me atreví a hablarle de la pequeña biblioteca de mi tío Emilio, y del librito que se llamaba «*Arte abstracto y arte figurativo*» que releí muchas veces en el colegio, pero sí me animé a confesarle que todos los sábados por la mañana había ido a la sala de arte de la biblioteca a revisar todos aquellos libros de lujo sobre artistas que no se podían llevar prestados a la casa. De un momento a otro Montero me hizo la pregunta que nos sacaría por primera vez fuera del campus de la Universidad de Lima:

—¿Has ido alguna vez a una galería de arte? —me dijo—. ¿Has visitado museos?

—Nunca —le respondí, algo avergonzado.

Montero me dijo entonces que había una exposición abierta muy cerca de ahí; él iba a ir y me invitó a acompañarlo.

—¿Ahora? —intenté excusarme, temeroso de la opción de no asistir a ninguna de mis clases aquella tarde, y de poner en riesgo al límite mis estudios, mi beca, mi futuro.

—Claro, ahora.

—Tengo clases…

—Esta puede ser la mejor de tus clases.

Entonces acepté. Fue como un arrebato y ahora creo que se debió más a la ilusión de salir a la calle por primera vez con alguien de la universidad que a la curiosidad por la exposición misma. Montero le dio una calada fuerte a su

cigarrillo y se echó a andar a la puerta de salida de la avenida Olguín, me condujo hacia su carro —un Honda Civic azul del año 1981 tristemente estacionado entre muchos otros autos al lado del muro rojo del Jockey Club del Perú—, y después de cerca de quince minutos conduciendo por la avenida Javier Prado con dirección a San Borja, cuadró en la espalda del Museo de la Nación. Durante el camino no me dio ninguna seña del artista, ni nombres ni nada. Recuerdo su figura delgada saliendo del auto, subiendo a trancos las escaleras de cemento del enorme mastodonte de concreto que había visto miles de veces pero al que jamás había entrado, atravesando la sala gigante de recepción y tomando automáticamente, como un conocedor, el ascensor preciso que nos conduciría a una de las salas del tercer piso en la que se exhibían una serie de inmensos objetos de arte, todos realizados por un solo artista: vi el nombre y la relación de los años en que habían sido producidas sus piezas en el muro de recibimiento, y al ver el gesto aprobatorio de Santiago Montero me di cuenta de que él ya había estado ahí más de una vez, y me conmovió que esa tarde se hubiera tomado la molestia de conducirme hasta ese lugar solo para compartir conmigo una revelación que no había podido mostrarle a nadie.

Vi el trabajo minuciosamente y en orden cronológico, y como con la poesía de Cisneros, traté de entender de la mejor manera aquello que tenía ante mis ojos, aunque no era fácil. La primera sala mostraba una serie de pinturas de pequeño formato con escenas horripilantes ejecutadas bajo una factura delicadísima: una serie de hombres y mujeres tuberosos y de animales hambrientos se entrelazaban, copulaban y eyaculaban de una forma sobrecogedora. Después, como si hubiera renunciado a todo lo que había ejecutado antes, los cuadros siguientes parecían una broma. Eran solo marcos desnudos de los que se desprendían ciertas formas orgánicas hacia los lados exteriores, dejando el interior vacío, sin contenido, como si el pintor se hubiera quedado con el lado estrictamente conceptual de su trabajo. Me costaba mucho entender aquello, y creo que también a Montero.

—Es como si estuviera indagando en la estructura misma de su lenguaje —me dijo, antes de desplazarse a la otra sala—, como si se hubiera quedado solo con su esqueleto para reflexionar sobre él y luego dar un gran salto.

Y quizás tenía razón. En formatos mucho más grandes que los anteriores, trabajando con placas de metal, madera y clavos sobre la superficie, pulverizando la idea del marco, el artista había retomado algunas de sus primeras criaturas terribles. Todas parecían querer huir de sus formatos. Recuerdo que algo así le comenté a Montero y que él asintió. Ya sabía que lo

que nos aguardaba en la sala final me reventaría la cabeza. Ahora las criaturas parecían enormes seres liberados sobre el espacio de la sala, esculturas de desperdicios, maderas, trapos, planchas de metal y tubos quemados que se desplazaban por las inmensas paredes del recinto. Sus manos, como en las primeras pinturas, seguían retorcidas, sus ojos desorbitados, los gritos parecían tragados por el silencio del lugar, pero esta vez la angustia estaba encarnada en los mismos materiales. Vi que uno de aquellos monstruos cogía entre sus enormes zarpas un pequeño cuadro vacío y entonces supe que en efecto no olvidaría jamás ese día. Vi las pinturas de los últimos años, que regresaban al color, y volví a las salas anteriores a observar los cambios formales pero también las mismas obsesiones o recurrencias a lo largo del tiempo. Había algo que no entendía pero que deseaba comprender y el encuentro físico, real, con ese trabajo me generaba vértigo y una extraña intensidad. En cierto momento encontré a Montero en uno de los descansos externos del museo fumando un cigarrillo, y como buscando paz visual me puse a ver, a lo lejos, los carros pequeños cruzando el encuentro de las avenidas Javier Prado y Aviación.

—Vámonos ya —me dijo entonces él.

Salimos del museo y a ambos nos pareció que los edificios altos de la avenida Javier Prado, las luces de los carros enredándose en el tráfico, la gente caminando apurada en las aceras eran como el efecto de una proyección pálida y gris frente a la cantidad de orden visual que acabábamos de ver durante más de dos horas. Permanecimos sentados en los asientos del Honda repasando los altos muros de concreto del museo y fumando en el estacionamiento sin decir casi nada de lo que habíamos visto. Montero sugirió de pronto beber una cerveza y contra todas mis aprensiones me oí decirle que sí, y luego lo vi conduciendo su carro por la Vía Expresa, sin dirección a ningún lugar preciso. Estacionamos en una bodega de barrio de Miraflores, Montero compró unas cervezas y cuando nos acercamos hacia el malecón le escuché decir que por esas calles vivía el artista de quien habíamos visto esa obra cambiante y espléndida. Sí, el tipo estaba vivo y era probable que esa misma noche, mientras él y yo lo buscábamos esquivando las clases de la universidad, él estuviera metiéndose en una nueva etapa de trabajo. ¿Cómo serían sus nuevos cuadros? ¿Serían cuadros? ¿A qué hora los realizaría? Me sobrecogía la manera en que hablaba Montero. ¿Me daba cuenta? El tipo que había hecho esas cosas estaba ahí, a pocos metros de nosotros, respirando el mismo aire de Lima que nosotros respirábamos. Detuvo el carro en la calle

Recavarren y sacó la cabeza por la ventana. Yo me vacié el contenido de una lata de cerveza de un solo trago.

En un momento nos detuvimos en un parque del malecón, terminamos las cervezas, sacamos otras y yo empecé a sentir entonces una euforia que provenía de mi lejanía de las clases, las separatas, la tristeza de mi casa. Compramos más puchos —desde esa noche yo sería el encargado de hacerlo ya que Montero ponía siempre las cervezas— y entonces empezamos a conversar sobre lo que habíamos visto. Montero estaba tan emocionado como yo. A poquísima gente le interesaba el arte y era de verdad maravilloso compartir este tipo de hallazgos con alguien. Lo llamó así, «*hallazgos*». Lo más importante que dejaba esta noche es que habíamos visto una *Obra*, me dijo, el trabajo de alguien a lo largo de muchos años que había estado perturbado por los mismos problemas y las mismas preguntas pero que había echado mano de diferentes mecanismos formales para abordar sus obsesiones. ¿Me daba cuenta? Le decía a Montero que no conocía casi nada de arte peruano y menos del contemporáneo. Él abrió mucho los ojos. ¿No había visto nunca los nudos, las instalaciones, los homenajes a Leonardo que había hecho Jorge Eduardo Eielson? ¿No había visto jamás las pinturas de tamaño heroico de Ramiro Llona? Montero deseaba mostrarme todo de una sola vez, y mientras lo decía apuraba su cerveza.

Ya era de noche y nos habíamos tomado varias cuando me dijo que tenía hambre y de pronto yo sentí que la tenía también, y se lo dije. Montero propuso ir a comer a su casa y yo me encontré diciéndole con un tono natural que sí, aunque por dentro algo me sorprendía e inquietaba. Durante el trayecto, mientras él manejaba y hablábamos de cualquier cosa, yo iba experimentando una extraña sensación de irrealidad a la vez que me preguntaba cómo sería la casa de Santiago Montero. Quizás porque él leía, porque me parecía más interesante que todas las otras personas que había conocido durante mi vida universitaria, o porque era la primera vez que alguien me invitaba a su sitio sin mediar un trabajo grupal, en cierto momento se me ocurrió que su casa quizás sería diferente de todas las que había conocido hasta entonces como alumno de la Universidad de Lima, que acaso tendría algo particular que la distinguiría del resto y que de alguna manera la ligaría a mí. Es extraño. Aun cuando algunos minutos después me resultó difícil reconocer aquel elemento puntual, me sentí particularmente vinculado a ese lugar. Allí estaba la fachada blanca de dos pisos en la esquina del parque amplio de la urbanización Higuereta, en Surco, la entrada para peatones bajo un arco de cal y una enredadera y el amplio portón que daba al

estacionamiento con la jardinera en que Montero cuadraba siempre su auto. Esa noche entramos así, y yo recuerdo aún la enorme cocina en la que un televisor atrapaba la mirada de un par de empleadas, la puerta en vaivén que Montero empujó al segundo y el paso a una sala de muebles confortables y paredes tapiadas de naturalezas muertas y retratos pintados por quien imaginé tendría que ser su madre. Recuerdo la chimenea, a un lado de la sala, y también el estudio del papá, atiborrado de libros que, me dije, Montero podría leer cuando le diera la gana. Montero me condujo a través de esos espacios a la salita de recibimiento que se encontraba frente a la entrada peatonal de la casa, un espacio pequeño de paredes de ladrillos expuestos y una banca de concreto en forma de ele que había sido suavizada por un sinnúmero de cojines. No reparé aquella vez en la alfombra azul, pero sí me fijé en el orden de los muebles y en la heterogeneidad de los adornos que seguramente sus padres habían ido acopiando en sus viajes por otros países. Mientras observaba todo ello no dejaba de preguntarme una y otra vez qué mecanismos habrían conducido a un chico como Santiago Montero a tener las aficiones que tenía, a ir antes que yo al taller de Parra o a que intentara escribir poesía.

No puedo recordar bien si esa noche conocí a los padres de Montero, pero es muy probable que haya sido así. Entraban siempre del mismo modo al habitáculo una vez que dejaban sus vehículos estacionados en el garaje, nos saludaban con cortesía parados en la parte alta de la salita y nos preguntaban risueñamente por las clases en la universidad (con el tiempo a mí por la beca, y cuando les decía que la había mantenido una vez más me sonreían); el padre le pedía a su hijo, muchas veces en son de broma, que se cortara el pelo de una vez por todas y la madre le advertía que no fumara demasiado o que dejara de fumar, que no saliera a la calle sin abrigarse, y luego ambos comentaban la película que acababan de ver en el cine o alguna anécdota de la familia —algo relacionado con un tío o una prima— y luego preguntaban por Luis y Ángela, los hermanos mayores de Santiago, que aún vivían con ellos. Montero había heredado la nariz de su padre, un hombre tan alto como su hijo, pero a diferencia de él muy colorado y bastante más corpulento; y de la madre la contextura y la lividez de la piel. Siempre que los veía me resultaba imposible no comparar sus actitudes, sus modos y sus ropas con los de mis tíos Emilio y Laura, y sentir cierto pesar; las veces en que veía al padre de Santiago junto a él, y ambos producían el mismo gesto, se me ocurría preguntarme cuáles de los míos se deberían a los de mi verdadero padre y si alguna vez lo volvería a ver. Entonces sentía rabia contra algo impreciso, o a veces contra ellos mismos, o contra su casa, y después me arrepentía de lo

que pensaba o de lo que sentía y tenía ganas forzadas de abrazarlos a todos y de quedarme allí con ellos para siempre.

Aquella noche comimos solos —otras noches lo haríamos junto a los padres o a los hermanos—, y yo me quedé impresionado con la jarra de agua, las servilletas de tela en la mesa, la fuente de panes cortados y de aceite con los que Montero acompañaba todo lo que nos servían. En cierto momento fuimos a una tienda del otro lado del parque a buscar más cervezas y cigarros y regresamos a la casa por la puerta peatonal y Montero me volvió a conducir a la salita de visitas, donde empezó a poner música. No sé cuánto tiempo pasamos juntos aquella noche, fumando y también conversando con más distancia de la universidad, de la muestra que habíamos visto, del artista que la había producido. Es probable que hayamos vuelto a la tienda por más cerveza, pero de eso tampoco tengo recuerdo. Lo que tengo claro es que me di cuenta de que ambos estábamos ebrios cuando Santiago Montero se largó a preguntarme de buenas a primeras si yo *escribía* y yo inmediatamente no supe qué responder y me largué a reír a carcajadas, sintiendo de pronto que mi risa me protegía contra lo que se había convertido en una amenaza. Él también se rio y después de quedarnos en silencio le dije trabajosamente que no lo sabía, que todo dependía de qué entendía él por *escribir*.

—Escribir literatura —dijo entonces, secamente.

—Bueno, no escribo poesía ni ficción —traté de excusarme—. He publicado artículos, reportajes…

—¿Te refieres a *Proceso*? —le escuché decir.

Asentí como si de súbito hubiera encontrado una tabla de salvación en medio de un mar agitado.

—Eso no es *escribir* —me dispararon.

Me quedé mudo. Y también contrariado y expuesto, como si de pronto alguien hubiera revelado finalmente el engaño o la coartada a la que me había aferrado todos esos meses para tener la sensación de estar avanzando de alguna forma. Nadie dijo nada, pero en cierto momento él comentó algo sobre lo que escuchábamos y yo le seguí y así avanzamos en la noche como pretendiendo que no habíamos hablado lo que habíamos hablado y en cierto momento creo que lo creímos así. Cuando las cervezas se acabaron y yo le dije que ya era muy tarde y que tenía que regresar a mi casa, la realidad de ese intercambio reciente volvió a tomarme por completo. Nos levantamos a duras penas, dando tumbos por el alcohol que empezaba a sacudir nuestras cabezas, y compartimos un par de puchos en la puerta de cal de la salida de su casa, rodeados de las ventanas oscuras de las fachadas de Higuereta. Antes de irme

Montero y yo nos abrazamos, y entonces yo supe que éramos amigos. Recuerdo que me regaló un par de puchos para el camino. Tenía mucho en que pensar después de todo lo que había vivido ese día. Ya sabía que el viaje a casa, desde Higuereta hasta Santa Anita, en Ate-Vitarte, iba a ser tremendamente largo.

7

Para cuando empecé las clases del séptimo ciclo de la universidad, después del fin de semestre en que me asfixié de malas noches acabando trabajos y estudiando para los exámenes, Santiago Montero casi me había convencido de estudiar cine con él. Lo había visto al menos dos veces en las vacaciones de medio año, y estuvo a punto de cambiar mi decisión señalándome que yo ya sabía hacer periodismo y que el cine era una actividad creativa en la que ambos, trabajando juntos, podríamos realizar cosas espectaculares. ¿No lo creía? Recuerdo que me matriculé en los cursos de periodismo sin mucha ilusión, más por la seguridad de que podría obtener de ellos las notas excelentes que me ayudarían a mantener la beca un semestre que por la posibilidad de aprender algo de ellos. A los pocos días de llevarlos me di cuenta de que no se acercarían ni remotamente a un cierre de edición con Vegas, Carranza o De Rivera, y empecé a canalizar todas mis expectativas en el único curso que sentía podría modificar mi vida y que a la larga sería el único que Montero y yo compartiríamos en la universidad siendo amigos: Realización de cine. Aquel semestre lo dictaba un cineasta nacido en el Cusco que había hecho algunas producciones en la década de los setenta y que se había retirado de la actividad a causa de la crisis del cine nacional; un hombre delgado y menudito, canoso y de hablar delicado, que parecía caminar de puntillas mientras desmenuzaba los aspectos técnicos del cine y declaraba su amor absoluto y sin reservas por Sam Peckinpah. Llegamos a su clase con la ilusión de dos niños de barrio que coinciden en el mismo salón del nido; sobrepasados por una serie de ideas audaces y dramáticas con las cuales filmar lo que sería nuestro trabajo final, un cortometraje que no haría concesiones estéticas de ningún tipo. Cuando el profesor nos informó que ese ciclo semestre el trabajo se tendría que circunscribir al «*humor*», Montero me miró desde su carpeta con ojos azorados.

Ese sería el semestre heroico de nuestra gran amistad. La misma mañana en que se nos informó que ninguna de nuestras ideas originales tendría cabida para el corto final y que tendríamos que empezar todo desde cero, nos enteramos de que la oficina de bienestar de la universidad había abierto la convocatoria para los juegos florales de ese año en las categorías de poesía y cuento, esta vez dirigida a todas las facultades de la universidad. El premio

para cada ganador sería una computadora nueva. Apenas vimos el anuncio pegado en el panel junto a la escalera interna del edificio de Comunicaciones de la facultad, ambos sentimos ganas irresistibles de fumar.

Montero estaba nervioso. Se acabó rápidamente sus cigarrillos y después de esquivar las primeras balas de mi salva de preguntas terminó confesándome en una de las bancas de la universidad que hacía algunos meses escribía los poemas de un libro. «No un libro —trató de aclarar—: los poemas de lo que acaso será un libro». Había la posibilidad, sí, de mandarlos al concurso pero a la vez había la posibilidad de quemarse y él no se quería quemar. Nadie quería. Caminando por los parques de la universidad, compartiendo el café, pasándonos los puchos, lo ayudé a ver las posibilidades con las que contaba. Los poetas del taller de Parra, salvo el Niño Cabeza de Cojín, no eran una amenaza. Ni los químicos, ni Malatesta, ni la Poeta del Cuerpo ni los dark, y Montero me daba la razón, pero quedaba Mateo Ramírez Ganoza, que seguramente estaría terminando un libro completo. Si se presentaba, era él quien no tendría ninguna opción, dijo Montero, matando un pucho con el pie como si se tratara de un insecto. Le dije que Ramírez Ganoza era mayor y quizás no se animaba a participar. Entonces él tendría todas las de ganar.

—Para nada —dijo Montero, mirando a los edificios más lejanos como tratando de advertir la presencia de francotiradores en sus ventanas—. Siempre puede haber un poeta de verdad escondido detrás de cualquier puerta. Los buenos escritores nunca se hacen notar.

Eso era cierto. Sin duda. Pero si se veía bien, desde una distancia adecuada, Montero era también a su modo un poeta oculto, y quizás yo mismo lo sería. Nadie nos notaba ahí —eso seguro—, fumando a un lado del quiosco del parque central y hablando del concurso del que, en otros lugares imperceptibles, otros poetas o narradores anónimos hablarían. De modo que él podría ser el escritor oculto que dispararía sobre todos los demás desde una ventana inubicable. Y yo quería estar a su lado para ver cómo todos caían fulminados.

Una tarde, sin embargo, todo cambió. Mientras recibía la clase de un curso de comunicación organizacional que me aburría sobremanera, fui consciente de aquella sensación de lejanía de todas las cosas que había experimentado antes de conocer a Montero, y sentí de nuevo un ataque de extraño desasosiego, muy parecido a la angustia de los primeros ciclos de mi carrera, pero esta vez acompañado de una curiosa exaltación. La sensación se había incubado desde muy temprano ese día, como tantas otras veces, y supe

que estaba allí acompañándome, pero había algo esta vez que me colocaba a una distancia distinta de ella. Una vez más me pareció que todos mis compañeros y el profesor eran seres de una película que pasaba delante de mis ojos y que todo lo que decían correspondía a una lengua remota e ininteligible, pero había una extraña euforia en esa percepción. Acabada la clase una fuerza interna que no entendía bien me forzó a comprar una cajetilla de cigarrillos baratos y a salir disparado a caminar por la avenida Javier Prado rumbo a Camacho monologando una serie de oraciones que otras veces me sacudían y se desvanecían, pero que esta vez parecían seguirme de un modo pertinaz. Al principio supuse que se trataría de un poema, pero luego de algunos minutos me di cuenta de que no lo era. Era como la sucesión de pensamientos desaforados de un tipo que podría ser yo, que no paraba de pensar y de contarse cosas —como yo— y que caminaba como loco por las calles de una ciudad que se encontraba a años luz de él. En cierto momento perdí de vista a quienes pasaban a mi lado, y empecé a sentir los mismos deseos de llorar de antes mientras revisaba los resquicios de las pistas, las rayas de las aceras, los desperdicios que quedaban en ellas, y caminaba, caminaba acelerado hacia la casa de mis tíos con la fuerza de un animal salvaje, de un tipo capaz de correr una maratón, un hombre que atravesaba todo Los Frutales y cruzaba el óvalo de Santa Anita y entraba por Los Ruiseñores con la determinación de un loco o un poseído. En casa de mis tíos no saludé a nadie. Llegué a mi habitación, cogí un lapicero y un papel y empecé a escribir aquello que se había estado formando en mi cabeza sin tener idea clara de lo que era. Escribí todo con la energía que había acumulado en la caminata y lo que apareció fue el monólogo de alguien que hacía en tiempo real lo que yo acababa de hacer. Fue como la irrupción de un huracán en el centro de mi habitación. Cuando se fue me sentía exhausto.

Al día siguiente me desperté como quien sale de una sensación de trance y fui a la universidad a duras penas. Cuando me encontré a Montero sentado en su carpeta en una situación parecida a la mía —las ojeras pronunciadas, los ojos enrojecidos, un aire siempre ausente— descubrí recién la razón por la que a veces faltaba a clases o llegaba a ellas en el estado comatoso en que lo veía esa mañana: Montero escribía entre clases, o durante las noches, bajo el temblor y el insomnio que lo obligaban a llevar una doble vida. Cuando la ciudad dormía, cuando todos descansaban, Montero se sentaba a su mesa y escribía poemas estimulado por el café y los cigarrillos. Era así. Ahora los dos estábamos agazapados detrás de una ventana, esperando a que la gente apareciera para disparar sobre ella.

Empecé a vivir también una doble vida, aunque él no lo supo. En las noches dejaba de leer novelas o separatas y me obligué a darle a ese hombre que se me aparecía en clases o en los viajes en bus alguna consistencia narrativa, una historia. Pronto imaginé la posibilidad de que caminara en esas condiciones porque estaba enamorado de alguien, y la mujer que él deseaba resultaba tan imposible para él como para mí todas las chicas de la universidad. No me atreví a plantear la posibilidad de una diferencia social, racial o económica entre el protagonista y la chica con la que aparentemente había tenido un enlace; quizás habría resultado demasiado doloroso para mí en esos días; lo que hice fue usar un capítulo prescindible de *Rayuela*, citarlo, y explicar la diferencia entre ambos bajo una metáfora lejana planteada por Morelli en algunos de sus diarios: la figura de dos amebas que pertenecían a mundos distintos *porque sí*. En varios momentos de su caminata, usando categorías abstractas de ese libro que me fascinaba a mí, mi personaje reformulaba obsesivamente las explicaciones sobre esa relación imposible que yo, como autor, era incapaz de imaginar de modo concreto debido a mi nula experiencia sentimental. En sentido estricto, lo veo ahora, no pasaba nada; aun hoy dudo de que se haya tratado de un cuento, pero la verdad es que aquel fue el primer texto que cerré y que me pareció *mío*. Las semanas que vinieron trabajé en él entre clases, en las noches, tratando de ver de cuánto me servían en esas circunstancias las reglas de puntuación que me había enseñado Silvio Carranza para los «*mares*». En un momento le puse de título «*Aguas distintas*», lo pasé en limpio en una de las máquinas de la universidad, lo corregí y decidí, con algo de pánico, que se lo mostraría a Montero antes de enviarlo a los juegos florales. Solo él podría decirme si es que valía la pena o no.

El texto y yo empezamos a ser la misma cosa. Llevaba el manuscrito siempre metido en la mochila, a la espera del mejor momento para entregárselo a Montero, pero las cosas no eran sencillas. Luego de formar grupo de trabajo y conseguir que él fuera el director y yo el editor del corto, ambos nos devanamos los sesos imaginando una historia que provocara risas y que además no dejara de ser interesante. La situación cómica partió del deseo que ambos sentíamos siempre por fumar durante clases y generamos un resultado divertido y absurdo, coronado por un toque kafkiano. El plan técnico era así: en una toma general un tipo angustiado parecido a Montero entraba a una clase abarrotada y hacía esfuerzos desesperados por fumar sin que nadie lo notara. En un plano cercano se observa su desesperación y en un plano medio la acción de encender un cigarrillo en una esquina del salón. Un

plano cercano y en contrapicado mostraba al profesor de la clase llamándole la atención y señalándole el cartel con el símbolo de «*Prohibido fumar*» al lado de la pizarra. El chico no entiende y no apaga el pucho. El profesor se llena de ira y golpea la pared con tal fuerza que la línea roja que prohíbe el cigarrillo se desprende y cae al suelo. Inmediatamente una toma general muestra a todos los estudiantes viendo caer la línea roja y de pronto, de un modo ciertamente absurdo, sacando cigarrillos, habanos y hasta puros; y un plano más cercano nos descubre al profesor, con el pelo suelto, calándose un cigarro bajo el cartel que ahora permite fumar. En la última toma el tipo angustiado mira la cámara con una expresión de no entender absolutamente nada entre un mar de humo que lo envuelve, haciéndolo desaparecer. La idea, por supuesto, nos pareció absurda y genial.

Fue en una de las reuniones en que cerrábamos el *story board* del corto y empezábamos a imaginar el *casting* entre nuestros compañeros de la universidad que yo le confesé a Montero que había *escrito* algo y quería mostrárselo.

—Así que eres poeta también —me dijo, con un tono que en ese momento me pareció indulgente o quizás irónico.

—No son poemas —le respondí.

Montero me dijo que siempre había sospechado que yo escribía pero que no había imaginado que fuera narrativa. Le dije que aún no lo sabía; una tarde había sentido las ganas de escribir algo y simplemente lo había hecho.

—Lo leo en unos días y te doy mi opinión —me dijo, guardándose el manuscrito en su mochila—. ¿Lo piensas mandar a los florales?

Le dije que no lo sabía.

Durante los días siguientes me fue difícil encontrar alguna calma. Me imaginaba a Montero leyendo el monólogo del hombre que camina y todas las frases me parecían irremisiblemente estúpidas. Mantenía una absurda esperanza, pero durante las reuniones de preproducción del corto, e incluso en los días de ese rodaje que Montero manejó a ratos con pulso titubeante y a ratos con una claridad muy firme, el joven director no dio señal alguna de haber leído mi texto: pensé en un principio que se trataba del ajetreo del curso, pero luego asumí que mi narración le debía de haber parecido tan mala que prefería correr un velo caritativo sobre mis ambiciones literarias.

Una tarde tras la filmación, sin embargo, Montero me dijo, de una manera algo despreocupada, que había leído «*Aguas distintas*». Recuerdo que intenté hacerme el despreocupado también y no le dije nada. Cuando salimos a la rampa, Montero sacó el manuscrito, lo dejó a un lado, prendió un cigarrillo y

empezó a decirme su balance. Aún hoy puedo recordarlo perfectamente. Lo primero que dijo fue que en el texto no había propiamente una historia. En cualquier taller de narrativa me dirían que sin historia no hay cuento. Tampoco había personajes claramente definidos; solo elucubraciones y una presencia bastante afantasmada lanzada sobre el lector. El estilo era demasiado enrevesado, había muchos arrebatos líricos, problemas con la adjetivación, giros artificiosos. Sin embargo, me dijo, el texto era «potente». Así lo dijo: «Tiene nervio».

—Eso es más de lo que te pueden enseñar en cualquier taller —me dijo, prendiendo un cigarrillo con otro que tenía a su lado, también algo nervioso —. Nadie te va a revelar jamás cómo hacer un texto que emocione, que sea honesto, que diga «cosas», ¿te das cuenta? Lo otro, las técnicas, los diálogos, los puntos de vista o lo que sea que te falta, lo aprenderás leyendo, copiando, ensayando, trabajando horas y horas metido en tu cuarto… Pero esto, lo que hay en el fondo de este texto, su «urgencia», eso nació de ti y es *tuyo*. —Eso me dijo.

Regresé a casa con los ojos enterrados en el manuscrito que Montero me devolvió lastrado de cruces y marcas sobre todas las oraciones que había construido mal y sobre todos los adjetivos que había usado de manera excesiva y artificial. Al principio me sentí ganado por el desaliento y llegué a sopesar si era posible abandonar la historia que había emprendido, pero en mi cabeza, contra mi voluntad, el maldito hombre que era yo y era también otro seguía caminando víctima de una rara congoja. De modo que seguí trabajando obstinadamente en él.

Montero me explicó cómo tenía que presentar el manuscrito al premio. Una mañana, el día en que cerraba el plazo de entrega de trabajos, ambos hicimos nuestros sobres —él con sus poemas y yo con mi cuento— con la ilusión de dos niños preparando un trabajo por el día de la madre. Mandamos a fotocopiar con cuidado los textos, engrampamos las copias, escribimos los seudónimos con plumón sobre los sobres de manila y nos acercamos a la oficina de Bienestar Social de la manera más sigilosa posible, con el mismo gesto contrariado de quien desea ser invisible porque está realizando algo indebido o vergonzoso. Una vez que dejamos nuestros trabajos ahí nos fuimos a comprar puchos y a tratar de tranquilizar el ritmo de nuestras respiraciones casi sin intercambiar palabra. Luego fuimos a esperar turno para editar nuestro cortometraje.

Ahí empezó la debacle. Frente a nuestros ojos, en la mesa de montaje, a una velocidad algo más retrasada de lo normal —un error en la filmación

había generado ese efecto perverso—, las imágenes en blanco y negro de nuestro trabajo, quizás debido a la iluminación, a la distribución de los planos o al rostro tieso de los alumnos que se habían dejado convencer para actuar por nada a cambio, parecían corresponder más a una película de terror expresionista de la Alemania de los años veinte que a una película cómica. Las sombras del profesor se estiraban sobre las paredes del salón como si se tratara del mismo Nosferatu, la cara del estudiante con ganas de fumar dibujaba un rictus dramático tan sobreactuado como si estuviera en la borda del acorazado Potemkin y los alumnos extras del salón parecían zombis o muertos en vida totalmente petrificados en una película de serie B dirigida por el peor Ed Wood. Montero y yo no quisimos decirnos nada aunque intuíamos algo terrible, y cumplimos con editar el material en el tiempo que nos asignó la sala de montaje: el gag, la escena más importante del corto, nos siguió pareciendo graciosa todas las veces que la vimos. Cuando finalmente repasamos el trabajo final en la consola de montaje quedamos de acuerdo en que se trataba de un producto realmente raro, pero a su modo también extrañamente encantador.

—A lo mejor el tío considera arriesgado hacer un corto cómico con estética de cine vanguardista —decía Montero para consolarme y para consolarse a sí mismo.

Ahora que lo recuerdo y lo escribo, sé que esa fue una de las primeras frases que, durante los días siguientes, Montero empezó a decir para prevenirme, y sobre todo para prevenirse, de la tragedia que estaba a punto de recaer sobre ambos. La consigna parecía ser estar preparados para lo peor. «Un concurso es una ruleta rusa», me dijo en una oportunidad. «Piensa en todos los grandes escritores que jamás ganaron un premio literario y cuyas obras son mil veces mejores que las de los ganadores a los que ya nadie recuerda», me dijo en otra. A veces me citaba casos letales. Winston Orrillo —¿sabía quién era?— le había ganado a Luis Hernández el primer premio del Poeta Joven del Perú; Jorge Luis Borges se había pasado la vida mandando los cuentos de *Ficciones* y *El Aleph* a concursos de municipalidades que jamás los premiaron.

—A veces no ganar un concurso puede ser el mejor de los premios —me decía.

Para cuando llegó el día en que debíamos proyectar y discutir los trabajos finales del curso de cine, el jurado de los juegos florales aún no había emitido su fallo y nosotros ya teníamos los nervios totalmente destrozados. Ocurrió todo en un solo día. Yo recuerdo la angustia que sentía al engullir el desayuno

de la tía Laura, la combi que avanzaba morosamente por la avenida Los Frutales rumbo a la de Lima, la agitación del campus propia de los últimos días de clases y el sol que empezaba a dorarlo todo como anunciando el próximo verano. En medio de ese resplandor descubrí el rostro de Santiago Montero, que parecía emerger del más crudo invierno. Salió a mi encuentro cuando me acercaba al edificio de Comunicaciones. Llevaba la expresión de quien se acaba de enterar de la muerte de un familiar.

—Salieron los resultados —me dijo, a la vez que me daba la mano—. Al final Mateo Ramírez no se presentó.

Le pregunté si había ganado. Montero hizo un gesto contrariado y al instante supe que mi pregunta había sido estúpida. Mi amigo se sentó en la escalera y prendió un pucho, y yo me acerqué a todo tren al panel de la escalera interna de Comunicaciones donde algunas personas leían el acta: un poeta llamado Juan Luis Ibarra había ganado el premio con un conjunto titulado *Los dobleces de la noche. Piano negro*, de Santiago Montero, había ocupado el segundo lugar.

Me acerqué a Montero y no le dije nada. Solo me atreví a preguntarle si habían publicado los resultados de narrativa y la verdad es que no me sorprendió que me contestara que aún no, pero que ya se sabía que también los había ganado Ibarra: primer y segundo lugar. ¿Santiago lo conocía? ¿Era el nombre de alguno de los poetas químicos? No. No era del taller de poesía de Parra, y Mateo Ramírez Ganoza tampoco lo ubicaba. ¿De dónde habría salido? No teníamos respuesta. En algún lugar del campus, sin que lo hubiéramos podido detectar, Ibarra se había agazapado mucho mejor que nosotros, y había disparado a quemarropa.

Media hora después, Montero y yo bajamos al minicine del subterráneo de Comunicaciones con la certeza absoluta de que nuestro corto iba a ser totalmente pulverizado. Pensaba aún en Ibarra cuando el profesor ingresó, explicó la dinámica de esa última clase y mencionó los títulos de nuestros trabajos. Lo demás lo recuerdo nítidamente: la luz se apaga, los alumnos se acomodan en sus bancas, y los trabajos se comienzan a proyectar uno a uno. Lo que vemos es un conjunto de cortos bien filmados con chistes que nos parecen predecibles y sosos, gags hechos con el cuerpo, cosas que se caen, confusiones de identidad… La gente opina con buena onda: tal ocurrencia es graciosa, los encuadres andan bien… Nosotros permanecemos mudos. De pronto, la pantalla muestra nuestros créditos escritos con tiza en la pizarra de un salón de clase. Y lo demás ya lo esperamos. Agrandados sobre el écran, los rasgos formales de nuestro trabajo se perciben doblemente dramáticos: lo que

era ligeramente expresionista parece de terror; lo que se percibía como algo lento se ve completamente moroso. En la oscuridad, miré de soslayo a Montero, sus Converse apoyadas sobre el asiento vacío que tenía delante y el rostro hundido en su butaca aún en la parte en que transcurre el gag y la sala entera estalla en risas. Las luces se prenden y todas las opiniones —salvo la de una chica despistada— nos aniquilan: se han roto por completo las convenciones de la iluminación para las comedias, el trabajo de expresión corporal de los actores es penoso y el riesgo de apostar todo a un solo gag resulta petulante. En suma, nuestro corto es un completo fracaso.

Durante la proyección de los otros cortos, Montero y yo permanecimos mudos, y cuando salimos a la calle a buscar café y fumarnos unos puchos mientras el profesor y su jefa de prácticas deliberaban la calificación, yo tuve la sensación de que me derretiría por la luz del sol. Cuando regresamos al minicine iluminado no nos sorprendió que fuéramos el trabajo peor calificado del semestre. Yo sabía perfectamente a esas alturas que no estudiaría cine y me dedicaría al periodismo. Era lo que, mal que bien, se me daba mejor. No se lo dije a Montero pero fue lo que pensé mientras subíamos penosamente las escaleras del sótano y, no sé bien por qué, nos dejamos caer en el umbral de la entrada de la facultad sin el menor reparo de que todo el mundo nos pasara por encima. Nos apoyamos contra la pared. A mi lado Montero arrojaba el cigarrillo que fumaba contra las plantas como deseando que se desatara un incendio.

Incluso esforzándome me resulta imposible saber cuánto tiempo pudimos haber permanecido en ese lugar y en esa posición pero estoy casi seguro de que fue la mayor parte del día; no teníamos voluntad para hacer nada que no fuese ver a la gente pasar y fumar hasta ahogarnos. Si esa situación se rompió fue solo porque a cierta hora un funcionario de Bienestar Social llegó al panel de Comunicaciones a pegar lo que sabíamos era el acta con el anuncio de narrativa y a mí se me dio por pararme por un mecanismo sádico o una obstinada curiosidad. Es probable que lo que pasó después haya sido determinante para mi futuro. Ahí estaba el nombre de Ibarra como ganador del primer y segundo lugar al lado de los títulos de los cuentos que había escrito en las sombras. Más allá, se podía ver una lista realmente larga de menciones honrosas entre las cuales figuraban tres o cuatro cuentos más del propio Ibarra. La revisé de un solo tirón, como quien pasa por encima una lista de postulantes a la universidad, y entre los seis o siete nombres de autores adolescentes que no reconocí y cuyos cuentos poseían títulos más simples que el mío, descubrí el nombre de mi texto, «Aguas distintas».

Recuerdo que en aquel momento sentí unos deseos incontenibles de saltar y de gritar y a la vez una fuerza inmediata neutralizaba por completo ese impulso: detrás de mí, apoyado contra la pared de la salida, Santiago Montero acometía un nuevo cigarrillo. Inmediatamente esquivé su mirada y caminé por el pasillo interno del primer piso de la facultad hasta el baño, donde me metí en un cubículo, cerré los ojos, grité en silencio y traté de serenarme. Cuando regresé donde estaba él, que sacaba de su mochila una cajetilla nueva de Lucky Strike y me tendió uno, Montero me preguntó qué había pasado. Es probable que mostrara un brillo interior que me delataba. Entonces le conté.

Es curioso. Aún puedo ver con claridad la expresión de Montero, la exhalación del humo, el brillo repentino en sus ojos oscuros. Yo empecé a reírme por una sensación de alegría que me costaba contener. Y él también. Ahora me pongo a pensar que desde el lugar en que se encontraba, y pese a su derrota reciente, Santiago por primera vez se sentía acompañado realmente por alguien; alguien que también podría morir de ansiedad y miedo ante la incertidumbre del oficio que había escogido.

—Estás en carrera, entonces —le oí decir, con una especie de alivio agonizante—; también tú estás metido en esto.

En ese momento realmente pensé que era así. Y fui feliz. Y pegado a la pared de ladrillos y echado sobre el piso, Montero seguía sonriendo.

8

Los días finales de ese 1995, en compañía de mis tíos Emilio y Laura, fueron visiblemente mejores que los del año anterior. El que regresaba a *Proceso* ahora, con veinte años, era un hombre joven que sabía hacer periodismo, que había filmado un corto de cine incomprendido y que había escrito un texto de ficción reconocido como tal. Por esos días ya no solo leía novelas de una manera más consciente sino también libros de poesía que Montero me recomendaba y veía películas en las cinematecas de Lima. También iba a ver exposiciones de arte cuando podía.

El año 1996 pintaba auspicioso y yo sentía que algo en mí empezaba a latir de una manera distinta. Apenas llegué a *Proceso* una tarde de lunes durante la segunda semana de diciembre constaté cuánto había cambiado todo para mí. Crucé el umbral del edificio de la avenida Camaná sin mostrar identificación, subí los seis pisos en espiral de mármol con una sensación que ya no era de extrañeza sino de reconocimiento, y apenas llegué a la puerta de vidrio de la revista esta se abrió sin que tuviera que presentarme. Allí estaba el largo pasillo que había cruzado durante tantos cierres periodísticos, la oficina de «*Mar adentro*» desierta y a su lado la de Francisco de Rivera, donde ingresé luego de tocar la puerta. Ahí estaba el subdirector parándose de su asiento y dándome la bienvenida, y ahí todo alrededor parecía mantenerse en el mismo lugar: el escritorio y el sofá, la pantalla del televisor, la reproducción de Gauguin detrás de su cabeza. ¿Cómo había estado?, me preguntó. ¿Qué tal me había ido en la universidad? Todo muy bien, le respondí. Beca mantenida. Ganas de trabajar en *Proceso*. De Rivera se sentó y me ofreció asiento, hizo algunas llamadas para confirmar algo y después me explicó que ese verano iba a recibir un sueldo fijo de doscientos dólares, además de gastos por movilidad y refrigerios. «No es un *sueldo espectacular* —me dijo sonriendo—, pero no está mal para empezar, ¿verdad?».

Doscientos dólares era una cantidad de dinero que jamás había ganado en mi vida y de hecho era más que lo que nominalmente ganaba mi tío Emilio, fuera de sus propinas. No recuerdo qué le respondí a De Rivera en ese momento pero sí tengo claro que de pronto noté el olor a documentos antiguos, a carpetas llenas de polvo y a la brasa extinta de colillas de cigarrillo y café acumulados durante tantos cierres de edición en ese sitio y que sonreí. Atrás quedaban el taller de Parra y las clases y empezaba la otra cara de mi

vida. Esa misma tarde, al salir del despacho de De Rivera y adentrarme en el largo pasillo, me encontré con Saúl Vegas, que regresaba a la oficina de «*Mar adentro*» casi trotando bajo los reflectores: llevaba un legajo de documentos en las manos y tenía los gruesos anteojos vueltos hacia arriba: me preguntó inmediatamente si me incorporaba ya. Le dije que el viernes empezaría.

—El verano pasado fue un paseo, viejo —me dijo—. Ahora sí prepárate para la masacre.

Me reí mucho mientras me iba a casa pensando en la hipérbole que caracterizaba el lenguaje de Vegas, pero la verdad es que no se equivocaba. El viernes siguiente, tras la algazara de Najarro con sus lentes oscuros y sus ojos delineados y el saludo ceremonial pero a la vez cálido de Silvio, Vegas arrancó a lanzarme una verdadera montaña de trabajo: las cosas se sucedían muy rápido, y él llegaba resollando a la reunión de los viernes. ¡A quién vamos a embarrar esta semana!, gritaba irrumpiendo en la oficina. En solo dos días el ministro del Interior había sido descubierto vendiendo casas. ¿Qué implicaciones políticas tenía eso?, ¿qué estaba pasando? ¡No tenemos temas!, rezongaba, ya riendo. ¡El Ogro nos va a matar! Esa primera mañana disfruté completamente mi regreso a todo. Las llamadas urgentes que hacía Vegas a sus amigos congresistas, el ingreso nervioso de Rossi intercambiando datos últimos con Vegas y las coordinaciones entre ellos dos y el gordo Balboa para ir con temas sólidos donde el director. Llegó el hijo de este y llamó a todos a reunión, y mientras Silvio y Vegas salían llevando cuadernos y la última edición, me puse a revisar los periódicos para empaparme de la realidad en tanto Tito me preguntaba sobre ese año que había pasado; si tenía novia o novio, se reía, qué travesuras había hecho en la universidad, si había mantenido la beca. Cuando salió y estuve por primera vez solo en ese espacio, pude comprobar que las imágenes de Cortázar y Borges estaban aún ahí, mirándome detrás del vidrio. Nadie había ocupado mi lugar durante los meses que había estado fuera. Todo permanecía igual, solo que esta vez yo ya conocía *Proceso*. A lo lejos, los gritos atronadores del director me resultaron familiares.

Mis textos empezaron a aparecer las primeras semanas de enero. Eran largos segmentos —sobre todo de carácter técnico— que Vegas incluía en sus notas políticas y que a veces se presentaban como recuadros independientes y complementarios a la nota central. Muy rápido, por orden natural, me convertí en su sabueso. Vegas irrumpía los viernes en la oficina con mil cosas por hacer y yo recibía sus instrucciones y me internaba en la ciudad entrevistando a este o aquel congresista, a este especialista, a este exministro, y le reportaba

toda la información que recogía de una manera minuciosa: escribía mis textos con una mayor seguridad y después de entregárselos me sentaba cerca de él, entrada ya la noche, para ver cómo los editaba, bufando siempre de mal humor frente a la pantalla. Como premio a mi tenacidad, en algún momento Vegas empezó a enseñarme lo que sabía, o parte de lo que sabía: maneras de adjetivación efectivas, modos eficaces de atribuir declaraciones de las fuentes, formas de sintetizar gran cantidad de información, trucos retóricos para abrir excelentes párrafos, maneras inobjetables de rematar. Una vez que había incluido mi texto en su sábana yo me sentaba en mi escritorio, sacaba los tomos de las revistas que había en la oficina y ocupaba la noche leyendo ejemplares de años y décadas pasadas a la espera de que Vegas me encomendara una labor de urgencia —llamar a un político, verificar un trascendido, buscar en el archivo un dato específico— mientras iba descubriendo los textos, las entrevistas y los informes aún pueriles de periodistas que ya destacaban en ese momento en otros medios o que eran ahora los mismos editores de *Proceso* que yo veía caminar por los pasadizos del edificio con enorme respeto.

Fue gracias a esas lecturas nocturnas, silenciosas, en esa oficina desvencijada del centro de Lima, a la espera de que amaneciera y yo pudiera ir a casa en el primer bus de la mañana, que aprendí buena parte de lo que después me convirtió en periodista. Leía mucho en los descansos de esos cierres de madrugada y me figuraba a esos redactores antiguos de *Proceso* en jornadas similares a las que yo vivía entonces, los mismos silencios y llamadas nocturnas, las mismas tazas de café y los mismos cigarrillos, una sarta de gritos similares que se perdían por los pasillos de la revista en todas direcciones y esas conversaciones a altas horas de la madrugada que parecían los diálogos preocupados de una familia en un hospital de turno y que se incrustaban en algún lugar de mi mente cuando el sueño me ganaba la partida y me quedaba dormido sobre mi mesa los primeros días, y luego tirado sobre el sofá de cuero de la oficina, descansando con sobresaltos a la espera del amanecer para luego despertar en una mala postura cuando ya no había luces artificiales en las oficinas y Vegas había desaparecido. Entonces me levantaba y encontraba a mi alrededor solo restos de colillas de cigarros, documentos en desorden y tazas vacías de café. Salía completamente solo al amanecer de un día de semana cualquiera en las calles de Lima, cuando ya la amenaza del peligro se había disipado en las arterias del centro, y como un zombi me dirigía a la Plaza Mayor y luego al Puente de Piedra para tomar el bus que me conduciría a mi casa en Santa Anita, molido en los huesos y en el alma.

El sacrificio empezó a dar sus frutos. A las semanas de practicar esa dinámica me había familiarizado tanto con el estilo de la revista que, aun siendo un practicante, casi siempre publicaba artículos independientes en las páginas de la sección política a la vez que nutría de un número estimable de «*mares*» a la sección de Silvio. Los lunes, además, Rossi me llamaba a su oficina y me pedía traducir «*al castellano*» los ininteligibles partes policiales que el gordo Balboa pretendía hacer pasar como «*informes periodísticos*». Realizaba todos esos deberes con energía y concentración. De pronto me desplazaba de una oficina a otra de *Proceso* con mucha naturalidad y al poco tiempo conocía prácticamente a toda su plana, incluso a quienes trabajaban en la sección de inactuales: me había organizado de tal manera que podía hacer varias cosas a la vez y todas con relativa eficacia.

Mentiría, sin embargo, si dijera que todas las tareas que cumplía tenían el mismo valor para mí. En verdad empezaba a desarrollar un fuerte celo profesional por «*mis notas*», aquellas en las que figuraba mi nombre. Nada de lo que realizaba durante la semana importaba tanto como la edición que hacía de ellas Saúl Vegas en la pequeña Mac de la oficina. Todo lo que vivía dependía directamente del resultado de ese encuentro. Nunca, sin embargo, supe a ciencia cierta en qué momento, en el transcurso de esos cierres, Vegas se dio cuenta de que yo quería ser un escritor. Ni yo mismo estaba en condiciones de planteármelo.

Sé muy bien qué hecho detonó nuestra primera conversación sobre el tema días después de mi primera comisión fuera de Lima: el gobierno reelegido del presidente dictatorial iba a privatizar todo el sistema del petróleo peruano, y con él la refinería de Talara, en Piura. Un clima realmente tenso se había instalado en esa ciudad: los trabajadores habían anunciado que defenderían la propiedad del Estado con sus propias vidas. Yo debía ir, me dijo Vegas. Allí había una «*historia*».

—Queremos detalles, viejo —bramó desde su escritorio—; no solo información dura; queremos color, gestos, observación de primera mano.

Fue todo lo que me dijo. Leí cuanto se había publicado sobre el tema y viajé al norte nervioso hasta los huesos, lleno de angustia, observándolo todo hasta reventarme los ojos, anotando datos que estaba casi seguro que no me servirían para nada. Aquel fin de semana no pasó lo que esperábamos —el pueblo estaba muerto y quieto— pero entrevisté a muchos trabajadores de la refinería, visité sus casas, registré las condiciones en que vivían y la manera en que se organizaban para la lucha contra la privatización. Escuché y anoté y grabé todas sus demandas. De regreso a Lima, el lunes por la mañana, Vegas

me mandó a entrevistar especialistas, cubrir la conversación que los delegados de los trabajadores en Lima sostendrían con el ministro de Energía y Minas el martes por la mañana. De vuelta en la oficina la tarde del martes, escribí mi informe de un tirón. Empezaba así:

El problema de la privatización de la empresa peruana Petróleos del Perú sigue echando chispas, al punto de que ya parece un bosque a punto de ser arrasado por un incendio forestal. Todo parece pender de un hilo. Esta semana el premier Alberto Pandolfi se reunió con los dirigentes sindicales de la ciudad de Talara a negociar las condiciones del traspaso…

—Esto no sirve —cortó su lectura el gordo Vegas ante la pequeña Mac—. Esto no sirve para nada. Lo has escrito con hielo en el pecho.

—Es como los arranques de los informes, señor Vegas —le respondí, a la defensiva—. Ahí están los datos, las declaraciones, toda la información.

—No sirve, viejo. Es el texto que cualquier periodista escribiría desde su oficina haciendo llamadas telefónicas.

Vegas terminó de decir eso y recuerdo que me tragué lo que tenía que decir. Me quedé viendo sus lentes de medida incrustados en la pantalla, sus dedos corriendo el teclado y pasando los párrafos mientras él revisaba por encima mi texto.

—No se nota que hayas estado ahí, ¿entiendes? Es como si no te hubiésemos enviado.

—Entrevisté a los trabajadores en Talara —intenté defenderme, aunque débilmente—. Ahí están las declaraciones, he citado los documentos que me dieron.

—Te pedí una crónica, viejo. Cró-ni-ca. Quiero que me cuentes una historia, ¿entiendes? Quiero que me narres un conflicto, quiero un drama. Este texto es un informe y el lector ya tiene suficiente con los ladrillos que escribe Hilario en *Economía*. Quiero una imagen fuerte al empezar el texto, como si fuera el inicio de una película. Un cojudo levantando el puño en alto, otro amenazando, uno tirándose a la hermana del otro, algo. Como una buena novela. ¿Entiendes? Ahora, ponte a trabajar. Voy a salir a comer. ¡Sobre la marcha!

Sentado ante la máquina, tenso como un gato, sin hambre y sin sueño, empecé a repasar todo lo que había visto durante mi viaje y mi reporteo en Lima. Vegas me había pedido escribir «*como una novela*» y si lo había hecho, me dije, es porque confiaba en mí, y yo debía creer en él. Y en mí. Sentí una extraña rabia, como un deseo de demostrarle algo a alguien, y me puse a redactar furiosamente contra el reloj, en estado de creciente violencia y

excitación, fumando cigarrillo tras cigarrillo cuando algo amenazaba hacerme perder la concentración y bebiendo una, dos, tres tazas de café. A las tres horas, cerca de la una de la mañana, completamente agitado, había terminado mi trabajo. El gordo Vegas se sentó una vez más frente a mi texto:

La madrugada del último martes 14 de enero, a las seis de la mañana, aún cubiertos con las ojeras de un largo y penoso viaje de catorce horas en bus desde Talara, los dirigentes sindicales Justo Ordinola y Marcial Aguirre llegaron a las puertas de la sede de Petroperú, en San Isidro, con la intención de presionar al ministro de Energía y Minas a recibirlos en una reunión desesperada. La estructura monumental del edificio contrastaba con la silueta de estos dos hombres que dos días antes, en la sede casi derruida del sindicato de trabajadores en Talara, habían jurado ante sus familias y ante sus colegas del sindicato que no cejarían ante las tretas que el ministro podría estar tramando en Lima junto a sus asesores. Esta mañana, sin embargo, algo indicaba que iban a ceder posiciones…

—Es un arranque algo largo pero es otra cosa —sonrió el gordo, satisfecho—. Ve pensando en un buen título.

Salí al pasillo de *Proceso* con unos deseos inmensos de abrazar a la primera persona que se cruzara en mi camino. Algo se había modificado entre Vegas y yo. Y si bien esa noche prosiguió como todas las otras, yo empecé a ver todas las cosas desde otra distancia. Vegas terminó de editar mi crónica, aprobó mi título, escribió el gorro y se lanzó a continuar con la rutina salvaje que cumplía como cabeza de toda la sección de actualidad de la revista. Editaba mi texto y el de Najarro, y después de mandarnos a diseñarlo y hacer llamadas y coordinar el índice de su sección se sentaba a eso de las dos de la mañana a batallar con los informes económicos de Pepe Hilario. Aquello era su cruz. Vegas sentaba a Hilario a su lado como si se tratara de un niño de escuela, y lo torturaba a preguntas para tratar de aclarar los datos técnicos que se perdían entre la sintaxis retorcida del colaborador. Una vez que terminaba ello acudía a la última reunión de cierre con el director —que duraba hasta una hora y a la que también iban, ojerosos, Rossi, De Rivera, Carranza— y solo después de eso, cerca de las cuatro de la mañana, cuando la mayoría de los redactores se había retirado de la redacción o estaba camino a casa, se sentaba ante su máquina dispuesto a escribir su «*sábana*» final.

Era en noches como aquellas, cuando veía a Vegas escribir de una sola sentada y a esas horas un texto que tenía cinco o seis veces la extensión del mío, que me preguntaba cómo un hombre con toda esa inteligencia y sentido del humor, con todo aquel lenguaje y esas experiencias vitales, destinaba sus

habilidades a esas enormes aperturas políticas sabrosamente escritas que nunca firmaba y no a emprender una novela definitiva. Nunca pude responderme esa inquietud. Muchos años después de esas noches insomnes en las oficinas de *Proceso*, cuando Vegas ya se había convertido en la voz insignia de la radio más importante del país y uno de los periodistas más influyentes y mejor pagados del Perú, yo lo entrevisté en calidad de redactor de la revista Semana y de pronto, en un aparte, él me hizo ver cuánto le importaba el asunto.

—¿Has *escrito* algo ya? —me dijo Vegas esa tarde de nuestro encuentro, mientras le mostraba al fotógrafo de mi revista una copa de vino para facilitar el retrato.

—Aún no, Saúl —le respondí. A esas alturas ya no le decía «*señor Vegas*». Lo llamaba simplemente «*Saúl*».

—Pues tienes que dejarte de huevadas y *escribir*, viejo —me dijo—. El periodismo te va a matar; te va a matar como nos ha matado a todos.

Yo vi morir a Vegas muchas veces en las largas noches de esos años lejanos. Hubo ocasiones en que, en medio del sueño, despertaba en el mueble donde me tocaba dormir y lo veía trabajar, y entonces no me cabía duda de que estaba observando una escena excepcional que jamás olvidaría. Veía a Vegas acercarse a la pantalla con los lentes levantados sobre los cabellos canosos para revisar la justicia de una frase o una sentencia y luego lo entreveía revisando documentos o notas de archivo que tenía al lado con los lentes puestos. A veces se paraba de pronto y revisaba un informe, encontraba datos, llamaba a pedir un *Proceso* antiguo y jalándose los tirantes se volvía a sentar a escribir sin pausas, imperturbable, concentrado bajo la luz pálida del recinto. Creí reconocer los momentos en que cerraba un párrafo, porque respiraba profundamente y soltaba un aliento de secreta satisfacción consigo mismo. Nunca lo vi regresar a algo que hubiera sellado ya. Si nada más lo distraía, no se paraba jamás hasta acabar con la última oración y cerrar el documento, casi sin volver a revisar la página. Algunas veces se reía intensamente mientras escribía, muchas veces perversamente, y eran sus carcajadas las que me despertaban. En algún momento me quedaba dormido, o veía a Vegas llevarse su disquete para que encajaran su texto en la nota ya diseñada e irse luego a su casa. Sabía entonces que no volvería a verlo hasta el viernes siguiente.

Pero algo se modificó la noche en que escribí mi primera «*historia*» sobre Talara. Aquella vez, tras cerrar su nota, se acercó al sofá donde estaba yo y me despertó:

—Ey, viejo —me dijo, sacudiéndome—. Levántate, te llevo a casa.

—Gracias, señor Vegas —le dije, despertando.

Aquella fue la primera noche en que dejé las oficinas de la revista al lado de Vegas y quizás fue la primera vez en mi vida en que me sentí orgulloso de ser quien era. Salir a su lado, despidiéndome de los chicos que trabajaban en oficios en los que yo me había empleado hasta hacía dos veranos, era como un sueño vuelto realidad. Estaba del otro lado y lo había logrado escribiendo. Desde esa vez, Vegas me despertaría siempre tras cada cierre y ambos nos iríamos juntos a través de la Vía Expresa —él manejando y yo de copiloto— por una ciudad que empezaba a despertar a la mañana del miércoles. No olvido esos cortos viajes. Como exorcizando el clima denso y contaminado de la redacción, Vegas ponía música de ópera en el carro y respondía amablemente todas las preguntas que yo le formulaba acerca de los otros editores de la revista, de los jóvenes periodistas, y luego de los escritores y personajes de la historia peruana. Eran conversaciones breves, que duraban el trayecto que lleva del centro a la primera salida a la avenida Javier Prado, donde Vegas me dejaba en una zona segura para seguir su camino a Miraflores, donde vivía. Al bajar del auto y esperar mi bus a Santa Anita yo me ponía a pensar en cosas absurdas como el posible tamaño que tendría la biblioteca de Vegas o la manera en que habría educado a su hijo. A veces también me ponía a pensar en mi tío Emilio, a quien le contaba cuando podía todo lo que me pasaba, y entonces trataba de volver a casa sin ceder al llanto.

Desde que empezó a llevarme con él después de los cierres, Vegas me demostraría el resto de ese verano que yo podría ser su cómplice en la redacción de *Proceso* y también una suerte de joven amigo. La primera vez que lo supe fue una tarde en que un muchacho de archivo, casi de mi edad, le llevó una carpeta con recortes que no correspondía a los años que él había solicitado.

—¡Trabajas al pedo! —le gritó entonces Vegas, con esa misma voz cavernosa que a mí me había puesto los pelos de punta el verano anterior—. ¡Voy a informar de todo esto al director! ¡Te burlas de mí!

El chico se deshizo en perdones, completamente descolorido, y Vegas, después de dudarlo, le dijo con un gesto magnánimo que se podía ir; solo por esta vez lo dejaría pasar: a la próxima lo jodería. El archivador apenas se pudo mover, paralizado por la impresión. Vegas refunfuñó algo más y se enterró en sus papeles. Yo revisé los míos temiendo que de pronto descargara sobre mí algo de aquella cólera. Cuando de repente el chico se retiró en silencio y yo

levanté la vista para observar de soslayo a Vegas, el gordo me estaba mirando con un gesto pícaro e irresistible por encima de sus lentes de carey.

—¿Viste la cara de cojudo que puso? —me dijo, y entonces los dos empezamos a reírnos sin parar.

Con los días entendí cabalmente lo que Najarro me dijo la primera vez que llegué a *Proceso*. Vegas era en verdad como un niño encantador, una persona que te hacía reír para manifestarte su afecto. Porque Vegas fue la primera persona a la que conocí que mostraba su cariño por los demás haciéndolos reír. Y él lo hacía diligentemente, interpretando el rol del gruñón, o del viejo cascarrabias. Quienes no lo conocían le temían, sobre todo los diagramadores, un grupo de muchachos bastante jóvenes que encajaban las fotos y los textos en las máquinas de diseño antes de enviar las páginas a preprensa. El trabajo era arduo las madrugadas de cierre, y a menudo el redactor tenía que sentarse al lado del diseñador de turno para revisar que todo estuviera encajado correctamente y muchas veces para cortar las pocas palabras que sobraban o añadir las que hacían falta. Ningún diseñador, por supuesto, quería tener a su lado por un segundo la voluminosa figura de Saúl Vegas. El gordo era barroco y desbordado por esencia y casi siempre escribía mucho más de lo que le pedían. Cuando subía al cuarto de diseño ya casi de día, despeinado, con la camisa salida del pantalón, los tirantes desencajados y visiblemente malhumorado, pedirle que cortara su texto era casi como condenarse a un baño en un río infestado por tiburones. A veces yo estaba cerca encajando mis textos o poniendo las leyendas finales en las fotos de mi artículo y desde mi lugar veía a la víctima de la semana sudando copiosamente al lado de mi jefe. La veía esforzándose por sugerirle, de la manera más sutil posible, que cortara su texto. Una noche inolvidable, después de que el diseñador de turno le dijera que había achicado la foto lo más que podía y que era inevitable cortar al menos doscientos cincuenta golpes, Vegas se quedó callado mirando fijamente a su interlocutor con los ojos inyectados del cierre.

—Dime, bellaco —le dijo de pronto, en lo que parecía al principio un susurro—. ¿Tú has leído la Biblia?

El chico abrió los ojos como platos.

—¿Perdón, señor Vegas?

—Te pregunto si has leído la Biblia, mequetrefe.

(Me encantaba cuando Vegas le decía a la gente cosas como esas: *«badulaque», «mequetrefe», «belitre», «gusarapo»*).

—Sí, señor Vegas.

—¿Puedes decirme, entonces, qué dicen las primeras líneas del Génesis?

El otro se quedó mudo.

—¡Primero fue el Verbo! —recitó Vegas, buscándome con la mirada y sonriendo hacia mí—. ¿Entiendes? ¡Primero es la Palabra! Después de ella, solo después, vienen todas esas mariconadas de las fotos y las imágenes y todo lo que a los asesinos de la palabra les encanta. Y tú eres eso. ¡Un asesino de las ideas! Así que metes ese texto como sea que yo me largo de este antro, ¿entiendes? No soporto este lugar un minuto más. Vámonos de esta pocilga, Lisboa.

Casi siempre era así. Vegas realizaba un número teatral insomne antes de abandonar la redacción. Aquella noche yo lo seguí rápidamente por las escaleras y lo vi coger velozmente sus cosas y meterlas en su maletín. Salíamos de la oficina y cuando estábamos ya alcanzando el ascensor escuchamos la voz del director que empezaba a atronar desde algún lugar improbable de la redacción.

—¡Vegas! ¡Veeeeeeeeeeeeegaaaas!

En ocasiones como esas hubiera dado la vida por Vegas. «*Sobre la marcha, viejo*», me decía, y con la sonrisa de un adolescente escapaba del edificio sombrío de *Proceso* ante el acoso de las voces cada vez más próximas y estentóreas del director. Yo lo seguía debatido entre estar asustado o divertido.

—No dejen salir a Veeeeeeeeeeeeegas —escuchábamos la voz del Ogro, a lo lejos—. De Riveraaaaaaaaaaa.

Durante esas fugas era indispensable que yo saliera a la calle primero a comprobar que la silueta del director no apareciera en alguna de las ventanas de la redacción, que le pasara la voz a Vegas, que él saliera detrás de mí y que ambos nos pegáramos a las paredes del edificio para no ser vistos y cruzáramos como pudiéramos la pista de enfrente rumbo al estacionamiento.

—Si quieren sus fotos grandes entonces que ellos mismos, o el Ogro, corten donde tienen que cortar —rezongaba Vegas haciendo contacto para arrancar el auto, conteniendo la risa—. A mí a estas alturas la verdad es que me llega francamente a las pelotas.

—Un cierre menos, don Saúl —le decía entonces yo, cansado como él.

—Un cierre menos, viejo.

Y el carro salía acelerado por el jirón Camaná rumbo a la Vía Expresa.

Cuando a la semana siguiente de la nota de Talara, Vegas me encargó una crónica sobre un día en la Casa del Pueblo, la sede del partido aprista que había sido un local bullicioso a fines de los años ochenta y que ahora parecía

una casa fantasma, lo hizo diciéndome que la haría yo porque era «*medio escritor*». Desde ese momento empecé a trabajar mis reportajes bajo una tendencia más narrativa, preocupándome por las descripciones, los detalles, los diálogos, y descubriendo con mucho placer que ese tipo de trabajo me encantaba. De pronto, durante los cierres, cuando revisaba las antiguas ediciones de la revista, empecé a revisar la sección de inactuales que en los meses anteriores había pasado por alto. En las páginas de aquellas viejas secciones de los años ochenta había encontrado los textos que había escrito De Rivera cuando era redactor y que Vegas, ante mis inquietudes, me contó que habían sido compilados en un estupendo volumen de crónicas y reportajes que se llamaba *Gato encerrado*. Busqué el libro un día y lo leí de cabo a rabo. Desde entonces empecé a valorar mi oficio semanal de otra manera, a pensar seriamente en convertirme en escritor sin dejar jamás una redacción periodística, y a ver de una manera distinta a De Rivera.

Me lo cruzaba de vez en cuando en la revista. Y cada vez que lo veía en los ambientes endurecidos de *Proceso*, sentía que había algo muy contundente en su aspecto, en sus maneras, que hacía que todo alrededor de él luciera más gris, más cutre, más miserable. De Rivera era el hombre más alto de toda la redacción, su piel era muy clara, sus rasgos simétricos, y su manera de vestirse parecía encarnar impecablemente el gusto sobrio de cierta moda mediterránea aun en los momentos más difíciles de la coyuntura o de los más desesperados del cierre. Siempre se le veían camisas de media estación, chompas muy delgadas atadas elegantemente al cuello, pantalones claros de tela y sacos de colección que lo hacían parecer recién bajado de un yate; en las fotos de sociales de la revista durante los meses de invierno aparecía con chompas de cuello tortuga, sacos y gabardinas o con pañoletas de seda. Había algo muy clásico y estudiado en su aspecto, y a su modo irreal, como si el personaje de una novela de Scott Fitzgerald hubiera caído hacía años en la polución y el desorden del centro de Lima y se hubiera habituado a ellos. Lo más sorprendente era verlo conducir un Mercedes Benz rojo descapotable de los años setenta completamente ajeno al smog, a los ambulantes y al caos que envolvían las calles de una ciudad que parecía Calcuta. Una mañana de sábado lo vi llegar a la redacción a bordo de él y vestido con ropa de tenis y lentes oscuros de película de los años cincuenta, las raquetas en ristre en el otro asiento. Viéndolo saludarme con esa sonrisa risueña y los brazos levantados mientras buscaba dónde estacionar yo me decía que De Rivera no pertenecía a este mundo.

Recuerdo aquellos días de verano y me parece que esa era la manera que había descubierto Francisco de Rivera para permanecer inmune o medianamente cuerdo en la nave de locos neuróticos que era *Proceso* en 1996. Era la única persona en toda la revista, por ejemplo, capaz de desarticular los mefistofélicos ataques de mal humor del director y el único con algunas atribuciones para discutirle ciertas decisiones formales —la pertinencia de una foto abridora o de una carátula, el tenor de un titular— en terrenos en los que todos compartían la idea de que el director era un genio absoluto. Un par de veces los vi tomando decisiones en la cocina gráfica del ala derecha del edificio, un espacio pequeño en que se colocaban fotografías ampliadas con alfileres sobre una superficie de corcho para imaginar la organización visual de ciertos artículos claves, entre ellos los de Vegas. Era casi sobrenatural escuchar la voz del director a un volumen humano, e incluso suave, mientras se dirigía al número dos de la revista, de pronto inmune a sus gritos e imprecaciones.

Fue a partir de evidencias como esas que yo, como si no hubiera tenido suficiente con Vegas, empecé a admirar también a De Rivera. Con el tiempo me enteré además de que había sido un exitoso conductor de programas periodísticos en la televisión, que tenía una fama inmejorable de conquistador de chicas y que era una figura rutilante en las fiestas de Lima. Todo eso, sin duda, me pareció espléndido, pero lo que de verdad me impresionó fue saber que la novela corta y los dos volúmenes de cuentos que le habían valido cierto reconocimiento local los había escrito mientras trabajaba en *Proceso* y que muchos de los protagonistas de esas narraciones eran periodistas que vivían experiencias similares a las que vivía yo y en el mismo edificio del jirón Camaná en el que yo trabajaba. Nunca más volví a ver lo que tenía alrededor ni a vivir los cierres de edición de la misma forma.

Muchas de las cosas sobre De Rivera de las que me enteraba me las contaba Tito Najarro en los descansos de las jornadas de trabajo o durante los acelerados almuerzos de los lunes o martes, los ojos abrillantados por la admiración y el deseo. Me hablaba de las mujeres de De Rivera y de sus aventuras, de sus canas al aire y del *modus operandi* de sus conquistas, y a mí me costaba reprimir una sonrisa cuando me lo encontraba en los pasillos de la revista o lo visitaba en su oficina para coordinar algo muy serio y me saludaba siempre con la misma sonrisa fotográfica y le mandaba saludos a «*mi padre*».

Una tarde Najarro llegó agitado a la oficina y me hizo una seña para que habláramos en un aparte. Tras unos lentes ahumados a través de los cuales

miraba ávidamente a los adolescentes que caminaban por las calles del centro, me contó que *La industria*, el periódico más poderoso del país, le había ofrecido al subdirector de *Proceso* dirigir todas sus publicaciones periódicas, en especial la revista Semana, por una suma completamente exorbitante para los estándares de la prensa peruana. Yo estaba seguro de que De Rivera no había aceptado una propuesta así y se lo dije a Najarro, pero él me respondió inmediatamente que en realidad ya lo había hecho, y acto seguido me reveló la cifra de adelanto de contrato que De Rivera había recibido por el traspaso. «Todos tenemos un precio», me dijo riéndose pícaramente. Cuando vio mi rostro de decepción agregó, seguro que para aliviarme, que, por amor a la revista, el subdirector había renunciado a cobrar todo lo que se le debía en *Proceso*.

—Se queda un par de semanas más —me dijo.

A mí la salida de De Rivera me causó un dolor impreciso, y ahora que escribo me doy cuenta de que de algún modo con ella se cerró mi experiencia en *Proceso*. Los días que siguieron al anuncio de su partida trabajé bajo una sensación inequívoca de confusión y malestar, como si de pronto otra familia se acabara de desintegrar delante de mis narices. No podía concentrarme y me costaba permanecer donde estaba. Una noche, saliendo de un cierre de edición, no pude contenerme y le pedí a Vegas que me explicara la decisión de De Rivera. Yo no entendía, recuerdo que le dije, cómo un periodista como él había preferido dejar la revista para desplazarse a un medio tan gris y tan poco independiente como *La industria* y dejarnos a todos solos. Recuerdo que Vegas conducía con bastante tranquilidad su auto por el paseo de los Héroes Navales y que se sonrió al escuchar la ferocidad con la que yo había planteado mi punto de vista. Entendía lo que pasaba por mi cabeza, me dijo, pero a la luz de los años las cosas se hacían bastante más complejas a como se veían desde mi edad. Le pregunté a qué se refería con eso y al parecer él no quiso explicarme nada más. Yo me quedé en silencio y Vegas hizo lo mismo, pero yo sentía que el silencio entre ambos estaba todo el tiempo a punto de romperse, solo que no sabía muy bien por qué. Entonces, luego de algunos segundos, gatillado por una asociación que yo no podría haber entendido en ese momento, Vegas me preguntó a bocajarro si ya me habían pagado los doscientos dólares de sueldo que tenía que haber cobrado. Yo lo miré y le dije que no.

Es ahí donde ocurrió lo que me lleva a contar ahora el diálogo de aquella noche con él. Vegas oyó mi respuesta y enterró la mirada sobre la pista vacía de la Vía Expresa, luego movió la cabeza en un gesto que acaso pudo ser de

concentración o de negación y después buscó en su saco un cigarrillo y lo encendió mientras conducía, cosa que normalmente jamás hacía. Yo le dije que era verdad; que aún no había cobrado mi sueldo pero que me hacía ilusión la posibilidad de que lo depositaran todo junto y mejor aun si era cuando ya empezaban las clases y con toda esa plata yo podría comprarme algunas camisas, unas zapatillas, o ciertos libros, y se lo dije a Vegas mientras él fumaba y conducía en silencio. Yo sabía que durante las semanas anteriores Vegas había inflado comisiones, había presentado como citas reales llamadas telefónicas a ciertas fuentes y hasta me había inventado un par de viajes a provincias de Lima para subsanar el dinero que aún no me habían depositado.

—En el fondo De Rivera hizo lo mejor —dijo de pronto, quebrando el silencio—. En el fondo todos deberíamos abandonar esta vida de lechuzas a cambio de casi nada.

En cierto momento yo me di cuenta de que Vegas no hablaba precisamente para mí sino también para él. Aún no sé con qué valor me atreví a decirle que no estaba de acuerdo. *Proceso* era estupendo; con él, con De Rivera, con Rossi, con Balboa, con Silvio… Ellos eran, *éramos* un gran equipo. Luego me quedé mudo.

Vegas le dio una calada al cigarrillo y siguió mirando la pista vacía que se abría soñolienta a sus ojos. En cierto momento respiró hondo, pareció regresar mentalmente al carro y me empezó a explicar, de un modo algo agotado, que De Rivera había hecho lo mejor porque a partir de ahora tendría estabilidad económica, un buen clima de trabajo y sobre todo el tiempo necesario para dedicarse a lo que realmente era lo suyo. Fue entonces que, como activado por alguna otra asociación secreta, Vegas me lanzó una pregunta abrupta como un disparo a corta distancia:

—Tú quieres ser escritor también, ¿verdad, Lisboa?

—Aún no lo sé, señor —le respondí, de pronto avergonzado.

Luego de eso ambos nos quedamos callados algunos segundos.

—Mira, Gabriel —dijo entonces Vegas, algo más resuelto—, yo no sé si quieres serlo pero si es así deberías decírtelo a ti mismo. ¿Entiendes? Deberías decírtelo todos los días. Decirte que quieres ser lo que diablos hayas decidido que quieres ser… ¿Sabes qué pasa, viejo? Que muchos allá detrás, en el edificio que hemos dejado, y en otros edificios de prensa, no se atreven jamás a decirse qué diablos quieren hacer. No debes caer nunca en eso, viejo. Nunca debes dejar de decirte la verdad.

No supe qué responder. Probablemente porque no tenía nada en la mente me atreví también a disparar:

—Usted también ha querido ser escritor, ¿verdad, señor Vegas?

Algo se detuvo entre ambos dentro del carro en movimiento, y yo aún recuerdo el rostro de Vegas de perfil, los ojos fijos en la pista y luego la silueta oscura del Estadio Nacional que se cortaba contra las sombras. No me dijo nada. Yo empecé a compartir con él la visión de la pista vacía, de las líneas azules y amarillas empotradas en los altos muros de la Vía Expresa, de las flores rotas de los terraplenes.

—Quise serlo hasta que leí *La guerra y la paz* de Tolstói —le oí decir—. Después de leer ese libro me di cuenta de que no tenía sentido escribir nada.

Las líneas desaparecían debajo del carro y el cielo aclaraba.

—En un momento, leyendo a Borges, me di cuenta de que todos juntos escribimos apenas un solo libro total. Discretamente, uno puede aumentar algunas páginas a ese gran libro y yo siento que agrego las mías desde el periodismo. Pretender ser el autor de un libro mío es algo demasiado pretencioso para mí.

Quise decir algo pero no se me ocurrió nada.

De pronto fue Vegas quien notó que nos habíamos pasado la salida de siempre y subió el auto por la primera que encontró luego, creo que la que daba a la avenida Aramburú. Estacionó el auto en la esquina, liberó el seguro y se despidió de mí. El viernes me esperaba para trabajar duro en un cierre más de *Proceso*. Le di la mano y salí del carro. Cerré la puerta y cuando iba a dar la media vuelta vi que el rostro de Vegas salía por la ventana del asiento que había ocupado yo.

—En verdad nunca lo intenté por cobarde —me dijo entonces, su mano asegurando la puerta—. No fui escritor por eso. Esa es la pura verdad.

Después el carro partió. Nunca más, en lo que restó del verano, Vegas y yo volvimos a hablar del asunto de la escritura.

9

No cobraba aún los doscientos dólares de sueldo que me debía *Proceso* pero los vales de transporte y viáticos que inflaba Vegas me permitían viajar al trabajo, comprar libros de segunda mano, ir al cine y salir ciertas noches a conversar con Santiago Montero. Nos veíamos los viernes o los sábados, días en que yo tenía las noches libres y me encontraba lejos de la angustia de los cierres de la revista. Encontrarme con él era olvidar el olor a guardado de la oficina y el humor viciado de las noticias y los escándalos de corrupción que investigaba todas las semanas. Era experimentar algo distinto. Porque, a diferencia de la gente de la que me había hablado Vegas, completamente ajeno a lo que pasaba en el Perú o en el mundo, Montero parecía dedicarse en cuerpo y alma, enteramente, a aquello que había decidido ser. Tenía cerca de veintitrés años cuando lo conocí y desde entonces demoraba todo lo que podía el fin de su carrera mientras reunía las herramientas y el valor necesarios para enfrentar la vida precaria que su decisión de dedicarse a la poesía suponía. Ninguna otra cosa que no fuera el arte parecía importarle realmente, y por eso, frente a él, mis preocupaciones por encontrar una manera de mantenerme en la universidad o por procurarme un sueldo para devolver el préstamo universitario que aún adeudaba, se volvían totales naderías, y yo las callaba. Montero estaba instalado en una realidad muy distinta de la mía; una realidad que, lo sé ahora, yo me moría realmente por vivir. Aquellos días de verano en que lo visitaba traducía con prolijidad una serie de poetas norteamericanos de la segunda mitad del siglo que, me decía, solo conocía cabalmente en el Perú Mateo Ramírez Ganoza. Se pasaba las tardes viendo películas en su VHS tratando de definir qué clase de cineasta podría ser —le encantaba Fellini y sobre todo Bergman—, iba a las muestras de arte que podía y andaba obsesionado con los hallazgos líricos de las letras del *rock* argentino de los años setenta; sobre todo las de Luis Alberto Spinetta en los experimentos Pescado Rabioso e Invisible y las de Charly García de La Máquina de Hacer Pájaros. Había descubierto que la etapa pop de García en los ochenta era sobrecogedora, y quizás nítidamente superior a la parafernalia retórica de Serú Girán. Eso es lo que empezaba a intuir. Y ante ese tipo de asuntos yo me quedaba mudo.

Montero se pasaba horas mostrándome la música que escuchaba en el equipo de la salita de su casa y yo empezaba a sentir por primera vez que

aquella actividad, pese a todo, tenía un enorme sentido en mi vida. Muchas veces se detenía en seco cuando soltaba un nombre y yo confesaba que no lo conocía: ¿no había escuchado el Álbum Blanco de los Beatles? ¿No sabía quiénes eran Bob Dylan y Leonard Cohen? Yo le decía que Dylan me sonaba de algo y Montero abría los ojos completamente perturbado, el pucho entre los dedos, y luego fingía escandalizarse sin suerte, porque yo veía que algo rutilaba en sus pupilas. Al fin se encontraba ante la posibilidad de mostrarle a alguien lo que él había construido en soledad durante muchos años, un mundo que yo desconocía por completo y que él compartiría con la ilusión de un niño que muestra sus juguetes.

Escribo sobre nuestra amistad de aquellos años y sospecho ahora que lo que quizás ocurría es que Montero temía profundamente el futuro inestable de poeta que lo aguardaba y prefería lanzarse al vacío mirando la silueta de alguien cayendo a su lado, y ese alguien podría ser yo. Desde que había ocurrido el evento de los juegos florales me trataba muchas veces no como a un chico que había escrito apenas un intento de cuento sino como a alguien que de pronto estaba embarcado en la misma riesgosa aventura que él. Ni más ni menos. Jamás se me ocurrió contradecirlo porque me complacía mucho esa manera de percibirnos a los dos y sinceramente me hacía sentir mayor o mejor de lo que realmente era. ¿Fue así como me fui convenciendo de que podría ser un aspirante a escritor? ¿Fue entonces que empecé a creerme la fantasía de que podría compartir una misma misión creativa con Montero? Es bastante probable que sí. De pronto, ante los ojos fantasiosos de mi primer amigo, yo había obtenido un rol en el mundo.

El futuro, sin embargo, se nos mostraba incierto y difícil, y Montero lo proyectaba en largos monólogos erizados de miedo. La vocación, decía él, era una fuerza falsamente luminosa que había arrasado las mentes y las vidas de una serie de adolescentes geniales acosados por el dolor. Allí estaba el caso de casi todos los poetas que yo intentaba leer por esos días. Montero fumaba en la salida de la sala de arte de la Municipalidad de Miraflores, la camiseta gris, la camisa de franela a cuadros, los ojos hundidos, y enumeraba el aciago árbol genealógico de la poesía peruana para refrendar cuanto decía: Vallejo agarrando a patadas a su mujer para que abortara y transitando miserable en las calles de París; Martín Adán enloquecido y ebrio, inquilino de clínicas psiquiátricas desde las cuales miraba el mar con los ojos de un orate; Eguren atemorizado por todo y recluido como un niño en ese jardín de infantes que era Barranco, Westphalen e Hinostroza sumidos en un silencio sordo y hosco, sin ganas de comunicarse con nadie; Eielson desnudo y llorando de pena en

una habitación de Roma; Lucho Hernández arrojado a las vías de un tren en Argentina; Watanabe subsistiendo duramente en una casita de San Miguel que ni siquiera era suya; Cisneros caminando como un chiflado por Miraflores en plena madrugada, pidiéndole a cualquier persona que le invitara a tomar una cerveza, a lo mejor esta noche nos lo encontrábamos. No, decía Montero prendiendo otro pucho, mirando con indiferencia los carros que surcaban la avenida Larco, por momentos él prefería ser él, un tipo finalmente mediocre que escribía algunos poemas ocasionales y perdía juegos florales en una universidad que ni siquiera tenía facultad de Letras. No era un poeta de verdad, decía. Ninguno de los dos era un escritor. Nos faltaba locura. Y a lo mejor deberíamos estar agradecidos por ello.

Yo escuchaba a Montero desde el otro lado de la banca y, lejos de asustarme, me sentía emocionado hasta la médula por todos aquellos destinos heroicos y por la devoción con la que Montero pronunciaba aquellos nombres. Yo le daba la razón en aquellas noches, o asentía en silencio porque no tenía nada que decir. ¿Cómo podríamos pretender vivir escribiendo en un país como el Perú? ¿Cómo hacerlo en un medio en el que casi nadie leía, que no contaba siquiera con editoriales, prensa cultural o lectores? Los ejemplos demostraban que no solo la locura sino sobre todo la precariedad económica habían arrasado la mayor parte de las vocaciones creativas. En ese punto simplemente caminábamos sin decirnos nada, compartiendo puchos mientras mirábamos el mar de la bahía de Lima de noche.

No siempre hablábamos de arte, por cierto. Con el tiempo resultó inevitable que empezáramos a referirnos a nosotros mismos: las aventuras del último semestre, el desastre de la evaluación y las calificaciones de nuestro corto, las chicas que nos habían ayudado a filmarlo. Fue en una de esas conversaciones, recordando las reacciones de los espectadores a nuestro trabajo y riéndonos de todo, que Santiago Montero manifestó un tímido interés por la chica de pelo corto que había defendido nuestro filme aquella mañana. ¿Me acordaba yo?, me preguntó. ¿Cómo era que se llamaba? Le dije que no lo sabía, así que hablamos de otras cosas, pero Montero regresaba a la reconstrucción de ese día en el minicine de la facultad. Ella dijo que le había parecido inteligente nuestra película, ¿verdad? ¿Por qué lo habría hecho? Montero tenía ganas de darle vueltas al asunto; ahora sé que había intuido que entre aquella chica y él se había establecido algún tipo de conexión y quería que la opinión de alguien validara sus sospechas. La verdad es que yo era la persona menos indicada del mundo para darme cuenta.

Y es que si algo descubrí por aquellos días en esas charlas más personales es que había una brecha insalvable entre la experiencia de Montero y la mía en materia sentimental. Solo un mes antes de conocernos, me confesó, había terminado una relación de varios años con una chica de su edad que, como nosotros, estudiaba Comunicaciones en la de Lima y que vivía cerca de su casa, en Higuereta. Se habían enamorado de un modo casi imperceptible, por la proximidad de sus casas y de sus amigos, por el uso del mismo parque y las mismas tiendas. Ella tocaba música de nueva trova y había empezado a componer algunas canciones propias justo cuando Montero arrancaba a garrapatear sus primeros poemas. Habían estado juntos desde la pubertad y juntos habían descubierto poetas, músicos, películas y también el amor y la sexualidad. Allí donde estaba, Montero ya había vivido el romance y la conquista, los encuentros y desencuentros amorosos, la ruptura sentimental, el periodo de luto y la soledad que sobreviene a una relación y que, me dijo, era distinta de la soledad a secas. Montero se sentía bastante bien solo pero a veces la extrañaba, solo que sospechaba que lo que de veras extrañaba era estar con alguien de quien estuviera enamorado. Ante ese tipo de observaciones me quedaba en silencio, y algo avergonzado. Mi mudez era suficiente para que ambos supiéramos que yo no tenía el menor conocimiento en asuntos así, y que demoraría aún bastante en conseguirlos.

Una noche de febrero Montero y yo tomábamos una cerveza en las mesas exteriores de un bar llamado La Luna, en Barranco, y de pronto, como acompañada de un viento suave que desordenó servilletas y arrojó las cenizas de la mesa, la chica que defendió nuestra película se apareció con dos amigas suyas y entró al bar. Recuerdo que se sentó a una mesa detrás de la nuestra y que desde allí me hizo un saludo silencioso y rápido que yo respondí apenas y que activó como un resorte el cuerpo de Montero. Él volteó inmediatamente y la saludó con la mano de un modo algo forzado, aunque me imagino ahora que también irresistible. La chica le sonrió desde su asiento y podría decir ahora que fue diferente del saludo que me prodigó a mí. Empecé a verla con los ojos de él: su polo de hilo fino, su piel también traslúcida, el gancho preciso a un lado de la frente, las manos que sostenían el cigarrillo cerca de la boca. Montero perdió el hilo de lo que estaba hablando y el resto de la noche, antes incluso de que ella se despidiera, consumió el doble de puchos. Allí me di cuenta de que al menos él estaba templado de ella. Lo que me era imposible imaginar era cómo alguien podría saber si ella lo estaría de él.

Supe que la chica se llamaba Valeria Klimt —sí, a nosotros nos encantaba que se llamara así— porque Montero me lo contó por teléfono alguna de las

veces que lo llamé desde la redacción de *Proceso* las semanas finales del verano, cuando el trabajo me asfixiaba y apenas tenía tiempo para ver a nadie. Desde aquella noche en que Saúl Vegas me había confesado las razones por las cuales no se había convertido en escritor me pareció que todo se enfriaba entre nosotros, y algo en mí empezaba una lenta retirada.

La mañana del viernes siguiente a aquella noche, Vegas me trató como si no hubiera pasado nada y fuera preciso volver a un vínculo meramente profesional. Es curioso. No alcanzo a recordar con precisión esos últimos cierres de edición en *Proceso* ni lo que conversé con Vegas en ellos ni el día en que me tuve que despedir de todos en la revista, y me digo que quizás no pasó nada demasiado intenso o que acaso sí, pero el recuerdo de esa última conversación en su auto terminó por opacar todo lo que me tocaría vivir después en ese lugar.

Cuando regresé a las clases de la universidad el primer semestre de 1996 estaba bastante lejos de experimentar la sensación de seguridad o suficiencia que me había acompañado el año anterior, cuando regresaba de mi primer verano de periodista y estaba completamente convencido de lo que quería y de lo que me tocaba hacer en el mundo. ¿Quería ser realmente un periodista? Ahora me sentía una vez más ligeramente extraviado e inconforme no solo con la casa en que vivía y el trabajo al que me había entregado todo el verano, sino que no estaba totalmente seguro de la especialidad que había elegido para acabar la carrera. Los cursos prácticos de los últimos ciclos —programas de radio y de televisión, grabaciones en exteriores— no me motivaban y las clases de periodismo me resultaban desesperantes. Iba a escucharlas sin ganas y desde una distancia remota oía nociones acerca del circuito de la información, de la dinámica dentro de las redacciones, de la confección de textos, y escribía ejercicios de notas de prensa monótonas y desangeladas. En ciertos momentos de desánimo me lamentaba interiormente de no haberme matriculado en otros cursos de cine al lado de Santiago Montero.

Porque por esos días mi vida universitaria dependía enteramente de las conversaciones que sostenía con él. Salía a buscarlo al final de mis clases para que me contara todo lo que yo estaba dejando de estudiar a su lado y él, acodado algunas veces en la rampa de la escalera o esparcido en las escaleras que unían Comunicaciones y la biblioteca con el resto de la universidad, me explicaba minuciosamente sus clases, aunque luego, con el paso de los días, sus temas de conversación se fueron centrando en Valeria Klimt. A mí al principio aquello me desesperaba porque sentía que Montero se había vuelto algo estúpido, pero después fui comprendiendo su inquietud y su zozobra y

me fui identificando lentamente con su situación, aunque esta se encontraba a años luz de mí. ¿No hubiera deseado yo, muy en el fondo, que algo así me ocurriera?

Viví los sucesos de esos días de manera vicaria. Mientras en mis clases me aburría sentado en mi carpeta individual desdeñando a los otros, en las suyas Montero empezaba a experimentar una deliciosa complicidad entre sus opiniones y las de Valeria Klimt, el cruce de miradas durante las explicaciones del profesor, las idas y vueltas y disfuerzos de ambos a la hora de formar grupos de trabajo y la mutua y silenciosa decepción frente a la manera en que los amigos de ella, sin querer, acababan desuniéndolos. Montero me contaba todo eso sin dejar de describir los mínimos gestos y palabras que, desde su perspectiva, evidenciaban la mutua atracción y yo le creía porque no me quedaba otra alternativa. Hasta que una mañana Valeria pasó delante de nosotros y saludó solo a Montero y luego intercambiaron un comentario relativo a sus trabajos que yo no pude entender y noté algo impreciso entre ellos. Después, una de aquellas tardes en que empezaba a preguntarme por la ausencia de mi amigo, lo vi formando parte de un grupo de chicos arracimados en las escaleras de la facultad entre los que estaba Valeria. Una semana después, desde la ventana de una clase, los descubrí sentados al lado de otras dos personas, intercambiando nerviosamente lentes de sol y sonriéndose. El resto de la historia la supe cuando Montero me la contó, en alguna de las pausas de aquellos días de agitación que le tocaron vivir ese otoño.

Todo se inició un fin de semana en el que él y la Klimt se encontraron por casualidad en la reunión de un compañero a la que Montero no estaba invitado y en la que ambos se quedaron conversando hasta el final de la fiesta. Estuvieron de acuerdo sobre muchas películas recientes, compartieron puchos, se rieron juntos de las mismas cintas peruanas y en algún momento coincidieron en que era necesario ver la mayor cantidad de películas de una muestra retrospectiva que la Filmoteca de Lima le dedicaba a cierto cineasta alemán. En ese instante ella le confesó a él que nunca había ido al centro de Lima y los dos se rieron. Cuando a la semana siguiente se vieron en las clases y ella mencionó las películas del realizador del que habían hablado Montero recién reunió la fuerza suficiente para invitarla al cine. La noche de la salida él vio poco de la cinta, y comprendió nada. Caminaron mucho aquella vez, y las otras en que se reunieron a ver películas en cines comerciales de Miraflores y San Isidro, y también en las noches en que se animaron a ir a los bares de Barranco, y en todas y cada una de esas salidas Montero fue

consciente de que le costaría muchísimo romper las barreras de su propia timidez pese a los cruces de miradas, los elogios tímidos que ambos se propinaban, los roces involuntarios y el rubor tras ellos. En una ocasión, dentro de su auto, Valeria le contó que más allá del cine siempre había querido ser bailarina, o hacer danza moderna, y él se animó a confesarle que *escribía*. Ella le preguntó si eran cuentos y él le dijo que poesía y sintió algo de vergüenza pero rápidamente la perdió porque ella le preguntó con verdadera curiosidad sobre aquello que escribía. Él le dijo que había escrito algo recientemente. Ella le dijo que no volverían a salir si es que él no se animaba a mostrárselo.

El poema formaría luego parte del primer poemario de Santiago Montero aunque en la versión publicada solo quedaron pocas trazas de aquel que Montero copió en uno de sus cuadernos con letra muy cuidada y le alcanzó a Valeria. Sé que Montero me lo mostró meses después, pero no lo recuerdo con exactitud. En la versión del libro, sin embargo, aún persiste la imagen de esos dos muchachos delgados que, por sus señas, eran claramente Valeria Klimt y Santiago Montero; él llevando entre sus manos un ave herida y ella, creo recordar, tímida y «*tan delgada como la lluvia*». El poema era, por supuesto, algo encriptado, pero a pesar de ello parecía anunciar un encuentro amoroso entre ambos y acaso por esa razón Valeria no le comentó una palabra sobre él a Montero durante las próximas veces que se vieron. La situación volvió entonces a fojas cero y posiblemente habría quedado sumida en ese marasmo de no haber sido por la intervención de la hermana de Valeria, a la que se encontraron una vez en La Noche de Barranco. Había sido una salida como las otras, en la que Montero había recogido puntual a Valeria desde su casa en Miraflores a bordo de su Civic azul del año 81. No bien la vio volvió a sentir que había algo en los rasgos de ella, en su ropa, en su olor y su sonrisa que lo desarmaban y lo hacían sentirse disminuido, incapaz por completo de advertir que los arreglos de la chica, el gancho sobre el pelo, el pañuelo anudado al cuello, estaban ahí por él. No bien se encontraron a la hermana, Valeria le presentó a Montero como «*un amigo*» y entonces ella le preguntó de golpe si acaso él era el chico «*del poema*». Antes de que Montero pudiera responder, la hermana le había confesado que Valeria guardaba el poema en su cartera y en todo momento lo leía y seguramente lo tendría allí con ella. Cuando se fue luego de decir eso, dejándolos solos, Valeria no encontró un solo lugar donde estar a salvo de los ojos de Montero y Montero se quedó sin palabras, entre asustado y a la vez arrasado por un extraño furor.

El resto de la historia Montero me la terminó de contar la mañana posterior a aquella noche. En cierto momento, al verla enrojecer y depositar dulcemente la mirada en el suelo, él se dio cuenta de que la quería. Entonces le dijo a ella si quería salir y ella le dijo apenas que sí. Los dos caminaron por el bulevar de Barranco mirando los bares a los lados como deseando encontrar un sitio que les hiciera olvidar el bochorno de la escena anterior y terminaron casi por inercia en La Luna, el bar en que se habían saludado por primera vez. Una vez que se acercaron a la mesa exterior a la que se iban a sentar ella se disculpó diciéndole que tenía que ir al baño. Allí se demoró muchísimo más de la cuenta. Ahora no me resulta difícil imaginármela comiéndose las uñas, puteando al espejo, deseando con todas sus fuerzas tener a su hermana delante de ella para asesinarla. ¿Qué hacer? ¿Adónde huir? Al regresar a la mesa vio con pesadumbre que Montero seguía allí, y apenas pudo comprobar que se había tomado frenéticamente dos vasos de cerveza para darse valor. Valeria reunió las fuerzas necesarias y se sentó delante de él y apenas pudo mirarlo. Traicionándose, le dijo que se sentía algo mal y que deseaba irse a su casa. Fue ahí que Montero dejó el vaso que tenía entre las manos y le preguntó de modo atropellado y torpe si podía besarla. Valeria no le respondió. Solo lo miró por primera vez directo a los ojos y se quedó quieta al comprobar que Santiago Montero se acercaba cada vez más.

—No fue necesario preguntarle si quería estar conmigo —me contaría Montero—. Simplemente estábamos. Todo este tiempo a ella le había pasado lo mismo que a mí.

10

El inicio de la relación entre Santiago Montero y Valeria Klimt marcó la etapa más solitaria de mi vida universitaria; la peor. Después de aquella mañana en que me terminó de contar el inicio de su relación con Valeria, Santiago Montero desapareció completamente de mi vida. O quizás no completamente, pero así lo sentí yo. Lo volví a ver algunas veces más en el campus, claro, siempre de la mano de Valeria, a veces sentado junto a ella en las bancas de la universidad, pero nunca más volvimos a estar solos y menos a salir juntos. Ahora sé, por supuesto, que pude acercarme más a ellos y no perder la compañía de mi amigo, pero la verdad es que comencé a distanciarme de ambos porque a la luz de las cosas que me empezaron a ocurrir sentí que lo que ellos vivían no solo no me correspondía sino que de alguna manera era algo así como una broma sucia y oscura para mí. En cierto momento los evité simplemente porque había decidido borrarme del mundo entero.

El noviazgo de Montero me hizo ver lo realmente solo que había estado antes de su llegada y lo desorientado que me encontraba respecto de mi vocación y del lugar que ocupaba en la realidad. Me empezaba a dar cuenta de esa situación, a aburrirme en clases que no me motivaban y a concentrarme en aquellos libros de la biblioteca que me ayudaban a esquivar una sensación constante de confusión cuando las cosas empezaron a ocurrir. O cuando empecé a ser consciente de ellas.

Porque de algún modo sabía claramente que las lesiones en mi rostro habían empezado mucho antes, desde los días finales del colegio, pero nunca habían sido tantas ni tan profundas como para convertirse en tema importante. Durante el tiempo en que me preparé para la universidad e ingresé a ella, y durante los primeros semestres de clases en la de Lima es muy probable que su presencia haya contribuido de una manera decisiva a mi timidez o haya mermado mi capacidad de relación con los demás, pero no al punto de explicar completamente mi reclusión ni mi malestar. Tenía muchas razones para no sentirme bien y el acné era tan solo un mal adolescente en el que no deseaba pensar demasiado, una molestia que aparecía por temporadas y que por lo demás remitía o parecía remitir con el uso puntual de algunas cremas que veía en televisión o incluso sin el uso de ellas. Muchas veces desaparecía

cuando salía de situaciones estresantes como una tanda de exámenes finales o una entrega sucesiva de trabajos.

De modo que cuando los brotes empezaron a multiplicarse por encima de lo normal aquel mes de marzo en *Proceso*, atribuí todo a la tensión del trabajo al lado de Vegas, a las malas noches de cierre, a la falta de pagos de la revista o a los cigarrillos que consumía de manera compulsiva mientras escribía mis textos. Al principio se trató de marcas que aparecían en zonas específicas de mi rostro —la frente, el área alrededor de la boca, la nariz— y que podía llevar con mediana dignidad durante las comisiones de la revista o las salidas nocturnas al lado de Montero, pero luego empezaron a desplazarse de un modo sigiloso por las mejillas, los pómulos y la mandíbula. En algún momento empecé a sentirme algo más incómodo que de costumbre y comencé a rehuir un poco el contacto con la gente, pero internamente me seguía diciendo que el mal remitiría con el inicio de las clases. Para cuando estas empezaron y el estado de la enfermedad me había obligado a tomar unos antibióticos que tampoco hicieron efecto y las lesiones tomaron la frente, las orejas y el cuello, comencé a sospechar que estaba ante algo de veras irreversible. Y entonces temí lo peor. Hay un momento en la vida —lo supe entonces—, casi siempre en la adolescencia, en que descubres que de pronto hay ciertas cosas que *solo te pasan a ti*. Durante algunos años viví algo que era común a ciertas personas de mi edad y en los momentos de pesar me bastaba ubicarlas con la vista en distintos sitios, en buses, calles y esquinas, para saber que no era el único que padecía ese problema. Hubo un momento, sin embargo, en que las cosas se transformaron de tal forma que experimenté algo que no se correspondía con las vivencias de nadie en ningún lugar.

Me cuesta avanzar. No sé si pueda describir exactamente la gravedad que llegó a alcanzar mi mal y tampoco sé si es necesario hacerlo. En todo caso, sobre el *Proceso* de transformación que tuve que atravesar ya escribí hace muchos años, y de una manera mucho más urgente, viva y desgarrada, en un cuento que fue el primero que hice en toda mi vida y el único que pude terminar con satisfacción hasta el inicio de este texto, un cuento sobre un chico humilde como yo que estudiaba a duras penas en una universidad que claramente era la Universidad de Lima y al que una enfermedad súbita y terrible lo convertía de buenas a primeras en un auténtico monstruo. Creo que si ahora me toca contar algo no es ya el *Proceso* físico en sí sino lo que generó dentro de mí; lo que me llevó a ser quien soy y escribe estas líneas.

Todo ocurrió como en un extraño mareo del que no quedan casi evidencias reales, salvo las marcas de mi piel. Me veo en diferentes imágenes

de ese sueño lechoso, en una caminando protegido bajo los aleros de la universidad para que no me dé el sol en la cara y los demás vean mi piel, en otra ingresando a los salones después del inicio de las clases y yéndome antes para evitar los saludos de la gente, o soportando la curiosidad de las personas que en la calle me miran de soslayo o de los cobradores o los guardianes que hacen esfuerzos sobrenaturales para concentrarse en la imagen de mi carnet universitario y no en mi rostro, o en momentos en que bajo los ojos al piso cuando los niños muy pequeños me observan asombrados por mucho tiempo y señalan mi cara sin pudor hasta que sus madres, incómodas, les bajan los dedos. Me veo sometido a absurdas limpiezas de cutis en las que un peluquero de mi barrio vestido de mujer y con el cabello mal pintado estruja con un ganchillo mis granos y los hace supurar a la fuerza y me veo regresando a mi casa de Santa Anita con rabia y cólera infinitas, el rostro ensangrentado y los ojos enrojecidos por el llanto.

Me veo solo. Y me veo también intentando luchar. Me veo hablando conmigo mismo a todas horas y me veo superando mi vergüenza y me veo yendo a la oficina de Salud de la Universidad de Lima para que un médico revise mi rostro bajo unos reflectores potentes y palpe mis heridas con sus guantes de cirugía, me diga que mi enfermedad tiene cura y me pregunte si tengo dinero y cuánto. Me veo en el departamento de contabilidad de *Proceso*, sentado en un mueble viejo, o en el interior de una oficina de techos altos del centro de Lima diciéndole a una secretaria apremiada que no me moveré de ese sitio hasta que me entreguen el cheque con el dinero que me deben del trabajo de verano. Me veo estúpidamente esperanzado con la plata en el bolsillo del pantalón caminando a casa, y luego con la receta en la mano esperando en la sala del único laboratorio de Lima donde venden la medicina que tiene nombre de raticida. Recuerdo perfectamente la caja que parecía una nave espacial y que contenía advertencias gravísimas, como si se tratara de un material radiactivo, y recuerdo las advertencias del médico sobre sus efectos colaterales —languidez, mareos y quizás hasta náuseas— y su voz que me explica cómo evolucionará el mal. La medicina «*exacerbaría a niveles monstruosos*» —esas fueron sus palabras— la sintomatología del mal. En algún momento, incluso, sería aconsejable que me dejara de mirar en el espejo.

Me vuelvo a ver solo. Me veo abocado a librar aquella batalla minuciosamente durante esos meses y me veo comprando la medicina cada vez con menos esperanza, llevándome la pastilla a la boca sin la menor fe y ganado por un enorme desaliento, y me veo sintiendo que el mal, lejos de

remitir, se hace mayor y liquida los últimos espacios limpios de mi cara. Una mañana me veo a punto de perder la razón. Me estoy afeitando, o probando a afeitarme, y casi al empezar hiero algunas lesiones de mi rostro y hago estallar la sangre sobre mi piel y siento un dolor punzante debajo de mi cara. Un súbito ataque de cólera toma por completo el brazo que sostiene la navaja y viéndome allí, mi rostro arrasado por las lágrimas y mi piel devorada por el mal, tengo deseos reales de cortarme para siempre la cara. Son algunos segundos, quizás cinco o seis, durante los cuales una fuerza empuja mi mano hacia la piel lastrada y otra, seguro consciente de las consecuencias que ese acto tendrá sobre el futuro, la repele lejos de mí. En el cuento que escribiría a partir de esa experiencia al protagonista le sucedería algo parecido, solo que la escena jamás se muestra escénicamente; solo la reconstruye su padre, el mozo, por los detalles que la esposa le contó cuando oyó gritos de dolor en la habitación del baño y vio a su hijo tirado en el piso y cubierto por una emanación imparable de sangre y el rostro torcido de rabia y locura. El corte que se hizo fue tan profundo que la herida marcaría su vida para siempre, y lo convertiría en un vago primero y luego en un criminal. Yo, en cambio, dejo caer la navaja al suelo y luego me dejo caer, y sobre el frío piso del baño lloro como un niño durante varios minutos hasta la llegada de mi tía Laura, que de pronto me abraza como si fuera su hijo.

En algún momento decidí no solo no volverme a afeitar, sino jamás volver a mirarme en el espejo hasta el final de todo el *Proceso*. Hay un momento, entonces, en que dejé de ver el grado de ensañamiento con que la enfermedad se aferró a mi rostro; solo pude intuirlo por las fiebres localizadas que empezaron a abrasar mi piel las últimas semanas del tratamiento y en las miradas conturbadas de algunas personas a las que no pude esquivar en aquellos días, entre ellas Santiago Montero. Lo veo un par de veces a mi lado, sobrepasado, haciendo esfuerzos por parecer natural hablando de sus clases, de los nuevos discos que había escuchado y me recomendaba o de sus actividades con Valeria mientras sabía perfectamente que ante aquello que se mostraba delante de sus ojos todos esos temas carecían del menor sentido. Santiago Montero. Nos veo hablándonos sin mirarnos, observando distintos espacios del campus excepto nuestros rostros, y solo algunas veces veo que depositamos la mirada en los ojos del otro para decirnos cosas que no podemos mencionar pero que me indican que él secretamente está cerca de mí. En algún momento me recuerdo despidiéndome rápidamente de él y yéndome apurado de la universidad con el deseo de haberle causado la menor incomodidad posible y tratando de contener las ganas de llorar.

Porque muchas veces lloré en el campus de la universidad, o en la calle, o camino a mi casa, o en los baños de las clases, y cuando eso pasaba sentía que volvía a los días del inicio de la universidad, cuando los ataques de miedo y de lástima me sobrevenían de buenas a primeras y me hacían sentir inmensamente vulnerable y de pronto imaginaba absurdos sueños en que me imponía sobre todas las cosas y me destinaba a fines heroicos e importantes. Pero luego volvía a la realidad.

Recuerdo también que por aquellos días empecé a sentir unas ganas inmensas de dormir. Lo hacía en una sola postura, como si estuviera momificado en el interior de un sarcófago muy apretado porque de otro modo sentiría dolor al rozarme con las almohadas o mancharía de sangre o de pus las sábanas; sin embargo, y pese a esa incomodidad, me encantaba dormir porque durante esas semanas soñaba mucho y de una manera muy nítida, y en todos esos sueños tenía la piel sana y lucía como un año antes, cuando llegué por primera vez a *Proceso* y escribía mis primeros textos y casi no tenía signos de la enfermedad. Eran sueños maravillosos al principio pero que luego se fueron tiñendo de una ligera angustia cuando ganaba de pronto conciencia, dentro del sueño, de estar soñando y de que me encontraba cerca del final de la fantasía y bajo la obligación de despertar y volver a la vida real. Recuerdo que cuando eso ocurría y era devuelto al mundo de las lesiones y el dolor localizado, me concentraba en olvidar que tenía un rostro y muchas veces me imaginaba a mí mismo como un hombre hecho sin materia. Me sentía desasido de mi cuerpo, experimentando la sensación física de que mis ojos eran las ventanas de una simple conciencia que se desplazaba por la universidad sin concreción alguna. Solo dos veces, recuerdo, me animé a comprobar que era un ser de materia y posé los dedos sobre mi piel: tuve la impresión de estar palpando la piel de un armadillo o la coraza de una tortuga.

Hasta que un día todo terminó y entonces desperté dos veces, o desperté de verdad. Fue una mañana que recuerdo a la perfección. Había abierto los ojos desde la posición rígida de siempre y cuando me levanté cuidadosamente comprobé que sobre mis almohadas había restos de piel, algo así como los vestigios de un tejido orgánico que ahora parecía fosilizado. No era un sueño, aunque durante unos segundos me lo pareció, y entonces me volví a tocar. No era un sueño. Recuerdo que corrí a la habitación de la tía Laura como si fuera un niño y la forcé a que pusiera las palmas de sus manos en mi cara: zonas enteras de mi piel se habían desgajado como si se tratara de una mascarilla y detrás de la materia muerta había aparecido una superficie lisa y distinta, aunque roja como la anterior. Lo comprobé cuando fui al baño y después de

tantas semanas me miré frente al espejo. Desprendí con mis manos algunas placas que aún seguían adheridas a mi piel. Ese día, luego de casi dos meses, reconocí mis rasgos después de afeitarme nuevamente. Era finales de junio.

El médico me revisó con satisfacción y suspendió la medicación. Los efectos colaterales del Roacután se retiraron por completo durante las últimas semanas del semestre, de manera que pude preparar los exámenes bien y hacer los trabajos finales con el empeño necesario para mantener la beca. De pronto todos los esfuerzos tenían sentido, y aplicarme a ellos era algo que me interesaba hacer. Y si bien seguí permaneciendo solo y callado, acaso para no generar la impresión de inestabilidad frente a los demás, algo en mi interior y que no compartía con nadie se había modificado. Era nuevo y distinto, solo que no podía precisar de qué forma. Lo cierto es que entre clases, cerrando los trabajos de grupo y los individuales, casi siempre en momentos breves de distracción, empecé a ser objeto de una increíble excitación, un exceso de voluntad y un desborde inusual de confianza. Algo me empezó a arrojar hacia todas las cosas del mundo exterior y algo también me exaltaba. Así, uno de esos días, recordando al descuido aquel viejo poema que leí en el taller de Parra en el cual mi tío monologaba desde su posición de mozo, sentí que acudían a mí una serie de frases dichas por él en las que aparentemente se desarrollaba una historia que nos involucraba a ambos. No se trataba de un poema, sin duda. Era mi cabeza la que recibía todo eso desde un lugar secreto e incognoscible, pero a la vez seguro y cercano, y todo eso era una historia. Recuerdo los deseos impostergables que sentí de acabar ese semestre —el octavo de la universidad— para dedicarme finalmente a escribir un cuento. Porque eso iba a ser. Y yo lo sentía crecer dentro de mí como una estrella que ardía e iluminaba todo mi interior.

De manera que apenas salí a las vacaciones de medio año compré una ruma de papeles bulqui, me agencié un par de buenos lapiceros, acerqué al escritorio de mi habitación algunos diccionarios de mi tío Emilio y el tomo de enfermedades de la piel de una de sus enciclopedias médicas y de buenas a primeras, ciego y sumido por completo en un estado de creciente emoción, empecé a escribir las frases que había ido mejorando en mi cabeza los días anteriores y que ahora me animaba a bajar al vuelo sobre el papel. Lo que empezó a aparecer bajo el movimiento veloz de mi mano fue un mozo solitario, sin duda mi tío Emilio, que rumiaba un monólogo triste y frenético desde el umbral de la pizzería en la que trabajaba un domingo hasta las altas horas de una noche helada en Miraflores. ¿Por qué tío Emilio estaba allí?, me

pregunté mientras leía lo que escribía. ¿A qué se debía que trabajara tanto y por culpa de quién?

Cuando terminé el primer párrafo de ese cuento aún sin nombre no tenía dudas de que la historia abordaría lo que había sido mi enfermedad y a la vez tocaría la relación que tenía, o que hubiera querido tener con mi tío Emilio si él hubiera sido, en efecto, mi padre. En las horas que pasé encerrado en mi casa, o caminando frenéticamente por los parques de mi barrio, supe que era por culpa del hijo que ese padre, *mi padre*, se encontraba en esa situación. De pronto aparecieron los otros elementos del relato, la historia de amor trunca con la adolescente que estudiaba en la universidad y se parecía a una de las amigas de Valeria Klimt, los veranos en que el padre y el hijo trabajaban juntos en la pizzería, el momento de la conversión que transforma al adolescente en un monstruo y la escena central en la que el protagonista se encuentra ante un momento similar al que yo viví en el baño de mi casa, y se corta el rostro para siempre y para transformarse en *otro*, en alguien que en definitiva no era yo pero que *pude* ser. Cuando aparecieron las posibilidades de una vida distinta a la mía, las líneas argumentales del relato se dispararon dentro de los papeles que iba acumulando a un lado de mi escritorio.

Lo que narré después del momento en que el protagonista se desfigura la cara y huye de la casa de su padre fue el duelo de este por la ausencia de un hijo al que no está en condiciones de ayudar, la espera infructuosa por su retorno, el vacío ante la soledad y la escena final en la que ambos finalmente comparecen.

Terminé una primera versión desaforada llena de borrones y tachones y al pasarla en limpio en otros papeles bulqui le agregué detalles nuevos del *Proceso* de mutación del hijo, de la relación trunca con la chica y del trabajo del mozo como si se tratase del *Proceso* de revelado detallado de una película. Sabía que algo estaba ocurriendo en ese momento conmigo pero era incapaz de adivinarlo. Ahora sé que por primera vez estaba haciendo algo completamente nuevo: me estaba mirando a mí mismo desde los ojos de *otro* y estaba sintiendo compasión por aquello que hubiera podido ser, y también por aquello que había sido. Estaba convirtiendo algo terrible de mi pasado en algo valioso. De pronto estaba llorando de pena por aquello que me tocó vivir y también me estaba parando a aplaudir o a bailar en medio de mi habitación, allí donde el dolor se había convertido en acciones narradas con pulso y vértigo y que en ese momento, al menos a mí, me sonaban espléndidas. Era yo nuevamente solo, pero esta vez feliz.

En los días siguientes me aboqué a esa única tarea con toda la seriedad de la que fui capaz. En cierto momento sentí la necesidad de cotejar lo que había narrado con la realidad y me fui a Miraflores. Con una libreta de notas en la mano, recorrí varias veces la calle Mártir Olaya y el pasaje Champagnat y me paré todo el tiempo que pude en la puerta de la pizzería en la que trabajaba mi tío para sentir y luego recrear de un modo más fidedigno la perspectiva de mi personaje. Cargado de notas y apuntes, me dediqué tardes y noches enteras a pulir el texto trabajando al límite de mis fuerzas, consultando varios diccionarios y eligiendo las palabras que creía precisas y entonces, lo sé ahora, me convertí en quien soy. Más vivo dentro de la piel de mis personajes que en el mundo real, más cómodo dentro del aire que respiran ellos que en el aire del mundo, y sin embargo consciente de ser un hombre que escribía algo que no se parecía a nada que pudiera escribir jamás nadie porque era absolutamente *mío;* ese texto no lo estaba haciendo nadie ni lo pedía nadie porque nadie en el mundo tenía necesidad de leerlo. Ese mozo que en definitiva ya no era mi tío y ese adolescente enfermo que definitivamente no era yo ya eran de pronto parte de mí, se debían a mí y a mi voluntad, y yo era el único que podía responder por ellos. Fue allí que sentí por primera vez el deseo de que, en adelante, mi vida fuera la prolongación de esos días de julio y agosto de 1996. Sentía que me había transformado en un individuo, en un hombre con un poder discreto pero a la vez sobrenatural.

PARTE DOS

1

Creo que terminé el cuento cuando me di cuenta de que la figura de «*la serpiente de lava reseca*» que usa el mozo para describir la cicatriz de su hijo podía servir como título del relato y cuando sentí que cambiar tal o cual adjetivo no tendría mayor efecto sobre el resultado general de la narración. En un momento sentí que estaba dejando de escribir el texto y que más bien lo leía, como si me hubiera convertido en el espectador de una magia ajena. Cuando cobré noción de la realidad me pareció que volvía de un viaje remoto, lejanísimo, y que llegaba con menos peso y con otra conciencia de mí y de las circunstancias que me tocaban vivir. Como quien supera una larga enfermedad, empecé a sentir unos deseos urgentes de salir a la calle, de caminar y de conversar con alguien. Faltaban algunos días para la matrícula del noveno ciclo y dos semanas para empezar clases así que llamé a Santiago Montero y le conté de golpe todo lo que me había sucedido.

—Ven mañana —respondió—. Valeria está en Europa hace dos semanas.

Me encontré a Montero tirado en su cama, rodeado de sus dibujos y *collages*, de sus libros de poesía y de sus apuntes, de las postales que Valeria le mandaba desde las ciudades que iba recorriendo en su viaje. Aquella vez estaba algo resfriado, me dijo, pero había estado aprovechando los días sin pareja para recopilar y pasar en limpio una serie de poemas que tenía desperdigados en papeles sueltos y cuadernos. Me dijo que estaba encontrando un clima similar entre todos ellos, algo así como un temperamento compartido. Cuando me comentó que me veía «*distinto*» y bien, y ambos reconocimos que se refería a los cambios en mi rostro, hicimos esfuerzos por eludir el tema y él me preguntó por mi cuento.

—Aquí lo traigo —le dije, mostrándole los papeles bulqui escritos a mano con mi letra más esforzada.

—Lo leo ahora mismo —me dijo entonces—. Si deseas ojéate algún poema, de manera que todo resulte equitativo.

Me los extendió y entendí que los había estado preparando para mí, así que me apliqué a leerlos con toda la concentración de que era capaz.

Recuerdo que lo que veía eran como las imágenes en polaroid de una ciudad de fantasía y de miedo o la proyección de una ciudad así sobre el écran de un cine abandonado, pero luego perdía mi concentración y no podía evitar mirar por encima del papel el perfil de Montero a la luz de una lámpara ubicada detrás de su cabeza, su piel pálida y sus manos largas de enfermo pasando las páginas de mi cuento y alineándolas cuidadosamente al otro lado de la cama. Cuando vi que se acercaba a las últimas páginas traté de concentrarme en un poema en el que un hombre mira fijamente el mar de su ciudad con el deseo melancólico de ahogarse. Por un momento deseé ser ese hombre. Montero estaba mudo, de modo que cuando lo volví a mirar me quedó claro que había terminado de leer el cuento pero lo estaba repasando. Yo terminé de leer como pude sus poemas.

—Esto es, en efecto, un cuento —me dijo entonces desde su cama; recuerdo su rostro, sus dedos largos moviendo las páginas todas juntas—. Este es tu primer cuento.

Lo vi sonreír mientras decía eso. Animado por aquello, me atreví a revelarle que pensaba presentarlo a los juegos florales de ese año; luego callé. Montero miró nuevamente las páginas y me dijo que si se presentaba Juan Luis Ibarra la cosa sería difícil porque él tenía más pericia literaria y herramientas retóricas que yo, pero todo indicaba que no lo haría. No se podía descartar un francotirador nuevo agazapado tras una ventana, pero más allá de eso quizás ese año yo sería el francotirador: mi trabajo era sólido en estructura, su aliento era potente, sus personajes estaban vivos, y en algunos momentos —el instante en que el padre y el hijo se miraban a los ojos, por ejemplo— todo resultaba conmovedor. Todo eso me dijo Montero. Sin embargo, también me señaló algunos aspectos que le restaban puntos.

—La dicción, por momentos, remite excesivamente a Vargas Llosa —me dijo—. Y cuando quieres hacer imágenes líricas se nota demasiado el influjo de Cisneros.

—Los admiro —le dije, disculpándome.

—Lo sé, lo sé —me repitió Montero—. Más allá del concurso, la gran tarea para el futuro será encontrar tu propia voz y dejar de pedir prestada la de otros.

Le pregunté si estaba mal ese préstamo. Montero me miró y sacó cigarrillos de su mesa de noche. Le dio un golpe al primer cigarro, echó el humo y sonrió.

—Está mal cuando te la prestas de los mediocres —me dijo—. Felizmente ese no es tu caso.

No olvidé las palabras de Montero durante el semestre siguiente, aquel en que empecé a relacionarme algo más con mis compañeros de clase, a conocer levemente a Valeria Klimt y a prepararme para enfrentar en solitario (Montero me anunció que no se presentaría) el reto de los juegos florales. Desde que llegué a las primeras clases lo hice con un disquete vacío. Esperé los turnos de los salones de cómputo de la universidad y con paciencia, colocando al lado del teclado los papeles bulqui, empecé a pasar en limpio mi cuento. En lugar de tardarme unas horas como había creído, la labor de transcripción se alargó a casi todos los momentos libres entre las clases de ese ciclo. Salía de ellas y corría a una computadora a reescribir mi cuento, a definirlo cuidadosamente, añadirle un epígrafe, agregarle una oración o quitarle otra. Vivía en la desesperación debido a que nada quedaba totalmente fijo, pero empecé a disfrutar de los beneficios del procesador de texto en la máquina; la posibilidad que ofrecía de cortar y pegar, de desplazar líneas, de eliminarlas o recuperar frases escritas minutos atrás. En un momento empecé a desear por sobre todas las cosas ganar ese concurso solo para obtener esa máquina en la cual podría pasarme horas de horas fabricando historias.

Mi tío Emilio leyó «*La serpiente de lava*» a mitad de semestre y podría decir que a partir de ahí sus sentimientos hacia mí cambiaron, o empezó a aparentar que habían cambiado. A él le encantaba leer novelas, pero jamás había sospechado que las historias provinieran de la experiencia transformada de los escritores. No estoy seguro de qué sintió precisamente al leer mi relato, y sobre todo cuando se encontró convertido en un personaje literario que, además, era el narrador de un cuento y *era* mi padre. Desde siempre mostró total apoyo por mi vocación y mis intereses, y los promovió con energía y convicción, como seguramente ningún padre de ningún escritor habrá hecho jamás. Lo recuerdo llegando a mi cuarto con uno de sus diccionarios en la mano, los anteojos caídos y una nueva sugerencia para usar determinada palabra que él secretamente amaba —digamos «*pusilánime*» o «*absorto*»— en determinada línea de mi cuento o en cierto pasaje descriptivo sobre la pizzería en la que trabajaba. No voy a olvidar jamás su expresión de orgullo y amor propio cuando, luego de unos meses, descubrió una de las palabras que había sugerido en la versión de mi relato que apareció en la revista de la Universidad de Lima que incluyó todos los relatos finalistas y ganadores.

Porque sí, «*La serpiente de lava*» ganó el primer premio de los juegos florales de ese año en la Universidad de Lima en la categoría de narrativa y aún recuerdo el día en que esperé los resultados toda una tarde, completamente solo, fumando como un tipo al que han condenado a muerte y

visitando constantemente, entre clases, la oficina de Bienestar Universitario donde sabía que el jurado fallaría el premio ese día. Vi el acta que al día siguiente sería fotocopiada en la facultad de Comunicaciones pegada discretamente en el piso de vidrio de una oficina oscura y vacía. Luego de reconocer mi nombre en el encabezado del documento salí a los exteriores a decirme algo impronunciable y regresé, tratando de controlar mi respiración. El nombre del francotirador que había permanecido inadvertido durante todo el año era mi nombre. Caminé como un demente por el piso vacío tratando de ordenar mis pensamientos y luego de un rato volví a ver el acta: no conocía a ninguno de los finalistas. Juan Luis Ibarra no se había presentado. Cuando salí del piso cuatro por la escalera exterior y vi los edificios de la universidad iluminados en la noche algo me dobló en dos y lloré en silencio sobre las escaleras, completamente solo y con los puños apretados. No sentí felicidad ni satisfacción sino rabia, una rabia inmensa contra todos los que pasaban por la universidad allá debajo, allá a lo lejos, y contra aquellos que manejaban sus carros por la avenida Javier Prado rumbo a San Isidro o a Camacho.

Creo que el premio que obtuve marcó claramente el fin de ese semestre para mí, y ahora que lo pienso, quizás fue la última gran experiencia de mi carrera universitaria. Sobre el final de clases no sentí siquiera alegría cuando obtuve el promedio ponderado que aseguraría mi beca para el ciclo del siguiente año, el último que me tocaría llevar en la universidad, sino una clara sensación de cansancio. Había sido un semestre sin novedades, lleno de clases grises e inquietudes acerca de lo que me esperaría en el siguiente verano en *Proceso*. Algo no se presentaba bien. El invierno anterior el equipo se había terminado de desmontar por una serie de factores adversos, entre ellos la precariedad de la situación financiera, el genio maligno del director y el retraso inveterado de los pagos. Silvio se había ido casi del mismo modo secreto en que lo hizo Juan José Santos; Rossi, tras una discusión a grito pelado con el director, se había llevado el auto que le habían dado en calidad de cortesía y había amenazado con no devolverlo hasta que no le cancelaran todo lo que le debían; Liliana Valencia había sido contratada por la televisión y Raúl Balboa había empezado a trabajar en su propia empresa de seguridad. Lo único que quedaba en el viejo edificio del jirón Camaná era el mal humor de Vegas. Yo recordaba el atraso de mis pagos, mis colas en las oficinas de contabilidad, la puerta cerrada delante de mí por horas y los gritos destemplados del hijo del director abogando por que me pagaran y algo muy profundo me desanimaba.

Una tarde tras el final del ciclo, al devolverme el trabajo final de su clase de Redacción periodística —un reportaje en que había actualizado uno de los informes que había cerrado al lado de Saúl Vegas el verano anterior—, mi profesor de periodismo me ofreció la posibilidad de presentarme al *Proceso* de selección de prácticas del diario *La industria*, el más antiguo e importante del país. Si era elegido, me dijo, me convertiría en «*becario*» del periódico, recibiría un sueldo bastante bueno y puntual como practicante y podría mostrar mi trabajo lo suficiente como para obtener un puesto de redactor en alguna de las muchas secciones del periódico. Él estaba seguro de eso. Yo en lo único en que pensé en ese momento fue en De Rivera, que ese año había asumido con éxito el manejo de las revistas de ese periódico y había convertido *Semana* en una publicación sabatina que yo devoraba los domingos en la mañana cada vez que tío Emilio se traía el ejemplar de su restaurante. Sin pensarlo demasiado le dije que sí.

Una treintena de muchachos vestidos de modo muy formal —todos estudiantes supuestamente destacados de las mejores universidades particulares del país— recorrimos completamente intimidados las instalaciones del diario decano una mañana fría de diciembre. Miramos los pisos de mármol ajedrezado, los techos altísimos, las molduras, artesonados y vitrales de la enorme casa colonial que más parecía un ministerio que una redacción periodística, y nos mantuvimos pegados unos a otros, observándonos con desconfianza. Al lado de todos esos chicos, recorriendo la frialdad de los pasillos del inmenso periódico, me di cuenta rápidamente de que *La industria* era un ambiente radicalmente opuesto al de *Proceso*, y no me gustó. Los periodistas (o quizás fueran fotógrafos o funcionarios; no había manera clara de reconocerlos) se perdían entre los largos pasillos y las altas columnas del lugar y nadie, absolutamente nadie, perdía la compostura. Yo parecía ser parte de ellos porque observaba todo desde una apretada camisa de verano y una corbata que mi tío Emilio me había prestado para la ocasión. Mi profesor me había advertido que no revelara que había practicado en *Proceso* (la gente de *La industria*, me explicó, consideraba que la revista era una «*mala influencia*» para los periodistas en formación) así que me mordí la lengua durante la entrevista que nos hicieron a todos de manera colectiva y traté de evitar el estilo que había aprendido de Vegas durante las pruebas individuales de redacción. Me fui del lugar sin demasiadas esperanzas, porque el trato fue monocorde para todos, pero en la tarde mi profesor me llamó a casa para informarme que había sido escogido entre los cinco practicantes de ese año. Me felicitaba. Yo estaba bastante lejos de sentir alegría.

El primer día útil de enero de 1997, presa de una sensación de culpa cada vez que pensaba en *Proceso*, me presenté a *La industria* tal y como me habían indicado. A los cinco muchachos escogidos nos condujeron a una sala de techos muy altos de los que colgaban unas arañas anticuadas que desprendían una luz inútil sobre el recinto. Estábamos un poco confundidos. Un hombre de edad, delgado, de cabellos blancos, voz modulada y terno impecable, nos dio la bienvenida, nos ofreció una charla bastante aburrida acerca de los valores del periodismo y luego nos llamó a cada uno por nuestros nombres para asignarnos un lugar en el periódico. Yo fui el primero. Cuando me paré frente a su escritorio me preguntó qué tipo de periodismo me interesaba hacer.

—Quiero escribir crónicas —le respondí, inocentemente—, o bien notas sobre literatura, o sobre arte.

—Muy bien —me dijo con una media sonrisa—. Irás a la sección deportes.

Me quedé mudo, mirándolo sin entender lo que oía.

—El periodismo es así —me explicó—; uno debe cubrir primero lo que no conoce.

Ese primer día de verano, vestido ridículamente con zapatos, y la misma camisa y corbata de mi tío Emilio, me pasé la mañana en el Estadio Nacional de Lima esperando la supuesta llegada de un delantero argentino de quinta categoría que tenía plazo hasta ese día para fichar por un importante club local ante la Federación Peruana de Fútbol. Me sentí bastante mal cubriendo esa comisión con esa ropa, y mucho peor cuando descubrí que el piquete de chicos que yo había identificado como una mancha pelotera de Santa Anita era un grupo de periodistas de medios de prensa especializados que también habían sido destacados a cubrir la misma noticia que yo. Todos formaban un pelotón uniforme de pelos mojados y libretas sudorosas en las que apuntaban rápidamente datos, ideas, titulares. Todos hablaban en una jerga que escapaba por completo a mi entendimiento. Ni quería pensar en lo que habría estado haciendo en *Proceso*. Ese día el presunto goleador nunca llegó, y durante las horas que estuve ahí nadie me dirigió palabra alguna. Regresé al periódico con las manos vacías y un dolor terrible en los pies.

Aquel episodio solo sería la premonición de un verano contrariado y depresivo en el que cubriría de cualquier forma las monótonas concentraciones de los futbolistas en su fortín de Breña, en su campo de entrenamiento en un balneario del sur y en sus ocasionales concentraciones en un hotel fuera de Lima. Mi vida había dado un giro lamentable y yo no podía hacer nada para revertirlo: los colegas de los otros medios eran torpes y

mezquinos, los jugadores de fútbol decían siempre los mismos lugares comunes al borde del campo y la labor de escribir la nota informativa con los pocos datos que conseguía me producía un total desaliento. Pasé las semanas siguientes cumpliendo de un modo automático mis obligaciones y pensando, en los momentos libres, dónde quedaría la revista Semana. De pronto empecé a recorrer la sala fría donde se arrejuntaban las áreas serias del diario —política, sociedad, ciudad, interior, internacionales—, los espacios más modernos de las secciones inactuales y el área del otro lado de la gran escalera de recepción donde habían instalado las oficinas grises de contabilidad, pagos y extensión social sin encontrar a De Rivera ni a ninguno de sus redactores y fotógrafos. ¿Dónde diablos estarían? Si él me veía por ahí, en algún ambiente de *La industria*, ¿me reconocería? ¿Qué le podría decir yo en ese caso? A los días había agotado todas las instalaciones del diario y jamás di con él. Una tarde le pregunté a un redactor de mi sección dónde es que trabajaban los periodistas de Semana.

—Los periodistas de *Semana* no trabajan —me dijo.

—Tengo un amigo que practica ahí y quisiera verlo —le alcancé a responder.

—Entonces tendrás que ir al edificio de enfrente, del otro lado de la calle —me dijo—. Los locos y fumones de De Rivera están todos ahí.

La noticia me desarmó por completo. Con el paso de los días, y la cobertura obligada de las comisiones, me fui olvidando del edificio que a veces miraba desde el otro lado de la calle Miró Quesada y terminé renunciando a la idea de encontrarme a De Rivera alguna vez. Vivía en una total inercia, escribía con menos ganas, me iba cada día más temprano y, para ser sincero, si no hubiera sido porque en una ocasión el jefe de la sección me convocó para llamarme la atención por mi bajo rendimiento, jamás habría revertido esa situación. Recuerdo que lo escuché con mucha bronca decir que no mostraba iniciativas, mis notas se leían con desgano y no había ninguna profundidad en ellas. En un primer momento tuve deseos de que apareciera ante nosotros un ejemplar de *Proceso* y restregarle un par de notas mías en sus narices, pero luego sentí culpa y preocupación, y de camino a casa me di cuenta de que tenía que asumir el hecho irrevocable de que finalmente estaba ahí y de que debía hacer las cosas bien.

Una mañana fui al Estadio Nacional a entrevistar a un boxeador peruano que se preparaba para una pelea internacional, y descubrí a un maestro cubano que supervisaba a tres muchachos muy humildes que evolucionaban de manera ágil sobre un *ring* destartalado. Hablé con ellos y me dijeron que eran

de Chincha, que entrenaban todas las mañanas y por las tardes vendían en las calles para costearse todos los materiales de su preparación como boxeadores. En la noche dormían sobre unos camastros improvisados a un costado del *ring*. De pronto algo se activó en mí; prendí la grabadora y los entrevisté a todos, y le pedí al fotógrafo que les hiciera retratos golpeando a la cámara: le informé que me habían asignado esa comisión también. Luego de esperar al boxeador y hacerle una nota rápida, llegar a la redacción y escribir mi entrevista lo más rápido posible, permanecí toda la tarde pegado a mi máquina intentando recrear la historia de los pugilistas adolescentes como si estuviera en medio de una madrugada de *Proceso* y del otro lado de la oficina de aire acondicionado y luces pálidas de *La industria* estuviera resollando, impaciente, el mismo Saúl Vegas. En la noche, antes de irme, imprimí el texto y se lo dejé al jefe de mi sección —un hombre maduro y moreno que no paraba de hablar de los cuerpos de las chicas del diario— junto a una nota que explicaba lo que era y a las planchas de contacto de las fotografías ya reveladas. Al día siguiente, sentí que se producía un silencio súbito cuando entré en la oficina de redacción.

—Esto es una crónica —me decía mi jefe desde su asiento, mirándome y luego mirando mi texto en la pantalla de su máquina—. ¡Esto es una crónica para centrales!

Mi historia apareció en las dos páginas del medio del suplemento de deportes del diario después de que le hiciera algunos ajustes sugeridos por mi jefe. Desde entonces me dediqué a escribir historias humanas de personajes ligados al deporte para nutrir cada dos o tres días esas dos páginas del diario: la soledad de un jugador de fútbol de Ghana perdido en un país tan remoto como el Perú, la lucha de una vieja gloria nacional del fútbol por dejar su adicción a la pasta básica de cocaína, los ritos de brujería de una santa hechicera de un club de fútbol, los sueños de un grupo de jugadores de tenis de un cerro marginal… De pronto, en el lugar menos pensado, había encontrado un espacio para escribir y empezaba a sentirme a gusto entre los redactores de la sección: me aprendí sus nombres y ellos el mío. Dejamos de ser unos extraños.

Sin embargo, yo era solo un practicante ese verano en *La industria*, y la solución que había encontrado no tardaría en revelarse temporal. Una tarde en que regresaba de cubrir la crisis depresiva de un campeón de ajedrez que había estado a punto de ser campeón continental, mi jefe me indicó que me tocaba «*rotar*» a otra sección tal como prescribía el reglamento de prácticas del diario; el hombre de cabellos blancos que me había dado la charla inicial

le había dado instrucciones precisas para transferirme a la sección bursátil y de defensa del consumidor. Me dio el nombre de quien sería mi nuevo jefe y me alcanzó el informe de rendimiento que debía mostrarle a él al llegar a su oficina, en el sótano de *La industria*.

—Una pena, flaco —fue lo que dijo.

El cielo se vino abajo sobre el centro de Lima. Salí a tomar aire y a caminar por las calles adyacentes al diario para tratar de aclarar mi mente y ver qué diablos podía hacer al respecto. Transitaba sin sentido, presa de una sensación de angustia, sentía una aceleración en el pecho y estaba empezando a experimentar el ingreso a un estado de desesperación cuando de pronto algo dentro de mí se desgajó y un ser que no dejaba de ser yo se apartó de mí, sintió total adrenalina y cruzó la calle Miró Quesada para irrumpir con paso firme en el edificio donde sabía que quedaba la redacción de *Semana*: tomó el ascensor, salió al rellano de luz del séptimo piso donde figuraba el nombre del pool de revistas de *La industria* y se presentó en la recepción a preguntar con una seguridad hasta entonces desconocida por el señor Francisco de Rivera: tenía cita con él. Me quedé sentado un rato mientras pensaba en lo que acababa de hacer y miraba a la recepcionista que hablaba con alguien sobre mi cita. Luego de unos minutos vi llegar a una mujer muy bajita y con cara de roedor que me informó con una voz bastante didáctica que el señor De Rivera no tenía programada reunión alguna con ningún señor Gabriel Lisboa.

—Usted solo dígale que quiero hablar con él —me escuché decirle—. Él decidirá si me atiende.

—Voy a hacer la consulta —dijo ella. Y se retiró.

Cuando regresó y me dijo que pasara con ella sentí que algo me regresaba al cuerpo. La puerta se abrió y atravesé hacia la derecha un largo hangar de techo bajo, fluorescentes prendidos inútilmente por la luz natural del espacio, humo de cigarrillo y mucha gente escribiendo y riéndose a sus anchas. Al llegar a una zona libre de escritorios y tapizada de azul nos terminamos parando ante una oficina de madera que daba a una gran ventana abierta a través de la cual se podían ver los edificios antiguos de la Lima colonial bellamente iluminados por el sol de febrero. Allí estaba finalmente la silueta de De Rivera mirando de una manera casi ausente los techos del centro mientras esperaba que su secretaria me anunciara. Cuando lo hizo volteó a verme, sonrió encantadoramente y se levantó de su asiento para saludarme. Reconocí la camisa de cuadros en su sitio, el pantalón *jean*, el bigote y la mano enorme y cálida que estrechaba la mía. Era De Rivera. Era De Rivera a pesar de que alrededor de él no había luces mortecinas sino el ambiente

prístino de esa nueva oficina. Detrás de su rostro no se veía la reproducción del cuadro de Gauguin que lo acompañaba en *Proceso* sino una fotografía que mostraba a Charlie Parker tocando el saxofón mientras algunas personas golpeaban el escenario con locura, las bocas abiertas y los ojos desorbitados. Aquella era la voz estentórea de De Rivera. Me estaba invitando a tomar asiento y luego me preguntaba por mí, qué es lo que me había hecho llegar a él con ese rostro de desesperación, viejo.

—Francisco… —recuerdo que le dije, consciente de que era la primera vez que lo llamaba de esa manera, por su nombre—, tengo un problema y necesito que me hagas un gran favor. Me voy a morir si sigo en el edificio de enfrente.

—¿Trabajas en *La industria*? —Su torso se acercó a la mesa—. ¿No estabas en *Proceso* con Saúl?

Le dije que no con la cabeza y luego sentí una repentina liberación. Le conté todo, aunque de manera desordenada: la demora en los pagos de *Proceso*, mis necesidades económicas, la posibilidad desalentadora de trabajar en índices bursátiles lo que quedara del verano.

—¿Cómo has quedado con *Proceso*? —me preguntó al cabo de un rato, cuando terminé de hablar—. Sabes perfectamente que me pueden colgar de las pelotas si se enteran de que te di trabajo, ¿verdad? ¡El Ogro me puede matar!

—Tampoco quiero complicarte, Francisco; en serio.

De Rivera se quedó pensando, cejijunto, y yo no le dije nada más. Permanecimos un rato así, en silencio. Con el tiempo me enteraría de que ese favor que le acababa de pedir se lo habían formulado antes varios redactores y algunos editores menores de *Proceso* que deseaban secretamente formar parte de su equipo. Ante algunas solicitudes De Rivera no se había podido resistir, de manera que una o dos personas terminaron integrándose a algunas de las revistas que él manejaba. Una vez, alguien me contó que luego de que un colaborador de crónicas de viajes de *Proceso* firmara un texto en Semana, el Ogro llamó a De Rivera y a gritos lo conminó a que no le diera trabajo a ningún redactor o colaborador más. Desde entonces se había instalado una especie de Muro de Berlín entre ambas redacciones y yo, que desconocía completamente todo eso, le estaba pidiendo que traspasara el lindero una vez más. Supongo que eso sopesaba él durante aquellos segundos; pensaba en el impacto que podría generar darle empleo a un practicante de la revista que, además, ya trabajaba en un medio distinto. ¿Realmente pasaría desapercibido? ¿Lo expondría todo eso a una nueva pelea?

—Espérate un momento —me dijo de pronto, levantándose de su asiento y saliendo de su oficina—. Voy a ver qué puedo hacer.

Fueron algunos de los minutos más largos de mi vida. Estaba pensando en su desesperación y luego en la mía y ya empezaba a imaginar las frías oficinas del sótano de *La industria* que me esperaban del otro lado de la calle cuando De Rivera regresó. Estaba sonriendo, así que algo en mí se tranquilizó y no sé por qué empecé a sospechar que éramos los de antes y que algo divertido y risueño estaba a punto de ocurrir.

—No tenemos puestos de practicantes en *Semana* —me dijo con un gesto teatral de pesar que no podía ocultar una sonrisa—, pero he encontrado una solución radical para la cual tendrás que demostrar verdaderas agallas.

Empecé a sonreír también.

—No tienes problemas con las *boutiques* y las modas, ¿verdad?

Le dije con toda la sinceridad y el alivio de que era capaz que por supuesto que no. Y luego ambos nos reímos mirándonos a los ojos.

2

A la mañana del siguiente lunes me presenté en el piso siete del edificio donde estaban las publicaciones que comandaba De Rivera con la sensación de que había vuelto a nacer. Francisco me había ofrecido el puesto de practicante de la revista de modas *Bazar* y de la femenina *Bella* con la condición de presentar temas interesantes para Semana y ser colaborador, y eso me había parecido casi como ganar los juegos florales de la universidad. Porque a diferencia de mi experiencia en *Proceso*, a la que llegué sabiendo de su prestigio pero sin haberla leído jamás, era un verdadero seguidor de *Semana*, adoraba la revista y creía firmemente que no había ningún sitio mejor en todo el medio para escribir crónicas y reportajes y tratar de convertirme en escritor. Iba a ganar apenas la cuarta parte de lo que me asignaba el periódico pero eso no me importaba en absoluto, lo mismo que las advertencias que me dio el hombre de cabellos blancos cuando le informé mi decisión y renuncié al sistema de becas de *La industria*. «De Rivera te ofrece un *pastel*, pero yo te doy un *reloj*», me había dicho, luego de revisar el informe de mi desempeño, en su lóbrega oficina. Ya no me interesaba. Cerré mi artículo del ajedrecista deprimido y jamás me presenté en la sección bursátiles. Fui a presentar mi renuncia y luego me marché a mi casa.

Ese primer día de trabajo, apenas regresé al piso siete de las revistas y puse pie en el hangar, me di cuenta de todo lo que separaba el área que dirigía De Rivera de aquello que se respiraba en el edificio central del periódico. Serían las nueve de la mañana y, a diferencia del diario, no había prácticamente nadie en las instalaciones de las revistas; apenas dos o tres redactores entre las computadoras de todo el espacio. Las máquinas asignadas a *Bazar*, por cierto, estaban vacías, así que busqué un lugar entre las computadoras de un área grande y circular al centro del hangar y me puse a leer la novela que llevaba conmigo. Con el tiempo, claro, sabría que aquellos nudos de cuatro máquinas que se miraban entre sí fuera del área circular y camino a la oficina de De Rivera correspondían a los núcleos de muchas de las publicaciones del diario: *Bella* era la revista para mujeres y *Bazar* la de modas; *Ocio* se ocupaba de la agenda cultural y de los espectáculos de la semana; *Tuercas* se dedicaba a los autos; *Vocación* a la educación y a las carreras profesionales, y *Mundo PC* a las computadoras. En el extremo opuesto, sobre un espacio más pequeño que completaba una ele con la otra

sección, se habían instalado las máquinas de edición de *Pantalla*, la revista sobre cine y televisión, y las de *Semana*, la más importante de todas. A un lado de esta se encontraba la sala de reuniones. En el área de computadoras libres en la que yo me había sentado todos los redactores sin computadora fija de todas las revistas, y también los practicantes, se turnaban para escribir sus artículos y pelear a duras penas por el único teléfono del lugar. Con el tiempo me daría cuenta de que casi todas las máquinas eran prácticamente propiedad de los redactores de *Semana*, que difícilmente se relacionaban con los otros. Cuando uno de ellos se aparecía en el área, quien fuera que estuviera ocupando un ordenador se paraba y se lo cedía de manera casi automática. Yo lo hice muchas veces, claro, durante ese verano, lleno de miedo y algo de rabia también: grababa rápidamente mis cambios en un disquete y luego esperaba el momento oportuno para volver a ocupar una y escribir los artículos que mi jefa me había asignado.

Se llamaba Katerina Graciano y desde que llegó ese día cerca del mediodía me imaginé que mi estadía en *Bazar* sería una completa desgracia. En solo un par de minutos me di cuenta de que aquella señora estirada, de risa explosiva, cabello renegrido sobre su piel de cera y ojos totalmente voraces estaba completamente chiflada. Se pasó todo el día entero, y los demás, jugando solitario en su computadora sin hablar con nadie, leyendo revistas femeninas y esperando los editoriales de modas de sus fotógrafos comiéndose las uñas. Cuando estos llegaban con las fotos se sentaba a revisarlas con ellos sobre una mesa de luz alrededor de la cual se quedaban a discutir horas de horas mientras ella alternaba voces de niña malcriada, de vieja bruja y de mamá regañando a sus hijos. Nunca supe aquel verano a qué horas escribía, y por qué se pasaba tanto tiempo frente a su máquina sin salir de ahí. Aquel primer día, recién luego del almuerzo, me alcanzó un cúmulo de revistas frívolas y me pidió que las leyera con toda seriedad para que me empapara del estilo, y nada más. Al segundo día hizo lo mismo, y pensé que me estaba tomando el pelo. Recién al cuarto me señaló unos cuantos artículos de revistas extranjeras que había separado con *post it* y me indicó que los «*volteara creativamente*» para revisar mi estilo: De Rivera le había hablado maravillas de mí. Así, esperando turno en las computadoras que los redactores compartían en el círculo de la gran oficina, usando el punto de vista de una mujer, escribí lo que serían mis primeros artículos para *Bella —«Temores de ellos en la cama», «La obsesión por alcanzar el orgasmo», «Secretos para complacerlos»—*, que aparecieron anónimos o firmados con nombre de mujer. La experiencia me resultó absolutamente divertida, y gracias a ella

obtuve la aprobación y simpatía de Katerina, complacida ante el hecho casi inédito de no tener que cambiarles casi nada a los textos de su practicante. Recuerdo que me demoraba poco en hacerlos y en los ratos libres me reventaba la cabeza tratando de imaginar iniciativas que pudiera ofrecer a *Semana*, pero no se me ocurría nada. Poco a poco, eso sí, iba relacionando los nombres que veía en los créditos de la revista con los rostros de los periodistas que revoloteaban alrededor de las computadoras y que los días viernes a mediodía, bajo la sonora voz de Francisco de Rivera, se reunían en la sala central de la oficina a planear la nueva edición de *Semana* bajo un estruendo de risas que se escuchaban tras la puerta cerrada y que los redactores y practicantes de las otras revistas, entre ellos por supuesto yo, secretamente envidiábamos.

Nunca me atrevía a ingresar a esas reuniones porque no tenía qué ofrecer a la revista y eso me desmoralizaba, y cuando veía a Francisco trataba de esquivarlo y no darle cara. Estaba dudando seriamente de que tuviera la capacidad suficiente para convertirme algún día en parte del staff de *Semana* cuando una tarde, sentado en un bar de Barranco junto a Santiago Montero, ocurrió un milagro. En un momento noté que el sitio en que estábamos, además de revistas antiguas en las paredes y bicicletas que pendían del techo, tenía distribuidas en diferentes sitios cuatro rockolas de distintos tamaños y modelos. Las había visto antes, claro, las dos veces que había ido con él, pero jamás las había observado con esa nueva atención. Le pregunté al mozo por ellas y le escuché decir que eran propiedad de su jefe, un hombre mayor y de aspecto venerable que siempre se paraba al lado de la caja de su negocio. Al momento de cancelar la cuenta le pregunté a él desde cuándo las coleccionaba.

—Desde hace muchos años —me dijo, sonriendo—. En casa tengo cuatro más.

De manera que cuando escuché la voz de De Rivera llamando a reunión el viernes siguiente y en un rapto de valor decidí levantarme de mi asiento e ingresar a ella ante la sorpresa de los demás redactores del círculo de computadoras, lo hice repitiéndome aquel dato mentalmente como quien irrumpiera a un lugar empuñando en secreto una pistola. Entré con los demás miembros de *Semana*, algo contrariados por mi presencia, y me senté en el lugar más discreto posible de la gran mesa blanca que iban ocupando los demás. Vi a Francisco y le sonreí tímidamente, y él hizo lo mismo de una manera algo más enfática, seguramente complacido. El resto de la reunión traté de pasar desapercibido. Al principio el director empezó a comentar la

edición anterior de la revista, los artículos que habían salido bien, las opiniones que había recibido el fin de semana y el impacto que había generado la carátula, y entonces los redactores hicieron algunas bromas y se rieron con él. Yo empezaba a pensar que la reunión era algo mucho más sencillo de lo que había imaginado cuando después de algunos minutos Francisco cambió el tono de su voz, soltó un «*Bueno*» a una escala de volumen diferente a la que había estado empleando hasta ese momento y dejó que se instalara entre todos los presentes un silencio pertinaz. «*Francisco*», dijo entonces uno, el más seguro de sí. Y la rueda empezó.

Entonces conocí por fin la dinámica de las reuniones de edición y a la vez me arrepentí en el alma de haber ingresado ese día a aquella.

Cada redactor de *Semana*, lo supe esa mañana, llegaba a la mesa blanca con varios temas en cartera y al menos un par de apuestas de impacto. Como buenamente pudiera, haciendo uso de todas sus armas retóricas, lanzado a un escenario azaroso en el que se mezclaban el humor cambiante de De Rivera, el grado de solidaridad de sus compañeros y su propia habilidad para presentar sus ideas, cada participante se entregaba a la estresante labor de «venderle» sus temas a su director tratando de quebrar el gesto severo que este siempre componía cada vez que alguien empezaba su intervención. De Rivera nunca rechazaba un tema de mala manera; casi siempre soltaba una frase ingeniosa o una *boutade* risueña que hacía reír a la platea y le permitía a él preguntar por otro tema posible. «Y bien, qué otra *cosa* tienes». En situaciones como esas, el redactor volvía a su cuaderno de anotaciones y empezaba a revisar nerviosamente sus ideas. Generalmente los demás presenciaban el intento del compañero en silencio, como quien observa la ejecución de un camarada en el mismo pelotón de muerte, pero en ciertas ocasiones algunos, y a veces todos, salían en defensa del tema que De Rivera no sentía lo suficientemente contundente para la revista y convencían al director. Cuando eso ocurría, De Rivera miraba fijamente al redactor y le decía «Estás en *eso*, entonces», lo que significaba que había aprobado el tema y que ese redactor, por esa semana, podía sentirse en paz. El director escribía el tema en un papel en blanco que llevaba consigo y pasaba al siguiente redactor. Muchas veces, claro, las cosas se presentaban de una forma más sencilla. Cuando el tema de veras lo convencía, De Rivera solía interrumpir la explicación de quien lo presentaba y de golpe escribía el tema en el papel. Había ocasiones, por supuesto, en que el tema estaba tan bien pensado que solo al escucharlo el director estallaba eufóricamente sobre su asiento y empezaba a dar de alaridos con una voz que se volvía la de un cavernícola y

que paralizaba a todos los practicantes y redactores del área circular de las revistas, fuera de la sala de reuniones. «*¡Perfectoooo!* —exclamaba de ese modo espeluznante que a veces hacía pensar que iba a perder el aliento en cualquier momento o que caería víctima de una convulsión letal—. ¡Esa nota va a tener, cuatro, cincoo, seeeeis páááágináss!». Cuando empezaba a dibujar una posible carátula en las narices de los demás, y adelantaba cómo serían la cobertura y el despliegue, señalaba cómo deberían ser retratados los personajes, qué título podría tener el artículo y cómo se tomarían la foto «*abridora*» y la imagen de la tapa de la revista, el redactor sabía perfectamente que había alcanzado la cima y que sería objeto de la envidia de todos los demás por el lapso de una semana.

Nada parecido ocurrió aquella primera reunión. No al menos que yo recuerde. Solo al final de esta, seguramente con la intención de darme tiempo para observar y aprender de los demás, Francisco me preguntó por mi tema y yo sentí que perdía piso. «¿Y tú, Gabriel? —me dijo—, ¿qué tienes para esta semana?». «*El señor de las rockolas*», fue lo que atiné a decir. «*¿El señor de las rockolas?*», me preguntó él. Antes de que llegara a la mitad de la presentación que había planeado, cuando le estaba informando que tenía cuatro artefactos en su casa, lo vi escribiendo el tema en su papel. Después me sonrió complacido y dio por terminada la reunión. Cuando todos se pararon y yo intenté hacer lo mismo me di cuenta de que estaba totalmente agarrotado.

«Las rockolas de mi vida», mi primera crónica en *Semana*, apareció quince días después bajo un despliegue de tres páginas y con mi nombre en la barra de color de los créditos. Revisé una y otra vez mis palabras sobre ese papel que no manchaba las manos y que ninguna revista de prensa del país tenía aún y vi a mi tío Emilio hacer lo mismo con un ejemplar que, nos contó a mi tía Laura y a mí, les había mostrado a todos sus compañeros de trabajo. Luego de aquel sábado la mirada de los redactores del círculo de computadoras cambió, y también el trato de los demás redactores de *Semana*. Cuando iban al pool de revistas por sus máquinas, ninguno me la pedía a mí y alguno, incluso, me empezó a saludar de vez en cuando para sorpresa de los demás. Sentía que me movía con mayor comodidad en el piso siete y que, si bien estaba muy lejos de ser un redactor de *Semana*, estaba en el sitio correcto y haciendo lo correcto. Entre los textos anónimos que escribía con la mayor gracia posible para las revistas de mujeres, llegué a publicar un artículo más en *Semana*, y empecé a intuir que la independencia que tanto ansiaba desde que llegué a casa de mis tíos estaba por llegar.

No me equivocaba. En los primeros días de abril, cuando me tocaba dejar las prácticas para volver a la universidad, Katerina me ofreció convertirme en colaborador permanente de sus dos revistas. «Un *freelance*», dijo. Aquella fue la primera vez que escuché esa palabra y que supe que era posible ganar dinero escribiendo por encargo desde la casa. Supe también que el pago por un texto publicado como colaborador equivalía a lo que yo había ganado como practicante en un mes. Pronto tendría la computadora del premio en mi cuarto, así que le dije a Katerina que sí. En su oficina, De Rivera me esperaba para saber una vez más por qué me estaba yendo y para decirme que tenía las puertas abiertas para colaborar en *Semana*, y cobrar por ello. También me hizo saber que haría lo posible por encontrarme un trabajo seguro una vez que acabara la universidad.

—Nunca la terminas, viejo —me gruñó ese día, sonriendo—. Parece que te quisieras quedar a vivir en ella.

—Esta será la última vez, Francisco.

—Eso espero.

Cuando empecé el último semestre de mi carrera, sin duda el más sencillo y ligero de todos, sabía que algo se había modificado para siempre en mi vida. Y disfrutaba plenamente de ello. Había sacado mi número de identidad tributaria y me había mandado a hacer recibos por honorarios para cobrar mis colaboraciones, había recogido la computadora que había ganado en los juegos florales —la misma Compaq Presario en la que escribo ahora todas las mañanas— y en ella había empezado a cumplir mis primeros encargos como redactor freelance. Había conseguido mi verdadera independencia. No solo porque ese semestre me pagué la matrícula —cosa que hacía desde la época de *Proceso*— sino porque desde entonces dejé de pedirles dinero a mis tíos para mis necesidades diarias e incluso empecé a ayudarlos con algunos pequeños gastos de la casa. Había adelantado tantos créditos para mantener la beca durante todos esos años que tan solo llevé tres cursos por las noches. Por primera vez no tenía la obligación de pelear por calificación alguna. Durante las mañanas realizaba entrevistas con las dueñas de *boutiques*, estilistas y diseñadoras de moda que Katerina me encomendaba y por las tardes iba a la universidad a leer en la biblioteca y avanzar mi trabajo de tesis, listo para acabar mi carrera de una vez por todas y salir a enfrentar el mundo.

Montero y yo nos veíamos más seguido en esos meses finales de mi carrera, en parte porque yo tenía menos obligaciones y en parte porque su relación con Valeria había perdido intensidad. Yo intentaba entenderlo cuando él me contaba sus desencuentros con ella, las diferencias de carácter o

los asuntos que los alejaban por tener «*sensibilidades distintas*» pero la verdad es que me costaba horrores hacerlo. Hablábamos de eso a veces y también de otras cosas, de la universidad y de lo que nos tocaría vivir cuando la acabáramos, y en algunas ocasiones, cuando ya estábamos algo mareados por la cerveza y atontados por los cigarrillos que no parábamos de fumar, Montero se animaba a preguntarme si había estado *en eso*, si *escribía*. Cuando eso ocurría casi siempre se producía un silencio criminal entre nosotros, como si de pronto él se hubiera referido involuntariamente a un cadáver guardado en la maletera de su carro, y entonces yo cobraba valor y le respondía que no, y después de unos segundos le preguntaba si él estaba *en eso*. Montero se escondía detrás del humo de su cigarro y se hundía entre los cojines de la pequeña sala. Él tampoco. Entonces ambos compartíamos una ligera sensación de alivio y a la vez de vaga culpabilidad.

Yo no hubiera pensado en aquellas cuestiones si Montero no me las hubiera planteado las veces que nos veíamos. ¿Por qué no escribíamos? Por momentos yo culpaba a los estudios y a la búsqueda de un espacio real en las revistas de *La industria*, pero Montero me decía que a lo mejor éramos dos chicos demasiado simples, bastante alejados de quienes vivían una vida interesante, y rápidamente me convencía. ¿Me daba cuenta? Lo único que hacíamos era reunirnos en su casa a escuchar música y a conversar en lugar de estar haciendo algo realmente increíble, o algo muy violento, o quizás muy despiadado, o definitivamente deslumbrante. Llevábamos una vida ordinaria, y parecía que no teníamos la voluntad ni el arrojo para vivir algo distinto. Yo lo escuchaba y lo veía allí, con sus zapatillas All Star y sus camisetas de colores y me veía a mí con mis zapatos de liquidación y las chompas de lana que me tejía mi tía y me decía secretamente, aunque con rabia, que él tenía razón. Una tarde que estábamos sentados en su auto bebiéndonos unas cervezas me dijo, por ejemplo, que nadie podría escribir nada sobre ese momento tan simple y gris que vivíamos ambos en ese instante. Recuerdo que le di la razón apurando mi cerveza. No había nada heroico en nosotros.

Es bastante probable que por aquellos días, en medio de esas desalentadoras conversaciones, Montero me empezara a hablar de Jorge Ramírez Zavala. No olvidaría nunca más ese nombre. Una noche que estábamos en las últimas, Montero me dijo que si alguien podía hacer algo importante, si alguien podía articular lo que nos estaba tocando vivir y volverlo literatura, ese era Ramírez Zavala. Al principio me costó relacionar ese nombre con el chico que Montero buscaba en las lejanas reuniones del taller de Ignacio Parra, pero luego recordé que era él y que Montero lo

llamaba Cara de Poeta. Montero lo había conocido en San Marcos, donde ambos habían llevado juntos cursos de literatura, y había sido él, Montero, quien invitó a Cara de Poeta al taller de Parra, en la Universidad de Lima. Mantuvieron una relación estrecha, aunque circunscrita a las discusiones de poesía peruana sobre la que casi siempre coincidían, y en cierto momento habían intercambiado poemas. Allí fue que Montero empezó a admirar en secreto el trabajo de Ramírez Zavala, a apreciar el tipo de relación que mantenía con el lenguaje y las experiencias que refería con él. Después Montero dejó San Marcos, y Ramírez Zavala dejó de ir a las reuniones del taller de Parra, de modo que se perdieron el rastro. Hacía unas pocas tardes, en una lectura pública de poesía, Montero lo había vuelto a encontrar y ambos conversaron nuevamente. Ramírez Zavala mantenía la misma mirada intensa y penetrante, las mismas manos temblorosas y la misma actitud a ratos hierática, a ratos desafiante, ante todas las cosas. Se habían reunido un par de veces desde entonces y Cara de Poeta le había alcanzado sus últimos textos. Esos eran los que Montero juzgaba deslumbrantes.

—¿Cómo son? —recuerdo que quise saber—. ¿Cómo están escritos?

Montero me dijo que eran extraños. Que contaban su vida, o lo que aparentemente había sido su vida, a través de imágenes que eran despiadadas y a la vez hermosas. Le pregunté a Montero qué era lo que referían esas imágenes y me dijo que algo así como una vida temprana de pronto sacudida por el rencor, las escenas de una infancia retorcida que había sido transfigurada poéticamente en un violento campo de batalla. Todo era como el diario de un veterano de guerra que había salido, ya adulto, a encararse de un modo insomne y febril con una ciudad en llamas que era Lima.

—Ha vivido mucho más que nosotros y claramente tiene un talento que nos sobrepasa —decía Montero mientras golpeaba su cigarro y se servía otra cerveza.

—¿Y cómo así puedes medir el talento? —preguntaba inmediatamente yo.

—Hay varias formas de darse cuenta —decía Montero, y entonces empezaba a desplegar sus datos.

Jorge Ramírez Zavala había recibido una educación bastante similar a la mía, por ejemplo. Había vivido en una gran unidad vecinal en el Rímac y había estudiado en un colegio estatal en ese distrito, como yo en Santa Anita, y también venía de una familia separada, como la mía. Sin embargo en su casa había muchos menos libros de los que había en los estantes de la casa de mi tío Emilio y él había tenido que dejar sus estudios en la Universidad de San Marcos para largarse a trabajar. Pese a todas esas desventajas, todas

nuestras capacidades, las mías y las de Montero, estaban muy lejos de los dones de Cara de Poeta. Su don con las lenguas y sus gustos eran impresionantes. Había escuchado música de los Beatles alguna vez y en el lapso de unos meses leía y recitaba poemas de Ezra Pound o Dylan Thomas. Había leído a los ingleses y a los norteamericanos y entendía también francés e italiano y leía libros de poesía en esos idiomas. A diferencia de él —de Montero— había leído además muchísima narrativa, entre ella la que iba descubriendo yo por aquellos días —el *boom* latinoamericano y la generación perdida—, pero además mucha otra de la que yo no tenía ni idea: Henry Miller, Malcolm Lowry, Paul Bowles, J. D. Salinger y también libros de crítica, ensayos sobre estética y una cantidad ingente de novelas gráficas y otras formas alternativas de cultura underground. Además de eso era fotógrafo. Y encima estaba su propia vida, la determinación que tenía para entregarse sobre todas las experiencias de las que él y yo carecíamos: aventuras sexuales, desgarradas historias sentimentales, una intensa vida nocturna. Para colmo tenía un «*estilo*» que nos sobrepasaba, y una incuestionable belleza física.

—Es como un dandi muy pobre y a la vez elegantísimo —me decía Montero—. Y encima escribe como nadie. Es Vallejo. O podría serlo.

Eso decía Montero.

—Todo dependerá de cómo administre su locura.

Al final de aquella exposición yo estaba tirado en la lona, completamente avergonzado de mis lecturas tardías, mis libros de segunda mano, mi total ignorancia de otro idioma que no fuera el castellano, la tranquilidad de lo que parecía una familia, mi inexistente vida sentimental y sexual. No volvería siquiera a pensar escribir nada más después de saber todo eso de Ramírez Zavala y me centraría en redactar mis colaboraciones para *Bazar* y en terminar mi tesis de investigación. En los días sucesivos trataría de olvidarme de Ramírez Zavala y la verdad es que con el paso del tiempo estaba por lograrlo, si no fuera por la malhadada mañana en que, saliendo de la biblioteca de la universidad, vi algo que terminó de desbaratarme: en una banca del campus, sentados uno frente al otro, Santiago Montero conversaba con el Niño Cabeza de Cojín, aquel chico medio autista que formaba parte del taller de Parra. Yo me quedé observando la escena a prudente distancia. Nunca había visto al Niño hablando con alguien. Las veces que me lo había cruzado en la universidad lo había encontrado siempre solo, mirado a la gente con la expresión de quien está a punto de agarrar a golpes a alguien. Ahora lo veía delante de Montero asintiendo en silencio a las cosas que este le decía

con una neutralidad gélida en sus ojos, las manos de Montero temblando al sostener unos papeles. Los estuve mirando un rato así pero después me sentí mal por espiarlos y regresé a trabajar. Intentaba fichar unos libros en la biblioteca pero algo me impedía concentrarme.

A la hora del almuerzo encontré a Santiago sentado en las escaleras. Conversamos de asuntos sin sentido hasta que le formulé la pregunta que tenía atorada en la garganta:

—Te vi conversando con el Niño Cabeza de Cojín —fue lo que le dije.

—Tenía poemas que mostrarme —me respondió Montero, y luego prendió un cigarrillo para, sin aparente voluntad, lanzarme un disparo a quemarropa—: Es otro poeta notable.

—¿Y cómo así se acercó a ti? —le dije, sintiendo que caía lentamente sobre el piso.

—Es amigo de Jorge Ramírez Zavala —le oí a lo lejos el tiro de gracia—. Él me recomendó que hablara con él.

3

Después de aquello le cogí cierta ojeriza a Montero y a sus nuevos amigos «*poetas*», y ya solo deseaba acabar la universidad para dedicarme a tiempo completo a la crónica o al ensayo. La literatura, ahora lo sabía, era para gente que vivía vidas al límite como Ramírez Zavala o de un talento sobresaliente como Santiago Montero. Yo quería escribir y no tenía una vida interesante, de modo que quizás mediante la crónica podría contar las vidas de otros, mucho más valiosas que la mía. ¿No era esa también una manera lícita de hacerse escritor? Sentía mucha impaciencia, recuerdo, por que acabaran las clases de la universidad para entrar a trabajar a tiempo completo a *Semana* y convertirme en el cronista que sospechaba que podía llegar a ser. Ese era mi destino. A diferencia de mis compañeros de clases, yo no sentía ninguna pena o angustia por el fin de la universidad. Me pasé las últimas semanas del semestre viendo desde una enorme distancia cómo se preparaban para una ceremonia de graduación y una fiesta de promoción en las que yo no participaría. No dejaba de pensar en mi futura carrera como periodista y la manera en que pagaría rápidamente el préstamo que debía a la universidad. Me sentía como un corredor ansioso por empezar la carrera que definiría su vida. Ni bien se acabaron las clases, y entregué mi trabajo final del seminario de tesis, me fui casi volando a la oficina de De Rivera para decirle que ya estaba listo. Ahora sí era un hombre libre.

—Pensé que esa carrera iba a durar toda la eternidad, viejo —me dijo, saliendo de su oficina—. ¿Vienes a la reunión?

Todo estaba allí, como si no lo hubiese tocado nadie; la enorme mesa blanca y el mismo grupo de redactores entre los que me senté sin importarme la ubicación con una idea precisa en la mente. Tenía el dato preciso; me lo había dado sin querer un compañero de clases que había practicado en el diario *Expreso*: Carlos Ney, «*Carlitos*», el periodista que había protagonizado la novela *Conversación en La Catedral* de Mario Vargas Llosa, era de verdad, estaba vivo y aún ejercía periodismo en la sección judiciales de ese diario. Cuando me tocó el turno y se lo dije a De Rivera, este explotó en su asiento y convirtió mi idea en un informe de mayor envergadura: «*¡Redactores de la crónica roja!*», bramó, y luego empezó a señalarme una serie de tareas que yo apuntaba como podía en mi libreta. Tendría que acercarme a los periodistas más representativos de la crónica policial del país. Entrevistar a Ney, sin lugar

a dudas, pero también a Guillermo Thorndike, a Jorge Salazar, a un buen par de buenos cronistas de policiales de los diarios populares chicha, inevitablemente a uno de *La industria*. Se trataba de un informe grande, viejo, con fotos, cuadros, citas. De Rivera estaba emocionado. «Cuatroooo, cincoooo, seeeeeis páginas», decía mientras dibujaba la pauta sobre su papel blanco.

—Quiero una gran historia, viejo. ¿Entiendes? —me dijo luego, y extendió su lápiz en dirección al local central de *La industria*—. Con ese informe voy a ir al frente a pedir tu contrato.

Era yo nuevamente en la calle. Y durante todos los días de fines de julio me quemé el alma por ese artículo. Entrevisté a todos los personajes que me recomendó De Rivera, leí cuanto pude sobre el tema y acompañé a dos redactores de medios populares a realizar sus sangrientas comisiones. Cuando hablé con Thorndike en su casa de San Borja, le conté que iba a conversar con Carlos Ney y él me respondió que me iba a sorprender. «Tiene ojos de haberlo visto todo», agregó. Tuve muy presentes esas palabras cuando estuve parado delante de los ojos celestes de Ney dentro de ese piso añoso de la calle Porta, en Miraflores, donde conversé con él una tarde casi interminable puntuada por varias tazas de té. Sucedía algo extraño. El hombre que hablaba conmigo era el personaje de una gigantesca novela sobre el país y sus periodistas que yo había leído con pánico y fiebre, pero era también un ser de carne y hueso, cansado y gris, que hablaba conmigo de los años en que había iniciado a Zavalita en la vida prostibularia y nocturna de la Lima de los cincuenta. Era real su caminar cansino y sus fotos con Vargas Llosa en 1982: Ney mirándolo de costado, con un gesto autosuficiente y desconfiado, y Vargas Llosa sonriendo y viendo el piso de su estudio con un ejemplar de *La guerra del fin del mundo* en sus manos. Y sin embargo había algo irreal por todos lados. En cierto momento «*Carlitos*» sacó de su estante de libros un ejemplar artesanal de sus poemas —que aún conservo— y me lo dedicó, y al leer su letra antigua sobre el papel yo sentí de pronto que un pedazo de un mundo que no era el mundo real empezaba a respirar a mi lado. He olvidado mucho de lo que hablamos al final de la entrevista, cuando apagué la grabadora y nos quedamos un buen rato conversando sobre Mario, que es como él llamaba al escritor, pero entiendo que la conversación me dio luces o pistas que aun hoy no soy capaz de definir cabalmente. Solo recuerdo que en cierto momento me atreví a preguntarle al periodista si lo que contó Vargas Llosa acerca de *La Crónica*, el periódico en el que había trabajado, era verdad o había sido mentira.

—Mario no exageró absolutamente nada —me dijo «*Carlitos*», dándole vueltas a su taza de té—. O a lo mejor sí, no sabría definirlo. —Y se pasó unos segundos en silencio mirando la calle, antes de voltearse a mirarme—. Pero ¿sabes qué pasa, flaquito? Los textos de Mario son ahora más potentes que los recuerdos que yo guardo de esos años.

Escribí mi texto durante los días feriados de las Fiestas Patrias, aporreando frenéticamente el teclado de mi computadora mientras a ratos escuchaba de nuevo las cintas de las grabaciones, leía y fichaba algunos libros, imaginaba el despliegue gráfico que tendría mi artículo. Le puse el título de una novela de Alberto Fuguet, «Tinta roja», y con ese mismo título la cerré el primer lunes de trabajo tras las fiestas, acomodando mi texto al tamaño que dejaban las fotos sin el menor deseo de que Luis Felipe Ordinola, el entonces editor de *Semana*, me cambiara nada. El artículo, en efecto, salió a seis páginas y fue la carátula de esa edición. Después de verlo publicado el día sábado que fui al quiosco de mi casa, me senté a esperar la llamada telefónica que me colocaría directamente en *Semana*. El tío Emilio tenía la misma confianza que yo.

Pero nos equivocamos. Totalmente. Y cuando el día martes de la semana siguiente la llamada que venía de *La industria* atronó en el teléfono de mi casa y yo la respondí presto, la voz que procedía del otro lado del hilo no era la de Ordinola ni la de ninguna persona asociada a *Semana*. Era otra voz.

—Aló, ¿Gabriel? —le oí decir.

—Sí.

—Hola, soy Gonzalo Ferrero, editor de *Ocio*. Te llamo por recomendación de Francisco…

Al principio no entendí, y creí que se trataba de una broma. *Ocio* era la publicación más modesta de todas las que supervisaba De Rivera y de cierta forma no era siquiera una revista. O sí, lo era, pero no una en sentido estricto. Era más bien una pequeña agenda cultural y de espectáculos que se imprimía en papel periódico y terminaba en el suelo cada vez que se abría el periódico los días viernes. Apenas tenía textos. Contenía listines de actividades por hacer los fines de semana que apenas se acompañaban por diminutas reseñas sobre cine, teatro y arte.

—¿Conoces la revista, verdad?

—Sí, claro.

—Bueno, se trata de un puesto que se ha abierto para ser redactor aquí y quería saber si te interesa.

—¿Francisco me recomendó?

—Así es. ¿Te interesa?

—Bueno… Sí.

—Entonces te espero mañana para explicártelo bien. Aquí en la oficina, a las tres. Sabes dónde estamos, ¿no?

Conocía perfectamente la redacción de *Ocio*. La había visto mil veces al recorrer el hangar de las revistas pero nunca había reparado en ella: cuatro escritorios se miraban entre sí al lado de la oficina de De Rivera; en ellos se ubicaban el propio Ferrero y una diseñadora de lentes gigantes de un lado, y dos jóvenes redactores del otro. Fue allí adonde me dirigí aquella tarde, y la verdad es que lo hice sintiéndome un poco mal. A Ferrero lo había visto antes. Llevaba el mismo pelo muy corto y los lentes de montura muy gruesos y me saludó con cortesía y después me invitó a tomar asiento, prendió un cigarrillo y desde su computadora me explicó en qué consistiría mi trabajo si es que me animaba a tomarlo. Me lo estaba ofreciendo. La idea de Francisco de Rivera consistía en que trabajara para ellos pero también que propusiera temas para *Semana*. «*Esta es como una puerta para que llegues allá* —me dijo Ferrero, que sin duda estaba al tanto de cuáles eran mis reales deseos—. Tú cumples tus labores aquí y lo demás corre entre tú y De Rivera», me dijo. Luego me informó cuánto ganaría.

—¿Aceptas? —me preguntó.

—Está bien —respondí.

—¡Muy bien! —le escuché decir a Ferrero, satisfecho—. Entonces tendremos que definir las secciones y ponernos a trabajar. ¡Barraza! ¡Ven! Te voy a presentar a Gabriel Lisboa.

A Barraza también lo había visto muchas veces dentro de la redacción, pero como siempre andaba apurado y desorbitado, o sumergido de narices en su máquina o sus apuntes, nunca había podido conversar con él. Se levantó y se acercó hacia mí desde su asiento, contrariado, y ambos nos estrechamos la mano con fuerza y nos sentamos a escuchar a Ferrero, que nos hablaba como si fuéramos una pareja de tenistas de dobles a punto de salir a enfrentar un set decisivo. Fue una importante reunión de edición pero yo solo me di cuenta de que lo era a la mitad, y me extrañó mucho que el destino de una publicación se decidiera de una manera tan pedestre como la de esa tarde, sin mesas ni salas de reuniones de por medio. Ferrero me explicó que Barraza manejaba la sección de cine porque era un experto y también que se ocupaba de música y museos. Si no me importaba yo me encargaría de las páginas de arte y de teatro, y también de las de recreación.

—Es una sección en que entra de todo —me informó Ferrero—, excursiones, espectáculos folklóricos, corridas de toros, deportes de aventura…

Ferrero tomó la revista. Al igual que a Barraza, me encargaría hacer una pequeña nota sobre un evento cultural o de espectáculos de dos o tres páginas a la que llamaban «*In situ*» y que abría la publicación. Después tendría que realizar la confección de las «*agendas*», pero era demasiado simple como para explicarlo. Luego, con un tono que parecía destinado sobre todo a Barraza, me indicó que a diferencia de los redactores de todas las demás revistas, ellos entraban a las nueve en punto de la mañana y salían a las cinco de la tarde. Los textos debían ser entregados antes de esa hora. ¿Estaba de acuerdo? Le dije que sí. Luego Ferrero me presentó a Rocío Palacio, la diseñadora de la revista, y me dijo que empezaría el día siguiente, jueves. A un lado, Katerina Graciano me hacía gestos divertidos desde su máquina.

Todo ocurría demasiado rápido y yo me tenía que adaptar al movimiento veloz de las cosas. A la quincena de dejar las clases en la universidad ya tenía un puesto fijo, un horario de trabajo, un carnet de prensa, una oficina a la cual reportarme y una computadora para mí solo dentro de la corporación de *La industria*, en el centro de Lima. El primer día de trabajo, o quizás el segundo, De Rivera me llamó a su oficina y me dijo que le había gustado mucho mi historia de los cronistas policiales y que gracias a ella había convencido en un segundo a Ferrero. No se abrían espacios fijos en *Semana* así nomás y *Ocio* era una buena forma de entrar al medio, que finalmente era lo más importante: podría escribir en *Semana* cada vez que quisiera; él me estaría vigilando. Recuerdo que aquello me alivió un poco, pero luego también me apenó. Fui consciente de que a pesar de todos mis esfuerzos me faltaba un trecho todavía largo para ser siquiera parte de *Semana*. Lo que me consoló esos días es que a partir de entonces tendría un sueldo fijo, de manera que podría empezar a pagar la deuda que tenía con la universidad y ayudar en algo a mis tíos.

Empecé a meterme en la rutina. Comparados a los cierres enloquecidos de *Proceso* y a los desordenados y llenos de humor de *Semana* —que escudriñábamos desde nuestros escritorios—, los de *Ocio* se parecían a la entrega de un informe de contabilidad en una oficina gris. Las cosas se hacían de una forma tan automática y con tan poco énfasis que al principio me costaba mucho adaptarme a la nueva dinámica. Los días jueves, sin mediar reunión alguna, Ferrero nos preguntaba desde su escritorio, a Barraza y a mí, qué temas teníamos en cartera. Nunca había sobresaltos. Las notas de *Ocio*

brotaban casi por inercia: el concierto de la semana, el mejor estreno de cine, la exposición de arte más prometedora. Todo dependía del conocimiento y del criterio de Ferrero; un criterio que, me di cuenta rápidamente, era óptimo en todas las áreas de la cultura. Una vez que algo lo convencía por su calidad artística o por su poder de convocatoria, lo anotaba directamente en un documento de *Word* en el que estaba formateado el índice de la revista y que abría para esas ocasiones en su máquina. Eso era todo. Después, Ferrero se dedicaba a leer y nosotros nos abocábamos a nuestro trabajo.

Recuerdo que si algo me sorprendió esas primeras semanas de trabajo en *Ocio* era el ritmo con que leía Gonzalo Ferrero. Nunca había conocido a nadie que leyera tanto y de una manera tan concentrada. De no ser por la escrupulosa manera en que vigilaba nuestro trabajo desde su máquina, cualquiera diría que andaba mucho más preocupado de los libros que traía consigo y de la página de crítica literaria que De Rivera le había separado en *Semana* que del destino de la propia revista que comandaba. Durante el día viernes o a veces durante los fines de semana Barraza y yo cubríamos los informes que nos tocaban y los lunes y martes, antes del cierre, avanzábamos bostezando las «*agendas*» de la gaceta, un trabajo monótono y empobrecedor que consistía en anotar las fichas técnicas de todas las películas, todas las obras de teatro, todos los conciertos, todas las excursiones y todas las exposiciones de arte que se ofrecían en Lima. Muchas veces, confeccionando estas guías bajo el sopor de la tarde y luchando contra el sueño del almuerzo, mirando a los redactores de *Semana* ir y venir de la oficina de De Rivera, me decía que en *Ocio* me estaba muriendo en vida y me abocaba a pensar frenéticamente en posibilidades de artículos para publicar en *Semana*. Como no tenía muchas ideas desistí rápidamente de acudir a las reuniones de la revista, que me resultaban intimidantes, y me acercaba de cuando en cuando a la oficina de De Rivera para comunicarle las cosas que había pensado. Cuando él me aprobaba un tema me sentía feliz, pero a la vez sabía que se abría para mí una semana de sacrificio. Escribía mis crónicas en las noches, después de terminar mis deberes de *Ocio*. Durante esas jornadas llegaba a la oficina a las nueve de la mañana y me iba pasada la medianoche, sintiendo mi cuerpo tan apaleado como en los cierres de *Proceso* pero sin ese nivel de satisfacción. Era raro vivir así sin leer nada y observar a Ferrero tan concentrado en tantas lecturas. Sentía que estaba dejando pasar algo aunque no sabía qué. A los cuatro meses de esa doble vida no daba más de agotamiento. Fue entonces que decidí dejar de colaborar con *Semana*.

Aún hoy me parece una buena decisión. Porque si bien no aprendí nada de periodismo en esa etapa de *Ocio*, nunca antes descubrí tanto de tantas otras cosas como durante los meses que estuve trabajando ahí. Fue en ese pasaje reciente de mi vida fuera de la universidad, y en el sitio menos esperado, que descubrí, gracias a Gerardo Barraza, mucho de lo que aún me faltaba experimentar de la vida callejera y adulta de Lima. Y por mediación de Gonzalo Ferrero todo lo que no sabía acerca del lenguaje y de la literatura.

Al cabo de un par de meses Ferrero y Barraza ya me parecían totalmente fascinantes. Tenían casi la misma edad y acaso por eso daban la impresión de ser las dos caras de una misma moneda, como si cada uno fuera la proyección negativa del otro. Ambos habían estudiado en colegios privados en los que habían mostrado una inteligencia poco común y habían adquirido tempranamente otros idiomas, se habían inclinado desde niños por la lectura y como consecuencia lógica habían ingresado a estudiar Letras en la Universidad Católica bajo el augurio de un futuro promisorio. Allí es donde se acababa el paralelo. Mientras que a Barraza lo expulsaron de la universidad, o se hizo expulsar de ella, y tuvo que estudiar cine en la Universidad de Lima, Ferrero se graduó con los honores del mejor de los alumnos y parecía predestinado a seguir una brillante carrera académica fuera del país. *Ocio* era evidentemente una estación temporal para él. Barraza estaba convencido de que, en su caso, era el paradero final y su tumba.

La diferencia entre ambos se hacía evidente al verlos sentados ante sus computadoras enfrentadas durante un cierre de edición. Con la camisa dentro del pantalón y los zapatos impecables, Ferrero escribía en silencio y de un modo casi imperceptible frente a su escritorio impecable, como si estuviese absolutamente seguro de que todo lo que necesitaba para cerrar su artículo estuviera asegurado en su mente; un manejo casi exacto del lenguaje y un pensamiento más claro, más complejo y agudo que el de cualquiera de los periodistas que lo rodeábamos. Frente a él, parapetado detrás de un sinnúmero de impresiones de internet, fotocopias de libros, apuntes que había tomado de un modo inexplicable en una libreta pringosa durante la proyección de la película que le tocaba comentar esa semana, Barraza se peleaba con el teclado y saltaba de un documento a otro como buscando una respuesta difícil de localizar, se jalaba las greñas y lanzaba imprecaciones silenciosas al techo para empezar luego una larga letanía que ponía en evidencia la escasa valoración intelectual que tenía de sí mismo. Era durante esos partos creativos, que casi siempre me distraían de la redacción de mi reseña de arte de esa semana, que terminaba develando su aspecto más salvaje: sudaba más

que de costumbre, hacía pucheros incomprensibles y terminaba con el poco cabello que tenía absolutamente desordenado. Cuando no podía más se paraba y se iba al baño, donde permanecía encerrado más tiempo del usual. Era gracioso verlo caminar en medio de la redacción. Sus *jeans* fuera de talla, sus zapatos sucios que parecían buques de guerra, sus polos sueltos y gastados y el periódico popular que llevaba bajo el brazo consigo jamás habrían hecho sospechar al culto entrevistador y al excelente prosista que era.

Porque, a diferencia de mí, a él rara vez le tocaban sus textos y tengo la impresión de que aun cuando lo castigaba abiertamente por su desorden y el de su escritorio y por la manera en que llegaba tarde todos los días a la redacción, Ferrero lo respetaba y apreciaba mucho más de lo que parecía. Eso explicaba perfectamente por qué nunca amenazó con despedirlo. Muchísimas veces Barraza entraba a la oficina con cara de mala noche y el aliento de quien no ha dormido en casa o no ha dormido en absoluto. Aparecía pidiendo disculpas, alterado y asustado, y era una completa agonía verlo cada jornada ensayar una excusa distinta frente al rostro inexpresivo de Ferrero. Yo me juraba que a la semana siguiente no aparecería en el trabajo, y Barraza me atormentaba los días que almorzábamos juntos hablándome de su inminente despido, de su suerte aciaga, de la manera en que tiraba al suelo su vida. Yo le decía que a mí también me costaba mucho esfuerzo habituarme al horario que imponía la revista y era verdad. Las pocas veces que llegué antes de las nueve de la mañana e ingresé a un pool de computadoras vacías al que no había llegado ningún redactor —y mucho menos Barraza—, el único periodista sentado en su sitio, con un libro abierto frente a él y la computadora prendida, era Ferrero. Y yo empezaba a sentir un fuerte respeto por él.

Por esos días, además, empecé a leer sus críticas de libros de *Semana* con una atención especial y quedé realmente impresionado por la manera en que, en tan solo setecientas palabras, era capaz de referirse de un modo tan preciso a un libro específico y de relacionarlo con las miles de lecturas que tenía almacenadas en su memoria y que yo ignoraba por completo. Había algo en su estilo, en el control total que ejercía sobre todas sus palabras, que jamás había leído hasta entonces en la prensa peruana y que no podía reproducir ni mínimamente en mis críticas de arte. Como si hubiera escrito todo directamente desde el ceño, lejos de cualquier emoción. Revisaba sus columnas y luego las recortaba, y también escribía los nombres de los autores de los que hablaba prometiéndome que alguna vez los leería: V. S. Naipaul, Antonio Tabucchi, Philip Roth. De pronto, cuando lo veía editar mis propios textos antes de pasarlos a la bandeja de diseño, sentía una agitación que

trataba de controlar de la mejor manera para que él no la notara. Veía sus anteojos gruesos concentrados en la máquina y trataba de desentrañar sus gestos detrás del humo que despedía su cigarrillo, por mínimos que fueran. Un día, viéndome mirarlo, volteó hacia mí y me hizo una seña para que me acercara a él y otra para que jalara una silla a su costado. Fue en esas pocas ocasiones en las cuales Ferrero me enseñó algunos de los aspectos del lenguaje que yo aún desconocía o de los que todavía no tenía plena conciencia, y que con el tiempo me convertirían en un editor: la inutilidad de los gerundios y los conectores lógicos, el abuso de las frases subordinadas, el tipo de palabra que evidenciaba pobreza léxica y la total necesidad de encontrar el término más justo para aquella idea que deseábamos compartir con los lectores. Todas las veces que eso ocurrió fue bajo un silencio tenaz, apenas puntuado por su respiración y los momentos en que estiraba su mano hacia el cenicero. Mientras eso ocurría Barraza destruía todo a su alrededor rehaciendo su texto.

Durante los primeros meses de mi trabajo en *Ocio* Ferrero y yo establecimos una relación algo vertical, limitada a mis preguntas sobre los escritores y las novelas que leía y le gustaban y a las didácticas respuestas de él, llenas de una extraña generosidad. Ahora que escribo esto me doy cuenta de que Ferrero fue el primer literato que conocí; es decir, la primera persona con la que me topé en la vida que había sido formada para entenderlo casi todo de la literatura, para interpretar cualquier libro en función de todos los anteriores debido a una enorme competencia para detectar las influencias de un autor sobre otros y desentrañar corrientes y escuelas, la evolución del tratamiento estilístico de ciertos temas a lo largo del tiempo. Y yo tomé ese conocimiento como una garantía de que Ferrero estaba destinado a ser nuestro próximo gran novelista. No podía distinguir, o no sabía, que al igual que yo, era también un simple aspirante. Y que aquel conocimiento que poseía no era realmente garantía de nada.

Llegamos a ser amigos, y sería injusto decir que Ferrero no me mostró su vulnerabilidad. La descubrí una tarde en que, de buenas a primeras, me invitó a almorzar para conversar acerca de mi único cuento, aquel que había encontrado en la revista de la Universidad de Lima que un practicante le había dejado para que leyera el suyo. Apenas lo escuché no supe dónde ponerme. Nos sentamos a conversarlo en una mesa apartada de un restaurante de techos altos a un lado de Palacio de Gobierno al que llegamos esquivando el calor asfixiante de inicios de año. Recuerdo aún la sorpresa que me causó que Ferrero me dijera, de súbito, que el relato le había gustado. Y también que,

por primera vez desde que nos conociéramos, las preguntas las empezara a formular él. Por supuesto no le interesaba saber cuáles habían sido mis influencias ni los mecanismos que había usado; lo que realmente despertaba su curiosidad era lo que podríamos llamar la «historia real» detrás de mi narración, la experiencia de la que esta había partido. ¿Era verdad que mi padre era mozo?, ¿era la pizzería esa que estaba al lado del colegio Champagnat? Ferrero me contó ese día que iba a ella muy seguido cuando era niño y sus padres aún vivían, y hasta podía suponer, por la descripción que yo le hacía, cuál de aquellos mozos que siempre lo habían atendido podría ser el tío Emilio. ¿Así de severo había sido mi acné? Ahora las marcas no se notaban tanto, intentó barajar Ferrero cuando notó la incomodidad que sentí por esa pregunta y que seguro manifesté moviendo el rostro. Respondí a sus preguntas lo mejor que pude, con una mezcla de miedo y algo de satisfacción, y terminé contándole de mi beca en la universidad, de la ausencia de mi padre, y en cierto momento, quizás envalentonado por el efecto de la cerveza que Ferrero había pedido, me animé a decirle que alguna vez había pensado escribir una novela sobre mis tíos, sobre la época en que migraron a Lima y descubrieron el idioma castellano, pero que a la vez no sentía que tuviera la mínima competencia para ello. Para entonces Ferrero ya se había quitado las gafas, y se llevó las manos a los ojos, como si de pronto estuviera muy cansado.

Nos quedamos mudos en el restaurante y después de un rato Ferrero se animó a decirme que a mi edad no tenía la menor idea de aquello sobre lo que tenía que escribir. Se le habían ocurrido argumentos de novelas muy complejos —episodios históricos, relaciones sentimentales entre intelectuales —, pero ninguno de ellos lo había terminado de convencer. Ya tenía treinta años —la misma edad que yo tendré en unos meses— y por ello sentía cada vez con más intensidad la necesidad imperiosa de producir algo. Hacía algunos meses que trabajaba en un relato policial.

—¿Lo piensas publicar? —le pregunté.

—Solo si me satisface completamente —respondió.

Ferrero terminó su vaso de cerveza y pidió otra. Sabía que el medio literario en Lima era lamentable y no quería repetir los fracasos de los escritores de su generación. En las novelas peruanas que se publicaban esporádicamente y casi siempre por arte de magia —no había editores, ni librerías, y menos gente que leyera— había casi siempre lo mismo: ausencia de control sobre el lenguaje, poquísimas ideas, ninguna conciencia de la estructura y malditismo gratuito. Él sabía, me confesó, que también podría

escribir una novela mala, no era algo que descartara, pero creía que si fracasaba, como lo habían hecho antes muchos otros en el Perú, no sería por falta de ambición.

—Y ese es el problema en este país —me dijo—. Nadie tiene ambición.

Me pasé el resto de ese día y los siguientes imaginando cómo sería la irrupción de Ferrero en la literatura peruana, el momento en que el crítico agudo que ya era se revelaría ante todos como el autor de una obra precisa, y desde entonces, cuando lo veía concentrado en su máquina, me daba por preguntarme si en ese momento Ferrero no estaría escribiendo allí aquella novela. Una vez, incluso, me mostró los primeros capítulos, y yo me entusiasmé viendo fugazmente, en la pantalla de su máquina, un texto que parecía agrupar palabras y acciones con laboriosidad e inteligencia. Ferrero no me dejó leer más. Igual, durante los meses que siguieron esperé que la terminara y la publicara, y estaba convencido de su éxito, pero nada de eso llegó a suceder. La creación era una experiencia bastante diferente de todo eso pero yo lo ignoraba, y seguro hubiera seguido ignorándolo si no fuera por la tarde en que, meses después, Santiago Montero me llamó de urgencia a la oficina para sacarme de mi calma.

—Tienes que venir a mi casa ahora mismo —me dijo, con un tono de voz que no supe reconocer—. Es urgente.

—¿Qué es lo que sucede? —le dije, preocupado, mirando las computadoras de la redacción y a los redactores yendo y viniendo.

—Algo impresionante —me dijo—. Tienes que venir.

No conseguí que me lo dijera por teléfono. Pero cuando colgué sabía perfectamente que si había vuelto a mi vida era para trastocarla por completo.

4

En aquel verano de 1998 yo iba camino a los veintitrés años y Montero acababa de cumplir los veinticinco. Para cuando me llamó a finales de febrero yo ya había perdido completamente las esperanzas de vivir una vida distinta de aquella rutina a la que me había sometido. Como me regía por los horarios escrupulosos de *Ocio*, me había matriculado a estudiar inglés de siete a nueve de la mañana en un instituto de idiomas del centro de Lima cercano a *La industria*. Al lado de una parvada de alumnos de colegios estatales en vacaciones, recibí mis primeras lecciones antes de entrar puntual a la oficina en la que Ferrero me preguntaba por lo que había aprendido, me imprimía letras de canciones de los Beatles y me explicaba sin éxito por qué Paul McCartney era mucho más importante que John Lennon. Fue durante aquellas mañanas, estando los dos solos en la oficina vacía, que Ferrero empezó a contarme de sus planes de dejar el país. Barraza llegaba tarde, pedía disculpas y luego se sumía en la confección de las agendas sudando a mi lado como si estuviera en un algodonal. Salíamos normalmente a las cinco de la tarde (solo nos retrasábamos cuando Barraza escribía sus columnas de cine y yo las mías de arte) y si Barraza encontraba una buena película en la Filmoteca del Museo de Arte de Lima nos íbamos caminando directamente al cine a través de todo el jirón Camaná y luego nos dormíamos en medio de cintas chinas o vietnamitas que apenas alcanzábamos a entender pero que veíamos sin pagar gracias a los pases libres de Barraza. Si la película se proyectaba el viernes, y solo debido a que yo no tenía clases al día siguiente, le aceptaba a Barraza su eterna invitación a tomarnos unas cervezas en un huarique cercano. Barraza siempre me decía que tenía que liberarme; ya me estaba empezando a parecer a Ferrero.

En aquellos bares de la plaza Bolognesi, del jirón Washington, y en los huecos y sucuchos de los jirones Quilca o Caylloma, viví las primeras borracheras de mi vida. Fueron tertulias imborrables, densas e hiperbólicas en las que ambos desmenuzábamos a nuestro jefe, despotricábamos de las agendas y terminábamos hablando de asuntos personales de una manera abierta y visceral que yo hasta entonces no había practicado con nadie, ni siquiera con Montero. Fue en esas ocasiones que yo empecé a hablar por primera vez de mi colegio, de mi familia, de la pobreza contra la que luchaba, de mis tíos, y Barraza lo hizo sobre sus distancias con su padre, las

diferencias con el medio hipócrita —así decía él— en que había nacido y se había criado, los sueños que había tenido de ser escritor y cineasta y que se habían truncado. Barraza terminaba descorazonado, con los ojos empozados y hablando un lenguaje atropellado y a ratos ininteligible. Algunas veces, también golpeado por el alcohol y el clima lóbrego de los sitios a los que íbamos, yo le terminaba confesando que la vida me había alejado de todo lo que yo deseaba para mí en la universidad y me animaba a hablarle también de mis proyectos truncos.

—Ser escritor es para burgueses, Lisboa —me decía Barraza, ebrio y agitado—. Primero tienes que convertirte en un burgués, como Ferrero o como De Rivera. Por eso yo nunca podría ser escritor.

El caso de Barraza era realmente especial. Había recibido una educación de la que no se podía quejar, hablaba el inglés y el francés a la perfección y desde muy chico había leído muchas obras clásicas en idioma original. A nada de eso había accedido yo, y él lo sabía, pero ¿cuál era la diferencia? Barraza había tenido a su padre al lado, pero hubiera preferido no tener a nadie o tener a un tío como el que yo tenía; nunca se había sentido cómodo en su casa burguesa de Chacarilla del Estanque y desde siempre había sentido el deseo de juntarse con gente humilde y con ganas de expresarse y de ser auténtica y por eso había formado parte de la onda subterránea y había sufrido lo indecible para mostrarle a sus patas de la movida, de los tonos, de los conciertos, que no era un «*pituco*». Nunca, por ejemplo, los llevaba a su casa; cuando iba a los locales de Magdalena o Pueblo Libre se bajaba del taxi cuadras antes para llegar a pie como todos. Nunca se había sentido parte de algo. ¿Tú qué quieres ser, Lisboa?, me decía. ¿Un escritor respetable? Y yo me quedaba callado. Nos separábamos a eso de las dos o tres de la mañana. A esa hora yo empezaba a sentir que mi cuerpo no toleraba una gota más de alcohol, me paraba con dificultad para ir a los baños y empezaba a pensar en mis tíos, seguro desvelados por mi ausencia. Empezaba a notar en los ojos de Barraza el brillo de algo que no entendía pero sospechaba claramente que para él la noche recién comenzaba, que de ahí él se iría a otros sitios, viviría otras experiencias, se relacionaría con personas que yo ni remotamente imaginaba. A veces trató de convencerme para acompañarlo, y cuando lo hacía una zona de miedo se activaba en mí. Le decía que no podía seguirlo, y me embarcaba en un taxi especulando en qué consistiría la noche para Barraza y diciéndome a mí mismo que era un cobarde. Pero más allá de esos viernes en la noche y de la resaca de los sábados, de la llegada de Barraza a la redacción de *Ocio* el lunes siguiente —muchas veces con la misma ropa con

que lo había dejado el viernes—, mi vida estaba regida por una total monotonía. Avanzaba lentamente en mis clases de idiomas, escribía las agendas, iba al cine los días de semana con Barraza, leía. Me preguntaba si ese sería mi destino final. Si de pronto todas mis ambiciones y planes se habían detenido de una forma inevitable y para siempre en ese puesto en *Ocio*. Andaba en eso cuando recibí la llamada de Santiago Montero.

Al principio no tenía cómo imaginar lo que pasaba. Camino a su casa pensaba qué le podría haber ocurrido para que después de habernos dejado de ver me llamara de esa manera. ¿Sería un asunto sentimental? ¿Por qué no llamaba mejor a su amigo Jorge Ramírez Zavala? Con el tiempo sabría que Montero había terminado con Valeria, y que no se trataba de eso, pero esa tarde no se me ocurría otra explicación. Al llegar a su habitación el Montero que veía frente a mí parecía un tipo de otro planeta, alguien que estaba a punto de morir de inanición o de elevarse a los cielos. Tenía ojeras, y su piel era casi cristalina, llevaba el pelo mazacotudo y su rostro parecía consumido por la barba de un náufrago, pero a la vez había algo en él que era como una sobreexposición a la luz y una energía que parecía desmentir por completo la imagen de aquel muchacho apesadumbrado que había visto tantas veces echado contra las paredes en las escaleras de la facultad. A su alrededor se podían ver papeles arrumados por todas partes, hojas escritas a mano colgadas de alambres extendidos de un lado al otro de la habitación como si fueran ropas puestas a secar y algunos otros textos tachonados en una pizarra de corcho sobre la que se podían ver también fotografías tomadas por él y por otros artistas, ilustraciones y dibujos, citas de libros de poesía, una explosión de información caótica que al principio causaba una sensación de vértigo. Montero tenía el rostro de no haber dormido en días y al verme se acercó esquivando los manuscritos desparramados sobre el piso.

—Es un libro —me dijo, cuando llegó a mi lado, con una voz y una expresión que me cuestan olvidar—. Lo tengo.

—¿Un libro? —le dije, absorto.

—Encontré una salida para todo, una manera de amarrarlo todo. Es increíble. Lo tengo dentro de mí… Lo siento con claridad.

Me quedé mudo ante lo que parecían revelar los ojos de Montero. ¿Un libro? Cuando salió a buscar unas cervezas a la cocina de su casa y dejó la habitación, vi que había varias latas por ahí, vacías y estrujadas, y un mar de cigarrillos que se desparramaban sobre ceniceros de verdad y ceniceros improvisados. En las pizarras que tenía a un lado se leían anotaciones que parecían corresponder al orden de las secciones de un poemario, un índice que

había sido corregido una y otra y otra vez. Me acerqué a algunos poemas de los corchos y reconocí en ellos dos que había leído antes, visiblemente transformados, y otros que no había visto jamás.

—No te llamé porque estaba demasiado metido en esto —escuché la voz de Montero detrás de mí, entrando con dos cervezas heladas—. No tenía cabeza para nada que no sea esto, en serio.

—Claro, claro —le dije, sintiéndome algo culpable.

—Tengo la sensación de que no va a pasar de este verano —me dijo, mirando a mi lado el desorden de su cuarto como si se tratara de un paisaje fabuloso—, siento que estoy a solo unos poemas de cerrarlo.

Montero hablaba en términos que nunca le había oído a nadie, incluido a él. Parecía un lenguaje esotérico y de veras extraño. En la habitación, frente a él, con un cigarrillo prendido y a la luz de una lámpara de piso, leí varios de los nuevos poemas y algunos de los antiguos y descubrí que en todos, efectivamente, había un componente nuevo, aunque aún inestable, que los asociaba. Se lo dije a Montero y él sonrió. Me dijo que había encontrado el concepto del libro luego de una larga conversación con Jorge Ramírez Zavala. Ramírez Zavala había sido muy claro en decirle que los poemas estaban «*formalmente*» bien, pero que habían sido escritos «*de espaldas*» a la verdad que realmente contenían. Cuando Montero intentó defender su trabajo entendió que las figuras de sus textos habían sido máscaras, mecanismos de defensa levantados debido a su temor de decir lo que en verdad lo había impulsado a leer y a hacer poesía. ¿Me daba cuenta? Montero había descubierto que podría trabajar desde esas máscaras y evidenciar ese temor. De pronto la debilidad de su trabajo era su mayor fortaleza. Y él estaba siendo el primer testigo de ella.

—Siento que los últimos poemas vienen desde otro lugar —me decía, y miraba todo desde lo que parecía otra dimensión—. Como si se gestaran en un sitio que no está localizado en mí.

Le costaba entender a cabalidad las cosas que me decía Montero pero estaba realmente capturado por el estado en que lo veía, la manera particular en que conducía su vida y que no se parecía en nada a la mía. Me contaba que dormía en desorden, digamos cuatro horas, y luego se despertaba y escribía, y luego dormía, también veía películas, o revisaba libros, o salía a la calle y veía la tele, pero todo en función de los poemas de su libro, como si estos se hubieran convertido en una cámara a través de la cual miraba el mundo y se relacionaba con él.

Al día siguiente de ese encuentro, cuando trabajaba en las agendas de Ocio y veía a Ferrero concentrado en leer sus novelas, sentía rabia y felicidad de conocer algo tan intenso y tan distinto de aquello que rodeaba mi vida y me preguntaba si sería real que Montero escribía un libro. Lo visité varias veces para comprobar si era cierto aquello, y acompañé como pude su proceso, leyendo sus poemas en el orden en que pensaba publicarlos y proponiéndole la mejor interpretación posible de ellos. Cuando escuchaba mis ideas, Montero inmediatamente las comparaba con las que, días atrás, le había dado el poeta Jorge Ramírez Zavala, y yo recuerdo que sentía a la vez un deseo urgente de conocerlo y también de agarrarlo a golpes. La oportunidad se daría finalmente una de aquellas noches, y de manera contrariada. Montero y yo estábamos sentados en los sillones de su salita conversando sobre el posible título del libro cuando la empleada de la casa le avisó que alguien lo llamaba. Montero levantó la extensión del teléfono y después de escuchar la voz del otro lado del auricular solo pronunció la palabra «*Jorge*». Después de eso su rostro se transformó. Se limitó a escuchar y a asentir. Cuando colgó tenía los ojos casi vacíos.

—Es Jorge —me dijo, como si los tres fuéramos amigos—. Algo muy grueso. Otra vez. Tengo que ir para allá.

Montero subió a trancos a su habitación, bajó con las llaves del carro y abrió la puerta del estacionamiento de la casa para salir a la calle. Trepamos a su auto, que se desplazó velozmente por la avenida Aviación, y yo estaba por decirle que se detuviera en Javier Prado para tomar un colectivo a mi casa cuando de pronto, por un motivo que aún no alcanzo a entender pero que asocio con el miedo, él me pidió que lo acompañara. Recuerdo que le dije que sí por inercia, pero cuando lo vi conducir nerviosamente y a una velocidad que jamás acostumbraba me arrepentí al instante. ¿Adónde íbamos? ¿Para qué? Montero no puso música, como otras veces. Cogió la avenida Javier Prado, manejó indiferente a los otros autos y a los avisos luminosos y una vez que pasó la Vía Expresa me preguntó si podía guiarlo a los alrededores de la avenida Tacna, en el centro de Lima. Le dije que sí. Y si alguna utilidad tuve aquella noche fue esa. Le indiqué cómo tomar Petit Thouars y cómo alcanzar 28 de Julio y Wilson, y por qué calles enrumbar para entrar a jirón Ica, que era adonde debía ir. En cierto momento me di cuenta de que Montero jamás había ido a la casa de Ramírez Zavala y sentí un extraño alivio al descubrir que, al menos en ese aspecto, su amistad se parecía a la que tenía conmigo.

—Ahí está —dijo de pronto, a unas cuadras de atravesar Tacna. Y se preparó para bajar.

Desde la oscuridad de lo que parecía una pequeña capilla colonial empotrada entre casas muy antiguas, la silueta recortada de quien debía ser Ramírez Zavala salió a la luz cuando vio que en el carro de Montero venían dos personas. Montero se bajó y se acercó a él. «Pensé que venías solo», dijo Ramírez Zavala, o eso me pareció escuchar. Se llevó un cigarrillo a la boca y se adentró de nuevo en la oscuridad. Montero lo alcanzó y ambos se alejaron unos pasos del carro. Todo era como la escena de un sueño turbio. Vi a Montero bajar la cabeza mientras Ramírez Zavala le decía cosas al oído y accionaba violentamente su brazo derecho, evidentemente molesto, aunque no sabía si era por mí. En un momento ambos miraron hacia mi lugar. Tuve deseos de dejar el carro e irme, pero hubiera sido grosero, de modo que salí y estúpidamente tomé uno de los asientos de atrás. Era todo lo que podía hacer. Los dos conversaron un instante más y después Ramírez Zavala se recostó contra la pared de una casa y reclinó la cabeza hacia atrás, como si estuviera exhausto de algo. En cierto momento Montero lo sacudió y ambos caminaron hacia al auto con las miradas enterradas en el piso. Se subieron. No hubo saludos, por supuesto, ni buenas noches ni nada, como si yo fuese un ser invisible. Apenas podía entender lo que estaba pasando.

—Dices que es por Carabayllo —dijo Montero, accionando el contacto.

—Sí, ahí. Es ahí adonde lo llevaron al muy hijo de puta —gruñó la voz de Ramírez Zavala.

Montero y él no intercambiaron una palabra más, pero Ramírez Zavala chupaba con encono su cigarro. Montero conducía tratando de ocultar su temor. Su auto surcaba el puente Tacna y se adentraba en el Rímac bajo las indicaciones de Ramírez Zavala. Solo en un momento, mirando de vez en cuando el espejo retrovisor de la esquina derecha del auto, pude ver el rostro de Ramírez Zavala iluminado por las luces de aquellos postes altos y distantes del Rímac. En efecto, cada fogonazo de luz revelaba una expresión grave y a la vez una inapelable forma de belleza. Ya desde ese momento destacaban nítidamente sus ojos, que eran de un color miel que no se correspondía con la oscuridad. Cuando a través del espejo su mirada pareció depositarse en la mía, miré hacia otra parte.

El Civic azul se internó por avenidas oscuras de edificios renegridos y unidades vecinales amplias y débilmente iluminadas hasta que se detuvo en la esquina de un parque sin jardines. Del otro lado se veían las luces de neón de un local cuya naturaleza no se distinguía bien y Ramírez Zavala le ordenó a Montero detenerse ahí. Se bajó y abandonó el auto de un portazo. No quería

compañía. Su figura se perdía camino hacia el local. Montero suspiró en su auto y buscó cigarrillos en la guantera.

—¿Qué ha pasado? —le dije.

—Ni yo mismo lo sé —me respondió.

Quise preguntarle algo más pero no lo hice y me quedé callado. Montero hizo lo mismo y luego prendió su cigarrillo. Después de un rato habló, y su voz salió llena de humo y de resquemor.

—Será mejor que te vayas, Lisboa —me dijo—. Las cosas parecen ser más «*personales*» de lo que creía.

Me bajé del auto y tomé un taxi. No regateé precios. Cuando mi auto daba la vuelta para irse en dirección al centro, pude divisar que el local era una delegación policial y que de ella Jorge Ramírez Zavala salía caminando delante de un hombre mayor.

No hablaría de esa noche con Santiago Montero nunca más y no volvería a ver a Ramírez Zavala hasta cierto tiempo después, una mañana de fines de mayo en las afueras del teatro Segura, en el centro de Lima. El contraste casi me paralizó. Era una mañana lechosa y fría y yo había llegado apurado a las afueras del local para cubrir la conferencia de prensa de un músico brasileño invitado al Festival de Música cuando vi que alguien a quien no podía identificar me hizo un gesto de saludo que no atiné a responder. Me quedé extrañado por ese rostro, que era casi cinematográfico y al que no pude adjudicarle una identidad. De pronto, cuando en el salón de actos del teatro republicano, entre las preguntas que le hacían al músico y que yo anotaba como podía en mi libreta, vi a un fotógrafo que me resultaba familiar y reconocí después la frente despejada, la nariz firme y esos ojos tan claros y brillantes, sentí una vergüenza atroz por no haberle correspondido el saludo. Esperé pacientemente el final de la conferencia para acercarme a él y presentarme.

—¿Jorge Ramírez Zavala? —le pregunté entonces, en el *foyer* del teatro, con una voz que me sonó algo estúpida.

—Sí. —Fue todo lo que dijo.

—Soy Gabriel, Gabriel Lisboa.

—Claro, Gabriel…

Los dos nos quedamos mirándonos, sin saber qué decirnos.

—Montero me ha hablado mucho de ti —le dije entonces.

—A mí también de ti —me dijo.

Ramírez Zavala me sonrió, y yo a él, y ambos nos dimos cuenta de que no nos habíamos estrechado las manos. Me sorprendió el sudor leve de la suya,

su gentileza, y la manera en que sus ojos se mostraban ahora llenos de una serenidad de la que carecían la noche en que lo vi por primera vez. De un modo algo atropellado, tratando de remediar mi falta, le propuse almorzar y le dije que yo le invitaría. Él aceptó con la condición de que cada quien pagara lo suyo. Fuimos a El Carbone, frente al teatro, y tras pedir una cerveza conversamos por primera vez. Allí me enteré de que se había dedicado a la fotografía una vez que había dejado los estudios en San Marcos, y que pensaba retomar la universidad algún día, aunque no sabía cuándo. Como sabía hacer fotos había conseguido un puesto de reportero gráfico en el diario *El Sol* y en eso andaba.

—Montero me contó que escribes cuentos —me dijo entonces Ramírez Zavala—. Que eres narrador.

—Era —respondí.

—¿Cómo puedes dejar de ser narrador a los… cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—¿Cómo dejas de ser narrador a esa edad? —se rio Ramírez Zavala.

Intenté explicarme aunque no podía evitar cierta sensación de torpeza. Había escrito un par de cuentos, pero desde hacía buen tiempo no ocurría nada en mi vida que pudiera contar. Le dije eso pensando en todo lo que Montero me había contado de la suya. Luego le dije que en verdad no tenía la voluntad o quizás la vocación para ser uno de ellos.

—Al menos estás bastante mejor que yo —retrucó él, y pidió cigarrillos —. He intentado varios cuentos y jamás he terminado uno. No tengo la disciplina.

—Pero tú eres poeta —le dije yo.

—Esas son las calumnias de Montero —me respondió Ramírez Zavala.

No recuerdo con claridad sobre qué más hablamos esa tarde, pero es posible que haya sido sobre mi trabajo en *La industria*, el libro de Santiago Montero, el fanzine que él hacía con algunos amigos y que sacó de entre los rollos de películas que guardaba en su mochila. Había un texto suyo sobre Henry Miller, así que me lo obsequió, y yo me sentí muy mal de no tener nada que darle. Una vez que terminamos el almuerzo, nos sentamos frente al teatro Segura, en una banca al lado de la escultura del poeta César Vallejo, y prendimos cigarrillos. Solo entonces pude notar que había algo en la disposición de la frente de Jorge Ramírez que remitía a Vallejo de una forma bastante clara y recordé que Montero lo llamaba Cara de Poeta y lo comparaba con Federico García Lorca y también con Javier Heraud y no pude evitar sonreír. Ramírez Zavala notó rápidamente eso al advertir la presencia

de la escultura detrás de él y se sonrió también; después cruzó las piernas, frunció el ceño, colocó una mano como si estuviera suspendida por un bastón y se llevó la otra a la cara imitando el gesto del poeta de *Trilce*: eran idénticos, por Dios, eran exactamente iguales. Me empecé a reír bastante y él se esforzó mucho por no quebrar el gesto serio del vate hasta que en un momento no pudo más y desató su pose y se mató de la risa también.

—De verdad que Montero me ha hablado mucho de ti —me repitió, una vez que nos sosegamos.

—Igual a mí de ti —le respondí.

Me despedí de Ramírez Zavala con la promesa de leer su texto y de juntarnos alguna mañana o tarde para seguir charlando. De regreso a la oficina empecé a revisarlo mientras caminaba y lo encontré tan apasionado y vital que lo terminé mientras hacía mis labores de *Ocio* y al salir de la oficina corrí a Quilca a buscar libros de ese escritor, en especial el *Trópico de Cáncer* del que Ramírez había hablado tanto y que leí esa noche con el aliento entrecortado. Eso era una vida heroica, y eso era literatura. Tenía un gran deseo de hablar con Ramírez Zavala sobre aquel autor. ¿Había otros parecidos? ¿Su vida era así? No entendía cómo diablos no le había pedido su número telefónico o su correo electrónico.

La aparición de Ramírez Zavala, por cierto, sería el anuncio de una serie de cambios que estaban por acribillar mi vida y de los que no tenía la menor sospecha. Una tarde de fines de ese otoño, cuando Barraza y yo trabajábamos en la confección de las agendas, Gonzalo Ferrero se quedó mirando fijo la pantalla de su computadora y se llevó las manos al rostro como si algo atroz le hubiera sucedido. Pensamos en lo peor y nos quedamos mudos, pero entonces Ferrero me miró y me hizo el gesto desesperado de que me acercara a ver su máquina. Delante de mi rostro, y del de todos los que nos asomábamos, un correo electrónico de la Universidad de Brown, en Providence, le informaba que le habían otorgado una beca completa —*fellowship*, alcancé a leer— para estudiar en su departamento de Literatura Hispanoamericana. Nunca había visto el rostro de Ferrero transformado de esa manera ni una explosión emocional parecida. Fue la primera vez que nos abrazamos y la primera y única vez que lo vi abrazarse con Barraza. En ese momento me di cuenta de que parte de su concentración en la pantalla tantas horas se debía a la minuciosa preparación de su postulación a cinco universidades de ese país, tres de nivel Ivy League. Lo terminarían aceptando todas, sin excepción, pero ese día lo hacía la primera del máximo nivel. Ferrero continuaría la labor de crítico que había empezado en Lima y

también, me dijo, intentaría escribir allí su primera novela: había descartado el policial. Barraza y yo estábamos tan emocionados que no fuimos ni remotamente conscientes de lo que aquello significaba para nosotros.

Lo supimos solo unos días después, una tarde en que iba a almorzar con Barraza en el refectorio de la oficina y la secretaria de De Rivera le informó que su jefe lo llamaba a su oficina. Almorcé solo ese día, mirando con indiferencia mi táper de comida hasta el momento en que Barraza irrumpió en el comedor con el rostro totalmente desencajado y el aura de quien ha recibido una pésima noticia. Sí, lo habían ascendido. Era el nuevo editor de Ocio y recibiría casi el doble del sueldo que ganaba en ese momento.

—Ya no vas a trabajar conmigo —me dijo, abriendo nerviosamente su comida, que seguramente ya estaría abombada como casi siempre—. De Rivera me dijo que busque dos redactores, uno en reemplazo mío y otro en el tuyo. Tengo que armar un nuevo equipo de cero, Lisboa —empezaba a quejarse Barraza sin preocuparse por mi suerte—. ¡Es para morirse!

Recuerdo que me paré inmediatamente y fui raudo hacia la oficina de De Rivera. Cuando ingresé a ella y vi su rostro me tranquilicé. De Rivera me invitó a tomar asiento.

—Estuvo bueno de escribir agendas —me dijo de pronto, con la sonrisa beatífica de un padre que está por darle a su hijo las llaves del carro por primera vez—. Queremos leer tus historias, que sueltes esa mano. Vas a integrarte a partir de enero del próximo año a *Semana*, ¿entendido? En estos meses quiero que ayudes a Barraza a armar el equipo nuevo de Ocio y a cerrar las ediciones. Ya sabes, es algo desordenado.

—Perfecto, Francisco —le dije, mirándolo con un gesto que seguramente me era imposible reprimir y parándome para irme a celebrar con Barraza.

—Ah, por cierto —me dijo, antes de que abandonara la oficina—. Desde agosto ganas como un redactor de *Semana*. Felicitaciones.

Despedimos a Ferrero una tarde que recuerdo con claridad, una velada en la que Barraza deshizo por completo la mesa del chifa de la calle Capón al que fuimos y se comió a preguntas a Ferrero sobre su nueva vida en los Estados Unidos. Ferrero respondió todas sus preguntas, resolvió todas sus dudas sobre la edición de *Ocio*, que no eran pocas, y en cierto momento, seguro motivado por la ocasión, se animó a decirnos a ambos las cosas que nunca creímos que nos diría. A mí me iría mejor de lo que yo creía en *Semana*; en verdad le habían gustado mucho mis notas y mis críticas de arte; para Barraza también tenía solo elogios. Si se ordenaba un poco, si se concentraba, le demostraría a De Rivera que podría desempeñarse como

editor. En verdad habíamos sido un equipo «*de lujo*» todo ese tiempo. Eso dijo. Cuando ya salíamos a caminar tras la comida me hizo prometerle que no dejaría de leer y de escribir esos cuentos sobre mí y sobre mi familia y me prometió que me enviaría fragmentos de su nueva novela si se lo permitían sus estudios en los Estados Unidos. Aquella vez nos despedimos casi de noche, y creo que todos cuidamos de no mostrar más afecto del que realmente sentíamos por el año que pasamos juntos. Una vez que Ferrero se fue, Barraza y yo nos fuimos a tomar como condenados.

A mí la ausencia de Ferrero me causó un vacío, pero también abrió una nueva etapa llena de promesas y de cierto tipo de libertad para todo lo que me quedaba vivir ese año en *La industria*. Barraza era un jefe atormentado y su desorden era intolerable, pero resultaba cómico sin parar y su vulnerabilidad solo provocaba ternura. Me sentí más que bien siendo su escudero durante esos meses y de servirle de apoyo en los cierres de la revista. Escogí con él a los dos redactores que cumplirían las funciones que hacía tan solo unas semanas habíamos realizado él y yo, y lo asesoré como pude para que ejerciera mano dura sobre ellos y no perdiera autoridad. Iba a mis clases de inglés en las mañanas y almorzaba con Barraza con la nostalgia anticipada de que pronto nada iba a volver a ser lo mismo. El nuevo sueldo, además, me permitió no solo colaborar con la canasta familiar de casa sino también darme el gusto de sacar a mis tíos a comer, llevarlos al cine, invitarles café y postres, llegar a la casa con esos vinos de los que el tío Emilio hablaba tanto. También me compré algo de ropa —un par de camisas, dos *jeans* en liquidación, zapatos— y fui desechando lentamente las chompas tejidas a mano por mi tía y los polos con marcas de gaseosas o de cervezas que tío Emilio me había regalado desde la universidad. Un día ingresé a una librería y me compré libros, algunas de las novelas de las que había escrito Ferrero. Durante esos meses mi inglés mejoró y mi estado de ánimo también, seguramente porque me fue relativamente sencillo cancelar la deuda que tenía con la universidad. Creo que llegué a ser feliz, o al menos a sentir de nuevo que una luz prendía en mí y que el año que vendría sería espectacular y que ya me vengaría del destino. Pensaba mucho en *Semana*. Leía la revista minuciosamente, imaginaba temas, estudiaba el estilo de los demás redactores y secretamente iba definiendo qué tipo de reportajes podría tocar y cómo los escribiría. De pronto sentía una enorme confianza en mí y me sentía perfectamente capaz de trabajar en esa revista y de aportarle algo realmente significativo. Contaría historias, aunque no fueran mías: aprendería a escribir historias de otras

personas mientras esperaba a que me pasara «algo» que algún día pudiera transformar en un cuento.

No volví a ver a los amigos de Santiago Montero hasta el día de la presentación de su libro, un evento pequeño y muy sentido que se llevó a cabo una noche de noviembre en La Noche de Barranco y a la que acudieron algunos familiares de Montero, varios amigos de la universidad, algunos poetas y Jorge Ramírez Zavala y el Niño Cabeza de Cojín. Cuando llegué al sitio vi a ambos en una mesa, y decidí sentarme junto a un grupo de estudiantes que había llevado cursos de cine con Santiago. Luego de las intervenciones de los comentaristas y del propio autor, algunos de nosotros acompañamos al poeta a su casa de Higuereta para celebrar. Yo tenía mucha ilusión de hablar con Jorge Ramírez Zavala y curiosidad por saber cómo era el Niño Cabeza de Cojín.

Nos desplegamos en la sala grande de la casa, entre los cuadros de la madre de Santiago, y no bien empezó la reunión empecé a conversar con Ramírez Zavala y de paso intercambiar algunas frases, todas neutras, con el Niño Cabeza de Cojín, que me fue presentado como Bruno Lorente, y que de pronto, colocado ahí entre los muebles de la sala, parecía menos intimidante que en los días lejanos del taller de Parra, aun cuando seguía en la misma postura de mirarlo todo en silencio y con los ojos fijos de un asesino a sueldo, sin abrir la boca para casi nada. Al principio Montero puso música, sacaba cervezas de la cocina y hacía comentarios un poco para todo el mundo, pero con el paso de las horas, y la gente que se iba despidiendo, empezó a realizar una serie de bromas con sus amigos a través de un código diferenciado y entonces me di cuenta de que entre los tres existía una camaradería que yo ni remotamente sospechaba. En cierto momento se fueron todos y cuando quedamos los cuatro Santiago nos hizo entrar a la salita de recepción, a cuyo tapiz Lorente llamó «*el césped azul de la locura*». No sé cuánto más tomamos, ni de qué manera, porque en cierto tramo de la noche la cerveza se acabó y salimos a comprar otros tragos en las licorerías de Surquillo, ya no recuerdo cuáles. Lo que sí recuerdo es que a cierta hora vi por primera vez a Lorente sonreír y en otra abrazar a Jorge Ramírez Zavala como si fuera su hermano, y decirle un montón de cosas que solo ambos entendían. No sé por qué no me fui. Supongo que porque no me sentía menos amigo de Montero que ellos. De manera que Santiago se vio forzado a traducirme el calibre de las bromas y después Ramírez Zavala me contó cómo se había hecho amigo de Lorente: en un tiempo habían vivido juntos en el Rímac, y Ramírez Zavala había sido muy amigo del hermano mayor de Bruno, Juan Carlos, que

también era poeta. En algún momento la familia se había ido del barrio, y no pararía de desplazarse hasta llegar a la casa de Camacho en que vivían ahora, y a la que un día Juan Carlos invitó a Ramírez Zavala, luego de reencontrárselo en una reunión del barrio. Aquella vez le dijo que su hermano Bruno escribía poemas, y Jorge los había leído y le habían parecido espléndidos, solo que para tener más criterio les recomendó hablar con Santiago Montero. Aquella mañana en que los vi en la universidad se habían conocido, y poco a poco empezaron a andar los tres, como verdaderos amigos.

Al llegar el amanecer seguíamos despiertos con toda la fuerza de nuestra edad y entrada la mañana, sin duda porque era nuestro único tema en común y ya era inevitable conversar de algo que nos enlazara, empezamos a reírnos como locos del taller de Parra. De pronto, doblado de la risa, Montero se animó a recitar apelativos de los miembros del taller más representativos. ¿Se acordaban de ellos?: los poetas químicos, el Jabalí, la Poeta del Cuerpo, los poetas dark, ¡Malatesta! Todos nos estábamos retorciendo debido a las anécdotas del loco de Malatesta cuando de pronto Lorente dejó de hacerlo, ladeó la cabeza hacia un lado y le preguntó a Montero con una cara de palo cómo era que le decían a él.

—¿A ti? —se rio Montero, tratando de esquivar la pregunta—. A ti no te llamábamos de ningún modo.

—Montero —dijo Lorente; todos nos quedamos pegados mirando su rostro de lado, sus labios rectos, su frente tan amplia y su dedo índice señalando fijamente a su interlocutor—, nunca serás respetable para mí si no me dices en este momento cómo diantres es que me llamaban a mí.

Montero nos miró a nosotros con un gesto que no podíamos precisar si era divertido o aterrado.

—Dímelo.

—Bueno —trató de articular Montero—, te decíamos el Niño…

Después tomó aliento y finalmente se animó.

—El Niño Cabeza de Cojín.

Todos nos quedamos mudos.

—¿El Niño Cabeza de Cojín? —repitió entonces Lorente, y nos miró a todos con el gesto neutro de una estatua—. El-ni-ño-ca-be-za-de-co-jín.

—…

—Es genial.

—¿En serio?

—Genial. ¡El Niño Cabeza de Cojín!

Ese fue, ahora lo veo, el gesto fundacional de la actitud que durante mucho tiempo distinguiría al Conciliábulo, pero nadie lo sospechaba en ese momento. Al principio la actitud de Lorente nos pareció rara, pero después, cuando empezó a desbordarse y a hacer el gesto de un asesino en serie cada vez que alguien intentaba llamarlo por su nombre o por su apellido, nos pareció auténtico. «Díganme *el Niño Cabeza de Cojín*», nos decía Lorente. O también: «Para ustedes *el Niño Cabeza de Cojín*».

De él nació la iniciativa de irnos a ver el mar esa mañana. «*El Niño Cabeza de Cojín quiere ver el mar*», dijo de pronto, hablando de sí en tercera persona, y a Montero no se le ocurrió mejor idea que recomendar La Herradura, ese balneario añoso y pequeñito más allá de Chorrillos en donde algunos poetas peruanos habían ido a libar y a escribir poemas peruanos que hablaban del mar, de la arena fría, de la pérdida, de todas aquellas cosas de las que escriben normalmente los poetas peruanos. Me uní pese a que no era tan amigo de dos de ellos, quizás porque a esas alturas no había forma civilizada de salirme de lo que tuvieran que hacer juntos, o porque ya no les importaba. Aún los puedo ver subirse al Civic de Montero y a Lorente llamarlo «*el corazón azul de la locura*», llegar a eso de las once o doce al lugar y distinguir varios restaurantes y bares vacíos, arrojados a lo que parecía la indiferencia de un día de invierno. Se animaron por el último de ellos, el más corroído por la humedad de la sal del mar, y al ver que se llamaba El Nacional, Ramírez Zavala les recordó que ahí Zavalita y su hermano se habían tomado unas cervezas en un pasaje de *Conversación en La Catedral*, de modo que era un buen bar para hacer lo mismo. Los puedo ver perfectamente ahora, casi como si se tratara de una película. El carro de Montero estacionado, mirando a la arena, la tarde herrumbrosa de noviembre, la playa desierta, y los tres jóvenes que también son poetas acercándose a un bar que les parece contener una historia que también aguarda por ellos, subiendo sus escaleras con la extraña alegría de estar vivos, de haberse conocido y de tener menos de veinticinco años, alcanzando la clásica terraza en donde observan, pintados sobre las paredes, a un gran tiburón saliendo del mar y a una mujer en bikini que mira hacia ellos, hacia las verdaderas olas neutras del mar de Lima, la mesa de plástico blanca, las dos cervezas al polo, los ceniceros y los cigarrillos: Santiago Montero, Bruno Lorente y Jorge Ramírez Zavala.

Aquella fue la tarde mítica en la que los cuatro estuvimos por primera vez juntos, unidos por la falta de sueño, el frío y la adrenalina que nos había generado la presentación del primer libro escrito por alguno de nosotros. No

sé cuánto tiempo pasamos ahí ni cómo fue que volvimos a nuestras casas. Solo recuerdo que nos quedamos mirando el mar largo rato mientras fumábamos cigarrillos, y que nos reímos del absurdo de ver de pronto, o de creer que veíamos, la imagen surreal de un mono vagando por la orilla de la playa, chillando como un loco a las olas encrespadas y luego mirando melancólico la figura de un barco a lo lejos. Algo ocurrió en esa tarde pero luego lo ignoramos. Nos fuimos como quien sale de una simple resaca, sin la menor idea de que seríamos amigos, de que formaríamos una especie de familia y de que no dejaríamos de volver a El Nacional en todos los años que vendrían y que nos arrojarían a golpes contra la vida que nos aguardaba del otro lado como si fuera un mar embravecido. Al menos así fue hasta la tarde, todavía lejana, en que Jorge se iría para siempre de Lima y nos dejaría solos, librados a nuestra fortuna. Pero eso pasó algunos años después.

5

El de 1999 fue un año decisivo para mí. El año del despegue. Desde que llegué a la primera reunión de *Semana*, en enero, y Francisco de Rivera me presentó a los demás como nuevo redactor de la revista y todos me saludaron con gestos que me parecieron cálidos, sabía que algo se había disparado definitivamente. Porque desde el primer momento en que me senté en esa mesa blanca supe perfectamente lo que tenía que hacer y cómo tenía que hacerlo. Conocía perfectamente a todo el equipo que la componía; reconocí los rostros de los redactores y los colaboradores de aquella primera reunión y podía explicar claramente qué ámbito de la realidad tocaban en su trabajo, en qué áreas de la información se habían especializado y cuál era su lugar en la revista. Allí estaban todos, sentados a la mesa y escuchando atentamente a De Rivera durante esa primera reunión: los cuatro redactores fijos, a los que me sumaba yo: Pedro O'Riordan, el encargado de los temas de política y seguridad que parecía más el guardaespaldas de un mandatario del primer mundo que un periodista peruano; Tatiana de la Piedra, que abordaba los temas más álgidos sobre ética y ciudadanía y tenía una opinión formada sobre todo; Diana Sisley, que cubría pausadamente, como en mitad de una sesión de yoga, temas de arte, surf y decoración, y Samuel Canales, el loco de ojos desorbitados y febriles que parecía saberlo todo de cultura pop y escribía con un sentido del humor y una amoralidad realmente desequilibrantes. A ellos se sumaba una *troupe* de colaboradores que más parecía salida de un centro de rehabilitación psicológica o de una nave de locos: Amalia Saravia, una mujer con imagen de alienígena que aportaba temas sobre ovnis, desaparecidos, brujas y fenómenos extranaturales; Jaime Rosales, un viajero que no se sabía en qué maldito momento viajaba porque se la pasaba en la revista como si fuera un redactor fijo; Ramón Gastaldo, el colorado fortachón con rostro de muñeca que por razones que todos desconocíamos vivía obsesionado con los temas penitenciarios y de reclusión; Jiménez Franco, el despistado periodista ligado a avances científicos y artículos de divulgación que escribía bajo unos lentes tan gruesos que hacían desaparecer todos sus rasgos y se sonaba la nariz con sus medias, y Marcela Graña, una anciana de casi cien años que a veces visitaba a De Rivera para proponerle temas sobre ciertas casonas bellísimas que iban a ser demolidas, balcones que se caían, una Lima que desaparecía para siempre. El centro de esa corte de los milagros era, por

supuesto, el propio De Rivera, que estaba convencido de que para tener los temas más diversos y novedosos en una revista era indispensable reclutar seres excéntricos y balas perdidas lo suficientemente *freaks* como para ver el mundo desde perspectivas fuera de lo común.

—A ver, Gabriel, ¿qué historias tienes?

Desde la primera reunión, y durante el tiempo que fui redactor de la revista, De Rivera me formuló los pedidos siempre de esa manera, dejando claro qué esperaba de mí. Yo llegué a *Semana* con la firme voluntad de darle eso que él demandaba. Desde la primera reunión, en que ofrecí una nota sobre esos fotógrafos de parques antiguos que, en plena era de la imagen digital, aún trabajan con esas máquinas paquidérmicas llamadas «*minuteras*», lo surtí siempre de historias de la calle, de crónicas llenas de transpiración que aportaban a la revista el toque de esquina y pintoresquismo suficiente para contrastar las notas serias de política y las más chics de modas y artes que la revista también ofrecía. En un momento cobré conciencia de que yo vivía en Santa Anita, a la orilla de la carretera Central y casi en los límites de la Lima tradicional, y que ese era el espacio idóneo para descubrir las mutaciones de la ciudad, así que empecé a encontrarme temas en todo aquello que veía en las calles de mi barrio. Cuando empezaron a escasear empecé a consultar diarios populares y a ver televisión con la intención de encontrar material residual que, desde un enfoque nuevo, pudiera convertir en historias interesantes. Algunos meses después de haber entrado a la revista los demás redactores, en especial Tatiana de la Piedra, que siempre tenía información sobre casi todo lo que ocurría en todos lados, me ofrecían ideas para artículos que yo podía cubrir porque estaba «en mi perfil». Así fue que me hice de un nicho claro y solo mío en un medio tan competitivo como era la revista que dirigía De Rivera.

¿Qué aprendí en *Semana*? No a escribir, en esencia —eso ya lo sabía hacer y no del todo mal—, pero sí a contar una historia: a describir a gente de verdad, sitios reales, a generar atmósferas con las palabras, reproducir olores, sensaciones que yo mismo sentía ante lo que tenía delante de mí, y también a reconocer materiales, y a usar puntos de vista, tiempos narrativos, enlaces entre aquello que veían mis ojos y que narraba escénicamente y aquello que me contaban las fuentes y que trataba de forma concisa y resumida. Y también descubrí el sentido de una ciudad que era mucho más grande e intensa y fabulosa de lo que yo había imaginado jamás. No vale la pena recontar lo que me costó escribir esos textos, ni los cierres de edición que padecí todos esos meses: allí, refundidos en los archivos de *Semana*, sin valor

alguno ahora, todos esos artículos, como les ocurre a casi todos los textos periodísticos, duermen el sueño de los justos. Lo que sí me interesa decir aquí es que durante los recorridos de toda esa época hice las cosas más variadas y extrañas posibles. Con la fuerza de mis veintitrés, y luego de mis veinticuatro años, recorrí la ciudad como un predador voraz. Pasé un fin de semana en la playa de Agua Dulce y Pescadores tratando de entender por qué la gente se metía al agua con ropa y zapatos; recorrí las discotecas salvajes de Ate, las del centro de Lima, las del Callao y del bulevar Retablo, en Comas, para vivir los excesos bizarros de una generación de nuevos limeños que reivindicaba su originalidad y su locura; visité un barrio de chamanes en las afueras de la ciudad y salí con ellos a los cerros de Ate, de madrugada, escuchando sus invocaciones sacrílegas a Satanás; compartí rituales luciferinos al filo de la medianoche con satanistas adolescentes en las huacas de Pueblo Libre y Magdalena; participé de los sepelios del profeta Ezequiel Ataucusi junto a una serie de barbudos salidos de la Biblia en Cieneguilla y esperé con ellos el fin del mundo; asistí como jurado a las finales de un extraordinario Concurso de Feos en la ciudad de Imperial y acompañé a un batallón de *drag queens* en sus tropelías por la noche de Miraflores y San Isidro. Me veo también en Villa El Salvador acompañando un día entero al feliz ganador de una noche en limusina con la *vedette* Susy Díaz; en las alturas de Pamplona, recorriendo cementerios clandestinos en busca de los sepultureros más baratos del país; en la ciudad del Cusco, persiguiendo las huellas de un cura apóstata al que su pueblo había encerrado en una parroquia para evitar que los dejara por orden de la Iglesia; deprimido en las fiestas de los adolescentes dark de Lima; y finalmente en una serie de sitios peligrosos a los que la prensa difícilmente se animaba a ingresar: la Huerta Perdida, en Barrios Altos; la Mar Brava en el Callao; el cerro San Cosme. Allí, junto a un fotógrafo liso y dos policías que temblaban más que nosotros, bajé una vez cerca de las seis de la tarde por un callejón de unos cinco metros de ancho entre un centenar de hombres astrosos y totalmente chuceados que escupían cerca de nuestros pies y piropeaban a los policías que caminaban alertas con las manos cerca de sus pistolas.

No solo hice ese tipo de temas, por supuesto. De Rivera jamás me lo hubiera permitido. Ahora sé que en parte lo hizo para balancear la variedad de contenidos de su revista, pero en parte también para salvaguardar mi integridad física y emocional.

—Viejo, ¿estás deprimido? —me preguntaba en plena reunión, después de escuchar un nuevo tema mío, más marginal, *kitsch* y peligroso que el anterior.

—No, Francisco, para nada.

—Me sigues presentando temas buenos, pero luctuosos… ¿Te has dado cuenta de que está por llegar la primavera?

De Rivera enarbolaba sus dientes impecables. Todos los demás en la mesa blanca se doblaban de la risa.

—¿Cómo voy a invitar a mis lectores a disfrutar de la estación con un artículo sobre rezadores de cementerios?

—A lo mejor para «*el día de los muertos*» —decía yo, ya riéndome con él.

—No, viejo. Escucha atentamente —decía De Rivera mirando de soslayo a la gente que se empezaba a divertir de lo que iba a decir—, hay un tema perfecto para ti y nunca mejor que en estos días…

De Rivera se detenía y entonces yo me preparaba para el disparo entre las carcajadas de los demás.

—Mira. Hay una feria divina de flores en San Isidro. ¿Te imaginas? —De Rivera era divertido. Era innegable—. Quiero fotos bellísimas de rosales, gladiolos, crisantemos, orquídeas; quiero ver a cholas preciosas cuidando rosas; rosas de colores muy distintos, ¿ah? Rosas rojas, amarillas, rosadas…

De Rivera tenía eso. Siempre me obligaba a cambiar de aires, a dejar una seguidilla de temas espeluznantes para entrevistar a una modelo profesional, mandarme a un desfile hiper *fashion* o una delicada muestra de tacitas de té. Con el tiempo entendí claramente qué era lo que él deseaba del periodismo. O al menos qué esperaba de él. Una vez, cuando mirábamos las posibles imágenes para «*abrir*» un artículo mío sobre «*La Costa Verde desconocida*», la franja de la costa limeña pobre que incluía esa zona peligrosa del Callao llamada Barracones y que era habitada solo por vagos, matarifes y locos sin suerte, él decidió «*abrir*» con una foto que a mí no me parecía mostrar la esencia de mi nota o al menos el riesgo que supuso mi cobertura. Había demasiadas fotos desgarradoras e intimidantes como para elegir esa imagen medio cursi que mostraba una casita humilde de Magdalena con vista al sol poniéndose sobre el mar. Le porfié a De Rivera su elección. Entonces él miró la pantalla.

—Mira bien, Gabriel —me dijo, con la paciencia de un padre—. Mira esos geranios ahí en esos tarritos al lado de la casa: ese es un hecho estético entre gente que vive una vida difícil, y que pese a las adversidades, a lo mal que la pasan, se otorgan un momento de belleza, de ilusión. ¿Lo ves? Uno puede ser muy pobre, pero no por eso se va a privar de una hermosa vista del crepúsculo y de la presencia de los geranios, que son flores muy humildes

pero capaces de otorgarle belleza a una tarde de sol mientras tomas el té y conversas con alguien a quien quieres, ¿no crees?

Me quedé callado mirando la imagen junto a él, como si ambos estuviéramos frente al mar.

Acabo de escribir esto y me digo que posiblemente por eso *Semana* fue lo que fue. La hacíamos bajo esa actitud, en un clima constante de algazara colectiva apenas destemplada por la risa estruendosa de De Rivera que siempre nos hacía temer un infarto o un atragantamiento. Éramos un grupo de chiquillos que no llegaba a los treinta años y que orbitaba alrededor de él para armar la revista que él soñaba desde que proponíamos los temas en la mesa blanca hasta que mirábamos juntos la carátula del número e imaginábamos los rostros de los editores y redactores de la competencia. Fue en esos momentos de trabajo colectivo que a mí me pareció notar que, acaso por mi historia personal, que él conocía, o por mi trabajo, De Rivera se dirigía mucho a mí cuando formulaba sus ideas sobre qué era una revista y cómo es que debíamos conducir la nuestra. A veces pienso si no sería también porque De Rivera me veía como un garante de su pasado antes de *La industria*. Cuando a veces en las reuniones nos contaba anécdotas exageradas sobre los inefables cierres de *Proceso* y la gente dudaba francamente si creerle —él hablaba de ventanas rotas en pleno cierre, peleas a puñetazos en las salas de la redacción, personas a las que de pronto había sorprendido con la máquina de escribir por encima de sus cabezas a punto de arrojarlas al vacío— siempre se apoyaba en mí como el testigo de esas épocas «*gloriosas*». Yo, por supuesto, le decía sí a todo, incluso a anécdotas que habían ocurrido en los años ochenta, cuando en realidad recién acudía a mis clases de escuela primaria, y cuando la reunión terminaba, aprovechaba para contarles a mis compañeros las cosas que yo mismo había visto en *Proceso* y en las que Vegas era un personaje central: les encantaba escuchar una y otra vez cómo trataba a los diseñadores de la revista y la manera en que se fugaba del edificio de la redacción las noches de cierre bajo aquellos gritos del director que se perdían en la madrugada de Lima.

Fue precisamente en relación con Vegas que De Rivera me mostró la valoración especial que empezaba a manifestar hacia mí. Una vez llegó a la reunión con la idea fija de hacerle la carátula de esa edición a Saúl Vegas, que finalmente había dejado la sección política de *Proceso* para convertirse en la voz más importante de la radio peruana.

—Lo entrevistas tú, Lisboa —me dijo delante de los demás—. El gordo tiene pésimo humor a veces, pero a ti te tiene mucho cariño.

—Encantado, viejo —me respondió Vegas por teléfono, cuando lo llamé —. Encantado de conversar contigo.

Me preparé para aquella entrevista como para un examen de admisión: fui al archivo de *Proceso* a pedir material de Saúl y conversé con varios de sus amigos. Aún recuerdo esa tarde perfectamente. Fueron cerca de tres horas de charla imparable de la que salió una entrevista de siete páginas que muchas personas me comentaron durante los días siguientes a su publicación e incluso algunas semanas después. El mejor artículo que haya escrito yo para *Semana*. Bajo otra posición —ahora sí desde cierta horizontalidad que me permitía mi lugar de entrevistador— me atreví a hacerle a Vegas muchas preguntas frontales, algunas incómodas y algo entrometidas, pero él atendió cariñosamente todas mis imprudencias y las absolvió con bastante franqueza, erudición y enorme sentido del humor. No exagero si escribo que fue su última gran lección, y un acicate para lo que me tocaría vivir. En un aparte de la conversación, cuando ya había apagado mi grabadora y él posaba para el fotógrafo de la revista con una copa de vino en las manos, disparó el dardo que seguramente tenía preparado para mí desde que lo llamé por teléfono para concertar la cita:

—¿Has *escrito* algo ya? —recuerdo que me dijo.

—Aún no, Saúl —le respondí, sabiendo con algo de vergüenza que evidentemente no se refería a mis crónicas.

—Pues tienes que dejarte de huevadas y *escribir*, viejo —me dijo—. El periodismo te va a matar. Nos va a matar a todos.

6

Por comentarios como los que generó aquella entrevista a Vegas, y otros más propiciados por las crónicas que publiqué durante esos años en *Semana*, me empecé a dar cuenta de que comenzaba a tener un pequeño reconocimiento entre los lectores de la revista y entre algunos de los colegas del medio periodístico. De pronto había empezado a tener conciencia de mi posición como alguien que «*escribía*», y aunque estaba lejos de hacerlo como me había planteado Vegas, empezaba a preguntarme si acaso no tendría ya un cierto «*estilo*» que enlazara mis artículos, una manera particular de ver las cosas, de trabajar las escenas de mis historias, o de acometer los arranques y los cierres de mis narraciones. Después de haber pasado por la criba inmisericorde de Ferrero durante un año, había depurado de tal manera mi estilo que Ordinola no tocaba mis notas y yo empezaba a despachar mis asuntos directamente con De Rivera. Después empecé a rebelarme. Cada vez peleaba con más insistencia con él por los espacios que me ofrecía para escribir mis historias y le mostraba mi malestar cuando él, mucho más maduro que yo, me decía que no todo era «*nuevo periodismo*»; no todo era Capote, Wolfe y Talese.

Mi vida como redactor de *Semana*, además, me empezó a sacar mentalmente de la casa de mis tíos, a descubrir gente muy diferente de mí, a cambiar mis hábitos de vida e ingresar definitivamente a mi década de los veinte. Como un efecto colateral de mis correrías periodísticas por la ciudad, empecé a frecuentar bares, tabernas y *pubs* en los que no habría imaginado estar y a someterme a situaciones que me parecían propias de las pocas novelas salvajes que había leído. Todo era útil para medir el pulso de la ciudad, para construir una mirada de ella, para recoger nuevos temas para la revista, y siempre me decía esas cosas cuando —primero tímidamente; después sin remilgos— salía a experimentar como podía las calles de la inmensa capital. El horario impredecible de *Semana* me obligó a dejar las clases de inglés, y la dinámica de los cierres y las salidas hacía que llegara al diario entre las once de la mañana y el mediodía y que me apareciera en casa de mis tíos, sorprendidos por la carga de mis horarios y mis obligaciones, a horas realmente prohibitivas. Estaba encarrilado en una forma distinta de respirar la realidad, y en esa nueva dirección le empecé a brindar a mi cuerpo

todo aquello que le había negado durante tantos años. Había un nuevo tipo de conocimiento que había intuido lejos de los libros y estaba hambriento de él.

En esa nueva etapa de mi vida reapareció, cómo no, la figura de Gerardo Barraza, pero muchas de aquellas peripecias las asocio a Samuel Canales, el único redactor de *Semana* que era tan joven como yo pero que vivía con total frenesí su momento y su edad. Recuerdo la primera vez que lo visité en su casa de la calle Joaquín Turina, en San Borja, donde almacenaba una colección de discos que bordearía los cinco mil álbumes, entre vinilos, casetes y cedés dispuestos en columnas maniáticamente distribuidas en toda su habitación al lado de una biblioteca de libros entre los que destacaba una cantidad desbordante de publicaciones sobre *rock*, especialmente los libros del crítico Lester Bangs, por el que Canales tenía una devoción casi religiosa. Fue en esa casa, tratando de escuchar inútilmente un solo surco completo de algún disco porque siempre Canales tenía otro tema mejor que mostrarme y datos que brindarme sobre nuevos grupos y bandas paralelas a ese grupo, que fumé marihuana por primera vez. Desde entonces salíamos debidamente colocados al Sargento Pimienta y a El Dragón de Barranco, a los sucuchos miraflorinos de las calles Porta y Berlín, en Miraflores, y a una serie de antros inubicables donde la gente que recién acababa la universidad o la que aún estudiaba salía a compartir mesas, puchos y otras sustancias en las noches febriles de aquellos años en que todos se articulaban para protestar contra un Estado que sospechaban turbio y autoritario. En todos esos espacios, bajo esas luces artificiales y la particular percepción del tiempo que me descubría la yerba, Canales me parecía el amo y señor de la noche, el tipo que conocía y saludaba y abrazaba a una cantidad desbordante de adolescentes, que conocía a casi todos los músicos de todas las bandas alternativas de Lima. Fue junto a él, durante esas noches, que yo empecé a sentir por primera vez en mi vida una forma de liberación del deber, una capacidad para hacer lo que hacía todo el mundo, sea tomar cervezas de pico en Sargento, saludar a las amigas de Canales y a las amigas de otros chicos amigos de Canales o conocer pasadizos extraños y oscuros donde se organizaban fiestas alternativas y huecos que jamás cerraban antes de las cinco o seis de la mañana. Barranco era una zona liberada en esos años, un espacio en el que todo podía suceder y en donde el trago, el sexo y las drogas se ofrecían como frutas maduras para quien las quisiera.

Nosotros amábamos Barranco. Una vez que escribíamos las leyendas finales de las fotos de nuestras notas y las revisábamos en papel, ya al tope de la madrugada, Canales, Barraza, yo y los fotógrafos de la revista y también

otros redactores del diario a los que iba conociendo nos lanzábamos como lobos nocturnos a poblar esos espacios de la noche. Sentíamos como una segunda sangre a esa hora, un despertar de ciertos sentidos con el golpe del tabaco y de la cerveza y también de la yerba en nuestros organismos. Y entre las luces, y la bulla, y los gritos y los pogos, yo sentía que era el encargado de escribir las historias de la calle de la revista más leída del país así como Canales era el encargado de los sofisticados perfiles de las estrellas masivas que todo el mundo le comentaba esas noches y ambos imaginábamos que teníamos un espacio que nos pertenecía en aquello que Canales llamaba «*la escena de Lima*» o en alguna entidad similar, aunque no lográbamos precisarla con claridad. En esos sitios me encontraba con otros colaboradores de *Semana* y con amigos de esos colaboradores, y después todo era chupar entre ellos y con ellos, escuchar la música y gritarla, encontrarse ebrio mil veces en la barra del Sargento pidiendo más botellas de cerveza y abrazado con quien fuera hablando de los artículos que publicábamos y de los pocos libros que se editaban por esos años, y también ver a la gente de las universidades desde el refugio de los puchos que a esas alturas de la noche prendíamos al revés y de las chelas que pagábamos con rabia o una extraña energía y dejarme arrastrar por la música, y poguear, y escuchar a esos grupos ininteligibles en vivo en la salita del fondo del Sargento y cantar las canciones a toda voz y seguir tomando y en ciertos momentos de euforia abrazar a alguien a quien aprecias y decirle que esperas una novela de él y escuchar que él te dice que la espera de ti, o a veces es conocer a alguien nuevo que de pronto escucha tu nombre y habla bien de tu trabajo y cerrar los ojos y negar con la cabeza, haciéndose el humilde, y luego seguir embriagándose y al final llegar a arrojarse a la cama en la casa pensando si eso era verdad, si lo que escuchaste era cierto y luego formularse tímidamente la posibilidad de especular qué pasaría si uno se animase a escribir, a escribir aquello que sentías muchas veces a esas horas, porque durante aquellas noches, viendo luces y gente con la cabeza reventada, abrazado a una persona que te escupe involuntariamente al hablarte y alaba tus textos, era difícil engañarse y decirse que uno no quería escribir, claro que querías, pero de pronto todo se formulaba de un modo impreciso, como la prolongación de un deseo obturado, o confuso, y tú ahí en medio de las luces, viendo a esa chica delgada agarrar con alguien y de pronto querer escribir sobre ella agarrando con alguien pero al mismo tiempo con ganas de abalanzarte sobre ella y agarrártela también. Y después era abandonar el lugar y mirar la ciudad ya azulada por la mañana desde un taxi que se desplaza penosamente por la

carretera Central hasta Santa Anita y pensar con angustia cómo despertaríamos mañana, cómo cubriríamos esa comisión de la tarde que saldría quizás en la carátula de *Semana* el sábado siguiente y llevaría el cintillo con tu nombre grande, aunque ello con el paso de los meses te interesara cada vez menos.

Quiero imaginar si en algún momento pude prever que las cosas serían como son ahora: yo finalmente a mil pasos de aquellas noches y contándolas en una novela, de algún modo realizando esa magia, imposible entonces, de convocar lo que veían mis ojos y de reproducirlo y darle vida. Supongo que no. Como en aquellas noches me hubiera resultado imposible recordar mis ilusiones de ganar los juegos florales, los proyectos fracasados de las películas innovadoras que planificábamos con Montero, los sueños de llegar a ser algún día un cronista que escribía en *Semana*. Todo lo que vivía esas noches parecía el sueño invertido o la negación de aquellos primeros años. La vida, afuera de la universidad, era dura y violenta: había que trabajar y ganarse el sustento y solo quedaba embriagarse y vivir escondido y lejos de los sueños. Montero había escrito y publicado su libro. Qué bien por Montero. Tras aquella madrugada en La Herradura lo dejé de ver y supongo que de alguna manera fue porque su vida me decía cosas feas de la mía, porque lo envidiaba y por lo tanto prefería vivir lejos de él: el poeta que escuchaba música en su casa y casi no salía y vivía abocado a su oficio y a su creación. Bah. La realidad era algo más difícil y yo me raspaba todo el tiempo con ella, o al menos eso me decía. Yo quería vivirla escapando del mundo ideal y por ello hiriente de Santiago Montero. Digamos que lo conseguí hasta la noche del viernes en que reconocí en una esquina del Sargento Pimienta a Jorge Ramírez Zavala.

Aún puedo verlo de perfil, el vaso descartable en su mano izquierda, la nariz recta, los ojos cristalinos, la mano derecha tomándose la frente para limpiarla, la media sonrisa con la que se separaba de todo el mundo. La entrada del Sargento, el enorme patio entonces abierto al aire libre, los parapetos de madera en el centro y las mesas ubicadas en los flancos estaban casi llenas de gente. Yo ya estaba algo ebrio cuando lo reconocí. Pensaba si Ramírez Zavala escribiría sobre todo eso que nos rodeaba y lo haría mejor que yo cuando volteó hacia mí y ambos nos sonreímos y luego nos acercamos como lanzados por un mecanismo automático para darnos un abrazo. Recordábamos esa mañana memorable en La Herradura, claro, y recuerdo que después yo le pregunté torpemente qué hacía ahí. Ramírez Zavala me mostró

un paquete abultado que tenía debajo de los pies y me informó que era su equipo fotográfico.

—Salgo de edición —me dijo—. En verdad *me escapé*.

—¿De *El Sol*? —le pregunté entonces—. ¿Cierran tan tarde?

—De *Proceso* —me aclaró—. Ahora trabajo allí.

—Yo estuve un tiempo ahí —le dije.

—Lo sé —respondió.

Es probable que en el ambiente sonara Iggy Pop, o Pulp, o Rolling Stones, los grupos que siempre ponían en el Sargento. Luchando contra la música de esas bandas, Ramírez Zavala me contó que había llegado a *Proceso* por cuenta de su «*padrino*». Víctor Chacaltana. Chacaltana le había hablado al director de un muchacho al que podrían foguear en la revista como lo foguearon a él.

—¿Lo conoces? —me preguntó, al ver la expresión de mi rostro.

—Claro, claro que sí.

Chacaltana era, en efecto, el fotógrafo referencial de la revista. Como casi todos sus reporteros gráficos, había llegado a *Proceso* sin saber nada del oficio, y había sido capacitado a la fuerza en los mismos laboratorios de revelado de la revista hasta los cuales llegaban los alaridos del director pidiendo planchas de contacto para ilustrar los artículos de la siguiente edición. Se tuvo que formar en la calle, cubriendo todo tipo de comisiones, editando su material por pura intuición y recibiendo a mansalva los insultos del Ogro —sí, él también tuvo que recoger sus fotos del suelo, adonde el director las arrojaba cuando no lo satisfacían—, solo que desde un inicio, a pesar de los primeros traspiés, Chacaltana había mostrado un talento visual y un sentido de la oportunidad fuera de lo común. Muchas de sus imágenes habían capturado momentos claves de la historia del Perú reciente. Se contaban muchas historias sobre su capacidad para retratar ebrio y encontrar en esas condiciones el ángulo justo a una escena histórica y salvar con ello el tiraje de su publicación. Yo había recibido el premio de trabajar con él las veces en que me encargué de hacer notas grandes para la revista y tuve la oportunidad de verlo en acción. Sabía de su ritmo de producción, de la increíble cabeza que tenía para soportar las curdas más violentas, de su capacidad para salir airoso de comisiones demandantes con muchas malas noches encima y de su conocimiento de primera mano de músicos criollos, cafiches, putas y otros personajes de la noche a los que frecuentaba luego de los cierres. Y precisamente a su lado, ansioso de experiencias, con sus libros

de poesía en el bolsillo, Jorge Ramírez Zavala estaba adquiriendo una educación turbia y envidiable.

—Una vez acabamos despertando en una calle del cerro El Pino, ¿lo conoces?

—No, aún no —le dije.

—Un lugar sobre el que deberías escribir una crónica en *Semana*.

Me di cuenta de que Ramírez Zavala también me había leído y seguramente por ello me animé a contarle mis experiencias en *Proceso*. Los dos hablamos frenéticamente de los cierres, del director, de la tía que servía caldos de gallina a las seis de la mañana para los redactores y laboratoristas y diseñadores, y en cierto momento, su mano sobre mi hombro, las dos cervezas fueron cuatro, y luego seis, y cada uno iba a pedirlas entre el mar de gente de la salita del fondo, llegando como sea a la barra a fijar la vista a duras penas en los rostros de los Beatles que lo miraban a uno desde las paredes del bar. Yo no salía de mi asombro ante esa faceta de fotógrafo de Ramírez Zavala, y me sorprendía de que no escribiera en *Proceso*, que no hubiera nadie ahí capaz de descubrir su talento. Era increíble. Y se lo dije. Increíble. Después de un buen rato de seguir discutiendo, cuando ambos ya estábamos bastante zumbados y la poca gente que quedaba se retiraba del canchón del local como quien deja atrás un partido de fútbol, le dije que tenía ganas de seguir hablando con él.

—Hay un sitio aquí —me dijo—. Abre a las cuatro de la mañana y no cierra nunca. ¿Son más de las cuatro?

Así conocí La Linterna Verde, un espacio al que llegaban como náufragos todos quienes querían prolongar la noche y tenían la suficiente voluntad o la cocaína dentro del cuerpo para alargarla hasta el mediodía del sábado, o más allá. Detrás de un callejón estrecho por el que Ramírez Zavala me condujo, atravesando un patio y luego una reja, entramos a un sitio de luces pálidas y mesas arrumbadas en cualquier orden que nos acogió apenas. A esas alturas creo que ninguno de los dos tenía la menor duda de que estábamos sellando el inicio de una amistad porque ambos éramos capaces de presentir todo lo que visceralmente nos unía. No se trataba de *Proceso* ni de la literatura pero en ese momento estábamos demasiado ebrios para ponerlo en palabras. Por supuesto que ambos hablamos de Montero, de su libro de poemas, del día de la presentación y de la playa y de las reseñas que había obtenido, y en un momento yo le revelé a Jorge todo aquello que Montero me había dicho de él y él me contó todo lo que le había dicho de mí. No paramos de reírnos, pidiendo la siguiente jarra de cerveza. ¿Se habría imaginado realmente que

ambos teníamos el talento que él creía? ¿Hasta qué punto éramos solo el producto de su fantasía? Montero. Esa noche ni siquiera tendría la menor idea de que ambos nos embriagábamos en su nombre. Entonces Jorge me abrazó.

—¿Y escribes? —me dijo, amablemente—. ¿Piensas publicar también?

—Para nada —le respondí—. ¿Tú?

—Igual.

Hablamos mucho más esa noche. Del Niño Cabeza de Cojín, del periodismo, saltamos a repasar las cosas que nos gustaban y descubrimos todo lo que nos unía y que Montero no compartía: la salsa que escuchamos de niños, la chacota del barrio, los problemas con las chicas en los colegios estatales, las novelas de Vargas Llosa. Esa noche solo reparamos en el paso del tiempo cuando el *beeper* de Jorge sonó para alertarlo de una comisión que debía cubrir en tan solo un par de horas y yo quise estar en el pellejo de cualquier persona en el mundo menos en el de Jorge Ramírez Zavala. Ambos nos paramos como pudimos y salimos a duras penas del local de Barranco y nos dimos de bruces con la avenida Bolognesi y los carros del sábado y la revista *Semana* en todos los quioscos con la crónica que yo había escrito en carátula. No podíamos estar más ebrios. Así que nos quedamos en la esquina largo rato, yo diciéndole a Ramírez Zavala que no fuera a trabajar y él insistiendo en que sí podría hacerlo y después éramos los dos en La Linterna Verde escuchando el beep de su trabajo y luego él metiéndose en el taxi, los dos saliendo a la calle y él a punto de partir y después los dos enredados en un abrazo y luego es el carro que desaparece y después yo busco un pucho y camino solo y él despidiéndose de mí, gritando algo desde la ventana que no pude entender y después yo a duras penas por la avenida, con los pulmones destruidos de cigarrillos y con deseos de llamar a Montero para despertarlo y contarle que había estado con Ramírez Zavala y pensando a la vez cómo diablos podría volver a mi casa: hay que tomar un taxi, pagarle al conductor. Entonces no me acuerdo de nada más.

—¿Y llegaste a trabajar? —le pregunté a Ramírez Zavala algún tiempo después en casa de Montero, los dos sobrios y cómodamente instalados en el césped azul de la locura mientras el anfitrión servía las cervezas ante los ojos fijos de Bruno.

—¿Te imaginas? —respondió, sonriente—. Apenas llegué a casa vomité el alma. No me desperté hasta el día siguiente.

7

El siguiente encuentro con Ramírez Zavala se produjo algún tiempo después de aquella noche. Su incumplimiento laboral de aquel sábado complicó demasiado su situación en *Proceso* y ante los maltratos que empezó a recibir por esa falta Jorge decidió patear el tablero y buscar otro lugar para trabajar. Lo encontró en una revista especializada en temas de minería e industria. Tomaba fotos para esa publicación cuando, ante una queja de De Rivera por la ausencia de artículos más densos en *Semana* —esos textos que por lo general abordaban temas literarios o filosóficos y que el director llamaba, ante el estupor de todos nosotros, «*notas para leer*»—, yo le propuse su nombre como colaborador de la revista.

—¿Jorge Ramírez Zavala? —gruñó De Rivera.

—Sí.

—¿Es bueno?

—De primera.

—¿Ha leído mucho? ¿Tiene buena prosa?

—Estupenda.

Llamé a Jorge inmediatamente y se reunió con De Rivera una mañana que escapó de una comisión minera alegando problemas de salud. Hablaron cerca de veinte minutos, y a la salida el director ya le había aceptado una serie de artículos sobre libros y autores clásicos. Resultó inevitable que al conocerlo los demás redactores de *Semana* lo llamaran también Cara de Poeta y a mí me pareció espectacular cerrar algunas de mis crónicas callejeras en el mismo espacio en que él terminaba sus primeros artículos para *Semana* —los gatos que criaba André Malraux, los amores esquivos de Henry Miller, las depresiones de Malcolm Lowry, los agotadores cierres periodísticos de Roberto Arlt—, un grupo de textos que revelaban a un lector atento, que sabía engarzar con destreza los datos biográficos de los artistas con citas precisas de sus obras literarias y apuntes espectaculares y transgresores sobre sus vidas que eran el deleite de De Rivera. A veces compartíamos puchos Jorge y yo, y yo veía sus ojos traslúcidos sumidos en su pantalla mientras digitaba las teclas de su máquina con la suavidad de un pianista.

Esas colaboraciones en *Semana* coincidieron con el contrato que firmó Santiago Montero para trabajar como redactor en el suplemento cultural del diario *La Nación*, en donde empezó a publicar sus primeros textos sobre

poesía y artes plásticas. Había acabado la universidad y contra todo lo que suponíamos ingresó al mundo del periodismo porque encontró un puesto fortuito gracias a la recomendación del editor de su libro, que era poeta como él. Aquello me hizo entender que era inevitable que Montero se sometiera a las mismas presiones y responsabilidades que nosotros, y que lo que había logrado hasta ese momento era tan solo prolongar su estado creativo lo más posible. Ahora era uno más, lidiando también con el mundo real, y yo lo volví a sentir cerca de mí. Como la redacción de *La Nación* quedaba a solo unas cuadras de *La industria* —del otro lado de la Plaza Mayor—, eso permitió que de vez en cuando, cuando Jorge cerraba sus notas en *Semana* y trabajaba a mi lado, los tres nos juntáramos a tomar un café o a almorzar. En una de aquellas ocasiones, en uno de esos restaurantes cercanos a Palacio de Gobierno a los que yo llegaba escapando del resentimiento de Canales y de Barraza, Montero y Ramírez Zavala me contaron que Bruno Lorente había cambiado de nombre.

—¿Ya no lo llaman «*Niño Cabeza de Cojín*»? —pregunté yo, riéndome.

—No. Se hartó del nombre —dijo Ramírez Zavala.

—Ahora se hace llamar *Spanton* —decía Montero—. *El Niño Spanton*.

—O «*Su divina gracia el Niño Spanton*» —añadió Ramírez Zavala, y los dos rieron.

—Eso es cuando se pone más formal.

De modo que, me advirtieron, la próxima vez que nos juntáramos los cuatro tendría que llamarlo así, y yo tomé nota del asunto. Ocurrió una noche de entre semana. Jorge y yo acabábamos de cerrar nuestros artículos y Montero nos llamó para decirnos que Spanton estaba en su casa. De camino al encuentro, Jorge me contó cómo así había surgido el nombre que ahora Lorente usaba de manera compulsiva.

—Viene de un poema de García Lorca. El poema del Niño Stanton.

Los tres estaban sentados sobre el césped azul de la locura y a Jorge se le ocurrió decirle a Lorente que el personaje Niño Cabeza de Cojín le hacía pensar en el Niño Stanton de *Poeta en Nueva York*.

—¿Stanton? —se rio Montero—. «*Espanton*» será más bien.

Lorente miró a Montero con un gesto serísimo; pidió silencio y acto seguido se paró en medio de la salita construyendo el gesto perfecto de un torero.

—Spanton, locos. No Espanton. Spanton.

—Spanton —me repetía Ramírez Zavala en el taxi—. El Niño Spanton.

No hablé mucho a solas con Spanton aquella noche, o quizás nada, y así sería durante aquellas primeras reuniones en las cuales Jorge y Santiago cumplieron el rol de enlazarnos a ambos. No puedo decir que Spanton me resistiera, ni tampoco que la idea de un grupo de cuatro amigos no le resultara atractiva —en el fondo un grupo de cuatro patas le parecía más cercano a la idea que tenía de una banda de *rock*—, pero quizás por timidez, o por precaución, se tomó un tiempo para habituarse a mi presencia, observarme con los labios rectos y los ojos fijos, y de vez en cuando decir algo que contrastaba lo que yo decía. Yo iba descubriendo una dinámica que me antecedía, los sobrenombres estúpidos que se ponían entre ellos, el escarnio con que hablaban de sí mismos y de los otros, la manera absurda en que citaban con el mismo énfasis a un poeta de culto o al más cursi de los baladistas de la peor estación de radio romántica que hubiera en ese momento. Lo único que ocurrió con mi llegada fue que en cierto momento fuimos tantos que dejamos la salita de Montero para empezar a recorrer la ciudad. Fue precisamente Lorente el que propuso hacerlo.

—Spanton quiere ver gente —dijo él una noche en que la cerveza se acabó en casa de Montero y discutíamos si salir a comprar cigarrillos o no—. Se cansó de ver a mostros como ustedes.

Probablemente desde ese momento nos empezó a llamar a todos «*mostros*» —cuando se dirigía a uno solo prefería usar «*loco*»— y quizás ahí, o un poco antes, se empezó a dirigir a mí sin aprensiones. Hubo un momento en que la dinámica entre los cuatro prendió, y cuando eso ocurrió y nos arrojábamos a la calle, la ciudad y lo que pasaba en ella era apenas un marco en el que se inscribía el acto de estar juntos y de conocernos, indiferentes aun ante lo que teníamos delante de los ojos. Éramos unos niños, y a esas alturas creo que aún necesitábamos apoyo para pararnos en el mundo, estábamos tan débiles y solos como para no necesitar que otros validaran nuestros problemas, o quizás porque recién éramos adolescentes y ninguno había tenido jamás una pandilla de amigos que hubiera escogido y todos habíamos llegado tarde a la repartición de cofradías o fraternidades. Todo eso es posible y puede explicar la reacción química entre los cuatro. Porque es seguro que algo distinto pasaba cuando estábamos los cuatro juntos y ese efecto nunca más se podía reproducir si tan solo uno de nosotros se ausentaba: era como la certeza de ser mejor de lo que se era, o como la seguridad de estar realmente protegido y tener una familia de verdad. Entonces algo escénico se disparaba y de allí en adelante todo nos parecía delirante, porque «delirio», ahora que lo pienso y lo escribo, era una manera muy efectiva de ocultar las cosas más

duras y tristes que nos habían pasado o que aún sentíamos que nos pasaban, y era una forma de tomar debida distancia de aquello que nos dolía y que podíamos conjurar juntos si hablábamos de música y de poesía, si buscábamos «*chapas*» mejores y más sofisticadas para burlarnos de los otros y hacer leña y escarnio del árbol caído, si citábamos todo el día versos de poemas peruanos para referirnos a nuestra vulnerabilidad como si aquella fuese la única manera posible de nombrar el mundo, o de tocarlo.

Algunos meses después, sin embargo, Montero empezó a ausentarse de nuestras reuniones porque una tarde en que había ido a un recital a leer sus poemas había conocido a una chica realmente guapa que, sentada en la platea, llevaba sobre sus piernas una fotocopia de su libro surcada de subrayados y anotaciones. Se llamaba Viviana y estudiaba Filosofía en la Católica. Tenía la piel pálida, los cabellos negros y unos ojos encantadores, y desde que conversaron esa tarde, y Montero se enteró de que ella había incluso averiguado dónde vivía y había rondado su casa, empezó a salir con ella y se sumió en una espiral emocional que lo tendría a mal traer cerca de un año y que, tiempo después, él bautizaría como «*la montaña rusa del niñoloquismo*». Montero se desapareció. Y Ramírez Zavala se quejaba de esas ausencias hasta que él empezó a desaparecer también, por obra y gracia de una practicante y ahora colega del diario *El Sol* en el que había trabajado y que era una auténtica bomba sexual. Hubo días en que faltaron los dos.

Entonces fue que Spanton y yo, sin chicas a la vista ni historia sentimental posible, nos quedamos solos y acabamos conociéndonos, y solo entonces me fue permitido comprobar, por mis propios ojos, la unipersonal totalmente teatral que él era capaz de ofrecerle a alguien a quien consideraba su amigo. No bien nos juntamos un sábado en la noche cerca de la casa de Montero y entramos al Bembos de la avenida Benavides a ordenar algo de comida rápida, Spanton empezó a disparatar la noche, a delirar completamente todo lo que nos rodeaba. Recuerdo que ambos estábamos en la barra de pedidos y yo hice primero el mío: no sé, un sánguche «*alemán*» con mayonesa y «*salsa*» a nombre de Gabriel. Y después él, Bruno, o Spanton, o como decidiera llamarse, hizo el suyo, con el mismo rostro hierático de asesino que usaba otras veces, solo que esta vez a nombre de «*Asurbanípal*».

—¿Asur qué, señor?

—Asurbanípal.

—¿Asurbanípal?

—Asurbanípal, con tilde en la «í», ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Pero me puedes decir «*Asur*».

—Muy bien, señor.

—Asur, ¿okey? Pero solo si me hablas informalmente. En la orden debes decir: «*Señor Asurbanípal*».

A veces la trastada se la hacía a chicas que recién empezaban en sus puestos, y Spanton se lanzaba a larguísimas e infructuosas discusiones con los ordenadores de los sánguches sobre la manera correcta de deletrear su nombre, fuera «*Chandragupta*». («No Guta; Gupta, con "p", y es Chandragupta IV, no *V* ni *III: IV*»), «*Nabuconodosor*». («*Nabuco* para ti, guapa, o simplemente *Buco*») o Rasputín el Mediano.

—No el Mayor: el Mediano. Rasputín el Mediano. El Chico murió esta mañana.

A veces el muchacho de la caja se reía porque aquello no podía ser otra cosa que una broma, porque yo no podía contener la risa al saber que Spanton se iba a enfrascar en una bizantina conversación sobre su nombre ante la impaciencia de una serie de comensales que aguardaban detrás para pedir sus comidas, o por lo que fuera, pero cuando se reía y le hacía un gesto de complicidad a fin de que le dijera que *«Hiperión Gramatical», «Arquímedes»* o «*Heteróclito*» no era su nombre y sí Bruno, o Pedro o Juan, Spanton lo miraba con un gesto de piedra desde su enorme cabeza ladeada y levantaba su enorme mano derecha y despuntaba el dedo y señalaba al chico de la caja que se deshacía en disculpas: «Perdón, señor *Chandragupta*» o «Disculpe, señor *Hitler Alegre*».

—Por esta vez lo voy a pasar —decía Spanton—. Solo por esta vez. Y porque ya me ha pasado antes.

Spanton retiraba la bandeja, se sentaba conmigo, se reía de lo lindo en silencio un buen rato hasta que por los altavoces del recinto se escuchaba la cuidadosa voz de una señorita muy diligente: «Señor *Deng Tsiao Ping IV*, su pedido está listo», «Señor *Pol Pot*, su orden…», y Spanton, el Niño Cabeza de Cojín, se acercaba a la caja con el rostro más serio posible a recoger su plato.

Ese era Spanton. Hablaba usando distintas voces, representaba papeles, engañaba a todo el mundo en las aceras haciéndose pasar por quien no era y era inevitable a veces seguirle la cuerda, hablar en inglés cuando era un turista en un taxi en busca de «mujeres peruanas» o cuando hacía que en un restaurante le cantaran su feliz cumpleaños aun cuando no lo había cumplido. Esa primera noche hizo mucho de eso, y luego fuimos al Sargento para quejarnos de Ramírez Zavala y de Montero y a la vez mirar con dolor a las

chicas que llegaban ese día al local. A Spanton, como a mí, la realidad de nuestros amigos nos revelaba nuestra incapacidad ante el género femenino, la enorme dificultad que se nos imponía para acercarnos a una mujer y que Santiago y Jorge parecían no padecer. Spanton entonces me decía hablando sobre sí en tercera persona que siempre había sido un niño mongolito, un desadaptado que observaba cómo su hermano mayor se insertaba bien en el mundo real mientras él veía a los humanos, y sobre todo a las humanas, como animales de un universo que no le correspondía. Después me preguntó si a mí me pasaba lo mismo, y yo le dije que sí.

—Es por lo de tu cara, ¿no? —me dijo entonces, con gran seguridad.

—En parte —le dije, con ganas de prender un pucho y mirar hacia cualquier parte.

—¿Cómo te curaste, Lisboa? —me dijo—. ¿También con Roacután?

Recuerdo que me quedé mudo, y que después le dije que cómo sabía algo así.

—Es la única manera de curarse de eso —me dijo, llevándose las manos al rostro.

Nos quedamos un rato en silencio en nuestra mesa, viendo con indiferencia y después con algo de impotencia y de rabia a la gente que bailaba y que se abrazaba; a las parejas que se besaban. En cierto momento Spanton dijo con una voz teñida por el rencor que a estos sitios entraba solamente porque a ellos venían Montero y Ramírez Zavala, que se pescaban cueritos de vez en cuando, pero que él podría incendiarse con toda la gente que tenía dentro. A él le llegaba toda esa sarta de chicos careta, todas esas ridículas niñas *arties*. La verdad es que se sentía mejor en otros sitios, o eso es lo que creía. Entonces le dije, y en verdad lo sentía esa noche, que estaba completamente de acuerdo con él.

—Entonces qué hacemos aquí, loco —me dijo, con una voz de pronto distinta, como teñida por el vértigo—. ¿Has ruqueado alguna vez?

Algo nuevo se abrió aquella noche. Algo nuestro. Desde ese sábado, sin falta, ante la ausencia de los otros mostros, subidos al BMW que Spanton manejaba como un demente, nos internamos en las más arriesgadas incursiones por los extramuros de la ciudad, espacios que Spanton conocía muy bien y que había frecuentado siempre solo, a bordo de su carro de lujo. Primero las discotecas de San Miguel y de la avenida Argentina; luego los locales de Los Olivos y Pro, y después los antros del bulevar Retablo en Comas, y también los de Zárate, en San Juan de Lurigancho, y los del Callao, y los de Lince. Un cúmulo de imágenes se me aparecen cuando recuerdo

aquellos meses: los dos arrojando latas de cerveza a la calle, acelerando el carro y escuchando The Clash a todo volumen con ganas de estrellarnos contra el primer poste, mirando a la gente bailar en rucódromos de mala muerte atorados por la yerba, tomando sangría con un par de chicas rebuenas mientras los fuegos artificiales de Año Nuevo estallan sobre nuestras cabezas, entrando y saliendo de antros y burdeles y hablando con putas y escuchando con ellas Echo The Bunnymen en el carro de Bruno mientras cantamos «*The Game*» y fingimos ser otras personas o nosotros mismos pero con identidades cambiadas. Salidas todas en las que vivíamos la teatralidad al máximo, y en las que viendo a Bruno hablar con tantas voces que hacían olvidar la suya, a veces me preguntaba si realmente él deseaba ser él o dejar a toda costa de ser él, o al menos escapar un rato de su cabeza.

De los momentos en que hablamos en serio, supe que Lorente había cambiado la carrera de Derecho por la de Comunicaciones. Ahora que todos habíamos dejado los estudios y nos buscábamos la vida en la calle, él aún mantenía la vida protegida de un estudiante universitario consentido, dueño de las llaves del carro de papá y un escaso sentido —todavía adolescente— de la responsabilidad. Su vida se distribuía entre la poesía, que escribía cuando le venía en gana, el *thrash metal*, el cine gore y el triple X. Buena parte de su tiempo lo dedicaba a tocar batería en una banda que había formado con dos chicos de Comunicaciones de la de Lima con la que atormentaba a sus pobres oyentes en conciertos que siempre tendían al estropicio y que estaban compuestos por temas de treinta o cuarenta minutos que llevaban títulos tan caprichosos como «*Los hijos del Roacután*» o «*Spanton y las voces imaginarias de su mente*».

Yo los vi tocar varias veces a lo largo de los meses en los que paraba con él, durante toda esa primera mitad del año 2000, y a pesar de que muchos conciertos en Barranco o en Miraflores fueron memorables, el más impresionante lo dieron casi un año y medio después de que yo empezara a ser redactor de *Semana*. Para entonces Montero llevaba casi doce meses trabajando en *La Nación* y se había consolidado como redactor cultural, Ramírez Zavala escribía tantas colaboraciones en *Semana* que había abandonado su otro trabajo y ocasionalmente peleaba con Rosales el título de colaborador que parecía redactor fijo, y yo llevaba algún tiempo escribiendo notas cada vez más alejadas del relato callejero con el que me había iniciado en la revista: ahora entrevistaba también a políticos y a actores, realizaba informes sobre temas de actualidad y De Rivera me había encomendado escribir la sección «*Mordisco*», que era casi como el editorial de la revista,

una tarea que me permitió revisar directamente mis textos con él. Aquel concierto no lo olvidaré además porque coincidió con una de las noticias más importantes de aquel tiempo, o posiblemente la más importante. Era el cumpleaños de Spanton, y por ese motivo se habían dispuesto una serie de asientos en el enorme jardín de su casa. Ante un auditorio de cerca de treinta personas entre las que nos encontrábamos Ramírez Zavala, Montero y su chica y yo, Spanton interpretó su concierto más endemoniado y terminó prácticamente en pelotas. Se paraba sobre la batería y daba de alaridos y dibujaba poses cuando le gritábamos cosas como «*¡Spanton genio!*», o «*¡Spanton artista sin obra!*», o «*¡Spanton rockero de fin de semana!*». Al final, cuando soltó la baqueta y la regaló al público y se envolvió en una bandera del Perú, Ramírez Zavala me tomó del brazo y me dijo que tenía algo importante que decirme. Le pregunté qué pero solo atinó a agregar que me contaría más tarde. Olvidé el dato y me aturdí en alcohol, como correspondía en el cumpleaños de Spanton. Recién muy avanzada la noche, cuando todos se habían ido de la casa del santo —incluido Montero, que en algún momento discutió con Viviana y salió de la reunión de una manera casi imperceptible —, Ramírez Zavala se animó a contarme lo que tenía que decirme bajo la mirada atenta de Spanton.

—Soy el nuevo redactor fijo de *Semana* —le escuché decir; después levantó el vaso que tenía e hizo un brindis—: De Rivera me dijo hoy que se abrió una plaza entre los redactores y que quiere que yo la tome.

—Mierda.

—Voy a cubrir reportajes de la calle, notas de locos y lisiados, sitios peligrosos, la movida de Ate, el cerro San Cosme, drag queens —se reía de mí.

Recuerdo que nos abrazamos. Y que Spanton trajo más trago y nos lo alcanzó y puso sus brazos sobre nuestras espaldas.

—¿Y quién sale? —le dije entonces, pensando en los otros redactores fijos de la revista, tratando de adivinar quién había renunciado y por qué.

—Tú —me dijo Jorge—. Tú te vas.

En ese momento sentí que mi sangre se helaba y que recuperaba toda mi sobriedad. Sentí pánico, pero es verdad que resultaba francamente extraño que Ramírez Zavala me dijera eso con aquellos ojos llenos de luz y esa sonrisa en los labios.

—Ordinola se fue a otra sección del diario y De Rivera te ascendió, Lisboa. Me dijo que no te dijera nada pero no puedo guardármelo. Eres el nuevo editor de *Semana*. Mi jefe.

8

Aquella noche me metí una de las peores borracheras de las que tenga memoria, al punto de que casi me quedé dormido en el piso de la terraza de la casa de Camacho. Al día siguiente, una noche de sábado que desperté a duras penas en casa de mis tíos, fui a una cabina pública de internet y mandé un *mail* a mis tres amigos dando cuenta de los sucesos de la noche anterior —el concierto, la fuga de Montero, Spanton bailando «*Billie Jean*» de Michael Jackson, la curda sin nombre que atravesamos— a través de una crónica disparatada e hinchada de exageraciones. Fue como abrir una caja de Pandora. En los meses que siguieron, Spanton respondió a ese y a otros correos con una serie de mensajes electrónicos en los que, desde esa tercera persona que usaba habitualmente en nuestros encuentros, se dirigía a nosotros como a una suerte de rebaño: *«Spanton toma la palabra», «Spanton habla a los hombres», «Spanton sigue hablando a los hombres (porque las mujeres no quieren escucharlo)», «Spanton consulta los oráculos y avizora el fin de todas las cosas, incluido Spanton», «Spanton le habla a su propio Spanton, que no está atento»* fueron algunos de los títulos de esos *mails* en los que, con una prosa arcaica y extravagante, Spanton fue armando la historia de una secta de monstruos —nosotros— que atravesaba patéticamente los «*malhadados años veinte*». El deseo constante de sexo, la falta de mujeres, el poco talento, el autismo, la soledad y la pena eran sus temas. Pronto Ramírez Zavala y Montero entraron en las señas de esa retórica, y el resultado fue una cadena de mensajes de un alto poder creativo que me demostró hasta qué punto mis nuevos amigos tenían mucho más talento que yo para nombrar las cosas que nos sucedían y que yo no sabía cómo responder. Igual traté de no amilanarme y participar de la mejor manera del sentido del humor de esos *mails* pero, sobre todo, disfruté muchísimo leyéndolos. Durante los meses que vendrían tras el anuncio del ascenso, esas semanas oscuras en las que de una forma casi traumática me hice adulto, aquellos mensajes con extraños títulos serían como el espacio de evasión que me permitiría escapar aunque fuera un poco de todo lo que me estaba ocurriendo. El otro sería la casa de Cecilia, mi primera mujer.

Para cuando supe que de ahora en adelante sería la mano derecha de De Rivera tenía apenas veinticinco años y aún vivía con mis tíos, pero de cierta forma había perdido ya la motivación por las historias que escribía, todas de

mil o mil quinientas palabras, y que publicaba sábado a sábado en *Semana*. Sentía que empezaba a descuidarme en las coberturas y a repetirme en las formas de los textos, y muchas veces sentía desesperación al tener que cerrarlos tan pronto. Sé muy bien que si me hubiese mantenido de redactor en la revista hubiera terminado renunciando igual a la prensa para animarme a escribir algo de una extensión mucho mayor pero agradezco que el ascenso me haya dado una última oportunidad para aprender algo nuevo dentro del periodismo y para enfrentarme a un reto que de primera impresión me sobrepasaba y me obligaba a enfrentar lo que más temía de mí. Era un buen redactor y lo sabía, porque había trabajado años para eso, pero de pronto se trataba de comandar una nave que yo ni siquiera había imaginado conducir y que implicaba estar a cargo de más de veinte personas sin haberlo estado antes de absolutamente nadie, y también de suplir al propio Francisco de Rivera en caso de que faltara al trabajo o tomara vacaciones. Había sido el último en llegar a la revista y de pronto tenía que supervisar a un grupo de gente a la que había visto siempre de abajo hacia arriba y que, con la sola excepción de Canales, era toda mayor que yo. No me sentía en absoluto capaz. Era como esos capitanes jóvenes de las novelas de Conrad que asumen un barco de pronto y que más que enfrentar al mar se encaran con el océano secreto de su temor, sin tener idea de ello.

—Tu carrera parece meteórica, viejo —me dijo De Rivera la mañana del lunes siguiente de aquella borrachera en casa de Spanton—. No voy a ser yo quien la detenga.

El ascenso implicaba también algunos asuntos en los que aún no me había detenido. Para empezar me triplicaban el sueldo, y también adquiría la mejor computadora y el mejor escritorio del piso, salvo los de De Rivera. Rápidamente cambiaría mi relación con los editores de las otras revistas, y por supuesto con sus redactores y con los demás practicantes del pool de revistas que aún corrían para pelearse las computadoras cuando las desalojaban los redactores de *Semana*. Empezaría a almorzar en el Manhattan, ese restaurante de aire plácido y enormes ventanales al pie del edificio de la revista, me compraría ropa nueva —aunque bastante aburrida— y sobre todo muchos más libros de los que podría leer en años. Empecé a llevar a mis tíos a sitios que ellos tampoco hubieran imaginado, y a mandar un dinero a provincias con la dirección de mi madre. Empecé a generar ahorros.

De Rivera tomó sus decisiones. Quizás previendo ciertos problemas, había contratado a Jessica López, la menudita editora de la revista de orientación vocacional, para que me ayudara con la edición puesto que yo jamás había

editado. Jessica se sentó a mi lado durante esas jornadas, con sus dedos pequeñitos y esos lentes que ocultaban las pecas que poblaban su rostro, y rápidamente me sorprendió por la facilidad que tenía para escribir sobre lo que fuera en cosa de pocos minutos y para encontrar en un instante el titular y la bajada a los artículos. Solo Ramírez Zavala la superaba a veces, sentado a mi lado por pedido expreso mío, y dispuesto a auxiliarme ante cualquier eventualidad como el amigo que era.

Los primeros días en el puesto nuevo fueron totalmente fríos. Me tomó un tiempo convencer a los redactores de que podría ayudarlos a mejorar sus textos, y el ascenso trastocó mis relaciones con Canales y con Barraza, ya algo resentidos por la preferencia que mostraba por Jorge. Sentía una extraña distancia en Tatiana de la Piedra y en algunos colaboradores, seguramente inconformes con la decisión de De Rivera, y por dentro no podía evitar sentir angustia y temor. Era demasiado lo que debía saber y poco el tiempo que se me permitía para aprehender ese conocimiento, y por aquellos años yo no tenía los mecanismos internos que tengo hoy para perdonarme los errores que tenía que cometer como parte de mi aprendizaje. Tuve muchos, sin duda, y pensé bastante en Ferrero todas las veces en que trabajé aquellos textos que no eran míos. Al principio cometía gazapos asociados a la corrección gramatical más estricta, algunos de los cuales aparecían en los pliegos impresos de la revista y que generaban que Tatiana, que era lingüista de formación, moviera la cabeza de forma desaprobatoria al ver las ediciones. Me costaba lo indecible darles órdenes a ella y a los demás, llamarlos para que me aclararan algo, pedirles que se apuraran con la entrega de sus trabajos. Casi siempre me respondían sin mirarme a los ojos y con un tono de voz que me era difícil precisar. Cuando eso pasaba salía a caminar lleno de ansiedad y con el deseo de no demostrarle a nadie lo mal que me sentía, salvo con Jorge Ramírez Zavala. Me decía que no me iba a quebrar. Que tomaría nota del error y no lo volvería a cometer jamás. Pero entonces me equivocaba en algo completamente nuevo.

En esos días de enorme desgaste y sinsentido, cuando me sentía más vulnerable y solo, fue que apareció en mi vida Cecilia, la primera pareja que tuve y a la que me aferré durante un tiempo como un niño. Aparecer es un decir. Llevaba cuatro años conociéndola, o tratándola, desde que yo trabajaba en *Ocio* y ella era la encargada de prensa del Centro Cultural La Solitaria, pero por esos días irrumpió en mi vida de otra manera, y fue para quedarse a mi lado. La verdad es que no sé qué hubiera hecho sin ella.

Cuando volví a verla, Cecilia seguía conduciendo la prensa de La Solitaria, pero también llevaba la agenda de varios artistas independientes, a los que ayudaba a preparar carpetas y enlazaba con los medios. Era cuatro o cinco años mayor que yo, aunque no se le notara tanto. Había estudiado en Bellas Artes y en medio de la carrera había fundado ese centro cultural junto a varios alumnos de Artes de la Católica; había terminado abandonando sus estudios porque, según ella, Bellas Artes estaba podrida y porque deseaba ser testigo de aquella escena limeña que, estaba segura, La Solitaria ayudaría a construir. Durante el tiempo en que fui redactor de Ocio la vi muchas veces de día, cuando iba a buscarme por motivos laborales siempre con ese cabello espeso y negro que ataba detrás de las orejas y esos labios pequeños. Hablábamos brevemente en la salita de espera, adonde ella llegaba a darme los catálogos de las muestras de arte que manejaba, o la escuchaba a través del teléfono cuando la llamaba para que me brindara los horarios de la galería de su centro cultural. Casi siempre Cecilia me indicaba que venía una exposición muy interesante y me hablaba con emoción contagiosa de tal o cual artista. Durante aquella época solo una vez la vi de noche, y esa vez nos besamos. Fue en la inauguración de la individual de un videoartista. Llegué solo al lugar; con la misma sensación de desasosiego que siempre me asaltaba en situaciones parecidas. Como entonces bebía poco, no controlé la champaña, y me sentí tan cómodo con el artista y sus amigos, y con Cecilia, que en un momento, cuando escuchaba al padre del videasta hablar sobre la niñez de su hijo, Cecilia y yo, de un modo natural que a mí me sorprendió por completo, nos tomamos las manos sin que el hombre se diera cuenta y empezamos a jugar con nuestros dedos. De pronto yo le hice un cariño en la cintura y ella acarició mi espalda como si ya fuésemos pareja y luego de un rato ella me trajo más champaña y me sonreía de una manera que en ese momento encontré irresistible. Sin haber hablado, de pronto ambos supimos que queríamos dejar la muestra detrás y estar solos, y eso fue lo que al cabo de un rato hicimos, y apenas salimos del espacio físico de la galería, en una de las calles más estrechas de Barranco, empezamos a besarnos. Sucedió simplemente así. Como por arte de una magia para la que, por esos años, no tenía ninguna explicación posible. Por un momento olvidé las marcas en mi rostro y la besé largo y tendido cerca de la avenida Bolognesi, y después ella me condujo a su carro y lo manejó por la noche de Lima y me besaba muchísimo entre las esquinas, en cada paradero, y yo me imaginaba que era otro hombre, no yo, y alertado por el deseo empecé a acariciarle las piernas y las tetas, a besarle el cuello mientras trataba, al mismo tiempo, de luchar

contra una especie de temor innato, una sensación de extrañeza que no sabía determinar. De pronto, cuando enterraba mi nariz en su pelo negro, ella dijo algo que me aterró: «Me gustas desde hace mucho tiempo. Sabía que esta noche algo iba a pasar», y se echó a reír, cogida de su timón e iluminada por la luz de un poste. Yo me separé de ella y me reí también. La besé algo más, pero mientras avanzaba hacia ella sentía que lo hacía solo por el deseo de avanzar y que algo me sacaba de ese lugar. «Quiero llevarte a mi casa, Gabriel —me susurró—. ¿Quieres?». Entonces me pareció algo artificial escuchar mi nombre en sus labios y todavía más aquella oración que resumía su deseo. Ahí fue que no tuve respuesta alguna, que no dije palabra alguna. Que no entendí.

Esa noche, ya acostado en la cama de mi casa, y no en la suya, me era imposible saber qué era lo que había generado mi miedo hacia ella. Ella miró mi rostro —supongo que tenía un gesto de estupefacción, de miedo y de ganas a la vez—, bajó la vista, no se inmutó al escuchar las excusas vagas que le ofrecí —tenía clases de inglés, un cierre difícil—, y movió la cabeza de un modo que me resultó incomprensible. Hizo contacto, prendió el motor y condujo lo más rápido posible hacia su casa.

—¿Dónde quieres que te deje? —me dijo de pronto, con una voz que parecía pertenecer a otra persona, o a ella misma pero ante otra persona o en otra situación o en otra noche.

—En Larco está bien.

La próxima vez que hablamos por teléfono —una nueva exposición, la llegada de un grafitero, un cambio en los horarios de la galería—, Cecilia me hizo entender con claridad que absolutamente nada había pasado entre ella y yo aquella noche. Le fue completamente indiferente al tema, jamás se permitió una sola alusión a él, y fue tal su capacidad de dejarlo de lado que yo terminé por olvidarlo también, aunque muchas veces deseaba secretamente volver a esa noche y actuar de otra forma e ir con ella en su auto a su casa. Para cuando ya era redactor de *Semana*, y la había dejado de llamar por trabajo, empecé a verla en los espacios nocturnos a los que acostumbraba ir y ni recordaba aquello del beso de años atrás. La primera vez nos sorprendimos al encontrarnos, y yo de descubrirla igual de pálida pero con el pelo recortado ahora a la altura del cuello, lo que no permitía sujetárselo. Siempre nos saludamos cariñosamente, como los socios de información que habíamos sido durante tantos meses, y yo siempre sentía en aquellos saludos una sensación mutua de gran comodidad. La noche de viernes que la vi un par de semanas después de mi designación como editor en *Semana*, yo había salido sin plan

preciso a Barranco acompañado de Jorge Ramírez Zavala y de Alejandra Vinatea, la practicante del diario *El Sol* con la que hacía meses mantenía un vínculo sexual en estado permanente de ignición. La encontramos en una de esas mesas largas que la gente componía en el bar Juanito alineando otras mesitas de madera, pequeñas y redondas; estaba rodeada de una serie de artistas y exalumnos de la Universidad Católica, y como Alejandra conocía a varios de ellos, terminamos sentándonos allí. Cecilia fumaba cigarrillos y expresaba sus opiniones de una manera enfática y yo empecé a observarla con mayor detenimiento dentro del marco de paredes tapiadas de afiches de colores del bar y a la luz helada del espacio. En un momento me uní a sus ideas, con ganas irresistibles de hablar con ella, y luego compartimos cigarrillos y nos reímos muchas veces mientras los demás hablaban y de pronto cuando Jorge y Alejandra decidieron irse —estaba seguro de que para encerrarse en algún hotel o en la habitación de diez metros cuadrados que Ramírez Zavala había empezado a alquilar a una cuadra de la casa de ella, en Magdalena— yo decidí quedarme allí y Cecilia me sonrió. En algún momento estuvimos sentados juntos, y yo le conté los últimos cambios de mi vida profesional; en otro volvimos a tomarnos las manos debajo de la mesa y una vez más de una forma muy natural. Esperamos pacientemente a que todos se levantaran y de pronto, en un gesto que desconocía en mí, cuando ya se armaban los grupos para abandonar el lugar, me acerqué al oído de Cecilia.

—Esta vez sí voy a tu casa.

—Eres un imbécil —me dijo ella. Y se rio.

Cecilia vivía en un espacio de dos piezas muy amplias y una pequeña cocina en la zona más oscura de Miraflores, unos altos de madera en el techo de una casa muy grande a los que se llegaba a través de una escalera angosta y vertical sembrada de tarros de geranios. Ella dormía en un espacio algo desordenado, en el que destacaba un afiche con una pintura silenciosa de Hopper y una gran ventana que miraba a la calle macilenta de Enrique Palacios, por esos días casi siempre empañada de garúa. Fue en esa habitación donde me refugié muchas veces durante los primeros cierres desastrosos de *Semana* y también el lugar en que por primera vez hice el amor en toda mi vida, a la increíble edad de veinticinco años. Y si eso llegó a ocurrir se debió a que desde aquella primera noche en que permanecimos en la cama hablando en susurros y prendiendo cigarrillos, Cecilia no me sometió a presiones de ningún tipo y permitió de este modo que yo adquiriese lentamente la hombría que hasta ese momento no había podido articular en mí.

Siempre fue algo así como una estación de llegada. Hubo noches en que iba a su casa solo para tirarme a su lado en la cama y dejarme coger los cabellos mientras cerraba los ojos y escuchaba su voz suave, calmándome. Casi todo, durante aquellos encuentros, fue sobre mí, y ella, desde la distancia que guardaba de todo lo que me sucedía, se desprendió de sí misma para atender todas mis vacilaciones y dudas, para consolarme diciéndome que todo saldría bien, que confiara en el criterio de De Rivera. A ella le «encantaba» cómo escribía y estaba segura de que un buen redactor tenía que ser un buen editor también, que lo probara sin culpas, y que si no funcionaba, que me largara a *escribir*. Porque fue con ella, en esas múltiples ocasiones desesperadas en que terminaba sollozando en sus brazos, que llegué a la conclusión de que quería ser un escritor.

La situación que atravesaba en ese momento, imagino ahora, posiblemente le explicó a Cecilia por qué no terminaba consolidando una erección que me permitiera culminar las sesiones de inspección y reconocimiento que, con la curiosidad de un hombre y el terror de un adolescente, realizaba sobre su cuerpo de casi treinta años. Terminábamos desnudos y agotados, y muchas veces, sobre sus pechos, me echaba a gimotear por todo lo que me pasaba y sobre todo por mi incapacidad sexual para con ella, que me cubría con besos y me tranquilizaba. Una noche, sin embargo, habituado ya a mi desnudez y a la suya, desvelados por otra conversación sobre todo lo que me ocurría, simplemente sucedió algo que ella leyó como la consecuencia natural de una voluntad que se recuperaba de una estación depresiva o de enorme inseguridad. Era verdad que sentía que empezaba a tener tal control sobre las riendas de lo que editaba y que me sentía tan cómodo en esa cama muy suave mirando la ventana borrosa de la calle Enrique Palacios, de modo que de un momento a otro sentí un golpe de sangre en mí, y luego una forma de seguridad y de automatismo, y casi al instante, sin pensar demasiado, fui capaz de abrazar a Cecilia y de besarla sinceramente, y luego de penetrarla y de estar dentro de ella los pocos segundos que aguanté la fricción antes del orgasmo.

—Me agarras de sorpresa, Gabriel —me dijo, una vez que terminé y me la quedé mirando fijamente a los ojos.

La vi sonriendo, y ambos nos matamos de la risa. Y cuando la vi dar brincos sentada sobre la cama me di cuenta de que en verdad estaba completamente enamorada de mí. Y de que yo, en verdad, no sabía qué sentía por ella, pero igual estaba feliz. De todo lo que le dije esa noche, lo único que me guardé, por vergüenza, fue que aquella era la primera vez que estaba con

alguien y que ese acto era definitivo y me modificaba. Recuerdo que solo atiné a sentirme estúpido y maravillado, y que una alegría interior me iluminó y me hizo reír sin sentido. De pronto me ofrecí a ayudarla a cocinar algo y después, mejor aún, a salir a comer juntos, tenía ganas de celebrar. Me preguntó qué celebraríamos.

—He descubierto que seré capaz de editar *Semana* —le dije, mintiendo a medias, porque de pronto sí sentía que sería capaz de editarla.

—¿Y cómo así?

—No sé —respondí—. No tengo idea. Solo sé que seré capaz.

Las cosas pasaban a una velocidad distinta en el nuevo siglo y yo las vivía con el corazón acelerado. Todo lo que empezó a ocurrirme se lo contaba a Cecilia las noches en que la llamaba satisfecho desde la redacción, y cuando me iba a su habitación a hacerle el amor comprobaba una vez más mi deseo y la reciente posibilidad de materializarlo. Y también lo orgullosa que se sentía de mí. Me empezaba a acostumbrar a la nueva posición dentro del trabajo, a reconocer todos y cada uno de los momentos de la rutina, y a asumir que una segunda capacidad brotaba de algún lugar de mí y me permitía acertar en casi todo lo que pensaba y decidía. Todo empezaba los días viernes, cuando me juntaba con De Rivera y con O'Riordan a discutir los asuntos de política y actualidad y perfilábamos una lista de tres temas posibles para rastrear durante la semana. En algún momento O'Riordan se iba, y entonces De Rivera cogía la revista ya impresa y la repasaba conmigo. Allí, a veces de manera calmada, a veces algo exaltado ante un error garrafal —una foto mal ubicada, una repetición de soluciones visuales entre nota y nota, un juego tipográfico no conveniente—, De Rivera señalaba los errores de la edición anterior y me daba rápidas lecciones sobre la organización y presentación de una revista. «La revista debe respirar con distintas variaciones —me decía—. Debe ser como una sinfonía». Era como un taller de edición de revistas para un solo alumno y con prácticas en tiempo real en la publicación más leída del país, y De Rivera se convirtió en mi tutor personal: con él aprendí los criterios para reconocer una buena foto a secas, una buena foto abridora y una buena carátula, y también el lugar ideal de las fotos abridoras, la continuidad gráfica de los textos a doble página, el recorrido de las imágenes a través de las páginas. Salía de su oficina y ambos llamábamos a los redactores que esperaban en sus computadoras o en el pool de las máquinas libres y todos íbamos a la sala de reuniones. Desde mi nueva posición, a la derecha de De Rivera, veía a mis compañeros luchar por colocar sus artículos, y cuando el director aceptaba una nota y la escribía sobre el papel blanco que llevaba

consigo en el saco, yo hacía lo propio en una libreta e iba pensando rápidamente cuáles de ellas podrían cerrar esa semana, cuáles demorarían algo más, qué artículos habían quedado de la edición anterior y cuáles de ellos jugaban bien con los nuevos temas aprobados y cuáles tendrían qué cantidad de páginas. Una vez terminada la reunión, y cuando los redactores se iban a almorzar o a hacer sus primeros contactos por teléfono, mi trabajo consistía en armar el índice de la siguiente revista distribuyendo el orden de temas como piezas de un concierto o de una obra teatral, intercalando artículos de dos páginas con informes de seis y de tres para generar un «*ritmo*» a la vez que consideraba los días de cierre de cada pliego de la revista y la disponibilidad de los redactores para terminarlos en los plazos previstos. Para ello les consultaba durante la semana cómo iban sus comisiones y cuándo les convenía cerrar. Haciéndolo me di cuenta de que las cosas empezaban a cambiar. Un día Canales me bromeó sobre la extensión de su nota y ambos nos sonreímos. Otra vez Tatiana me solicitó gentilmente que le diera un día más para entregar una entrevista. Los demás me respondían mejor y me miraban a los ojos. El mismo De Rivera hacía menos objeciones a los índices que le presentaba y casi no debía rehacerlos. A las semanas los miraba complacido, sin hacer cambios, imaginándose con ilusión la siguiente edición de *Semana*.

Pero ni la primera vez que eso pasó, ni cuando una mañana de viernes, en su oficina, De Rivera vio la revista completa conmigo antes de la reunión y no hizo una sola atingencia sobre cómo estaba cerrada («Parece que finalmente has captado lo que es una revista, viejo», me dijo), sentí la alegría que experimenté la primera vez que edité impecablemente, y sin problemas, el texto político de apertura de Pedro O'Riordan. Si algún momento de la semana era temible, si algo hacía realmente difícil aquel trabajo, era pasar por la experiencia radical y peligrosa de cerrar con Pedro O'Riordan el último día de nuestra semana, los jueves por la noche. Pero yo era el editor de *Semana*. Y estaba obligado a hacerlo.

Para empezar los textos de Pedro eran los únicos que De Rivera deseaba leer sí o sí antes de culminar la edición, y a cualquier hora de la noche, y paradójicamente eran los que se entregaban más tarde. De lunes a miércoles la dinámica consistía en cerrar los artículos de la revista evitando los sobresaltos; había que tomar decisiones acerca del índice de *Semana* —y del diseño planteado por De Rivera—, en función del ingreso o la salida de los avisos publicitarios, y aunque las negociaciones con los redactores eran arduas, y siempre me obligaban a salir a la una o dos de la mañana, al cabo de

un mes empecé a tener control sobre la situación. Los jueves era completamente distinto porque O'Riordan entregaba su artículo de actualidad recién a las dos o tres de la madrugada y en casa De Rivera esperaba desvelado a que le alcanzáramos el material para aprobarlo. Nunca hubo forma de adelantar los tiempos. O'Riordan era el único periodista de investigación de la revista y sus métodos de trabajo eran completamente diferentes de los del resto de los redactores, y requerían un régimen especial. A las diez de la noche del día jueves, cuando ya se habían cerrado la carátula y las secciones de cartas, que yo respondía, y también el mordisco, el horóscopo y se habían revisado las pruebas, O'Riordan llegaba recién a la redacción como un toro de lidia agitado, cargando maletines y libretas y con dos celulares que sonaban a la vez. Y por supuesto no había escrito una sola línea. A partir de ahí todo consistía en esperarlo, en animarlo, en tomar café y fumar cigarrillos, en conversar con Jessica López durante el tiempo muerto y en prender velas a todos los santos y patronos del país para que Pedro O'Riordan venciera su cansancio y se entendiera con la sintaxis y el mar de datos e ideas que había recogido sobre su artículo y nos entregara a tiempo una nota que en términos formales fuera razonable. Lo dejábamos ser porque dependíamos enteramente de él, y lo veíamos sufrir contra el reloj, el posible sueño de De Rivera y su propio cansancio. Escribía en mangas de camisa y con violencia mientras atendía llamadas, contestaba la radio, se informaba de manera obsesiva de datos últimos que la coyuntura no dejaba de producir y trataba de desestimar los gritos que Mariela La Hoz, la lenguaraz diseñadora de la revista de pronto muerta de sueño, le arrojaba sin piedad. A cierta hora O'Riordan tendía a desaparecer de la redacción, de manera que en algún momento de la noche le montábamos guardia y lo obligábamos a comer a nuestro lado. Pedro, Jessica, Mariela y yo pedíamos alguna comida chatarra y nos embutíamos de café y Coca-Cola para resistir el cierre, y después de reírnos un rato y recordar anécdotas de cierres anteriores, obligábamos entre todos a O'Riordan a regresar a su asiento a cerrar de una vez por todas el maldito artículo. Cuando la noche había avanzado más, y Mariela La Hoz le empezaba a recordar a O'Riordan todo su árbol genealógico a gritos, y también a mí el mío por no obligarlo a terminar, O'Riordan soltaba su artículo y empezaba a luchar contra el gorro de su nota mientras tanto Jessica como yo nos lanzábamos sobre el cuerpo de su texto como un par de chacales hambrientos. Entonces empezaba la hora más tensa y vertiginosa de cada cierre de *Semana*. Se trataba de editar el artículo más largo y el más importante y el más inextricable en el menor tiempo posible y en el momento

en que más agotados estábamos. Mi cabeza se había preparado para esa hora u hora y media en que el texto de Pedro debía transformarse para llegar, intacto, a la pantalla de De Rivera. Las pocas veces que lo entregaba a una hora decente lo revisaba primero yo y luego López, pero las más de las veces el plazo nos obligaba a trabajar juntos y en voz alta: entonces atacábamos cada párrafo pulverizando todos los puchos disponibles y secando el café de las máquinas, corrigiendo y aclarando y moderando el estilo a ratos apasionado y a ratos admonitorio de O'Riordan; llenándolo de fuerza narrativa yo, y de salidas de lenguaje precisas Jessica, hasta el punto en que yo decidiera que se encontraba listo y se lo mandara por *mail* a un siempre desvelado y por entonces malhumorado De Rivera.

—Viejo, ¿a estas horas? —era el reclamo permanente del director a esas alturas.

Después de algunos minutos que nos parecían siglos, De Rivera llamaba a la redacción para que le aclararan algunos puntos que no entendía del texto, y entonces yo debía emprender una negociación telefónica con él sobre esos detalles puntuales que me desgastaba completamente. Algunas veces el sistema de internet se iba de la casa de De Rivera y había que leerle el texto por teléfono, cosa que yo hacía penosamente, casi con la modulación de un patético locutor de radio. De Rivera escuchaba en silencio del otro lado de la línea y a veces pedía que le repitiera algún segmento de lo que le leía, y luego de escucharme me decía que no lo convencía esa parte y entonces ambos teníamos que pensar en ese momento alguna salida para esos entrampes y esos segundos a mí me parecían interminables, me hacían sentir culpable y me generaban deseos de colgar el teléfono y volver a ser redactor, o de salir corriendo de *Semana* y refugiarme en el cuarto de Santa Anita o en la cama y en el calor del cuerpo de Cecilia.

Pero aquella noche imborrable que me toca recordar aquí nada de eso pasó, y estoy seguro de que tanto Jessica como Pedro y Mariela no la olvidarán nunca. Llevaba ya dos o tres meses como editor, y lo que teníamos ante nosotros era una crónica muy larga sobre los pormenores de la salida del país del corrupto asesor de inteligencia Vladimiro Montesinos y de su captura en Venezuela. Como en otras ocasiones, O'Riordan soltó su texto tardísimo y yo terminé llamando a De Rivera cerca de las cuatro de la mañana y a esa hora, completamente desvelado, sospechando lo que iba a pasar cada vez que dejaba atrás un párrafo y encaraba el siguiente, terminé locutando de corrido toda la sábana política de *Semana* sin una sola interrupción de mi jefe hasta el punto final. Cada frase era precisa, cada palabra estaba bien puesta y yo

mismo, al leer el texto en voz alta, me di cuenta de hasta qué punto el trabajo de Pedro, y el de nosotros editándolo, se había complementado como nunca antes. Cuando acabé solo escuché silencio del otro lado de la línea y la respiración satisfecha de De Rivera.

—Perfecto, viejo —le escuché decir—. Está impecable. Felicita a Pedro y a Jessica de mi parte. Nos vemos mañana.

Recuerdo que colgué el teléfono y miré a mis compañeros, que me rodeaban sin entender del todo lo que pasaba. Mariela, que ya tenía el diseño listo para recibir el texto, se acababa de acercar a mi escritorio también.

—Aprobó a la primera —les dije, de pronto completamente agotado—. Nos felicita a todos. Nos vamos a casa.

Lo que ocurre después de eso, la alegría que estalla entre cuatro personas solas en un ambiente desierto de oficinas y en plena madrugada, no estoy en capacidad de narrarlo bien. Aún veo el rostro de Pedro sonriendo y sus brazos abiertos y la facilidad con la que levanta por los aires de la oficina a la menuda Jessica; la carcajada inolvidable de Jessica, dando palmadas de alegría y saltitos coquetos. Y después los tres abrazados en medio del sitio, al lado de una mesa con restos de pollo. Y luego escucho las trompetas de la marcha triunfal de *Aída* que Pedro pone a todo volumen en su máquina y la figura de Mariela encajando el texto real en las páginas mientras Pedro y yo nos subimos encima de las mesas de la redacción y empezamos a bailar y a marchar sobre los muebles como dos guerreros después de una larga batalla. Esa jornada apenas si empezaba para nosotros, y todo era reciente en esa oficina y en todos los sitios del mundo, de manera que cuando corregimos pruebas y mandamos la edición salimos a emborracharnos todos juntos de la mano de Pedro O’Riordan, que solía recorrer todos los bares de Lima cargando diez kilos de maletas hasta la hora que fuera. Nada importaba esa noche. Solo que la gente se pusiera de pie en todos los sitios a los que acudiéramos y nos aplaudiera. Porque yo sabía que nunca más De Rivera observaría un texto editado por mí, y que por vez primera estaba calificado para comandar esa revista en su ausencia, si es que la realidad me forzaba a ello. Había perdido el miedo por completo.

9

—*Mail* de Spanton —me dijo Jorge, sentado a mi lado el siguiente jueves a mediodía, cuando estábamos metidos en el cierre de las cartas de los lectores antes de que yo redactara el mordisco y él terminara los test que acompañarían el pliego en el que iría la apertura política de Pedro O'Riordan. Ninguno de los dos había tenido tiempo para responder una vieja cadena de *mails* que había naufragado entre nuestras ocupaciones. Desde que mis tareas aumentaron en la revista y empecé a visitar a Cecilia no había reparado en que hacía algún tiempo que no me veía con Spanton. De pronto una llamada hizo saltar el anexo de mi escritorio:

—¿Has visto el *mail* de Spanton? —escuché la voz de Montero desde *;La Nación*.

—Estoy abriéndolo —le respondí.

—Es demasiado fuerte, loco; demasiado fuerte.

—Lo leo y te llamo, Montero.

—¡Etíopes del amor! —se reía Jorge Ramírez Zavala, a mi lado.

From: mivozessatan@hotmail.com

To: smontero@lanacion.com.pe; glisboa@industria.com.pe; jramirezz@industria.com.pe

Subject: El Ángel Spanton toca la séptima trompeta y llama a su rebaño (o de la fundación del Conciliábulo).

Monstruos del delirio, animales imposibles, niños del Roacután, epígonos de Parra, etíopes del amor, hombres sin redención, humanos, hermanos.

Cierto es que el fin del mundo se acerca y que una verdadera conmoción se cierne sobre el hombre a la orilla de los tiempos; y más cierto es que Spanton, ese niño profético que es su divinidad y su luz, su guía y redentor (¡hínquense todos ante el Spanton, Spanton es su Dios!), avizora lo que acaecerá y lo que no, aunque a veces más lo que no, que es como no saber nada, pero no importa: Spanton se entiende a sí mismo y sabe encontrar la salida a los vericuetos de su mente abismada. Lo cierto es que sumido en su desesperación y a la guía y al amparo —que es lo mismo que desamparo— de sus voces, el Spanton salió a vislumbrar el mundo y a leer en los mínimos gestos del universo —una hoja que cae de un árbol, la migración de un pájaro, el movimiento imperceptible de los astros— los síntomas incontrovertibles del Apocalipsis. Y he ahí que el propio Spanton, sumido en sus cuitas y

vacilaciones, consultando los oráculos, recorriendo los corredores de su inmenso laberinto, huyendo de su propio Spanton, ha entrevisto la catástrofe. «*Fenómeno del Niño*», lo llaman los especialistas. Qué más fenómeno que el propio Niño Spanton, piensa Spanton.

Sí, hermanos monstruos, catoblepas sin paz, animales incompletos que se lamen las heridas unos a otros en una orgía asaz miserable; en verdad os digo que la sexta trompeta del fin de los tiempos ha sonado ya ante el desorden del mundo y que solo el oído aguzado de su divina gracia ha percibido el tañido del Armagedón. ¿Qué puede indicar el fin del mundo sino que finalmente Lisboa haya encontrado mujer y haya abandonado al Spanton dejándolo solo, librado a su suerte? ¿Qué que ese mismo mostro edite una revista y que en ella se le permita escribir al mismo Ramírez Zavala, y que encima resulte que ahora es Montero quien nos viene a decir qué muestras de arte ver y qué libros leer? Sí, ¡escuchen, apóstatas, apopléjicos o lo que sea que suene parecido en atrocidad! Después de otear el mundo, de retirarse al monte a meditar en compañía de las aves y los astros (que, por cierto, le huyeron al Spanton), tras los días de locura que vivió solo dentro de su mente, inane y sediento, solo en medio de una iglesia de bancas vacías y cruces invertidas a la que ya nadie acude, abrumado ante ese largo invierno spantiano que no tiene cuando acabar, a Spanton le ha sido anunciada la necesidad de corregir tamaño estropicio. Y la verdad le fue revelada en la forma de una palabra que nos hará inmortales. Es verdad. Spanton habla con la verdad.

Por eso es que ahora llama a su antigua feligresía a su templo de pena y desolación. Para compartir con ustedes la Palabra. Apersónense al local que ustedes designen y en el que yo pueda colocar la primera piedra de mi Iglesia. Confíen en su dios Spanton. O al menos confíen en mí. Vamos, mostros, anímense. No más tantito. Dentro de mi corazón tengo un mar de chelas heladas para destapar con ustedes; Zavalita, Santiago, Gabriel, llamo, tanteo en la oscuridad… no sea que todos mis hermanos se hayan ido y el único recluso sea yo.

Háganme caso esta vez. Solo esta vez.

Su divina gracia

S. P. A. N. T. O. N.

Termino de leer el *mail* y regreso a revisar ciertas partes, empiezo a teclear rabiosamente…

—¿Le respondes a Spanton? —me dice Jorge, escribiendo él también.

—Sí, ahora mismo.

—Ya llegó *mail* de Montero.

Apenas puedo escribir el mío y mandarlo, y luego aprobar fotos, pedir textos, almorzar con Ramírez Zavala en la cafetería del diario y definir con él a qué hora y en qué sitio debemos encontrarnos con su divina gracia y a darnos cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que los cuatro no salimos juntos. Después regreso a terminar de escribir el editorial y a mandar *mails* y coordinar avisos publicitarios y a revisar el mordisco con De Rivera y luego a esperar toda la noche el texto de O'Riordan para lanzarme sobre él junto a Jessica y escuchar la aprobación de Francisco y terminar el día exaltado y salir a embriagarse con O'Riordan y encontrarse en la noche con Barraza o Canales en el Kitsch o El Dragón o el Sargento, y luego fumarse un porrito con ellos y tomar a un ritmo de locos y luego invitarle cervezas a todo el mundo y a ciertas horas, ya cansado, pagarle una cifra astronómica a un taxista para que me lleve hasta el final de la calle Los Ruiseñores, en Santa Anita, y luego dormir muy poco ahogado en el humo de todos los cigarrillos que fumé y después despertarme como bien pudiera, ponerme los lentes oscuros, pagar una nueva suma astronómica al taxi y correr a toda velocidad por la avenida Vía Evitamiento y ver a lo lejos los cerros a los lados de la carretera y luego Acho y Palacio de Gobierno y entrar al centro, y ver la edición impresa con De Rivera y escucharle decir que todo está conforme y luego asistir a la reunión de edición ocultando los bostezos y escuchar indiferente los temas de mis redactores y después salir a comer unos ceviches con ellos y comentar la edición y los temas de actualidad y después regresar a la oficina y armar el índice con lo que me queda de cerebro y mostrárselo a De Rivera y después asignar notas y esperar a que todos estén conformes y luego ir a cenar con Ramírez Zavala y con Alejandra a un chifa de Magdalena y luego despedirse de ella porque tenemos esa reunión con Santiago y Spanton, ¿verdad?, el loco que ha convocado a su Iglesia, y después será comprar tragos con Ramírez Zavala y subirlos a su cuartito de Magdalena, esa buhardilla muy lejos de París en que apenas cabe una cama de una plaza, una mesa pegada a la pared y un grupo de libros desparramados por todos lados y sentarse allí y verle los ojos y la frente, y la cara de poeta, y olvidar el trabajo y los cierres que dejamos atrás y recordar que estamos juntos más allá del periodismo y entonces hablaremos de Montero y de Lorente, de la relación desgastante de Santiago con Viviana, de lo que Lorente llama «*el largo invierno spantiano*» y al brindar con Ramírez Zavala sobre la mesita de su huequito me daré cuenta de que en su rostro hay un brillo similar al de la noche en que me anunció que era redactor en *Semana* y entonces le preguntaré qué pasó y él me preguntará si he *escrito* algo yo y yo le

responderé que imposible; ni siquiera leo ficción, solo diarios todos los días, incluidos los sábados y domingos, para editar bien a O'Riordan, y entonces él me dirá que tiene algo que decirme, y los dos prenderemos cigarrillos y saldremos a fumar a la terraza colectiva de la quinta en que ha alquilado esa buhardilla. Estamos los dos mirando las casas frías de Magdalena y sintiendo una garúa pequeñísima sobre las manos y los rostros cuando le escucho decir que Alejandra lo ha terminado de convencer, que ha reunido la plata suficiente desde hace un tiempo gracias a *Semana* —y en parte gracias a mí, nunca me lo terminará de agradecer— y que iban a editar su primer libro de poemas: quería esperar la ocasión para decírmelo; Montero ya lo sabía. Abrazo a Jorge y le digo que es un tremendo cabrón y siento a la vez alegría por él y una sensación nueva de rabia contra mí y le vuelvo a decir que es un tremendo cabrón, cómo se animó. Vamos a la tienda a comprar cervezas y él me va hablando del libro: al principio no le tenía ninguna fe, como yo sabía, publicar le llegaba un poco a las pelotas, pero a la vez sentía que debía liberarse de todos los poemas que había escrito hasta entonces para encarar mejor su momento con Alejandra, o las cosas que quizás le tocasen vivir con Alejandra. El libro ya tenía editor —Jaime Estrada, el mismo del de Montero —, título y hasta carátula. Y luego volvemos a casa y abrimos las primeras chelas cuando Montero toca el timbre de la quinta y Ramírez Zavala baja a abrirle y los dos suben con más cervezas que Montero ha traído y nos abrazamos y yo veo su rostro pálido por sus heridas con Viviana y él nos dice que nos explicará más tarde, que cree haber dejado atrás esa relación y después los tres fumamos cigarrillos y brindamos y tratamos de averiguar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que salimos juntos y ahora Montero sonríe porque Ramírez Zavala le cuenta que ya me dio la noticia de su libro y él dice que al final son esas las cosas que permanecerán en el tiempo y luego los tres brindamos solemnemente por el poemario y después nos sentimos picados y comentamos los *mails* de Spanton, del loco de Spanton, que siempre se demora como el orto y nunca llega temprano y nos obliga a despotricar de él y alucinarlo hasta que el timbre suena y es él y lo vemos aparecer vestido de negro y abrazarlo y ver su rostro transfigurarse con las nuevas noticias de Jorge y verlo bailar después como Michael Jackson hasta que de pronto alguien le dice en broma qué clase de *mails* son esos que manda y entonces Spanton ladeará el rostro, nos hará un gesto de que nos quedemos callados y luego sacará de la mochila que trae consigo una vela negra y nos pedirá que apaguemos las luces y las luces se apagan y de pronto nos sumimos en una total oscuridad y durante varios segundos todos

bromeamos como niños en un campamento y Ramírez Zavala dice que Spanton se está desnudando en la penumbra pero entonces escuchamos el chasquido de un fósforo y vemos emerger de entre las tinieblas el rostro de Spanton iluminado desde abajo por la luz de la vela como si se tratara de un ídolo del vudú o una suerte de monstruo de película de terror de bajo presupuesto: la cabezota, los ojos negros y criminales, las estrías de la piel, la expresión ladeada, los dedos largos del mafioso. Todos nos reímos del rostro imperturbable de Spanton, del dominio perfecto que tiene sobre todos sus músculos para mantener el gesto hierático mientras coloca la vela sobre la mesa y, con un movimiento singular de sus manos, nos indica que nos reunamos alrededor de él. Alguien grita, otro se ríe rabiosamente, pero Spanton va a tomar la palabra, locos, o al menos eso dice, y entonces todos nos quedamos en silencio y una vez que ha obtenido la atención que esperaba, Spanton lo empieza todo:

—Silencio.

Silencio.

Spanton alterna su mirada fijamente sobre nosotros tres durante algunos segundos bajo un silencio total; acerca su rostro a la vela, eleva su dedo índice y mira al cielo con un gesto desquiciado. Y habla.

—Hoy ha llegado el día que todos ustedes, pequeñas sierpes infectas, han estado esperando sin saberlo desde el día en que alguien tuvo la mala idea de traerlos al mundo, el día en que dejarán de ser animales incompletos y se adherirán a algo superior porque ha sido maquinado por su dios Spanton. —Cierra los ojos, los vuelve a abrir, nos vuelve a mirar, ya dueño de la situación —. La primera sesión del Conciliábulo de los Mostros abre hoy en esta sede especial porque esa fue la palabra que le fue revelada al Spanton en sus días de soledad y abandono de sus amigos, la palabra que modificará para siempre nuestras vidas y que nos trascenderá: «*Conciliábulo*». Y de ahí el proyecto que, en noches de delirio, entrevió en sus sueños el que a partir de ahora pasa a ser su pastor. Un conciliábulo en el que ustedes mismos, mi pueblo escogido y mi rebaño, se reunía conmigo siempre, sin faltas, para hacer escarnio de sus propios dolores, para sacarle la vuelta a la tristeza de estar vivo, para enfrentar el paso del tiempo y de todo lo feo que nos mande. El Conciliábulo es más que la suma perfecta de sus miembros, una logia secreta y verdadera. Y como tal deberá permanecer incólume, como un monumento al horror y a la adolescencia, como una institución de oficialización de la candidez y de degeneración y de todas sus formas posibles.

—Buena, Spanton.

—Así es. Así me fue revelado.

—¿Y quiénes formarán parte de esa logia?

—Nosotros cuatro, pues, imbécil.

—¿Y cuál será nuestra obligación?

—No reprimir jamás el mongolismo, ser quienes somos, conquistar el mundo.

—¿Qué es esto, mostro? ¿Los locos de Arlt?

—¿Ellos no son siete? Nosotros somos cuatro.

—¡Siete con las voces de Spanton!

En ese momento todos nos reímos y Spanton cede a la risa y dice que sí, seremos los siete locos, pero cuatro físicamente. Y eso será parte del juramento. Ni uno más. Nunca. Bajo ninguna condición. Luego nos pedirá que nos acerquemos a la vela que ha traído hasta que los cuatro quedemos unidos como un grupo antes de salir a un escenario y él cuidará el fuego de la vela de nuestros alientos y su voz nos pedirá que cerremos nuestros ojos y lo haremos y entonces todo será oscuridad y esta vez lo escucharemos hablar con otra voz, la suya, que nos dice que en verdad en el fondo no ha estado bromeando, y que él en estos días que pasaron «*ha visto cosas*» y que teníamos que prometer ahí, esa noche y para siempre, que así nos amancebemos, así maduremos o envejezcamos y tomemos rutas muy distintas en nuestras vidas, así tengamos hijos o no, así nos larguemos de este país en algún momento y regresemos o nos quedemos, así las circunstancias en nuestras manos o en manos de otros nos separen, así y todo, escuchen, mostros, en serio, escuchen, mostritos, así y todo nosotros nunca tendríamos que perder de vista que somos cuatro, como los Beatles, eso pronunciaba la voz de Spanton, y yo tenía los ojos cerrados y percibía cómo temblaba la luz de la vela que él guardaba entre manos; seríamos cuatro como los jinetes del Apocalipsis, cuatro como las patas de una mesa plana que es el mundo o las extremidades de un animal completo que nosotros, por nosotros mismos, aquí y ahora, dijo Spanton, no somos capaces de ser. Nosotros pasábamos a ser el Conciliábulo. Y lo seríamos hasta que nos tocara morir como buenamente pudiéramos, cada cual con sus propias heridas. Ese era el principio que a partir de ahora regiría nuestras vidas. Yo, Spanton, juro solemnemente ser miembro del Conciliábulo y recordar mi condición de mostro a donde vaya, en el éxito o en la miseria, y nunca olvidarme de mis hermanos mostros.

—Ya. Eso. Ahora tú, Montero.

—¿Qué?

—Ahora tú, Montero. Dilo.

—Oye, pero ¿por qué yo?

—Montero, a callar: haz tu juramento.

Controlamos la risa como podemos y mantenemos los ojos cerrados y yo escucho la voz de Montero decir lo que dijo Spanton con algunas variaciones y luego yo hago lo mismo, trabándome y conteniendo la risa, y luego escucho a Ramírez Zavala jurar y luego la voz de Spanton señalando con una entonación distinta que desde ese segundo eso es el Conciliábulo de Mostros y que el Conciliábulo se banca, se banca como los verdaderos equipos de fútbol que juegan con todo aun en la derrota, el Conciliábulo es más grande que la suma de sus mostros, entiéndalo de una vez: el Conciliábulo vive en ti, Lisboa, dijo Spanton, y en ti, Ramírez Zavala, y en ti, Montero, y en mí.

No recuerdo qué pasó después. Y creo que ya no importa. Las luces seguramente se prendieron y nosotros tomamos más e hicimos bulla hasta que los vecinos de la quinta se quejaron y salimos a seguirla y romper la ciudad. Seguro bajamos eufóricos de la quinta y trepamos al «*corazón azul*» de Montero, cada vez más achacoso, y nos sometimos a una euforia que provenía de ese acto spantiano al que en verdad, esa noche, no le dimos la importancia que tendría en el futuro. O al menos no la que cualquiera de nosotros le podría dar el día de hoy. En efecto éramos como una banda de *rock* que se reencontraba después de muchos años y sonaba como si hubiera estado ensayando el día anterior. Y mientras sentía que la noche no me vulneraba y gritaba como los demás que el Conciliábulo vivía en mí, y en ti, y en ti, volví a sentirme feliz.

10

Es casi seguro que la fundación del Conciliábulo, la noticia del libro de Ramírez Zavala y las cosas que me había atrevido a decirme en la cama de Cecilia terminaron influyendo en el estado de progresiva insatisfacción que experimentaba con mi trabajo hacia los meses finales de ese año 2000. No hacía más que leer la prensa, corregir y editar textos de otros, ver el mundo desde la urgencia de la actualidad y todo eso me estaba volviendo un tipo cansado y vacío. Sin embargo, una noche en que Jorge Ramírez Zavala y yo fuimos al Manhattan a tomar un café y a conversar, nos ocurrió algo que despertó completamente mi imaginación. Estábamos solos en el sitio, porque a diferencia de la mayoría de los clientes de ese restaurante, nos gustaba ir de noche para hablar a nuestras anchas sin ser escuchados y también porque a eso de las siete de la noche las luces altas del restaurante volvían algo irreales las mesas y el enorme ventanal que mostraba la vista de una oficina de agentes de bolsa siempre iluminada y vacía, al otro lado de un corredor peatonal que rara vez era transitado por alguien. Ver esa imagen desde la gran ventana del Manhattan era algo que nos encantaba y nos permitía escapar de la rutina agobiante de *Semana* por unos segundos. Esa noche, sin embargo, descubrimos que dentro de aquel lugar había una mujer muy pálida que parecía atender algunos mensajes y que capturó nuestra atención durante largos segundos. Ramírez Zavala se puso a recordar los cuadros de Edward Hopper que mostraban escenas de la misma tristeza y desolación, y a mí se me dio por imaginar cómo se nos vería a nosotros desde el punto de vista de ella; qué imagen compondríamos ambos desde el otro lado del ventanal.

Jorge empezó a vernos como dos tipos sentados en una mesa de un café mirándose entre ellos o, mejor aún, mirando la mesa casi como esos jugadores de cartas de los cuadros de Cézanne. En cierto momento se puso a jugar con la posibilidad de una «escena» en la que dos cuadros de distintos pintores se encuentran uno frente al otro, y las cosas suceden en el espacio plástico de ambas telas enfrentadas entre sí, digamos en un museo, o en una muestra retrospectiva. No voy a intentar reproducir el hiato temporal que ambos sentimos imaginándonos parte de una irrealidad en ese momento, pero fue así, juro que Ramírez Zavala y yo sentimos por unos instantes que pertenecíamos a un orden distinto del físico y fuera del sentido del tiempo. Nos habríamos

quedado en esa burbuja si no hubiéramos visto a uno de los mozos del sitio caminando a nuestro lado. Entonces toda la magia se deshizo.

—Te propongo una cosa —me dijo entonces Ramírez Zavala, cortando el aire y terminando de devolvernos a la realidad—: Escribe un cuento con esto, o inténtalo, y yo trataré de hacer una poesía. A lo mejor sale algo de aquí.

Le respondí convencido que lo intentaría, y de verdad lo creí, pero cuando regresé a todo lo mundano —el cierre de edición, las llamadas de Cecilia al celular— empecé a perder la voluntad de hacerlo casi por completo; sin embargo, esa sensación de irrealidad permaneció en mí, como un pequeño dispositivo, y yo era capaz de regresar a ella en los momentos en que me distraía de mis obligaciones o terminaba de hacerle el amor a Cecilia y veía desde la cama la reproducción de Hopper que tenía en su cuarto.

Otra noche, algunos meses después, algo más ocurrió, aunque esta vez de manera más rotunda. Estaba en la quinta de Ramírez Zavala en Magdalena y también estaba con nosotros Spanton. Es probable que estuviéramos esperando a Montero para un Conciliábulo, aunque es probable también que nos hubiéramos juntado para estar los tres solos. Lo cierto es que estábamos sentados en una de las bancas de la quinta y escuchábamos a Spanton contar una historia realmente desopilante que nos hizo doblarnos de la risa y arrastrarnos literalmente por el suelo ante el rostro impasible del narrador y los gritos de los vecinos pidiendo moderación. «Esta es una historia que le sucedió al Spanton durante sus correrías lúbricas y adolescentes en tiempos en que aún era un niño del Roacután», empezó su relato. Después lo escuchamos hablar de su época de consumidor en serie de películas pornográficas y de cómo, en un cine porno del centro de Lima —al parecer se llama «*Susy*» o «*Pati*»— había adquirido «*conciencia de clase*» de pornófilo después de participar en una gesta colectiva de pajeros que se rebeló en pleno cine contra una película triple X de pésima calidad: un filme sobre las aventuras de Batman y Robin que era —así lo llamó él— «*el anticine*». Todos los onanistas de aquella sala, incluido Spanton, habían unido esfuerzos para protestar contra el «*atentado estético*» de esa tarde, y habían triunfado. Spanton contaba las escenas de aquella película —un zafarrancho que incluía a dos superhéroes micropene y a un grupo de mujeres que parecían salidas de campos de concentración— cuando, entre las carcajadas y la sensación de amor sin reservas por mi amigo, sentí el deseo inmediato, casi físico, de contar esa historia, aunque no podía determinar por qué. Una vez calmados, le pregunté a él si me daría permiso para escribirla alguna vez.

—A mí solo me interesa contarle la historia a mis amigos y hacerlos reír —me dijo entonces—. Es tuya, loco, haz con ella lo que te dé la gana.

Las ganas de escribir esos relatos coincidieron con el deseo, y luego la necesidad, de dejar la casa de mis tíos en Santa Anita para vivir en un espacio más céntrico y privado. En ese nuevo lugar que sería para mí solo, quizás podría alinear todos los libros que me había comprado y formarían una pequeña biblioteca y conseguiría organizarme el sitio que siempre había deseado para leer y escribir. Dejaría de preocupar a mis tíos con mis llegadas a casa a horas inciertas y asumiría de una vez la vida de adulto que estaba empezando a tener. Me independizaría de una buena vez y para siempre. Y de paso viviría más cerca de la casa de Cecilia, y de mis amigos.

Lo que iba pasando alrededor me empujaba, además, a hacer todo aquello. De un momento a otro, sin que lo sospecháramos, Ramírez Zavala y Alejandra se habían ido a vivir juntos a una casita diminuta de un solo cuarto, una cocinita y un baño en una quinta vetusta y primorosa de Barranco que se llamaba Villa Teresa. La quinta quedaba en la calle Ayacucho, camino al Puente de los Suspiros, y aún recuerdo la emoción de Cecilia cuando ambos nos hicieron bajar la larga escalera que descendía una ladera a través de las entradas de diferentes departamentos y que desembocaba en un patio amplio, flanqueado de dos departamentos grandes, que ofrecía una vista privilegiada de las casas de colores de la Bajada de Baños y también del mar de Lima. El espacio de ellos quedaba aún debajo de esa terraza, y se llegaba a él a través de una escalera más rústica que la anterior. No nos quedaba duda de que en otros tiempos habría sido el cuarto de servicio, así pequeño como era y acosado por la maleza de la quebrada. Frente a la puerta tenían una terraza pequeñísima y ahí caíamos algunas noches Cecilia y yo, y luego Montero, que se recuperaba de su ruptura con Viviana y que empezó a frecuentar el sitio a causa de una vecina de la quinta, Lorena, que era psicóloga y acababa de separarse de un músico con el que había vivido en uno de los espacios que daba al patio del condominio. Ambos se habían gustado rápidamente durante una reunión en la terraza de la quinta por el cumpleaños de Jorge, una de esas fiestas delirantes a las que acudía la gente de *Semana* y que terminaban siempre de la peor manera. Montero y ella, que había aceptado la invitación de Jorge, se quedaron hablando toda la noche indiferentes a la chacota colectiva y a la música, y terminaron en la habitación de ella. Montero no volvería a salir de allí.

—Montero cree que somos los Picapiedra y los Mármol —me decía entre bromas Jorge en algún descanso de las jornadas de la revista—. Parece que se

va a quedar de vecino de la quinta.

Era una broma, claro, pero no se equivocaba. Santiago pasaba cada vez más y más tiempo en Villa Teresa hasta que un buen día cogió sus libros y su ropa y dejó la casa de Higuereta para mudarse a ese lugar. A todos nos sorprendió la celeridad del vínculo pero también nos resultó divertido. Para cuando los cuatro vivían en la quinta todos ya sabíamos que Jorge y Alejandra eran una pareja de una solidez hasta entonces desconocida para cualquiera de nosotros. Habían empezado a verse en *El Sol*, en los años en que Jorge trabajaba de fotógrafo allí y ella hacía sus prácticas entre las clases de Letras que llevaba en la Universidad Católica. Habían hecho reportajes desde entonces y casi luego de saludarse en el primero de ellos habían empezado a tirar en todos sitios, en los descansos entre comisión y comisión, camino al diario, en los lugares que encontraban al paso después de los cierres de edición o en plena jornada de trabajo, una especie de unión automática y sin ceremonias que durante algún tiempo se planteó para ambos en términos exclusivamente sexuales pero que de un modo imperceptible fue propiciando un lazo de otra naturaleza. Fueron solamente amantes por decisión de ella, para preservar así su libertad de estar con otros hombres, hasta la tarde gris y fría en que, en la cama de un hotel de mala muerte, él jugó a que se hacía el muerto y ella le dijo que no siguiera y él se aferró a la cara de cadáver que compuso y ella se llevó las manos a la cara y se puso a llorar. Jorge la abrazó y le dijo que no se moriría, y también le dijo que la quería. Entonces Alejandra se aferró a él con violencia, todavía llorando.

—La invité a comer un pollo a la brasa para calmarle las lágrimas —me contó Jorge Ramírez, en uno de los altos de los cierres de *Semana*—. Y ahora estamos viviendo juntos. Parece de mentira, mostro.

A Alejandra Vinatea la llegamos a conocer mejor en Villa Teresa. Era una mujer de una inteligencia desesperante y un espíritu sexual transgresor que rápidamente nos hizo sentir como un grupo de mujeres reprimidas del siglo XIX. Desde que empezó a conocernos se burló de nuestros remilgos, de la escasa actividad copulatoria que teníamos, de lo pasmarotes que éramos, de lo poco o nada que habíamos chapado entre nosotros o de lo triste que era que en una relación de cuatro poetas —porque eso creíamos que éramos— nadie hubiera sodomizado a nadie aún. La vida sexual de Alejandra, claro, sobrepasaba la que podríamos experimentar los cuatro juntos aun si viviéramos cuatro o cinco vidas más y ella no tenía ningún empacho en referirla con lujo de detalles a fin de que alguno de sus tríos, intercambios de parejas u orgías generara algún sobresalto en la parvada de inútiles hombres

monógamos que su pareja tenía por amigos. A su lado, con una mezcla de pudor y de orgullo, Ramírez Zavala la contemplaba con esa mirada transparente y llena de luz y esa media sonrisa encantadora que componía siempre detrás de un cigarrillo encendido. Al lado de ella, que era alta y oscura, de rasgos contundentes, cabellos oscurísimos y pómulos salidos como los de una altiva princesa india, los rasgos delicados de Ramírez Zavala y el color de sus ojos relucían de una manera especial. Ambos se veían tan bien juntos que a veces daban cólera.

Empecé a buscar departamentos en el mes de diciembre con la intención de mudarme en enero de 2001 a Miraflores, durante las semanas que tendría vacaciones. Encontré un piso en un edificio muy alto casi en el cruce de la calle Porta con la avenida Benavides, un espacio mediano que contenía una sala enorme con cocina empotrada, un cuarto y un baño que daban a la misma esquina del edificio y desde la cual, siguiendo la vista por toda la calle Porta, se podía ver una línea azul que cortaba las casas y los edificios y que yo sabía que era el mar.

Me mudé con la ayuda de Ramírez Zavala una mañana de sol en la que la tía Laura se echó a llorar y tío Emilio luchaba por contener su emoción mientras me llenaba de consejos y advertencias sobre los peligros de la «*vida de soltero*». Montamos sobre una camioneta las pocas cosas que podía considerar mías y que me había comprado durante los últimos años de trabajo —un televisor y un VHS, una radiograbadora, la PC que me había ganado en los juegos florales, un par de libreros, dos cajas de libros y ropa— y nos agarramos a ellas mientras contemplamos desde encima del vehículo el desplazamiento de las casas sin tarrajear de Santa Anita, los edificios grises de la carretera Central, los cerros tugurizados de Nicolás Ayllón y los mercados mayoristas de frutas a los que internamente me juraba que jamás volvería. Así, riéndonos encima de la camioneta, entramos en ese espacio limpio y con olor a brisa marina que se asomaba a las canchas de tenis del club Terrazas en lo que sería mi nuevo barrio. En mi departamento me esperaban una tarima de dos plazas y un frigobar blanco que había comprado los días anteriores y que había recibido antes en el espacio vacío, aquellos mismos elementos que ahora puedo ver a mi alrededor mientras escribo esto. Los días siguientes a la mudanza dispuse las cosas para que el mejor sitio del espacio lo ocuparan los libros y la computadora, cuya vista dirigí a las ventanas de la calle Porta como para recordarme siempre que absolutamente todo lo que había en mi casa existía en función de lo que escribiría en ese

ordenador y de que de él tendría que salir lo único realmente importante que hiciera en mi vida.

Los primeros días de 2001 los pasé en esa casa nueva sin mucho que hacer y sin tener idea de cómo emplear mis vacaciones. En las mañanas tonteaba y ojeaba libros o compraba cosas —platos, posavasos, copas— y en las tardes recorría las calles que desembocaban en el malecón y veía el mar y también los parapentes que parecían estrellarse contra los edificios. Luego me iba a tomar café en algunos de los sitios que rodeaban mi casa antes de ir caminando a Enrique Palacios para ver a Cecilia cuando regresara de trabajar. Cuando eso pasaba salíamos a tomar helados o a ver alguna película en un cine cercano, y yo, mientras le contaba los planes que empezaba a proyectar sobre el futuro, me preguntaba secretamente si sería posible llevar una vida a su lado. No tenía una respuesta clara para ello, ciertamente, pero sí estaba convencido de que era en ese lugar, en ese distrito, donde quería vivir el resto de mi vida escribiendo novelas.

Montero y yo empezamos a vernos más por esos días porque Lorena y él se habían mudado a Miraflores poco después de que yo lo hiciera. Cuando Montero apareció en su casa, el contrato que Lorena había firmado con los dueños de Villa Teresa estaba a unos meses de expirar y alguien le había hablado a ella de un sitio que estaban rentando en una quinta de Miraflores llamada San Antonio, al otro lado de la Vía Expresa: había suficiente espacio para vivir con su nueva pareja y de paso instalar su consultorio. Resolvieron irse también porque los Ramírez-Vinatea —así habíamos empezado a llamarlos— se habían ilusionado ante la posibilidad de ocupar su espacio frente a la terraza grande de Villa Teresa. Algunas veces iba yo caminando a la casa de ellos para tomar infusiones y charlar, y en otras ellos me visitaban con alguna sorpresa entre manos y con ganas de escuchar música y acompañarme. A veces, simplemente, Montero y yo nos encontrábamos en un punto intermedio de Miraflores y aprovechábamos la tarde del sábado para caminar, conversar sobre él y Lorena, sobre Jorge y Alejandra, y también sobre mi relación con Cecilia.

—¿Te ha dicho para vivir juntos ya? —me dijo una tarde Santiago.

—No, aún no —le respondí—. Le he dicho que quiero vivir solo durante un tiempo, que primero necesito escribir.

Montero miraba las casas o a la gente pasar mientras fumaba un pucho.

—¿Y has escrito algo ya?

—Aún nada… Supongo que me estoy acostumbrando al lugar.

Pero a todas luces no me acostumbré como pensaba porque cuando las vacaciones se terminaron y regresé a *Semana* no había escrito una sola línea de nada y casi al instante la oficina y el ritmo de los cierres me volvieron a hundir en la rutina. Escribía bastante por esos días, pero todo se diluía en los textos de otros, de manera que cobré conciencia de que en verdad no escribía nada y empecé a sentirme francamente mal. No intentaba mentirme sobre aquello que deseaba hacer con mi vida, pero no tenía ninguna idea sobre cómo torcer las cosas y ponerlas a mi favor. De un momento a otro era la víctima de algo que yo mismo, con esfuerzo, había labrado durante años de sacrificios y trabajo. Desde que decidí volverme periodista, había ido construyendo, sin quererlo, los paredones de mi propia cárcel.

De manera que la vida en *Semana* me terminó asfixiando, y con el paso del tiempo me abandoné por completo y llegué a creer que no encontraría jamás una salida de ella. Lo único que hacía por mí era comprarme libros y más libros que acumulaba en los libreros del departamento en que vivía y que no leía jamás. Me levantaba muy tarde tras el cierre del día anterior y de la juerga que lo sucedía, con un nudo de humo incrustado en los pulmones y el cuerpo completamente apaleado, y me iba al frigobar y cogía una cerveza helada y prendía un cigarrillo. Me encantaba despertarme de esa manera y mirar la ciudad, y sentir que era un hombre adulto desencantado de su trabajo y tempranamente arruinado por la vida. Recuerdo que revisaba algunos de mis libros de poemas o de cuentos y leía un párrafo o dos y repasaba la juerga del día anterior mientras me desnudaba, las llamadas de Cecilia al móvil que no había respondido, las conversaciones con el otro aspirante a escritor de la noche que había intentado explicarme su futuro libro mientras miraba obsesivamente el cuerpo de una chica joven e inquietante. Tomaba una ducha fría y luego prendía otro cigarrillo, salía a comprar un Gatorade y mientras me desplazaba en el taxi por toda la Vía Expresa rumbo al centro de Lima tenía la sensación de que mi vida era un desperdicio y a la vez que podía permitírmelo todo porque era joven y podía trabajar tras una noche de juerga y volver a cerrar otro pliego de *Semana* de manera automática y eficiente, tomar más café y fumar como un desterrado y juerguearme otra noche de día de semana y vivir la misma escena repetida y vacía del día anterior.

Salía casi todas las noches y siempre con diferentes personas durante esos meses definitivos de mis veinte años. A veces lo hacía con los Ramírez-Vinatea y las amigas de Alejandra, otras con Bruno en el BMW a toda velocidad, y muchas con Canales y Barraza y otros amigos que fui conociendo en esas jornadas en que yo iba con las tarjetas de débito y crédito

llenas de dinero en las cuentas de mi banco y dispuesto a lo que fuera. En noches como esas conocí el lado más salvaje de los amigos de Barraza y de otra gente de la Católica y de la de Lima que antes había tratado con algo más de distancia, todos ellos aspirantes a escritores, cineastas o directores de teatro. En muchas de esas noches acabé en sitios infectos, en burdeles de mala muerte sin ánimos de tirarme a nadie y con la certeza estúpida de que ese era el espacio que me correspondía, y fue también en una de esas noches que empecé a jalar cocaína y descubrí en ella una seguridad que desconocía. Fueron noches en las que me sentí realmente inmortal, en las que poseí el arrojo para tumbarme a quien fuera, para pelear, y en las que, por segundos, siempre en el baño y a punto de orinar, me decía que tenía el cerebro, las ganas y todas las facultades para escribir novelas enormes, larguísimas, novelas de páginas y páginas en las que todo saliera como un manantial vivo y mío, y en nombre de esa fortaleza tomaba más y hablaba más y jalaba otro poco y abrazaba a gente que no conocía y me decía que todo era cuestión de tiempo.

Por supuesto no escribí absolutamente nada en los pocos momentos de vigilia que me dejaron libres esas noches, absolutamente dedicados al ejercicio del periodismo. Los días dejaron de gustarme. Me sentía irritado con lo que hacía, contrariaba constantemente las ideas de De Rivera y sentía una punzante ansiedad cuando me acercaba a *La industria* o almorzaba con Montero y Ramírez Zavala. Las peleas con Cecilia, producto de mi irresponsabilidad y de mis escapadas, empezaron a proliferar e incluso mis tíos, las pocas veces que iba a visitarlos llevando un vino caro en las manos y los ojos tapados por lentes oscuros, intentaban hablarme tímidamente sobre aquello que me estaba ocurriendo hasta que los callaba con cierta mala gana explicándoles que ellos no tenían idea de lo que era ser editor de una revista como *Semana* y a mi edad. Vivía de espaldas a todos, aturdido por la paradoja de tener casi todo lo que había deseado cuando ingresé en la universidad y de sentir que ese todo era el causal directo de mi desdicha. En las noches en los bares de Barranco, tras pedir otra cerveza o salir del baño de jalar más vaina o volviendo en taxi a mi casa hecho un guiñapo, el corazón desbocado y los dientes castañeteando, comencé a sentir la urgencia de cambiar las cosas, de saltar de un tren en movimiento que se dirigía a una estación que desconocía y que intuía oscura y definitiva.

Y entonces una noche que no podré olvidar jamás todo se descarriló. Ocurrió durante una de esas veladas que ofrecen las corporaciones a los colegas de los medios por el «*día del periodista*» y que la mayoría de los

asistentes secretamente detesta porque desean ser cualquier cosa menos periodistas. Yo había ido con algunos de los redactores y colaboradores de *Semana* y me di cuenta desde muy temprano de que estaba acelerado. Después de tomarnos todo el *whisky* de la fiesta y de meternos tiros y de ver cómo los colegas se iban del hotel cinco estrellas en diversos grupos a seguir la juerga en diferentes puntos de la ciudad, nosotros decidimos ir a un salsódromo en La Victoria al que iban muchos de ellos y en el que bailé salsa con algunas chicas a las que quería meterles mano, bebí tragos cortos que no recuerdo y me acabé la cajetilla de cigarrillos que llevaba en el saco. En algún momento salimos del sitio para computar vaina a un sucucho que Barraza conocía entre las avenidas México y Manco Cápac y con la vaina encima y hartos de la salsa terminamos en un local de putas llamado La Sirenita que quedaba en la primera cuadra del jirón Quilca, en el centro de Lima. Era un espacio con olor a creso y orines en el que una serie de pobres adolescentes bailaban desnudas sobre una pasarela de luces fosforescentes y en donde las chelas caían como enviadas del cielo y la coca se podía colocar sobre las mesas con total libertad a fin de repartirla y proveernos todos de las energías necesarias para continuar la noche y consumir todos los cigarrillos y los vasos de trago que quedaban pendientes, y más líneas porque sentía que con ellas me daba lo que me merecía por estar ahí y por ser quien había empezado a ser.

Porque mi vida, lo supe mientras me besaba en un «*salón privado*» con una prostituta que acaso tendría mi edad, era una completa desgracia pese a todos los esfuerzos que había hecho por dirigirla y darle un sentido. Había vivido veintiséis años y —me daba cuenta en ese momento— la mayor parte del tiempo había estado completamente equivocado. El tiempo corría bajo otro ritmo, el de mi corazón acelerado por la coca, y yo sabía que el vehículo en que me desplazaba se acabaría estrellando de todas formas y yo deseaba estar allí cuando todo ocurriera. Esa noche sentí que me abandonaba al movimiento brutal de una máquina que otro accionaba, y seguí tomando y jalando y de pronto no hubo nadie a quien reconociera a mi alrededor salvo las ganas de hablar y hablar de mi situación y el rostro de serpiente de Luisa, o Cristina, o como sea que aquella puta se llamara, que trataba de seguir algunas frases mías que solo yo entendía hasta que de pronto estuve solo y luego ante otra mujer con otro rostro al que también le hablaba y en cierto momento las luces se apagaron y no había nadie alrededor y yo de pronto le dije a quien estaba a mi lado, quien fuera, que saliéramos juntos para conversar.

La esperé como un idiota en la calle, cuando empezaba a despuntar el día, y empezamos a caminar juntos y ella me pidió un trago y fuimos hacia un local en el jirón Caillona y yo se lo compré y después anduvimos abrazados y de pronto estábamos parados a las siete u ocho de la mañana en la avenida Wilson con dos vasos descartables de un trago lamentable y empezaba a recuperar la remota conciencia de que tenía que entrar a trabajar en un par de horas y también la certeza de que preferiría arrojarme a alguno de los buses que surcaban la pista antes que regresar a sentarme en esa redacción de *Semana* que ahora odiaba con todas mis fuerzas. Y ambos nos quedamos mirando las combis, los autos que barrían la avenida Wilson y de pronto ella se pone a llorar por distintas cosas, entre ellas el hecho de que su hija hubiera empezado a trabajar en lo mismo que ella pero en otro burdel, y yo me doy cuenta de todos los años que tiene y la abrazo y siento que tengo ganas de meterme más coca pero no la tengo por ningún lugar en mis bolsillos y ahora es el recuerdo de ella secándose las lágrimas en mi saco, y yo dándole besos sobre el maquillaje corrido y cayendo con ella. Y ahora los dos estamos sentados en una de las escaleras de las viejas casonas de Wilson, ella con su traje de puta escondido tras mi *blazer* y yo en camisa, desafiando el frío de la mañana de octubre, intentando meterle mano delante de todo el mundo.

—No deberías estar aquí a estas horas, chibolo —me dice de pronto, como protegiéndome.

—Tú tampoco —le respondo, tambaleándome—. Estás acá solo por el trago.

—¡Lárgate de acá, mocoso de mierda!

Estoy de pie nuevamente, la mujer me ha escupido, la veo mascar un chicle y me alejo sintiéndome absurdo y empiezo a caminar por la avenida Wilson en dirección de Tacna. Mañana, hoy, acabo de decidirlo, no voy a trabajar. Camino con los deseos de que alguien me robe, de que un hijo de puta me intercepte en la avenida y me saque todo el dinero que aún tengo en los bolsillos pero extrañamente solo veo gente que va a sus oficinas, personas sobrias que ingresan a su trabajo y para quienes el día de deberes recién empieza y de pronto estoy fumando el siguiente cigarrillo que tengo y soy yo que me veo en un espejo de una academia preuniversitaria del centro y ahora junto a un grupo de adolescentes mal vestidos que salen de ella y después siento que decido nuevamente postular a Historia en San Marcos y que me gana el impulso de llorar, y mientras camino por la avenida Tacna aparece Cecilia, que una vez más pensará que estoy desaparecido, y al instante unas ganas de vomitar y la revelación clara de que en verdad no estoy enamorado

de ella y entonces llegan a mi mente Montero y Spanton, mis tíos, Ramírez Zavala, mi madre siempre lejos y también los deseos de tener enfrente de mí a mi padre para agarrarlo a golpes hasta reventarle la nariz y los ojos y la boca frente de la iglesia de Santa Rosa y descargar sobre sus huesos todo el cansancio que llevo en las piernas y esta imprecisa sensación de asco, y los restos de bilis sobre la camisa y estos veintiséis años de esfuerzos inútiles y desde esta fatiga y distancia de todas las cosas, de los carros y la gente que pasa mirándome de reojo, recuerdo que lloro como un niño y no sé durante cuánto tiempo, como un niño metido en ese parque resguardado del frío al final de la avenida Tacna y en ese momento, o quizás mucho después, cuando ya me habré calmado, descubro con una claridad imposible de verbalizar aquí que mi vida tal como está se ha estrellado contra un muro de concreto armado y la única manera de sobrevivirme es asumir que ella era algo así como una novela que aún no se había escrito y que yo realmente podría empezarla como me diera la gana, o que, más bien, pensándolo mejor, había empezado hacía centenares de páginas, pero como tal podría cambiar de un capítulo a otro, de una sección a otra, de una línea a otra por el simple hecho de que nos dimos cuenta de que escogimos mal la estructura, el punto de vista, el estilo. Porque ella, la vida, como un manuscrito en *Proceso* podía reescribirse. Y entonces yo tendría la posibilidad de reformular ciertas frases y suprimir otras, buscar nuevos personajes y quedarme con los que me gustaran. Empezar una vez más. Eso era. Entonces le di una bocanada al cigarrillo que tenía aún prendido y sentí toda su aspereza y su poder devastador sobre mis pulmones en el preciso momento en que lo arrojaba sobre el piso. Y entonces, de un modo inexplicable aun para mí, tiré toda la cajetilla y sentí deseos inmediatos de tomar un taxi e ir a mi casa, ir a mi espacio a bañarme y a dormir durante todo ese día. Y el siguiente. Y no ver jamás el día. O solo hacerlo cuando la luz que se filtrara en el piso de Miraflores le cayese finalmente a otra persona, a un ser que no fuera yo para nada pero que aún estuviera metido en una novela y aún llevara mi nombre. Y mis rasgos.

LIBRO SEGUNDO

Para leer lo que quiero leer
Tendría que escribirlo
Pero no sé escribirlo
Nadie sabe escribirlo.

MARCELO PELLEGRINI

PARTE TRES

O certo é ser gente linda e cantar.

O certo é fazendo música.

CAETANO VELOSO

Esta mañana desperté después de un sueño precioso: en él, el mar parecía haber entrado dócilmente a las calles de Santa Anita y yo me acercaba sin miedo a su agitación, sin ningún temor, y aunque no sé nadar —no aún— de pronto me sumergía en sus aguas y empezaba a flotar con cierta comodidad sobre la sal. En el sueño también aparecía el padre de Fernanda —ya entenderán después ustedes por qué es natural y a la vez importante que en un sueño así aparezca el padre de Fernanda—, que se acercaba con un rostro lleno de luz a la orilla y que respondía con una sonrisa a mi invitación de sumergirse en el océano y lo hacía, y ambos nos sonreíamos metidos en el agua y yo me sentía secretamente orgulloso de que Santa Anita también tuviera playa y de que ambos pudiéramos bañarnos en ella de esa manera. Las casas, los techos, todo permanecía igual. Después desperté. Y nada había cambiado. Al abrir los ojos sentí que el mundo real me recibía como si acabara de salir del mar, y mi cuerpo tenso, elástico, fuera nuevo bajo una piel reciente y una fuerza lo impulsara, acaso otra sangre, una energía que dejé de sentir durante los días que siguieron a la culminación de la primera parte de esta narración y que hoy está en la luz que entra por las ventanas e ilumina mis libros, mi cama, los espacios antes llenos de ansiedad de este cuarto en el que pasaron tantas cosas terribles y que ahora parecen liberados de los nudos y las sombras. Me levanté y supe inmediatamente que iba a escuchar alguna de la buena música que compartí con Fernanda en esta habitación durante aquellos días en que tratábamos de controlar juntos el miedo y en los que angustia era la única palabra que nos unía por completo.

Escribo. Escribo que escucho a Caetano y escucho a Caetano, escucho su voz sobre la percusión de los tambores y las cuerdas y lo veo bailar, lo veo reírse vestido con un polo negro sobre un polo blanco y su movimiento coqueto de ojos cantando «*Two Naira Fifty Cobo*», lo veo cantar y decir

aquello que me hace sonreír y que he puesto de epígrafe y me siento feliz porque ahora sí entiendo todo lo que antes, a los veinticinco o veintiséis años, solo adivinaba a duras penas en sus melodías. Ahora Caetano canta aquí y ríe en el centro de mi cuarto porque yo lo deseo así, da saltos, saluda a la gente, me saluda, y yo me pregunto qué habría pasado si hubiera entendido en su momento que escribir era hacer esto y era tan sencillo, era sentarse a percutir sobre el teclado y ver a Caetano y pararse en el cuarto y bailar con él un rato, hacerle los coros, destapar una cerveza, y sonreír escribiendo como él lo hace cantando con toda la libertad que después de tanto tiempo me he restituido y que no me abandonará jamás. Es increíble. Yo torpemente me siento algo así esta mañana. Siento que tengo todas las respuestas y los recursos para revelar las cosas que pasaron en mi vida luego de aquella noche y también que ahora tengo el valor que me hacía falta para referirlas y enfrentarlas. Nada me va a detener. Sonrío y escribo y me digo que esta segunda parte será como salir a recibir al mar que llega hasta mi barrio sabiendo que no estará agitado aunque bajo sus aguas haya corrientes oscuras que mirar desde la transparencia de la superficie, un mar al que me puedo meter con la seguridad de que jamás podré hundirme en él y que me alegra y que me llena de orgullo, un mar que es mío y que tengo para ofrecerle al padre de Fernanda, para hacerlo feliz y para mirarlo al rostro de frente, sin miedo ni temor por fin de ser juzgado o humillado. Sin vergüenza de ser quien soy, de apellidarme como me apellido, de tener el aspecto que tengo, de escribir lo que escribo.

1

De modo que cuando despertó, ese otro Gabriel vio que las cortinas de su habitación estaban iluminadas por un resplandor de luz artificial. Había dormido toda la mañana y toda la tarde y habría seguido haciéndolo si no fuera porque la sed lo sacó del sueño. Reconoció los pocos objetos de su habitación colocados en sus lugares de siempre, pero le pareció que juntos componían una vista tan remota como familiar. No encontró nada de beber en su casa, así que tomó una ducha, se cambió y salió a la noche a hidratarse, a comer algo y a caminar por las calles que colindaban con su casa. Lo que le tocó fue una experiencia sorprendente, porque de pronto reconocía todas las cosas tal cual existían en la realidad pero a la vez las apreciaba desde una nueva perspectiva o bajo otra luz, como elementos extrañados, y le pareció que entre él y todo lo demás se instalaba una geometría distinta y en él mismo una especie de vacío sin la angustia de los días anteriores, un sentido nuevo de ingravidez. Su celular había reventado de mensajes y llamadas de *La industria* desde los móviles de sus amigos y conocidos, pero al verlos en la pantalla no le provocó responderlos. Se dijo que sin duda alguien en la oficina —Jessica, el propio Jorge— habría hecho y quizás mucho mejor lo que a él le tocaba hacer ese día. En verdad *Semana* podría prescindir de él. De modo que prefirió caminar sin rumbo por Miraflores mientras despejaba su mente, cobraba un nuevo sentido del entorno y volvía a asumir que ese cuerpo en definitiva era suyo y era con él mismo con quien sostenía esa conversación larga y minuciosa que a veces lo sorprendía hablando en voz alta, incluso de manera exaltada, por el malecón de Miraflores antes de terminar exhausto mirando el mar oscuro de Lima y la luz del faro del malecón Cisneros disparándose cada siete segundos.

Al día siguiente fui yo el que se levantó con una urgencia fuera de lo común por estar en *La industria* y apenas llegué al pool de revistas me dirigí inmediatamente a la oficina de De Rivera y entré en ella sin golpear. Antes de que mi jefe pudiera recriminarme por lo que había pasado le comuniqué lo que había resuelto la noche anterior y que desde ese momento tenía atorado en la garganta:

—Voy a dejar el periodismo, Francisco —le dije—. Renuncio a *Semana*.

Aún recuerdo el rostro tieso de De Rivera, la manera en que pestañea por algunos segundos, perplejo, y la forma en que se pone de pie. Se acercó a la

puerta, la cerró discretamente y se sentó.

—¿Qué has dicho?

—Que renuncio. No quiero ser periodista.

De Rivera miró hacia un lado de la mesa y luego juntó sus manos.

—A ver, a ver —me dijo, exhalando un suspiro—, vamos a tranquilizarnos, viejo. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Has conocido a una vieja millonaria? ¿A una bomba sexual?

De Rivera me sonrió y yo reí con él. Luego empecé a explicarle todo.

Fue una conversación larga y reparadora, y en ella De Rivera se llenó de nostalgia recordando sus años de mochilero por América Latina cuando quería ser escritor y acabó censando tortugas y fumando yerba como un energúmeno en las islas Galápagos. Me preguntó qué planes tenía, qué iba a hacer, y cuando se enteró de que no tenía ni idea acerca del futuro, me dijo, como un padre benéfico, que las puertas de *Semana* siempre estarían abiertas para mí, que lo buscara como lo hice la tarde en que llegué a su oficina con el rostro amoscado pidiendo ser practicante.

—Debo reconocer que tienes cojones, Gabriel —me dijo antes de que dejara su oficina.

Fue la última imagen que tengo de él.

Algo empezó a modificarse cuando salí de ahí y me acerqué a lo que había sido mi máquina al fondo de la redacción y desde ella vi a todo el mundo concentrado en sus asuntos. Entendí con alivio y algo de miedo que de pronto todo eso me estaba dejando de pertenecer y que un lado de mí se moría allí, con ellos. Respondí los saludos de redactores y colaboradores, abrí mi bandeja de correos y al descubrir tres mensajes de Cecilia cobré conciencia de que tenía pareja y de que aún no me había comunicado con ella. La llamé con un difuso sentimiento de culpa, mientras revisaba el contenido alarmado y violento de sus mensajes. Una vez que me respondió, decidí anticiparme a todas sus preguntas o recriminaciones.

—Cecilia —le dije de un modo precipitado—. Han pasado muchas cosas graves. Tenemos que hablar. Tenemos que hablar muy seriamente.

No sé cómo habrá sonado mi voz pero de pronto, del otro lado del hilo telefónico, sentí un silencio que enfriaba mi pecho y después la agitación de una respiración lejana.

—No te entiendo —me respondió.

—He tomado decisiones. Y te las tengo que contar…

Se quedó callada por unos instantes.

—Estoy muy ocupada hoy —dijo de pronto, con un tono huidizo, como si sospechara la presencia de algo que tenía que evitar—. Llámame mañana en la tarde para ver si tengo tiempo en la noche.

—¿Hoy no puedes?

—No, hoy no.

Aquella primera noche, después de comunicarles a ciertos compañeros de trabajo —sin dar mayores explicaciones— que dejaba la revista, salí con Jorge, Bruno y Santiago a conversar a un bar de la calle Berlín, en Miraflores, para contarles todo lo que había pasado. Verlos juntos me hizo comprobar que algo se había transformado en mí pero que aún tenía un lugar real entre ellos. Pedimos un par de jarras de cerveza, hicimos bromas y actualizamos chapas, y ahí, mirándolos a los ojos tras el primer silencio, siempre a punto de reírnos por los nervios y algo agitados por el miedo a los cambios, les expliqué las razones que me estaban llevando a renunciar a *La industria* y a saltar al vacío para probar en qué diablos consistía vivir con alguna libertad. Por el tono con que pidieron las cervezas, o por la manera en que brindaron conmigo, me di cuenta de que estaban esperando que les hablara de otra oferta de trabajo o les revelara la noticia de que me había ganado un premio o una beca en una universidad del extranjero. Nada de eso había ocurrido. Expliqué mis razones mientras advertía el estupor de los tres y les terminé diciendo que la idea central era sentarse a escribir ese libro que quería escribir, aunque no sabía todavía cuál. Ni cómo. Entonces nos quedamos mudos.

—Estás algo loco, mostro —dijo Bruno de pronto, rompiendo el silencio.

—Spanton habla con la verdad —agregó Jorge, e intentó apenas una sonrisa—. De hecho estás más loco que el propio Spanton.

Recuerdo los esfuerzos que los tres hicieron por bromear acerca del tema y también por decir frases que sonaran sinceras y desmintieran aquellas primeras reacciones de incredulidad que no habían sabido ocultar. Igual fue inevitable que llegaran las preguntas. ¿Cómo afrontaría mis gastos? ¿De qué pensaba vivir? La verdad es que no lo tenía del todo claro, pero sabía que tenía un oficio, ¿no es cierto?, y que ese oficio me podía sostener en el mundo: a lo mejor podría trabajar de freelance para algunos medios de prestigio o de afuera, o como editor de algunos libros o revistas institucionales; a lo mejor podría convertirme en corrector de estilo, la verdad es que no lo sabía con mucha claridad. Lo que era claro es que tenía algunos ahorros y no había tocado el dinero que el diario me había estado depositando hacía años como compensación por el tiempo que había trabajado ahí. Entre una cosa y la otra tenía combustible para aguantar algo más de medio año sin

pensar qué tener que hacer inmediatamente y con ese tiempo podría ir decidiéndome por una salida de verdad. Lo cierto es que estaba agotado del periodismo y no me veía en un cierre de edición más. Necesitaba respirar.

Durante esa noche, y sobre todo en las que siguieron, a través de un intercambio fugaz de miradas entre ellos, o de un parpadeo, pude presentir con cierta claridad que entre mis amigos se había establecido una conversación paralela, ajena a mí, de la que mi decisión y yo éramos el tema principal. Muchas de las preguntas que me hicieron por esos días abiertamente o muchas de las que se hacían a solas o entre ellos, y que yo podía imaginarme, empezaron a acosarme de manera constante y a dejarme desorientado en medio de un campo minado. ¿Era realmente necesario renunciar a un trabajo y a todos sus beneficios para ponerse a escribir? ¿No era la renuncia una coartada para no asumir obligaciones propias de mi edad, para no crecer, para perpetuar un tipo de adolescencia? ¿Quién podría garantizar que tendría éxito? ¿En qué consistía el éxito? ¿No era todo en efecto una locura, un espejismo que se labró desde los días en que me creía un francotirador en la Universidad de Lima al lado de Santiago Montero y que debió remitir con los años? En este punto solía perder el rumbo y sostenía mis débiles respuestas solo desde la fe, pero entonces me preguntaba de qué tamaño tendría que ser la mía para sostener la carga de mis decisiones. En todo caso no dejaba de sentir la presencia física de algo que se movía dentro de mí, que me disparaba los pies y me llenaba del deseo visceral de actuar cada vez que me sumergía en una historia de ficción larga y convincente y sentía que las palabras, los personajes y las historias desprendían una serie de corrientes subterráneas dentro de mí y me aceleraban el pulso y modificaban mi visión de las cosas. Eso era verdad, ese animal escurridizo existía, y a esa verdad solo intuitiva me tendría que abrazar en los días que vinieran como un náufrago a un tronco en medio de un mar agitado. Además, ¿no era precisamente mi renuncia, el hecho de que la hubiera hecho, una manifestación evidente del tamaño de mi vocación y de mi fe? ¿No era suficiente demostración para mí mismo de que mi decisión era verdadera y no la mera sugestión de un sujeto inmaduro que se negaba a crecer? ¿No había madurez en lo que hacía? Muchas veces me terminaba diciendo estas cosas en la calle y en voz alta, ya sin temor de ser tomado por un lunático.

Por supuesto nunca llegué a resolver del todo esas dudas del inicio, y a lo largo de los años que siguieron hasta que empecé a escribir este libro me las volví a plantear de diversas maneras, sin poder responderlas a cabalidad. Lo único que saqué en claro durante aquellas primeras semanas tras la renuncia

fue que, como me había aconsejado Saúl Vegas, a partir de ese momento tendría que decirme en voz alta, y decírselo a los otros, que quería convertirme en alguien que escribe. Lo demás, el problema de cómo lograrlo, por dónde empezar, qué proceso seguir, me resultaría la cosa más tremenda del mundo. No tenía ejemplos cercanos, no conocía a un solo narrador que hubiera publicado algo y tampoco había estudiado literatura; no sabía de ninguna escuela que enseñara a la gente cómo convertirse en uno y menos una que te enseñara a convertirte en el tipo de escritor que querías ser. ¿Y qué tipo de escritor quería ser? No tenía la menor idea sobre nada de eso. Una noche en que le respondía mal a todas sus preguntas, Jorge Ramírez Zavala me habló de su caso con la poesía: él había descubierto qué poeta quería ser leyendo obras completas e identificando a los poetas que más le gustaban, leyendo a esos poetas y a los poetas que habían influido en ellos, y luego a los poetas mayores que habían influido en estos. Él creía que lo mismo le había pasado a Montero y que eso valía para todas las formas del arte o la creación. Había algo en mí, me decía, tendría que haber *algo* en mí que me definiera más allá de cualquier lenguaje y cuya forma todos, incluido yo, ignorábamos, del mismo modo que ignorábamos la manera en que esa forma podría ser revelada. Entendía eso perfectamente, pero me preguntaba quién diablos me podría mostrar el camino a ese algo dentro de mí. «Tú», me respondió Ramírez Zavala vaciando la ceniza del pucho sobre un cenicero, y después, al verme mudo se sonrió. Yo. Era divertido Ramírez Zavala. No tenía la más puta idea de cómo *yo* me podría enseñar a mí mismo a escribir lo mío si precisamente era yo quien ignoraba todo. Todo era demasiado divertido. Mi vida hasta entonces, o la parte de mi vida que valía la pena contar, había consistido en aprender forzosamente a escribir, a unir palabras y frases, a lograr textos impecables, y ahora me daba cuenta de que saber usar el lenguaje, colocar puntos y comas y no cometer errores sintácticos no me servía para nada porque no sabía cómo empezar a decir algo que sonara a mí, que pareciera mi voz en mi ausencia.

—A lo mejor es como en *El cielo protector* de Paul Bowles —le escuché decir a Jorge—. ¿La has leído? Hay un momento en que Kit y Port, sus protagonistas, se retiran a un desierto tan lejano de la civilización, tan extremo y peligroso, que por primera vez en su vida entera son capaces de escuchar el ritmo diferenciado de sus corrientes sanguíneas, su música interior. Quizás se trate de eso, ¿no crees? De encontrar el silencio total y escucharte, de reconocer los sonidos que hay dentro de ti.

Ramírez Zavala me miró y chupó de su cigarrillo con avidez. Yo empezaba a ver que estaba ante un asunto mucho más incierto de lo que hubiera supuesto en toda mi vida.

2

Recuerdo con bastante claridad la conversación que sostuve con Cecilia después de mi renuncia. El diálogo fue lánguido y extraviado, acribillado de silencios y sobrentendidos, y duró menos de lo que había previsto. La reproducción del cuadro de Hopper que yo había mirado hasta el cansancio los días en que me refugiaba en su habitación debido al miedo, la mesa de noche con aquella lámpara de madera y los libros de Blanca Varela que le gustaba leer, las ventanas que daban a Enrique Palacios y la propia mujer que me hablaba en medio de la estancia parecían pertenecer a la escena de una obra de teatro que había dejado de tener sentido.

—… ¿y cómo así llegaste a esa decisión? —le escuché a Cecilia en uno de los pocos momentos en que pude prestarle verdadera atención.

—No lo sé —le dije, y de pronto comprendí que las palabras que venían a mi boca referían algo más que la renuncia—; me di cuenta de pronto de que no quería seguir haciendo lo que estaba haciendo.

—Ya veo —me dijo, y se sumió en un silencio que yo tampoco me atreví a quebrar.

Nos quedamos callados así por bastante rato, y yo tuve tiempo para observar desde otra distancia sus cabellos recogidos y su nariz que latía intensamente y sus manos que constantemente cogían un collar de cuentas que siempre llevó desde que la conocí. Empezó a moverse incesantemente por la habitación acomodando cosas, y yo sentí de pronto que no podía decir absolutamente nada más, que agregar algo sería hacer añicos todas las cosas que estaban allí delante de mis ojos.

—Si eso es lo que quieres está bien, Gabriel —la escuché decir, ya desde la oscuridad—. Debes hacer lo que te provoca. Siempre. ¿Entiendes?

—Lo sé —le dije.

Y quise agregar algo más, pero tuve miedo de hacerlo, y sentí también ganas de besarla o abrazarla pero no tenía la voluntad. Me quedé en silencio mucho rato más. Luego me fui.

Al salir de la casa de Cecilia, cuando caminé hacia Comandante Espinar y seguí por la avenida Pardo rumbo al mar me di cuenta con mucho miedo de que en verdad lo que deseaba hacer todo el tiempo era terminar con ella, decirle que quería empezar todo desde cero, ecualizar de otra manera mi vida,

ajustar los tonos graves y los agudos y buscar otro sonido para todas las cosas. Cambiar. Pero no tuve el valor.

Dejé de ir a *La industria* los primeros días de noviembre y durante las primeras jornadas en mi departamento con todo el tiempo para mí solo no encontré jamás la disposición o el ímpetu necesario como para sentarme a escribir. Lo primero que me dije, o que pensé en esos momentos en que todo se reiniciaba, era que quizás necesitaba todavía procesar lo que había pasado, seguir pensando y asumiendo lentamente mi nueva situación, ir construyendo de a pocos un ambiente propicio y una rutina favorable. En esas primeras semanas, me dije, mi tarea iba a consistir en modificar mis hábitos vitales: debía dejar el cigarrillo, el alcohol y las salidas nocturnas y empezar a dormir a mis horas, comer sano, hacer algún deporte y dedicarme a leer todo lo que pudiera. De esa carta de intención cumplí con cierta facilidad el abandono de la vida nocturna, en parte porque dejé de ver a la gente de *Semana*, pero me costó horrores emprender las nuevas formas de acción que me había propuesto: me pasé cerca de un mes mirando programas inútiles en la televisión y caminando como un autómata por Miraflores con la idea de que debía ejercitarme a ver las cosas «*con otros ojos*». La mayor parte del tiempo me detenía solo en el aspecto de todas las mujeres que no se parecían a Cecilia y al llegar a casa me resultaba inevitable masturbarme pensando en ellas o en otras y quedarme dormido a horas impensables mientras trataba de avanzar la lectura de diferentes libros en los que me resultaba imposible concentrarme.

Un día, en una de aquellas absurdas caminatas, mientras recorría tiendas sin propósito alguno, vi una bicicleta. Era verde y tenía cambios y luces: era como una de las que siempre había querido tener de adolescente. Y me la compré. También, en un arrebato, adquirí ropa para correr: zapatillas especiales, camisetas con tecnología para canalizar la sudoración, *shorts* y tobilleras. Recuerdo la primera mañana de inicios de diciembre en que intenté trotar, con toda aquella ropa de deporte puesta, en la acera que atraviesa la puerta del club Terrazas. Hice el ridículo. Antes de llegar al Puente Villena, a solo cuatrocientos metros de donde había empezado, una burbuja de aire helado entre las costillas me obligó a parar y me hizo boquear como pez fuera del agua bajo la humedad de la mañana. Traté de respirar con calma mientras veía el mar pero igual sentía cómo el oxígeno entraba a metralla, y con dolor, en la piel de mis pulmones. Solo en el malestar de aquella mañana, doblado en dos o tres y jadeando como un insecto, caminando a duras penas de regreso

a mi casa, me di cuenta del extremo al que había llegado a maltratar mi cuerpo.

Cambié el *jogging* por la bicicleta. La montaba continuamente en las tardes congestionadas de la ciudad y me sentía volar viendo los edificios del malecón de Miraflores desdibujados por la neblina que anunciaba el verano. Durante muchas de esas tardes o mañanas en que me asía al manubrio, sentía la fuerza recobrada de mis piernas y el aire reparador golpeándome el rostro, y dejaba que mi mente se desplazara a su antojo mientras yo me concentraba solo en pedalear. En ocasiones así sentía que la bicicleta me conducía a mí y me sorprendía en los sitios más inesperados. La tarde en que todo se resolvió con Cecilia fue así. Recuerdo aún las partículas diminutas de garúa en la piel, los pensamientos sueltos que iba enlazando y de pronto, tal como ocurre —ahora lo sé— cuando vamos a empezar un libro y un impulso del cuerpo, o de las tripas, o un nudo dentro de ti te empieza a guiar más allá de tu voluntad, sentí que la bicicleta corría sola hacia Pardo y trepaba la avenida y luego, bajo un estado casi sonámbulo, me vi llegar a la casa de Cecilia y tocar el timbre de su departamento. No la había visto hacía días y ella no me había llamado y de pronto sentía que ahora tenía algo importante que decirle y estaba seguro de qué.

—No quedamos en vernos hoy —me dijo por el intercomunicador.

—Sí, lo sé —me oí responderle—. Solo manejaba mi bicicleta y tuve ganas de verte.

—Ya voy para allá —me dijo.

No tuve plena conciencia del cambio que había ocurrido en Cecilia, pero sí me llamó la atención que no me invitase a pasar a su casa. Salió, nos saludamos con cierta distancia y hablamos poco mientras empezamos a caminar por su calle, ella a pie y yo apoyado en la bici. En cierto momento la percibí como un animal aprensivo, los ojos bajos y llenos de experiencias ingratas, y me di cuenta de que la quería muchísimo, más de lo que había imaginado, pero que ese amor no se traducía en deseos de contacto o permanencia.

—Tengo ganas de fumar —me dijo.

—Te acompaño a comprar —le respondí.

Fuimos a una tienda y Cecilia compró una cajetilla, prendió ávidamente un cigarrillo y caminó y en un momento se atrevió a mirarme con un gesto algo ansioso. Fue ahí que le hice saber que quería decirle algo y ella no esperó a que yo la sorprendiera. En todo acto de entrega a un victimario siempre buscaremos un resquicio de dignidad por el cual respirar después del golpe.

Ella quiso encontrarlo mientras nos desplazábamos por la calle como dos amigos de colegio.

—Tú quieres terminar, Gabriel —dijo. Noté que en la certeza de su vaticinio había una pequeñísima victoria que la llenaba de rabia—. Has sido un cobarde todo este tiempo.

—No —le respondí entonces. Y torpemente no tuve más que decirle.

—No me acompañes a casa, por favor —dijo secamente, y arrojó el cigarrillo cerca de mí, como deseando de pronto que me incendiara—. No hace falta.

A la mañana siguiente, pese a la neblina, volví a salir a correr, y esta vez, con pausas todavía, logré completar la ruta de mi casa en Porta al último óvalo de Pardo a través de buena parte del malecón. Algo debió de ocurrir entonces dentro de mí. Algo se disparó y también se llenó de furia. Lo cierto es que no tuve voluntad de llamar a Cecilia nunca más, ni siquiera para explicarle los motivos de mi decisión o para disculparme. Y de pronto, sin haberlo planeado, me encontré corriendo todas las mañanas y muchas veces en las mañanas y en las tardes, y a veces hasta tres veces al día. Cada vez que sentía un desajuste dentro de mí, una zona vacía, como un corredor de aire en mi cuerpo, inmediatamente me ponía las zapatillas y salía a correr a la hora que fuera. Un par de veces lo hice de madrugada, lo que me brindaba la experiencia de un corredor de fondo dentro de una ciudad fantasmal o de un sueño, y cuando corría y ponía la mente en blanco, y sentía mi corazón cada vez más fuerte rebotando contra los huesos de mi pecho, y sentía el impulso de mis saltos sobre la pista y la tonificación de mis músculos, era perfectamente consciente de mi sudor y el fuelle de mi respiración y eso me confirmaba que era yo quien corría y no una máquina; era yo quien corría perfectamente vivo contra una ciudad entera que dormía, quizás muerta, y muchas veces sentía que sudaba también con los ojos, porque en verdad durante muchas de esas maratones que yo solo me tomaba por Miraflores, y luego también por San Isidro, mis lágrimas salían con la naturalidad del sudor, y en ese llanto confundido con la transpiración no había quejas ni pena, ni siquiera un sentimiento de tristeza o algo parecido; solo una emanación maquinal que era mi cuerpo emancipado contra el frío, tratando de construir desde sus zancadas en la acera una nueva manera de atravesar la ciudad.

Estaba convencido de que correr me ayudaría a escribir. Correr haría circular mi sangre y me ayudaría a despejar lo suficiente mi cabeza. Algunos días, mientras corría, empezaba a imaginar qué historia debía encarar, cómo podría contarla y me arengaba suponiendo que ese era el día, pero al llegar a

casa, y tras la ducha, me sentía tan agotado que dormía toda la mañana y ya en la tarde sentía que no estaba «*en mis horas de escritura*» y empezaba a frustrarme y me culpaba. Siguiendo esa dinámica me acostumbré a correr, y llegué a dejar los cigarrillos, pero no escribí absolutamente nada.

Al cabo de unas semanas así, por recomendación de mis amigos, me matriculé en clases de inglés de siete a nueve de la mañana en el Icpna de Miraflores con la finalidad de ajustar mi reloj biológico y generarme una rutina. Iba al instituto en bicicleta, aprovechaba mis dos horas de lecciones entre señores y secretarias que entrarían luego a sus oficinas de la avenida Arequipa, y regresaba manejando por el malecón, escuchando música en el *walkman* y cantándola, oliendo la brisa del mar, repitiéndome una y otra vez que mi decisión era acertada. Nada, en verdad, tenía el nivel de plenitud de la libertad ni se le parecía y yo empezaba a disfrutarla a fondo durante aquellos meses por primera vez en mi vida. Las cosas estaban realmente a punto de ser perfectas; solo debía completar todo sentándome a escribir aquello que me tocaba escribir. Habían pasado ya casi dos meses desde que había dejado mi trabajo y nunca había estado realmente colocado frente a mi computadora. De manera que un día de esos, luego de correr, me obligué a prenderla. Entonces fue que el drama, o la comedia, o más bien la tragicomedia de mi vida, realmente empezó.

Encendía la máquina religiosamente y me sentaba frente a su pantalla, pero la verdad es que hacía cualquier cosa menos escribir: miraba el documento abierto como un autista, pensaba en cosas absurdas, esperaba el mínimo estímulo para encontrar una excusa y abandonar la silla y así alejarme de la comprobación diaria de mi ineptitud. Supongo que esperaba demasiado de mí, y que ahí radicaba la base de todo el problema, pero por esos días no tenía la menor capacidad de darme cuenta. Cuando abría el archivo de Word empezaba a sentir una incomodidad en mi cuerpo, un cierto entumecimiento en los hombros, y aunque no era consiente de ello y desde esa rigidez intentaba unir frases que describieran acciones a las que sin embargo no les encontraba el menor sentido, terminaba pasándome la lengua por los labios y sintiendo la necesidad de hacer algo físico y lejos de ahí, ya fuera ir al baño, prepararme un sánguche o salir a comprarme una gaseosa o prepararme un café. Muchas veces, entornillado a la máquina durante horas, no podía resistir la tentación de jugar solitario —me decía que era una manera de esperar a que el motor creativo se encendiera— y después, cuando mis reservas declinaban por completo, abría páginas pornográficas por internet que me hacían perder la cabeza y me terminaban llevando a la cama, acalorado, y me obligaban a

masturbarme como un demente y a dormir como un león enjaulado por el resto del día. Ese era uno de los costos de la libertad. Y yo no lo había previsto. Muchas veces, en el sopor de ese limbo al que me conducían las poluciones de la mañana y de la tarde, y que terminaban mareándome de placer y de culpa, me decía que era un idiota. Era tan solo para eso, para estar atado a esa nueva forma de pulsión, que había renunciado a mi trabajo.

Un día en el que salí a manejar bicicleta tras una jornada de evasión y de pánico ante la página en blanco, me quedé observando desde el acantilado a un grupo de tablistas que, desde muy temprano, allá abajo, se habían internado en las olas que reventaban a un lado del muelle de la Rosa Náutica. Los observé durante mucho tiempo y me convencí de que solo empezaría a escribir algo si es que permanecía sentado en mi máquina del mismo modo en que ellos estaban a todas horas metidos en el mar esperando pacientemente la llegada de las olas. El escritor de verdad —así lo pensé— debía estar haciendo eso siempre, atravesar esa parte trabajosa que para el tablista era salir al frío de la playa de mañana, preparar su tabla y su ropa, calentar y meterse al mar aun cuando las olas se vieran pésimas y lo más probable es que saliera decepcionado de ellas. ¿Tendría recompensa estar braceando obstinadamente en el agua? La tendría cuando viniera la ola perfecta y uno no estuviera en otro lugar que frente a ella, dentro del mar, y supiera tomarla en el tiempo correcto para después mantenerse encima de la tabla. Los libros que a mí me encantaban habrían sido escritos por hombres así, que habían permanecido sentados ante una máquina de escribir o frente al papel a la espera paciente de la ola interior aun cuando no ocurriera nada. Escribir era eso. No era posible hacerlo parado como yo desde la orilla, viendo con lástima cómo la ola perfecta se formaba sola, a lo lejos, dentro del mar, sin nadie que la aprovechara.

3

Intenté mil oraciones o intentos de oraciones en el documento Word que abrí con cierta desesperación y en ningún momento, pese a largas e inenarrables horas de tortura que pasé frente al ordenador, me creí una sola de las oraciones que escribí para huir de la angustia que me generaba la pantalla en blanco. Agrupaba las palabras a veces con violencia, a veces con desgano, y al verlas inertes unas junto a las otras sentía desaliento y la sospecha, ligera al principio y creciente después, de que pese a toda mi voluntad y mi fe no estaba provisto del suficiente talento para emprender nada. Eran momentos desolados, de enorme sinsentido, pero luego me decía que ya estaba ahí y no era por gusto, y me obligaba a continuar en la brega pese a la incertidumbre y a la evidencia de una sensación muy concreta de error y de miedo.

Con la llegada del verano me decidí a contar una historia específica. Había tenido varias veces el deseo de llamar a Cecilia no porque quisiera resolver algo con ella o cerrar un proceso sino porque me mataban las ganas de tener sexo con alguien y empezaban a enloquecerme las mujeres que por el calor estival comenzaban a desprenderse de la ropa y dejaban ver sus piernas, sus pechos y sus caderas. Las veía distinto en esos momentos, bajo la necesidad de un apetito real que ahora sí sabía que estaba en condiciones de concretar, y andaba por las calles totalmente inquieto, sacudido por una libido totalmente disparada. Ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que son evidentes las razones que me llevaron a emprender el cuento sobre el cine pornográfico que Spanton nos había relatado a mí y a Ramírez Zavala aquella noche en la quinta de Magdalena. Con la excusa de acopiar material para «adentrarme en la materia» de mi futuro relato, me fui convirtiendo sin darme cuenta en un pornógrafo impenitente. No voy a negar que el propio Spanton fue un factor determinante en esa afición que me acercó de una manera bastante inusual a lo que yo creía eran mis proyectos literarios. Él era un verdadero gurú de la edad de oro del cine triple X y bajo su tutela busqué los títulos más emblemáticos del género en los mercados de Polvos Azules y Las Malvinas y recorrí los cines porno más representativos que él había visitado de mocoso, observando con atención los títulos que vería el protagonista de mi historia y enfrentando, seguramente como él, olores pestilentes y compañías amenazantes. De esas tardes enteras de inmersión en ese mundo saqué en claro que ubicaría mi relato en el cine Colón, un teatro republicano

que había devenido en sala porno y que descubrí con placer y esperanza en una esquina de la plaza San Martín, en el centro de Lima. El espacio era espléndido y surreal —una sala con galerías, platea y artesonados—, y yo volví a él muchas veces, con la excusa de recoger la mayor cantidad de detalles para mi relato. La verdad es que con el paso del tiempo me volví un adicto a la programación del cine. Y si bien con esa locación definida en mi mente avancé algunas páginas del texto bajo el calor del verano, todas, por cierto, salieron pésimas.

A lo que parecía un evidente fracaso creativo se sumó semanas más tarde la cruda realidad económica. Las salidas con los amigos, los pagos de la mensualidad de mi piso, la cobertura de los servicios y el tren de vida que había heredado de *Semana* estaban pulverizando mis reservas rápidamente. Para fines de enero, con una cantidad bastante menor de dinero en mi cuenta de ahorros, me di cuenta de que estaba forzado a tomar decisiones: la idea de un joven escritor que vive en un departamento cerca del mar y que emplea todo el tiempo de su día a día a su trabajo creativo era una imagen hermosa pero a la vez insostenible, y yo lo sabía. Tarde o temprano, los elevados problemas relacionados con la creación cederían paso al menudeo de los recibos de agua, los gastos de la luz, la ropa y la alimentación. Yo sabía que sería así, pero había pensado que a lo mejor podría vivir con mis ahorros unos siete u ocho meses y que de ese periodo de entrega total a mi trabajo podría extraer un manuscrito lleno de energía que en los ratos libres de los meses siguientes, entre futuros trabajos alimenticios, podría trabajar y pulir por horas hasta obtener la forma final de mi primer libro. Lo cierto es que a solo tres meses de haber iniciado ese plan me di cuenta de que jamás lo lograría porque no era capaz ni de acabar un relato y cada día pensaba de modo más apremiante en el dinero, en los ahorros que iban liquidándose y en las maneras en que podría mantenerme a flote sin recibir ingresos constantes. Rápidamente dejé las clases de inglés, descarté de plano la opción de ir al teatro o al cine, empecé a reconocer los menús más baratos de Miraflores, y decidí que me dejaría de comprar libros y ropa, y que empezaría a movilizarme exclusivamente en bicicleta. Gradualmente, sin darme cuenta, me fui convirtiendo en una especie de desplazado que llevaba un tipo de vida que no se correspondía para nada con el lugar en el cual vivía y cuyo único triste privilegio consistía en ver el mar. Entonces me di cuenta de que era preciso dejar Miraflores.

Es extraño. Las razones por las cuales volví a Santa Anita me parecen ahora algo más complejas de lo que me resultaron en aquel momento de

riesgo y vulnerabilidad. Quizás me sentía muy solo, o me asustaba mucho el nuevo escenario de libertad y por un temor atávico decidí volver al lado de mi familia. Lo realmente cierto es que cuando tomé mi decisión de regresar a casa de mis tíos estaba convencido de que lo hacía estrictamente motivado por los cambios que habían ocurrido en la casa de Santa Anita durante el tiempo que había estado afuera y que descubrí en las visitas que les hice a mis tíos por los días finales de 2001 y los primeros de 2002.

Para empezar el tío Emilio se había quedado definitivamente sin trabajo. La pizzería que lo empleó por tantos años había quebrado solo algunos meses después de que yo me hiciera editor y luego de aquel trauma a mi tío, que era algo mayor, le resultó imposible conseguir otro empleo. Por suerte, con el dinero que había obtenido de la liquidación por su prolongado tiempo de servicios, mi tía y él decidieron construir un tercer piso en su casa con la intención de levantar allí dos «*minidepartamentos*» para alquiler, algo que venían haciendo hacía muchos años con la parte delantera de su segundo piso. Recuerdo que yo los ayudé con una cantidad de dinero para terminar aquella construcción, y que seguí atentamente el proceso de edificación de los dos supuestos departamentos. El primero, en verdad, no estaba tan mal: consistía en cuatro espacios unidos como un tablero —dos habitaciones adelante; un baño y una cocina detrás— cuyas ventanas exteriores daban a la calle y proporcionaban un ambiente algo apretado aunque acogedor. Los problemas estaban atrás. A través de un corredor que se desplazaba al lado de este primer espacio se llegaba al segundo: dos habitaciones asimétricas y un baño dispuestos de cualquier manera y cuyas ventanas daban una a la azotea gris de un vecino y la otra a la parte trasera del inmueble, desde la que se veían los techos plomos y las paredes sin tarrajear de las otras casas desordenadas de Santa Anita. Viendo el resultado mi tía decía igual que el sitio podría ser ideal para «una persona sola que no cocinara» y mi tío agregaba que se trataba del «estudio o la buhardilla de un muchacho intelectual», y luego me hacía un guiño, como queriendo animarme a vivir allí, al lado de ellos.

Durante el año que viví en Miraflores y visité de manera cada vez más espaciada y culposa a mis tíos, fui escuchando una serie de historias bastante divertidas sobre ese espacio diminuto del fondo del piso tres que no dejaba de traerles dolores de cabeza a sus propietarios. Para empezar casi nadie lo quería tomar porque no tenía cocina, y en un distrito como Santa Anita no existía la posibilidad —como en Barranco o Miraflores— de que alguien viviera solo y deseara comer en la calle. Quienes llegaron a ocuparlo tomaron el espacio con intenciones que mis tíos ni remotamente sospecharon. Así, el

minidepartamento había sido rentado por una chica muy joven y de cuerpo deslumbrante que era mantenida por un hombre muy mayor que la amenazaba con no pagar la renta cada vez que discutían, por una anciana y dos hijas que vivían en condiciones casi insalubres y haciendo milagros, por dos hombres adultos que alquilaban el espacio solo para usarlo como recinto de sus citas sexuales y por una mujer que, a todas luces, era una de «mal vivir».

—Los dos hombres trajeron su colchón y lo tiraron al piso del cuarto así como así —se quejaba mi tía Laura desde la mesa—. ¡No compraron ni una cómoda!

—A la otra la descubrimos porque la venían a visitar demasiados hombres, todos distintos —añadía el tío debajo de sus lentes y de sus canas, tratando de contener una sonrisa—. Subían y bajaban por las escaleras y se encerraban con ella en visitas demasiado cortas para tratarse de encuentros de amigos.

—Entonces ponían la radio a todo volumen —decía mi tía.

—Sin querer hemos construido un «matadero» —se reía mi tío.

Pero para cuando nos reuníamos a inicios de ese año 2002 en que yo me daba cuenta de que no podría seguir viviendo en Miraflores ya ni «*el matadero*» ni el espacio de adelante del piso tres podían capturar nuevos inquilinos. En todo el barrio otros vecinos también habían habilitado espacios para la renta y los que ofrecían mis tíos en el tercer piso carecían de atractivo. Cuando les pregunté el motivo ellos me explicaron que se trataba de la escalera. Al proyectar el tercer piso de la casa no habían contemplado el gasto de una, así que desde la aparatosa escalera de granito que comunicaba la entrada con el departamento independiente del segundo piso adosaron a duras penas una escalera de caracol hecha de metal que parecía tambalearse en el vacío cuando alguien se animaba a subirla. A mis propios tíos, que eran ya mayores, les daba miedo hacerlo, y por supuesto lo mismo les ocurría a sus potenciales inquilinos. La gente se desanimaba de alquilar solo por ese detalle, y si se animaba pedía rebajas considerables que mi tío, a veces impotente ante las urgencias de los gastos, se veía forzado a aceptar.

Una tarde de febrero en que almorzamos los tres y me volvieron a contar todo el problema ya sin pizca de humor fue que tomé la decisión de volver a Santa Anita casi mientras planteaba mis ideas en voz alta sentado a la mesa. Les podría pagar un año de alquiler por adelantado para vivir en «*el matadero*» y con ese dinero ellos construirían la escalera exterior con material de concreto. Mi pago incluiría las comidas, así que de alguna manera almorzaría siempre con ellos, y sería como volver a vivir juntos. A todos la

idea nos pareció estupenda, y no sé aún cómo describir la emoción que todo eso les generó a mis tíos. Y a mí también. En el fondo sentía que haciendo lo que hacía correspondía a una buena parte de los favores que me habían hecho hasta ese momento, tal como habría hecho un hijo, que es como a esas alturas yo ya me sentía.

Pese a toda esa emoción, y a los rostros de alegría con los que mis tíos me recibieron en la casa la tarde en que mudé mis cosas al «matadero» con ayuda de Montero y Lorente, yo no pude evitar la sensación de que todo eso tenía el sabor de la derrota y de cierta humillación. Era un estado de ánimo que mis amigos sin duda advirtieron en mí y que valiosamente se esforzaron en pasar por alto. Fue una tarde de sol. Los tres íbamos en «*el corazón azul de la locura*» escoltando al camioncito que llevaba mis cosas y que dejaba atrás las calles lisas de Miraflores, sus fachadas claras y sus bermas amplias de jardines y flores para entrar en los caminos llenos de pliegues de Ate, el polvo de los arriates en los que no florecía una sola planta, las casas grises arracimadas en los cerros que flanqueaban la carretera Central, los carteles fosforescentes del óvalo de Santa Anita. No puedo dejar de sentir pena cuando los recuerdo esforzándose a mi lado y al de mi tío por subir a través de la escalera de caracol el sofá cama y el colchón que trajimos de Miraflores, cuando los veo dejando mis cosas —mis libros, mis dos artefactos y mi cama desarmada— en el espacio reducido de mi nueva casa sin decir nada sobre su aspecto, secándose el sudor por el esfuerzo y lavándose las manos con dificultad en el lavatorio de juguete que había en aquel baño diminuto al que Montero entraba casi arqueado. Recuerdo que mi tío subió con una bandeja de cervezas heladas que les sirvió a mis amigos, y que ellos se quedaron un rato conmigo haciendo bromas sobre mis libros antes de despedirse y regresar a sus hogares.

Después de eso todo quedó casi como está ahora. En el espacio del fondo mi tío y yo colocamos la cama, el televisor y el VHS, los estantes de los libros y un mueble para colgar la ropa; en el segundo espacio —el que da al corredor— el sofá cama negro, la mesa de trabajo —el escritorio, la computadora, la silla en la que estoy sentado ahora— y las torres con los discos, además del reproductor de cedés y el frigobar. En el baño mi tío había colocado un espejo bastante simple sobre el lavabo diminuto y desde la entrada pude apreciar el inodoro claramente reciclado de Dios sabría qué servicios higiénicos, la regadera que era apenas un tubo plomo de plástico con sumidero que se desprendía tristemente de la pared y a su lado la ventanita con celosías pegadas a la ducha que ofrecía una vista al corredor del piso y

más allá a las otras casas llenas de polvo de Santa Anita, sus cables sobre los techos, las sábanas y ropas de los vecinos colgando al sol. Seguramente esa tarde, como todas las del verano, el sol se puso y entró por esa ventana echando haces de luz sobre las mayólicas de diferentes orígenes que forraban las paredes —algunas celestes, otras blancas, otras con dibujos que no se correspondían y que mi tía había rescatado de construcciones anteriores—, pero sin duda yo no lo advertí. Una vez que mi tío se fue al primer piso y yo me quedé solo, apenas atiné a echarme un rato sobre mi cama para mirar por primera vez desde allí la nueva disposición de las cosas en mi habitación. Habían pasado años desde que había llegado a ese lugar en Santa Anita y pese a todos mis esfuerzos no había conseguido desplazarme físicamente más que un piso de altura y encima no tenía nada, y estaba solo. Entonces me puse a llorar largamente por un buen rato, y sentí de pronto un rencor tenaz contra mí y contra todo lo que hasta entonces se había puesto en mi contra.

Ahora me parece increíble estar sentado aquí y recordar de esa manera mi primer encuentro con este mismo espacio en el que vivo y en el que, hace algunos meses, sentado frente a mi computadora todas las mañanas —a veces, cuando tengo las energías suficientes también todas las tardes e incluso las noches—, sigo las vicisitudes de ese Gabriel que sé que de alguna manera soy yo pero que a la vez siento un ser completamente distinto de mí. Y me parece más increíble aún que narrándolo lo haya traído finalmente a este lugar, cerca de otro Gabriel que se acerca a los treinta y recuerda esos días y escribe furiosamente en el teclado. El espacio de aquella tarde que narra era exactamente el mismo en el que escribe, con los mismos elementos y bajo la misma disposición, pero el Gabriel que entró en él era básicamente otro hombre, y desde la opacidad de su mirada todo lo que había alrededor evidenciaba su mediocridad y su derrota. Ahora me provocaría cruzar la habitación y acercarme a él tendido en la cama, y decirle al oído que debería estar feliz; que yo, que controlo el futuro y el tiempo, sé que es en este sitio donde encontrará un espejo en el que le resultará posible mirarse y verse crecer, un sitio que finalmente le parecerá su lugar y al que, tan solo un par de días después de ingresar en él, Fernanda rebautizaría con el nombre más cálido de «*la casita*».

4

Volver a Santa Anita significó retomar ciertos hábitos que creía haber dejado atrás pero que en verdad me constituían. Con el tiempo me acostumbré a no tener televisión por cable, a ir a una cabina de internet para ver mis correos electrónicos y también a bañarme sin agua caliente. Luego me fui acostumbrando al aislamiento. La ciudad seguía su curso pero lo que más me interesaba de ella, los estrenos de cine y las librerías y los cafés, las casas de mis amigos y sus vidas en pareja, todo eso ocurría muy lejos de donde yo vivía. Poco a poco me fui habituando a la grisura de Santa Anita pese a sus casas pintadas de colores, a la gente que escupía o meaba en las calles y a la bulla que salía de sus habitaciones. En las mañanas intentaba tímidamente escribir, pero lejos de los tablistas sentía que algo se había desencajado y una parte de mí se resistía a intentarlo. Empezaba a deprimirme cuando me di cuenta de que era preciso conseguir un trabajo del cual vivir antes de que me quedara sin un cobre.

Estaba empezando a barajar posibilidades cuando recibí la llamada de una mujer joven por recomendación de Pedro O'Riordan. La voz del otro lado de la línea me empezó a explicar que necesitaban una persona que pudiera ser redactor, editor y fotógrafo de una pequeña publicación de una AFP dirigida a los gerentes de recursos humanos de las empresas afiliadas a esa compañía: la idea era recoger sus experiencias en el manejo de grupos humanos, proporcionarles herramientas de gestión y ofrecerles lecturas y temas afines a la labor del manejo del personal en sus empresas. Si el proyecto funcionaba podría ser contratado para hacer otra publicación, esta vez dirigida a «asistentas de gerencia», que era como ellos llamaban a las secretarias. La paga no estaba nada mal, y la periodicidad de ambas entregas, si se concretaba el proyecto, me permitiría —calculé— seguir intentando escribir lo mío. El trabajo no implicaba horarios. Dije que me interesaba y volví a preguntarle a la mujer su nombre. «Claudia», me respondió.

Claudia trabajaba en una empresa de contenidos ubicada en una casona amplia a la espalda del parque Reducto, en San Antonio, Miraflores. Elaboraban productos de comunicaciones —brochures, catálogos, afiches, libros, revistas— para bancos, corporaciones, mineras y otras empresas, y ella se encargaba de supervisar aquellos que estaban destinados a la AFP Futuro, que había solicitado esas revistas. Me reuní con ella la tarde siguiente de su

llamada, en el cafecito que habían habilitado en la casona que servía de sede de la empresa en la que trabajaba, y me sorprendió que, como yo, estuviera a la mitad de sus veinte años. Me parecía haberla visto antes, pero no sabía dónde. Supe que había estudiado Letras en la Universidad Católica pero se había aburrido de pelear por los pocos cupos que había para las jefaturas de práctica y había decidido salir a probar otras opciones. Había practicado durante algunos meses en la sección cultural de *Proceso* pero se había decepcionado de la prensa y la falta de pago y había incursionado en el ámbito más lucrativo de la comunicación institucional. Ahora estaba allí, bastante cómoda, diciéndome que sería ella la encargada de coordinar conmigo la entrega de los materiales —fotos y textos— que yo debería mandarle para que ellos pudieran diseñarlos y enviarlos a imprenta.

Todo eso me dijo Claudia la primera vez que conversamos sobre el trabajo que haríamos juntos, y en la atención que mostraba por detalles de mi experiencia y en las ganas de contar los detalles de la suya me pareció que revelaba cierto interés por mí, o acaso por mis circunstancias. Me hizo varias preguntas luego de contarme su recorrido profesional; le parecía bastante extraño que un «*chico Semana*» —así me llamaría desde entonces— hubiera decidido irse por voluntad propia de la revista y ahora se dedicara a trabajar de la manera en que yo lo hacía. Casi no le había creído a O'Riordan cuando le mencionó mi nombre. Recuerdo que intenté explicarle a grandes rasgos lo que me había ocurrido durante esos meses y creo que fue entonces cuando la chispa entre ambos prendió. Claudia sintió inmediatamente una enorme curiosidad por lo que yo intentaba hacer —y acaso, lo pienso ahora, una admiración que no estaba en capacidad de aceptar— y a la vez una especie de rechazo, porque confrontaba todo aquello de lo que se enteraba con sus propias decisiones vitales, completamente opuestas a las mías, que defendía con una enorme seguridad. Desde que era niña, y se dedicaba en su colegio bilingüe a leer los poemas de los simbolistas franceses, supo que quería ser estudiante de literatura y dedicarse al mundo editorial. De hecho había escrito poemas en la universidad y había asistido a talleres de creación literaria «*un poco como todos*», pero pasados unos años había crecido y sentía definitivamente que «ya había superado esa etapa»: últimamente pensaba de un modo más adulto: su norte era trabajar en el Fondo Editorial de su universidad, o de otras, y especializarse en la edición de revistas académicas, una rama prácticamente inexistente en el Perú pero que tenía una demanda específica en el mundo académico norteamericano, al que ella proyectaba pertenecer. Este trabajo era temporal y lo tomaba porque le permitía ahorrar

para dar los siguientes pasos que se había trazado, más cercanos a sus intereses. No sé muy bien por qué al escucharla hablar de ese modo empecé a encontrarla bastante atractiva.

Al segundo o tercer día de coordinar el boletín y de proyectar secciones e ideas —algo que gracias a la experiencia de *Semana* se me daba bastante bien — almorzamos juntos. La primera vez que nos reímos fue porque yo no podía creer que a una persona en el mundo entero no le gustara «*My Sweet Lord*» de George Harrison y ella juraba y rejuraba que el tema era pésimo y se reía mientras yo iba reparando en el brillo de sus ojos y en sus labios pálidos y en su pelo abundante. Claudia era muy distinta de Cecilia: en ella había juventud y energía, pero también una conciencia algo soberbia sobre ambas cualidades y una aparente ausencia de dolor, que la hacía verse intacta y hasta bonita. No lo era, por cierto, como tampoco lo era yo, pero conversar con ella se volvía una actividad intensa y a su manera estimulante, y a mí eso me encantaba. Éramos muy jóvenes y bastante vehementes, y también demasiado distintos, y chocábamos muchísimo, acaso porque estábamos en esa etapa de la vida en que sentimos que las decisiones de los otros interpelan y cuestionan las nuestras desde la raíz. A mí sus provocaciones, casi siempre acompañadas de citas y *boutades* cínicas y pretendidamente inteligentes, me producían ataques de rabia que siempre contenía mal y que a ella parecían producirle un efecto estimulante. Todo el tiempo exponía ideas escépticas y aparentemente «*experimentadas*» que desbarataban el apasionamiento con que yo defendía mis intuiciones. Siempre me pedía que ofreciera referentes o respaldo teórico para defender mis puntos de vista, y al no obtener resultados, lanzaba unas conclusiones lapidarias que caían sobre mí como baldazos de agua fría.

—Te has comido todo el rollo del artista del siglo diecinueve, Gabriel, y eso viene de tu formación en el colegio —concluía luego de escucharme, siempre con el cigarrillo en la mano y ese gesto de suficiencia que me atolondraba y me generaba unas ganas feroces de someterla—. Escribir es tan natural como leer, ¿entiendes? No necesita sacrificios «heroicos» como los que intentas hacer. —Arrojaba la ceniza sobre el cenicero—. No pretendas que creamos que necesitas hacer eso para hacerte escritor.

Yo la miraba con rencor cuando usaba así el «nosotros» y me señalaba categóricamente que podría trabajar aún en *La industria* y dedicarme a la escritura en mis horas libres si tuviera la suficiente disciplina y el sentido del orden —¿no habían hecho eso mis amigos poetas?— que otras personas habían tenido. Yo trataba de responderle algo contundente pero sabía que todo cuanto dijera sonaría cursi o romántico, y abandonaba el intento.

Supongo que ahí surgió el deseo. En el reto. Teníamos tal necesidad de discutir para afirmar lo que éramos que mientras tomábamos y acabábamos cigarrillos y nos íbamos midiendo se fue generando entre nosotros una dependencia que a las pocas semanas se volvió física. Una noche en que discutimos como nunca y pedimos tragos sin reserva en uno de los bares de la calle Manuel Bonilla terminamos besándonos y luego, por insistencia mía, intentando hacer el amor de una manera entrecortada en una casona enorme de ventanas altas que atendía entre Schell y Diez Canseco, al lado de hoteles serios y centros de convenciones. Allí descubrí la vulnerabilidad de Claudia en la intimidad, sus zonas anudadas, sus callejones ásperos y sus miedos, y sentí que de cierta manera la balanza entre ambos se equilibraba. Nos volvimos amantes ocasionales cada vez que ella podía superar el umbral de sus temores y un lado suyo la arrojaba a la entrega física, y cuando eso ocurría, de aquellas batallas corporales y de las posteriores discusiones en la cama, yo salía con la sensación encontrada de una reciente seguridad corporal a la par de una total inestabilidad de ánimo, producto de las dudas que Claudia instalaba en mí sobre todas las decisiones que había tomado.

Claudia vivía con sus padres y a mí nunca se me ocurrió llevarla a mi piso en Santa Anita a pesar de que con el tiempo nuestra relación fue constante y de alguna manera se tornó estable. Por aquellos días me dije —y le dije, cuando me lo preguntó— que mi casa estaba en verdad muy lejos de todo eso, casi en el extrarradio de la ciudad, y que aún no me había terminado de establecer totalmente en ella como para mostrársela. La verdad es que, a la luz de los hechos que ocurrieron después, es evidente que detrás de mi resistencia había un temor al rechazo. Para cuando las cosas con Claudia se consolidaron yo me sentía cada vez peor por la casa en la que vivía y por la vida que llevaba.

Eran días cuesta arriba. Y yo era presa de una sensación de disminución, un malestar impreciso en que se mezclaban la pena y la rabia hacia mí y que me acompañaba cuando me levantaba y era incapaz de prender la máquina, cuando tomaba buses atestados de gente que sudaba tanto como yo y cuando hacía entrevistas a gerentes a los que sabía perfectamente que odiaba más que a nada en el mundo. El dinero que juntaba, la ropa que me ponía, la necesidad de caminar cuadras enteras intentando no transpirar y mirando los cafés o restaurantes en que otros ingresaban me traían inevitablemente los recuerdos, las imágenes y el olor de aquellos años anteriores a mi llegada a *Proceso* y que supuestamente había dejado atrás. Ahora no trabajaba con las manos pero no veía nada en mi presente que me indicara un cambio real o una distancia

de aquellas condiciones de mi vida. Me daba lástima ese Gabriel Lisboa que era yo, y leía todos mis gestos y movimientos como manifestaciones de una misma derrota. Muchas veces me sentía humillado aun cuando nadie me insultara por las calles. Tenía ganas de esconder mi rostro de los otros.

Mi trabajo me resultaba patético. Y mucho más si consideraba mi ocupación anterior. Las llamadas con voces fingidamente cordiales a los gerentes de recursos humanos que Claudia me ofrecía en una lista, la propia materia de las conversaciones —estrategias para mejorar el «clima laboral», formas nuevas de contratar personal, el manejo de los «elementos nocivos» en un centro de trabajo—, la parodia de entrevista en la que fingía un interés real sobre las estrategias gerenciales de mis entrevistados y sobre todo la bufonada de hacerles los retratos fotográficos animándolos a sonreír me resultaban completamente insoportables. Les sonreía siempre, pero en verdad tenías ganas de agarrarlos a golpes: ubicados frente a mí, sentados en sus amplias oficinas al lado de los retratos de las familias que ya habían formado, delante de ventanas que daban al mar o al centro empresarial de San Isidro, una serie de ejecutivos que vivían cómodamente en la ciudad que había dejado de pertenecerme me recordaban todas las cosas que había perdido por haberme sugestionado con la idea de que tenía dentro de mí algo importante que decir. Muchas veces, cuando el entrevistado era joven, digamos unos cuatro años mayor que yo, y repasaba para mí su recorrido profesional, que casi siempre empezaba con el hecho de haber pertenecido al «*tercio superior*» de aprovechamiento de los alumnos de la Universidad de Lima, la sensación de pérdida y angustia me resultaba incontrolable. En esas ocasiones me costaba mucho realizar las entrevistas y hacerlos reír para las fotos.

La mañana en que, sin haberlo previsto, entrevisté a mi compañera de promoción Jimena Palermo, creo haber protagonizado un papelón. Jimena había estudiado Comunicaciones conmigo y se había graduado en el segundo lugar de aquella promoción de 1997 en la que yo ocupé el primero. Durante los últimos años de la carrera —ella desde comunicación empresarial y *marketing* y yo desde periodismo— ambos sostuvimos una lucha silenciosa y sin cuartel cada semestre por obtener ese primer lugar que a ella le coronaría el currículum vitae y a mí me aseguraba seguir estudiando en esa universidad. Al parecer había hecho una carrera meteórica desde que terminó sus clases, y a pesar de su cortísima edad se había convertido en la «señora Palermo», la joven gerente de recursos humanos de la firma Hogar en la que tenía bajo su responsabilidad a cerca de mil empleados. Cuando me propusieron su apellido y su empresa jamás imaginé que se podría tratar de ella. Su oficina quedaba

en el piso doce de un edificio enclavado en plena Vía Expresa. Llegué allí tras varios controles y luego de que una diligente secretaria me indicara que podía pasar.

—¿Gabriel Lisboaaa? —dijo de pronto la gerente, que se levantaba de su escritorio, ante mi sorpresa—. ¡Nunca pensé que te vería de nuevo! ¡Te desapareciste por años!

Me costó algunos segundos reconocer a Jimena. Frente a ella, su pelo cepillado y el orden de sus facciones, la precisión de su traje sastre y el aroma de un perfume que jamás podría reconocer, me sentí dolorosamente incómodo por el sudor que traía de la calle y que no secaba pese al aire acondicionado de la oficina, mi camisa pegada a la espalda por la transpiración, mis zapatos algo gastados y la precariedad de mi morral, que contenía la grabadora y las pilas y la cámara digital con la que me tocaba entrevistarla.

—Hola, Jimena —le dije, con un tono que pese a mis esfuerzos seguramente no sonó natural—. El mundo es muy pequeño.

—¡Es un pañuelo! Pero ¿cómo has estaaado?

Jimena conservaba el acento típico de todas las chicas de la de Lima, el mismo que seguramente trataría de ocultar en las reuniones de directorio junto a gerentes mayores que ella que lucharían por no mirarle las piernas y que conmigo no tenía cuidado de reprimir. Sus ojos barrieron el aspecto que traía y después se retrajeron, quizás incómodos por su pregunta.

—Bueno —le dije, tratando de defenderme inútilmente de algo, pero sin saber de qué—, viviendo mi vida como mejor puedo.

—Ah, ¡eso es lo mejor! —respondió—. ¡Estar contentos con lo que hacemos!

Sé perfectamente que Jimena me quería hacer sentir bien y que, pese a todo lo que nos separó mientras fuimos estudiantes, tenía una auténtica simpatía por mí; sin embargo, las cosas le resultaron arduas aquel mediodía. Me ofreció sentarme en una salita de estar que tenía al lado de su escritorio y me ofreció algo de tomar pero yo le hice un gesto de no querer nada y sonreí con la boca cerrada. Su asistenta le trajo un expreso a ella y a mí, por cortesía, un vaso con agua. De una manera maquinal, atajando cualquier posibilidad de charla alterna a la entrevista que había ido a hacerle, deseando salir de ese lugar lo antes posible, empecé a aplicar escrupulosamente las preguntas del cuestionario que había preparado para esa ocasión.

—¿Cuál es, a grandes rasgos, la estrategia de recursos humanos que Hogar implementa? —empecé.

Durante los minutos que duró esa entrevista Jimena me demostró la claridad de conocimientos que poseía sobre el área que manejaba y la manera en que se había organizado para enfrentar el mundo. Cada vez que afirmaba algo con seguridad sobre los temas de los que conversábamos —modelos de gestión, estrategias de identificación de marca, técnicas de motivación, todos esos tópicos debidamente aprendidos en sus clases de *marketing* y en la práctica de la comunicación corporativa— algo en mí se quebraba imperceptiblemente o crujía. En un momento, escuchándola, mi mente se fue de ahí y desde otro lugar, mirando a la muchacha guapa, inteligente y segurísima que era Jimena, se puso a fantasear la posibilidad de que ella se hubiera dejado ganar todos esos años como un acto de generosidad, una acción secreta destinada a permitirme estudiar en una universidad imposible para mí y de la que ella se graduaría de todas formas.

—¿Y cómo así lograste la identificación de tus trabajadores con ese espíritu de Hogar del que hablas?

¿Sería eso posible? Si lo era yo había hecho pésimo las cosas, pensé desde una larga distancia. Era increíble lo mal que había empleado esa oportunidad, lo poco que me había servido de ella para cambiar cierto sentido de la realidad. Estaba delante de Jimena, con la grabadora de cara a lo que decía, y una vez más éramos los mismos chicos que habíamos sido años atrás cuando nos juntábamos para algún trabajo grupal y estábamos nuevamente separados por las mismas diferencias. Sentía por ella gratitud, y me daba pena estarla decepcionando con mi actitud fría pero no podía evitarla. También sentía envidia. Y odio.

Como era usual, una vez terminada la entrevista le pedí que se acomodara en el espacio de su oficina en el cual se sintiera más cómoda —aún recuerdo la foto de su boda sobre el escritorio y el pequeño cactus que tenía al lado de la pantalla de su computadora para absorber sus malas energías— y una vez que lo hizo empecé a hacerle las fotos y a observarla protegido por el visor de la cámara. Desde donde estaba, Jimena me hizo saber que deseaba hablar un poquito de mi vida: había leído artículos míos muy «*interesantes*» en *Semana* y luego me había perdido el rastro. De pronto parecía que hubiera sido «tragado por la tierra».

—Pensé que te habías ido a una universidad norteamericana o inglesa —me dijo.

En ese momento me vi dándole una respuesta realmente estúpida porque no tenía el valor de decirle lo que en verdad me había empujado a hacer lo que hacía: me estaba tomando «una especie de *año sabático*» porque había

tenido algunos «*desórdenes*» con mi vocación, tenía algunas «*decisiones que tomar*». Solo eso. Nada grave. Estaba algo indeciso.

—Todo te va a salir perfecto, Gabriel —me dijo, sonriendo encantadora, intentando aliviar la desesperación que posiblemente me estaba costando ocultar—. La universidad nos formó muy bien.

—Sin duda —le dije.

Cuando terminé de tomarle las últimas fotos ya no estaba para nada en esa sala: no había podido resistir el impulso de abandonar el espacio y de huir francamente de todo aquello. Dejé que la secretaria firmara mi cartilla de visitante, bajé en el ascensor y me puse a caminar sin orientación y lleno de urgencia de gritar y de correr, buscando desesperadamente la salida. Esa tarde no almorcé. Me pasé las horas siguientes caminando sin rumbo y diciéndome las peores cosas posibles, repasando las imágenes más dolorosas de mi pasado: el perfil de las fábricas, las colas para solicitar trabajo, el rechazo, el sol. En ese ambular errático me encontré de pronto en las calles en las cuales había vivido meses antes, cuando acababa de renunciar a *La industria* y creía estúpidamente que podría dedicarme a escribir viviendo al lado del mar. Las casas y sus pequeños patios, los árboles sembrados en las aceras y los balcones de madera me hicieron ver hasta qué punto todo aquello había sido un espejismo; nunca me había pertenecido. No tenía ya casi dinero. No escribía. Había perdido todo lo que había construido. Me sequé el rostro con las manos cuando no pude contenerme y al cabo de un rato traté de acercarme al mar para serenarme. Al final de la calle Porta, parado frente al océano, vi a los tablistas de siempre sumergidos en el mar. ¿Qué me tocaba hacer ahora? ¿Dónde encontraría una salida para las decisiones que había tomado? Empezaba a caer en la desesperación cuando busqué cigarrillos en los bolsillos de mi pantalón. Al mirar el celular que había puesto en silencio para entrevistar a Jimena encontré la indicación de que había recibido dos mensajes de voz: en ambos, con distinta dicción, la voz lúdica de Montero me informaba que había ocurrido algo urgente y que lo llamara cuanto antes. Advertí cierta excitación en el tono con que había grabado sus mensajes, así que casi tropezándome conmigo mismo marqué su número.

—Gabriel —lo escuché decir—, te he estado llamando toda la tarde. ¿Dónde estabas? ¿Tienes un minuto?

—Sí, claro —le dije.

—Mira, es importante. Se ha abierto un puesto de jefe de prácticas en la Universidad de Lima. Es para el curso de Expresión Escrita: tú sabes, asesorar a alumnos a escribir cuentos, textos, composiciones. Es un puesto para cubrir

varias clases, creo que tres o cuatro, y Jaime Estrada, que coordina el curso, me preguntó quién podría estar interesado y yo le dije que tú. A él la idea le encantó. Está contra el tiempo. Jaime Estrada, ¿lo conoces? El editor de mi libro y del de Jorge. Trabajarías con él y con alguien más. Suena paja, ¿no? ¿Qué dices, mostro? ¿Te interesa?

Aún recuerdo la voz de Montero del otro lado de la línea, y aunque busqué palabras dentro de mí para responderle lo único que hice fue mirar largamente el mar.

—¿Qué dices, mostro?

Siempre he querido decirle a Santiago que aquella llamada es la que nunca podré pagarle salvo escribiéndola, y puedo imaginarme su rostro ahora, nítido, mirando las páginas de mi manuscrito porque seguramente él será el primero en leer esta novela una vez que la termine. Se la entregaré un día sin avisarle, y al llegar a esta página, a esta línea, una mañana soleada en su casa o quizás una tarde, sabrá lo importante que fue su llamada para mí aquella tarde de verano en que entrevisté a Jimena Palermo. Eran momentos en que, ahora lo sé, todo estaba a punto de desbarrancarse ladera abajo.

—Claro que me interesa —alcancé a decir, aferrado a un hilo de voz.

—Llámalo ahora mismo, entonces —me dijo, satisfecho—. Te doy su número. ¿Tienes dónde apuntar?

5

Aquella tarde, después de escuchar la voz sosegada de Jaime Estrada explicándome en qué consistiría mi trabajo, sentí que todo se ponía a salvo nuevamente, como si la llamada de Montero hubiera sido un salvavidas en medio de una tempestad. Volví a sentir hambre y las cosas volvieron a su sitio y cobraron sentido. Sería el jefe de prácticas de una sección de Estrada y de dos de una profesora que recién tomaba el curso —una señora «*simpatiquísima*», la calificó Estrada— llamada Melanie Degas. Probablemente me pagarían horas extra por editar una revista en la que pensaban publicar los mejores trabajos de los alumnos, tanto en ficción como en periodismo, y también por conceptos de coordinación y asesoría. La paga incluiría mensualidades en verano y en los meses de vacaciones. De pronto todo eso me ilusionó como a un niño, pero más aún dedicarme a algo relacionado con la escritura y en los espacios de la universidad en la que había estudiado.

Solo unos días después de aquellos sucesos, Claudia me contó que los clientes de la AFP Futuro habían quedado más que complacidos con el resultado de los encartes para los gerentes de recursos humanos y deseaban empezar ya la serie dirigida a las asistentas de gerencia; esperaban recibir en un plazo bastante corto el ensayo del primer número y el proyecto de una revista periódica que tocase temas de inversión para mantener informados a los clientes *Premium* de la AFP. Claudia me alcanzó los presupuestos. Todo eso significaba la posibilidad de ahorrar lo suficiente para luego dedicarme a escribir el libro que tanto deseaba. De manera que cuando fui a la de Lima a fines de marzo para firmar mi contrato y recoger mis credenciales y la encontré más amplia y luminosa y llena de más edificios y jardines, había recuperado la fe en lo que me tocaría vivir durante ese año que podría ser el de mi destape y liberación. Durante esos días iba a recoger a Claudia a su trabajo y cuando nos saludábamos ella de pronto me besaba en la boca y yo me animaba a tomarla del brazo o de la cintura como si fuéramos novios. Una vez que ella me cogió de la mano y caminamos así mientras veíamos tiendas empecé a preguntarme si no seríamos ya una pareja.

Muchas de aquellas inquietudes se las contaba a Bruno Lorente por aquellos días de finales de verano y en los primeros de las clases de la universidad. Volvimos a andar mucho juntos porque él seguía en la de Lima y

nos veíamos ahí porque su casa estaba cerca de la universidad y camino de la mía, y porque nuestras experiencias se parecían más a las que en ese momento atravesaban, conviviendo con sus mujeres, Santiago Montero y Jorge Ramírez Zavala. De hecho los veía a los tres todos los jueves de cada dos semanas en aquella reunión obligatoria que se había establecido desde que Spanton fundara el Conciliábulo y en la que todos hablábamos de los temas que nos concernían, pero durante esa temporada que sería crucial en mi vida las reuniones unilaterales las sostuve siempre con Lorente en la gran habitación del segundo piso de su casa de Camacho, rodeados de paredes estampadas de afiches de grupos sacrílegos e imágenes de iglesias católicas quemadas. Cuando nos juntábamos, Bruno acompañaba todas y cada una de las cuitas que yo le exponía de un modo comprometido y acelerado, apenas perceptible por un movimiento sutil de cabeza. ¿De veras quería escribir un libro? ¿Por qué estaba lejos de los asuntos de los adultos, del trabajo estable y la vida en pareja que llevaban Ramírez Zavala y Montero? ¿Estaba enamorado de Claudia? ¿Me había enamorado alguna vez? Spanton, a diferencia de mí, hablaba de un solo tema obsesivo: la ausencia de mujer y la soledad, «*el largo invierno spantiano*».

Es probable que por un sentido de responsabilidad ante las clases que iba a asistir o acaso buscando algo que justificase mi nueva posición, durante los días que siguieron me senté ante la máquina con nuevas energías e intenté avanzar el cuento que le debía a Jorge desde aquella tarde en el café Manhattan. Me salió un texto bastante corto, de apenas cuatro o cinco páginas, en las que un hombre gris sentado en la misma mesa en la que habíamos estado nosotros observaba, del otro lado de la calzada peatonal, a una mujer concentrada en mirar un teléfono que posiblemente estuviera sonando, o tal vez no, dentro de una oficina tan iluminada y vacía como el café en el cual él se encontraba. Decidí que las acciones ocurrieran solo en la mente del hombre y que este no se moviera un milímetro, o que el narrador describiese todo como si se tratara de una realidad estática. En algún momento, aunque no sabía cómo, después de desear hacer algo para acercarse a esa mujer solitaria, el hombre descubriría con asombro, pero también con resignación, que era parte de una pintura lánguida y triste, de gente muy sola, a la que también pertenecía la mujer. Y se quedaría así, quieto. El final en clave fantástico me parecía potente, aunque tenía algo demasiado tributario de Cortázar. Debo reconocer que culminé el texto agotado, sin saber qué había hecho en realidad, aunque guardaba la sospecha de que mi ejecución había anulado o vuelto vago o poco contundente el desenlace.

Hubiera querido tener todas mis clases asignadas por las tardes, para escribir en las primeras horas del día, pero la señora Degas había decidido dictar las sesiones prácticas de sus dos secciones durante toda la mañana de los días miércoles. Jaime Estrada, por suerte, se encargaba de las suyas los viernes por la tarde. Aquella primera semana de clases los conocí a los dos. Melanie me encantó a la primera. Era una mujer mayor y muy delgada, de cabellos completamente blancos y ojos azules que asumía con sorpresa y candidez el hecho de dictar por primera vez un curso para el que tenía experiencia como redactora de unos impecables informes de psicología social y dinámicas de grupo que ella misma elaboraba para una compañía de estudio de mercados. Desde la primera sesión me acribilló a preguntas para darle al curso un sesgo más creativo y menos racional que el que ella había recibido por su formación académica francesa. Durante las mañanas que siguieron charlamos mucho mientras asistíamos a los alumnos en sus textos y nos turnábamos para salir a un quiosco cercano a comprar alguna cosa, yo siempre café y galletas de soda, que eran todo mi desayuno. La mañana siempre se nos iba en diálogos divertidos sobre los avances y el perfil psicológico de los alumnos —entre los cuales yo trataba de encontrar los avatares de Santiago Montero y de mí— y los comentarios sobre temas de política y cultura de los que ella siempre estaba al tanto.

Las clases con Jaime Estrada obedecieron a una mecánica distinta, y fui a ellas preparado para sorprenderme de la experiencia de dictar algo a su lado. Cuando yo aún era un alumno a punto de salir de la universidad, él había aparecido en los ambientes de la de Lima como el flamante coordinador de ese nuevo curso, Expresión escrita, que yo juzgaba innecesario. Llegaba a dictar clases caminando de una manera muy pausada debajo de unas gafas oscuras que le daban un halo de misterio y vestido con una ropa casi deportiva —casaca de cuero, *jeans*, zapatillas— que lo hacían ver como un genuino adolescente a pesar de que estaba por alcanzar los cincuenta. De pronto todo el mundo empezó a hablar de él y a elogiar sus clases, a soñar con hacerse escritor. Para cuando trabajé a su lado ya era una especie de personaje mítico, conocido por delinear la vocación literaria de muchos adolescentes extraviados a quienes su metodología de trabajo, que había pulido y perfeccionado a lo largo de muchos años de enseñanza, los hacía luchar ardorosamente por obtener cupo en sus clases. Estrada había sido poeta, y de los buenos, en sus años rabiosos de juventud, y también un avezado cronista sucio que había paseado calles y recovecos peligrosos hasta hacerse de una mirada bastante nítida y profunda de la ciudad. Era un magnífico editor de

poesía y había escrito espléndidas novelas juveniles y libros infantiles. Yo fui a sus clases a asistirlo, pero secretamente me preguntaba si podría aprender algo de él.

Aún recuerdo su imagen ante su grupo de alumnos en los talleres de escritura del tercer piso de la facultad de Comunicaciones, donde se dictaban todas las sesiones prácticas de ese curso. Él está en un extremo de la mesa larga que se ubicaba en el centro de un amplio salón con computadoras que miraban a las paredes y a los ventanales de la facultad, y habla con gran parsimonia —sus lentes al lado de la mesa— a un grupo de muchachos y muchachas que lo escuchan, completamente concentrados. Viste una casaca *jean*, polo blanco y zapatillas rojas, y yo entro tres o cuatro minutos tarde, vestido con una camisa verde petróleo y un pantalón corduroy marrón, agitado por la tardanza y nervioso. Es posiblemente el día más importante de mi vida hasta ese momento pero yo lo ignoro por completo. Jaime Estrada justo está explicándoles a los chicos quién soy yo cuando ingreso en el salón y todos se sonríen, me siento a su lado, lo saludo y trato de serenarme. Lo veo y veo luego los rostros de los alumnos, y seguramente, entre ellos, sin darme cuenta, el rostro emboscado de Fernanda. Estrada daba las instrucciones sobre la manera en que deberían trabajar ese primer día de práctica y yo me daba cuenta de pronto, desde la distancia de mi edad, de que en los rostros de esos chiquillos de apenas veinte años se revelaban los deseos de encararse con las pantallas de las máquinas para demostrar y demostrarse que tenían algo dentro que no lo tenía nadie más. Sé que Estrada terminó de hablar y todos se fueron a sus ordenadores. Durante el tiempo que prosiguió ambos hablamos por primera vez e intercambiamos las primeras impresiones. Cruzamos algunas ideas sobre el curso, y yo me fui enterando por boca de él de la metodología que emplearíamos en las clases prácticas, los mecanismos de calificación que él usaba y que yo debería seguir en mis evaluaciones, el tipo de trabajo que pediríamos a mitad de semestre.

Entonces fue que ocurrió.

Estrada terminó de hablar y yo me quedé sentado por un momento repasando el ambiente en el que yo mismo había estudiado años atrás cuando de pronto, entre los detalles que iba observando desde una recobrada tranquilidad, uno capturó mi atención por completo. La imagen ha permanecido conmigo y ahora que la evoco vuelvo a encontrar en ella la misma placidez y el sentido de la verdad que uno puede hallar en esas pequeñas pinturas flamencas en las que la luz tiene tal nitidez que parece iluminar las cosas por dentro, no como reflejo sino como proyección. Contra

la luz lateral de la ventana, una luz de tarde de abril, una muchacha delgada, de cuello largo y empinado y moño alto, escribía algo en su máquina con absoluta concentración y sinceridad. Había algo rotundo y a la vez impreciso en su perfil ladeado ante la máquina, en sus dedos desplazándose suavemente por el teclado, en sus ojos fijos observando la pantalla. Esa es la primera imagen que retengo de Fernanda y me impresiona todavía hoy que sea precisamente así: ella escribiendo ante esa máquina y bajo esa luz, buscando las palabras.

Por supuesto que vi muchas más cosas esa tarde —una chica pidiéndole algo a otro chico, un par de muchachos consultando los diccionarios que había en el centro de la mesa, el rostro de Estrada que me sonreía al verme absolver una pregunta de alguien, la facultad de Derecho más allá de las ventanas, la imagen pequeñita de los alumnos allá abajo entrando a la biblioteca—, pero cada cierto tiempo, de un modo a veces azaroso, a veces premeditado, me detenía nuevamente en la imagen de esa chica de hombros firmes, labios fruncidos y piel tostada que miraba a veces más allá de la ventana, a veces al techo, otras veces su regazo o el suelo, que movía algunos dedos contra otros de su mano derecha al retirarla del *mouse*, que parecía querer encontrar algo para su texto que se hallaba en un lugar impreciso, muy lejos de ella. Lo que ocurrió luego, en esa clase, me desbordó por completo.

—Anda, Lisboa, no calles —me dijo un par de horas más tarde Bruno, en la sala de su casa, adonde llegué sobregirado y anhelante—, cuéntale al Spanton.

—Fue algo rarísimo —le dije—. Raro, y torpe a la vez.

Spanton ladeaba la cabeza esperando mis palabras.

—No sé. De pronto me pidió que la ayudara con su texto y mencionó mi nombre. Dijo «Gabriel». Sé que es cortesía, lo sé perfectamente, pero ha sido la primera clase y la mayoría de los alumnos me pasaron la voz de manera impersonal porque no tienen la menor idea de cómo me llamo. Pero ella me dijo «Gabriel» de una manera bastante suave y me pidió ayuda.

—¿A qué te refieres con ayuda?

—La hora estaba terminando, y yo la había visto toda la clase… La hora estaba terminando y ella necesitaba cortar una línea de su texto para que entrara en una página, que era lo que pedíamos, pero la verdad es que no supe cómo ayudarla.

—No veo nada extraño ahí, mostro. No quiero desanimarte, en serio, ¿eh?, pero es que no veo nada extraño.

Le conté todo lo demás. Había sido una clase normal, como cualquiera, pero al final, cuando me despedí de Jaime y salí por los pasillos, ella salió a mi lado y bajó todas las escaleras conmigo, pegada a mi hombro. Normalmente cuando uno baja las escaleras se adelanta o se retrasa, pero ella no hizo ni lo uno ni lo otro, y yo tampoco. Fue cosa de medio minuto o algo más quizás, lo que nos tomó bajar del tercer al primer piso, pero atravesamos esos cuatro tramos de las escaleras como si fuéramos dos personas que se conocen de mucho tiempo, o amigos muy cercanos, o una pareja, gente que se ama y se ha hecho una a la otra y se ha acostumbrado a caminar junta todo el tiempo. Caminamos con cierta comodidad, al mismo ritmo y pegados por el hombro, y al llegar a la puerta exterior de la facultad intuí que ambos sentimos la misma necesidad de despedirnos, pero no lo hicimos.

—Estás loco, mi mostro —me decía Bruno, prendiendo él también un cigarrillo—. Completamente loco.

Por supuesto que le di la razón a Bruno y abandoné cualquier idea estúpida. En las siguientes semanas de abril, aun cuando la imagen de Fernanda —sus facciones y sus gestos— se fue definiendo mejor en mi percepción, su trato se equiparó de tal modo al de los otros alumnos que la turbación que me generaba se limitaba a manifestarse los jueves por la noche, a bullir los viernes de clases y a disiparse lentamente los sábados. Para cuando a veces me reunía con Claudia y hacíamos planes ocasionales con Santiago y Lorena, o con Jorge y Alejandra, ya solo me quedaba una estela vaga de ella. Y me sentí realmente cómodo de que fuera así. Solo que luego la leí. Y las cosas empezaron nuevamente a girar.

Fue probablemente a la cuarta o quinta semana de clases, a inicios de mayo, que Estrada, tras evaluar los primeros trabajos de los alumnos con la finalidad de «*conocerlos mejor*», me entregó las composiciones para que yo las calificara. Se trataba de un ejercicio descriptivo en el cual los alumnos se presentaban a sí mismos bajo la forma de un animal y entre los papeles que recibí se encontraba, claro, el trabajo de Fernanda. Fue la primera vez que supe su nombre completo y que descubrí, en aquello que escribió, el ritmo aún precario de su respiración. A diferencia de sus compañeros, que solían retratarse como animales ariscos o victoriosos, dueños del aire y de las sabanas, o desplazados de ellas en estepas o paisajes árticos, Fernanda se describía como un pez sin capacidad de observarse, encerrado en una pecera de algún ser humano, una cárcel de vidrio vigilada por las figuras marinas de lo que parecían ser sus dos padres, él una anguila eléctrica y ella un pez hermoso y decorativo. Ahora me queda claro lo que esa escritura revelaba

sobre su vida y sus miedos pero en aquel momento todo me pareció una muestra de extraña originalidad. Era un texto, por supuesto, en el cual los signos de puntuación traicionaban sin querer el propio aliento de las frases y que a la vez mostraba una textura muy sutil y una prosa delicadamente urdida. Recuerdo que traté de ser lo más severo y justo posible y que, como a los demás estudiantes, la califiqué con excesiva rudeza, y que al día siguiente de clases le pedí a Jaime —en un gesto que aún considero audaz— entregárselos directamente a los alumnos para decirles ahí, en persona, cómo podrían mejorar sus textos. En un momento de impaciencia avancé el papel de Fernanda y la llamé haciéndome el desentendido y la vi abandonar su computadora y sentarse a mi lado, rígida, lista para escuchar mis observaciones. No pasó gran cosa en ese encuentro; solo sus ojos cayendo sobre el papel mientras yo le recomendaba ejecutar ciertos cambios y trataba de decirle lo mejor que podía los méritos que encontraba en su trabajo. No la recuerdo hablando; solo me escuchaba con la mano fija en el cuello, sus ojos sobre mis anotaciones en el papel.

El trabajo parcial de Fernanda sí lo leí en clave estrictamente autobiográfica y me trastornó por completo. No recuerdo su título pero sí la trama y el desenlace. El lenguaje era igualmente cuidado y terso, aun cuando perdía definición al momento de volcarlo al servicio de una historia: en ella, una chica de su edad y de sus rasgos, posiblemente ella misma, se mantenía insomne, y decididamente triste, al borde de una cama en la que dormía un hombre adulto que parecía ser su pareja y al que ella observaba dormido de espaldas, desde una distancia algo vacía: la chica buscaba nerviosamente cigarrillos en su bolso y fumaba viendo a ese hombre —¿una proyección de su pareja?, ¿un amante?— mientras recordaba las conversaciones que había sostenido con otro, más joven y al parecer menos intimidante, con el que parecía haberse sentido realmente involucrada. En cursivas, como si fuera una conversación de despedida, ella se veía caminando al lado de ese otro hombre —¿un amigo real?, ¿la extensión de algo que ella desearía tener algún día?— que parecía estar a punto de abandonarla bajo una lluvia inusual para Lima. Al final del cuento ella volvía a aparecer repasando ese último encuentro mientras veía al hombre dormido y desnudo en lo que era claramente una cama de hotel, un espacio en el que solo ella se mantenía despierta, aplastada por una sensación de ausencia que a mí, de pronto, me heló la sangre.

No tenía idea de lo premonitorio que resultaría todo aquello en el relato de mi propia vida.

6

No sé cuántas veces leí ese cuento mientras lo tuve. En todas intentaba encontrar claves que explicaran a la chica que lo había escrito pero solo me topaba con la inútil proyección de mis deseos. Lo único que saqué en claro de esa recobrada avidez es que me estaba alejando rápidamente de Claudia. Empecé a sospechar o a intuir que en verdad no estaba enamorado y una vez más empecé a tener serias dudas sobre mi capacidad de sentir y tuve miedo.

Un día, saliendo de clases, encontré a Fernanda sentada en una de las bancas exteriores de la facultad y cobardemente me fui a la biblioteca diciéndome que buscaría un libro cuyo título no pude precisar y luego me aposté a la ventana del cuarto piso para mirar desde allí, cobardemente, su silueta apoyada sobre las bancas y luego sentada en las escaleras de camino al quiosco del café. Otra vez, tras topármela involuntariamente caminando delante de mí, la seguí en silencio rumbo a Estudios Generales y a la salida principal de la universidad, en la avenida Manuel Olguín. La vi avanzar todo ese tiempo como víctima de una extraña agitación o cierta incomodidad, y luego la vi dejar el campus, cruzar la pista y acercarse a un auto de luces parpadeantes que esperaba por ella y al que ella se subió velozmente para acercarse al conductor con la intención de besarlo en la boca. No pude reconocer al hombre porque un tic automático, lleno de zozobra y vergüenza, me hizo voltear rápidamente el rostro y cambiar de dirección, presuroso, hacia la Javier Prado mientras me decía avergonzado que había mucho trabajo con los boletines que hacía para Claudia y que llegaría tarde a todo si seguía perdiendo el tiempo con ese tipo de idioteces.

Después de aquel evento creí abandonar mis débiles esperanzas de que algo milagroso sucediera entre Fernanda y yo, pero me seguía resultando irresistible mirarla. Las clases se sucedían con tranquilidad, y casi me había habituado a sentir ese leve desasosiego una vez por semana. Dentro del aula todo era muy predecible. Conversaba con Estrada sobre ciertos libros o sobre ciertas películas que nos llamaban la atención o nos gustaban. Solíamos quedarnos sentados en la esquina desde la que él, al inicio de las clases prácticas, hablaba con los alumnos. Muchas veces charlábamos allí, otras corregíamos pruebas mientras los chicos trabajaban, y ocasionalmente hablábamos con ellos para resolver dudas sobre su trabajo y a veces —sobre todo Jaime— algunas dudas existenciales. En ocasiones yo me levantaba y

daba vueltas alrededor de la clase, miraba el trabajo de los estudiantes y evitaba detenerme en Fernanda. Lo manejaba bastante bien y habría seguido así hasta que el ciclo acabara si no hubiera sido porque en una clase ella decidió acercarse a Jaime a la esquina de la larga mesa en la que ambos trabajábamos. De pronto estaba al lado de él y frente a mí, que corregía ejercicios. Con la vista enterrada en los textos, aunque sin poder concentrarme, escuchaba la voz de ambos conversando sobre fados y Portugal, sobre Lisboa, donde yo sabía que Jaime había vivido durante algunos años cuando recién se había casado. En un momento dado ella le dijo que quería escribir sobre esa ciudad; desde niña su padre le había hecho escuchar mucha música de ese sitio y ambos habían viajado por Europa pero nunca había estado en Portugal y sentía gran curiosidad por ese país y su cultura. ¿Qué libros podría leer? Jaime le indicó algunos títulos, al tiempo que yo pensaba en ellos: *Sostiene Pereira*, *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *Réquiem*, y ella apuntó todo eso en una libreta que tenía consigo. Entonces oí a Estrada decir algo sobre mí, que a lo mejor tratándose de una ciudad que llevaba mi apellido quizás yo conociera algún otro libro bueno. De pronto, mirándolo torpemente a él, y solo por algunos segundos a ella, les dije uno más, que ya había pronunciado en mi cabeza varias veces: *El invierno en Lisboa*.

—El título es hermoso —dijo Fernanda—. Díctamelo. Quiero anotarlo.

—*El-invierno-en-Lisboa* —repetí.

—¿Y de qué trata? —la escuché decir.

—Una novela de amor y de *jazz* —dije estúpidamente, para salir de la incomodidad.

No supe qué más agregar, y menos cuando, alertado por un agudo sentido de la oportunidad, Estrada optó por pararse a recorrer el salón pese a que nadie lo había llamado a pedirle una consulta.

—¿Cómo así una relación?

—Es una relación de amor, digamos un amor difícil, entre un hombre que toca el saxofón en una banda de *jazz* y una mujer que huye acusada de matar a alguien. Ambos se encuentran en San Sebastián, España, pero por un motivo extraño huyen a Lisboa.

Nos estábamos mirando a los ojos cuando no supe agregar una sola palabra más y bajé la vista y, en la peor reacción concebible, enterré los ojos en las palabras de una prueba de la que no alcanzaba a entender nada al tiempo que me daba perfecta cuenta de que era la única oportunidad que tendría en mi vida para conversar con ella y la estaba liquidando de la manera

más estúpida. Sentí su silencio y su presencia; se había quedado del otro lado de la mesa, imperturbable, mientras yo imaginaba mil cosas que decirle y las sentía entrechocar unas contra otras en algún lugar de mi mente hasta anularse. Cosas como: «Las novelas de persecución son interesantes», o «Hay otras novelas muy buenas de ese autor, Antonio Muñoz Molina», o «¿Te gusta el *jazz*?», «¿Lees mucho?», «¿Desde cuándo?»… Me empezaba a desesperar cuando ella de la nada reanudó la conversación.

—¿Y a ti qué música te gusta? —me dijo, inocentemente.

Alcé los ojos y la miré seguramente con un gesto vacío o perdido.

—Música… —agregó, sonriendo, ya casi dueña de la situación—. ¿Te gusta?

—Claro.

—¿Qué músico te gusta?

Fue cosa de dos o tres segundos, quizás cuatro, en los que delante de sus ojos muy abiertos sentí que me ahogaba por completo: había escuchado música durante veintiséis años y no recordaba en ese momento el nombre de ningún puto músico que pudiera decirle; de pronto, no sé cómo, recordé al que venía escuchando mucho durante los últimos meses desde que lo vi en un documental cantando una música muy triste sin dejar de sonreír, una manera de ejecutar el arte que a mí me había producido asombro y extrañeza.

—Caetano —alcancé a decir.

—¡A mí también! —saltó Fernanda.

Después de eso yo le dije algo sobre la manera en que él cantaba y ella se puso a contarme lo mucho que le gustaba la música de Brasil. De pronto, sentados uno frente al otro en el extremo de aquella mesa, sentí que recuperaba cierta comodidad y conversamos durante un buen rato sobre varias cosas que ahora se escapan de mi memoria. Habrán sido quince o a lo más veinte minutos, pero pudieron ser más, o quizás menos, y durante ellos fui capaz de hacer sonreír a Fernanda y de ver sus dientes, la forma de sus cejas y los hoyuelos que se marcaban a los lados de sus labios. Cuando Estrada regresó e indicó en voz alta a toda la clase que el trabajo se lo podrían entregar en la sesión teórica de la semana siguiente, caí en la cuenta de que estábamos en una clase sujeta a un horario establecido por la universidad. Fernanda pareció enterarse de algo similar, o eso me pareció, porque de pronto se paró de golpe para correr hacia su máquina. Fue como despertar de un sueño. Ella también tenía muchas cosas por hacer.

Aquella fue la única vez en que hablé con Fernanda aquel semestre. Nunca más tuvimos la oportunidad de conversar sobre algo que no fuera un

adjetivo apropiado, una coma bien puesta o una buena manera de afrontar el inicio de un artículo, yo de pie y ella sentada en su máquina. Con el paso de las clases la percibía algo más tensa, seguramente por las entregas de los informes y trabajos, y cada viernes apenas si nos saludábamos. Nunca más ocurrió algo que indicara una voluntad suya por repetir aquella conversación. La última clase la recuerdo entregándome su trabajo final a duras penas, un reportaje que lamentablemente estaba bastante lejos de sus buenos trabajos de la primera parte del curso, como si la ilusión la hubiera abandonado a mitad de semestre. Ese último día la recuerdo parada a mi lado durante un rato, con la mano al cuello como para demostrar su cansancio o como reclamando un cierto tipo de atención que no supe leer claramente. Recuerdo que al no saber qué diablos hacer cogí su trabajo y lo llevé a mi sitio junto a los demás. Estuve sentado ahí, entre alumnos que se despedían de mí con un apretón de manos o un saludo a la distancia. Empezaba a leer cuando de pronto sentí que alguien tocaba mi hombro y al voltear Fernanda se acercó a mí y me besó el rostro. Antes de que pudiera decirle nada abandonó el salón.

El fin de semestre coincidió con una serie de trabajos acumulados para las publicaciones de la AFP y la aprobación del plan de la revista de inversiones que había diseñado para los clientes de Claudia y que me dejó exhausto. Fueron amanecidas de cierre y de trabajo que hizo que odiara para siempre a los gerentes de recursos humanos y a sus secretarias y que decidiera que había ahorrado lo suficiente y que podría prescindir de esos trabajos para dedicarme a escribir a tiempo completo antes de empezar las clases en la universidad, donde Estrada me había aumentado las horas para dos salones y habían dado luz verde a la partida para editar la revista con los mejores trabajos de los alumnos. No quería trabajar en ese tipo de publicaciones que me hacían sentir mal. Viviría solo con el dinero que ganara en la universidad y me ajustaría a una vida completamente austera, casi de estudiante universitario. Había sido pobre toda mi vida, y podría seguir siéndolo sin problemas un tiempo más. Era preciso volver a saltar al vacío pero mejor, con todo el tiempo posible para leer en mi espacio de Santa Anita y para intentar escribir los relatos que me había planeado.

A Claudia, por supuesto, mi decisión la enloqueció. Supongo que, más allá del hecho de que la dejara varada con los proyectos que administraba y obligada a buscarme un reemplazo, había algo en la radicalidad con que tomaba mis decisiones que la exasperaba terriblemente. La discusión que tuvimos la tarde en que le comuniqué lo que pensaba hacer no la olvidaré nunca, en parte por las consecuencias que tuvo sobre ambos y sobre los días

en que intenté volver a escribir. Se lo dije en plena calle, cerca del parque Reducto, adonde había ido a recogerla. Claudia se detuvo, buscó con desesperación un cigarrillo, lo prendió y me miró con un gesto contrariado.

—Debiste avisarme antes que pensabas hacer eso para conversarlo, Gabriel —me dijo.

—No iba a cambiar de opinión. De todas maneras lo iba a hacer.

—Está bien, es una idiotez pero está bien, solo que a lo mejor pudiste esperar más, ¿entiendes? Pudiste esperar a culminar una serie de números que demostraran una experiencia editorial que te sirviera profesionalmente para el futuro.

—No me importa tener un futuro como editor, Claudia. Solo quiero dedicarme a escribir. Eso es todo.

—Nuevamente te estás yendo a los extremos. Renunciar a los trabajos no te garantiza que escribas, ¿es que no entiendes? El problema no está afuera, Gabriel. Está en ti.

—No puedo escribir trabajando tanto y buscando horas libres a cuentagotas. Sencillamente no es posible.

—Los procesos en el trabajo se pudieron automatizar; a lo mejor solo necesitas un par de horas al día para escribir. Una vez más te colocas en el medio de la nada.

—Necesito más que un par de horas. Necesito todo el tiempo posible para hacer lo que quiero hacer.

—Debes madurar de una puta vez, Gabriel —me dijo Claudia.

—Estoy actuando de una forma madura; no sé qué entiendes por madurez.

—Quieres escapar, ¿no te das cuenta? Quieres dejar de vivir cosas, quemar etapas. Mira a Santiago y a Jorge.

—No quiero escapar; quiero escribir.

—¿Y qué quieres escribir? ¿Qué escribiste durante todo el tiempo que no trabajaste? No has estado escribiendo nada. Nos estás mintiendo con eso de escribir, creo yo.

—Sí he hecho cosas… Es decir, si al final he hecho lo que he hecho, si estas decisiones las he tomado como las he tomado es porque esta vocación existe en mí; tiene que ser así.

—…

—¿Por qué pones ese rostro? ¿Crees que miento? ¿Crees que nos engaño?

—No lo sé, Gabriel. En verdad te portas como un niño. El mundo es mucho más grande que vivir así sin echar ninguna raíz en ningún lado, renunciando a todo lo que consigues, a todo lo que logras… ¿Sabes? No

pareces un hombre en quien se pueda confiar para nada. No ofreces ninguna estabilidad; estás atado a ese afán de renunciar a todo para escribir algo que finalmente no llegas a escribir.

—Lo voy a escribir.

—…

—Gracias por tu apoyo, Claudia.

—Deja de huir de ti mismo, Gabriel.

—No sé qué quieres decir. Renuncio precisamente porque me estoy buscando.

—No es así. No quieres mostrarme tu casa, tus padres, ni tu vida, Gabriel.

—Eso no viene al caso.

—Claro que viene al caso. Por supuesto que viene al caso.

—No tiene nada que ver. Ya te expliqué por qué no me parece.

—No estás bien, Gabriel. Sinceramente. Estás huyendo de ti y lo peor de todo es que no te das cuenta.

—Hablas con el tono de quien sabe todo de todos y me acusas de huir. ¿Y tú? ¿Tú no huyes?

—No estamos hablando de mí, hijo. Me llamaste para decirme de tu renuncia.

—Sí, para decirte que renuncio, que de alguna manera no cometo los errores que tú cometes, que creo en mí y decido lanzarme al vacío si es preciso. Y que no le tengo miedo a eso. ¿Tú hablas de madurez? ¿Es madurez haber deseado escribir y dedicarte a editar revistas para empresas? ¿Es madurez negar lo que quieres hacer en la vida y no abocarte a eso? ¿Eso no es huir de ti misma? ¿No es huir no tener el valor de decirte que quieres ser otra cosa y que en el fondo te da rabia que yo lo intente?

—Eso no es cierto, Gabriel.

—No sé si sea cierto, pero a veces lo dudo; siempre estás diciéndome las cosas que no debo hacer, siempre atajas mis intenciones como un censor lleno de envidia.

—¿Qué dices, idiota? ¿Que yo te envidio? No podría envidiar a un «escritor» que no escribe, a un «artista sin obra», como dicen en broma tus amigos.

—…

—¿Crees que bromean cuando le dicen eso a Bruno en sus conciertos? ¿Cuando te lo dicen a ti? ¿Por qué me miras con ese rostro iracundo? ¿Tú cómo sabes que no es así? ¿Cuál es la seguridad que tienes de que no piensen realmente así y te desprecien?

—…

—Eres un mocoso, Gabriel. Lloras como un idiota por una cosa de niños, de si podrás ser escritor o no: un absurdo juego de niños. La adultez está en otro lado, criatura. No creces. Te cuesta crecer. Eres un completo imbécil.

No llego a recordar qué más nos dijimos; es posible que el intercambio se haya crispado más o que solo nos hayamos quedado callados; lo cierto es que esa fue la última conversación que recuerdo claramente de mi vida al lado de Claudia y todavía no puedo determinar si de ella se desprendió también el «bloqueo» que me tuvo escribiendo tan erráticamente hasta la mañana en que empecé a redactar este libro, o si esa actitud ya estaba en mí desde el extremo sentido de responsabilidad con que había tomado mis decisiones, en la carga que había puesto sobre mis hombros para demostrarles a mis seres más cercanos que era un sujeto con algún tipo de capacidad. Sé que en ese momento sentía una rabia inconmensurable contra Claudia, unas ganas de volver a casa y escribir rabiosamente solo para demostrarle el error que había cometido conmigo y de qué maldito tipo de madurez estábamos hablando en realidad. Y a la vez sentía una duda honda sobre si aquello que ella decía era cierto, que en el fondo escribir era una excusa sofisticada para huir del crecimiento al que otras personas se enfrentaban de una manera tan distinta.

No sé si fue esa noche exactamente en la que terminamos pero es lo más probable: nos separamos encolerizados y golpeados en las heridas que cada uno había abierto en el otro, ella en un taxi camino a su casa en Jesús María, yo fumando encolerizado a bordo de una combi que recorría los barrios de una Lima sucia y gris con destino a Santa Anita. Los días que vinieron tras esa separación los recuerdo particularmente fríos. Escribía, o intentaba escribir, en las mañanas, de manera algo angustiada, y por las noches visitaba religiosamente a Bruno, con quien pasaba largas jornadas riéndome, contándole mi situación con Claudia y bromeando con la posibilidad de encontrarnos una noche, si salíamos, con Fernanda. Lo hicimos, por supuesto. Tanto a él, como a mí, nos pareció extraña su manera de despedirse al final del ciclo, de modo que salíamos a Miraflores o a Barranco, a los bares de moda de los universitarios —el Eka, El Dragón, Mochileros— con el deseo de encontrarnos con ella, pero no sucedió nunca. Ambos mirábamos, solitarios, acodados en la barra, a los chiquillos que bailaban en las fiestas de «*rock de los ochenta*», la música de The Smiths o The Cure sonando por encima de nuestras cabezas.

—Es una ley que se cumple siempre —decía Bruno—. Cuando sales en la noche a buscar a una mujer, no la encuentras jamás.

A veces con él, a veces con los otros mostros cada dos jueves de Conciliábulo, creía ver entre las chicas que iban a aquellos sitios a Fernanda, y sentía un parásito frío desplazándose por mi estómago. Después de encontrarme con varias compañeras suyas, exalumnas recientes de Estrada, llegué a la conclusión de que, en efecto, jamás la vería. Le di algunos datos a Bruno recordando nuestra única conversación. Había estado en Europa de niña, escuchaba fados, estudiaba en la de Lima.

—No la vas a encontrar nunca, loco —sentenció él desde la barra—. Es una pituca; seguro se mueve en esas discotecas in que apestan; las de San Isidro y Larcomar.

Todo era realmente raro. Tenía claro que Fernanda estaba asociada a un mundo claramente distinto al mío, pero a la vez la sentía tan cerca emocionalmente que en un gesto cándido decidí comprarme alguna ropa de invierno en los remates de los grandes almacenes —un par de camisas de manga larga, unos pantalones de corduroy nuevos, unos *pullovers* bastante formales— con la secreta esperanza de llevar algo nuevo cuando la volviera a ver el siguiente semestre de la universidad. Una vez, en la Feria del Libro, me encontré con una edición económica de *El-invierno-en-Lisboa* y la compré previendo que podría encontrármela en un pasillo de la universidad, saludarme con ella, y al recordar al desgaire aquellos libros de Lisboa que podría leer tener la oportunidad de ofrecerle, si es que no lo tenía ya, el libro de Muñoz Molina; eso me daría la oportunidad de verla o siquiera de cruzármela una vez más. Esa era mi única posibilidad. Ocurriría solo una vez; y cuando pasara la tendría que tomar sí o sí. Sin más.

Iniciar el segundo semestre del año en la Universidad de Lima fue como volver a empezar todo desde un lugar mejor. Las clases con Melanie eran fluidas porque ambos habíamos tomado decisiones correctas para establecer dinámicas que los alumnos agradecían, y en las de Jaime Estrada —bastante más tranquilo por la ausencia de la figura inquietante de Fernanda— empezamos a hablar propiamente de escritura, y, poco a poco, de la mía en particular. Empecé a entender por qué muchos chicos de la universidad que intentaban escribir sus primeros textos se acercaban a él. Estrada poseía una auténtica curiosidad por el proceso de un joven escritor, y mediante preguntas puntuales sobre los autores que me interesaban, sobre las cosas que me habían marcado, iba recomendándome algunos libros que siempre me terminaban revelando algo sobre mí y lo que me tocaba vivir. Así descubrí a Fante, Ford y Kureishi. Él me daba las recomendaciones entre consultas de alumnos y correcciones de trabajos. Hasta que una tarde me animé a decirle que estaba

escribiendo, o que estaba intentando hacerlo, y él compuso en su rostro un gesto sutil, aunque sincero, de satisfacción.

Los únicos momentos de desasosiego durante las primeras semanas de ese semestre —semanas a las que iba siempre en *jean*, con una camisa, un *pullover*, y un café en las manos para desafiar el frío— eran los que antecedían y seguían a las clases de ambos profesores. En esas horas de desplazamiento por el campus vivía amenazado por la ansiedad de que en cualquier momento, aquel que acababa de pasar o este mismo o el que podría darse en dos minutos, apareciera Fernanda y yo, vencido por mis inseguridades, no tuviera la menor idea de qué diablos hacer. De hecho tenía la idea, claro. Debía saludarla de lejos si lo estaba, hacerle una sonrisa si se encontraba cerca, y luego hablarle, en ese momento o después, de sus cuentos, sus ideas sobre Portugal, sus nuevas clases, no sabía bien, la verdad. Vivía como un gato al borde de una piscina, y cada vez que me encontraba con alguna compañera suya y le respondía turbado el saludo, temía su súbita aparición, aunque para mala o buena suerte mía esta nunca se produjo. Para la tercera semana, como quien se acostumbra a una bulla interna que de pronto se vuelve algo así como un ruido de fondo, me sentía más cómodo porque había perdido casi todas mis esperanzas de volver a verla.

Una de esas mañanas en que le pedí permiso a Melanie para ir al quiosco a comprar el café y las galletas que eran mi desayuno, y bajé despreocupado las escaleras de la facultad, me encontré en el pasadizo del primer piso con la figura de cuerpo entero de Fernanda mirando solitaria los anuncios de la vitrina de Comunicaciones. Efectivamente, como temía, desaparecieron todas las ideas y las imágenes que había preparado para ese encuentro, y me quedé parado como un poste mirándola con la mente totalmente en blanco. Es evidente que Fernanda sintió mi presencia, porque volteó a determinar quién era el tipo que se había quedado mirándola de ese modo impávido a solo unos metros, y entonces yo pude ser testigo de un sobresalto al verme que no pudo disimular. Ambos nos miramos y nos saludamos, y en la acción de acercarnos para darnos un beso en la mejilla pude sentir o intuir que ella tampoco esperaba encontrarme en ese momento pero que de alguna manera lo había estado esperando también. Cruzamos palabras que no entendimos y manifestamos nuestra sorpresa una o dos veces. Nos hicimos las típicas preguntas sobre qué tal habíamos estado y ambos dijimos «*Ahí*» torpemente. Yo estaba a punto de desfallecer porque lo había olvidado todo —Lisboa, Portugal, Muñoz Molina— cuando Fernanda, como muchas veces a lo largo

de los días que vendrían, tomó la iniciativa y me preguntó si había estado escribiendo.

—Sí —le respondí, y de pronto sentí que una caja de sorpresas se abría en mi cabeza—. Precisamente renuncié a un trabajo para dedicarme por completo a eso.

—Ajá…

—¿Y tú? Escribías… perdón, escribes muy bien.

—Me desanimó un poco el curso —me dijo—. Jaime y tú calificaban con crueldad. No he escrito nada desde entonces.

No supe qué responderle y me quedé callado. Recuerdo sus ojos esperando una respuesta, pero la verdad es que me sentía incapaz de dar una.

—Mira —me dijo—, me tengo que ir. A ver si un día me muestras algo tuyo para leerlo. En serio, me gustaría mucho.

—Claro… —le dije, tratando de concentrarme en algo que se escapaba de mi mente cuando trataba de asirlo—, claro que sí.

Fernanda me dio un beso y se dio la media vuelta con premura, tal cual la última vez que la vi. Solo que ahora, tras un par de pasos suyos, algo en mí reaccionó.

—¡Fernanda! —le dije, y ella volteó—. No te he dado mi correo.

La vi sonreír. Recibió con curiosidad mi arruinada letra de imprenta sobre la última página de un cuaderno que sacó de su bolso y después anotó su dirección en un margen de una de sus páginas, la dobló, la cortó y me la tendió.

—Este es el mío —me dijo—. Deberías mandármelo tú a mí, ¿no?

Me volvió a sonreír y se dio la media vuelta. Me quedé algunos segundos viendo cómo se alejaba y ganaba las escaleras que la llevaban a otro sitio dentro de la universidad, o quizás afuera. Me encontré en estado de flotación durante la clase que siguió con Melanie y también al terminar. Salí a buscar a Bruno a su casa apenas dejé la universidad. Le conté una y cien veces el encuentro de esa mañana: la había encontrado al fin, la había encontrado y me había dado, en una, su correo electrónico. Bruno me alzó en brazos como a un capitán de fútbol y me llevó por las calles de Camacho como a un general victorioso mientras yo levantaba el papel con el correo de ella, un correo que a esas alturas del día ya me conocía de memoria. No lo podía creer. Ni él.

—Ahora solo es cosa de esperar unos días y mandarle el cuento que pide.

Me quedé mudo y no sé qué cara puse.

—¿Mostro? ¿Qué pasa?

—Que no tengo un solo cuento listo —le dije, aterrado—. No tengo un solo cuento que mostrarle.

7

Viví el resto de los días en estado de alerta máxima, absolutamente concentrado, sumergido en la historia del hombre sentado en el restaurante que observa a la mujer concentrada en el teléfono. Me sentía realmente tenso, y detrás de cada palabra que intentaba unir en el papel podía ver los ojos de Fernanda aprobando, reprobando, asintiendo a las decisiones que yo tomaba. No sabía si estaba mejorando el relato o lo estaba alejando de su impulso inicial y en cierto momento me encontré desorientado y me perdí. Hasta que en un momento algo de mí se proyectó sobre lo que imaginaba y en cierto momento sentí que ese hombre que miraba sin ser visto, que era gris y no llamaba la atención, que tenía ropas aburridas y modales serios, podría ser yo; y que yo podía meterme en su piel o su espacio para habitarlo y mirar el mundo desde sus ojos. Algo prendió levemente entre las palabras, y así la mujer imposible de asir del otro lado de la ventana resultó ser un poco Fernanda, ajena al acoso de mis ojos. Avancé el texto lleno de inseguridades y con algunos raptos de emoción, sobrepasado de café, la espalda maltratada y los pulmones llenos de humo, y llevé el cuento hasta un punto decoroso, o así lo creí. Cuando juzgué que estaba listo, lo imprimí y lo corregí. Lo más difícil, en verdad, no fue tanto el cuento como el texto que lo acompañaría en el *mail* que le mandaría a Fernanda. Lo escribí muchas veces, arrepintiéndome de cada palabra, y tan solo cuatro o cinco días después de nuestro encuentro, se lo envié. Apenas lo hice, me arrepentí de despedirme con la palabra «besos», aunque ella reaccionaría más rápido de lo que yo hubiera siquiera remotamente sospechado…

From: glisboc@hotmail.com

To: fernanda482@hotmail.com

Subject: lo prometido…

Date: Thu, 29 Aug 2002

¡Hola, Fernanda!:

Lo prometido es deuda así que nada, no dejo de sentir algo de vergüenza al mandarte esto porque supongo que después de haber sido «*cruel*» contigo debería mandarte un texto espectacular. Esto va sobre algo así como un amor

imposible. Un hombre y una mujer separados por una ventana. Hay también una taza de café, un cigarrillo encendido… ¿Has visto reproducciones de cuadros de Hopper? Quizás esa sea la explicación de muchas cosas. Espero que te guste. Tengo algún otro cuento por ahí, pero algo, una intuición, me dice que este se acerca más a tu sensibilidad.

Besos,

Gabriel.

Documento adjunto: «*unhombremira…doc*».

From: fernanda482@hotmail.com

To: glisboc@hotmail.com

Subject: Re: lo prometido…

Date: Fri, 30 Aug 2002.

¡Hola! No sabes el gusto que me dio encontrar un mensaje tuyo y más todavía cuando vi el documento con lo que me prometiste. Leí el cuento y me gustó. Mi humilde opinión (aunque no me la hayas pedido) es que hay algunos detalles que tal vez hubiera suprimido, quizás ponerle un poco más de acción… no sé. Como tú mismo dices, la explicación está en los cuadros de Hopper (en especial uno que se llama Aves nocturnas si mi intuición no me falla). ¿Qué te parece si nos tomamos un café uno de estos días en la universidad y lo conversamos un poco? Escríbeme para quedar, ¿te parece?

Un beso,

Fernanda.

—Ey, loco, la nena quiere acción —se rio Montero cuando le pasé el correo para que me ayudara a interpretarlo.

—No entiendo.

—Te lo está diciendo: «*No sé, más acción*». Está clarísimo. Está dando el paso de tomar un café. Quiere accioooón.

Una parte de mí quería realmente darle la razón a mi amigo pero a otra le costaba asumir que Fernanda quisiera algo más allá que intercambiar opiniones sobre los cuentos o las clases. Igual le mandé mis horarios, y le ofrecí juntarnos para el almuerzo de los miércoles —después de la clase de Melanie— o quizás el viernes o el jueves, después de las clases de Estrada. Intercambiamos algunos mensajes breves, de los que fue imposible interpretar algo más que el simple deseo de conversar con alguien sobre algo, y

quedamos a las seis después de la sesión del jueves de Jaime. Ella no tenía clases antes, así que haría hora hasta que yo me desocupara.

Ese primer encuentro con Fernanda fue demasiado intenso. Yo había estado enterrado en una sensación de nerviosismo todo el día, tratando de aquietar la ansiedad que se apoderaba de mi estómago y que se acentuaba con el correr de las horas antes de vernos. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Iríamos a uno de los quioscos de la universidad?, ¿daríamos una vuelta alrededor de ella y nos sentaríamos en alguna banca, muertos de frío? No tenía la más remota idea de qué podría pasar entre los dos y me daba cuenta de que era inútil intentarlo. Pensé todo el día en el momento del encuentro, tratando de controlar y acostumbrándome a ratos a mi angustia, pero cuando la vi desde las ventanas de la clase conversando con algunos amigos en las bancas de la facultad, me sentí desbocado. Los minutos avanzaron lentísimos, y me descubrí una y varias veces mirando el enorme reloj de pared del salón, paralizado ante las preguntas de los alumnos y distante de los comentarios de Jaime. De pronto, a solo veinte minutos para salir, para pasar por la agonía de bajar a donde estaba ella con sus amigos y llamarla, y esperarla, Fernanda entró a la sección, saludó a Jaime, se acercó a mi sitio y me dijo que me estaría esperando afuera. Luego salió. Al final de la clase, cuando me la topé en el pasillo del tercer piso, se puso a caminar a mi lado y bajamos juntos las escaleras tal como hicimos luego de la primera clase que compartimos juntos, en silencio, desarmados, sin saber qué decirnos pero raramente cómodos. Esta vez seguimos caminando como por inercia a través de la universidad.

—¿Dónde quieres tomar el café? —le dije, de pronto.

—No lo sé —la escuché decir, y me pareció que su voz temblaba—. ¿Tú?

—No lo sé.

Nos habíamos acercado a la salida de la universidad y entonces yo le propuse cruzar la pista, ir al centro comercial que había enfrente del campus y tomarnos el café allí. Ella estuvo de acuerdo y los dos seguimos caminando silenciosos y extraños, sin decir una palabra, bajo el frío líquido de la tarde. Cuando llegamos a la puerta de las rejas exteriores del mall sentí dos reacciones bastante precisas en mi organismo: una sed súbita, tenue aún, indescifrable, y unas ganas irresistibles de fumar. Antes de entrar me acerqué a una mujer que vendía puchos y le compré una cajetilla y entonces, de una manera casi inmediata, Fernanda rompió su silencio y me pidió uno. Recuerdo que se lo di y al encendérselo descubrí que sus manos temblaban por el frío, tanto como las mías. Cometí errores con el vuelto y la vi sonreírse y llevarse el pucho a la boca con algo de temor. No pensé en ese momento si

estaría nerviosa o no; solo estaba preocupado por mi propio nerviosismo. Camino al cuerpo central del centro comercial, a través de los estacionamientos y los primeros restaurantes aislados intentamos dos inicios de conversación pero se desbarrancaron. Nos quedamos suspendidos en el silencio, y yo de pronto creí sentir que ella, como yo, era consciente de que ambos pasábamos un tiempo juntos por primera vez en nuestras vidas, aunque pudo ser tan solo una impresión mía.

Tengo ciertos recuerdos vagos de Fernanda antes de verla sentada en esa mesa del News Café en la que, junto a mí, devoró cerca de dos cajetillas grandes de cigarrillos y varios litros de agua en el lapso de cuatro horas. La veo en una librería al lado del café, el pelo recogido, la bolsa con libros pegada a su torso, mirando textos y haciendo ese gesto tan suyo que le marca hoyuelos a los dos lados de la boca. La veo yéndose al baño apenas nos sentamos; los brazos pegados a las caderas en el gesto rígido de quien se sabe observado y se incomoda. La recuerdo de pronto sentada frente a mí, con el rictus anhelante de quien, como yo, tiene miedo de empezar a hablar, de referir cosas. Los primeros minutos tan solo comentamos la demora del mozo, fumamos, pedimos café.

Ahora que tengo que narrar nuestra primera conversación no recuerdo quién la inició ni cómo. Seguro hablamos de los cigarros, del lugar, del mall, de la gente que iba a hacer compras un jueves a esas horas y entonces ella preguntó por las clases de ese semestre con Estrada, de los nuevos alumnos, y así, algo ansiosos los dos, empezamos a construir ese hilo inicial, siempre endeble, con el que las parejas buscan tejer una red de símbolos compartidos, o su promesa. Fernanda y yo no encontramos problemas, al inicio, para empezar a hablar. Habíamos compartido la misma clase, teníamos conocidos en común y habíamos estudiado en la misma universidad y la misma carrera. En un momento ella habló del cuento que le había pasado, y se detuvo en algunos detalles del hombre que miraba a la mujer sin hacer nada por ella; me dijo que había sentido cierta lástima por la total apatía con la que él había afrontado su deseo, y de lo mucho que la irritó. Yo le comenté su cuento, el de la mujer al borde de la cama ocupada por alguien extraño, y le confesé que sentí una especie de decepción. Ella frunció el ceño tan solo una micra de segundo y me pidió otro cigarrillo, que prendió con avidez. Le dio una calada muy fuerte y no añadió nada. Ese momento discreto de zozobra y nerviosismo controlado no significó nada, o al menos nada muy preciso.

Fernanda desvió la conversación hacia la novela de Muñoz Molina, que aún no había conseguido —le dije inmediatamente que se la prestaría—, a los

fados que le gustaban y que me daría algún día, a la música brasileña que había escuchado de niña —bossa nova, sobre todo, Tom Jobim, João Gilberto, Vinícius de Moraes— y que le traía muchos recuerdos de su padre. Todo eso me dijo. No sé si aquella vez fue que me explayé en las teorías que tenía de la manera particular de cantar de Caetano y de la forma en que llevaba su cuerpo. Puede que haya ocurrido la segunda o tercera vez que nos vimos, o quizás después, cuando ya parecíamos sometidos al movimiento de una barca que no podíamos controlar. El mozo llegó tras el café y yo le pedí un vaso con agua porque me sentía morir de sed, y ella hizo exactamente lo mismo. Cuando vimos el cenicero ahogado de cigarrillos muertos, algunos acabados tan solo a la mitad y más de dos prendidos, nos reímos nerviosamente pero yo sentí pánico. ¿Qué hacía Fernanda conmigo? ¿Qué buscaba de mí? Aplastábamos puchos contra el nuevo cenicero que trajeron y luego fuimos al baño seguramente a pensar en lo que estaba ocurriendo y luego volvíamos a la mesa a pedir otro vaso con agua, y otro café.

En cierto momento, hablando de su afición por las cintas antiguas de Hollywood, enfrascados en una divertida conversación sobre los actores más atractivos del cine, Fernanda dijo algo que a mí me dejó estupefacto.

—No me gustan los hombres bonitos —la escuché decir—. Brad Pitt, por ejemplo, no me llama la atención para nada.

—¿No? A todas les encanta.

—A mí no. Tiene un rostro como de muñeco, ¿no?, sin líneas que hablen de algo, no sé, de una vida, de una manera de afrontarla. No me interesa la gente con los rasgos de formas armónicas o las personas con piel de porcelana.

Le di una calada a mi cigarrillo y me sentí algo confuso. Después, no sé por qué, me puse a hablar.

—¿Has visto *Crash?* —le dije—. ¿La película?

—No.

—Deberías verla. Es una película de un raro futurismo moral en el que una mujer se siente perturbada por un hombre que tiene el rostro comido por una antigua enfermedad y una obsesión por los choques de autos. Ambos entran en una relación extrañamente erótica, en la que las magulladuras, las cicatrices de los autos, las grietas de los rostros, antes que ser motivo de fealdad, son como marcas estéticas, o algo así. El mismo actor que interpreta el rol principal, Elias Koteas, es un hombre atractivo.

—A mí me pueden gustar las cicatrices —dijo ella, y me miró—. No todas, claro. De pronto son como marcas de experiencia, o de vida.

Le di otra calada al cigarrillo y miré mis zapatos de gamuza y la basta de mis pantalones de corduroy. De algún modo habremos salido de esa situación para mí incómoda y algunos minutos después estábamos hablando de otras cosas y mirábamos a la gente que salía de los cines y de las librerías en medio de un agitado día de compras, que colocaba a los lados de las mesas que nos circundaban los paquetes y las bolsas y estiraba las piernas. Habíamos llegado al sitio cuando no había nadie, a eso de las seis y cuarto de la tarde, y ahora, entre la caterva de gente, éramos los únicos que no habíamos comido. Pedimos la cuenta y nos paramos, avanzamos unos pasos en dirección a las salas de cine y nos dijimos que quizás podríamos comer algo en un sitio algo más barato, a lo mejor una *pizza* o un sánguche, y en ese momento yo creí sentir que ambos deseábamos estar juntos mucho tiempo más, pero entonces Fernanda me preguntó la hora, me escuchó decirla —las diez y media, creo, o las once— y súbitamente se puso a temblar, abrió los ojos de un modo desmesurado y empezó a buscar la salida del mall con una desesperación que le costaba controlar, con miedo. ¿De quién? ¿Hacia dónde? Aún puedo ver su camiseta ploma de manga dos tercios pegada a la esbeltez de su torso, sus brazos delgados encima del *jean*, sus manos aferradas al bolso. Lo demás lo tuve que presenciar como un testigo accidental de algo que no me correspondía: Fernanda dijo que se tenía que ir y a duras penas la pude seguir hasta la salida, escucharla decirme de una manera atropellada que había sido una excelente conversación, que ya hablaríamos en otra oportunidad, y después la vi subirse al primer taxi que pilló e irse en él. Cuando se fue alcancé a escuchar que vivía a la altura de la cuadra nueve de la avenida Roca y Boloña, en Miraflores. Y como si quisiera retenerla a mi lado recordé esa referencia.

Tras esa noche, lo único en lo que podía pensar era en el siguiente encuentro con Fernanda delante de esa mesa, en ese café, su sonrisa delante de mí y las horas que tendríamos para hablar sobre lo que nos diera la gana. Empecé a revisar de un modo enfermizo mi buzón de correos para ver si es que entre los *mails* que recibía aparecía uno que llevara su nombre. Fernanda recién me mandó uno a la semana siguiente: un *mail* de apenas una línea en el que decía como cualquier cosa si esta semana nos podíamos juntar de nuevo. Le respondí que encantado, y justo la mañana de ese jueves, cuando estaba todavía en casa, recibí un correo suyo en el que me comunicaba que se le había presentado un contratiempo y que no podía verme. Se disculpaba.

Las cosas empezaron a empañarse. Fernanda no me escribía jamás durante los fines de semana, y aunque a veces yo iba a las cabinas de internet esos

días para ver si aparecía un mensaje suyo, pronto me di cuenta de que en esos momentos lo más probable es que ni siquiera pensara en mí. Recibí una nueva comunicación el martes siguiente, corto y frío como los anteriores. Me decía que aún me debía un café y tenía que resarcirse. Le respondí igual, apenas una línea. Y entonces nos volvimos a ver: fue tal cual la primera vez, solo que en esa segunda ocasión era consciente de que nada de lo que allí ocurría era nuevo, e hice esfuerzos por mantenerlo en mi mente y atesorarlo mientras sucedía: la espera de Fernanda fuera de la clase, el descenso de las escaleras como el día en que supimos que existíamos, la caminata atravesando el campus, la aparición del mall al otro lado de la avenida, la mujer que vendía los cigarrillos, los estacionamientos, la mesa del café que ambos escogimos y que era la misma de la vez pasada y en la que nos sentamos en las mismas posiciones, como si ambos quisiéramos permanecer en el mismo espacio y tiempo de la conversación anterior y sentir que no nos habíamos ido jamás de ahí. De pronto fantaseé que seguía siendo ese mismo día, y que por eso compartíamos los mismos Lucky Strike sobre el mismo cenicero que empezaba a rebalsar de puchos y agotamos los mismos vasos con agua y el mismo café uno frente al otro, sedientos como ante un auditorio lleno de gente y sin palabras claras que pronunciar. Incluso la conversación parecía acercarse perfectamente a la anterior, quedarse en el intercambio de opiniones superficiales sobre distintas cosas y bromas si no hubiera sido porque de súbito Fernanda dio un paso que yo no hubiera esperado.

—Tienes una boca muy bonita —me dijo de pronto, cortando algo que yo había empezado a decir en ese momento y que por nada del mundo podría volver a recordar—. Disculpa que te corte de ese modo —añadió, al notar mi reacción—; me provocó decirlo; eso es todo.

Aún hoy, con todo lo que ya llevo escrito aquí, no se me ocurre bien cómo poner en palabras lo que me ocurrió después de eso. De pronto, creo, tuve la sensación de que todo mi rostro se contraía y yo deseaba que se hiciera un agujero negro que tuviera como propósito tragarse mi piel, mis labios, mis cejas y mis ojos hasta desaparecer.

—No estás acostumbrado a que te digan cosas así, ¿no? —escuché a Fernanda.

—No mucho, en verdad —respondí.

Y luego no dije nada. Y creo que estuvimos callados un instante y luego yo debí de hablar de algo, de lo primero que se me ocurrió, odiándome por haber sentido ese calor en el rostro pese a tener siete años más que Fernanda y entristecido al haberme dado cuenta de que era la primera cosa bonita que

alguien decía sobre un aspecto particular de mi físico. Me culpaba por no saber reaccionar y por ser consciente de que hablaba idioteces para borrar esa frase de Fernanda. Desde ese momento ella empezó a desafiarme desde una posición de ventaja y desde la irresponsabilidad propia de su edad y de la conciencia temprana de que era una mujer bonita. Me miraba a los ojos de una manera fija, sostenida, y me obligaba a prender un nuevo cigarrillo, buscar el vaso con agua, mirar a la gente que pasaba por delante de nosotros. Después se sonreía. Era como una niña jugando con sus nuevos poderes, probándolos ante alguien de más edad pero claramente disminuido por sus marcas y sus complejos. No sé si pensé eso en ese momento, o en otro, y si eso me reveló o despertó mi voluntad de competir. Lo cierto es que en un momento me propuse sostener su mirada todo el tiempo que fuera necesario, y así lo hice: miré a Fernanda a los ojos fijamente como ella a mí durante muchos segundos y estaba intentando leer lo que había en ellos cuando de pronto desvié la mirada hacia sus labios y la detuve ahí, con un gesto que probablemente fue de abierto deseo. La intención debió de ser tan evidente que cuando volví los ojos a los de Fernanda ella mantuvo los suyos en los míos pero intentó ocultar sus labios, quiso tragárselos o reducirlos, pero apenas trataba de replegarlos una fuerza de su dignidad la forzaba a dejarlos quietos y entonces volvía a sentir la necesidad de ocultarlos: rápidamente, mirándome aún a los ojos, su rostro se fue tornando rojo mientras reía a su pesar y cerraba los ojos para salir de ahí. Nunca en los años en que la conocí la he vuelto a ver en una situación de la que quisiera salir con tanta urgencia, pero a la vez sabía que quería estar allí, y entonces le sonreí y ambos nos miramos ya sin ningún desafío de por medio y nos reímos, y dimos caladas alternas a los cigarrillos, y seguimos riendo. Entonces sentí que entre ambos se había establecido algo, solo que no sabía bien qué.

A diferencia de la ocasión anterior esta vez sabíamos que nos tendríamos que separar. Cuando el sitio se llenó de gente ella y yo supimos que el tiempo corría, pedimos la cuenta y al despedirnos nos atrevimos a plantear la posibilidad de vernos al día siguiente. A mí, por supuesto, no se me pasó por la cabeza sugerir el sábado o el domingo. De algún modo en esa caminata rumbo a los autos aparcados en el estacionamiento me di cuenta de que ambos habíamos acordado tácitamente que el tiempo del fin de semana le pertenecía a alguien más y nadie se atrevería a acercarse a ese umbral.

—Dame tu teléfono y te llamo para quedar —me dijo. Y yo se lo di pero no me atreví a pedirle a ella el suyo.

Al día siguiente esperé la llamada de Fernanda al borde del colapso. Después de intentar leer algo, almorzar con mis tíos, ir a la cabina a descubrir que no me había mandado ningún mensaje cancelatorio, recibí su llamada telefónica a golpe de las cuatro de la tarde. La voz que se escuchaba del otro lado de la línea y me llamaba por mi nombre no parecía la suya; provenía de un sitio oscuro y de cierta forma amenazante.

—No puedo verte hoy, Gabriel —me dijo rápidamente—. Las *cosas* se me complicaron.

No quise preguntar por «las cosas». Solo dije que no había ningún problema.

—Hablemos en la semana a ver si nos tomamos otro café, ¿te parece?

—Claro —le dije estúpidamente—. No hay ningún problema.

Ese día, y el que vino después, empecé a sentir un malestar de otro tipo, una sensación maligna de ansiedad que ya no me abandonaría de ahí en adelante. Ya en la noche, cuando salí con Bruno, fui consciente del lugar marginal que ocupaba en la vida de Fernanda y me odié y la odié por ello. Empecé a sentir rabia de que le perteneciera a otro y empecé a sospechar que me había tomado como una especie de tipo «particular» en su vida, alguien que quizás le generaba curiosidad y que despertaba sus deseos manipulatorios y alimentaba su vanidad. Me pasé la noche arrebatado por la cólera y sacudido a ratos por el temor de encontrármela en ese lugar con él.

Igual esperé un nuevo *mail* de Fernanda. Sabía que la situación que habíamos empezado, las mesas del café, los vasos con agua, los cigarrillos y las bromas, era insostenible, pero igual me costaba renunciar a ella. Fernanda no se comunicó conmigo ni lunes ni martes, pero aquello fue mejor porque durante esos días, sin hacer absolutamente nada —mis tíos creían que preparaba clases en mi pequeño espacio o que leía los libros que había comprado—, mirando vagamente la televisión o abriendo novelas que me devolvían a la realidad que vivía de golpe, fui delineando lentamente mi solución. Para cuando recibí el *mail* de Fernanda, el día miércoles, tenía definida mi decisión y trazado lo que me tocaría hacer cuando la viera. El contenido de su correo me refrendó la necesidad de actuar urgentemente sobre todo lo que pasaba. Fernanda me pedía disculpas por no «haberse podido reunir conmigo aquel día» e inmediatamente agregaba que «la verdad, me moría de ganas de verte». Me decía que tenía algunos «problemas que resolver» y «el sueño alterado». Su mensaje terminaba de modo redundante, como si deseara asegurarse de que entendiera bien el mensaje: «Me muero de

ganas de verte mañana —escribió—. Te busco después de clases, ¿está bien?».

Ver a Fernanda así me sorprendió por completo. No apareció en el salón sino que me esperó en una de las bancas de la universidad a la que llegué nervioso; la encontré completamente agotada, con el rostro lavado y pálido, y cuando me vio sonrió débilmente y me dijo que no tenía mucho tiempo, apenas una hora, quizás dos, porque tenía que reunirse con alguien urgentemente. Pensé que las cosas habían llegado a su límite y que esa sería la última vez que nos veríamos. Tenía dos horas para hacer lo que tenía que hacer, y cuando empecé a caminar con ella rumbo al *mall* empecé a sentir una opresión en los hombros, una pesadez en la espalda, y una vez más, ahí, entre la garganta y el paladar, esa sequedad que me asolaba cada vez que estaba a su lado. Pensaba en lo que tenía que hacer sin decir una sola palabra mientras la veía caminar a mi lado con un aire de vulnerabilidad que empezaba a conocer, y como para animarme a modificar mi actitud le propuse cambiar el sitio donde tomaríamos el café, así que esta vez pasamos de largo por el News y nos metimos en la nave central del centro comercial en busca de un lugar para sentarnos a conversar. Sin decirnos nada, acompañándonos en una unión algo precaria, recorrimos el lugar mientras ella miraba distraídamente los escaparates de las tiendas sin prestarme ninguna atención. Fernanda vestía toda de *jean*, y llevaba en el brazo derecho un bolso verde con un dragón hecho de hilos dorados. Cuando llegamos a la heladería al final del corredor del segundo piso del mall, y ella decidió que quería ir al baño, me quedé observando la delicadeza de los filamentos del dragón, pensando con desorden en todo lo que estaba ocurriendo. Después prendí el primer cigarrillo de la noche.

Fernanda regresó a la mesa con el rostro nuevamente lavado, y en ese momento se me ocurrió pensar que quizás había llorado. Nos miramos y nos sonreímos apenas, como después de un viaje largo e inútil, y sentimos deseos de fumar, pedimos agua como un par de personas que retornan del desierto y rápidamente me di cuenta de que esta vez no tenía ganas de flirtear como antes y más bien sí de descansar de algo, o de alguien. Hablamos tonterías hasta que me dijo que quería hacerme una pregunta. Le dije que claro, y entonces ella me planteó que si yo pudiera escoger un lugar en el mundo en el cual quisiera estar en ese momento, cuál sería.

—Aquí —reaccioné de inmediato—, en este café, contigo. ¿Tú?

Fernanda me miró asustada, o sorprendida. Y en sus ojos pude ver, por un segundo, un destello de imploración. Ahora que recuerdo todo esto me doy

cuenta de que es probable que ella ni imaginara volver al tema de nosotros; quizás solo tenía deseos de estar en un lugar que la sacara lejos de ahí, de todo lo que en aquel momento la rodeaba y yo desconocía.

—No vale tardarse tanto —le dije, tratando de suavizar las cosas.

—No, no, espérate, sí tengo una respuesta —dijo, y luego miró hacia otra parte—. Quisiera estar en un sillón grande, muy grande, en el sillón más cómodo del mundo, y quisiera estar sin zapatos, solo con medias y una taza de té…

—Esa sí que es una respuesta compleja… —le dije entonces, algo decepcionado.

—No terminé —me dijo ella—. Quisiera estar en ese sillón grande, muy cómoda, y contigo a mi lado.

Nos miramos a los ojos y noté que los suyos se empezaban a volver líquidos. Aún no entendía lo que pasaba cabalmente, pero era el momento, pensé, de hacer finalmente lo que había decidido que haría.

—Fernanda —le dije—, ¿qué pretendes con todo esto?

Se quedó en silencio.

—Es decir, qué crees que estamos haciendo, adónde crees que estamos yendo con todo esto…

Aún puedo ver sus ojos en los míos, las tazas de café ya frío, el humo de los cigarrillos borroneando nuestros rasgos. Su mirada se llenó de una pátina líquida y de pronto un gesto extraño, como una náusea, selló sus labios y modificó todas las líneas de su rostro. Algo le había hecho perder el control pero yo no sabía qué: cuando un temblor sacudió su pecho y sus manos empezaron a temblar encima de la mesa y del cenicero, supe que Fernanda sería incapaz de decirme nada.

Le tomé un brazo por encima de la mesa y le dije que no había querido ser violento con la pregunta, pero sentía que estábamos entrando en un juego o en una dinámica muy extraña y no del todo sana. A mí me gustaba muchísimo verla, en verdad había tenido deseos de hacerlo desde el semestre anterior. No era necesario que ella me dijera nada, pero yo tenía cosas que decirle, sí, y entonces, como en un ejercicio final de liberación, empecé a contarle todo: las veces en que la seguí, lo que me había sucedido leyendo sus textos, la manera en que aguardaba sus correos. Yo, en verdad, le dije, pensaba mucho en ella, sobre todo desde que habíamos conversado en el café la primera vez y había sentido que todas esas intuiciones que guardaba desde hacía algún tiempo eran ciertas. A cada cosa que iba agregando a mi relato, Fernanda parecía agitar más su pecho por lo que parecía emoción o alegría, pero también

vértigo y miedo. Al final no lo pudo evitar y se echó a llorar, o a soltar las lágrimas que posiblemente había retenido toda la tarde desde que nos vimos y que no tenían que ver conmigo.

—Tengo una relación —alcanzó a decir, con un hilo de voz.

—Lo sé —le dije inmediatamente, tratando de alejar el dolor que me causaba comprobar lo que ya sabía—. Por eso quiero saber qué estamos haciendo.

—No lo sé, Gabriel. Yo también me lo pregunto.

Pedí un nuevo café y busqué las palabras adecuadas para tranquilizarla aunque yo también empezaba a sentir miedo. Un miedo impreciso ante lo que podía venir y que escapaba claramente de mi control. No hice nada sino verla mientras ella miraba la mesa y después mis ojos: ahora yo los veo a los dos en el umbral de una tierra prometida o de una catástrofe: él un chico de veintiséis años del barrio de Santa Anita vestido de gamuza y corduroy y ella una muchacha de Miraflores de apenas veinte que llevaba una primorosa cartera con la figura de un dragón: los dos asustados mirándose a los ojos sin saber qué diablos hacer.

Fernanda estaba por decirme algo cuando su teléfono celular sonó y la hizo saltar del asiento. Cogió el aparato y tuvo la intención de alejarse de la mesa, pero probablemente sintió un arresto de dignidad y respondió desde donde estaba: alguien llamaba a apurarla, eso estaba claro incluso para mí: ella dijo que ya estaría allí pronto, que no dejaría de ir y hacerlo, pero a pesar de sus afirmaciones la voz del teléfono empezó a percibirse áspera y agitada y empezó a incrementarse. Fernanda dijo frases cortadas: *«Llego en unos minutos»*, *«Sí, con un amigo»*, *«No es así como dices»*, pero la voz se transformaba y ahora sonaba bronca e intimidante. Después de eso, ante el rostro avergonzado de Fernanda, empecé a distinguir ciertas palabras hirientes del otro lado de la línea: adjetivos puntuales, imprecaciones descalificadoras y frases asertivas sobre lo que ella «*era*». Fernanda no podía cortar el teléfono y ponerse a salvo de las agresiones pese a toda la violencia de la que era objeto delante de mí. Intentaba articular algo, defenderse de algún modo, pero el mismo grito, que ya se había erizado hasta niveles que a mí también me asustaron, se encendió hasta cortarse de golpe, como si alguien hubiera cortado la comunicación a la fuerza y el otro móvil hubiera sido arrojado salvajemente contra una pared.

Cuando Fernanda se enfrentó al vacío de su celular y cortó por inercia la comunicación, evitó mis ojos. Prendió a duras penas un cigarrillo y miró estúpidamente el corredor del centro comercial, las mesas contiguas en las

que la gente conversaba animadamente de cualquier cosa y solo luego de un rato decidió mirarme. Le pregunté con una voz que sonó ajada si la llamada que había recibido era de su novio y con un movimiento de cabeza asintió. Entonces le pregunté cuánto tiempo tenían, cómo se llamaba, cómo se habían conocido. Fernanda me contó entonces la historia de su relación y el vínculo de él con su familia, y al hacerlo parecía tener todo el tiempo ganas de llorar aunque se contenía tras el cigarrillo que fumaba a ratos. No supe cuánto tiempo le tomó contarme lo que me contó, pero de pronto el teléfono sonó nuevamente y esta vez ella optó por pararse e irse a unos metros de la mesa para escuchar desde ahí los insultos e imprecaciones. Estaría a unos metros de mi silla, pero hasta ahí llegaban los gritos. Colgó, regresó a la mesa y me dijo que esta vez sí tenía que irse ya: temía que él decidiera ir a buscarla al mismo mall.

Le pedí la cuenta al mozo y después le dije lo que pensaba. Era claro que su relación con su novio era pésima y que era probable que yo fuera tan solo una consecuencia del malestar que ella vivía al lado de él; ella no tenía que optar entre él y yo sino entre él y la nada, entre él y estar sola, y solo después podría plantearse la posibilidad de vernos los dos. Yo no quería salir lastimado, eso le dije esa noche, y menos dentro de una figura en la cual solo participaba como consecuencia de algo que no me correspondía. Fernanda hizo un gesto de mareo, una mueca de agobio, y yo le volví a repetir que se tranquilizara, todo saldría bien, solo debía concentrarse en resolver su situación con él, ver si de veras lo quería y decidir. Lo mejor, por supuesto, es que nos dejáramos de ver por un tiempo hasta que ella se aclarara.

Fernanda no dijo nada más. Yo me paré y salí entre las mesas, tomé el pasadizo del mall y después de unos segundos sentí su paso emparejado al mío. No dijimos nada mientras íbamos por las tiendas y ella miraba el piso: yo pude observar su moño alto, su cuello, y me di cuenta de que a lo mejor jamás la volvería a ver. Fue entonces que sentí un golpe intenso de deseo, o de necesidad física, y de un modo algo abrupto decidí tomar una de las salidas del mall, rumbo a uno de los estacionamientos del segundo piso, como huyendo estrepitosamente de aquel lugar. No supe hasta mucho tiempo después que Fernanda temía también, y mucho, no volver a verme. Fue pensando en eso que yo la sorprendí. Nunca en su vida, considerando mi carácter, se lo habría esperado. O al menos no aquella vez. Porque apenas entramos al estacionamiento, de un solo movimiento que ella no supo controlar, me acerqué abruptamente a ella, corté sus pasos y la besé.

Aún recuerdo su respiración cortándose cuando me vio acercarme a ella y luego el silencio y la manera en que su cuerpo se abandonó por un instante. Fue un beso largo, ambos pegados a una máquina de bebidas, y en él, casi como la manifestación natural de una necesidad, posé mis manos sobre sus caderas con toda la amplitud de que fui capaz con mis dedos. Algo innato ocurrió, algo orgánico, porque al separarnos ambos inmediatamente nos acercamos al pecho del otro y lo olimos con desesperación, o aspiramos violentamente el aire que se había generado entre los dos. Después nos abrazamos; y por primera vez sentí la delgadez de su cuerpo entre mis brazos, su cabeza que encajaba en mi barbilla. Fue un abrazo muy largo, mucho más largo que el beso, y creo que en él, en verdad, fue que nos encontramos por primera vez. Porque ella se aferró a mí de una manera que no había sentido en Cecilia ni en Claudia, con un grado de desesperación y con un deseo que era mío también.

Después de eso nos asustamos, porque caminamos sin decirnos nada a través de los estacionamientos del mall, separados como dos amigos, sin la posibilidad de tomarnos de la mano o seguir abrazados porque no éramos nada. Caminamos tristemente y yo noté que Fernanda no paraba de temblar. Yo sabía que iba a reunirse con su novio, y posiblemente tendría que atravesar un largo interrogatorio aquella noche. No quise pensar en lo que tendría que pasar después. Cuando vi que Fernanda fumaba otro cigarro pude comprobar que el temblor se mantenía en sus manos, y me dieron unas ganas inmensas de abrazarla y al mismo tiempo de no hacerlo nunca. No hubo ningún contacto físico nunca más entre nosotros, ni esa noche ni las otras. Ambos esperábamos por el taxi que ella tomaría para irse, y antes de que eso pasara yo rebusqué en el bolso que traía algo que pudiera darle y encontré entre mis cosas un estúpido libro de poemas de Jorge Eduardo Eielson del que le había hablado y que acaso deseaba leerle si es que las cosas hubieran salido de otro modo. Lo miré un momento y se lo alargué torpemente. Ella lo miró, dio una bocanada a su cigarrillo y luego posó una mano sobre un brazo mío, me miró desde sus ojos algo hinchados y habló con una voz apenas perceptible.

—Qué voy a hacer contigo, Gabriel Lisboa —la oí decir.

—No tengo idea —le alcancé a responder, viendo a lo lejos las luces reventadas de la universidad a esa hora.

Luego le señalé un taxi que se había acercado, le hice una señal para que lo abordara. No preguntó el precio. No la volví a besar ni a abrazar. Me quedé

parado un rato, con un cigarrillo pegado a la boca, mientras veía las luces del carro perderse a lo lejos.

8

From: fernanda482@hotmail.com
To: glisboc@hotmail.com
Subject: …
Date: Thu, 26 Sept 2002.
Gabriel…

Me muero de miedo y la verdad es que aún no puedo pensar con claridad (todavía)… no sé quién o qué me va a matar primero: tú, Eielson, el tiempo o yo misma. Lo único que sé es que necesito distancia para descubrir muchas cosas de mí que ni yo sé exactamente en qué consisten. Sé que necesito días para pensar en todo y que aún sigo conmovida por la fuerza de tus besos. Dame tiempo para tomar un poco de aire (y agua), para poder ordenar mis ideas y lo que siento.

Un beso y mil abrazos como los de ayer.

Fernanda.

El taxi iba a atravesar la ciudad entera o parte de ella y yo, o él, porque en ese momento se sentía un hombre completamente distinto al que había sido hasta entonces, se preparaba a disfrutarlo. Le encantaba tomar los taxis así, como en ese momento, con el pelo aún mojado por el agua fría y sintiendo la ropa limpia en su cuerpo y sus ojos más allá de la ventana, viendo pasar las casas y los carros, y dejando su mente ir en la dirección que deseara tomar, sin preocuparse por el tráfico, o por manejar, o por nada parecido. Y esa noche, y las que vendrían después, tendría mucho en qué pensar. Las casas de Los Ruiseñores, en Santa Anita, aparecían apenas iluminadas por altos focos de luz. ¿Cuánto tiempo más las vería? Había intentado escapar del lugar del que estaba saliendo en el auto y sentía en ese momento que él mismo se había tapado todas las salidas. Era imposible salir de ahí. ¿Qué habría pensado Claudia si hubiera visto ese lugar así de noche, la oscuridad de la pista y, tal como él entonces, el golpe de luz ámbar y la bulla y el caos del óvalo de Santa Anita? Veía la basura en los rincones, los hombres que cruzaban las calles y aquellos que se acercaban al taxi a vender mandarinas, nísperos y papel higiénico a pesar de la hora. ¿Y Fernanda? Imaginarla en este lugar le parecía simplemente imposible, y sin embargo ya nada se lo parecía desde

aquella noche. ¿Qué pensaría del caos en que vivía? ¿Sospecharía algo de eso? ¿Era eso lo que quizás la atraía a él? Gabriel no tenía respuestas. Veía cómo la oscuridad cedía el paso a una luz tenue y amable, y de pronto ante sus ojos aparecían las enormes casas de la avenida Los Frutales, primero puntuadas por ciertas fachadas desordenadas pero al final uniformes bajo la luz potente, estelar, de Camacho. En esos mismos instantes, en una de esas casas, justo en esa cuadra en que se veía un muro con dibujos infantiles de jardín de infancia, sabía que debía de estar Spanton ensayando con sus amigos las canciones desopilantes de Nudo de Espejos, porque así se llamaba ahora su grupo, ¿no? Esa banda de lunáticos. A Santiago, a él y a Jorge les encantaba ir a esos conciertos y gritarle de todo al Spanton. El Spanton. En ese instante le hubiera provocado desviarse e ir a su casa para apurarlo pero sabía que él llegaría tarde a la casa de Jorge esa noche como llegaba siempre tarde a todo. La última vez que lo había visto había sido el día anterior; si no hubiera sido así habría enloquecido. Después del beso con Fernanda, de caminar alrededor de la universidad como un orate y de fumar uno tras otro los cigarrillos que le quedaban y otros que compró cuando se le acabaron los que tenía, Bruno estaba ahí, esperándolo, la cara que de pronto se contraía al ver la suya.

—¿Qué pasó, mostro? —le había dicho, llevándose las manos a la frente como suele hacer cuando está nervioso.

—Nos besamos —llegó a decir él—. Tiene novio.

—Pasa, hermano —le respondió Bruno—. Pasa.

Bruno escuchó como pudo todo lo que había vivido en las últimas dos horas. Le había costado seguirlo a ratos, así que ambos salieron a caminar y a fumar cigarrillos, y Bruno trató de aconsejarlo desde su posición, aunque tampoco tenía ninguna idea clara de nada.

—Yo creo que solo el Conciliábulo podrá dar luces sobre todo esto, mostro —dijo en cierto momento Spanton, arrojando su pucho sobre la avenida—. Es la única salida.

El taxi había dejado Camacho, entraba por Javier Prado, se internaba entre casas enormes de luces puntuales y amplios jardines, y cuando llegó al óvalo Monitor le mostró a Gabriel por varios segundos el perfil oscuro de la Universidad de Lima. Las rejas, las bancas, todo se encontraba en su sitio, iluminado de una forma uniforme como si hubieran sido las siete de la noche y él estuviera por salir de clase de Estrada y a punto de encontrarse con Fernanda. Había deseado tanto que algo como lo del día anterior ocurriera y ahora que había pasado estaba sumergido en una extraña zozobra y en una

alegría que solo él podía entender. Fernanda y él. Encontrados y enamorados a su manera en los mismos espacios de la universidad en que él había caminado con Santiago Montero siete años antes y en los que ni se planteaba la posibilidad de estar alguna vez con alguien. Ahora estaba recordando una vez más las señales de lo que había pasado ayer y se preguntaba qué se podría desprender de todo ello. ¿Qué significaba esa sed?, ¿y la manera compulsiva de fumar cigarrillos?, ¿y el temblor, los ojos llorosos de Fernanda? Sentía de pronto la incertidumbre de que algo que no dependía de él pero le concernía se estaba resolviendo en algún lugar de la ciudad, allí donde Fernanda estuviese. ¿Recordaba su *mail*? Estaría resolviendo sus cosas, o simplemente temblaría, aún conmovida por la fuerza de sus besos y él ahí, pegado a la ventanilla de ese taxi que bordeaba la Vía Expresa y tomaba el desvío a Barranco. ¿Qué le tocaría hacer los días siguientes? ¿Escribirle? ¿Esperar? ¿Por cuánto tiempo? No tenía idea y creía que eran Montero y Ramírez Zavala quienes le podrían dar ideas sobre todo eso. Sus amigos. ¿Estarían ya en casa de Jorge? Las cosas habían cambiado tanto con los años. Los tres habían salido de sus casas y él había tenido que volver a la suya después de la renuncia. Ellos no. Él había tenido apenas dos relaciones, y en ninguna había experimentado la sensación de necesitar tanto de alguien como en ese momento de Fernanda. Pensaba a fondo en todo lo que lo separaba de la experiencia de sus amigos, de los proyectos que llevaban con sus mujeres, cuando desde la ventana del taxi vio aparecer las casas de Miraflores por la subida de la avenida 28 de Julio, las sombras de las casas de Reducto, el puente que se internaba en Barranco. Su celular sonó y él dio un brinco en el taxi. Vio quién lo llamaba y sonrió.

—Mostro —escuchó la voz de Santiago—. ¿A qué puta hora vienes?

—Estoy en cinco. Ya estoy en Miraflores.

—Apúrate, ya estamos aquí con Jorge especulando de ti y de la «niña loca».

Dejó el celular en su bolsillo y sonrió. De todos los Conciliábulos ese era el que recordaría por siempre porque al fin era él el personaje principal, el que traía la historia para la proyección y la fantasía y el escarnio de los demás; él y su historia con Fernanda. Antes había sido casi siempre Santiago, y otras veces Jorge, y si bien Spanton solo se dolía de la soledad a la que los dioses lo habían condenado y traía siempre las historias de sus amores contrariados y no necesariamente correspondidos, esta vez era él quien llevaba otro tipo de historia, llena de aventura y riesgo; Lisboa se reía, había besado a una chica pese a sus modales rígidos y a sus zapatos tristes de gamuza. Ramírez Zavala,

Montero, Lorente: él tenía una historia buena que contarles, una que ni él mismo se creía del todo pero que era buena y los iba a unir, porque en el Conciliábulo, se da cuenta ahora que lo escribe, todos vivían ya grados de experiencia distintos y distintas maneras de enredarse con el tiempo, pero en ese espacio propio, en ese «*templo de la idiotez y la regresión*» como lo había fundado Spanton, de pronto todos éramos iguales.

La visión del Puente de los Suspiros a la derecha le hizo sentir más las ganas de ver pronto a sus amigos. Estaba en Barranco, esa era la calle Ayacucho y esa la fachada de la quinta Villa Teresa. Ese era el timbre y esa era la sensación de felicidad porque casi nunca veía a estos locos y ahí, desde el intercomunicador de la quinta, empezaba a escuchar sus gritos —¿quién es?, ¿es esa la voz de Lisboa?, ¿el delirante Lisboa?, ¿el amo de las niñas locas?—, ya achispados por algo que era más que el alcohol. Gabriel bajó las largas escaleras de la quinta ladera abajo y en el patio se encontró a Santiago Montero y a Jorge Ramírez Zavala que salían a abrazarlo y a reírse con él: cómo había estado, loco, en qué diablos te habías metido, en qué suerte de ruleta rusa sin fin estaba, y después entraron a la casa y reconoció la sala y las luces de las lámparas y los techos altos y los tragos que ya habían comprado sobre la mesa de madera, la pregunta eterna de si trajo puchos —tiene dos cajetillas en sus bolsillos—, los gritos agitados por saber su historia: ¿es guapa la nena?, ¿está tan loca como parece?, ¿ya se vieron con algo más que agarres?, ¿campeonaste, Lisboa?, ¿Fernanda qué? Habla Lisboa, no te hagas el loco, no esperes al Spanton, que bien que es ahora tu confesor, el maricotas del Spanton con el que ahora andas de arriba abajo, seguro ya escuchan *thrash* metal tomados de la mano como dos satanistas enamorados. ¿Un ron?, ¿quieres que te lo prepare? ¡Maricotas! Seguro el Spanton te prepara traguitos en su casa mientras te pone videos de ejecuciones a esclavos del siglo XVIII. El Spanton, ese maricotas que no viene. ¿Dónde diablos está Spanton, aquí que lo necesitamos para completar el Conci? Ramírez Zavala se prepara un segundo ron y le trae uno a él, él y Montero piden datos, detalles, que les cuente la historia que ya le contó completita al tardón de Spanton y entonces Gabriel se da un trago, se asoma al patio con ellos, se sienta en uno de los asientos de mimbre, fuma un cigarrillo ávidamente y les cuenta la historia entre él y Fernanda hasta ese día, el romance, desde las clases el semestre pasado hasta el beso en el mall, les recita el último *mail* de Fernanda. Es el «niñoloquismo», decía entonces divertido Santiago Montero, todos los datos calzan, todas las fórmulas, los síntomas son evidentes en todo sentido: es un caso típico de «niñoloquismo»: una nena confundida, que claramente no sabe

lo que quiere, que tiene un infierno en el hogar en donde vive, que lidia entre varias aguas distintas sin encontrarse, que reclama la presencia salvadora de un tipo bueno como el mostro. Él conocía esas historias porque así era Viviana. ¿De veras es tan guapa como dice Spanton? ¿La había visto en la universidad? Ah, mi Lisboa, dice Jorge, un grande, quién lo diría, Gabriel y sus zapatos de cardenal. O de obispo. O de monseñor. Lo que sea. Quién creería que con sus zapatos de cardenal se iba a levantar algo más que a esa pobre mujer despistada de Claudia, pobre chica. Montero se para y va por un par de tragos y regresa, él y Jorge están felices porque lo ven feliz cuando le preguntan si le gusta en serio la nena y la cara de cojudo de Gabriel lo dice todo. Gabriel siente el ron intenso en su garganta debajo de la Coca-Cola. Montero levanta su vaso y señala el hecho impresionante de que aún haya mujeres incautas sobre esta tierra que tengan ojos para el mostro, y peor para un mostrazo como Lisboa. ¡Grande Lisboa! Lisboa lo mira y se ríe, piensa en Fernanda mientras se la describe a ambos, sus ojos grandes, sus brazos delgados, cierra los ojos y la ve con su blusa blanca y ve su cartera con un dragón bordado, y luego ve a Jorge diciéndole que era un maricón, qué guardado se lo tenía, dando el golpe así de buenas a primeras, y entonces Santiago reempieza a darle consejos inútiles y se enreda en una disputa con Jorge: Jorge le dice que debería llamarla ahora mismo y decirle que la adora y qué chucha, y Santiago le señala inmediatamente que Jorge está loco, debe callar, debe amarrarse las ganas y no llamarla por ahora y entonces le pide un pucho a él y Jorge prende el suyo y entonces Santiago dice qué diablos pasa que no llega Spanton y todos dicen sí carajo, Spanton de mierda, y después de un rato el timbre suena y es el Spanton y Jorge le abre y aparece en el patio, bailando como siempre, en un acto que es ridículo y genial a la vez, el niño Spanton, parándose encima de una silla y levantando los brazos como una estrella de *rock* al final de un concierto, sus ojos de loco, sus manos extendidas y su voz teatral para la ocasión que les dice que se arrodillen, ha llegado su dios Spanton, su padre y maestro, Spanton Spanton Spanton Spanton, Spantaleón Spantoja suelto en Spantilandia, y luego Gabriel lo recuerda llevándose el cigarrillo a la boca de esa manera tan extraña, como ahogando el pucho entre los dedos enormes de sus manos. Y después todos lo miran señalar con su dedo a Lisboa y decir que ese que está ahí es nada menos que él, su fiel oveja Lisboa. Ustedes, mostros, ¿han escuchado su historia? Spanton, que es el creador de todas las cosas del universo de los mostros la conoce de mucho tiempo ha, en confesión, y luego de haberlo meditado trabajosamente, pestañea Spanton, luego de elucubrarlo al mejor

estilo de Lisboa, quiere decirle a la comunidad de animales incompletos esta noche venidos a su iglesia que, pese a que es un insecto desarticulado, un etíope del amor, un hijo del Roacután, este sujeto Lisboa ha superado su condición invertebrada, su andar de renacuajo, y ha actuado con alguna humanidad, se portó como humano no siéndolo, e, increíblemente, ha besado a una mujer y esta se ha dejado besar por él. Su divina gracia el niño Spanton dice eso y escucha una salva de aplausos, cierra los ojos, se lleva el cigarro a la boca, y dice formalmente que eleva una moción a la comunidad del Conciliábulo para otorgarle a ese mostro no las Palmas Magisteriales sino las Palmas Mostroseriales, supremo galardón al magisterio de la pena. Todos acogen la moción y aplauden, Montero y Ramírez Zavala y también decenas de personas gritando y gesticulando y toda esa gente pide que el premiado suba al escenario y nos ofrezca unas palabras. Gabriel se levanta de su silla y se sube a la que ha ocupado Spanton, y desde arriba ve a sus tres amigos ahí abajo, aplaudiéndolo, mirándose entre ellos, levantando los vasos con su trago. Escucha a Spanton decir que si te encamas con la nena te ganarás no un doctorado *honoris causa* sino el horroris causa, que es mucho más prestigioso que el primero.

Ahora que lo escribe y lo recuerda usando la tercera persona, Gabriel se da cuenta de que en esas grandes *performances* del Conciliábulo había algo abismal en el hecho de que nadie, salvo él, estuviera ahí preocupado por registrarlo todo y que acaso por eso, porque no actuaba para los demás y sí pensaba en el futuro e intentaba capturar lo que pasaba para alguna vez contárselo a alguien, es que le costaba encontrar las palabras para decir algo gracioso para los demás, para ser tan cómico o disparatado o rutilante como los otros cuando todos se metían en el carril de la improvisación. Estaba allí, arriba, escuchando los gritos de los otros, y después soltó la lengua y ofreció un discurso formal interrumpido a ratos por aplausos y vítores, conmovido por tal demostración, merecer las palmas mostroseriales era un verdadero honor, agradecía a la Academia por la nominación; a sus tíos, que se alegrarían de saber aquello; a su padre, a quien desconocía; a Jorge Ramírez Zavala, fuente de inspiración y desdicha; a Santiago Montero, guía lamentable en el carnaval del niñoloquismo, y a Spanton, por ser Spanton. Estaba qué más da, emocionado emocionado. De modo que escuchó las palmas y vio a Spanton yendo hacia él, levantándolo de las piernas y llevándolo como a un árbol de Navidad por el patio de la quinta. Spanton lo paseará un rato por ahí y él agradecerá con los brazos levantados. Luego entrarán a la casa, se servirán más ron, prenderán puchos y ya con más calma,

hablando más en serio, Gabriel terminará de contar lo que le falta contar y escuchará lo que sus amigos más experimentados tendrán que decirle. En cierto momento se irá al baño y sentirá que el alcohol empieza a subírsele a la cabeza y repetirá ante el espejo las cosas que le han dicho que tiene que hacer. De regreso a la mesa será Ramírez Zavala quien disparará el tema aún pendiente a quemarropa.

—Ahora háblanos de él —le dijo.

—¿De él?

—Del rival. Del novio de la chica. ¿Quién es? ¿Qué hace?

Se había olvidado por completo de él y entrar en el tema le provocó otro trago: se acabó el ron, vengan las chelas. Cogió una, la destapó, trató de recordar todo lo que Fernanda le había contado aquella vez en la cafetería, alertada por el sonido intempestivo de su celular: se llamaba Rafael, les dijo, tenía casi su edad, es decir, veintiséis años. «*Un abusivo también*», se rio Spanton, los otros lo callaron. Llevaba con ella, con Fernanda, cuatro años de pareja. Desde que ella estaba en el colegio. «*Fue el primero*», dijo Santiago, más serio. Sí. «La cosa se pone más complicada si es *el primero*». «Déjalo seguir». Una amiga de su colegio, un colegio de monjas inglesas, hermana de él, de Rafael, les hizo el corralito. Ella estaba aún en cuarto de media; él en la universidad. «*¿Qué estudia?*». Derecho. «No huele bien». Él era abogado, como su padre, una referencia del Derecho Civil. El padre de Fernanda también era abogado. «*Mala señal* —botó el humo Jorge—. ¿Sabes cómo es él?». Fernanda le había comentado que era un chico aparentemente normal, le gustaban mucho los carros, y más o menos los estudios, pero en verdad deseaba dejar su carrera y dedicarse a los negocios, aunque no sabía a qué tipo de negocios con claridad. El problema consistía en que era algo violento, solía buscar problemas o peleas con otros hombres a la menor amenaza; si miraban a Fernanda más de la cuenta, si eran amigos de ella y la saludaban cariñosamente. «*¿Peleaba bien?*». Había sido campeón panamericano de judo en los juegos interuniversitarios. «*Mierda*», soltó Montero, y sus rasgos se tornaron más angulosos. «Te puede reventar a *golpes*», agregó, con el rostro algo preocupado, mientras Spanton miraba a los dos con ojos muy fríos y asesinos.

—¿Y cómo es que trata a la nena? —disparó. Gabriel y él no habían hablado de eso el día anterior, distraídos por el beso y sus consecuencias.

Mal. O bueno, Gabriel suponía que bastante mal. El día que salieron juntos la había llamado a gritarle varias veces por el celular. Él le había preguntado sobre eso a Fernanda y ella le había dicho que así era su carácter.

Gabriel recordó a Fernanda mirando con ojos irresistibles la taza de café aún caliente, la boca soltando débilmente el humo del cigarro y la mano cogiéndose el cuello una vez más. Rafael podría ser también totalmente opuesto a eso, intentó defenderlo, un chico lleno de «*detalles*», algo romántico, de mandar muchas flores y escribir tarjetas y todo eso. Eso le había gustado a ella cuando tenía quince años y soñaba tener un enamorado; con los años, una zona oscura suya se había revelado a través de los ataques incontrolables de celos y de cierta agresividad hacia ella. «¿Cómo así? ¿Qué le hace?». Fernanda le dijo que era de los tipos que están obligados a saberlo todo y que no se permitían fallar jamás delante de nadie, de los que no mostraban vulnerabilidad, de los que no podían ser corregidos por su pareja. «Qué cansancio», dice Montero. No sé si les dije, dice Gabriel, pero Fernanda lee mucho y escribe bastante bien. Él usualmente se burla de los libros que ella intenta leer. *«Un imbécil»*. *«Una niña loca en poder de un Tarzán»*. Se había enterado, por ejemplo, de que se había tomado un café con un amigo que había sido su jefe de prácticas y había ido un día a la universidad a hablar con él, con Lisboa, posiblemente a amenazarlo, o a golpearlo. A lo mejor. Nunca la soltaba de la mano, incluso cuando manejaba su carro y aceleraba y se iba en piques, le daba vueltas en redondo al auto ante los gritos de ella. Tenía un arma en la guantera como «*defensa personal*», solo que no la había usado.

—Es un hijo de puta el tío. —Ramírez Zavala.

—Una basura. —Montero.

—Es un arzán —puntualiza Spanton, el rostro fijo en los mostros y la voz adulterada—. Un *fucking bastard*. Un *fucking* Tarzán.

—¿La familia lo quiere?

—Parece que sí. Además de ser abogado, estudió en el colegio en el que estudió el padre de Fernanda.

—Oye, Lisboa, tú estudiaste en el Manuel Encinas 65 456, ¿no?, ¿o fue el 65 457?

Todos se rieron. Gabriel se sintió de pronto feliz de haber estudiado ahí.

—¡Ay, mi Lisboa, en su colegio fiscal, carajo!

—O sea que es un abogado con carro, armas, puños rápidos, tarjeta de crédito y probablemente trampas a discreción.

—¿Y tú qué eres, Lisboa? —Ramírez Zavala.

—Por ahora escribe cuentos —lo defiende Montero—, cuentos interminables que existen solo en su cabeza de robot.

—Oye, Lisboa, esto de hoy era más grande de lo que los mostros pensaban. Cuando este chico pensaba en armas en el colegio del padre de Fernanda tú comías pan con atún en las clases de tu colegio estatal y todo eso, con las endebles herramientas que te dieron los dioses y todo, has cumplido una proeza, te has impuesto a un tarzán usando las armas del mostro, tus zapatos de obispo, tus palabritas ecuacionantes y has hecho un acto de justicia poética. Todos estamos hasta la coronilla de los tarzanes que asaltan nuestras vidas en las calles y se agarran a todas las mujeres de la ciudad. Todos, mostro, todos los que estamos en esto de una manera u otra, mostros al fin, sensibles y oscurecidos, hemos sido víctimas del totalitarismo del tarzán, y ahora, mismo personaje principal de la Venganza de los Nerds, te has vestido de humano y estás a punto de lograr el éxito en la empresa de robarle su chica a un tarzán, a un auténtico hijo de puta. ¡Eres un grande, Lisboa! ¡Desde aquí Spanton te saluda y se enorgullece de tus pasos de criatura deleznable que restablece el orden en el mundo! ¡Muerte a los tarzanes y sus carros a ciento veinte kilómetros! ¡Bienvenida la era del mostro! ¡Doctorado horroris causa para Lisboa!

Spanton se levanta y agita los brazos y los otros dos hacen lo propio. Los vivas se suceden, una vez más los abrazos. Las chelas pasan de mano en mano, y con ellas los puchos y de pronto la música sube de volumen en la habitación. O ya subió y la atención a lo que decía Spanton lo distrajo y no se dio cuenta. Lo demás será entregarse a la típica progresión del Conciliábulo, la música que estalla en la habitación —Charly, Lennon, Pulp, James, Echo —, las bromas esperpénticas de los otros y luego los cuatro en la terraza, solos y locos, gritando y cantando, arengándose para salir a tomar la calle, aunque sea más tarde que nunca, simplemente es cosa de coger el carro y hacer algo, loco, hacer algo distinto. ¡Vamos al Sargento! ¡Vamos al Eka! ¡Vamos a El Averno! ¡A la casa de Spanton ni cagando! ¡Spanton quiere ver culos! ¡Vámonos de putas! ¡Vamos a la cuadra nueve de Roca y Boloña! ¡Vamos a buscar al cuerito de Lisboa! Y ahora que lo recuerdas aún puedes reírte de esa noche, la manera en que te fumabas otro pucho y decías por seguirles la cuerda vamos a Roca y Boloña y el ligero temor que sentías en el estómago a pesar del trago, y escuchabas decir a Ramírez Zavala que si no vas por tu mujer esa noche no ibas nunca, y es mirar y darse cuenta a destiempo de que Ramírez Zavala ya salió de escena y que de pronto Bruno y Santiago suben las escaleras de la quinta Villa Teresa y pensar que realmente estaban locos, la puta madre, y las voces de ellos encima de ti y tú diciéndoles que no era la cuadra nueve de Roca y Boloña, esa es solo una referencia, y

entonces ellos te dicen que es solo para ver por dónde vive la nena, el Conci te da palmas, escucha tu historia, se une a tu dolor, a tu victoria al tarzán y ¿agradeces así, Lisboa? Ramírez Zavala está dentro del auto y tú también estás dentro y Spanton a tu lado dice La Aurora, en Miraflores, y Montero dice vamos para allá, loco, ¡a la nueve de Roca y Boloña, Lisboa! ¿O no tienes Boloñas? Y ves que hay chelas en los pies de Spanton y le arranchas una y le das un sorbo y entonces el carro sale a duras penas de Ayacucho y se ve que Santiago maneja pésimo y todos se ríen y gritan por las ventanas del auto y el auto se desplaza pesadamente por el parque y después gana velocidad en Grau, un movimiento más rápido más allá de las lunas y luego la avenida Reducto hacia Miraflores y las lunas del carro se bajan y los mostros gritan y en medio de los gritos Montero te pregunta si es muy pituca la nena y tú le dices que no lo sabes, no tienes idea, y Spanton, si vive en la cuadra nueve de Roca y Boloña estás jodido, Lisboa, y Montero, te deberías orinar de miedo y tú la verdad es que no tienes idea de dónde queda la avenida General Roca y Boloña y tampoco quisieras verlo o pensarlo, pero entonces ellos ya no te escuchan y gritan cosas que no alcanzas a distinguir y saludan a las pocas personas que aún recorren las avenidas y el auto hace piruetas cuando toma la avenida Benavides y lo demás es como un panorama cortado de la ciudad que se sucede sin continuidad, y de pronto en el sabor de la chela sientes que aún subsiste en ti el miedo, miedo y a la vez unas ganas de abandonarte con ellos. ¿Quieres morir, Lisboa? ¿El padre de ella también tiene armas o escopetas? Esos tipos, todos, tienen armas desde la época de Sendero, algunos hasta colocan minas en sus jardines. Esos tíos mínimo tienen perros, perros enormes que te van a soltar cuando pongas un pie en la casa. Estás loco, Lisboa. ¿Adónde estás yendo con todo esto? ¿Qué te toca hacer y contra quién te toca dar la batalla? ¿Quiénes son tus rivales? Ahí en ese carro iban tres locos que se reían atormentándote, que jugaban contigo felices, pero eras tú quien tendría que lidiar con todo lo que traerían los días siguientes y en eso pensabas en algunas pausas del viaje y eras tú quien tenía miedo esa noche, un miedo que teñía la manera en que veías el letrero verde en una esquina que decía Roca y Boloña, las casas que tendrían tres o cuatro veces el tamaño de la tuya, las rejas que separaban jardines de garajes, las altas ventanas que daban a habitaciones con todas las comodidades y ninguna iluminada, y entonces deseabas que una se encendiera y se asomara por ella Fernanda al oír la bulla de ese carro para saber que existías, que les habías contado a tus amigos lo que había entre ambos porque ella te importaba. De pronto todo te daba igual y te abandonaste. La cuadra nueve. Montero y

Ramírez Zavala y Lorente han salido por las ventanas del auto, han sacado la mitad del cuerpo, y empiezan a gritar a todo pulmón estupideces. Montero: «Hazle caso a mi amigo Lisboa: es mostro pero tiene buen corazón». Ramírez Zavala: «No lo hagas, ponte a salvo, estás a tiempo». Lorente: «Lisboa está debidamente exorcizado; lo exorcizó su divina gracia Spanton». El carro cruza las casas y en ninguna hay siquiera una luz, solo casetas de guardias particulares y en ese momento tú deseas que el carro rompa los cercos y se estrelle contra alguna casa y toda la familia de Fernanda se despierte y sepa que tú estás ahí, y que Fernanda se joda si eso le molesta y quiere ocultarte del resto, tú estás en ese auto protegido, protegido por la estela del Conciliábulo y ya nada más importa, y cuando piensas en ello y los recuerdas gritando te vale madres que Fernanda se fije en ti o no, que el tarzán te encuentre y te reviente todos los huesos, a ti y a tus amigos, uno por uno, porque era claro que en ese momento ni la propia Fernanda importaba, ni su *mail* ni su novio ni la posibilidad de que se unieran en el futuro. En ese auto había tres mostros que velaban por ti y que a pesar de que empezaban a ser distintos entre sí estaban juntos a tu lado, ebrios a tu lado, y a esos tres no los ibas a perder jamás, y de eso extrañamente estabas seguro entonces. Por eso sacaste también el cuerpo por la ventana del auto de Montero con la chela en la mano y te pusiste a gritarles a las casas de la cuadra nueve con toda la maldita rabia que tenías que el Conciliábulo vivía en ti, que se despertaran todos, mamones y viejos muertos, el Conciliábulo era para siempre. Despiértense, carajo. ¿Lo oyen? Para siempre.

9

Después de aquella noche, una vez recuperado del frenesí y de la resaca, y tras haberme reconocido presa de una situación concreta, empecé una lucha sin cuartel por librarme de la imagen de Fernanda. Las mañanas se me iban en pensar obsesivamente en ella, en esperar inútilmente sus *mails* en las cabinas públicas de mi barrio e hilvanar hechos y recordar todo lo que habíamos pasado esas horas que conversamos. Intenté leer sin éxito varias novelas, vi programas de televisión como si fueran películas mudas, y me pasaba horas fumando mientras contemplaba el cielorraso de mi habitación sin sentido alguno. Tenía la sensación, a ratos dichosa, a ratos atemorizante, de que mi vida entera se lanzaba a una velocidad y en una dirección que me costaba controlar.

Extrañaba horrores a Fernanda. Tenía ganas de escribirle algo, de verla aunque fuera de muy lejos sin que se diera cuenta, de saber siquiera qué estaba haciendo, pero con el paso de los días y su ausencia una parte de mí se fue convenciendo de que ella estaba bastante lejos de lo que me tocaba vivir y de que era muy posible que hubiera recapacitado y se hubiera alineado a la forma en que estaba prefigurada su vida antes de conocerme. Era el momento, siempre era el momento de asumir los retos que de veras me importaban: leer y escribir furiosamente hasta encontrar un estilo que fuera mío, una voz propia, y empezar a crear lo que aún presentía que me correspondía. De manera que lentamente, con el convencimiento de que todo lo que había ocurrido era tan solo una enorme ilusión que se había hecho añicos, apoyado en las actividades que aún me acompañaban —el café en la mañana a media clase de Melanie, las conversaciones con Jaime entre clases, el tiempo libre que aún tenía—, comencé trabajosamente a definirme y a organizar una rutina. Tenía que pasar una vez más. Y ese era el momento.

Una tarde imprimí en mi clase el cuento del hombre solitario y se lo alcancé a Estrada. Él lo leyó inmediatamente, con una dedicación que no les otorgaba a los trabajos de sus alumnos, y tras hacerme algunas observaciones me animó de veras a seguir escribiendo. Había en ese texto, me dijo, algo que claramente se podía definir como una «*mirada personal*». A partir de entonces iniciamos un diálogo algo más preciso aunque también esporádico sobre mi proceso, o sobre los intentos que acometía yo por iniciarlo. Fue ahí que le revelé los problemas que tenía para ordenarme.

—Quizás se trate de establecer un orden —me dijo una vez entre clases, en un alto a las revisiones de las prácticas que se nos acumulaban sin que nos diéramos cuenta—. A mí me sirve levantarme temprano y salir a correr todas las mañanas; luego voy en bicicleta a mi taller y allí hago diversas cosas, leer o corregir o escribir hasta las doce o una de la tarde.

Empecé por establecer un horario. Volví a dejar de fumar. Comencé a correr. No solo para despertar el cuerpo y la mente con la idea de escribir, sino porque quería huir de la cárcel en la que me iba encerrando, para no dejar que mi ánimo se derrumbara. Recorrí las calles de Los Robles, la urbanización en la que vivo, buscando qué parque podría ser propicio para trotar y encontré un complejo deportivo de la municipalidad bastante deteriorado que tenía canchas de fulbito, una zona de abdominales, y una suerte de circuito de asfalto que mal que bien podría usar. Ahí, al lado de chiquillos que empezaban su jornada jugando a la pichanga, empecé a correr furiosamente pensando en lo que me tocaría escribir cada mañana. Después de algunas partidas en falso agarré la pista del cuento de los dos hermanos que iban a Miraflores a descubrir el oficio de su padre mozo. Antes de correr prendía la máquina automáticamente y abría el archivo en el que me tocaría trabajar ese día. Leía algunos párrafos, revisaba algunas escenas, y con ese material en mente salía a correr pensando fijamente en los dos o tres párrafos que podría escribir en limpio ese día.

Mi proceso era rígido y algo tortuoso. Como me sentía solo, algunas noches salía con Montero, o con Lorente, y debido a que a menudo me quedaba con ellos hasta algo tarde, a la mañana siguiente no tenía fuerzas para levantarme temprano y correr, y entonces no lo hacía, o lo hacía, pero muy tarde, de manera que cuando salía de casa y caminaba por Santa Anita rumbo al parque a eso de las diez de la mañana, o las once, sentía una rabia sin reservas contra toda mi incapacidad para asumir responsabilidades. Muchas veces me cortaba en plena carrera y terminaba puteándome y con ganas de golpearme, o simplemente seguía corriendo y mordiendo una sensación de rencor que luego me impedía hacer cualquier cosa.

A las dos semanas de aquello, sin embargo, la rutina empezó a funcionar. De tanto fracasar con los horarios empecé a dejar de salir de noche, a acostarme temprano, y el método, con todo, empezó a darme resultados. La carrera física todas las mañanas, la media hora mirando a los chicos jugar fulbito y los arcos y mis pies corriendo sobre la pista casi siempre prefiguraban lo que correría dentro del texto, las escenas que avanzaría, los obstáculos que enfrentaría en tal o cual pasaje. Recuerdo con cierta

satisfacción esa época, el esfuerzo de todas las mañanas sin falta frente al texto, y los párrafos que se fueron sucediendo trabajosamente hasta sobrepasar las quince páginas de un relato largo. Aquello era muy distinto al trabajo febril con «*La serpiente de lava*» y a ratos parecía solamente la acumulación de esfuerzo físico, de tenacidad y de trabajo, pero me sentía satisfecho de que fuera así y también secretamente orgulloso de no depender de la inspiración sino tan solo de mi perseverancia.

Fernanda, o la historia con Fernanda, era de pronto algo que agradecía como el detonante que me había ayudado a aclararme: me había dado cuenta de que tenía que estar solo, y de que si no lo estaba la otra persona tenía que ser alguien que, al igual que ella, me gustara realmente. Me estaba empezando a sentir realmente bien, me acercaba al final de mi cuento sobre los hermanos y me concentraba mejor en mi trabajo en la universidad cuando ella me llamó. Así. De golpe. Una noche en que conversaba con Bruno. Y entonces fue algo así como la ráfaga de viento que de pronto apaga todas las velas que había prendido laboriosamente a lo largo de todos aquellos días. Recuerdo que vi su nombre en la pantalla de mi móvil y que me separé de Bruno, caminé por el parque de su casa, en Camacho, mientras la escuchaba decir, en una conversación algo cortada, que llamaba para decirme que tenía ganas de verme. Le dije de modo atropellado que podríamos hacerlo al día siguiente. Y colgué. Todo empezó a girar nuevamente.

—Se cansó del tarzán, loco —me dijo Spanton, cuando regresé a su lado —. Se acabó.

La sensación de ansiedad que había dejado atrás volvió con mayor intensidad. Fue esa sensación la que me despertó a la mañana siguiente y me di cuenta, con pesar, con exaltación, con miedo, que la historia del beso no había terminado. Pensé que si había decidido verme era porque había aclarado su mente en favor mío, y esa idea me trajo algo de calma. No sospeché que estaba completamente equivocado.

Fernanda y yo nos vimos apenas un instante en las bancas más apartadas de la de Lima y allí fue que me dijo, con un esfuerzo que parecía sobrehumano, que había pensado darle una oportunidad más a su relación. Recuerdo que le pregunté a bocajarro si estaba realmente enamorada de su novio y ella me dijo que creía que lo quería y yo le dije que esa no era una respuesta. De buenas a primeras me di la media vuelta y me largué del lugar como poniéndome a salvo de él, sintiendo que detrás de mí Fernanda se desmoronaba por completo. Con rabia, con desesperación, me concentré en correr más de lo que había corrido en todo ese mes porque ya no podía

escribir. De hecho estaba corriendo la noche del domingo cuando una llamada suya entró a mi celular y detuvo por completo mi carrera. Llamaba de una manera estúpida, solo para saber cómo estaba, qué estaba haciendo. ¿Siempre corres?, me preguntó. ¿Dónde, exactamente? No sé explicar cómo, aún agitado por el esfuerzo físico, cambié la actitud que había tenido el día que la vi y hablé con ella de regreso a casa hasta que la batería de mi celular colapsó. Un par de horas después, ya bañado y echado en la cama, desasosegado, Fernanda volvió a llamar y entonces hablamos toda la noche, de celular a celular, sin que a ella le importara en lo más mínimo el costo astronómico de esas llamadas. En el lapso de varias horas ambos sentimos muchísima sed y tomamos agua en diferentes momentos, nos lo contamos. Me es imposible recordar lo que hablamos, y las veces que las llamadas se interrumpieron porque mi celular se quedaba sin batería o porque alguien la interrumpía: uno de sus dos hermanos, o su padre. Fernanda siempre volvía a llamar y debido a ello, esa noche, me la pasé pegado al celular, desvelado, esperando la siguiente llamada para comprobar el deseo que tenía ella de escucharme, de tenerme a su lado. Era impresionante: la chiquilla aún lejana a la que soñaba regalarle una novela con mi apellido en el título se había transformado en esta mujer que no paraba de hablar conmigo, que iba una y otra vez a tomar agua, que me contaba la disposición de los muebles de su cuarto —la tina en el baño, el amplio ropero, los estantes con sus libros— mientras yo la imaginaba cerrando mis ojos y escapando de la disposición de los muebles del sucucho en el que dormía. Ella, por supuesto, preguntó por él, y fue entre esas preguntas que empecé a ser consciente del deseo de Fernanda y también de mi propio deseo, de las ganas que tenía de verla allí, en mi cama, a mi lado, en ese espacio al que no había ingresado nadie aún. No hablamos de los problemas que teníamos, de su relación con su novio ni nada, y la verdad es que tampoco pensé en ello. Si ella tenía que tomar una decisión, lo mejor sería que lo hiciese a partir de la mayor cantidad de información de los dos lados, de manera que con humor, con un extraño relajo, le conté de mi habitación, de mi casa y de mis tíos. ¿Vives en Santa Anita? ¿Dónde es eso? Muy lejos, le decía. Y así, con voces cada vez más suaves por la hora, ya en pijamas, cada uno metido entre sus sábanas, cambiando el celular de posición por el ardor en las orejas y en las manos, sin el mínimo asomo de sueño, sedientos e insomnes, Fernanda y yo pasamos la noche conversando y riéndonos, bromeando y estableciendo complicidades, hablándonos de las personas que empezamos a conocer de nombre pero que aún no eran reales —ella de sus amigas María Paz y Adriana; yo de Bruno, Jorge y Santiago— y

entonces yo la escuché reír al saber que cuatro hombres tantos años mayores que ella se llamaban entre ellos mostros y celebraban un Conciliábulo y se reía de los sobrenombres que cada uno tenía. Después nos quedamos mudos.

—Me gustaría tanto tenerte aquí, Gabriel —escuché de pronto su voz del otro lado del móvil—. Disculpa que te lo diga pero es que me gustaría tanto que estuvieras.

Desde ese momento, ya a las cuatro de la mañana, ambos empezamos a contarnos cómo dormíamos, con qué ropas, y ella me dijo, ya sin pudor, que estaba desnuda en su cama, y que le encantaba escucharme estándolo. En ese momento sentí que mi sangre se precipitaba y fui presa de una bocanada de sed que ya no podía controlar. Los dos recordamos ese beso de hacía varias semanas, la manera en que nos abrazamos, y Fernanda me contó que desde entonces no había podido dejar de pensar en nosotros juntos, abrazados. Le dije que era una locura no estar haciéndolo y luego le dije que nos teníamos que ver. Eran las cinco de la mañana pero yo estaba dispuesto a salir a esa hora a donde fuera para verla, y ella me dijo con pesar que no podía dejar su casa en ese momento bajo ninguna circunstancia. La universidad, sin embargo, abría sus puertas a las siete de la mañana y ella podría decir que tenía clases de recuperación, que le habían asignado ese horario y era urgente que saliera. ¿Iba a ir? ¡Claro que sí! No me estás mintiendo, ¿no? Le dije que no. Tú vas a ir, ¿no? Claro, claro que sí. Y luego de besarnos, o de decirnos que nos besábamos, colgamos.

Fueron las dos horas más largas de mi vida. Esperé como un león enjaulado en el espacio de mi cuarto: me bañé, me miré al espejo muchas veces y dejé de mirarme por la pena, y temí una y otra vez que todo eso fuera de pronto una broma, un asunto no real o que lo era, pero que no me pertenecía. A las seis y treinta, con el estómago vacío y un deseo de empujar el tiempo contra sí mismo salí de casa en pos de un taxi. No había muchos, y me subí al primero que vi casi sin preguntar por el precio del viaje. Cuando estaba entrando al óvalo de Santa Anita, por una asociación que aún no alcanzo a explicar, me di cuenta claramente de que no escribiría una sola línea más de mis cuentos en los próximos días, semanas, y acaso meses. Pero eso, en verdad, frente a lo que me tocaba vivir, a lo que me esperaba a media hora de ese taxi que cortaba el frío de la ciudad, ya no me importaba gran cosa.

10

Estoy parado a las siete de la mañana en la entrada de la facultad de Comunicaciones después de esperar a que abrieran las rejas de la universidad y de ser el primero en recorrer el campus totalmente vacío, guiado tan solo por mi sed y mi deseo. Llevo la misma ropa de siempre. Precisamente por eso no recuerdo cuál. Seguro un pantalón de corduroy, la camisa aburrida, los zapatos de gamuza, lo primero que encontré ante una urgencia así. Fuera de las barandas de la escalera campea una neblina que devora bancas, personas, plantas, como si todo fuera el escenario de un sueño. A las siete y cinco —miro mi reloj cada treinta segundos— ella aparece, como para confirmar que todo es cierto: una blusa blanca y un *jean* azul. La veo a cincuenta metros, bajando las escaleras que llevan a la biblioteca, y al verme congela una media sonrisa casi imperceptible. Nos hemos dicho, lo puedo recordar, muchas veces ahogando el deseo contra las almohadas, que nos morimos por hacer el amor, por olernos y besarnos, pero una vez uno frente al otro todo se difumina como por arte de magia. Nos damos un rápido beso en la mejilla, apenas un roce de mi mano en su blusa, su mano tocando distraídamente mi brazo.

Dijimos algunas cosas a destiempo, tejimos una penosa comunicación en la que ninguno supo tomar la posta del otro, como si fuéramos los actores de una mala película peruana en la que las entradas de audio aparecen a destiempo o se yuxtaponen. A esa hora, en ese sitio, ambos caminamos a través de la garúa de la universidad y observamos cómo se abren los quioscos o cómo algunas personas de limpieza vacían los cestos de basura entre bostezos. De pronto retomar lo que nos hemos dicho por teléfono resulta absurdo. Hablar también. Caminamos uno al lado del otro, como yendo a enfrentar algo inevitable y a la vez desconocido. Mis pasos son largos y los de ella intentaban emparejarse a los míos, pero los míos no la llevaban a ningún lado. Cruzamos por inercia la pista rumbo al centro comercial pero a cada metro nos sentimos menos convencidos de lo que hacemos. Llegamos al café, cerrado a las siete y veinte de la mañana, y entonces miramos el mall desierto y sabemos que ningún lugar a esa hora nos aguarda. Entonces es que yo doy el paso que terminará de definirnos.

—Vamos a mi sitio —le digo de pronto, con el mismo arrebato con que la besé la primera vez, y veo a Fernanda mirarme desde su cansancio y hacer un

imperceptible movimiento de cabeza. Entonces la tomo del brazo y la hago caminar a mi lado.

El taxi se desprende de la avenida Javier Prado para torcer a la izquierda y tomar Los Frutales, y el rostro o el perfil de Fernanda corta los pasajes de Camacho, sus rejas y tranqueras. Me pego a la luna de mi ventana y desde allí la veo observar la carretera Central, los altos cerros llenos de casas de colores, los muros grises de las factorías. En cierto momento siento un poco de sueño, o cierta distensión, y juego lánguidamente a que miro todo desde los ojos de ella. Eso era, en efecto, Santa Anita, y esa la avenida Los Ruiseñores: sus casas sin jardines, los pisos superiores a medio construir, sus calles rotas. El carro recorre la avenida cuando de pronto me acerco a ella, a su hombro, y pongo sobre él mi cabeza. Siento que unos dedos finísimos me entreveran el cabello. No volteo a besarla. Ni lo pretendo. El auto tuerce a la izquierda, las casas permanecen iguales pero hay algunos árboles muy pequeños cerca de la mía. Esa es. Después todo será bajarme del taxi y acercarme a las rejas de la entrada, verla subir la escalera delante de mí, notar sus ojeras cuando voltea al llegar a la puerta tras recorrer el pasillo del tercer piso y la manera en que me mira con un gesto que no alcanzo a descifrar. Pestañeo mucho y trato de asumir que es Fernanda quien está realmente ahí, sentada en el sofá cama negro, su perfil cortado contra la pared blanca del primer cuarto, sus botas marfil sobre la alfombra verde, sus ojos muy abiertos tratando de retener todas las cosas que hay en el espacio. No sé qué diablos hacer y pienso que debería poner algo de música. Veo los discos y no alcanzo a definir ningún título con claridad. Escucho a Fernanda decir «Pon cualquiera» y la veo mover el cuello de un lado al otro por la tensión, cerrar los ojos y desprenderse de las botas, recogerse sobre el sofá, abandonarse a la mañana y al frío. Lo demás será acercarse a ella y verla cerrar los ojos en la aproximación, ese concierto de actos inconexos y sin criterio común sobre cómo empezar, por dónde proseguir, de qué manera saciar la sed. Todo, incluido el enlace de la penetración, sería la extensión de aquel abrazo que nos dimos al lado de una máquina de gaseosas algunas semanas antes. Solo que esta vez no había país, ni ciudad, ni temor al reconocimiento o la denuncia; solo un espacio cerrado, sábanas, libros que nos miraban ahogarnos varias veces, el sol que empezaba a entrar con impertinencia en la habitación.

El disco entero sonaba por décima vez cuando fuimos conscientes de que giraba por décima vez. Estábamos despiertos, y a la vez dormidos. No teníamos palabras. Sé que en algún momento recobré la conciencia y desperté, o fui consciente de que estaba despierto. Fernanda estaba frente a

mí, ahí, y me miró largo rato y yo a ella. Y nos reímos. Entonces fuimos como una piel capaz de reflejar el mundo. No sé cómo explicarlo. Desde que era niño me intrigó saber qué se vería en las superficies de dos espejos, uno frente al otro, si uno fuera capaz de ser invisible y colocarse en el medio. Esa mañana sentí absurdamente que era ese niño una vez más, y que esta vez esa fantasía era posible…

Ella desprendió los ojos de los de él y se perdió entre las sábanas. Empezó a olisquear toda la cama, a recorrerla con la nariz y su cabeza se movía frenéticamente debajo de las colchas; de pronto sus ojos salían de ellas y me miraban, curiosos, y volvían a perderse bajo mi pecho. Me di cuenta ahí de que Fernanda era muy joven, acaso una niña. Y de que no nos habíamos dicho nada aún. ¿Y qué podríamos decirnos bajo esas circunstancias? Él salió de la cama y se acercó a cambiar la música, encontró el disco que no había podido encontrar o no había sabido hasta ese momento que era el que finalmente deseaba poner. Y lo puso. El rasgueo de la guitarra acústica empezó, luego la percusión, y ahora él se da cuenta, muchos años después, de que puede ver esa escena desde los ojos de ella y escribirla de ese modo, porque eso también es posible: Fernanda se queda sola en un espacio absolutamente extraño del que solo sabe que queda en un sitio llamado Santa Anita. Hay muchos libros distribuidos en un anaquel y un vano sin puerta que conduce a la segunda habitación: está echada en una cama de sábanas azules y oye el inicio del álbum que también conoce y espera la aparición de la voz del cantante brasileño del que ambos han hablado cuando de pronto ve la imagen de él que irrumpe en el cuarto, desnuda como se fue, los brazos levantados, las manos moviéndose en espiral y las muñecas retorciéndose y entonces ella entiende que su cuerpo baila como lo hacía Caetano Veloso imitando a Carmen Miranda cada vez que cantaba esa canción: ella no para de reír, mueve los hombros desde la cama, levanta las manos también mientras piensa que esa persona totalmente desconocida posee una virilidad distinta de la de su novio, a quien ha visto golpear a varios hombres indiferente a sus gritos y que sería incapaz de bailar como mujer y reírse con ella de ese modo después de haberle hecho el amor como hombre.

Aquella mañana se alargó mucho. Los dos sin desayunar, sin sueño, echados en la cama; el chico desnudo de pronto sentado sobre la pared enfrente de la cama y ella sentada, mirándolo desde las sábanas, los dos fumando. Él delante de la torre de los discos buscando otra música con la cual sorprenderla y ella encima de él, colgada como si fuera la cría de un mono, aferrada. Cerca del mediodía el celular de ella los hizo volver a la realidad.

Fernanda vio la pantalla, corrió al otro espacio libre y Gabriel la escuchó decir que no podía hablar mucho, estaba en una reunión con unos compañeros de la universidad. Sí, podía verlo en la noche.

Fue arduo verla irse en el taxi y quedarse sin ella, ocupando el mismo espacio en el que ambos habíamos estado esa mañana. Procuré no pensar en él. Al día siguiente Fernanda me llamó al celular muy temprano. Ni siquiera me saludó.

—Dime cómo llegar a tu casa —me dijo—. Voy para allá.

La idea de verla haciendo el viaje en taxi hasta Santa Anita me pareció irresistible y la esperé, esa y varias veces más, lleno de sed en el cuerpo. No se me ocurrió siquiera insinuarle que dejara a Rafael; me conformaba con aquello que ambos construíamos durante esas horas de la mañana o de la tarde en que Fernanda abandonaba sus clases en la universidad y venía a estar conmigo. Hacíamos el amor de un modo agitado y algo nervioso, seguramente amenazados por la fragilidad de todo lo que nos vinculaba. Empezábamos a saber cada vez más uno del otro, conversábamos sobre nuestras vidas, nos reíamos de las veces que interactuamos en el aula yo como asistente de prácticas y ella como alumna, de las personas con las que habíamos estado. Fue a la tercera mañana o quizás a la cuarta que le pregunté si alguna vez más había estado con alguien que no fuera Rafael.

—Sí —me dijo—, una vez estuve con un tipo que a veces prefiero no recordar.

—¿Cómo así? —le dije, algo alertado, imaginando con terror, no sé por qué, que yo era ese tipo.

—En verdad fue algo muy triste, Gabriel —dijo Fernanda—, es un hombre al que no recuerdo con claridad. Sé que era un hombre mayor, y que a mí no me llamaba físicamente la atención. Era algo neutro también. No sé. Tenía un nombre simple, pero no me interesa repetirlo. En verdad preferiría no contarlo.

Me paré rápidamente de la cama y fui por cigarrillos, sentía un temblor en las manos y la intuición de que Fernanda había abierto un cajón en el que había cosas que sería mejor no ver y que me dañarían, pero quise conocerlas. Tomé aliento y me senté frente a la cama donde Fernanda estaba instalada, mirándome. Prendí el pucho y la miré fijamente. Le dije que era importante que me contara eso.

Balbuceando lentamente, cortada por muchos silencios en un inicio, Fernanda me empezó a decir que estuvo con él —con «*Juan*», así le llamaría — dos veces. La primera ocurrió una tarde en que ella había peleado

terriblemente con Rafael. Rafael, te imaginarás, se había portado algo mal, le había dicho cosas que a ella no le interesaba repetir aquí. Es absurdo, pero ese mismo día se encontró con «*Juan*». A él lo había conocido en una reunión, me dijo, un cumpleaños de una amiga de la universidad de la que al parecer él era familiar, o amigo de un familiar. En aquella reunión, a la que Rafael no fue, «Juan» se había portado con ella de una manera retadora y mezquina, con una agresividad que ella no conocía y que le costó entender; le planteó retos intelectuales en los cuales había posiblemente un fondo frustrado de deseo, un deseo que —es estúpido, lo sabe— a ella le dio una extraña seguridad, un sentido de superioridad frente a la aparente inteligencia mayor de él. Se hirieron, y se pelearon. Pero luego él había conseguido su teléfono no sabía cómo, y la había llamado, le había pedido disculpas y le había dicho para verse porque quería explicarle lo que había pasado personalmente, se sentía bastante mal. Fernanda no entiende bien por qué pero le dijo que sí, que precisamente podría ser esa noche y a las horas «*Juan*» estaba frente a ella. «*Juan*» no era como Rafael, y ella lo descubrió esa vez: le gustaban mucho los libros, tanto como a ti, Gabriel, y al parecer escribía y la hizo reír un buen rato, porque era inteligente y se le ocurrían cosas; en verdad había dejado de ser el tipo estúpido de la reunión, y además la miraba con unos ojos de admiración que contrastaban con la mirada inquisidora de Rafael y que a ella, esa vez, la hicieron sentirse bien. Esa noche, tras la pelea con Rafael, ella sintió tranquilidad al lado de «*Juan*». Conversaron idioteces, se rieron, y entonces él le propuso tomar un par de tragos. Ella aceptó. Apenas tomó el primero sintió ganas de embriagarse para apagar la rabia que empezaba a sentir en sus tripas: Rafael no la llamó en todo el día y ella sabía que después de la andanada de insultos de la tarde no la volvería a llamar antes de mandarle tarjetas y flores. De modo que pidió un trago más, porque «*Juan*» le había dicho que ese día él invitaba todo y cuando ya estaba mareada, o supo que lo estaba, empezó a sentir, así me dijo, que quizás se merecía un tipo como «Juan», es decir, Rafael era un imbécil pero Rafael le gustaba, le gustaba físicamente, le provocaba besarlo y hacerle el amor salvo cuando la maltrataba. No, nunca la llegó a golpear, aunque varias veces estuvo a punto. Pero «Juan» no le gustaba nada y, sin embargo, algo le decía que era el tipo que se merecía. Que merecía ser «tirada» por un tipo así, distante de sus gustos y algo neutro, y gris. A la vez sentía ganas de irse a su casa, de irse a su cuarto a llorar, aunque sus motivos no eran precisos, o no quería precisarlos. En un momento, sin darse cuenta, se vio llorando en el bar y «Juan» la abrazaba. Lo único que podía distinguir entonces es que tenía

enormes deseos de ser abrazada por «*alguien*» y que ese «*alguien*» en ese instante era «*Juan*», de modo que se dejó abrazar y después besar por él. Y en la frialdad helada del alcohol, ella también besó a «*Juan*». Se besaron un rato que posiblemente fue largo, o a ella se lo pareció, y después distinguió que fuera de ese beso solo había un mareo, y también las manos asombradas de «*Juan*» que parecían recorrer su cuerpo, o quizás no. Entonces le dijo a «*Juan*» que no se sentía bien y que quería ir a su casa y ambos salieron del lugar. Se sentía realmente mal y seguro «*Juan*» lo notó, pero igual le propuso ir a «*otro lugar*». Ella se escuchó pedirle preservativos y después se dejó llevar a una farmacia, en donde lo esperó refugiada en el taxi, y a un hotel, en cuya habitación, ni bien entraron, apagó las luces y se echó en la cama para descansar su cabeza completamente ebria. Entonces se dejó hacer, e intentó hacer, ya no lo recordaba bien. Ya juntos, sin reconocer con quién estaba, ella inició una carrera desesperada por llegar, y durante todo ese tiempo sintió un vacío que se abría en su pecho, unas ganas de llorar imprecisas y una sensación de soledad que se adhirió tenazmente a su orgasmo. Luego sintió que perdía embriaguez, que se empezaba a encontrar en un espacio y en un lugar específicos, y que el «*hombre*» con el que había copulado, porque durante todo ese tiempo en el hotel había sentido que estaba con «nadie», se materializaba en los ojos, el rostro, la piel de «*Juan*». Se reincorporó en la cama, miró por la ventana las luces de la ciudad adormecida y se tapó. «*Juan*» se acercó a darle un beso y a ella le costó un esfuerzo enorme no esquivarlo. Se vistió rápidamente, alertada por la conciencia de su desnudez, y se dejó acompañar a su casa en un taxi en el que no cruzó palabra con él.

—Tuve deseos de que Rafael supiera lo que había hecho para ver la reacción de su rostro de cerca —me dijo—, y a la vez quería que se enterara de todo para que le rompiera todos los huesos, uno a uno, a «*Juan*».

—No entiendo cómo pudiste estar con él una vez más.

—Yo tampoco lo hubiera creído.

«*Juan*» empezó a llamar por teléfono a Fernanda y a mandarle *mails* pidiendo desesperadamente encontrarse una vez más. Para entonces Fernanda temía que Rafael se enterara, de modo que se citó con «*Juan*» para aclarar todo aquello y cerrarlo de la mejor manera posible. Se encontraron en un café y, al verlo, Fernanda se dijo que en verdad había estado loca para besarlo, para acostarse con él. Lo primero que él le preguntó fue qué había sentido aquella vez que estuvieron y ella le respondió que había sido «*extraño*». Ella le preguntó a él, y «*Juan*» respondió que no tenía palabras para describirlo, era lo mejor que le había pasado en toda su vida. Fernanda me dijo entonces,

desde el lugar de la cama en que hablaba fumando su cigarrillo, que no me iba a negar que aquello la halagó un poco, y que atenuó las resistencias que había tenido de verlo ese día en el café. Quizás se sentía muy sola, o abandonada por Rafael. Recuerda que no hablaron de nada muy puntual, pero ella disfrutaba de la manera en que «Juan» la observaba. En un momento de languidez «*Juan*» le dijo con un hilo de voz si no quería tomarse un trago y ella le dijo que no. Entonces salieron y cuando se acercaban a una esquina para que ella tomara un taxi de vuelta, sin saber bien por qué, ella le dijo a él para hacerlo una vez más. Él casi no le respondió. Se abalanzó inmediatamente a tomar el primer taxi que apareció.

Aquí viene una parte de esta historia que a mí me llenó de lástima y que me vinculó de un modo profundo a Fernanda; una parte que no pensaba contar en esta novela aunque las cosas, ya he aprendido, nunca salen como uno las ha planeado. Durante el trayecto directo al hotel —esta vez él tenía protección consigo, lo que me indica que tenía la esperanza de acostarse nuevamente con ella— ella no lo besó, ni le dijo nada cordial ni le dio la menor prueba de afecto. En un momento él le preguntó cómo se sentía y ella le dijo que «*nerviosa*», pero cuando él intentó abrazarla ella lo esquivó. La subida de las escaleras, el paso por caja y la entrega de las llaves y el control remoto se hizo entre dos personas que parecían destinadas a realizar una transacción simple y fría. Aquella vez le costó mucho el intento de besarlo, y como no era de noche cerró las cortinas lo mejor que pudo para no reconocerlo en la luz. No pensó en dejarse besar el sexo y tampoco se le pasó por la cabeza detenerse en el sexo de él. No estaba ebria y no quería estarlo, como para garantizarse plena conciencia de lo que estaba haciendo y de sus consecuencias, de manera que no pudo aislarse de él. Siempre fue consciente, me dijo, de que estaba con «*Juan*» aquella vez, de manera que nunca sintió deseos o excitación, y aun cuando supo que aquel encuentro sería doloroso para ella, no hizo nada por detenerlo. Sentía culpa por lo que estaba haciéndole a Rafael, pero a la vez sentía cólera y un renacido resentimiento hacia él, de modo que se desnudó con cierta violencia para el hombre que menos le gustaba entre todos los que había conocido últimamente, y tembló cuando él se acercó a acariciarla. «*Juan*» supo leer algo o sospechar algo de lo que ocurría en la mente de Fernanda, así que le preguntó si deseaba detenerlo todo y regresar a casa. Fue entonces que ella casi contra su voluntad le dijo que no, y se apagó como se apaga una máquina cuando hiberna o se divorció de su cuerpo; a partir de ahí, se dejó tocar y besar. «*Juan*» la perdió de vista muy rápidamente, seguramente cegado por su deseo. Al principio Fernanda

sintió dolor, pero se acostumbró a él. No iba a sentir nada, no alcanzaría ningún orgasmo, y luego, cuando sintió que cada embestida era una lesión sobre algún punto inidentificable de su organismo, le pidió que se apurara. En un punto, sin embargo, me dijo que dejó de sentir, que su cuerpo era el cuerpo de una mujer ajena a ella, apenas un objeto, y que esa sensación, totalmente nueva y temible (Fernanda tenía ya los ojos rojos cuando me contaba eso), no la había sentido ni siquiera con Rafael las veces que él la tomaba casi contra su voluntad. Lo cierto es que «*Juan*» recuperó cierta conciencia de ella y se apuró a terminar lo más pronto posible. Tras recuperarse de la descarga la vio una vez más tapada al otro lado de la cama, esta vez con la vista gacha y sin ganas siquiera de mirarlo.

Fernanda me contó que en ese momento tenía ganas de morir. O se sentía de alguna manera muerta ya. Debió de componer un gesto contrariado y vacío para que él se acercara a acariciarla con algo de temor. «*Juan*» le pareció de pronto patético en su actitud, en su edad, en su miedo, y entonces sintió desprecio por él y se puso de pie inmediatamente, le mostró su desnudez sin miedo, ya fuera de ese lugar, y luego de vestirse tuvo que hacer un esfuerzo por esperar para salir con él y no resultar demasiado ruda. Salió a su lado sin mirarlo, con una ligera vergüenza de encontrarse en la calle al lado de él. Yo en verdad hubiera querido que corriera, aquella vez que la oí, aterrado y pegado contra la pared de mi habitación, me hubiera encantado que saliera a trancos del lugar pero ella me contó que se dejó acompañar hasta una esquina. Empezó a sentir náuseas en el momento en que trepó al taxi y se fue sin hablarle. No se despidió. Inmediatamente su cuerpo emitió una sustancia que la volvió impermeable a todo, y en el camino a su casa ya no sintió nada. En casa se puso a hacer cosas sin sentido, a mirar revistas y a ordenarlas y luego se bañó. Después de aquello se echó a la cama, y solo antes de caer dormida presintió, muy en el fondo, unas apagadas ganas de llorar, pero como eso también le indicaba que aquello había pasado, cerró los ojos y se quedó dormida.

—¿Después de ese día lo volviste a ver? —le pregunté, débilmente.

—Nunca más —me respondió, secándose las lágrimas que acaso pertenecían a aquella tarde—. No quería, así que la siguiente vez que me llamó le dije que no deseaba tener nada con él, y del otro lado de la línea lo oí llorar. Después me sentí algo apenada porque también a él lo dañé. Ahora creo que me es completamente indiferente y creo que si lo viera por la calle hasta podría saludarlo sin sentir nada. ¿Sabes? —añadió, recuperando una

sonrisa tenue, casi la que había traído a mi habitación—. Ahora siento que todo eso le pasó a otra mujer, a otro cuerpo, no al que está frente a ti ahora.

Entré a la cama con ella. Fernanda tenía la piel tensa, muy despierta, y daba vueltas por la cama sonriendo, empezando a darme besos, quizás aliviada de haber compartido aquella historia conmigo, con alguien. Yo me sentía herido, pero a la vez más cerca de ella. Y me culpé estúpidamente, como he hecho ahora escribiendo esto, por haber estado aquella primera noche y aquella tarde tan lejos de Fernanda, de ser el desconocido que no tiene la capacidad de entrar en ese café, o en esa habitación de hotel y de abrazarla, de devolverle sus emociones intactas y de retirarla a su casa y alejarla de todo aquello. Recuerdo que en la cama la abracé fuerte y al besarla le pedí disculpas aunque no le expliqué por qué.

—Hay algo que no te he dicho —me interrumpió Fernanda, seguramente motivada por mi gesto—. Cuando eso pasó llevaba clases contigo, y esa segunda vez, después de bañarme, pensé en ti, aunque de una manera algo vaga, como imprecisa. No te conocía pero sentí torpemente que tú estabas en el mundo. Es muy extraño. Pensé en ti, casi riéndome, y al principio creí que era porque tu imagen me causaba gracia y me hacía sonreír, quería pensar en algo que me hiciera sonreír. Recordaba tus zapatos de gamuza, pensaba en tus manos, en el desorden de tu pelo, en el aire angustiado que siempre demostrabas en clase. No me gustabas tanto tampoco, no sé qué sentía por ti. Pero pensé en ti. Ni en Rafael, ni en nadie más. En ti. Muy raro, ¿no?

Le estaba diciendo que sí cuando ambos volvimos a abrazarnos. Y de pronto recobré una sensación algo más nítida de felicidad. Después de que Fernanda me contara eso, mientras me daba la espalda y se acurrucaba en las almohadas, empecé a sospechar con más claridad que quizás me quería más de lo que ella misma sospechaba. Yo era realmente distinto de «Juan», y eso me provocó deseos de amarla, así que corrí las sábanas a la luz del día y le hice el amor lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos y de llamarla por su nombre todo el tiempo, de hacerle ver que era conmigo con quien estaba. Recuerdo que sus ojos se mantuvieron en los míos todo el tiempo que duró, y que en cierto momento, al venirse por primera vez, se le llenaron de lágrimas. En el momento en que se acercó a besarme me di cuenta de que yo tenía el rostro mojado también. Aquella vez su primer orgasmo no me bastó, así que no me detuve hasta presenciar su disolución tres, cuatro, incontables veces, armado por una seguridad física que no había sentido con nadie de esa manera. Fernanda no dejó nunca de pronunciar mi nombre, aun cuando su voz

se apagaba y se cortaba, y se aferró a mí hasta el punto en que perdió la conciencia. Entonces terminé dentro de ella.

Fumamos mucho aquel día, y también nos reímos mucho cuando ella me contaba que Rafael era precoz, nunca le había dado el placer que había sentido esa tarde, le hacía el amor siempre sin mirarla o mirándose a sí mismo en los espejos de los hoteles a los que la llevaba; ordenaba pulcramente su ropa antes de hacerlo, corría a lavarse el miembro apenas terminaba.

—Un imbécil —me dijo, levantándose de la cama, recuperándose para asistir a una clase de tarde en la universidad—. He estado viviendo una mentira al lado de un imbécil. Quiero tanto echarme una ducha. ¿Me prestas tu baño?

—No tengo agua caliente —le dije.

—Bueno, no importa —me respondió, dándome un beso en la boca y levantándose—, conservaré tu olor lo que queda del día.

Ya no recuerdo exactamente cuántas veces nos amamos de esa manera. Yo había dejado todo cuanto hacía para esperar en este mismo espacio en que ahora escribo a Fernanda. Durante esas uniones su celular nos hacía saltar hasta el techo, y ambos descubríamos aliviados que se trataba de alguna compañera, de un amigo, de su padre. Alguna vez era también él, su voz de pronto menos hiriente que otras veces, y en cada una de esas conversaciones, en que sentía que la voz de Fernanda era cada vez más distante y fría, yo me llenaba de rabia y empezaba a preguntarme si había algo en mí, o en mis condiciones, que explicara que ella no tomara finalmente la decisión y la ejecutara. Los días habían creado una dinámica en esta habitación, de modo que Fernanda a veces traía jugos o yogures para el frigobar, e iba a él por agua. Yo sabía que había algo endeble pero real que podíamos enfrentar a esa relación de cuatro años, a la mecánica que parecía sellada con bronce, a las comidas que los padres de Rafael y los de Fernanda celebraban para reafirmar la amistad y el acuerdo tácito que existía para casarlos. A ese destino ya señalado yo solo podía oponer un rincón en Santa Anita con algunos muebles, un baño con una ducha fría, y un montón de libros y discos. Y parecía claramente que todo aquello no bastaba.

Finalmente una mañana de sábado todo había cobrado una densidad alarmante porque Fernanda se había ausentado durante dos días. Había intentado encontrar las excusas en casa para verme, pero posiblemente algo había alertado a su novio o a sus padres y le fue imposible encontrar la manera de venir al espacio que ella empezaba a referir como «*la casita*», porque fue allí donde había recuperado el sueño y cierta sensación de verdad

y de paz. Me había mandado un *mail* devastado en el que decía que no había podido encontrar la manera de fugar a Santa Anita y en que decía que la vida que llevaba comenzaba a complicársele sobremanera. A ese *mail* no le había respondido ganado por la rabia, encerrado en mi habitación devorando cigarrillos, sin ánimo de hablar con mis tíos y totalmente incapaz de concentrarme y leer una línea del libro que tenía entre manos. Al día siguiente, ese sábado de fin de semana, Fernanda apareció en mi casa sin avisar, y apenas la vi la sed se apoderó por completo de mi cuerpo. Hicimos el amor con desesperación, como si aquellos dos días hubieran sido semanas, o meses, y al terminar Fernanda se acercó a un espejo que tenía en el baño, lo sacó y lo trajo a la cama. De pronto nos reflejó en él, ambos delgados, muy jóvenes, nuestros rasgos afilados por la proximidad y por el placer reciente. Luego de vencer las primeras resistencias que tenía a verme allí, me quedé mirando la imagen que el espejo nos devolvía de ambos. Entonces me vi sonreír.

—¿Qué ves? —recuerdo que me dijo ella.

—No sé —le respondí yo—, un hombre.

—…

—Un ser.

—¿Un «ser»? —dijo riéndose—. ¿Así te ves?

—¿Y tú? ¿Tú cómo te ves?

—Una mujer, ¿no? Una mujer que te pregunta cómo te ves.

—¿Y cómo me ves tú a mí? —le dije de pronto—. ¿Cómo soy yo?

Fernanda retira el espejo y me mira directamente a los ojos, empieza a hablar y de pronto yo solo tengo deseos de cerrar los míos.

—A ver —la escucho decir—. Para empezar tienes un cuerpo delgado y largo, Gabriel, unas piernas fuertes, las piernas de un atleta, y unos brazos que, es extraño, son muy delicados para ser los de un hombre, aunque a mí me gustan; hay algo tan simple y tierno en ellos, algo tan poco pretencioso, no sé, como si ser «*macho*» no te hubiera importado tanto… Tus manos son grandes, grandes como las de un hombre digamos occidental, y tu rostro es gracioso; no eres feo ni guapo, ¿sabes?, pero tienes una mirada algo sombría que a veces suelta como chispas de luz. Tienes la nariz de un león, o de un felino, o de una criatura semejante, y tus marcas, las de la piel, me parecen las de un animal ya viejo, que ha peleado muchas batallas, que ha salido magullado de muchas de ellas. ¿De qué te ríes? Tus cabellos me encantan: son finos y muchísimos y siempre están como alborotados… Tus ojos son pequeños, como los de esos niños que hay en las calles, los que piden

propinas en los autos y eso… Me gustan tus pómulos, son algo salidos, aunque no demasiado… Eres un tipo extraño, Gabriel. Cuando te conocí me costaba saber de dónde venías o dónde vivías. Es como si hubieses llegado a mí desde ningún lugar, ¿sabes? Un tipo mestizo, por ratos algo blanco, por ratos algo indio, no sé, un tipo que es como varios a la vez y oscila, como los camaleones. Pero ahora ya no es así para mí; sé que perteneces a *este* lugar que me pareció tan extraño al principio, a estos libros, a esos cuentos que intentas escribir, y siento, de algún modo, no sé, que este es también mi lugar. Tonta, ¿no? ¿Gabriel? ¿Estás llorando?

No sé qué ocurrió después. Eran los primeros días de octubre. El sol empezaba a cortar las ventanas de Santa Anita y a penetrar en todas las cosas del cuarto y yo empezaba a sentir calor.

—Me voy a dar una ducha —le dije, sobrepasado.

—Te acompaño —me dijo Fernanda.

—El agua está helada.

—No me importa —respondió.

Entonces nuestra historia realmente comenzó. Bajo la ducha de plástico de ese baño que da —a través de una ventana pequeña a la altura del rostro— a las casas de Santa Anita, a los techos plomos y los tanques de agua de plástico, Fernanda se enfrentó por primera vez al golpe de un chorro de agua helada sobre su cuerpo. Primero tocó el agua con la mano y su piel se crispó. Metió una mano, luego otra y después me miró con un rostro teatral de pena y auxilio. Si te metes de a pocos nunca terminarás por entrar, le dije, algo incrédulo, y le mostré la toalla para secarla. Fernanda me miró parado en el umbral del baño, y como para probarme algo, o en verdad para probárselo a ella misma, se metió bajo el agua helada y apagó con mucho esfuerzo el grito que le provocaba soltar: su pecho se agitó, sus pezones se encogieron, su piel despertó y tembló y ella me miró a los ojos: nunca olvidaré lo hermoso que me pareció entonces el cuerpo desnudo de Fernanda bajo el agua helada de octubre, intentando acercarse de ese modo a lo que yo tenía para ofrecerle. Fue entonces que supe finalmente que Fernanda se había enamorado de mí, y que después de esa ducha ya no había ningún camino atrás.

Así fue. Me acerqué a mi mujer y la besé bajo el agua fría; la protegí lo que quedó del baño, nos enjaboné y solté toda el agua de la ducha cuando nos tocó salir de ella: bajo ese segundo golpe de frío Fernanda empezó a reírse como loca, a reírse también bajo el sol que entraba por la ventana del baño y parecía cegarnos por completo. Nos besamos, nos asustamos por lo que hacíamos, nos secamos. Cuando salimos el celular de ella volvió a sonar, y

ambos supimos que quien estaba del otro lado de la línea era Rafael, el novio judoka que la llamaba para insultarla o para rogarle, y a ambos nos pareció un ser remoto, lejanísimo. Fernanda no tuvo ganas de contestar la máquina y ni tan siquiera de acercarse a comprobar si era él quien la llamaba a esas horas. El aparato siguió sonando esa vez y otras veces mientras nos terminamos de secar y volvimos a hacer el amor completamente indiferentes a las alarmas y a las llamadas, al paso del tiempo, a la noche que empezaría a caer sobre nosotros.

PARTE CUATRO

1

Aquel sábado en que ambos se ducharon juntos, Fernanda terminó su relación con Rafael. Antes de irse de casa, aún cubierta con una camisa que Gabriel le había prestado luego de hacer el amor y mientras buscaba sus ropas interiores entre las sábanas, ella le dijo que temía un poco lo que vendría de ahí en adelante porque su familia «*adoraba*» a Rafael; les iba a ser complicado acostumbrarse a alguien «*distinto*» a él. Le preguntó si él entendía y él le dijo que sí de una manera maquinal, porque en verdad no sabía bien a qué se refería con aquello de «*distinto*» y estaba lejos de sospechar lo que eso significaría en el futuro de ambos. Fernanda también. Así que no insistió más. La vio cambiarse del todo y hacerse el moño alto en el pelo. La vio darle un beso rápido y golpearle levemente el pecho: ya debía irse. Gabriel le dio ánimos para hacer aquello que le tocaba hacer.

Pasó ese día en vilo, consciente de que todo su futuro y su felicidad dependían enteramente de lo que haría ella esa noche. ¿Cómo es que lo terminaría? ¿Realmente lo haría? Más tarde, Bruno le decía que no pensara en lo que podría estar pasando entre ella y el judoka y Gabriel le hacía caso tomando todo lo que podía en el Sargento de Barranco hasta que, en cierto momento de la madrugada, recibió un mensaje de texto en el que Fernanda le informaba que había terminado su relación y se sentía mal. Pensó preguntarle qué había pasado pero a la vez sospechó que a lo mejor deseaba estar sola. Esa noche tomó como pocas veces y al día siguiente, en la tarde, lo primero que hizo al despertar fue llamarla, pero ella había desconectado el teléfono. Una sensación de miedo súbito lo atravesó y empezó a desesperarse. ¿Por qué había hecho algo así? ¿Cabía la posibilidad de que se hubiera arrepentido? Pasó unas horas larguísimas y atormentadas la noche del domingo y apenas pudo conciliar el sueño muy avanzada la madrugada. Nunca entró la llamada. Recién al mediodía del lunes su celular sonó y él reconoció aliviado la voz vulnerada de Fernanda confirmándole que había terminado con Rafael pero que a la vez le sería imposible verlo. Al principio no entendió bien lo que pasaba y se lo hizo saber a Fernanda, pero cuando ella le informó rápidamente

de la situación en la que ambos se encontraban tuvo mucho miedo, y entonces comprendió.

Habían terminado en una discoteca de Larcomar, de una manera demasiado natural para lo que ella se esperaba. Él había intentado besarla mientras bailaban y ella había esquivado el beso, él le había preguntado si lo quería y ella le había dicho que ya no sentía nada por él, así, fríamente, como si de pronto le hubiera perdido todo el temor. Rafael no dijo nada en ese momento, gastó las mismas bromas con sus amigos abogados como si nada hubiera pasado y se pidió los mismos tragos, solo que decidió retirarse del sitio a una hora que no acostumbraba y forzó a Fernanda a irse con él. Cuando condujo su carro lo hizo a una velocidad de vértigo, como deseando encontrarse a alguien en medio de la pista para aplastarlo, y al despedirse de ella intentó besarla una vez más, pero ella rechazó el beso y luego se resistió a su fuerza. Él le preguntó entonces con una mezcla de rabia y desprecio si acaso quería terminar con él y ella le dijo que sí. Entonces él le pidió que se bajara del auto y ella le hizo caso y eso fue todo.

Esa noche ella le mandó un mensaje de texto corto a Gabriel y luego soñó que estaba en medio de una reunión familiar muy grande en la que sabía que Gabriel también participaba, solo que no se dejaba ver. En el sueño nadie tenía el rostro preciso de algún familiar de ella, pero ella sabía que eran de su familia, y también que Gabriel había sido invitado y que en algún momento había estado al lado de ella solo que ahora, en el sueño, la había dejado y le era imposible ubicarlo: no lo veía por ningún lado y además algo la impedía salir a buscarlo: su cuerpo estaba paralizado y las personas que pasaban a su lado no le podían dar razones sobre el paradero de su pareja simplemente porque nadie lo conocía. En el sueño, extrañamente, sentía que la persona que se había extraviado no era él, sino ella. La llamada de Rafael la despertó: quería conversar sobre lo que había ocurrido la noche anterior y ella le dijo que lo esperaría en casa; solo después de hablar se dio cuenta de que era algo tarde, había dormido muchas horas y no había nadie con ella. Cuando llegó a buscarla, Rafael tenía una actitud muy distinta a la de los últimos meses; se parecía mucho más al chico que la enamoró cuatro años atrás. La besó en la mejilla con respeto, se sentó en la sala y luego de algunas vueltas volvió a preguntarle, esta vez serenamente, lo mismo que le había preguntado en su auto. Ella reunió toda la fuerza de que era capaz y le respondió con algo de aprensión que la relación había llegado a su fin: todo se había detenido para ella. Rafael la miró a los ojos y reaccionó de un modo impotente: solo empezó a llorar lentamente donde estaba, en silencio, y entonces Fernanda sintió pena

por él. Se sentó a su lado, le llevó una mano a su espalda y ambos se abrazaron y lloraron juntos.

Cuando él se fue Fernanda se sintió muy mal y fue entonces que desconectó el celular porque no quería saber nada de nadie, incluido Gabriel, y se puso a llorar sola y sin parar. Pasaron algunas horas así y a la hora del sueño su madre le pasó la llamada de Rafael desde el teléfono fijo de su casa y ella descubrió con lástima que su tono de voz había vuelto a cambiar. Ese Rafael era de nuevo el que solía golpear las paredes hasta lastimarse los puños y que a veces se daba puñetazos en la cara, y ahora le lanzaba una serie interminable de preguntas que ella se negó a responder porque, le intentaba decir, ya no tenían razón de ser. ¿Por qué diablos lo terminaba ahora si en las últimas semanas nada dramático había ocurrido entre ellos? ¿Por qué tenía la determinación que no había tenido antes? Era porque había otro, ¿verdad? ¿Era el idiota muerto de hambre de la universidad?

—No cree que haya acabado con él sin que hayas influido tú en mí —le dijo Fernanda a Gabriel del otro lado de la línea esa mañana—. Te culpa de todo lo que ha pasado.

Él sintió inquietud, pero intentó ocultarla. Le escuchó decir a Fernanda que por esa razón no había ido a verlo y tampoco lo haría en los días que vendrían. Ella no sabía con exactitud de qué cosas podría ser capaz Rafael. Una vez, en otra discoteca de Larcomar, le había roto la cabeza a un tipo porque la había mirado de una manera algo soez. En otra ocasión había sacado a golpes a alguien de su carro por decirle algo a ella y en el piso, con las puertas abiertas del vehículo y las luces entrecortadas, le había roto un par de costillas y la clavícula. Se tuvo que hacer responsable de los gastos. Fernanda había tenido que contemplar aquellas escenas aterrada, pidiéndole a su novio que parara sin estar segura siquiera de que la escuchaba. Ahora no se perdonaría si algo le pasaba a Gabriel. Como él sabía, Rafael había ido una vez a la universidad para buscarlo a él porque sabía que «rondaba a su chica» y quería «ponerlo en su lugar». Aquella tarde no lo había encontrado.

Pasaron a verse solo en la universidad. Sus encuentros se limitaron a conversaciones en los pasillos y en las rotondas de la de Lima en los cuales solo ambos sabían, a través de un roce o una sonrisa, que eran pareja. Todo se redujo a llamarse por teléfono para decirse cuánto se necesitaban, a toparse en los pabellones de ciencias en que no podrían ser vistos, a darse abrazos interminables y a olerse ávidamente por encima de las ropas mientras mataban el tiempo en los miradores de los edificios más altos de la universidad observando con algo de tristeza las casas de Monterrico, los autos

que iluminaban la avenida Javier Prado, la gente que recorría el puente peatonal que se extendía más allá de Manuel Olguín.

Rafael había empezado a mandar flores a casa de Fernanda casi todos los días, y había insistido en volverla a ver para conversar y celebrar aquel aniversario que en algunos días estarían a punto de cumplir. La llamó un par de veces al teléfono fijo sollozando, y cuando ella le contó aquello a Gabriel y ambos comprobaron que Rafael también sufría, empezaron a discutir la posibilidad de que estuvieran actuando de modo paranoico y se preguntaron si acaso no serían ellos mismos quienes se ponían esas barreras para no salir de la universidad e ir a Santa Anita a amarse. ¿Realmente sería así? Comenzaban a evaluar la posibilidad de ir al menos al café donde se habían conocido cuando una tarde Fernanda esperó a Gabriel a la salida de una de sus clases con el rostro lívido como el papel.

—Me llamó el otro día —le dijo—; me habló de la casa de Santa Anita y me preguntó si era allí donde nos revolcábamos, si lo hacíamos en el segundo piso o en el tercero.

—…

—Te ha seguido, Gabriel, te ha seguido para ver si te veías conmigo.

—Va a hacer un nudo contigo usando una sola llave —le decía Spanton cuando les contó todo aquello a sus amigos en el siguiente Conciliábulo.

—Uno de esos «*nudos*» de Eielson —añadió Montero—. Va a agarrar tu cuerpo, lo va a doblar y te va a colgar así, pluac, en un lienzo.

—Ah, será la obra *Nudo Lisboa 3* —añadía, sirviendo los tragos, Ramírez Zavala.

En las ocasiones en que veía a sus amigos y se reía de sus bromas, Gabriel se olvidaba algo de la situación en la que se encontraba, pero la verdad es que interiormente, por debajo de la sonrisa que les mostraba a todos, sentía crecer dentro de sí un temor infantil y paralizante. Nunca había visto a Rafael, pero en los días que siguieron empezó a imaginárselo de muchas maneras, con muchos rostros y voces, y en todas ellas lo sorprendía de buenas a primeras en cualquier esquina y empezaba a demolerlo a golpes. ¿Le hablaría antes de hacerlo o simplemente empezaría por romperle todos los dientes? ¿En algún momento se detendría? ¿En cuál? Empezó a caminar sintiendo el aliento de una respiración sobre su nuca. Miraba a todos lados, apretaba los puños débiles debajo de las pruebas que corregía o de la novela que aún no alcanzaba a terminar de leer y se maldecía por no haberse trompeado jamás en toda su vida, por los brazos delgados que tenía y su falta de músculos. De pronto le tocó batallar contra su propio temor y a reunir el poco valor que le

quedaba para repetirse que sabía perfectamente lo que tenía que hacer. No se correría jamás de la pelea. Se plantaría frente a él y respondería a sus golpes de la mejor manera que pudiera hasta que le rompieran los huesos que le tuvieran que romper. Y nada más. Después de que sucediera eso, sabía que Rafael perdería para siempre a Fernanda. Se mantuvo tenso, esperando el momento en que todo caería sobre él, pero ese momento jamás se produjo.

Una mañana Fernanda lo sorprendió tocando el timbre de su piso a una hora imprevista y con una sonrisa que ampliaba sus labios: todo se había terminado. Ese día había llamado indignada a Rafael para pedir explicaciones por una serie de mensajes anónimos que habían llegado a su celular y que le informaban de las veces que él le había sido infiel con varias otras chicas, incluida una compañera de su colegio. Luego de negarlo todo con frases vacías, y de caer en contradicciones ante las evidencias que ella le iba mostrando, tras un silencio lleno de imprecisión y ante las imprecaciones de ella, él terminó diciéndole que no insistiría más con lo de ellos: podría intentar hacer su vida con el muerto de hambre de la universidad. Fernanda le había vuelto a repetir, mintiéndole, que Gabriel no era otra cosa que un amigo y que no tenía nada que ver con la decisión que había tomado, que resultaba completamente injusto que viviera amenazado de recibir un daño que no merecía.

—Sabes bien que si hubiera querido hacerle daño lo habría hecho hace mucho tiempo y sin avisarte —le respondió Rafael—. No te preocupes que no me voy a manchar las manos tocándolo.

Aquella tarde resultó gris pero a los dos les pareció luminosa. En esos días, a ciertas horas, el sol que anunciaba la primavera en Lima entraba lateral por el dormitorio e iluminaba parte de las sábanas y la cama de la segunda habitación. Gabriel se recuerda bajo ese resplandor y la recuerda a ella amándolo sin temor. La esperó todas las tardes que podía en casa y ella se tiraba todas sus clases para estar con él a riesgo de que la expulsaran de la universidad. Pasaron mucho tiempo en la cama hablando de las infancias que habían tenido, de las cosas que habían hecho a cierta edad, y en todo momento se reían de las diferencias. Cuando él terminaba sus estudios en la escuela estatal ella patinaba por los malecones de Miraflores con sus amigas. Cuando ella entraba a la secundaria del colegio de monjas y empezaba a leer novelas y libros en inglés él escribía sus primeros artículos bajo los gritos de un gordo maravilloso llamado Saúl Vegas en una revista llamada *Proceso*. ¿Ella tuvo enamorado a los quince años en su casa de playa? Él andaría en ese momento trabajando en *La industria*, escribiendo sus crónicas callejeras y

empollando la idea de dejar algún día el periodismo para dedicarse a escribir. Fueron días en que pudo observar con detenimiento el cuerpo de ella y descubrir las señales de su piel, sus cicatrices y las manchas de su niñez. Fue también la primera vez que le contó la historia de su vida a alguien.

También discutieron lo que les tocaría hacer de ahí en adelante. Era Fernanda quien conocía a sus padres y a su familia y quien tendría el mejor criterio para decidir qué pasos habría que dar. Fernanda le dijo que no tenía dudas de que si ellos llegaban a conocerlo, si ellos atendían realmente su forma de ser y sus esfuerzos, lo querrían tanto como ella porque eran buenas personas, solo que ahora, tal como estaban las cosas por su reciente separación con Rafael, su presencia podría ser tomada de mala manera. Lo mejor era no decir nada aún, que la vieran un tiempo «*sola*», sin Rafael, y que creyesen que después de pasado el luto, a los meses de la separación, surgía de pronto un nuevo romance. Fernanda le dijo que poco a poco les iría hablando de él. De ese modo la inserción a la familia sería gradual.

Fueron días de construcción de la relación. Y la urbanización Los Robles, en Santa Anita, se convirtió en lo que había sido la universidad semanas atrás. Salieron a caminarla sin temor de que alguien los descubriera: recorrieron sus calles, atravesaron sus parques, y él contempló maravillado el asombro con el que Fernanda lo observaba todo: el colegio en que estudió, los chicos jugando a la pelota en las pistas, los puestos de fritangas en la avenida Los Ruiseñores. Nunca había estado sola en ninguna parte de Lima que quedase del otro lado de la avenida Javier Prado y la maravillaba desplazarse en un barrio así, al que nunca habría ido sola y que no era tan peligroso como sus conocidos hubieran pensado. Él, le dijo, le enseñaba cosas que jamás hubiera conocido por cuenta propia.

Decidieron separarse para los últimos días de noviembre y primeros de diciembre. Fernanda había descuidado demasiado sus clases y trabajos en la universidad y debía intentar no reprobar demasiados cursos y él había dejado de corregir decenas de trabajos de las clases de Estrada y Degas. Fueron días de una rara felicidad. Se veían a ratos en la universidad, se mandaban *mails* larguísimos en que recordaban cómo se habían conocido o mensajes de texto cariñosos en que afirmaban que no habían dejado de sentir lo que sentían, y cuando el semestre terminó, y Fernanda acabó sus entregas de trabajos y sus exámenes, pasó un día entero en casa de él, el primero juntos.

Gabriel no olvidará jamás ese día, aunque por razones que nadie podría sospechar. Fue un viernes, y había fiesta de fin de semestre de la facultad. Fernanda les había dicho a sus padres que se iría allí luego de su último

examen, que era en la tarde, así que llegaría a casa de madrugada. Se presentó en casa de Gabriel cerca del mediodía, luego de la entrega de un trabajo programado para las diez de la mañana. Los dos almorzaron cerca de la casa de él, caminaron por su barrio y luego se quedaron en la cama todo el día. Gabriel le leyó algunos poemas que le gustaban, Fernanda buscó otros entre sus libros, hicieron el amor, jugaron desnudos como dos niños, se rieron como locos y durmieron solo para despertarse y seguir besándose e imaginando todas las cosas que harían una vez que su relación fuera pública y pudieran mostrarse a todos los demás sin ningún temor. ¿A él le gustaba la playa? A ella le encantaba Los Órganos, donde había pasado muchos veranos en su infancia con sus padres y sus hermanos y primos. Eran magníficas personas, ya iba a ver, seguramente al final se caerían bien. El padre leía y seguro le parecerían interesantes todas las cosas que Gabriel sabía y había vivido. Ella ya les había mencionado a ellos acerca de un amigo nuevo que tenía, un chico muy sensible, y él se rio de esa manera de presentarlo: «un chico muy sensible».

A las tres de la mañana ella decidió que tenían que regresar a su casa. Sus padres le solían dar permiso para salir solo hasta esas horas cuando estaba con Rafael, así que ambos se vistieron, bajaron la escalera de la casa, tomaron un taxi y en el camino, mientras iban atravesando Santa Anita, a él le pareció que las calles que dejaban atrás no eran tan feas como le habían parecido antes. Estaban comentando algo sobre la distancia que separaba sus casas cuando el teléfono de Fernanda sonó y ella habló con su padre. Aún la recuerda mirando los muros de los edificios de Javier Prado mientras le dice que estaba por llegar a casa, sí, iba segura, la acompañaba un amigo. Gabriel. Le había hablado de él. Pero entonces la comunicación se cortó.

Incluso ahora me resulta complicado recordar lo que vino, o más bien lo he recordado tanto, y de tantas maneras, que no sé bien de qué forma narrar lo que pasó. Sé que era yo quien iba en el taxi viendo reír a Fernanda y le decía algo cómico cuando entraron a Roca y Boloña. Al acercarse a la cuadra nueve Gabriel sintió alivio al notar que Fernanda no vivía exactamente en la avenida sino en un parque contiguo a ella. El taxi tomó una calle paralela, entró en el parque y lo estaba bordeando cuando Gabriel empezó a imaginar en cuál de esas casas de portones amplios que daban a los árboles viviría Fernanda. Nunca se le habría ocurrido que era precisamente en aquella que estaba completamente iluminada pese a la hora y en cuya puerta se podía ver una aglomeración de personas, como cuatro o cinco, colocadas delante de la puerta como a la espera de un suceso importante. Gabriel sintió algo raro

cuando escuchó la voz ajada de Fernanda diciéndole al taxista que se detuviera, y una ligera turbación cuando de entre el grupo de personas que esperaban a otro taxi, una se desprendió enérgicamente en dirección de ellos. Entonces todo fue como algo que no parecía estar sucediendo: la silueta le pertenece a un hombre alto que mueve enérgicamente el brazo derecho mientras parece decir cosas violentas, como si en el taxi que llega tarde hubiera un chofer irresponsable que le hizo perder el vuelo de su vida y ahora va a proceder a ajustar cuentas con él. Pero no. No era así. Y a él le costó entender que ese hombre desesperado era el padre de Fernanda y que las personas que estaban detrás de él, una chica y un chico y una mujer madura a la que el muchacho sostenía de los hombros, eran los demás miembros de su familia. Las luces encendidas del auto iluminaron el rostro del hombre: las entradas en el rostro, los rasgos deformados por los gritos, la camisa y el pantalón. En todos ellos se traslucía un odio real, tangible, que sin duda iba dirigido a alguien dentro del auto. Cuando Gabriel lo vio llegar notó que su mujer le gritaba algo, pero ya el hombre estaba cerca de la ventana en que él estaba sentado, y la golpeaba con las manos abiertas. Y también alcanzó a ver que las luces de ciertas casas colindantes se habían encendido y que algunas cabezas de vecinos habían asomado por las ventanas, o al menos eso creyó en ese momento. Cuando el padre de Fernanda golpeó el techo del auto y empezó a decir cosas contra alguien que era él, Gabriel se dijo que debía salir. El hombre estaba gritándole, y su hijo iba presuroso a unirse a su padre. Era claro que lo estaban retando, o humillando, y en ese momento sintió una sustancia desconocida que le subía por el cuello y algo cegador que de pronto se apoderaba de su mente. Fue entonces que cogió el manubrio de la puerta, abrió la puerta del taxi y salió a enfrentar a quienes lo estaban atacando.

2

—¿Y entonces? ¿Qué te dijo? Anda, mostro, cuéntale a tu dios Spanton y al Conciliábulo qué fue lo que pasó. Te paraste del taxi… ¿Y entonces?

—Nada. Él estaba ahí y sus hijos atrás. Entonces empecé a oír lo que decía, aunque no con claridad. Todo pasó tan rápido y en tan poco tiempo que no alcanzo a recordarlo bien.

—Algo así como si hubieras estado en el sitio equivocado, en la locación de una película a la que nadie te había convocado.

—Como si nada de aquello me estuviera pasando a mí pero a la vez era claro que me estaba pasando a mí, que era a mí a quien recibían de esa manera. No sé. Fue como en esas comedias en las que todo se desprende de una confusión estúpida, una letra en mi nombre o un rasgo compartido con alguien que de un momento a otro quedará mágicamente resuelta si dos personas conversan y se dan cuenta del malentendido… Incluso ahora todo me parece extraño: el parque, las luces de las casas, el auto cuadrado lejos, toda la familia en el umbral de la puerta, el padre saliendo a mi encuentro…

—Oye, Gabriel, no estarás novelando, ¿no? ¿Estás seguro de que toda la familia estaba en la puerta?

—Toda la familia. Llegué a ver con cierta nitidez a la hermana que se quedó y a la madre, que gritaba cosas bajo los focos del umbral prendido de la casa. El padre y el hijo se separaron del grupo apenas identificaron el taxi en que íbamos.

—Como si hubiera sido la casa de los Ingalls en la pradera y tú fueses una suerte de mapache, o de hiena, y ellos salen a defender el hogar de la amenaza…

—Y entonces el tipo se acerca a ti y te amenaza de muerte, ¿verdad?

—Déjalo llegar a eso con calma, mostro. Deja que el mostro reconstruya la historia. A ver, estábamos en el carro. Tú estás por bajarte y el tipo te está gritando.

—Me está gritando. Está delante de mí…

—¿Es joven?

—Relativamente, sí, en ese momento me pareció un hombre con total capacidad para pelear. De pronto sus rasgos aparecen y desaparecen y el rostro no lo puedo retener con tranquilidad; solo ciertos gestos. Sé que era alto, de mi talla, pero en el momento en que yo estaba sentado y él de pie me

parecía muy alto. Lo vi mayor, pero no demasiado adulto. Tendrá unos cincuenta años. Es joven, me dio la impresión de alguien atlético. Tenía cejas pobladas, no mucho pelo, o eso creo, pero igual me pareció amenazante.

—¿Y Fernanda qué hacía?

—No lo sé. En todo ese rato no la vi. En verdad no sé bien qué fue lo que hizo, pero sé que no dijo nada porque ahora no recuerdo que dijera algo, no dentro del carro al menos. En algún momento, claro, bajó del auto. Cuando su padre y yo estuvimos frente a frente ella estaba a nuestro lado.

—Quizás al verla se tranquilizó. A lo mejor si estaban solos se lanzaba sobre ti.

—Es muy probable. En un momento él miró hacia el piso y le gritó a ella, con una voz llena de autoridad, que se metiera a la casa y ella le dijo que se quedaría ahí, que no se movería. El hermano le dijo lo mismo, que entrara a la casa, pero su voz revelaba algo de miedo.

—Es el tarzán, locos. El Spanton lo sabía. Es el puto tarzán cobarde e hijo de puta que fue a contarle todo al suegro apenas se vio doblegado por el mostro.

—Fernanda cree que lo más probable es que Rafael le haya dicho cosas de mí a su papá. Tiene que ser así. El padre la llama, ella le dice por teléfono que regresa de una fiesta con su amigo «*Gabriel*» y él no le dice nada y le cuelga. Al rato me reciben así.

—Qué tal hijo de puta eh.

—Pero entonces, tú saliste del taxi…

—Sí, salí y no pude dar un paso más allá. Apenas pude sacar el cuerpo y pararme tras la puerta abierta del auto. Él se acercó a mi rostro y me gritaba. Tenía el aliento cargado, así que supuse, por su corbata aflojada y su camisa salida, que habría estado tomando en algún compromiso o algo parecido.

—¿Y no hiciste nada?

—¿Qué podía hacer? Era un hombre mayor, el padre de Fernanda.

—¿No te golpeó?

—Tenía ganas, sí, me he dado cuenta de que tenía ganas de golpearme pero a lo mejor mi falta de reacción lo contuvo.

—¿Y qué decía?

—Algo sobre la hora en que traía a su hija a casa. En ese momento sus gritos se confundieron con los que empezó a dar Fernanda y con los de su mujer, desde la puerta. Quizás las voces de ellas lo tranquilizaron, o la de su hijo también, pero él no volteó a mirarlos en ningún momento. Yo lo veía a los ojos y no atiné a hacer nada. Solo recuerdo haberle dicho en algún

momento, con voz calmada, que él estaba exaltado y que se tranquilizara, o algo así. En verdad no sé si me escuchó. A lo mejor solo esperaba escuchar gritos como los suyos para lanzarse sobre mí.

—Entonces fue que te dijo que te iba a matar.

—Que no me acercara a su hija a una determinada cantidad de metros de distancia.

—Un despropósito, loco. ¿Va a contratar gente para medir el espacio y que no te acerques?

—Imagino que él también tenía miedo. He pensado que en verdad aquello no duró más de un minuto. Es posible que no solo los gritos de su mujer lo disuadieran sino el hecho de que algunos vecinos empezaran a prender las luces de sus casas. Es probable que del propósito de cerrarlo todo fue que dijo aquello de la cantidad de metros que no debía cruzar porque entonces me mataría.

—Pero eso es una auténtica locura.

—Una telenovela. O Romeo y Julieta.

—¿Y después?

—Nada. Después de esa amenaza se fue. En cosa de segundos yo estaba en el taxi de vuelta a mi casa.

—Joder, mostro, ¿y ahora qué piensan hacer? ¿Después de todo eso se han vuelto a ver?

—Nada. Nos mandamos correos electrónicos y hemos hablado por teléfono un par de veces. Su empleada recibe mis llamadas y le dice a ella, a veces delante de sus hermanos o sus padres, que la busca cierta amiga, un nombre en el que ambas han convenido, y Fernanda me responde. A ella le han quitado el teléfono celular, de modo que no me puede llamar. Cree que debemos mantener el plan que teníamos por un tiempo más. No puede contradecirse. Apenas entraron a casa esa noche los padres la mantuvieron despierta varias horas insistiéndole en que reconociera finalmente que estaba conmigo, pero ella no dejó de negarles la relación.

—Sin embargo ellos saben la verdad, Gabriel, y saben perfectamente que su hija está mintiendo. Aun si el plan de Fernanda se mantuviera algunas semanas, en algún momento vas a tener que hablar con los padres y aclararlo todo. No va a tener sentido ocultarlo más.

—Fernanda no piensa así.

—Lo sé, sé que no piensa así y supongo que tiene algún sentido, pero imagina de pronto qué pasaría si ella admitiera que es así, que está enamorada de ti, ¿cuál sería el problema? Es cierto que eres un tipo de una familia sin

fortuna y que no eres para nada un modelo de revistas pero no eres un criminal ni un tipo cualquiera, ¿no? Has estudiado en la misma universidad que ella, la rompiste en las mismas clases que Fernanda a veces no aprueba o aprueba con dificultad, has sido su profesor porque reúnes todos los méritos. Eres un tipo mil veces más inteligente y más gente que el imbécil con el que estuvo antes y probablemente más inteligente que los propios hermanos, y el padre y la madre juntos. Disculpa que te diga esto así pero es que me he llenado de cólera. ¿Qué edad tiene ella? ¿Veinte? ¿A esa edad tú ya no estabas publicando artículos con llamadas en carátula en *Proceso*? ¿No te das cuenta? ¿Por qué ocultar a la larga que están juntos? ¿Qué hay en ti que la obligue a ocultarlo?

—No lo sé…

—¿Cómo que no lo sabes?

—Quiero decir que a lo mejor sí; a lo mejor hay algo en mí, hay algo malo dentro de mí.

—¿Que eres mayor? ¿No nos dijiste que el exnovio tenía casi tu misma edad? ¿Que no tienes trabajo fijo?

—Supongo… No sé.

—Puta madre, Lisboa. ¿Qué te pasa?

—No lo sé, debe de ser que ocurrió algo más esa noche, algo que aún no consigo entender. No sé si tiene sentido contárselo a ustedes porque no estoy seguro aún de que haya sucedido o no. No sé si realmente *pasó*… He pensado que no, pero igual creo que esa noche él me dijo *algo más*. No sé si lo gritó, aunque a mí me ha dado la impresión de que lo hizo, pero lo más probable es que me lo haya susurrado con rabia y lejos del alcance de los oídos de su hija y de los demás. Lo hizo después de decirme que me mataría. Empezó diciéndome que si tendría que hacerlo no sería personalmente, porque con la vida de alguien como yo no valía la pena ensuciarse las manos; gente como yo moría todos los días y a nadie le importaba demasiado… Luego me dijo más cosas… Cuando Fernanda y yo hemos comentado esa noche, sin embargo, nadie ha tocado jamás esas palabras de su padre, y por eso he pensado que en verdad Fernanda no escuchó nada de aquello, y por eso jamás me lo comentó, pero a veces pienso que quizás sí, y que quizás las anuló. En ese momento él está ahí diciéndome eso: que una vida como la mía tenía un precio. Y después, bueno, me dijo el precio… Nunca había pensado que mi vida se pudiera contabilizar o tener un valor concreto, así que escuchar la cifra me aniquiló. Era una cantidad que yo no podría tener conmigo nunca, pero él sí. Eso no me lo dijo, pero sentí claramente que esa era su intención:

hacerme saber que ni yo mismo podría tener el dinero que costaba mi propia vida. ¿Fernanda lo escuchó? ¿Por qué no dijo nada? A veces me pregunto si no fue una proyección de mi mente, y de pronto yo le hice decirme eso. No lo descarto. Creo que quizás sea mejor seguir el plan de Fernanda por un tiempo… ella sabe finalmente cómo son sus padres y qué tipo de persona soy yo para ellos. Siempre actuó como si supiera lo que tenía que hacer. Cuando el padre terminó de amenazarme y se dio la vuelta rumbo a la casa ella fue detrás de él sin decirme adiós, sin la menor intención de estrechar mi mano o darme un beso. Mientras la vi caminar desde la puerta del carro no la vi voltear nunca; solo siguió a su padre por la pista hasta la casa. Cuando las rejas exteriores se cerraron allá lejos, yo aún seguía parado detrás de la puerta abierta del carro viendo las luces de las casas que se empezaban a apagar. Después entré al auto.

3

Después de que las luces se apagaron en la entrada de la casa de ellos, él se metió en el taxi. No fue necesario darle indicaciones al conductor. Minutos antes —aunque ahora parecían horas enteras— ambos habían acordado un precio por el servicio de ida y vuelta, de modo que una vez que se dejó caer en el asiento del carro este empezó a moverse de forma automática y él pudo pasar por delante de la casa de Fernanda y ver la reja de la puerta peatonal, el largo portón de madera que permitía la salida de los carros, las plantas que acompañaban el sendero empedrado que conduciría a la entrada de la sala.

Una vez que el taxi dejó el parque y salió a una avenida que él ni siquiera podía identificar si era Roca y Boloña u otra, Gabriel empezó a sentir recién la concreción de su propio cuerpo y sus latidos; sensaciones alternas de frío y calor, una extraña inmovilidad y una comezón puntual que atacaba a ratos ciertas partes de su piel. Estaba aturdido. Al principio le costaba pensar en algo y no sabía determinar si aquello había ocurrido realmente. El taxista guiaba el vehículo en perfecto silencio por calles que le eran familiares y a la vez no, y solo al reconocer la vastedad de una pista muy amplia, los altos focos naranjas que la iluminaban y la fachada del colegio San Agustín pudo darse cuenta de que iban por la avenida Javier Prado y de que él estaba en ese carro después de dejar supuestamente a Fernanda en su casa. Durante todo el trayecto el taxista y él no cruzaron palabra. El auto estaba cerca de la Universidad de Lima cuando él terminó de cobrar conciencia de lo que acababa de ocurrirle. Eran ráfagas de imágenes que se yuxtaponían de una forma aleatoria a aquellas paredes del mall que veía desde su luna. No le era posible aún ordenarlas.

«Sé quién eres», le había dicho en algún momento el padre de Fernanda, y a Gabriel le pareció de pronto como si escuchara un insulto.

«Sé de dónde vienes».

Gabriel miró los pabellones de la Universidad de Lima y empezó a sentir una rabia apagada contra sí mismo porque en ninguna de las imágenes que llegaban a su mente aparecía él defendiéndose. ¿Por qué? Se había quedado quieto, paralizado, mudo. ¿Por qué no tuvo ninguna reacción ante los calificativos que escupieron sobre su cara en presencia de Fernanda y de todos los demás? Gabriel se dio de bruces con los altos cerros de El Agustino y las fábricas de la carretera Central y sintió unas ganas lejanas de romper la

ventana con sus puños e impedir que el auto avanzara. ¿Conocería también este sitio el padre de Fernanda? Gabriel pensó en Rafael. Hubiera sido mejor que lo moliera a golpes a que le mostrara al padre de Fernanda aquellas casas que se iban sucediendo tristemente a lo largo de la avenida, las cantinas medio cerradas de las esquinas, los espacios que albergaban cúmulos de basura en los que muchas personas meaban durante las noches. Cuando al fin llegó al destino, bajó del taxi y subió mecánicamente a su casa, ya no tenía fuerzas para hacer nada y no se le ocurrió siquiera llamar a Fernanda. Se sentía contaminado, sucio, como si una mancha indeleble se estuviera expandiendo en el interior de su cuerpo, y se mantuvo despierto de ese modo hasta que el amanecer lo sorprendió cansado y asfixiado de cigarrillos. ¿Se habría defendido si el hombre empezaba a golpearlo? En algún momento cedió al sueño.

Gabriel sentiría alivio de no ver a Fernanda durante los días que siguieron. No tenía ganas de mirarse al espejo y tampoco de levantarse o hacer el más mínimo movimiento, como si en verdad le hubieran roto varios huesos aun cuando no llevara una sola cicatriz en la piel. Evitaba el contacto con sus tíos, evitaba salir del cuarto y a duras penas reunió la cantidad de energía suficiente para corregir los exámenes finales de los cursos en los que trabajaba. Se sentía a salvo de todo encerrado así en su habitación, mirando sin sentido la televisión, las paredes o los lomos de los libros, intentando no reconocer dentro de sí las preguntas que se iban formando contra su voluntad y las imágenes de aquella noche que seguían castigando su mente y le provocaban angustia, escalofríos y estremecimientos, que lo hacían sentirse débil y vulnerable como un animal pequeño arrojado a la intemperie.

Una noche les contaba a sus amigos lo que le había pasado y de pronto, en medio de su relato y sin siquiera preverlo, regurgitó un pasaje que no había recordado jamás y que apareció ante ellos como una bola de pelos que hubiera tenido atracada en la garganta. Todos se quedaron mudos, y luego de que él mismo diera una mirada circular por los rostros de sus amigos se terminó quebrando sin sentido del remordimiento ni del pudor, primero de una manera apenas perceptible y después francamente inapelable. Nunca nadie había visto así a nadie dentro del Conciliábulo. Gabriel perdió el control de su cuerpo y ante la vista de los demás se retorció de dolor en el mueble en el que había estado sentado. En un momento alguno de ellos intenta ponerlo de pie y después Jorge lo abraza violentamente y la mano de Bruno le está despeinando el cabello mientras su boca escupe improperios contra los hijos de puta que le habían hecho eso a su amigo, así hablaba Spanton cuando

estaba sobrepasado por la ira y la indignación. Gabriel se estremecía en los brazos de Jorge. Santiago miraba fijamente la lata de cerveza que tenía en la mano, los ojos vidriosos.

Los días que siguieron Gabriel se sometió sin demasiado convencimiento a los planes diseñados por Fernanda. Habían quedado en no verse porque las cosas en su casa se habían puesto muy «*difíciles*»: la habían interrogado hasta el cansancio y ella había negado de mil formas que estuviera con él; le habían quitado el celular. Gabriel la llamaba a su teléfono fijo a horas convenidas de antemano por correo y se acostumbró estúpidamente a que de un momento a otro, por la llegada de alguno de sus hermanos o de sus padres, ella le hablara como si conversara con una amiga, desoyendo por completo lo que él le decía. La vio un par de veces en casa de una de sus compañeras de colegio, que lo llamaba al celular para avisarle mediante códigos que Fernanda estaba ahí. Se veían a escondidas en las salas de esas casas apenas por unos minutos. En una de aquellas ocasiones ella le dijo que estaba obligada a ir con su familia a la casa de playa que tenían a más de cien kilómetros de Lima para pasar las fiestas de fin de año, pero que trataría de comunicarse desde ahí con él. Gabriel se encontró diciéndole sin demasiado entusiasmo que esperaría esa comunicación.

Fue en esos días de soledad, cuando evaluaba lo que había sido para él ese año 2002 que ya terminaba, que Gabriel se dio cuenta de que no había avanzado absolutamente nada en lo que se había propuesto desde su renuncia a *La industria* y que resolvió que debía terminar su relación con Fernanda: había perdido demasiado tiempo sin producir absolutamente nada y estaba bastante grandecito para experimentar una relación de ese tipo, clandestina y a distancia. Finalmente se había dado el gusto, aunque muy tarde, de enamorarse por primera vez, y había sido realmente feliz en los pasillos de la universidad y en los taxis que había tomado junto a Fernanda, en los muros cerrados de su habitación, pero una pareja, ahora lo sabía, debía desenvolverse también en una ciudad, en el mundo, y él se merecía esa pareja. Era preciso retirarse y ponerse a salvo, se dijo, empezar a preocuparse por él y por las cosas que tenía pendientes.

La comunicación entre ambos se había cortado completamente, así que Gabriel se fue mentalizando para decirle todo lo que había pensado a ella apenas se vieran nuevamente, seguro en la casa de alguna amiga suya una tarde próxima de enero de 2003. Para recibir el Año Nuevo había hecho coordinaciones con Jorge y Santiago y empezaba a sentir una ilusión muy débil, pero también real, ante la certeza de que ese año errático estaba por

terminarse y que él podría empezar otro completamente distinto, y desde un nuevo lugar. Se iba aferrando cada vez más a esa manera de pensar cuando la misma tarde del 31 de diciembre su celular sonó y en la pantalla se encontró un número desconocido y al contestar la voz de Fernanda, que le costó reconocer. Estaba completamente exaltada, insuflada de un aire y una fuerza que no recordaba haberle escuchado jamás, como si de pronto ella acabara de salir de una larguísima convalecencia. Inmediatamente sintió que las piernas le empezaban a temblar.

—Hablé con mis papás, Gabriel —la escuchó decir, de golpe—. Escúchame con atención porque no tengo mucho tiempo. Ya lo saben todo. Absolutamente todo sobre nosotros.

Gabriel se quedó callado. Buscó un cigarrillo en su pantalón y no encontró ninguno.

—He agarrado el fono de mi mamá en un descuido. Me muero por verte y amarte. Te extraño mucho, no sabes cuánto. Todo está en orden ahora, ¿lo puedes creer? Discúlpame por todo lo que te he hecho pasar, por favor. No sabes cómo me he sentido. Mira, debo colgarte. En la noche mi papá me va a llevar a San Bartolo porque pasaré el Año Nuevo ahí con mis amigas. ¿Quieres venir?

—¿Ahora?

—Sí, claro. Lleva algo para cubrirte en la noche. Ya somos novios, Gabriel, ¿te das cuenta? Somos novios formales y no tendremos que ocultarnos de nadie nunca más, ¿entiendes? Es una realidad. ¿Cómo crees que vamos a pasar el fin de año separados?

4

Si le preguntan a Gabriel cuál fue el Año Nuevo más feliz de toda su vida sin duda dirá que aquel en el que recibió el año 2003. Y podría dar un brazo a que fue el más feliz de Fernanda también. Aquella noche ambos se estrecharon por primera vez en medio de la calle entre gente que los reconocía como pareja, caminaron por primera vez abrazados o tomados de la mano, se besaron, se mostraron sin temor de que alguien los descubriera o los señalara.

—El único detalle es que mi papá no sabe que vas a pasar Año Nuevo conmigo —le dijo Fernanda un momento después de que se encontraran—. Me va a recoger mañana en la tarde y no será bueno que te vea. Es muy rápido para él todo. Solo por esta vez, ¿okey?

Se encontraron en la playa sur de San Bartolo. Gabriel había estado esperándola cerca de una hora sentado en el murito del malecón, fumando puchos con avidez y pensando en lo idiota que había sido al dudar de Fernanda. Apenas cortó la llamada con ella, preparó una mochila con sus ropas, tomó un bus hasta la carretera Panamericana y de ahí cogió un taxi junto con otros chicos que, como él, viajaban hacia la playa. Se recuerda sentado adelante en el auto, riéndose solo y sintiendo sed mientras escucha a los muchachos, de la edad de Fernanda, gastarse bromas y cantar canciones mientras adelantan un trago. Se recuerda recorriendo el balneario añoso de San Bartolo, yendo al malecón y viendo desde allí el mar oscurecido y los botes oscilando en las aguas y después recuerda cómo devoraba cigarrillos hasta la llegada de ella, al lado de sus amigas, con un top crema que se le pegaba al torso y resaltaba su busto enhiesto, sus cuentas naranjas sobre el pecho y la falda blanca que contrastaba con el color tostado de su piel. Gabriel se sorprendió de encontrarla así, yendo hacia él con esa sonrisa y en un espacio público que no era su barrio y luego de tantos días. Fernanda parecía tener los ojos más vivaces, el cuello más delgado y su piel despedía algo así como una radiación, una luz que seguro era fruto de la sal del mar, del sol, pero también de la felicidad de verlo tras tanto tiempo. Fernanda lo abrazó y él después a ella y las amigas que venían acompañándola, todas de su colegio, los bañaron en aplausos. Todas conocían la historia y se reían de que «su tío» —así llamaban ellas a los padres de sus amigas— lo hubiera amenazado de muerte. ¡Estaba completamente loco! Gabriel se reía con ellas mientras las veía allí, tan guapas e inquietas, listas para recibir el nuevo año,

jugándose bromas sobre los chicos que conocerían y la manera en que terminarían la juerga, y se dijo que seguro ellas formaban parte del grupo problemático del colegio de monjas inglesas en el que todas habían estudiado. Y también que Fernanda era la más preciosa de todas.

No olvidará un beso de ella saltando sobre su cuello, el brazo de él rodeando su cintura y ciñéndola, sus caderas, la sensación de su nariz pegada a su pecho, husmeando detrás del polo y la camisa. Los dos se mantuvieron dentro del grupo recorriendo las casas blancas venidas a menos por tantos veranos, y ella, nunca lo olvidará, se cayó toda la noche debido a sus sandalias de plataforma amplia y a los huecos que desdibujaban todas las aceras de San Bartolo. En un momento se separaron del grupo de chicas revoltosas, se besaron mucho por el malecón de la playa principal, fueron presa de unos deseos urgentes de hacer el amor después de tantos desencuentros y se pasaron los últimos minutos del año buscando un dormitorio en la playa para estar juntos.

Lo recuerda tan claramente… Un cuarto solitario, una ventana apenas tapada con telas de colores que daba a un pasillo en el que se desplazaban diferentes personas. Tuvieron que apagar las luces, ella se montó sobre él, y lo demás fue un cruce de respiraciones en el momento en que los fuegos artificiales del Año Nuevo de 2003 explotaban sobre sus cabezas. Se vinieron en silencio, casi juntos, en medio del fragor del cielo y del aleteo de sus respiraciones, y cuando se encontraron con la mirada en la oscuridad les parecía que el otro lloraba en silencio, y ambos se sosegaron. Afuera había una ciudad, un país entero en el que ahora podrían caminar y mostrarse. Gabriel estaba feliz y encontraba de pronto que todo tenía sentido, aunque no dejaba de preguntarse por qué cosas tan simples como esa le habían resultado siempre tan difíciles de conseguir, y después pensó en Rafael. Un beso de Fernanda, recostada a su lado, lo sacó de sus cavilaciones.

Aquella noche, muy tarde, fueron a una discoteca a las afueras del balneario, pegada a la carretera Panamericana, y una vez dentro ella se separó de él por única vez en la noche y él la vio bailar sola en medio de la pista, moviendo esa falda blanca que dejaba ver su piel del color de la arena, y después se unió a ella en el baile. Lo hicieron tan bien y con tanta armonía que Fernanda se rio: ya se habían sincronizado en el amor, así no valía, aunque al momento de reconocer los temas que sonaban los dos se dieron cuenta de la diferencia de edades que los separaba. Y se mataron de la risa. Él contestaba los mensajes de Jorge, de Bruno y Santiago por Año Nuevo.

Estaba bien, todo estaba bien, gracias por preocuparse. Y luego colgaba. Y la veía bailar una vez más. Nunca habían sido tan felices.

El nuevo día los encontró al borde de la playa norte, sentados en las paredes de una casita verde de madera que le pertenecía a una de las amigas de ella, recostados uno sobre el otro. Durmieron a turnos el resto del día, cabecearon a ratos bajo el viento helado y no se quisieron separar a la hora en que el padre habría de recogerla. Sin embargo Gabriel se iría después de que ambos almorzaran en un restaurante cerca del mercado de la playa. Caminaron por el balneario y ella le insistió que esperara un poco más porque la recogerían recién a las cinco de la tarde, o a las seis, pero él sintió inquietud e insistió en irse.

Durante la semana siguiente Fernanda estuvo obligada a permanecer en la casa de playa con su familia y Gabriel la extrañaba a la vez que estudiaba las condiciones de su encuentro anunciado con el padre de ella cuando todos volvieran a Lima. Fernanda le había contado en San Bartolo que su padre había escuchado en silencio todo lo que ella le pudo decir de él, sobre todo cuando manejaba su automóvil por la carretera los sesenta kilómetros que separaban el balneario donde ellos tenían casa del viejo San Bartolo donde vivía su amiga, de manera que sabía quién era él, cuáles eran sus intereses y a qué se dedicaba. ¿Le habría dicho lo suficiente? Por esos días, presa de una inquietud que se iba incrementando contra su voluntad, Gabriel empezó a desarrollar un hábito que no abandonaría durante varios meses y que lo sorprendería a horas impensadas, echado en su cama, o recién levantado, o caminando por las calles de su barrio en dirección a una cabina para revisar una vez más su bandeja de correos electrónicos: hablar en voz alta, y en ausencia, con el padre de Fernanda.

Gabriel se pasaba muchas horas en ello y casi sin darse cuenta. Eran largos monólogos que muchas veces se erizaban de exaltación, y en los cuales él se llenaba de palabras tratando de justificarse, de referirle al otro las cosas estimables que había hecho en su vida cuando en verdad se las decía a sí mismo una y otra vez para convencerse de ellas a fuerza de repetirlas: le hablaba de sus becas en la universidad y de las cosas que había conseguido a su edad en el periodismo, trataba de explicarle por qué, a los veintiséis años, había decidido reiniciar de otra manera su vida. Podría parecer tonto pero en verdad esa era la razón por la que había vuelto a vivir en Santa Anita: se quedaría ahí hasta encontrar su estilo o su voz o una manera de trabajar que le permitiera contar todo lo que sospechaba que guardaba dentro de sí. ¿Mis padres? Ella estaba en provincia tratando de recuperarse, y tenían algún

contacto; él viajaba mucho y lo veía poco. En momentos como esos Gabriel se sonreía estúpidamente y se sentía solo; podía escuchar en los oídos de alguien más lo absolutamente ridículo que sonaba todo lo que decía. En otras conversaciones, largas y totalmente agotadoras, se descubría a veces suplicando al otro que lo entendiera, o gritándole todo eso lleno de rabia mientras se imaginaba golpeándolo sin misericordia.

Dos semanas después de aquel Año Nuevo, a mitad de enero, Gabriel y el padre de Fernanda se conocieron, o más bien fueron presentados en una situación que ahora parecería más bien cómica o farsesca. Gabriel recuerda que se puso el *jean* más reciente que tenía, una camisa blanca de manga larga y la casaca de cuero que menos había usado: no tenía otros zapatos que aquellos de gamuza que a Fernanda le hacían tanta gracia. Lo primero que le sorprendió una vez que llegó al mismo parque contiguo a Roca y Boloña, entró por la puerta de rejas que miró desde el taxi y se sentó en uno de los sillones de una sala en la que destacaban dos cuadros abstractos de un pintor que no logró identificar, fue que el hombre que salió a conversar por unos minutos con él a la sala le remitía poco, o casi nada, al que su mente construyó minuciosamente desde aquella noche. Apareció vestido con un saco de lanilla, una camisa blanca como la de él y un pantalón de tela que terminaba en unos zapatos marrones que a Gabriel le pareció que contrastaban claramente con los suyos. No podía creer que usara lentes: no lo recordaba con ellos aquella vez, y su voz le pareció distinta también, o completamente nueva. En algún momento tuvo ganas de detener lo que decía y preguntarle si era verdaderamente él, pero se dedicó a mirar su piel ya bronceada, sus ojos claros y su nariz delgada. En ninguno de aquellos rasgos le pareció reconocer los de Fernanda.

Aquella noche no conversaron. A ciencia cierta, no lo harían nunca. El hombre solo le dijo, a través de un tono sin inflexiones, que esperaba que Fernanda le hubiera hecho llegar «*su mensaje*», a lo que él, imaginando que se refería a las disculpas por aquella noche, respondió que sí con un movimiento de cabeza. Luego le escuchó decir que estaban hablando entre «*personas adultas y responsables*» y que su hija «*tenía una casa*» y por lo tanto ellos debían ceñirse a sus reglas. Gabriel se vio decir sí a todo, y casi no articuló palabra. Estaba tratando de recordar algunas de las cosas que había pensado en sus largos monólogos solitarios cuando vio que el hombre se paraba rápidamente y se excusaba porque tenía cosas que hacer. La situación, dentro de todo, le pareció particular, sobre todo por el hecho de que lo trataron todo el tiempo de «usted» y de que nunca dijeron su nombre, pero a

pesar de eso no pudo evitar una sensación de alivio de que durara tan poco. Un rato más tarde, sentados en un café del parque central de Miraflores, Fernanda y Gabriel reconstruyeron el diálogo burlándose de su solemnidad. La ciudad se disparaba con sus focos de luz ámbar en mil direcciones: podían ir al cine, ir a comer a un restaurante, tomar un trago, caminar en dirección al mar, cualquier cosa que se les antojara. Hasta las once de la noche.

Porque desde aquel momento, Fernanda y él salieron de un sistema clandestino para entrar en el coto asfixiante que impusieron sus padres, un orden que no había regido de esa manera su relación con Rafael pero que Gabriel tuvo que aceptar como una indignante seña de distinción. Consistía en un horario rígido que tenían que observar el par de días que podían verse antes de las obligadas separaciones de los fines de semana en que la familia obligaba a Fernanda a ir a la casa de playa con ellos. Muchas veces abandonaban reuniones de amigos para que él pudiera dejarla en casa antes de la hora señalada, o corrían hacia los taxis para llegar temprano mirando sus relojes. Siempre era él quien se impacientaba por la hora, pensando torpemente que si cumplían los horarios se iría ganando la confianza del padre y que así lograría que algún día el régimen se flexibilizara. Solo que tal cosa, por supuesto, nunca ocurrió.

Entonces la intimidad se convirtió en la única arma que podían esgrimir contra la represión y los parámetros que los ahogaban y entonces el deseo entre ambos fue creciendo como una flor poderosa y carnívora que se asía con desesperación a la cama en Santa Anita. No hacían el amor de noche porque no podían. Fue siempre bajo la luz quemante del verano en la que se descubrían en posturas cuya construcción no entendían pero que existían para permitirles tomarse de otra manera y sentir que se conocían por primera vez. Con el avance del sol y el calor ambos hacían el amor plenamente ensopados en un sudor que no tenía origen preciso y dentro del cual se sentían poco menos que personas; animales, perros o reptiles, formas atadas por el ardor. Todo, por momentos, parecía un sueño inducido en el que ambos se sumergían de espaldas a sus creencias, sus reparos y sus miedos, y en esos viajes chamánicos los dos se decían cosas impensables en la vigilia, eran la fuente del dominio o su receptáculo, intercambiaban roles como si fueran astros, o excrementos, o nubes. Se vieron muchas veces en el espejo que tenía él en el baño y se estudiaron minuciosamente, se filmaron y repasaron lo que veían antes de borrarlo y en un momento ella se encontró caminando por el techo de la habitación mientras sujetaba con desesperación el miembro de él, lo tragaba como queriendo desaparecerlo y luego terminaba durmiendo con él

metido en la boca. Por primera vez, y a sus veintisiete años cumplidos, Gabriel entendió que su cuerpo era un depósito de materias desechables pero también de luz, y que lo que él producía era también alimento y liturgia para otro cuerpo. Amaba a Fernanda porque aprendía al fin con ella el lugar que su materia ocupaba en el mundo, el valor de su sexo y su centro para los demás, y entendía por fin hasta qué punto podía llegar a ser un animal adulto, y un hombre. Adelgazó mucho. Casi siempre, cuando ambos despertaban como de la ensoñación y regresaban a casa de ella, él lo hacía con un resentimiento total en el miembro. A Fernanda, al principio, le temblaban tanto las piernas que le era imposible caminar, y muchas veces él la sacaba de las sábanas húmedas de su cama aún soñolienta, con el pubis irritado y con ganas de dormir por tiempo indefinido.

Durante aquellos días también, a fuerza de estar en casa, ella terminó conociendo a los tíos de Gabriel, y en cierta forma aquello activó la idea de que las cosas podían avanzar. Una tarde él la invitó a almorzar con ellos y Fernanda quedó fascinada con el cuidado de la casa y las atenciones de la tía Laura, pero sobre todo por la cultura y los modales del tío Emilio, que Gabriel volvió a valorar desde los ojos de ella. En un momento Fernanda entró en la cocina para dejar los platos y ayudar a servir el postre y en solo unos segundos atenuó la aprensión de la tía por la supuesta precariedad de su cocina; se interesó mucho por la biblioteca del tío Emilio y conversó con él sobre algunos de sus libros y enciclopedias. Se encariñó con ellos rápidamente y sin reservas porque en parte sabía todo lo que habían hecho por Gabriel. A solo unos días de esa primera velada llegó a la casa con un postre que ella misma había preparado. Los tíos se tranquilizaron bastante cuando descubrieron la causa de la conducta errática que habían visto en su sobrino durante esos últimos meses. Así que esa era la muchacha. En efecto, era muy guapa y muy atenta. Y culta, sentenció el tío Emilio ante la sonrisa de Gabriel.

Las cosas en la casa de ella, sin embargo, parecían haberse detenido, o más bien parecía que jamás se hubieran puesto en movimiento. Desde la noche en que Gabriel entró en el sitio nada parecía modificarse: cada vez que llegaba ahí para recogerla todo se teñía de una helada artificialidad y él nunca era capaz de discernir si las cosas pasaban allá fuera de él o quizás dentro de su cabeza. Siempre le parecía que se demoraban en reconocerlo en la puerta y que lo trataban como a un desconocido, como si cada tarde fuese la primera vez que se presentase. Después de entrar una señorita de uniforme le decía algo entre dientes que a él le costaba entender y luego lo dejaba solo y él tenía

que caminar hasta la sala, donde se sentaba a repasar los sillones y los cojines, a mirar a través del gran vidrio el jardín y la piscina en medialuna en la que jamás veía bañarse a nadie. Siempre esperaba con impaciencia a Fernanda, y a veces, cuando veía que ella demoraba —lo que ocurría casi siempre— sacaba del morral un libro, una novela o un conjunto de cuentos, y se ponía a leer, aunque le costaba concentrarse. Pocas veces había tenido posibilidad de ver a los padres de su chica: la madre era esa señora alta y delgada, de lentes pequeños, que lo saludaba de lejos y claramente apurada como si él fuera un amigo lejano de su hija de la universidad y el padre era casi una sombra, un recuerdo vago de aquella única conversación mínima y casi burocrática. A veces Gabriel se los imaginaba en algún lugar de esa misma casa esperando a que él partiese para desplazarse con comodidad por el lugar, ahora liberado de su presencia, y una incomodidad lo inquietaba allí donde estuviese. ¿Sería así? A veces sus pensamientos, cada vez de peor calado, eran interrumpidos por una señorita con delantal que le dejaba agua en una bandeja con un tapete de tela o por un gato plomo que lo miraba displicente desde el otro mueble. A veces se sorprendía a sí mismo juzgándose o juzgando algo que acababa de hacer —cruzar las piernas, apoyarse en el respaldo del mueble— y empezaba a sentirse algo sobrepasado cuando de pronto Fernanda bajaba por la escalera que comunicaba las habitaciones del segundo piso con la sala y él la miraba con el apremio de un chico abandonado en medio de un jardín de infancia. Ella lo besaba con cariño y se tumbaba sobre él y él rápidamente proponía dejar el lugar. Salían caminando de ahí rumbo al parque. Cuando ella lo besaba él se olvidaba de toda la incomodidad, pero en la noche, cuando la dejaba en el taxi y se iba solo rumbo a Santa Anita en la misma ruta de aquella noche, volvía a sentirse mal. Entonces se atrevía a decirse que en el fondo hubiera deseado enamorarse de otra mujer. Pero después se arrepentía.

5

Para marzo de aquel verano, el ritmo de las salidas y de los taxis entre Miraflores y Santa Anita había afectado seriamente la economía de Gabriel. Fernanda había dejado de recibir propinas desde que estaba con él, lo que los obligaba a ir al cine los días martes del espectador —que las entradas valían la mitad de precio—, a consumir café en los sitios que identificaron como los más baratos de Miraflores y a compartir helados las veces que podían. Todo aquello contrariaba mucho a Gabriel, pero Fernanda parecía aceptarlo con magnífica disposición. A ella le bastaba estar con él y caminar por malecones y calles jugándose bromas y hablando de todo: las amigas de ella, los profesores de la universidad, las circunstancias en que se habían conocido, los cuentos que él deseaba escribir en el futuro y las dudas que tenía ella sobre su carrera o su vocación; las cosas que les faltaba hacer a ambos, los libros que les faltaba leer.

Las pocas veces que ella se quedó en Lima durante los fines de semana porque sus padres tuvieron que permanecer en la ciudad resolviendo algunos asuntos Gabriel conoció mejor a sus amigas y ella a los amigos de él. A Fernanda le parecieron estar bastante lejos de la imagen que él había dado de ellos. Y al propio Gabriel lo sorprendió la manera en que se habían transformado, o habían crecido, o la manera en que habían adquirido un nuevo tipo de resolución o de firmeza ante la vida que él desconocía por completo.

La primera vez que se reunieron como parejas fue solo con Lorena y Santiago en su piso de la quinta de San Antonio, en Miraflores. Lorena llegaría tarde, así que Santiago los esperó con vino tinto servido en grandes copas alineadas sobre una mesita de centro sobre la que había dispuesto *prosciutto*, queso y aceitunas. Fernanda estaba algo nerviosa, y tomaba a Gabriel de la mano con fuerza, pero Santiago distribuyó la conversación con una sutileza y un encanto tal que ella se relajó y Gabriel sintió verdadero orgullo por tener un amigo así. De pronto, en la calma que traían las horas y el vino, y en la conversación apenas puntuada por la música, a Gabriel le pareció advertir que su amigo era el mismo de las conversaciones a solas con él, que no había traicionado al Santiago Montero de siempre, pero de pronto encontraba algo en sus palabras y en sus modales, en la forma de desenvolverse, que le pareció la evidencia de un sentido de la contención y de

la naturalidad que era nueva y a la vez profundamente atractiva. Era claro, pensaba, que tener una mujer y un hogar en formación le había dado un resplandor o un sentido de seguridad que Gabriel desconocía en sí. Quizás también fueran esos dos años que le llevaba y que lo acercaban más a los treinta. Cuando un par de semanas después los cuatro visitaron a Jorge y a Alejandra en su casa de Barranco, Gabriel confirmaría esa intuición: el misterioso poeta Jorge Ramírez Zavala también era ese hombre que fungía maravillosamente bien de anfitrión en una casa que de pronto mostraba una calidez de hogar en la que Gabriel no había reparado aún. En los intercambios de opiniones sobre todo tipo de temas, en las bromas sutiles que se jugaban, en las pausas que se daban para dejarse hablar y escucharse había una fluidez que revelaba una larga conversación adulta entre esas dos parejas de amigos. Viéndolos ahí, tragos y cigarrillos en mano, escuchando música en la terraza exterior de la quinta de Jorge, Gabriel se dio cuenta de que ingresaba a un rango de experiencias que tanto él como Bruno desconocían hasta entonces.

De esas charlas de amigos Gabriel recuerda especialmente aquella en que los seis discutieron la situación que atravesaban él y Fernanda con la familia de ella y la manera en que sus amigos relajaron cualquier tipo de resquemor. Poco a poco, cuando llegara el invierno y la temporada de playa se terminara, la familia de Fernanda tendría que conocerlo y no le quedaría otra opción que terminar aceptándolo. Era solo cuestión de tiempo. Jorge contaba las veces que había coincidido en casa de Alejandra con su suegro, un antiguo líder socialista de ideas bastante ortodoxas y frases cortantes que una mañana entró al cuarto de su hija a despedirse de ella y lo encontró a él bostezando semidesnudo en la cama. La reacción de los dos, luego del «Buenos días» de él, fue cómica, pero durante un par de semanas ambos no recobraron la naturalidad para hablar. Tomados de la mano, Santiago y Lorena repasaban las dificultades que tenía Santiago para integrarse a la familia de ella en la casa de playa de sus padres porque, desde siempre, había odiado el sol y el mar. ¿Se imaginaban a Santiago Montero en bermudas o caminando por la orilla de una playa? Gabriel miraba esa imagen imposible de su amigo y se decía en esos momentos que su problema quizás no era tan particular como pensaba, que podría llegar el momento en que las cosas cambiaran su curso para ellos y él también les podría contar a sus amigos un grupo de anécdotas que dieran también para la risa.

La oportunidad llegó de una manera completamente inesperada cerca del fin de la temporada de verano y a Gabriel no le supo nada bien. A la propia Fernanda le pareció muy extraño que sus padres invitaran a su enamorado a

pasar un fin de semana con ellos en su casa de playa pero a la vez creía que se trataba de una buena oportunidad para que se conocieran de una vez y terminaran de recelarse inútilmente. Trató de mantener siempre un tono muy optimista mientras le iba contando todo a Gabriel, pero a él le resultó imposible no sentir una cierta ansiedad. Viajaría solo. Como siempre Fernanda partiría un jueves en la noche en la camioneta de su padre y podría esperar por él allá un par de días hasta el sábado. Bastaba que llegara a mediodía a la playa y se quedara con ellos hasta el domingo por la tarde. Después podría regresar a Lima. Gabriel se dio cuenta de que no tenía ropa de baño ni lentes de sol ni sandalias para la playa, así que compró todo eso en las tiendas de liquidación del mall en el que se había conocido con Fernanda. Ella le dijo que sería ideal visitarlos con un detalle para la casa, quizás un pastel de cerezas, que le encantaba a su padre. ¿Sabía cómo lo llevaría a lo largo del camino? ¿Recordaba cómo llegar a la casa y en qué kilómetro estaba? Sí, Gabriel lo había anotado todo cuidadosamente.

Los días anteriores a la visita, cada vez que se imaginaba la casa de Fernanda y las circunstancias del encuentro próximo, era víctima de una sensación de temor y ligera incomodidad, pero la mañana de aquel sábado Gabriel se levantó con la intuición de que ese día libraría una batalla importante y de que estaba listo para ella. Salió muy temprano de su casa, con todo preparado, y decidió no llamar a Fernanda durante la media hora de trayecto en taxi desde su casa en Santa Anita hasta la avenida Circunvalación y las casi tres horas metido en un bus achacoso que se desplazaba hacia el sur de Lima con música alta, aire viciado y gente que escupía por las ventanas. En cierto momento Gabriel cubrió el pastel que llevaba consigo y se concentró en la música de su *discman* mientras trataba de decirse que aquello era tan solo un día de playa. Las cosas se complicaron algo al llegar al terminal final del bus en Cañete y coger el mototaxi que lo llevaría al centro de la ciudad mientras cargaba el pastel entre las manos y sujetaba la mochila roja con sus cosas en el hombro. Una vez en el centro contrató un taxi que se internó nuevamente en la autopista y recorrió los kilómetros que aún quedaban por delante hasta coger un sendero de piedras casi imperceptible que se terminaba internando por tierra agreste para acercarlos a la playa donde vivía Fernanda. El nombre de la playa le hacía gracia porque remitía acaso sin querer a un reducto, a un sitio escondido, a un espacio abierto para poca gente. Cuando el auto cogió un sendero puntuado por piedras blancas que se dirigía hacia el borde del acantilado entre la tierra sólida de un páramo, Gabriel sintió un ligero sobresalto. El auto ganó una cuesta pronunciada, pasó

al lado de una torre gigantesca de alta tensión y desembocó en una caleta pequeña que albergaba una urbanización entera, aún algo desdibujada por una ligera neblina de fin de verano. Allí era donde vivía Fernanda.

La aparición de la primera tranquera todavía en la cima de la costa le hizo consciente de cierto malestar en su estómago, pero pronunció el nombre del padre de Fernanda y su nombre, tal como ella le había indicado, y tras unas coordinaciones por radio los hombres de la caseta le dejaron pasar. El carro descendió por un trayecto asfaltado y puntuado por pequeñas palmeras a los lados y a la altura de la segunda tranquera, que ya permitía ver de más cerca las casas del complejo, le indicaron que era imposible continuar si el auto no era suyo. Gabriel se bajó con la mayor compostura posible del vehículo, le pagó al conductor, se puso el maletín rojo en un hombro y caminó de la manera más natural posible cogiendo en sus dos manos la caja con la torta para los padres de Fernanda. Le dio risa su propia situación. Llevaba puestos los lentes de sombra, y a través de ellos podía ver las casas que se aproximaban a él, todas blancas y alineadas militarmente en filas que parecían avanzar hacia el mar.

Apenas anduvo unos metros sintió que sudaba sin control y se maldijo por eso. El polo se le había pegado a la espalda y tenía la frente húmeda, de manera que se detuvo un rato al lado de una tercera caseta, prendió un cigarrillo y se sentó bajo la sombra de una palmera esperando a que amainara el sudor. Desde donde estaba pudo ver de más cerca las casas y las palmeras enanas que las cercaban y las antenas de televisión que parecían empotrarse contra un cielo aún sigiloso. Mientras el cigarrillo se consumía, Gabriel vio salir algunas camionetas de lunas polarizadas, autos que seguramente eran del año y cuyas marcas él no sabía distinguir y otros vehículos quizás algo más antiguos. Cuando comprobó que estaba relativamente seco y que su respiración se había normalizado, se levantó y cogió su pastel y su maletín y entró al balneario. A través de una calle que se internaba vertical hacia el mar y de la que se desprendían, a derecha e izquierda, líneas de casas separadas por jardines y piscinas pequeñas, buscó la calle que tenía anotada como aquella en que estaría la casa de Fernanda. En el camino vio a algunas nanas caminando juntas y llevando a dos, tres niños en cochecitos debidamente tapados; a adolescentes descalzos en bicicletas y a chicas en pareos, a gente disfrutando el mediodía en mesas que daban a los jardines de sus casas mientras otras personas asaban carne, descorchaban un vino blanco helado o contaban un chiste o algo parecido a juzgar por las carcajadas. Le llamó la atención la presencia de las camionetas delante de todas las casas, y algo

menos la de bicicletas echadas sobre el pasto sin ningún dispositivo de seguridad. Nadie parecía prestarle atención pero Gabriel no se podía sacar de encima la sensación abiertamente incómoda de sentirse observado. Más adelante, cuando descubrió la letra de la calle de Fernanda, sintió que le faltaba un poco de aire y deseó con fuerzas que ella apareciera de una vez por todas. Estaba por detenerse y llamarla al celular cuando la vio salir a unas cuatro casas de donde estaba, vestida con un bikini negro y con un pareo blanco, el rostro tapado bajo sus enormes lentes de sol. ¿Era realmente ella? Gabriel reconoció su moño, su cuello delgado, los hoyuelos precisos de su sonrisa. Su casa era la de la camioneta roja y el auto azul, cuatro bicicletas desperdigadas en el césped al lado de una pequeña piscina (o acaso sería un *jacuzzi*) en la que podrían caber cinco personas. Fernanda lo besó de un modo encantador, y Gabriel comprobó que estaba feliz.

—¿Habrá agua caliente aquí? —le dijo a ella en un tono que pretendía ser travieso, pero que en realidad buscaba constatar rápidamente que aquella chica era la misma mujer que había estado con él en su casa de Santa Anita.

—Tonto —le escuchó decir a ella con un tono tierno, aunque Gabriel notó que también estaba nerviosa.

Fernanda cogió la torta que él había traído y de camino a la casa le dijo que tendrían que dejar sus cosas a un lado de la sala: sus padres habían recibido una cantidad inusual de visitas ese fin de semana y se habían visto forzados a reasignar las ubicaciones de los invitados de la casa, de modo que no había quedado ninguna cama disponible para él. Aquello ya había pasado antes, por cierto, dijo ella, así que sus padres ya habían conseguido un espacio para él en el pueblo de Cañete: tendría donde dormir con comodidad y mañana podría volver a la playa para estar con ella ese domingo, ¿estaba bien? Gabriel sintió alivio cuando supo que no tendría que dormir en esa casa y lo mismo cuando Fernanda le dijo que almorzarían solos: los hermanos habían salido con sus amigos a la playa y seguramente pedirían de comer algo ahí: los padres habían sido invitados a un almuerzo de amigos en el mismo balneario y seguramente pasarían algunas horas afuera. Ella lo había estado esperando para comer juntos.

Sentados en la terraza que daba al jardín —había otra en el segundo piso —, mirando a ratos la pequeña piscina, Gabriel y Fernanda almorzaron hablando muy bajo y riéndose con la complicidad de siempre. Ella se burlaba de él con mucha gracia: le costaba recuperar su naturalidad y actuaba de una manera acartonada: al comer, al masticar, al sentarse, al levantarse. Él se rio también de eso y le confesó que estaba nervioso. Ella le cogió las manos y le

dijo que de veras valoraba lo que hacía por ella. Después de la comida fueron a la playa.

Aquellas dos horas tumbados en la arena en ropa de baño, mirándose las piernas y los dedos de los pies y observándose uno al otro bajo el sol sereno de marzo son parte de los mejores recuerdos que Gabriel guarda de Fernanda. La recuerda bajo el reflejo de sus lentes enormes, acariciándolo y pegándose a él y sobre todo levantándose e invitándolo a entrar al mar y alejándose. En un momento se unen dentro del agua helada, bajo la espuma, y sus cuerpos saltan de frío por el golpe de las olas, y le cuesta creer que esa chica que le echa agua es la misma con la que ha vivido todos esos meses de angustia y temor. Se lo dice y ella sonríe y lo abraza. Ahora todo parece haber quedado atrás o haber sido arrastrado por el mar de la misma playa en la que Fernanda ha veraneado desde que sus padres compraron la casa en que vivían. Ella salta con la piel tensa por el agua y se zambulle, riéndose antes por los cabellos de él ahora desordenados por la sal.

Se tendieron en la arena y vieron el sol descender. Prendieron un cigarrillo y lo compartieron. En cierto momento Fernanda le preguntó la hora y le dijo que debían volver. Sus padres habrían llegado y él había viajado hasta ahí para conocerlos y hacerse conocer. Quedarse en la playa sería una malacrianza. Gabriel la ayudó a recoger las cosas.

Al llegar a la casa descubrieron que en ella se había instalado un nuevo movimiento. En la terraza del jardín el hermano mayor conversaba con dos amigos suyos y las que serían sus parejas, y todos saludaron de modo cortés a Gabriel y muy cariñosamente a Fernanda. Más allá, en la sala interior, se notaba un ambiente distendido y bullanguero. Un nutrido grupo de personas había ocupado todos los asientos, y entre ellos —sentado él en un cajón criollo en medio de la gente y ella recostada en un mueble entre dos mujeres de su edad—, los padres de Fernanda escuchaban las historias de un hombre de bigotes espesos y lentes oscuros que parecía judío y contaba chistes de judíos. Gabriel sintió una extraña simpatía por los padres de su pareja cuando los vio sonreír. Él y Fernanda se acercaron a la sala y una vez que llegaron a las escaleras pequeñas que descendían a ella notaron que sería casi imposible desplazarse en aquel lugar y se quedaron sentados allí. El padre de Fernanda entendió aquello y saludó rápidamente a Gabriel a la distancia con un gesto que parecía cordial y la madre le hizo un mohín que él no pudo precisar cabalmente. A Gabriel lo volvió a tranquilizar el hecho de que no tendría que acercarse a saludar uno por uno a los invitados haciendo malabares entre piernas y brazos. Después tuvo deseos intensos de fumar pero reprimió sus

impulsos y cruzó inadvertidamente las piernas. A su lado, Fernanda empezó a soplarle los nombres de los hermanos de su padre y de algunos de sus hijos, primos suyos, pero los nombres y la información se diluían en sus oídos apenas los escuchaba. Miraba a todos sin precisión, y después, no sabía por qué, se concentraba en la camiseta del padre de Fernanda, en sus alpargatas, en el pantalón de un dril que se elevaba por encima de sus tobillos y mostraba claramente su piel tostada por el sol del verano. A ratos prestaba atención al timbre hasta entonces irreal de su voz pero sobre todo le llamaba la atención la composición de su rostro, su sonrisa parecida perversamente a la de Fernanda, sus ojos iluminados por lo que era un evidente momento de placer entre la gente que él quería. En algún momento sintió que las sonrisas que prodigaba a los demás también se dirigían a él y entonces no pudo reprimir cierta sensación de reconocimiento y de raro aprecio por ese hombre. Y le sonrió también. Fernanda lo dejó en un momento porque iba a ayudar a servir bocaditos y entonces, por primera vez, él se quedó solo, sin entender nada de las anécdotas familiares que se contaban pero mirando huecamente, y con una sonrisa irreal, a las personas que tomaban la palabra bajo los deseos urgentes de que el judío contara chistes de judíos de nuevo. Pensaba idioteces cuando lo sacaron de sus pensamientos.

—Gabriel, ¿tú no tomas nada? —escuchó que le decían.

Cuando volvió a la realidad descubrió que quien le hablaba era el padre de Fernanda y sin poder reprimir su sorpresa le hizo primero un gesto equívoco y luego le dijo que sí, una cerveza estaría bien. El padre de Fernanda le comentó algo acerca de lo que estaban charlando y él asintió a lo que le decía pero no le entendió del todo. Cuando Fernanda regresó su padre le indicó que Gabriel quería una cerveza y ella fue a la cocina y regresó con dos. Luego de un mirar un rato a los demás con una sonrisa que ya no sentía vacía, escuchó que Fernanda le susurraba que quería ver caer el sol. Él estuvo de acuerdo.

Cuando los dos salieron a caminar por el malecón del balneario, allí donde estaban las casas más bonitas de la playa, Gabriel le contó lo que había pasado y ella se rio quitándole el cigarrillo que él acababa de prender. Le dijo que no esperaba menos de su papá: lo raro en verdad había sido que se portara como se portó aquella primera noche. Gabriel y ella caminaron hasta el lado desierto de la playa, se sentaron en la arena y prendieron un pucho mirando el mar dorado por el sol que se ocultaba. Fernanda le dio sus opiniones favorables y desfavorables de las ropas que se había comprado y ambos se rieron por sus comentarios. También le volvió a decir que de veras le agradecía todo el esfuerzo de venir a visitarlos. Ahora inclinaba su rostro

sobre el hombro de él y miraba el océano ya oscurecido. ¿Saldrían en la noche? Él no tenía carro para llevarla a las discotecas del bulevar del sur y ella le dijo que no tenía ganas de ir a las discotecas del bulevar del sur; solo tenía ganas de estar con él. Los amigos de su hermano mayor estarían en la terraza del segundo piso, comiendo carnes a la parrilla y bebiendo vino. Podrían ir y unírseles o simplemente tomar un vino ambos y conversar. Siempre conversaban tan bien y hacían el amor tan bien, ¿no? Qué bestia. Les bastaba una copa de vino a cada uno y no necesitaban nada más: podrían hablar y hacer el amor la vida entera.

Regresaron a la casa ya de noche, luego de caminar por el malecón y de que Gabriel comprara en la única tienda del balneario algunos chorizos y panes y un vino para tomarlo con ella en la terraza del primer piso. En la casa de Fernanda no parecía haber la misma agitación de la tarde. Como a todas las demás, la iluminación la hacía lucir como una caja transparente en medio de la oscuridad, un cubo que mostraba casi todos los rincones de su interior aun cuando en el segundo piso el cuarto de sus padres estuviera tapado por estores. La piscina estaba iluminada y se veía espléndida entre el gras. Gabriel se quedó observándola con un pucho en la mano cuando Fernanda fue a dejar las cosas que había comprado a la cocina. Se distrajo mirando a los chicos haciendo carreras de bicicletas, a los niños en patinetas y a un grupo de adolescentes gritando desaforadas por una razón incomprensible cuando escuchó la voz de la madre de Fernanda preguntándole dónde estaba su hija. Gabriel le respondió rápidamente, pero la mujer no pareció entender lo que él le acababa de decir porque en lugar de buscarla en la cocina se lo quedó mirando a los ojos con una expresión que a él le pareció indescifrable. Después fue que le preguntó a qué hora pensaba retirarse de ahí.

Gabriel no entendió la pregunta, de manera que se quedó mirando a la mujer a los ojos de manera fija, a través de un gesto vacío. Ella le volvió a decir a qué hora pensaba irse, a qué estaba esperando para hacerlo y Gabriel le respondió, aún aturdido, que todavía no lo habían decidido. Fernanda volvió y la mujer les dijo a ambos que ya habían pasado demasiado tiempo juntos. Luego le dijo a Gabriel que les hiciera «el favor de retirarse». Primero hubo un silencio, pero luego Gabriel reaccionó de inmediato. Se escuchó decirle a la mujer que lo haría en ese preciso instante y luego le pidió a Fernanda que por favor sacara todas sus cosas de la casa porque él no pensaba poner sus pies en ese lugar. La mujer se fue apenas intuyó que el tono de voz de él empezaba a cambiar y después Fernanda le preguntó de manera bastante torpe si al día siguiente regresaría a visitarla. Es probable que Gabriel la haya

mirado con deseos de que todo lo que los rodeaba se pusiera a arder en ese preciso momento porque a ella le bastó su silencio. Apenas le alcanzó el bolso se retiró casi sin despedirse de ella. Fue un impulso que no pudo controlar, y del que se arrepintió poco después pero que no se atrevió a corregir. La dejó llorando mientras sentía sus pasos duros y a la vez ingrávidos sobre el asfalto.

La imagen de sí mismo caminando de vuelta entre esas casas de playa llevando en el hombro la misma maleta roja con ropa aún nueva fue durante mucho tiempo la imagen que representaría todo lo que Gabriel odiaba de sí y a la que recurriría muchas veces para castigarse mentalmente cada vez que las cosas no salían como había previsto y deseaba hacerse daño. En ella Gabriel camina sostenido por su bolso y haciendo enormes esfuerzos por no sentir absolutamente nada, por alejarse de todas sus emociones lo suficiente para registrar las piscinas que lo dejan atrás desde un gesto que intenta ser altivo pero es solo hueco. Tiene la sospecha de que el simple movimiento de alguno de los elementos de su interior le doblaría las piernas y lo arrojaría al suelo de la pista definitivamente y por eso procura no pensar en nada. Gabriel alcanza en un momento la caseta del inicio del balneario —la tercera— y se da cuenta de que ha decidido irse caminando hasta la carretera. Cuando deja la segunda y se eleva por el camino que trepa la cuesta y siente que las palmeras se empiezan a desdibujar en sus ojos no tiene ganas de voltear. Cuando llega a la primera tranquera los guardias de turno lo detienen y le preguntan si está bien y si no desea que le llamen un taxi para atravesar seguro la oscuridad del desierto. Gabriel acepta, recobra cierto temple y se sienta a un lado del camino. Después, en la oscuridad del taxi y rumbo a las luces lejanas de la carretera Panamericana que ve delante de sus ojos, empieza a pensar. Lo que le cuesta durante el trayecto y también en las horas que le esperan es encajar la pieza en la que el padre de Fernanda le sonríe y le pregunta si desea tomar algo.

El taxista le preguntó en qué lugar del pueblo lo tendría que dejar y Gabriel se dio cuenta primero de que no tenía hambre, ni la tendría, y de que estaba provisto de cigarrillos suficientes para el resto de la noche. Sacó el papel que guardaba en un bolsillo con la dirección del espacio en que tendría que dormir esa noche por gestión de los padres de Fernanda y se lo dio al conductor, sin pronunciar una sola palabra. El sitio resultó ser una vieja casa de tres pisos al pie de la única pista polvorienta que atravesaba el pueblo y cuyo portón señalaba que se vendían helados y marcianos. A Gabriel lo sorprendieron —pero en el fondo no— la oscuridad y la precariedad del espacio. Tocó el timbre y esperó unos segundos, la mochila roja en el suelo y

el taxi detrás, y por una pequeña portezuela apareció el rostro de una mujer somnolienta que le dijo de buenas a primeras que no había habitaciones disponibles. Gabriel volvió a mencionar el nombre del padre de Fernanda y entonces la mujer cerró la portezuela y luego de unos segundos abrió la puerta grande. Todo del otro lado estaba a oscuras, de modo que ella lo guio con ayuda de una linterna a través de un corredor largo y sombrío, una escalera de concreto desbastada y sin pasamanos y unos pasadizos de puertas roídas y sofocado de un olor penetrante a polvo y humedad. Detrás de una de aquellas puertas, que la mujer reconoció sin ayuda de la luz, debería dormir él esa noche. Al entrar, la cama de lata diminuta, el cubrecama percudido, el piso de cemento y las paredes descascaradas le causaron un dolor y a la vez una indignación que esta vez no tuvo mecanismos para reprimir dentro de sí. La mujer se fue, y él pudo comprobar que la habitación no tenía baño y que la cama no tenía mesa de noche ni luz para leer. Gabriel solo tuvo deseos de tumbarse con la ropa puesta. Se echó y permaneció mirando el foco pelado que alumbraba débilmente aquel ambiente durante un tiempo que no podría precisar. Tenía la mente vacía y sentía que podía oír el ruido del aire pesado. Un lado de él lo conminaba a ponerse de pie con rabia, coger sus cosas, ir a la estación de buses y agarrar el primero con destino a Lima para llegar a casa como quien llega de una fiesta con la ilusión de acostarse en su dormitorio, despertar en Santa Anita y sentir como si todo hubiera sido un mal sueño, pero por otro lado le era imposible encontrar en sus músculos la energía suficiente para realizar el menor movimiento. Solo deseaba apagar la luz pero para ello tampoco tendría fuerzas, menos para sacarse los lentes de contacto en un baño comunal que estaría escondido quién sabe dónde. Intentó cerrar los ojos y no pensar. Intentó dormir. Pero nada. Al cabo de unos minutos, cuando tenía el rostro absolutamente empapado en lágrimas, se dio cuenta de que aquello, al menos esa noche, sería imposible.

6

La mañana lo cogió en un estado que no podía precisar si era de vigilia o de sueño. Había dormido a ratos, le parecía, y la acumulación del cansancio le impidió sentir pena o asco cuando, ya en la claridad, sintió ganas de orinar y se encontró con las paredes no tarrajeadas de la construcción, el pasillo sin techo y al fondo de él un cubículo de ladrillos sin espejo que se suponía era el baño. Un lavatorio arrasado por el moho daba a una ventana desde la que era posible ver un campo de hortalizas. Todo para entonces le resultaba indiferente. Gabriel se sacó los lentes de contacto, los lavó como pudo y se los volvió a poner. Dejó el inmueble sin avisarle a nadie, se dirigió al mercado del pueblo y se hizo preparar un jugo grande de naranja y un sánguche de huevos revueltos para mitigar el hambre que lo había atacado de súbito. En cierto momento se alegró de no tener que volver a la playa donde vivía Fernanda, y se ocupó en trazar lo que les contaría a sus tíos para justificar su regreso tan temprano a casa. Fue a la estación de buses y esperó el siguiente con destino a Lima. Una vez que resolvió lo que diría en su casa se pasó el resto de la mañana mirando desde la ventana del bus las casas que bordeaban la carretera al amparo de la música de su discman y sin pensar en nada más.

Los días que siguieron a ese fueron vagos, imprecisos, y en ellos sentía el tiempo como algo difuso y blando, una materia viscosa que lo llevaba a ninguna parte, pero después, poco a poco, las cosas empezaron a ganar definición. Decidió no contarle nada de lo que pasó a sus amigos y después, con los días, empezó a leer toda su relación con los padres de Fernanda a la luz de la evidencia de los últimos hechos. Una vez más la hondura en que estaba se transformó en encono, y Gabriel volvió rencorosamente a las conversaciones en voz alta consigo mismo o delante del padre imaginario de Fernanda. Era consciente de lo lejos que estaba de sí debido a todos estos problemas, y de lo difícil que le sería intentar leer siquiera, y aquello lo llenaba de impotencia y rabia contra sí mismo, y también de una rabia reciente contra la mujer que lo había metido en todo esto.

Cuando por fin volvió a ver a Fernanda en Lima, Gabriel le comunicó con voz áspera que nunca más volvería a entrar a su casa de Miraflores ni aceptaría ninguna de las invitaciones de su familia, aunque sabía claramente que jamás se las cursarían. En varios momentos se vio despotricando

abiertamente contra sus padres como si de esa manera se asegurase de que su indignación llegaría a su destino y Fernanda lo escuchó siempre en silencio, como lo haría todas las otras veces en que él no podía contenerse y le arrojase sus monólogos hirientes a la salida del cine o camino del malecón. Apenas alcanzaba a decirle que estaba de acuerdo con él, que era verdad que había reaccionado tarde pero que las cosas en su casa también se habían complicado. Fernanda nunca le dio detalles sobre la manera en que aquello había ocurrido, pero era bastante evidente, por su semblante y su actitud, que no era nada feliz allí donde vivía y que no tenía dudas de que debía largarse de ese lugar para sentirse bien. Su padre se había vuelto un idiota, dijo. Su madre era una bruja. Le estaban arruinando la vida. Un par de veces se puso a llorar y Gabriel sentía que con su llanto algo se restituía y entonces amainaba su rencor. Cuando eso pasaba la abrazaba, conteniéndola con palabras suaves.

Todo empezó a cambiar entre ellos. Gabriel comenzó a notar que Fernanda depositaba en él más cosas de las que posiblemente él mismo se esperaba. Cuando hacían el amor sentía que de alguna manera su propio cuerpo, sus manos, eran espacios a los que ella se adhería para conseguir algo parecido al oxígeno, una sustancia que le sirviera para no hundirse en la sensación de ahogo con la que salía de su propia casa las tardes en que se citaban y en que él la esperaba lejos del parque. Al principio le complacía la entrega sin atenuantes de Fernanda, la manera en que ella le permitía ocupar todos los lugares posibles de su vida futura, y muchas veces, bajo el mareo de ese nuevo poder, de la comprobación de los deseos de ella por dejarse dominar, por ser un objeto, un trapo o una cosa bella que dependiera enteramente de su voluntad, él la cogía de un modo desesperado bajo una sensación de verticalidad que a veces se confundía con el llanto y en la que ambos se encontraban agitados y asustados, atenazados a la misma cama en la que las cosas se habían dado de un modo tan distinto meses atrás.

Las clases en la universidad se iniciaron los primeros días de abril y al volver a ellas, al rostro amable y nítido de Jaime Estrada, a los libros que le recomendaba leer y a las preguntas que tenía para él sobre cómo le había ido durante el verano, Gabriel empezó a plantearse la necesidad de intentar nuevamente la escritura. Sentía que ese verano y todo el tiempo que había estado con Fernanda había cambiado dolorosamente, se había expandido, aunque en direcciones que aún no podía precisar. Había algo nuevo en él, un nuevo tipo de necesidad o una emoción distinta, un sentido de restauración o venganza, o de amor propio, que empezaba a dirigirlo físicamente contra la

página en blanco. De manera que todas las mañanas de ese primer mes de clases volvió a trabajar en serio en lo suyo. Tenía veintiocho años.

Fernanda y él se siguieron viendo en la universidad. Ella lo buscaba antes y después de clases y a veces lo presionaba para que almorzaran juntos cerca del campus, en los espacios que se habían abierto en la avenida Olguín. Fernanda sentía la necesidad de pasar todas las horas posibles junto a él en «*la casita*»: meterse a la cama, mirar durante horas sus series favoritas, picotear libros que nunca terminaba, sorprenderlo con algún detalle que mantuviera despierta su vida sexual. Al principio esas irrupciones en horas insospechadas le dieron a él un gran sentido de seguridad pero después empezaron a complicarlo. Cuando ella llegaba sin avisar en la mañana o durante algunas noches, en casi todas las tardes en que él no tenía que dictar clases, le era difícil encontrar las palabras para pedirle que lo dejara solo. Varias veces se lo manifestó de manera indirecta; le hablaba de su necesidad de tener tiempo para leer y escribir y Fernanda asentía y parecía entenderle perfectamente pero después, sin duda a su pesar, volvía a tocar el timbre de la casa sin previo aviso y desarmaba todas sus previsiones con un gesto travieso e irresistible. Gabriel descubría que en el fondo deseaba que ello ocurriera y la cogía por las caderas y la llevaba al cuarto y le hacía el amor aliviado de descargar toda su responsabilidad sobre los hombros de ella.

Porque ante la máquina las cosas se estaban dando desastrosamente. Peor que en la época en que había intentado escribir cuando recién conocía a Fernanda. Se había sentado cerca de tres veces ante la pantalla encendida, y en todas esas ocasiones se vio en la dificultad de no poder imaginar un destino o una piel para el personaje sobre el que deseaba escribir. Había pensado que abordaría a aquel tipo que iba a la sala de cine porno a enfrentar su soledad, pero le resultaba imposible pensar en alguien que no fuera él mismo en esa casa de Santa Anita, atribulado por algo que no definía claramente. En un momento de ceguera y explosión abrió un documento nuevo y empezó con agresividad la historia de un muchacho a quien alguien había obligado a dormir en un espacio deplorable en un pueblo del sur de Lima pero inmediatamente sus intentos por describir el lugar y las emociones del personaje chocaban con las imágenes reales de su memoria y entonces todo se empañaba y acababa desbaratando las pocas líneas que había podido encajar en el documento. Cuando eso ocurría sentía la necesidad de fumar, salía a la calle y proseguía su relato hablando a voces con el padre de Fernanda o insultando a la madre de Fernanda o a la propia Fernanda por no haber evitado todo aquello o por haberlo propiciado sin querer y también a él

por no haberse defendido lo suficiente y haber sido un cobarde, por tener dentro de sí algo que lo descalificaba y por no tener la capacidad o el talento o la cólera suficientes para escribir algo que pudiera resarcirlo de todas las humillaciones que había recibido y que por momentos creía que merecía.

Después de esos arrebatos a Gabriel le quedó bastante claro que le sería imposible concentrarse y escribir. Era necesaria una fe y un convencimiento en sí mismo, un tipo de autoestima, que a él le costaba reconocer. Tenía una total incapacidad para pensar en otra circunstancia que no fuera la que atravesaba esos días. De pronto le fastidiaba ir los fines de semana a recoger a Fernanda a su casa y tocarle el celular cerca de la puerta para que ella saliera, y lo lastimaba mucho comparar su relación con la que tenían, conviviendo, Santiago y Lorena o Jorge y Alejandra. Él y Fernanda llevaban una relación lisiada, en la que ni siquiera existía la posibilidad de proyectar un futuro. Lo empezaba a irritar la manera en que ella lo miraba cuando él le contaba que las cosas no le salían, sus caricias que no contribuían a nada, sus ojos grandes que solo entendían una parte de todo lo que tenía Gabriel dentro de sí: a ella no la habían expulsado de ningún lugar en ningún momento, tenía licencia para no estudiar y para no pasar los cursos si así lo deseaba, no tenía ninguna necesidad apremiante y por ello se podía dar el lujo de no tener ningún sentido de la responsabilidad. A Gabriel el dinero se le estaba acabando y las tareas que se había impuesto le quemaban la cabeza todo el tiempo. No era capaz de emprender un solo objetivo.

De modo que un día todo explotó de una forma que ni él ni ella previeron. No recuerda aún las circunstancias que los llevaron a ese parque pequeñito de la calle Aviación, en Miraflores, a una cuadra del malecón. Es probable que hubieran ido al cine y luego aprovecharan la tarde aún tibia de mayo o junio para caminar y en algún momento se cansaron y se sentaron allí mientras él sentía una opresión en el pecho. Seguro todo prendió cuando hablaron sobre el futuro, imaginaron el asunto remoto de una casa común y de vivir juntos y a él seguramente todo le pareció lejano y absurdo. Es probable que Fernanda haya notado un cambio en él y olfateara el peligro. En un momento le preguntó si es que él los veía juntos en el futuro y él le dijo que no. Es decir, no estaba seguro de que ambos pudieran construir algo así como iban, con toda la familia de ella en contra de él, con él sin tiempo y sin talento suficiente para escribir nada. Gabriel de pronto se encontró diciendo que llevaban una relación adolescente y él se acercaba a los treinta años. No era culpa de ella, por cierto. La culpa era toda de él. Él era el mayor y la responsabilidad era completamente suya. Cuando Fernanda escuchó aquello

sintió que algo se rajaba debajo de sus pies, y esperando quizás que las palabras de él desmintieran esa sensación se animó a decirle que quizás no tenía demasiado sentido que estuvieran juntos. Gabriel no dijo nada y se instaló un silencio entre ambos. Después ella le escuchó decir a él que en verdad no lo sabía. Fue entonces que ella se lanzó a preguntarle de golpe si él la amaba aún y él volvió a callar. Ambos hubieran preferido el silencio, aunque fuera prolongado, pero entonces a él se le ocurrió decir que creía que no.

Creo que no, dijo.

Es probable que Gabriel haya rubricado allí las páginas terribles que le tocarían vivir un tiempo después, pero entonces no tenía ni la menor idea de ello. Fernanda se dejó caer dócilmente sobre la banca del parque y se ovilló sobre ella, temblando. Gabriel no entendía completamente lo que pasaba y sintió vértigo y miedo. Abrazó a Fernanda, la besó, trató de remediar o de matizar algo la frase que había descerrajado pero Fernanda ya se encontraba lejos de él. No escuchó nada de lo que dijo Gabriel, o parecía no escucharlo, como si de pronto su cuerpo, sus brazos y su interior estuvieran metidos en una caja cerrada a la que ninguna palabra tuviera acceso. Gabriel intentó decir, trató de remediar el lenguaje con el lenguaje pero todo fue inútil. Pasó mucho rato así, inmóvil, mirándola en esa posición. Hasta que en un momento ella le rogó que se fuera de ahí. Gabriel permaneció un rato más, quieto, pero después obedeció. Sentía que dejaba atrás no a una chica de veintiún años sino a un cuerpo inerte, y caído.

Nada muy preciso ocurrió después. Una suma de días sin énfasis, como un murmullo sin definición. Fernanda no contestó las llamadas ni sus mensajes de texto ni sus correos electrónicos y él experimentó vacío y dolor pero también una especie de alivio, la sospecha de que en algún lugar de una habitación oscura había abierto una pequeña ventana. Su ánimo igual decayó. Le resultó difícil engancharse nuevamente a las clases de Estrada y Degas y le hería comprobar que a la salida de ellas Fernanda no lo esperaba en las bancas de siempre y tampoco se dejaba ver en aquellos espacios en que ambos se habían conocido y enamorado. A ratos la extrañaba, y sentía que quería tenerla a su lado, pero inmediatamente otras fuerzas prendían dentro de él y lo detenían ante la posibilidad de realizar un solo acto —llamarla por teléfono, presentarse en una de sus clases, esperarla cerca de su casa— que pudiera restablecer el vínculo entre ambos. Algo lo paralizaba. Después de algunos días empezó a golpearlo el sueño, de modo que durmió muchas horas. Comprobó que esa nueva confusión a la que se entregaba era de la misma

intensidad que la que sentía estando con Fernanda pero a la vez obedecía a otro orden. Se sentía sin fuerzas para nada, con pocas ganas de hablar con Jaime y con Melanie en las clases y apenas dispuesto a las consultas de sus alumnos.

Empezó a ver a Bruno. Había dejado sus estudios de Derecho el semestre anterior y ahora iniciaba Comunicaciones, así que empezaron a encontrarse por las bancas de la universidad, luego de ciertas clases, cuando ambos tenían espacios en sus horarios y ganas de fumar. Bruno fue su ruta de escape y también de liberación. Desde que se reencontraron, Gabriel pudo notar una luz distinta en su mirada y una firmeza reciente en sus actitudes, una serenidad que definía mejor sus facciones y lo hacía lucir mejor. Sin duda tenía que ver con que ahora llevaba cursos en una carrera más cercana a su perfil, y también con que se había pasado un verano glorioso tocando con los locos de su banda y ensayando de una manera mucho más profesional para grabar su primer disco y al lado de una gente muy bacán, todos menores que él pero espléndidos, él ya vería. Fue allí, durante una de esas primeras veces que se vieron, que Bruno empezó a hablar de Tatiana, a la que acababa de conocer. ¿Tatiana? Lindísima, loco. ¿Spanton salía con una chica? Gabriel recuerda su imagen entrevista desde su propia sensación de dolor, Bruno fumando de un modo gracioso y coqueto y con fuego en los ojos. Tatiana era lo más dulce que Spanton había conocido en toda su vida, le decía, habían conversado varias veces y aunque nunca se habían besado, nunca habían hablado a solas ni nada de nada en realidad, él ya la llamaba para sus adentros «la más alta luz». A Gabriel la imagen de Spanton enamorado le resultaba surreal, así que le pidió más datos a Bruno. ¿Tatiana? ¿De dónde la había sacado? Fumando cigarros en las bancas, de camino a su casa en Camacho para tomarse unas cervezas, caminando por las calles sin aceras de su barrio, Bruno le alcanzó toda la información. Tenía veintidós años y estudiaba Comunicaciones, era fanática del cine y de la música indie. Se llamaba Tatiana pero todo el mundo le decía Tati. ¿Quería verla? Spanton guardaba una foto de grupo en la que él aparecía componiendo una mueca estrambótica al lado de una chica que miraba al lente de la cámara con una sonrisa limpia y un haz de luz en los ojos. Llevaba el pelo corto, una blusa blanca, una bolsa artesanal cruzada por el tórax y un lunar preciso entre las cejas. Al lado de ellos había dos chicos más, de la banda del grupo de Spanton, pero quizás un efecto de luz de la imagen concentraba toda la claridad en el rostro de ella. ¿Le parecía guapa? Lisboa estaba sorprendido de lo guapa que era y se lo dijo a su amigo. Tatiana, dijo Bruno. En cierto momento las conversaciones entre

ellos cambiaron de naturaleza, y con el paso de las semanas, mientras Gabriel recobraba la calma, fueron virando de la ausencia de Fernanda en su vida a la aparición tímida y luego real de Tatiana en la vida de Bruno. En cierto momento Gabriel reconoció en la historia de su amigo una vía ideal para salirse de él mismo, y además percibió en ella una claridad que iluminaba de otra manera su propio pasado. Spanton había entrado a la casa de ella para hacer trabajos de grupo hacía unos días y allí había conocido a sus padres y a su hermana. Lo habían tratado muy bien. Durante esas reuniones de trabajo fue que notó precisamente que en el brillo de los ojos de ella se traslucía cierto nivel de atención al Spanton. Al menos eso le parecía a él. ¿Qué pensaba Lisboa?

Se volvió el consejero amoroso de Spanton y todo fue entonces como un *déjà vu*. Con el paso de los días Gabriel siguió la historia entre Bruno y Tatiana como había seguido años antes la de Santiago Montero con Valeria Klimt. Como aquella, esta también tomó casi todo un semestre, aunque en cierto momento todo hizo presagiar que tomaría más tiempo. Durante semanas Bruno y Tatiana se limitaron a hacer trabajos juntos, a saludarse y conversar en los pasillos, a intercambiar discos o películas, y en todo momento él creía leer en los gestos de ella alguna chance para intentar algo más pero no encontraba jamás la oportunidad, ni el valor suficiente. Una tarde Gabriel los vio interactuar y le quedó muy claro que había un interés mutuo, algo que era puro e irresistible pero que parecía negarse a explotar y a lanzarlos al uno contra el otro. Al final todo se resolvió una tarde en que acabaron de hacer un trabajo final junto a una compañera más. Durante todo el proceso él y ella se estuvieron mirando más de la cuenta y en cierto momento empezaron a sonreírse sin reparos. Cuando él estaba por irse ella se animó a pedirle que se quedara, y él lo hizo. Ambos se sentaron en la cocina de la casa de ella durante buen rato esa noche, hablando cosas imprecisas sin querer terminar de hablar y completamente desentendidos de la hora. Se rieron bastante cuando tocaron el tema de la música y se burlaron uno del otro; él de lo «*académicos*» que eran los grupos que escuchaba Tatiana, todos de campus universitarios norteamericanos, y ella de lo «*brutazos*» que eran los de thrash metal que él había tragado toda su adolescencia. Bruno le contó a Lisboa que creía que la había enamorado hablándole del Spanton, de los «monstruos», del Conciliábulo, de cada uno de sus amigos y del lugar que ocupaba él en esa logia aún vigente solo por acción y voluntad de su divina gracia. En cierto momento, más tarde, Spanton le habló también de su hermano mayor, que se había ido del Perú por problemas con su padre, de su

padre, de sus traumas y miedos de niño, de las voces que a veces creía oír dentro de su cabeza, y lo hizo animado por la exaltación de ser escuchado, pero también como un mecanismo de defensa ante aquello que le resultaba desconocido y lo perturbaba. A diferencia de lo que esperaba, Tatiana escuchó todo eso con un aire sereno de comprensión en los ojos. Le preguntó sobre sus amigos imaginarios, sobre el Niño Cabeza de Cojín y se sonrió cuando él le dijo que durante un tiempo hablaba de sí en tercera persona con sus amigos, igualito a como hacían ciertos jugadores del fútbol local. ¿Se imaginaba? Le contó de sus actividades de pornógrafo solitario y del cine Patty, de los *mails* interminables que escribía a sus amigos y que a veces imprimía y corregía para hacerlos felices, de la dificultad que tenía para comunicarse con las mujeres, de su soledad, del régimen que había padecido en su vida bajo «el largo invierno spantiano». Bruno había movido mucho las manos y en un momento supo que sus ojos se habían enrojecido y se quedó callado; sintió el deseo de pararse de su asiento y entonces caminó unos pasos y se sentó en el peldaño de la puerta que comunicaba la cocina con el patio. Estaba mirando el piso gris sin pensar en nada cuando ella no resistió más y se acercó a él y quebrando todas las reservas de su propia timidez lo besó en los labios. Se abrazaron con una enorme intensidad, como si ese día se hubiera decretado el fin del mundo y ambos supieran que iban a morir. Después de desliarse se quedaron observando el piso del patio y la ropa que colgaba en los tendales. «¿Este será el fin del largo invierno?», le dijo ella en cierto momento, con una voz que sonó tranquila y natural. «No lo sé —atinó a decir él—, pero siento que dentro de mi pecho hay algo parecido al calor».

Gabriel se enteraría de todo aquello la tarde siguiente, cuando Bruno lo llamó exultante para reunirse con él y contárselo todo. Los demás lo hicieron a través del último *mail* heroico que Spanton le mandaría al Conciliábulo. Se llamó «*El fin del largo invierno spantiano*» y en él se anunciaba lo que Lisboa escuchó estupefacto aquella tarde en que fue buscar a Bruno para que le relatara todo lo que había sucedido con lujo de detalles.

—Estoy con Tatianita, loco —le dijo, levantando las manos—. Somos novios. Se acabó el Spanton. No existe más.

7

¿Marcó la relación de Spanton y Tatiana el fin del Conciliábulo? ¿Todo empezó ahí? Es bastante probable. Lo cierto es que tras el fin del largo invierno spantiano los cuatro amigos dejaron de verse porque el que desapareció esta vez fue Bruno, el único salvaguarda y el verdadero garante del grupo, ahora demasiado ocupado en la experiencia del amor como para cuidar como antes de su rebaño. Su ausencia disgregó a todos y al principio afectó mucho a Lisboa, que estaba solo en ese momento, pero después lo forzó a enfrentarse a aquello que se había trazado tiempo atrás y una y otra vez había eludido o enfrentado mal durante los últimos años. ¿No era verdad que sentía algo adentro y que quería sacarlo fuera de sí? ¿Acaso no deseaba escribir un libro? ¿No había dejado todo por ello? Cuando las clases de la universidad terminaban y Lisboa se iba liberando de sus ocupaciones, se prometió con determinación encerrarse de una vez por todas en su habitación y no salir de ella hasta no encontrar su maldita voz. Ninguna otra cosa lo justificaba en el mundo y la verdad es que no tenía de dónde más asirse. Sentía que iba a jugárselo todo. Si en las semanas que venían llegaba a encontrar su estilo, si accedía a una forma narrativa que tradujese sus emociones e ideas, entonces todo, absolutamente todo lo que había hecho con su vida —renunciar al periodismo, regresar a Santa Anita, terminar con Fernanda—, adquiriría total sentido, o lo justificaría. Si no era así… Lisboa no deseaba ni pensar en esa opción. Era preciso encerrarse y dejar de vivir el mundo exterior; detener la corriente de la vida real o congelarla para generar otra corriente, suya, hecha con palabras.

En los siguientes dos meses se dedicaría a lo que consideraba suyo en cuerpo y alma. Se sometió a un régimen estricto de austeridad y alejó de sí todos los pensamientos que pudieran amenazar su concentración. Batallando duramente contra sus miedos, logró colocarse ante la máquina más horas de las que había permanecido en toda su vida. Y escribió. Fue allí que pudo comprobar que su interior era una habitación llena de muebles y objetos, pero que a la vez se encontraba completamente a oscuras, y era imposible encontrar en ella la fuente de luz.

¿Cómo empezar a contar una historia? ¿Desde dónde arrancar? Gabriel sabía que debía escribir sobre aquello que conocía y que sus esfuerzos debían dirigirse por completo al logro de una frase que no fuera bonita ni sonora sino

«*auténtica*», una que contuviera realmente una verdad. Aunque se preguntaba cómo diablos definir la «*verdad*». En las horas que pasó frente a su computadora en el primer mes escribió varias oraciones de arranque tratando de echar a andar la historia del hombre que acudía al cine pornográfico pero en ninguna le pareció ver algo siquiera parecido a la autenticidad. Todas —lo sabe ahora— trataban de sonar prestigiosas o elaboradas y quizás por esa razón ninguna lo terminó de convencer. Después de muchos intentos, acaso por miedo, o por temor a la decepción que suponía el fracaso, se aferró a una de ellas y empezó desde ahí a trabajar tenazmente. De modo continuo, sentado ocho o nueve horas ante la máquina sin pararse una sola vez, se infligió la misión de avanzar a marcha forzada una historia en la que creía solo a ratos, cuando depositaba sobre las palabras una fe que ellas mismas no contenían y se obligaba una y otra vez a retomar la historia bajo nuevos tonos, o nuevas perspectivas temporales, o distintos puntos de vista cada vez que sentía que fracasaba.

¿En eso consistía escribir? ¿Se trataba de sentir esa tensión en los hombros, ese peso sobre las espaldas que agarrotaba los músculos como quien sostenía una máquina pesada durante mucho tiempo? Si la escritura era este proceso de sacrificio y terquedad él era un escritor de verdad, uno que dejaba de lado cualquier gratificación para internarse en el deber a la espera de una satisfacción que sería el resultado de la mera acumulación del trabajo. En varias oportunidades, cuando llegaba a puntos muertos en varias de las versiones que trabajaba a la par y terminaba extenuado sobre el documento en Word que tenía abierto delante, eran los mareos producto de los cigarrillos y el esfuerzo mental lo que le indicaba que una jornada de trabajo había llegado a su fin. Siempre apagaba la máquina con un entumecimiento en el cuello y en la espalda, pero con la esperanza de que aquel sacrificio tuviera un sentido. El tiempo pareció darle la razón. Algunas semanas después de trabajar de ese modo Lisboa tenía un par de kilos menos y una sensación indefinida dentro de sí que tomaba por satisfacción. También tenía un cuento. Lo que no previó jamás fue la reacción del primero de sus lectores una vez que terminó de leerlo:

—La última línea me gusta —le dijo Montero—. La última línea está bien.

En aquel momento Lisboa hubiera dado lo que fuera por que se lo tragara la tierra. Había llegado a las instalaciones de *La Nación* a media tarde con el disquete en la mano y enormes expectativas después de haber llamado a su amigo para comprometerlo a leer su relato. Cuando Montero abrió el

documento en su monitor y vio que se trataba de un solo párrafo que ocupaba cerca de veinte páginas en formato A4 temió lo peor, pero solo pudo esbozar un pequeño gesto de zozobra mientras veía las páginas salir por la bandeja de la impresora que había en su oficina. Con la mano en la barbilla, sin apartar los ojos de los papeles aún tibios que había arrojado la máquina, empezó a leer el cuento bajo la mirada fija de Lisboa. Lo que descubrió a lo largo de esa casi media hora de lectura fue la creación desbordada de un loco, o de un fanático; un relato tenso en el cual el autor —yo— había intentado con desesperación conseguir atmósferas dramáticas, emociones profundas y un severo clima moral a través de una serie interminable de recursos técnicos que más bien terminaban encorsetando la historia hasta asfixiarla por completo. Algunos meses después, cuando tanto él como Ramírez Zavala pudieron articular mejor sus impresiones, Lisboa entendió que sus textos eran una suma de palabras relativamente bien escritas pero que entre ellas, en sus intersticios, no ocurría nada —o al menos, como le dijo Ramírez Zavala, «*nada vivo*»—; había, sí, una forma de urgencia, una luz remota que se percibía debajo del lenguaje, allá en el subsuelo, y que no dejaba de parpadear. Solo que le faltaba todo lo demás. Una noche Montero le habló de que al interior de sus narraciones él presentía la existencia de una ciudad oculta, aún no descubierta, enterrada por capas de oraciones y palabras muchas veces inútiles y que él debía desenterrar. Nada de eso, por cierto, se le ocurrió aquella tarde en *La Nación* mientras leía perplejo aquella inextricable oración-párrafo-cuento que su amigo le había puesto por delante. En el texto uno se enteraba a duras penas de que había un hombre solitario que entraba a un cine y fumaba cigarrillos, veía películas pornográficas y presenciaba con estupor una revuelta de espectadores contra la cinta triple X que acababan de proyectar en la sala y de la que él finalmente terminaba formando parte. Cuando todos lograban su objetivo, y la película se detenía y se encendían todas las luces del teatro, los espectadores de pronto se miraban a las caras y se reconocían, y entre ellos se establecía un sentido de la solidaridad que se desvanecía después cuando todo volviera a sumirse en la oscuridad y un nuevo título era lanzado sobre la pantalla. El hombre se sentaba a ver el nuevo filme y un rato después se daba cuenta de que estaba solo. Entonces se enterraba en su butaca hasta el momento en que, nuevamente avergonzado de sí mismo, abandonaba la sala por un lateral del cine con la intención de no ser reconocido por nadie. En el relato se decía que salía del lugar caminando como si no hubiera estado jamás allí, como si hubiera pasado toda la tarde en el centro de Lima haciendo otras cosas como comprar baratijas o mirar libros

de segunda mano hasta la llegada de la noche. «*Cuando el sol se descolgaba con urgencia*».

—La última línea me gusta —rompió el silencio Montero tras un rato, con el rostro algo desencajado—. La última línea está bien. Hay algo en ella, en ese «*se descolgaba con urgencia*», que me parece bueno, vital, vivo. No es que la frase sea buena en sí, pero es como si ahí hubieras soltado algo, algo que no has soltado antes.

Lisboa asintió apenas a lo que dijo su amigo y después se desvió inmediatamente del tema, comentó la manera en que la desaparición de Spanton parecía haber anulado por completo al Conciliábulo y luego preguntó alguna idiotez relativa a Lorena cuando en realidad solo tenía ganas de despedirse de Santiago y salir corriendo de ahí. Cuando eso ocurrió y dejó el diario esperó a alejarse lo suficiente del edificio para coger los papeles de su cuento y estrellarlos contra la superficie de un muro lleno de afiches de conciertos. Una vez desperdigadas por el suelo, pateó las páginas con toda la rabia y el desparpajo que —lo acaba de descubrir— no había experimentado al escribirlas.

Empezaría para él la búsqueda consciente y deliberada de la libertad. La conversación con Montero y los encuentros posteriores con Ramírez Zavala le hicieron identificar con mayor claridad cuáles eran sus verdaderos problemas: carecía de fluidez, y de naturalidad; no se notaba placer en su escritura. ¿Cómo conseguiría todas esas cosas? ¿De qué manera podría construir la libertad o permitirse la naturalidad? ¿Se construían? Lisboa era más consciente de que su trabajo consistiría desde ese momento en el hallazgo de una clave o una «llave» que liberara aquello que tenía dentro para hacerlo manar naturalmente hacia alguna dirección. Había releído algunos libros que le encantaban desde sus nuevas preocupaciones y comprobó que en todos ellos había siempre un escritor que intentaba apresar o capturar con el lenguaje un borbotón de ideas, sensaciones e imágenes que parecían salir en caudal desde algún lugar secreto y preciso. ¿Cuál era ese lugar? Él sentía corrientes subterráneas dentro de sí, podía presentir el líquido circulando con urgencia en su interior pero no sabía exactamente a través de qué canales o conductos. ¿Cómo localizar el manantial en uno mismo? ¿Qué pedazos de piedra tenía que picar para encontrar su corriente subterránea? Ningún libro se lo revelaría, y Lisboa empezaba a odiar a todos los creadores por guardar tan celosamente la clave central de su oficio. ¿De qué naturaleza sería esa llave? ¿Cómo se daría cuenta de que estaba ante ella? ¿Se presentaría frente a la máquina o lejos de ella? ¿En qué ámbito finalmente se resolvían las cosas?

Gabriel se sentía a ratos verdaderamente desorientado y entonces perdía la fe; luego se consolaba pensando que formularse ese tipo de cuestiones acaso sería la verdadera manera de estar cerca de la creación y la literatura.

Lo que no sospechaba era que la literatura era una verdadera estupidez frente al movimiento del mundo real.

Las cosas en el exterior, en efecto, se sucedían de una forma vertiginosa mientras él terminaba de escribir un nuevo cuento en la soledad de su habitación. Había intentado reescribir el relato del cine, pero rápidamente comprobó que estaba hastiado de él y retomó el de los dos hermanos que iban por primera vez a Miraflores. Lo cercenó por completo: intentó quitarle todos los adjetivos pretenciosos y las frases inútiles que, se daba cuenta ahora, impedían que la historia se conectara con el lector. Después de unos días de trabajo que resultaron más fluidos, o que él creyó en esos momentos que lo eran, creyó tener lista una nueva historia de la que apenas podía tener una distancia crítica. Sabía, eso sí, que era mejor que el párrafo-cuento que le había dado a Montero semanas atrás. De manera que cuando, ante la desaparición de Spanton, Jorge Ramírez Zavala les envió a todos un *mail* convocando urgentemente al próximo Conciliábulo porque tenía un anuncio importante que hacerles, Lisboa decidió que les llevaría copia del relato a sus tres amigos mostros.

La cita fue en el bar Mochileros, de la avenida Pedro de Osma, en Barranco, a las diez de la noche de un día jueves. El hecho de no ir en taxi y la emoción que guardaba por mostrar a sus compañeros su nuevo trabajo —llevaba las copias en el bolsillo de su casaca— hicieron que Gabriel llegara a la reunión unos diez minutos antes de la hora, algo bastante inusual en él. Una vez ahí, decidió comprarse unos cigarrillos y fumar en la calle esperando la llegada del primero de sus amigos, seguramente el propio Jorge. Encontrarse a unos metros, detrás de la sombra de un árbol, a la figura de Santiago Montero, mirándolo a los ojos sin decir una sola palabra, le pareció extraño. ¿Por qué no había levantado la voz para saludarlo? ¿Desde cuánto tiempo atrás lo observaba? Las ramas y las hojas del árbol entrecortaban la luz de los altos postes de la avenida y apenas dejaban entrever sus rasgos. Lisboa observó la profundidad de sus ojos, la desesperación de su nariz, la palidez de su rostro, los labios que apenas parecían sostener uno de los miles de cigarrillos que Santiago extinguiría esa noche y las siguientes. Mudo, apenas con voluntad para pronunciar algo, el flaco parecía tener en la boca una frase lista para el primer amigo que llegara al bar. Después de que la pronunció, la sonrisa del saludo de Lisboa se desvaneció por completo.

—Se terminaron —dijo apenas—. Las cosas con Lorena.

A Gabriel le costó entender lo que acababa de oír. Las «*cosas*» era algo demasiado vasto para entenderlo en solo un par de segundos.

—¿Las «*cosas*»? —preguntó.

—Las cosas —repitió Santiago—. Todo.

Aún hoy a Gabriel le cuesta comprender totalmente qué fue lo que realmente pasó. Cómo así algo que parecía tan real, tan horizontal y natural, un orden determinado entre un hombre y una mujer, y una rutina, y un hogar, se podía desvanecer de un momento a otro como por arte de magia. Solo unas semanas atrás los había visto a ambos muy bien. Y todo en la casa parecía estar puesto en su lugar desde hacía mucho: la mesa pequeña de vidrio, el jardín de arena para el gato, los muebles reciclados y las artesanías que Lorena traía de sus viajes por el interior del país. ¿Cómo algo así se difuminaba de un momento a otro como si jamás hubiera ocurrido? Gabriel no tenía la menor idea y Santiago tampoco: semanas después, en las caminatas por las calles de una Lima que empezaba a entibiar por la llegada del verano, le empezaría a hablar a su amigo de armas imperceptibles guardadas en los cajones de las casas, de heridas que la gente que se quiere de veras se propina sin intención y control alguno, de la erosión del tiempo que de pronto detiene las cosas o las congela. Nada de eso refirió Santiago aquella noche. Ambos se quedaron simplemente así, mirándose en la calle, sin que a Gabriel se le ocurriera abrazar a su amigo y sin que Santiago se lo pidiera.

—Todo —repitió Santiago.

Gabriel solo atinó a sugerirle que entraran y se pidieran una cerveza. La noticia había colocado entre ellos una pared de vidrio a través de la cual apenas podían mirarse a los ojos. No dijeron nada preciso, o nada que Gabriel recuerde ahora, hasta la llegada de Ramírez Zavala, quince minutos después. Bruno lo haría muy tarde, como siempre, acaso tras una hora y media. Durante esa noche ninguno de los dos se enteraría de aquello de lo que Lisboa se acababa de enterar por boca de Santiago. Lorente cortaría lo que estaban hablando para contarles las primeras semanas con Tatiana, la experiencia del primer amor, la locura del Spanton de la mano por los malecones, besándose en las calles y Ramírez Zavala le volvería a decir a él lo que, en su ausencia, ya les había comunicado a sus otros dos amigos. Lorente compondría el mismo rostro de sorpresa, miedo y alegría que seguramente Gabriel y Santiago pusieron cuando Jorge, las manos temblándole un poco y la voz algo alterada, no pudo aguantar la llegada de Bruno y les adelantó lo que había venido a decirles esa noche.

A la mesa había llegado ya la segunda jarra de cerveza cuando Ramírez Zavala les hizo recordar a sus amigos que durante los últimos meses Alejandra había estado buscando de manera obstinada la manera de irse de *Semana*, donde había sido contratada hacía algún tiempo, porque tanto él como ella estaban cansados de *Semana* y en general de las condiciones en que ejercían el periodismo en el país. Como querían hacer algo realmente distinto, ella había empezado a averiguar posibilidades en el extranjero y se había topado con una maestría en gestión cultural que ofrecían en España, la oportunidad perfecta para obtener una visa de estudiante, insertarse en el mercado de ese país e intentar hacerse escritora allá. De hecho todos habían leído lo buenos que eran sus textos, ¿verdad? Pues nada, dijo Ramírez Zavala, prendiendo un cigarrillo y dándole una calada ávida y mirando luego a sus amigos con satisfacción: lo había conseguido. La había aceptado la Universidad de Barcelona y ella debía partir a esa ciudad en tan solo un par de meses para organizarlo todo antes de empezar sus estudios en enero. Sí, dijo después, ambos habían discutido sobre todo eso y era de eso de lo que él deseaba hablarles. Lo habían abordado con calma, en verdad, y era claro que si ella se iba sola ambos tendrían que terminar su relación, así que habían tenido que decidir. Alejandra se iría sí o sí. Él la había visto amanecerse estudiando idiomas en la casa de Barranco, preparando sus papeles, entregándose al proceso de admisión, y le había quedado claro que era la mujer que quería tener a su lado durante los próximos años que le tocara vivir. Así que se había decidido. Se iría con ella.

—Nos casamos apenas dos días antes de que a ella le toque irse —dijo—. Una boda civil. Algo pequeño. Solo ustedes, nadie más que ustedes y algunos familiares. Por el tema de la visa no nos queda otra alternativa, pero la verdad es que nos ilusiona. Sé que suena a locura hacerlo en tan poco tiempo, pero ¿qué cosa en la relación entre Alejandra y yo no ha sido una locura?

Santiago y Gabriel se quedaron mirándolo sin saber qué decir. Jorge los contemplaba sonriendo: sabía perfectamente lo que se desprendía de todo ello.

—¿Tú te vas con ella en las mismas fechas? —preguntó Lisboa.

—Un mes después, casi a inicios de noviembre. Debo quedarme en Lima a cerrar algunas cosas en el trabajo, asuntos con la casa de Barranco, vender el carro…

Su sonrisa de pronto se desdibujó y él también se quedó callado, su mirada enterrada en la cerveza. Fueron algunos segundos, quizás unos minutos, en que los tres se quedaron mudos y prendieron puchos, miraron

alternativamente los ceniceros, la gente que llegaba a la terraza de Mochileros, los carros que se desplazaban por Pedro de Osma. Es probable que no se hubieran dicho nada más hasta la llegada de Bruno si a Jorge no se le hubiera ocurrido romper de esta manera el silencio:

—Más bien, quería decirles algo. Verán. Tengo dos espacios para los testigos de la boda… Pensaba sortearlos esta noche pero me doy cuenta de que nadie ha sancionado jamás al maricotas de Spanton por sus putas tardanzas. ¿Les gustaría ser mis testigos?

Lisboa y Montero se miraron. A esas alturas Gabriel sabía perfectamente que la separación entre Santiago y Lorena sería tema de conversaciones futuras entre los dos, o entre Santiago y Jorge, pero que nada de eso se tocaría aquella noche. Bruno llegaría un rato después, tan tarde como habían supuesto, y sus anécdotas, sus gestos, su pararse de la silla para hacer mímicas ante las noticias, las historias de su relación con Tatiana le permitirían a Montero parapetarse en su silencio y contemplar, seguro solo por momentos, el espectáculo ya finito de sus tres amigos juntos y de *Spanton in love*. Era de no creerse. Aquella noche Lisboa se acordó que llevaba sus cuentos solo cuando fue al baño por cuarta o quinta vez y ya la chela se le había subido totalmente a la cabeza. Había sentido un deseo súbito de embriagarse y aquella pulsión había coincidido con la alegría de Bruno y la de Jorge y con los deseos de evasión y fuga de Santiago. Volvieron a tomar como nunca. En cierto momento sintió un bulto entre sus ropas y descubrió los cuentos engrapados en el bolsillo interior grande de su casaca como si fueran objetos recogidos tras un naufragio. Los miró con asombro y sintió rabia y algo de vergüenza al leer las frases impresas en el papel que hablaban de gente que nada tenía que ver con él. Tuvo ganas de arrugarlos y de romperlos como los otros, de arrojar los trozos por el váter pero no lo hizo. Los dobló y se los metió a la casaca. Pensó durante un segundo en la sonoridad de la palabra «*Conciliábulo*» y se rio de ella. Después dejó el baño y se fue a la barra a pedir una jarra para seguir tomando.

—Qué honor —había dicho Montero un par de horas antes, sentado a duras penas frente a la mesa de la terraza de Mochileros, delante de Lisboa y de Ramírez Zavala y sonriendo a pesar de todo—. Testigos de tu boda. Claro que aceptamos.

8

Para cuando las clases en la universidad empezaron, Gabriel ya había abandonado casi por completo su intención de escribir, y es muy probable que aquella renuncia personal, y la unión de los escenarios sentimentales que atravesaban Santiago y Jorge, lo hayan acercado nuevamente a la imagen aún irresuelta de Fernanda. En los días que siguieron, mientras acompañaba a Santiago a la quinta vacía para retirar sus cosas y luego mirar departamentos en alquiler en el área de Miraflores y Barranco, sintió que su lectura de todo lo que había ocurrido con Fernanda se relativizaba y que, algo alejado del rechazo que le generaba su familia, podía acercarse a todo lo que había pasado con ella de una manera distinta. Por esos días Santiago andaba pálido casi todo el tiempo, víctima de una sensación permanente de angustia, como si cada día que despertara, tal como le decía a Gabriel mientras caminaba sujetándose el estómago con un gesto de dolor, lo hiciera en caída libre. Durante los trayectos entre casa y casa, Santiago le contaba algunos eventos que podían explicar el final de su relación, pero en verdad no tenía respuestas claras para nada: solo sabía que lo habían dejado. Mientras repasaba su historia con Lorena, el periodo de incomunicación y rutina, las aprensiones y asuntos que los habían desencontrado, Gabriel recordaba inevitablemente la manera intensa en que él y Fernanda hacían el amor, la forma en que salían de su casa a caminar por Santa Anita y coincidían en el mismo plan para ir al cine o a comer determinada comida, el modo en que ambos tejieron durante algunos días una felicidad tangible sobre la base de gestos, miradas y palabras. Cuando acompañaba a Jorge a buscar un terno para su boda, empezaba a sentir la necesidad de ir a aquella ceremonia con ella: Fernanda sería tan feliz allí. Recordó su imagen en la ducha, su pelo y sus caderas, la manera en que se llevaba la mano izquierda a la barbilla cuando dormía, y de pronto todas esas evocaciones se le antojaron ciertas y con el paso del tiempo sus emociones fueron dándole paso a razonamientos que le hicieron entender que Fernanda había pagado las consecuencias de heridas que no le correspondían y que al final, con todo, terminar como lo había hecho él había significado precisamente darles gusto a sus padres. Gabriel sintió que algo dentro de sí lo sublevaba. Una tarde en que se dijo que dejaría la escritura para siempre y que se dedicaría los meses que quedaban de ese año a decidir qué camino tendría que seguir en su vida —el regreso al periodismo, el

ingreso al mundo académico, la búsqueda de otra vocación— se vio de pronto buscando el nombre de Fernanda en el directorio de su teléfono móvil.

—¿Aló? —escuchó la voz de ella luego de apretar *«call»* y esperar unos segundos. Le pareció que se sostenía débilmente.

—Hola, Fernanda. Soy Gabriel —se escuchó decir, con la voz más sencilla de que fue capaz.

Del otro lado de la línea le pareció escuchar que Fernanda ahogaba un sollozo.

Se citaron en un café cerca de la casa de ella, en la avenida Benavides. Gabriel había llegado media hora antes y trataba de ordenar minuciosamente sus pensamientos, las cosas que le diría a Fernanda para explicarle que finalmente lo había «*entendido*» todo, que se había separado por asuntos y frustraciones completamente suyos y como respuesta a una violencia que no había provenido de ella, pero apenas la vio bajarse del taxi y caminar hacia el café con el pelo completamente corto y las facciones más esquinadas todo se le deshizo en la mente. Parecía como si el invierno le hubiera sido atroz, y ahí estaba, mirándolo apenas, preguntándole con la mirada cómo así había llegado de la nada aunque su voz articulaba que era una sorpresa verlo y le preguntaba si ya había terminado sus cuentos y ya tenía su libro listo. Gabriel le dijo la verdad, que lo había intentado de veras y que había fracasado lo suficiente como para darse cuenta de que ese no era su destino. Por eso estaba allí. Ella le preguntó si tenía cigarrillos y él sacó la cajetilla que llevaba consigo. La ayudó a prender uno, prendió el suyo y pidió un café. Ella hizo lo mismo. A la vez, interrumpiéndose, ambos pidieron un vaso con agua al mozo y después se miraron, se rieron y ella hizo el amago de un puchero. Gabriel sabía que esa intensa sensación de sed que sentía la compartía Fernanda. Le contó rápidamente lo de Santiago, y también del matrimonio de Jorge, y del fin del invierno spantiano, y luego de manifestar su sorpresa por todo, Fernanda le dijo que dentro de todo ella estaba bien, estudiaba en la universidad, claro, y los meses sola le habían servido para pensar muchas cosas y para crecer, para retomar los estudios bajo otra actitud, para entender que debía tener un espacio que fuera realmente suyo y en el cual pudiera resolver los asuntos que tenía que resolver sola. En cualquier caso el final de la relación entre ambos le había sentado bien. Gabriel la escuchó y no pudo evitar que le resultara extraño aquello del «fin» de la relación, y se dio cuenta de que no había pensado nunca en un «fin» con ella; todo había sido para él una seguidilla de batallas encarnizadas contra sus padres. Igual, Fernanda había dicho eso último con esfuerzo, y las palabras no parecían haber llegado

naturalmente a sus labios. Después de darle un par de sorbos a su café, ella le preguntó a bocajarro a él qué era aquello que quería decirle.

Gabriel intentó reorganizar sus pensamientos y cuando empezó a hablar ella cruzó los brazos y dejó que su cigarrillo se consumiera al lado del cenicero. Él le fue diciendo de un modo algo desordenado las cosas que había pensado y al principio el silencio de ella lo asustó. Cuando empezó a leer en sus rasgos algunos gestos de alivio por las conclusiones que enunciaba —un suspiro, un gesto aprobatorio de cejas— pensó que tendría alguna opción de reparar las cosas. Sin embargo Fernanda lo miró fijamente y frunció los labios.

—Eres un imbécil, Gabriel —le dijo de pronto, cortando lo que él trataba de concluir—. Dónde diablos crees que he estado yo mientras tú jugabas a ordenar tus ideas.

Gabriel se calló. No tenía nada más que decir. Y quedó claro que Fernanda tampoco. Pidió la cuenta y después le dijo que todo aquello la había confundido. Había pasado por cosas que él ni imaginaba tratando de sobreponerse al abandono durante esos meses y él de pronto volvía así, una buena tarde, como si nada, a decirle que había «*organizado*» sus ideas y que ya tenía todo claro. Ella no. No tenía claro nada. No quería volver a arriesgarse a establecer algo con alguien que luego la dejaría como aquella noche él había hecho en ese parque en Miraflores. Fernanda dijo aquello y volvió a sentir ganas de llorar: le pareció un jarrón a punto de quebrarse y él no tuvo deseos de tocarlo. Al salir ambos a la calle y ser sorprendidos por la garúa ella se sacudió como un pajarito pequeño, y Gabriel puso una mano sobre su hombro y lo apretó con fuerza, en señal de cariño y compañía. Miraba los carros pasar cuando Fernanda se arrastró hacia su torso y lo abrazó con cierta violencia: le dio golpes suaves en el pecho, como culpándolo por algo, y se dejó abrazar y lo besó con violencia y desesperación cuando él acercó sus labios a los suyos. No pararon de besarse en la garúa, y luego en el taxi rumbo a un hotel cerca de la casa de ella, en las escaleras que conducían a la habitación, en el umbral, mientras se desnudaban y comprobaban con una mezcla de dicha y de pavor que sus cuerpos continuaban siendo los mismos de hacía unos meses: Fernanda tenía las mismas marcas pequeñas en las piernas, las mismas oquedades en ciertas partes del culo; Gabriel el mismo vello a la altura del pecho que Fernanda había visto durante sus clases, las mismas pecas en los mismos lugares de la espalda. La verga de Gabriel crecía de la misma manera que todas las otras veces dentro de su boca y sabía igual. El coño de ella tenía la misma temperatura que antes. Mientras la penetraba

Fernanda le pidió a él que la preñara y él la obedeció sin importarle absolutamente nada de lo que el futuro les pudiera deparar. Hicieron el amor mirándose a los ojos y con la misma sensación de vértigo que si lanzaran un disparo al aire sin dirección alguna. Cuando terminaron y él se dejó ganar por una inmensa sensación de paz, Fernanda se aferró a él con algo de violencia y rompió a llorar de un modo desconsolado. Al principio, mientras la apaciguaba con las manos, Gabriel pensó que era un llanto de alegría, pero esta vez le pareció notar que ese llanto que se volvía incontrolable obedecía a otras fuerzas, y creyó sentir en él algo de pánico y temor, y también de angustia, como si Fernanda fuera una niña desprotegida que de pronto hubiese llegado a él tras correr por una serie de pasadizos oscuros a los que Gabriel jamás tendría acceso. Ahí estaba él, abrazándola, desnudo como ella, protegiéndola, y trató de decirle todo eso con sus manos.

La cercanía del matrimonio de Jorge y Alejandra disipó las dudas que planearon sobre él después de ese primer encuentro. Aquellos días Gabriel apenas los recuerda, pero de la mañana de cielo cerrado y resolana en que se llevó a cabo la ceremonia de la boda de su amigo guarda en cambio una imagen nítida. Fernanda lleva un traje fino que resalta las líneas de su cuerpo y un moño alto y él la conduce de la mano por la plaza de Barranco cuando divisa a lo lejos, en la entrada de la Biblioteca Municipal, a algunos de sus viejos compañeros de *Semana* y a los familiares de los novios, que esperan impacientes la llegada de Alejandra. Entre ellos es posible distinguir a Jorge: su terno plomo que le queda perfecto, su corbata color plata que acentúa sus ojos claros y, como pocas veces en mucho tiempo, su rostro completamente afeitado. Gabriel y Fernanda se acercan a saludarlo cuando desde un costado de las columnas de la fachada aparece Bruno, extrañísimo así encajado en ese terno negro y con la frondosa corbata rosada que contrasta con el gesto serio que dibuja teatralmente para recibirlos. De la mano de Bruno viene Tatiana, el pelo recortado, los ojos castaños, el vestido azul y la cartera. Santiago llegará solo unos minutos después, más delgado que nunca dentro de ese terno que parece no haber sido planchado jamás y fumando sin parar como preparándose para presenciar la boda de su amigo y enfrentar la dolorosa escenografía que podría resultar para él la quinta de Villa Teresa, donde se realizará la pequeña recepción. Bruno empezará inmediatamente a bromear acerca de la corbata luctuosa de Montero, y de pronto todos se mirarán con cierta sorpresa los zapatos, los chalecos, las corbatas. La novia llegará una hora después, casi a la una de la tarde. Lucirá increíble con el pelo renegrido

recogido así en un moño medio y dentro de aquel vestido blanco con flores bordadas de colores como si fuera una altiva modelo de Diego Rivera.

La ceremonia se lleva a cabo en el salón de actos de la biblioteca a través de una sencillez que conmueve a Gabriel. Es un acto breve, en el que un grupo de personas dentro de una sala ovalada hace esfuerzos por escuchar la voz de un funcionario municipal que les recuerda a los novios sus deberes y derechos entre las miradas cómplices que se tienden a veces Alejandra y Jorge, como si incluso entonces todo no fuera otra cosa que una travesura. Gabriel espera el momento en que será llamado como testigo y cuando ello ocurra él y Santiago subirán a la mesa y él sacará una pluma fuente que se ha puesto con precisión dentro del saco para firmar en el libro de actas de la Municipalidad. Le cuesta pensar en algo mientras lo hace. Las cosas están pasando delante de sus ojos pero su mente no puede tocarlas de ningún modo. Unos minutos más tarde, después de que todos aplaudan y abracen a los novios y lancen el arroz, caminará de la mano de Fernanda por el pasaje que los conduciría al Puente de los Suspiros y de ahí torcerán por la calle Ayacucho rumbo a la quinta de Villa Teresa. Mientras ambos, por los tacos de Fernanda, bajan con mucho cuidado los escalones rojos de la escalera infinita que los descenderá al patio que da a la Bajada de Baños de Barranco y también al mar, Gabriel le contará a ella las veces en que ayudó a sus dos amigos en sus mudanzas hacía ya algunos años y la emoción de todos los días que vivieron en la mitad de sus veinte años. A Gabriel le producirá una impresión sobrecogedora mirar esa terraza ahora primorosamente decorada con un toldo blanco que brinda protección a unas nueve o diez mesas en las que algunos familiares, colegas y amigos se han sentado ya bajo la mirada atenta de dos mozos ajetreados que empiezan a desplazarse velozmente.

Una de las mesas del patio, la más pegada al mar y la bajada de playa, dice con letras grandes «*Conciliábulo*» y entonces los amigos y sus novias empiezan a reírse. Los amigos aceptarán los tragos que los mozos les sirvan y comentarán entre ellos, con algo de pánico fingido, que en verdad Jorge lo estaba haciendo, en verdad se estaba casando, en verdad se iba y el Conci iba a dejar de existir como tal, al menos materialmente. Un amago de tristeza los visitaba pero luego la risa les ganaba. Vamos, era la primera vez que los cuatro monstruos del Apocalipsis se veían a sí mismos con terno: nunca habían estado juntos vestidos con zapatos, corbatas y todo aquello desde la época en que se conocieron, y ahí estaban, jalándose las corbatas como unos niños en un bautizo: el escarnio consistía en divertirse de los zapatones lustrosos de Lisboa que parecían los de un policía de tránsito, de los absurdos

dibujos de la corbata de Montero o de su terno que parecía el de su abuelo o el terno de Martín Adán: Montero no dejaba de vivir en poesía. O hacer mofa de la camisa negra de Bruno que, en contraste con la corbata rosada, lo hacía parecer un animador de fiesta de quinceañeros. Y entonces Bruno escuchaba aquello y empezaba a decir alocuciones de un animador y se lanzaba, cómo no, a animar el matrimonio. Y de pronto parecía que Montero hubiera olvidado sus amargos pensamientos y entonces iba por otra copa y luego todos buscaban cigarrillos en los forros de sus sacos. Estaban así cuando los novios llegaron, y después estuvieron igual cuando Jorge se acercaba de cuando en cuando a la mesa para abrazarlos y preguntarles si todo estaba bien y ellos conversaban como podían entre canción y canción porque Tatiana y Fernanda tenían ganas de bailar.

Muy avanzada la noche, cuando ya la mayoría de invitados se había marchado y no quedaban más que los mostros con camisas fuera del pantalón y corbatas desanudadas, Jorge se acercó a ellos para decirles algo. Gabriel había tenido que dejar a Fernanda en su casa obedeciendo los plazos de sus padres y Tatiana aprovechó para irse también. A un lado del patio las amigas de Alejandra le decían una serie de cosas a la novia que era imposible distinguir desde donde ellos estaban. En el otro extremo, Jorge se acababa de acercar a sus amigos, y ya totalmente ebrio, pidiendo puchos y abrazando a sus hermanos, empezó a hablar. Al principio parecían las cosas que se suelen decir en momentos como este. Estaba feliz de que estuvieran sus mostros aquí, de que se hubieran quedado hasta esas horas en ese momento tan importante para él. Pero luego empezó a referir cosas que eran enormemente específicas para todos ellos. ¿Se acordaban del césped de la locura? ¿De los días en que todos iban a la casa de Montero? ¿De esos Conciliábulos que aún no tenían nombre? Claro que sí, le dijeron. Bueno, pues, dijo Ramírez Zavala, prendiendo un pucho al revés y botándolo cuando se le dijo que lo había quemado, él en ese momento, aunque ustedes no lo supieran por esos días, él estaba con ganas de volarse la tapa de los sesos. Todo el tiempo. Cada mañana que se levantaba en su casa en el centro de Lima. De verdad. Alguna vez pensaba decírselo a ellos, de todas maneras, solo que no sabía cuándo, o escribirlo tal vez, solo que no sabía bien cómo, pero lo cierto, ahora se lo decía, ahora que se casaba con Alejandra y no sabía adónde iría a parar esa aventura de España y todo, lo cierto es que por aquellos días quería volarse la tapa de los sesos, encontrarse en un lugar y dejarse caer o empujarse a sí mismo, que era igual, hallar una manera de desaparecer, y justo es ahí cuando conoce en las aulas de San Marcos a Santiago Montero. No sabía si ellos

sabían eso, ¿lo sabían?, que Santiago y él se habían conocido en San Marcos, y Santiago lo había llevado en calidad de invitado al taller de Parra, pero ahora que se estaba casando tenía ganas de hablar, entonces decía que cuando iba a casa de Santiago en Higuereta a mostrarle sus poemas y Santiago los leía en esas noches en que el Conciliábulo no existía y ambos eran amigos, eran las palabras de Santiago las únicas que lo animaban a querer mantenerse parado en este mundo, a quedarse en él. ¿Se daban cuenta? ¿Se acordaban de la música que escuchaban en el césped azul? ¿Charly, Spinetta, Dylan, los Beatles? Para ustedes habrá sido música. Él respetaba eso. Para él había sido como una cama dentro de una casa, un lugar en el que quería quedarse a dormir para no volver a aquella en la que vivía con su familia. Él quería permanecer siempre toda la noche en la casa de Montero con la excusa de escuchar la música. Él descubrió con pánico que en verdad no tenía otro deseo que el de quedarse a dormir ahí, el de recibir una especie de beca y de pronto ser parte de una familia como aquella, encabezada por los padres de Santiago, o por unos padres como los padres de Santiago, un señor de pelo blanco siempre preocupado por que su hijo dejara de fumar, o fumara menos, o escuchara esa música de locos a un volumen más bajo que iba a despertar a los vecinos, una madre cuidadosa, siempre atenta a que el hijo saliera a la calle convenientemente abrigado, que hubiera comido. Eso era una familia y él ahora estaba formando una, ¿se daban cuenta? Santiago le había enseñado a ser poeta, a ser «*algo*», lo que él mejor sabía. El lenguaje. Y él ya sabía claro, él ya sabía que quería ser eso pero nunca habría tenido los cojones para asumirlo si no hubiera sido por Santiago Montero. Por qué lo miraban con esa cara, dijo Ramírez Zavala, vaciando una cerveza en su vaso. Él nunca hablaba, él siempre viajaba para adentro. Pero esa noche, cuando estaba ya por irse a un país como España, en donde posiblemente se moriría de pena, de soledad o de hambre, les quería decir que realmente se cagaba de miedo, se cagaba de miedo de todo y si fuera por él volvería el tiempo para volver a vivir lo que había vivido o volvería a esa casa de Montero en donde los había conocido a ustedes, Bruno y Gabriel, porque en esa casa también había encontrado a sus otros hermanos. Jorge abrazaba a Bruno y de pronto Gabriel sentía una piedra en la garganta; sabía, pese a estar menos ebrio que Jorge, que podía suscribir casi todas sus palabras. Entonces él también prendió un pucho, prendió un pucho correctamente y se recordó con una chompa marrón tejida por su tía yendo en un bus de Santa Anita a Higuereta con la mente fija en ver a Montero en la sala de su casa, de oírlo opinar sobre los primeros cuentos que escribía y con ganas contrariadas de que le contara historias de su

amigo Ramírez Zavala. Sus visiones entonces ya se habían yuxtapuesto a lo que estaba diciendo Bruno, aún emocionado y abrazado de Jorge, la voz sin inflexiones teatrales, el rostro serio y ninguna mueca que desdibujara sus rasgos, los ojos cansados. Al Spanton le había pasado algo similar. Se había atormentado toda la adolescencia pensándose el hijo del demonio, encerrado y apartado del mundo solo con la compañía de sus voces. En el Conciliábulo había encontrado su lugar en el mundo, dijo, ahora sonriendo un poco, un lugar en el espacio junto a esos monstruos feos disfrazados ahora de civiles. Entonces se dio cuenta de que no era ningún anormal ni ningún loco. Los locos eran los que estaban fuera del Conciliábulo. Él tan solo era un mostro. Gabriel abrazó a Bruno y Bruno se llevó las manos al rostro. Entonces Lisboa recordó en voz alta la manera en que Santiago le había hablado por primera vez de Ramírez Zavala y de Lorente y cómo había exagerado sin querer el talento de ambos, la brutal capacidad de sus dos cabezas mal iluminadas. Todos se habían conocido a través de la mente lánguida de Montero, ¿no era así?, un muchacho de barrio residencial con *skates* debajo de la escalera que un buen día, por una razón que nadie alcanzaría a entender, salió de su casa a reclutar a esos tres tipos llenos de carencias como sus amigos. Montero, que siempre daba la impresión de ser el más normal, ahí lo tenían, con toda la pinta de una persona en crisis, más flaco que nunca. Y más solo que nadie. Bruno soltó una chapa para Montero mientras se secaba las lágrimas y todos se rieron. Y Jorge soltó otra para Bruno. Los mostros entonces empezaron a competir por ver quién era más loco. Mientras los veía así, Lisboa pensaba que todos eran veteranos de guerra de esa década de los noventa que ya había desaparecido detrás de sus cabezas; también que eran los sobrevivientes de una serie de familias forjadas en el dolor.

El trago siguió corriendo y lo que vino después de esa conversación es algo que aún permanece en la mente de todos como el recuerdo indeleble del último Conciliábulo: la última noche en que Spanton volvió a ser Spanton, y en la que todos, animados por la euforia, tomaron sus posiciones de siempre y vivieron a fondo la última interpretación de los papeles que ellos mismos se habían adjudicado durante años para un teatro vacío, o lleno de sombras. En un momento, ya nadie recuerda cómo, los cuatro abandonaron la quinta, se metieron a caminar por la avenida Pedro de Osma, bordearon los malecones de Barranco y llegaron al límite con Chorrillos, más allá del Museo de Osma, de pronto sentados en uno de los parapetos frente al mar allá abajo, la cruz de Chorrillos muy grande y muy cerca, totalmente desatentos al sueño de los vecinos. Bruno bailó en el muro del malecón mientras todos gritaban lo que

era necesario gritar esa noche, desesperados por una sensación de plenitud y la sospecha de que todo aquello se les acabaría bajo una nueva forma de percibir el tiempo. En cierto momento se dispararon los juegos de palabras de Jorge, las imágenes poéticas de Santiago, las ecuaciones racionalizadoras y a esa hora absurdas de Gabriel, el histrionismo desaforado y barroco del Spanton. Las cuatro cabezas estaban pegadas las unas a las otras como un equipo de fútbol americano formado por solo cuatro guiñapos en terno y totalmente mamados y exultantes. Entonces entre ellos, entre la piel pálida de Montero y la oscura de Lorente y la trigueña de Ramírez Zavala, Lisboa sintió que la suya, que sus rasgos, tenían completo sentido. En cierto momento pensó en el significado de la libertad, en la lección secreta que el Conciliábulo le ofrecía, pero las bromas y las frases ingeniosas de sus amigos lo terminaron doblando de la risa sobre el piso del malecón, y entonces perdió el sentido de las cosas.

9

Muchas veces me he preguntado cuán distinta sería nuestra vida si Jorge aún estuviera en Lima y nos siguiéramos viendo como antes. ¿Algo habría cambiado? A veces se me da por pensar que en verdad todo sería distinto con él aquí: quizás habría mantenido encendido en nosotros algo que parece perderse con el tiempo. Otras pienso que no habría sido así, y que igual cada uno habría sido lo que le tocaba ser y la dinámica entre todos se habría enfriado sola, hasta paralizarse. Las cosas, finalmente, se terminan deteniendo en algún momento. La única particularidad consiste en la manera en que lo hacen.

La última vez que vimos a Jorge fue aquella tarde en que los cuatro nos citamos en El Nacional de La Herradura un día antes de que su avión partiera para Madrid. No nos habíamos visto casi nada después de la boda: nos recuerdo caminando por la calle Manuel Bonilla una noche en Miraflores, y también en casa de los padres de Alejandra, en Magdalena, unos días antes de que ella se fuera del Perú llena de esperanza y de miedo. Después nunca más. Creo que aquella última vez fue una tarde de sábado, y por una razón que no alcanzo bien a explicar he olvidado por completo qué dijimos mientras íbamos a la playa y lo que hablamos mientras almorzábamos y brindábamos en nuestro encuentro final. Es probable que hayamos repetido las mismas chapas de siempre. Que hayamos pedido cervezas heladas desde que llegamos, y también ceviches y jaleas, y que hayamos hecho bromas sobre el mar y la playa, la poesía, el viaje a España, la propia España. Sentados en la mesa de la terraza del segundo piso compartimos puchos, nos tomamos fotos y casi imperceptiblemente, como si todo hubiera estado capturado en un lentísimo plano secuencia, la tarde cayó sobre nosotros. En un momento, no recuerdo cuándo ni por qué, los cuatro empezamos a hablar menos y después a decir solo monosílabos, a meternos en pozos de silencio de los cuales era cada vez más difícil salir, y después, quizás cuando ya no había sol en el cielo pero aún su luz se reflejaba más allá del mar, empezamos a evitar mirarnos a los ojos. Alguien, probablemente el mismo Jorge, se puso de pie y tomó la iniciativa. Debimos bajar. Debimos de habernos parado en algún momento, pagar la cuenta y salir del sitio. El Nacional. Jorge subió a su carro. Y a su lado se ubicó Santiago. Si no recuerdo mal esa tarde Bruno y yo íbamos detrás. El carro empezó a desplazarse y cada uno miraba por la ventana la

agitación del mar, el horizonte que de pronto se perdía de nuestra vista. No vi nada que pueda recordar ahora, salvo unos juegos mecánicos en la subida del camino de tierra y de pronto escuché la voz de Santiago tratando de acompañar la voz de Iggy Pop en el auto o la de Bruno hablando algo que no alcancé a distinguir bajo la música de Clash, o de Pulp, o de otros grupos que siempre le gustaron a Jorge. Recuerdo claramente, sí, que de pronto sonó una canción que creí nunca antes haber escuchado: un piano entraba de un modo lánguido al interior del auto y junto a él una cadencia baja de batería y un teclado acompañaban la voz de alguien que refería un día extraordinario pero cantaba de la manera más triste del mundo. Cuando llegó la fuga los tres la entonaron a todo pulmón y yo reconocí que había escuchado antes esa música. Pero no conocía la letra. Ni al músico.

—Lou Reed, loco —dijo alguien cuando pregunté por ella.

A esas alturas no sé si fue Santiago o Bruno. Podría haber sido Jorge. En momentos como ese, como si fuéramos un grupo de niños que se resistían a separarse, todos hablábamos exactamente igual.

Ya casi no se veía nada cuando entramos al túnel de la Herradura y cuando salimos de él todo resultó la prolongación de ese túnel. Era de noche. Y yo vi cosas que de pronto se me antojaron que debía contar alguna vez en algún sitio pero que se me olvidaban apenas las veía, como si mi vista se diluyera sobre todo lo que intentaba aprehender para transformarlo alguna vez en palabras, en algo que fuera sobre eso, sobre ellos. Ahora sería un milagro recordarlas. En ese carro en el que una cerrazón de su sensibilidad hacía más oscuro todo, Gabriel sintió la impotencia y la pena de ser quien era, un tipo sin capacidad para escribir nada, para revelar ese momento que alguien debía narrar.

Era ya de noche cuando el carro llegó a la esquina de la calle Ayacucho con la calle Castilla Ríos, a unas casas de lo que dejaría de ser definitivamente la casa de Jorge y de Alejandra, esa quinta en la que se casaron y en la que todos estuvimos locos, y fuimos felices. Nos paramos los tres en fila y bajamos del auto y él hizo lo mismo. Estábamos los cuatro distribuidos en esa esquina. Sabíamos que iba a ser difícil continuar en ello. Aún me es difícil. La verdad es que ahora mismo no sé a quién abrazó primero. No fui yo, sin duda. Pero sé que cuando vi ese primer abrazo interminable, dos sombras que se cargaban una a otra con intermitencias, y se estrechaban demasiado, casi al punto de hacerse daño, tuve deseos inmensos de correr, o de hacer del tiempo una tira flexible, un elástico que pudiera ser volteado a voluntad. Los dos que quedamos, esperando en fila como ante un pelotón de fusilamiento, fuimos

pacientes con la ceremonia de murmullos casi callados de esos dos amigos que se separaban y que eran nuestros amigos también y se decían cosas que no tiene sentido escribir aquí. Ahora veo con claridad la casa de enfrente, que era de madera, las luces a lo lejos, del otro lado de la Bajada de Baños, la cabeza gacha de quien había dejado de estrechar a Jorge…

Nada más. Lo que vino a continuación es algo que me doy cuenta rápidamente no estoy en capacidad de narrar. Después Jorge fue hacia la puerta de su auto y nos saludó con la mano, hizo una mueca que las sombras no nos permitieron distinguir con claridad y se metió en su carro. Así. Después vimos las luces del vehículo alejarse, y cuando desapareció de nuestra vista empezamos a caminar de regreso al parque central de Barranco en silencio, hasta que en cierto momento aún impreciso, entre la Bajada y el parque, Bruno se dobló en dos y rompió a llorar…

—Algo se acabó ahí, esa tarde —me diría Santiago tiempo después, los dos sentados en Mochileros viendo la avenida Pedro de Osma a lo lejos—. Como si la cuenta regresiva hubiera comenzado allí, en aquel día.

Tengo una foto a mi lado, una que me ha acompañado todo el tiempo que voy escribiendo este libro junto a otra en que Fernanda y yo estamos sentados en un café de Miraflores después de la primera vez que yo hablé con su padre y él aceptó que ambos pudiéramos ser enamorados. Es una fotografía que tomé esa tarde en El Nacional, cuando el sol aún no nos había abandonado. Verla es recuperar parte de lo que mi memoria perdió. Algún tiempo después, cuando nos encontramos con Santiago y Bruno en una de las reuniones en que salíamos los tres y dejábamos siempre una silla vacía para Jorge, les llevé copias ampliadas de esa foto y luego también mandé a escanear la imagen y se la mandé por correo a Ramírez Zavala porque me pareció increíble lo que revelaba. A veces nos hemos detenido para hablar sobre esa imagen, y a veces también nos empieza a costar reconocernos en ella: algo se quedó ahí, algo que hemos empezado a dejar de tener. Lo que es cierto es que la foto no refleja lo que sentimos esa última vez. Los cuatro chicos de la foto parecen tener claramente menos de treinta años, aunque para ese momento dos ya los habían cumplido. Igual, todos parecen suspendidos en esa época estática en la que el tiempo aún no parece correr y en la que todo, por naturaleza, parece que se mantendrá en su lugar. Nadie puede sospechar lo que les espera más adelante. Estaban sentados a la mesa cuando Lisboa les pidió juntarse para una foto que él mismo tomaría alargando todo lo posible su brazo izquierdo y completamente a ciegas. Los cuatro miraron el objetivo y nadie vio a nadie. Lisboa sonríe, la piel oscurecida debajo de un polo anaranjado y con cuello, y

sus ojos parecen desaparecer completamente bajo su sonrisa; Montero lo ha abrazado, lleva el polo amarillo y se le ve colorado y su gesto parece irreconocible, de pronto ha transformado todos sus rasgos como si aún estuviera con Lorena y no solo; pegado a su rostro Lorente muestra una cara contraída por la risa, como si acabara de escuchar el mejor de los chistes o como si recordara alguno, y hay algo de histrionismo en su alegría, una espectacularidad que contrasta con la expresión relajada, serena, de Ramírez Zavala. Es el único de los cuatro que coge algo, un paquete de cigarrillos Marlboro *lights* dejado a un lado de la mesa. En la misma superficie del mantel se pueden apreciar otras cajetillas, unas botellas de cerveza y vasos a medio llenar, el pocillo vacío de canchita. En otras fotos se le verá tenso, o algo dubitativo. Pero en esa imagen no. Mirará a la cámara con la misma frontalidad de sus tres amigos, como si en ese segundo también hubiera coincidido en pensar que el encuentro próximo entre todos los devolvería intactos a aquella tarde, sin modificación alguna y bajo la misma tranquilidad, sin la menor amenaza de tragedia o algún acontecimiento doloroso, cercano o lejano.

Pero nada. La realidad, por supuesto, no se dio así.

Solo unos pocos días después de aquella despedida, cuando Ramírez Zavala, desde Barcelona, no daba señales de vida aún, Lisboa recibió una llamada telefónica que de cierto modo lo alertó acerca de algo desconocido y aterrador que ocurría a su lado y de lo que él ni remotamente sospechaba. Fue de madrugada. El celular sonó a eso de las cuatro, y mientras él se levantaba para contestar solo se le ocurrió que, en el otro lugar del mundo, a su amigo Ramírez Zavala le había pasado alguna desgracia. Normalmente, sabía Lisboa, Ramírez Zavala llamaría a Montero, con quien su amistad era de mayor data, pero era probable que Santiago no hubiera podido responderle. Cuando cogió el móvil y vio que la pantalla no podía comunicarle el número de la llamada, Lisboa fue consciente de su miedo.

—¿Aló? —dijo, paralizado.

Del otro lado de la línea solo se percibió un llanto de mujer, una voz maltratada, rota en mil pedazos por algo temible; una voz que, al escucharlo, se puso a sollozar de modo desgarrado.

—¿Aló? ¿Alejandra?

Lisboa se imaginó una mujer recostada en el suelo frío de una habitación en Barcelona. Alejandra. Jorge. En la confusión vio por un momento a su amigo muerto, o golpeado por gente desconocida y xenófoba. ¿Alejandra? ¿Alejandra? Pero pronunciar esa palabra solo lograba que la voz se agitara

más y se tornara más oscura y desesperada. Con el pecho aún desbordado, Lisboa calló por unos momentos para tratar de entender aquello que empezaban a decirle del otro lado de la línea. La mujer se ahogaba como ante la escena de un crimen, como si estuviera delante de un cuerpo muerto o como si el horror o la culpa la asfixiaran. Cuando escuchó palabras más nítidas que sin embargo solo construían oraciones incongruentes, Gabriel supo que quien estaba del otro lado no era Alejandra y que la llamada no provenía de tan lejos. Era Fernanda.

Aún ahora, cuando le toca prepararse para narrar todo lo que le sucedería después, esa llamada sigue siendo una pieza que no termina de encajar en ningún tablero aun cuando él sabe perfectamente que resulta gravitante. Aún ahora se pregunta desde dónde lo llamó Fernanda aquella noche y por qué no usó su teléfono móvil; cómo así había estado en ese estado un día de semana cualquiera, una noche en que se suponía tendría que estar durmiendo antes de asistir a sus clases de la universidad. ¿Habría peleado con sus padres? Nunca lo llegaría a saber, en parte porque ella le dijo después que no recordaba haberlo llamado, aun cuando era claro que era ella, Fernanda, quien reconoció su nombre y las frases de tranquilidad que él pronunció antes de cortarle de buenas a primeras. Gabriel se pasó la noche tratando de comunicarse con su celular, que primero timbró varias veces, sin respuesta, y luego se desactivó de un momento para otro. Después lo venció el sueño.

No supo de ella en el resto del día siguiente. Fernanda solo le mandó un mensaje de texto en que le respondía que estaba bien. Él le respondió que tenían que hablar. «Así es», contestó ella.

Se encontraron la mañana del día siguiente en la Universidad de Lima y Lisboa llegó al encuentro con una ansiedad similar a la de los días del año anterior en que se reunía con Fernanda a esas horas para llevarla a su casa por primera vez y hacer el amor. Era el mismo escenario, la gente recién bañada y refugiada en infusiones calientes al abrir la mañana, las clases iniciándose, los edificios con escaleras exteriores, los profesores con cartapacios, las bancas de la universidad que recorría con una punzante sensación de resquemor en el estómago. Gabriel sentía algo de cólera por la inquietud de la llamada y ansias por saber exactamente qué había pasado esa noche y por qué Fernanda no había contestado su teléfono en todo el día. Se lo preguntaría todo muy claramente. Solo que al verla llegar con un cigarrillo en la mano y la actitud ansiosa de querer prenderlo, el rostro descentrado por una mueca violenta contra él, toda su determinación se disipó. Fernanda se sentó ante él con el

cigarrillo apagado, buscó en su bolso el encendedor y lo prendió. Temblaba, acaso por el frío de la mañana.

—Gabriel —le dijo, soltando una bocanada de humo—, creo que hay algunas cosas que tengo que decirte.

Él la miró y sintió frío, hizo un gesto que significaba que la escuchaba y entonces ella, dando pitadas ansiosas al pucho, resollando y parando a ratos, se entregó a la durísima tarea de hilvanar un discurso que se notaba había preparado cuidadosamente. En los minutos que siguieron, Gabriel siguió penosamente sus esfuerzos y escuchó todo como si se dirigiera a un hombre sentado a su lado que no era él. ¿Cuántas cosas habría dejado de decir Fernanda en esas pausas en que volvía a darle pitadas a sus cigarrillos, en que buscaba nuevamente su encendedor en la cartera, en que simplemente se quedaba mirando a diferentes puntos del campus con la voz suspendida? ¿Qué cosas retenía en cada pausa que se tomaba? ¿Cuántas cosas que debió decirle a él y que no se atrevió a nombrar por pena, o por miedo, o por amor? Gabriel no lo sabe aun hoy, y quizás si hubiera sido paciente ella le habría contado todo. Pero no fue así. Muchas veces, torpemente, él se apoyaba en su edad y la ayudaba a ella a decir lo que quería decir. Fernanda no se sentía bien en donde estaba. En general. No estaba completamente segura de la carrera que llevaba. Las clases de *marketing* la aburrían soberanamente y tampoco estaba segura de si se quería dedicar a escribir. Es decir, le gustaba hacerlo, pensar en eso o leer, pero al ver la seriedad, la pasión, la fijación que Gabriel ponía en sus objetivos se había dado cuenta de que quizás esa vocación tampoco era la suya. Gabriel le dijo que en verdad no estaba seguro de que su manera de querer hacerse escritor fuera la adecuada, y acto seguido se encontró lanzado a una verborrea aplanadora que dejó en silencio a Fernanda. Así era muchas veces Gabriel, ¿me daba cuenta? Era un chico espléndido, era transparente y la amaba, pero a veces estaba tan metido en sus propios dramas, tan importantes para él, que le resultaba imposible siquiera darse cuenta de los que padecían los demás. Ella había tenido sus problemas también, ¿lo notaba? A él solo le parecían importantes los suyos, la partida de Jorge, su maravilloso grupo de amigos a punto de desmembrarse, sus cuentos… ¿Y ella? Ella había pasado meses sola, sin tener amigos en la universidad, sin él, de pronto sometida a la indiferencia completa de su familia. A veces, sabía, le parecía estúpido que ella misma hubiera aceptado la idea de que sus problemas eran menos importantes que el «gran problema» de él de convertirse en escritor. ¿Él se preguntaba realmente qué le había pasado a ella durante ese tiempo que él la abandonó? ¿Qué había pasado exactamente en su vida luego de que la

dejara tirada en aquella banca de Miraflores? ¿Se lo había preguntado? Él había regresado a su vida de pronto, diciéndole que sus padres ya no le interesaban y que no hablaran de ello. Pero eran sus padres. Él había regresado a contarle lo mal que le había ido aquellos meses con sus cuentos y la había vuelto a hacer reír y por un momento le había hecho olvidarse una vez más de su casa, de sus hermanos, de sus clases. Pero ahí estaban. Y su vida era esa. Y ahora, realmente, tenía dudas sobre todo y se sentía realmente mal. Cada mañana en sus clases, cada vez que se reunía con alguna compañera en los patios y hablaba de él, cada vez que intentaba abrir un libro se sentía siempre pequeña, como una criatura que se iba reduciendo de tamaño lentamente, condenada a desaparecer. Nada de lo suyo, ni el intercambio áspero de palabras con su madre esa mañana, ni el control de lectura de publicidad, ni la broma de un compañero en clase sobre una intervención suya le parecían significativos para contárselo a Gabriel. Y era él quien la hacía sentirse así. O ella era así. No lo sabía, le dijo, y lo miró a los ojos, y entonces los suyos se humedecieron y su pecho se agitó antes de que él fuera a abrazarla.

Las cosas cambiaron, pero solo ligeramente. Gabriel no le preguntó por la llamada de la noche y se esforzó por saber, cada vez que se veían, cómo le había ido en casa, en el trabajo, y Fernanda se esforzaba por decirle algunas cosas que él trataba de seguir y acompañar con sus opiniones, pero la verdad es que todo empezaba a mostrar un inobjetable deterioro. No eran los mismos de hacía un año. Fernanda comenzó a manifestar una incomodidad a su lado. Respondía con frases irónicas a las cosas que él le contaba de sus amigos y luego él presintió que había un trasfondo persistente de ira en todas sus respuestas. Cuando él finalmente le contó la llamada de aquella noche, Fernanda lo miró con ojos neutros y le dijo que no la recordaba: que lo más probable es que no la hubiera hecho nunca. Y Gabriel dudó. ¿La había soñado? ¿Era posible eso? Algunas veces, cuando hacían el amor, la había sorprendido mirando a otro lado de la habitación con una expresión que parecía de miedo, como si detrás de las espaldas de él hubiera una presencia amenazante. Luego él terminaba o se interrumpía y ella le ordenaba los cabellos y lo miraba a los ojos con una expresión vacía y de cierta gratitud y luego se ovillaba entre los brazos de él. Los encuentros se espaciaban porque ella empezaba a salir algo más con algunos compañeros de la universidad, sus primas que habían llegado de Arequipa, sus amigas del colegio. Mientras menos la veía, Gabriel buscaba nuevas salidas para reiniciar aquella relación

que se había visto afectada por lo que él creía causas completamente externas a ellos.

Empezó a imaginarse una vida al lado de ella, y en un momento le dijo si no sería adecuado para ambos salir del país, esperar a que ella acabara la carrera mientras él intentaba ganarse una beca al extranjero, tal como había hecho Alejandra llevándose con ella a Jorge. ¿España? ¿Estados Unidos? Él adoraba la literatura pero era evidente que no la podía escribir, de modo que podría al menos enseñarla, ¿verdad? Y cuando le pintaba esos panoramas a Fernanda, la posibilidad de vivir muy lejos de Lima, en un campus norteamericano lleno de nieve, lejos de las barreras que su familia les había impuesto, ambos estudiando, ella lo miraba con cierta ilusión. En esos momentos parecía que Fernanda se acercaba a él, porque completaba su proyección con nuevos detalles, todos lindos: las mañanas saliendo ambos de una casa de madera, las ardillas revoloteando entre los árboles, los desayunos preparados y colocados en las mochilas. A veces, cuando imaginaban todo eso, ella se lanzaba sobre él a besarlo con apremio, como si él estuviera a punto de irse al aeropuerto esa noche y ella tuviera que quedarse en el país. Una tarde de inicios de noviembre le dijo a Fernanda que había averiguado los sistemas de becas y le planteó la posibilidad de hacerlo en serio, de pasar de las ideas y los deseos a la acción. ¿Qué le parecía? Fernanda lo abrazó y se quedó mirando largo rato la pared de la habitación de Santa Anita. De pronto todo le parecía posible: ese verano trataría de no dejarse arrastrar a la casa de playa de sus padres y permanecería más tiempo con él, o podría llevar cursos de verano para adelantar la carrera. Era una gran posibilidad.

—Quizás es esta ciudad la que me ha impedido escribir —dijo él, agotado, mirando a su lado el cielorraso del cuarto.

—A lo mejor —la escuchó decir.

Él tenía que terminar de corregir los trabajos finales de sus alumnos así que ella lo dejó solo. Se sentía bien. Parecía sonreír. Gabriel no hubiera sospechado que solo unas horas después, de noche, cerca de las diez, ella lo hubiera llamado de un modo tan parecido al de la llamada de aquella madrugada —sí, había sido ella: esa era la voz, aunque aún no desintegrada por el llanto— diciéndole que tenía que hablar con él, que era de veras urgente.

—Voy a tu casa —le dijo él.

—No, en casa no —respondió ella—. Veámonos en el parque que está a dos cuadras de casa. Estaré ahí.

Gabriel imaginó una pelea terrible, pensó que el esbozo de ese plan juntos había generado en ella una presión muy fuerte y de pronto se sintió culpable, aunque no sabía exactamente de qué. Ni cuando la vio sentada ahí fumando con las piernas encogidas en uno de los extremos de la banca, ni cuando sintió que ella lo saludaba con un beso muy rápido en los labios, como tratando de evitarlos, ni cuando vio sus ojos hinchados como si no hubiera parado de llorar desde que se subió al taxi cuatro horas antes, sospechó lo que Fernanda tenía que informarle.

—No sé si es bueno que sigamos juntos —le dijo de súbito, con un gesto que evidenciaba apremio y también rabia contra él. Aunque también contra ella.

—¿Cómo?

—Eso. No lo sé bien. No sé si está bien que sigamos juntos.

Y entonces no pudo decir nada más. Y volvió a llorar. Ahora resultaba evidente que no podría articular nada concreto. Era solo su cuerpo, sacudido por el miedo o la desesperación, lo que le decía que ella no quería estar en ese lugar pero debía hacerlo. No se sentía bien. Estaba confundida. Y necesitaba tiempo. No, no sabía precisamente de qué se trataba. Sentía cosas muy distintas por él, todas a la vez. Se sentía morir a ratos. No quería levantarse en las mañanas. Le costaba respirar. Algo le decía que nunca conocería a alguien como él. Pero es que pasaban más cosas. No quería dañarlos, ni a ella ni a él. Tampoco estaba cien por ciento segura de que quería terminar. Era solo que necesitaba estar sola, necesitaba tiempo, necesitaba respirar. Escucharse, darse importancia, sentirse en su cuerpo y poder tocarlo, hablar con ella misma sin herirse. No lo sabía.

Fue la última vez que ambos se vieron, pero Gabriel no lo sospechaba ni remotamente. Fernanda está aún ante sus ojos vistiendo un *bluejean* y lleva unos *crocs* de plástico que ocultan unas medias de rayas horizontales, un polo blanco y encima de todo un chalequito verde. Sus ojos están reventados por el llanto. Y asustados. Su cabello, amarrado con violencia bajo un listón ancho y negro. En ese momento él se da cuenta recién de que ha perdido peso. Esa es la última imagen que Gabriel guarda de Fernanda. De pronto, observándola, se dio cuenta de que estaba lejísimos de él, y sintió miedo. Ella evitaba mirarlo, y su postura, las piernas recogidas sobre la banca, evidenciaban la decisión de protegerse de él. Él no intentó aproximarse esa vez, y ambos se quedaron mucho tiempo así. O quizás fue poco tiempo pero ahora, en el recuerdo, a él le parece una inmensidad. Entonces, cuando aquella idea prendió en su cabeza, esa idea en la que jamás había pensado, supo que la

formulaba para calmar la angustia que de pronto aparecía dentro como un animal punzante y resbaladizo.

—Fernanda —le dijo, luego calló.

Ella volteó hacia él.

—¿Has conocido a alguien?

La vio mirarlo y negarle ligeramente con la cabeza, la mirada vacía.

—¿Has conocido a alguien? —repitió, para asegurarse de que su pregunta fuera real, para decirse a sí mismo que en verdad se estaba planteando esa posibilidad.

—No —le respondió.

—¿Hay alguien?

—No —le dijo ella, acercando sus rodillas a su rostro en la banca—. Te lo juro. Nadie.

10

Para cuando Gabriel descubrió que Fernanda era la amante de un hombre que casi le triplicaba la edad —un tipo de piel pálida, cabellos blancos y ojos hundidos— había descartado por completo sus planes de irse del país. Lo vio solo unos segundos, muy rápido, la mañana en que llegó a la universidad para hablar con ella a la salida de clases e intentar una solución y descubrió que era él quien estaba sentado en esa camioneta negra a la que ella se dirigía con premura a través de la avenida Olguín. Al principio, con algo de miedo, pensó que se trataba de su padre pero luego, al mirarlo con detenimiento, descubrió que no era él. Fernanda cruzaba la pista con el rostro ensimismado; no podría decirse que hubiera en él muestras de ilusión pero tampoco que hubiera pesar. Al subirse al auto se aproximó a besarlo de un modo breve pero él sujetó la barbilla de ella y prolongó el beso y lo hizo explícito. A Gabriel aquello le pareció inmediatamente una imagen atemporal en movimiento, y de pronto sintió que miraba un recuerdo, pero también que las cosas seguían ocurriendo en el interior, los segundos en que la veía caminar con paso apurado por la pista, la mano del hombre cogiéndole la barbilla, el beso demorado entre ambos, incluso después de que el auto desapareciera de su vista. Gabriel se quedó quieto como un poste viendo el espacio vacío y sintió que algo delicado se rompía al interior de su mente y que una sensación de desequilibrio le indicaba que en cualquier momento sus piernas se doblarían y caería de bruces sobre el pavimento. Se agachó como pudo, lentamente, con los movimientos de un anciano, y se quedó de cuclillas donde estaba. Desde ahí vio pasar los autos, los transeúntes, las camionetas a veces negras que cortaban velozmente la grava.

Hubo algunos segundos, quizás minutos, en que todo se detuvo. Después recuperó cierto control sobre sí y se concentró en ponerse de pie y en caminar sobre el vacío para conseguir una cajetilla de cigarrillos allí donde antes la había comprado ante las manos temblorosas de Fernanda. Empezó a fumar ávidamente mientras caminaba sin dirección. Aún recuerda la imagen de la larga pared roja del hipódromo de Monterrico, un puente peatonal que cruzó bajo una avenida gigante que era la Panamericana Sur, los enormes jardines de San Borja cerca del Pentagonito, todo de pronto enlazado por un itinerario sin brújula ni propósito. A ratos tenía ganas de quebrarse pero no se quebraba, sentía ganas de golpear o de correr con todas sus fuerzas pero no explotó en

gritos y no golpeó nada y se mantuvo de pie, sin descanso, caminando. La imagen de una muchacha de veinte años que tenía el rostro, y la piel, y los rasgos de Fernanda y que de pronto se entregaba a ese tipo que podría ser su padre o en el que Gabriel encontraba a alguien equivalente a su padre lo pulverizaba pero también lo mantenía de pie, caminando rabiosamente contra todas las cosas. Después las visiones se tornaron más intensas y explícitas, y ante ellas Gabriel solo sacudía la cabeza, cerraba los ojos, se ponía de cuclillas cuando sentía que lo maltrataban físicamente y solo atinaba a susurrar con una voz que no le pertenecía la palabra «*mierda*». No parecía existir manera de detener la descarga de todas aquellas revelaciones.

Cuando las imágenes se espaciaron y le dieron algo de tregua fue el turno del lenguaje, y todo resultó más devastador. Fernanda y ese hombre eran amantes y en ese momento era perfectamente posible que estuvieran juntos, que ella se hubiera tirado las clases para encontrar en él el cobijo o la compañía o la idea de comprensión que le faltaba, sin duda en un hotel o en una habitación. ¿Lo estaría haciendo todo nuevamente a espaldas de sus padres? Era lo más probable. Quizás se daba al hombre como hizo con él, en un intento por contradecir la voluntad de su casa. Para cuando Gabriel cruzaba la avenida Primavera de un lado al otro de Chacarilla del Estanque, ya se había revelado que Fernanda había iniciado esa relación mucho antes de hablar con él aquella vez en el parque. De súbito, como iluminadas por un haz de luz, una serie de gestos, de palabras, de ausencias, cobraron total sentido. ¿Desde cuándo? ¿Fue en esos meses en que él la abandonó y dejó de verla? «No sabes lo que ha sido de mí estos meses», le había dicho una vez. Gabriel volvió a leer los llantos llenos de pánico de ella mientras hacía el amor con él, la mirada vacía y sin dirección ciertas veces que él la penetraba, la manera en que ahora cubría su cuerpo cuando ambos terminaban de estar juntos. ¿Era eso? No lo había conocido ahora que habían vuelto sino mucho antes: por él habría cambiado de peinado, por él lucía de pronto más adulta y como más distante ante la pasión, los relatos, la intensidad que él intentaba poner a las cosas a su vuelta. Se sentó en la banca de un parque y miró un grupo de palomas que se peleaban por algo que podría ser un roedor muerto. El tipo tenía el doble de vida que él, el doble de conocimientos que él, los recursos materiales y medios de los que él carecía: un carro, seguramente un departamento al que llevaba a Fernanda. En verdad era más parecido que nadie al padre de Fernanda. ¿Era eso lo que lo lastimaba así? Para cuando regresó a caminar y la tarde caía y las avenidas se atestaban por el tráfico de las personas que dejaban sus oficinas, Lisboa sabía que dirigía sus pasos hacia

Miraflores y que su destino era la casa de Santiago Montero. De camino, secándose las lágrimas, comprando una segunda cajetilla de cigarrillos, recordó aquella llamada que Fernanda le había hecho la madrugada en que fue incapaz de articular nada: solo lloraba desde un teléfono que no era el suyo. ¿Fue esa la primera noche en que él la cogió? ¿Fue la culpa lo que borroneaba así su voz? Lisboa creía recordar ahora la urgencia de un animal pequeño y atrapado y sentía que le entraban ganas de correr a rescatarla, pero también sentía que si la encontraba le provocaría desfigurarla a golpes.

Cuando llegó a casa de Montero, después de llamarlo, ya no podía más del cansancio de su mente. Montero vivía en la calle Piura, cerca de Comandante Espinar, y como en estado de trance Lisboa subió los tres pisos de su edificio, saludó a su amigo y se recostó en el sofá que había por todo mueble en lo que algún día sería la sala.

—El niñoloquismo —dijo su amigo unos minutos después de que le contara los hechos en frío, matando su pucho en el cenicero, recostado en una butaca al lado de Lisboa—. La locura del niñoloquismo.

Le preparó un par de sánguches mixtos, le invitó algunas infusiones, y se quedó mirando el piso de su espacio lo mismo que Lisboa. Le dijo que preguntarse lo que fuera en ese momento era inútil. Lo único que importaba bajo esa circunstancia era concentrarse en él, en no abandonarse, en sacarse a la luz. Los siguientes días tendría que vivir aferrado a su cama en pleno huracán. A él no le había pasado nada parecido pero las experiencias podrían ser equiparables. Era en estos momentos en que se notaría realmente de qué estaba hecho.

Cuando cerca de la medianoche, tras horas de silencio e intercambio de preguntas sin respuestas, Lisboa le dijo a Montero que se marchaba, no quería molestarlo y ya se sentía mejor, sabía en el fondo que cumplir los consejos de Montero en las condiciones en que se encontraba sería imposible. Apenas se fue a buscar más puchos y a caminar por el malecón de Miraflores se dio cuenta de que una bestia se despertaba dentro de él y tomaba el control de su voluntad. Llamó a Fernanda imaginando que ya no estaría con el hombre sino en su casa pero al hacerlo y escuchar su propia voz solo sintió lástima por sí mismo y le preguntó con una voz suplicante por qué le había hecho algo así, por qué se lo había ocultado. Del otro lado de la línea la voz de Fernanda trató de fingir completo desconocimiento pero cuando se enteró de cómo Gabriel la había visto con el hombre de la camioneta negra se tornó helada y luego calló. Por sobre el llanto apagado de Gabriel se limitó a decirle que de veras lo sentía, que también ella se encontraba mal, que él «no entendería» todo lo que

estaba pasándole. Lisboa le cortó, atorado por la rabia. Después de unos minutos volvería a llamar, esta vez para gritarle a todo pulmón que era una cualquiera y para lanzarle una ráfaga de insultos que ella atajó cortando la llamada. Intentó nuevamente, sabiendo que así solo se hacía daño a sí mismo, pero ella había desconectado el celular. Tuvo ganas entonces de llamar a su teléfono fijo y despertar a su familia, de hablar con su padre y contarle que su hija salía con alguien realmente *parecido a él*, como él tanto deseaba, solo que un par de años mayor, y también tuvo ganas de ir a la propia casa a hacer un escándalo y esta vez sí despertar a todos los vecinos del parque. En el fondo sabía que nada de eso ocurriría, y que sus fuerzas apenas le servirían para regresar a casa en un par de largos viajes en bus. Luego todo fue como un trance largo en que los ratos de conciencia se alternaban con las imágenes quemantes de Fernanda y del hombre, momentos en que fumaba como un poseso, o tomaba alprazolanes para dormir por apenas tres o cuatro horas. Todos los días y las noches siguientes se liquidan en un solo día y una sola gran noche en que Gabriel se azota mentalmente como quiere, se hace mucho daño diciéndose las cosas más terribles, muchas veces tomando prestadas las palabras del padre de Fernanda. Llora mucho, y siempre se siente estúpido por hacerlo. Llega a gritar después de un tiempo. Llega a golpearse físicamente. Desea como nunca antes había deseado a Fernanda, su cuerpo que esta vez resultaba conscientemente joven y bello, que imaginaba muchas veces de una nueva forma, tan solo como una cosa, un objeto deseable y descartable desde la posición de ese hombre adulto y bien instalado en la tierra que en el fondo él deseaba ser. Imaginó el cuerpo de ella, su sexo, sus caderas, sus senos firmes y sus muslos desde los ojos distanciados de él y muchas veces se imaginó poseyéndola desde el completo desapego siendo ese hombre, e imaginándose que siendo él tenía un hogar, hijos y compromisos y que se tiraba a Fernanda por simple placer. Entonces se le paraba la verga y se masturbaba con violencia en medio de su cama en una carrera contra su propio dolor. A veces lo cortaba su llanto. A veces se venía con lágrimas en los ojos y una sensación de sal ácida en la boca.

Los días, después de aquellas noches, se perdieron como en un pozo ciego, y de ellos Gabriel apenas puede recobrar algunas imágenes: sus tíos a su lado, como si nunca lo hubieran dejado solo; la tía Laura pegada a su cama, como al lado de un enfermo, y el tío Emilio viéndolo comer desde la puerta de la habitación cuando ya había recuperado el apetito, y también el sueño, los días finales del semestre y los primeros de diciembre, las fiestas que pasaron ante sus ojos sin acentos salvo las ganas entrecortadas de llamar a

Fernanda y el reconocimiento de una rabia y una impotencia que luego lo hacían desertar.

En cierto momento todo se tornó estable, aunque doloroso. Los recuerdos, y muchas veces las nuevas ideas o conclusiones, lo cogían a Gabriel desprevenido, como si fueran ráfagas de una metralla que hubiera sido lanzada contra su cuerpo mucho tiempo atrás. En cierto momento se le ocurrió unir la imagen del hombre que estaba con Fernanda con la de aquel que aparecía en la habitación del hotel del cuento que él había leído cuando era alumna de Jaime Estrada. ¿No era aquel mismo hombre el propio «*Juan*», el hombre del que le habló un año antes, cuando ambos recién se conocían y ella le soltó de buenas a primeras esa historia turbia y personal? ¿No había sido él, Gabriel, un avatar de Rafael? ¿No le habían terminado de hacer a él lo mismo que le hicieron al otro? En esos juegos mentales en solitario, desde una calma que no excluía una serena desesperación, Lisboa se veía ocupar diferentes posiciones dentro de un mismo tablero, y de pronto, en cierto momento, le pareció entender a Rafael. Él, como todos, empezando por Fernanda, había pagado su cuota de dolor también. Lo único estable en la vida sentimental de Fernanda, lo único que parecía permanecer y que se encontraba a años luz del entendimiento de Gabriel a pesar de todo el empeño que ponía en descifrarlo, era la figura de «*Juan*». De pronto, en la lectura de Gabriel, todos los fantasmas que la habían rodeado se convirtieron en uno solo. Y de pronto él pudo proyectar una historia posible acerca de aquello que había ocurrido a sus espaldas durante los meses que se alejó de Fernanda. ¿Cómo conoces a un hombre de esa edad? Lo primero que se imaginó fue que «*Juan*» fuera un amigo de su padre o el papá o el tío de alguna amiga suya. Sea como fuere, «*Juan*» había reconocido en ella algo que él también intuyó, pero no cabalmente: un aire de desasosiego, o una depresión secreta y constante, o unos deseos bastante precisos de hacerse daño, y había sabido aprovecharse de ello. ¿Estaría enamorado de ella? Nunca lo sabría. De lo que sí estaba seguro era de que ese hombre tendría una actitud más serena sobre todas las cosas y su edad le habría facilitado la disposición a escuchar a Fernanda, a sonreírle cariñosamente mientras la veía enredarse en los temas de su edad —la vocación, el exnovio, los padres— a pesar de que seguramente le parecerían remotos. También era posible que simplemente hubiese fingido escucharla, concentrado más bien en el cuerpo que deseaba tomar para sí y más bien alertado por el rendimiento sexual que tendría con una mujer casi cuarenta años menor que él, ansiando que supiera poco del sexo como para cumplir con ella a cabalidad y lograr maravillarla. O quizás

no. Posiblemente dentro de su vulnerabilidad sexual, producto de la edad, o de su admiración sin reservas por la lozanía de ella, Fernanda podría encontrar un lugar más preciso para ejercer su poder, algo que la colocaba en una posición de privilegio que Gabriel no le había permitido. Pero ¿sería así?

—Lo que tienes que hacer es dejar de ecuacionar —le dijo Bruno luego de que Gabriel les expusiera a él y a Santiago muchas de sus ideas—. De verdad, mostro. Se te va a achicharrar más el cerebro ya bastante achicharrado que tienes.

Santiago y él se rieron. Los tres caminaban por las calles de Santa Anita una tarde en que sus amigos llegaron hasta su casa luego de coordinar cuidadosamente su visita. No habían ido a ella desde la mañana en que lo ayudaron en su mudanza, cerca de dos años atrás. Y en la manera en que Santiago le gastaba bromas o en que Bruno retomaba el rol de Spanton y hablaba como su dios, Lisboa se daba cuenta de hasta qué punto era algo así como un convaleciente. Montero y Lorente lo hacían reír proyectando un documental sobre su vida cuando Gabriel les hacía —tal como había hecho con Fernanda en su momento— un *tour* por su barrio y su colegio. Imaginaban locaciones y entrevistas sobre la vida de un escritor que había superado en locura al propio Macedonio Fernández con ese libro de más de mil páginas denominado *Obras completas* y que reunía un ensayo crítico vastísimo sobre su cuento «*La serpiente de lava*» y solo en las últimas páginas su cuento «*La serpiente de lava*». En la noche Bruno le repasaba el documental a Tatiana, cuando ambos llegaban a verlo llevando yogures, tostadas y películas de animación que a Tatiana le encantaban. Durante esos días, siendo testigo de la pureza que parecía explicar totalmente la relación entre ellos dos, Lisboa empezó a recuperar la esperanza. Él hubiera querido ser parte de algo así, pero hasta el momento sus vínculos habían estado signados siempre por una extraña dificultad. Recordaba a Cecilia llena de una desesperación adulta, a Claudia acosada de frustración y rencor contra él, contra ella misma… Y a Fernanda… Gabriel pensaba esas cosas cuando veía a Bruno y Tatiana tratándose como dos chiquillos, haciendo voces de niñatos o muñequitos las veces en que lo animaron a salir de su barrio y animarse a ver de nuevo Lima, a ir al cine una vez más, a reconocer la ciudad y su movimiento. Después de algunos días Lisboa se encontró en casa de Montero reconociendo algunos muebles nuevos que su amigo había colocado en sus ambientes, o al lado de él y de Lorente una tarde blanquecina, de calor y resolana, en que los tres caminaban por el malecón de Miraflores y miraban las figuras de parapente proyectando sus sombras sobre los edificios mientras

él advertía que era verano, que había sol y gente caminando, entre ellos él, riéndose a ratos al lado de sus amigos, empezando también él a bromear.

Para cuando los pensamientos sobre Fernanda se detuvieron debido a que él no podía avanzar más en sus hipótesis sobre lo que había pasado, Gabriel se dio cuenta de que era finales del mes de febrero. Fue el verano más corto de toda su vida. El más extraño. Recién por aquellos días fue consciente del calor, de las ropas cortas de las mujeres, del mar azul a un lado de su ciudad. Comprobaba que había algo en él, dentro de su cuerpo, que había solidificado como una piedra maciza todos sus órganos, y esa intuición lo mantuvo a flote. De pronto era preciso moverse. Hacer algo. Gabriel se vio trazando sus primeros planes a la vez que recuperaba su voluntad de afeitarse y bañarse. Su vida, tal como la había vivido, había sido reiniciada contra su voluntad y casi todas sus apuestas, profesionales y afectivas, estaban completamente perdidas. Podría ser útil, pensó, regresar al ritmo de una oficina, volver al periodismo, averiguar sobre un sistema de becas que lo sacara del país. ¿Por qué no? Ahora se acercaba a los treinta y era preciso reconstruir su autoestima tras todo lo que había pasado y que en la acumulación drástica de hechos no había procesado aún: el rechazo de la familia de Fernanda, el fracaso de su vocación, el final de la relación y la traición y el dolor. A lo mejor se trataba de volver a las cosas concretas de antes, el sueldo mensual asignado en su cuenta de banco, los ahorros y la posibilidad de irse a vivir nuevamente solo en el corazón de la ciudad, quizás a Barranco, o a Miraflores, cerca de su amigo Santiago.

La conversación que sostuvo a inicios de marzo con Jaime Estrada fue determinante para todo lo que le tocaría vivir después. Durante los meses más difíciles de su relación, Estrada había acompañado su proceso en silencio y sobre el final del semestre anterior había asumido él mismo la corrección de los trabajos. En una de sus conversaciones casi de finales de año, en clases, Estrada le había comunicado a Lisboa que se había abierto una auditoría al curso que ambos dictaban y que por unos semestres todas las secciones de la universidad iban a dejar de emplear jefes de práctica y luego, aparentemente, solo aceptarían a aquellos que tuvieran el título de la licenciatura. Él no tenía, ¿verdad? En medio del tumulto que vivía en ese momento, Gabriel no fue consciente de las consecuencias de aquella noticia. Ahora Estrada lo había llamado a su celular porque, le dijo, tenía cosas importantes que decirle.

Lisboa ya conocía su casa, del otro lado del parque Reducto, en Miraflores, casi en el inicio de la avenida que lleva ese nombre: una casita color mostaza de las de antaño que resistía el paso del tiempo en medio de

una serie de edificios enormes y a la que se llegaba atravesando un pasaje cerrado e internándose en un pequeño patio. Gabriel había ido ahí algunas veces para coordinar con Jaime los procesos de calificación de los alumnos y de paso para conversar sobre películas o libros, pero nunca había estado tan consciente de la calidez de ese espacio. Cuando vio su expresión de sorpresa al abrirle la puerta, Lisboa fue consciente de que había adelgazado varios kilos y de que llevaba los cabellos largos y desordenados, pero en la sonrisa de Jaime descubrió que se percibía bien. Las cosas aquella mañana tuvieron para él una enorme nitidez porque se empezaba a sentir mejor. Disfrutó mucho de la taza de café que le ofrecieron para tomar, de las galletas que la mujer de Jaime colocó en la mesa, de las palabras que su amigo le dijo esa mañana. Rodeados de una biblioteca que tragaba todas las paredes de la casa, flanqueados por una serie de muñecos y juguetes de madera que Estrada coleccionaba minuciosamente en sus viajes por todo el país, ambos compartieron impresiones acerca de la vida después de que Estrada le confirmara que en efecto no volverían a trabajar juntos en la universidad; sin embargo, le dijo, había surgido una posibilidad real de que fuera profesor en un instituto en el que Jaime no podría dictar y de que trabajaran juntos algunos productos editoriales que él tenía en agenda. ¿Le interesaría?

Durante aquella conversación Estrada le preguntó en cierto momento a Gabriel si es que había *escrito* algo. La pregunta lo desarmó pero igual le dijo la verdad, que no había hecho nada. Estrada se interesó por eso, le recordó el valor de los relatos que él había leído, y le preguntó a Gabriel a qué se debía esa dificultad para escribir. Activado de pronto por una capacidad mejor para nombrar las cosas, Gabriel cumplió con contarle algunos de los pasajes de los últimos meses que había callado durante aquellas clases a las que había llegado hecho un zombi: los cuentos que no le salían y que había roto, la partida de su amigo Jorge, la separación de Fernanda por causas «algo difíciles de referir» y también los problemas con la familia de ella, la dificultad real que sentía para sentarse en un espacio y ponerse a escribir sin dejar que lo afectara todo aquello que pasaba en su vida con la fuerza de un desastre natural. En cierto momento sintió que se abría una compuerta y empezó a contarlo casi todo con tal lujo de detalles que al terminar de hablar Estrada se mantenía apenas en silencio en el sofá de su casa, los ojos muy abiertos y absortos ante la narración de Lisboa. Allí fue que Gabriel se animó a decirle que a esas alturas había renunciado por completo a la idea de ser escritor. Era duro admitirlo, le dijo, pero también era parte de ser maduro, y de crecer. Él no tenía talento, le dijo. Era así de simple. Tenía casi treinta

años, lo había intentado de muchas formas y ahora sentía la paz de los que finalmente lanzaron los dados las suficientes veces como para comprobar sin lugar a dudas la naturaleza aciaga de su suerte.

Estrada no le dijo nada para desmentir aquello. Solo se animó a señalarle que, llegados a un punto, algunos escritores no pueden cancelar su vocación así porque sí, pero no le dijo nada más. Los dos pasaron a otro tema y terminaron cerrando detalles sobre las nuevas clases que él dictaría en el instituto y los proyectos que podrían trabajar juntos. Solo cuando estaba por irse, Estrada le pidió un minuto. Salió de la sala y volvió a ella con un libro suyo y una fotocopia entre las manos.

—Tengo esto para ti desde hace algún tiempo —le dijo a Gabriel, extendiéndole el libro y las copias—. Cuando lo leí hace un par de meses pensé que aún escribías y que te podría ser útil así que le saqué una copia extra. No sé si ya sea demasiado tarde pero igual te lo doy —le dijo.

—Gracias —dijo Lisboa, cogiendo los materiales y saliendo a la calle.

La impresión que le dio la avenida 28 de Julio con sus árboles y casonas republicanas, la gente caminando bajo el sopor del verano, era de pronto tan precisa que Gabriel comprobó a través de ella una nueva sensación de estabilidad y decidió caminar un rato a través de la mañana caliente de marzo. Miró el libro de Estrada y comprobó que era la novela juvenil de la que le había hablado entre clases y en la que un chico, además de que se enamoraba de la bibliotecaria de su colegio, descubría su propia capacidad para escribir sobre sus emociones y dudas existenciales. Al abrir el ejemplar encontró una dedicatoria con la letra empinada de Estrada: «*Para Gabriel Lisboa, con la seguridad de que se encontrará a sí mismo*». Ya sentado en un parquecito diminuto en el cruce de las avenidas La Paz con José González revisó la fotocopia: eran cuatro hojas impresas por los dos lados en la que destacaba la imagen contrastada de un tipo con lentes y una guitarra que parece mirar con algo de pena la frase «*De regreso a la zona salvaje*», el título con el que una periodista de nombre Rosa Montero había decidido titular su entrevista. Era Lou Reed, la estrella de *rock*. A Lisboa le hizo gracia la coincidencia, pero no entendió el propósito de Estrada y pensó que se trataba de un error. Después de hojearla un rato, y tras leerla de un tirón en cerca de ocho minutos, comprendió perfectamente. La mañana era limpia y la tipografía de la copia era amplia y amable. El cantante está en España en enero de 1992 presentando su álbum *Magic and Loss* y responde con una cara imperturbable y algo agotado las preguntas de Montero. De pronto, cuando ella le cuestiona sobre el silencio en que se mantuvo durante años sin la capacidad de escribir

absolutamente nada, él se anima. Reed le dice que eso nunca más le volverá a ocurrir, que ha perdido por completo y para siempre el miedo a bloquearse. «*Sé que el talento no se va a ir…*», le dice.

De pronto, metido en la lectura, a Lisboa le parece que todo empieza a ocurrir delante de sus ojos. Reed parece decir cosas que lo refieren a él totalmente. «Es que para alguien como yo, si no puedes escribir nada tiene sentido —dice Reed—. Escribir es mi todo, es mi vida, y que de pronto te lo quiten… o ni siquiera eso, porque si alguien viene y te lo quita siempre puedes ir a recuperarlo, pero esto era peor, ¿entiendes? Era la sensación de que el talento se había evaporado, mirabas alrededor y no había nada, no quedaba absolutamente nada. Era inaguantable». Para cuando lee eso, Lisboa está mirando sus labios rectos que parecen los de una gárgola enfrente de él: «Pero al final he conseguido alcanzar un equilibrio con el talento, he hablado con esa parte de mí… O sería más exacto decir que esa parte de mí, llamémosle la inspiración, el talento, como quieran llamarlo, me ha hablado a mí».

—Y firmaron un tratado de paz —lo corta Montero entonces, sarcásticamente.

—Sí, de verdad él me lo dijo. Me dijo: «*Nunca te abandonaré*». Literalmente. Li-te-ral-men-te. En palabras reales. «*No te abandonaré nunca y no te traicionaré*». Y como contrapartida, yo, a mi vez, no haré jamás algunas de esas cosas que puedan romper el equilibrio.

—¿Y cuándo sucedió esto?

—Hará un par de años… Justo antes del álbum *New York*. Sucedió mientras estaba conduciendo mi coche una tarde. Iba conduciendo y entonces me perdí. Imagínate. Estaba furioso, porque odio perderme. No tengo buen sentido de la orientación. Me estaba poniendo verdaderamente fatal. Y entonces sucedió eso. ¿Lo ves? Esa voz diciendo: «*No te pongas nervioso*».

—Estaba usted solo en el coche, naturalmente.

—Sí, claro. Pero por supuesto que era simplemente yo hablando conmigo mismo. No hay nada místico en todo ello. Simplemente sucede que de cuando en cuando tienes la oportunidad de hablar directamente con tu subconsciente, por así decirlo. Y fue entonces cuando me dijo que no me abandonaría nunca.

—Supongo que le sería muy tranquilizador.

—También me sucedió algo semejante en una exposición de Van Gogh. Yo estaba contemplando el autorretrato de Van Gogh cuando de pronto escuché que me decía: «*Te hablo a ti a través de ti*». ¿Cómo, pensé, qué? «*Te hablo a ti a través de ti*». Y entonces me di cuenta de que, si mi equilibrio no

fuera lo suficientemente tranquilo, no sería capaz de escuchar esa voz interior, y el proceso creativo se detendría. Porque eso que llaman bloqueo muchas veces sucede solamente porque, en tu ansiedad de alcanzar la inspiración, lo estropeas todo. De modo que para conservar el talento tienes que tranquilizarte. Y por eso soy muy cuidadoso, porque no quiero perder nunca más a mi amigo.

Tengo la fotocopia aún a mi lado y de ella he transcrito la parte que Gabriel Lisboa leyó completamente absorto sentado en esa banca de Miraflores aquel mediodía al salir de la casa de Estrada. Ahora sé que proviene de un libro de entrevistas de Montero, pero en ese momento no tenía la menor idea de nada. Cuando aquella mañana Gabriel terminó de leer todo lo que decía Reed sintió un cariño torpe por Estrada. Y antes de reflexionar en lo que el músico decía, se imaginó a Jaime tratando de alcanzarle aquel mensaje, fotocopiando para él esa parte del libro, tratando de hacer nacer en él esa «*voz interior*» que él aún desconocía. Lo que pasó después ya no lo recuerda. Es probable que caminase mucho más y llegase al mar por la avenida que se estrella contra el parque Domodossola y que mirase el horizonte el resto de la mañana hasta que le ganó el hambre y volvió a su casa. Es probable que en el camino del bus leyera la mitad de la novela de Estrada. Lo que le parece imborrable es que al regresar a su espacio en la casa de Santa Anita, y al subir y prepararse para bajar a almorzar ante los gritos de su tía, volviera a prender la computadora de su cuarto y abriera un archivo de Word y mirara durante un rato la pantalla blanca a la espera de sus golpes en el teclado, de sus palabras y sus oraciones, del orden de acciones narradas que compusieran una historia, y que de pronto, al fondo de sí, reconociera una luz remota, lejana, que le pedía físicamente lanzarse contra ese espacio en blanco a la vez que despertaba un gusano pequeño en el estómago y una rigidez que se empezaba a apoderar de sus hombros. Se sintió de pronto como aquel clavadista de sus sueños repetidos, ese clavadista de Acapulco que ya dio el paso a la pequeña piedra que lo separa del continente y lo coloca al borde del abismo pero que no desea saltar porque se muere de miedo y a la vez no sabe cómo volver sobre su paso para ganar tierra firme. Así fue como Gabriel se sintió. Solo que esta vez fue consciente del inicio del miedo. Y algo era ligeramente distinto. Su tía lo llamaba con desesperación para el almuerzo. Así que cerró el documento, apagó la computadora y bajó a reunirse con ella y con su tío.

11

Ese mes de abril de 2004 en que Gabriel Lisboa había empezado sus clases como profesor del instituto Henri Matisse recibió la llamada urgente de Santiago Montero. Su voz entre asustada y emocionada del otro lado del celular le hizo pensar a Gabriel en sucesos que no ocurrían hacía mucho tiempo. Cuando llegó a su departamento, y no se pudo acomodar en uno de los sofás de la casa de Santiago porque vio desde el umbral una gran cantidad de papeles y libros abiertos sobre la mesa de trabajo y al lado de la computadora prendida de su amigo, empezó a sospechar de qué se trataba.

—Es increíble —le decía Santiago mientras ordenaba sus carpetas, prendía cigarrillos, abría documentos de Word para mostrarle—. Hace siete años que no me pasaba. Pero ha vuelto. Es increíble.

Entre sus manos, desplegadas en papeles impresos que en ciertas líneas dejaban ver la cuidada caligrafía de Montero desmintiendo algunas palabras, Gabriel leyó las primeras versiones de lo que con los meses sería el segundo libro de poemas de Santiago. Era increíble. Lisboa encontró que parecían escritos desde «*otro lugar*», solo que le costaba precisar cuál. Leyó cuatro o cinco, concentrado en el papel mientras Montero chupaba su cigarrillo ávidamente, y no le fue ni difícil reconocer los elementos de la vida privada que acababa de ocurrir a su lado: aquella era la quinta de San Antonio, esa era Lorena, ese el gato que los acompañaba las tardes en que él iba a visitarlos y que ya no estaban más. Montero había abierto las paredes de su casa a horas en las que normalmente las visitas no podían ingresar, y Gabriel sentía que el texto le permitía habitar ese espacio cuando Santiago y Lorena hacían el amor o peleaban, o dormían en noches llenas de inquietud en las que algunos gestos mínimos señalaban o advertían la debacle sentimental que afrontarían. Ellos estaban ahí, en ese papel, pero también en la realidad, y a Lisboa todo eso lo llenó de vértigo. A diferencia de los poemas de su primer libro, en los que un muchacho de veinticuatro años trataba de crear una ciudad imposible que materializaba sus miedos, deseos y proyecciones, en estos textos el lenguaje, las palabras, nombraban experiencias que habían ocurrido, que existían más allá de la poesía, y que parecían a duras penas contenidas por el lenguaje que las abordaba. Parecían valer también por la verdad de aquello que evocaban, una forma nueva de autenticidad.

—Esto es totalmente distinto a todo lo que has escrito antes —alcanzó a decir Gabriel, cogiendo la cerveza que Santiago le alcanzaba.

—Ni yo sé muy bien qué es lo que está pasando —le dijo Montero.

Con el paso de los días, en los encuentros cada vez más recurrentes entre ambos, Montero solía mostrarle nuevas versiones de los mismos poemas, o algunos poemas nuevos en la pantalla de su computadora. Gabriel encontraría en esos textos recientes —un poema dedicado a su padre, otro que simulaba un vuelo— una sustancia oscura y dolorida que parecía contradecirse con la exaltación llena de sorpresa que por esos días mostraba Santiago. Un texto lo dejó maravillado: en él dos personas —Santiago y Lorena— están a punto de hacer el amor en una habitación aún vacía. Dos tazas de té humean en la mesa y ellos se abandonan al deseo sin sospechar que todo lo que existe alrededor de ellos es tan solo una especie de astillero que jamás se llegará a culminar. Algo en su experiencia le permitía entender el sentido de esa pérdida, pero lo que realmente le abrió la mente fue su imagen final. En las últimas líneas Montero estaba sentado exactamente en el sofá en el que Lisboa leía el poema, recordando desde ese nuevo lugar y desde ese estado reciente de calma, o de extraña superación del dolor, toda su catástrofe sentimental. Estaba sentado y tenía deseos de escuchar un buen disco, de correr las cortinas de la ventana desde donde podía vislumbrar el sol del verano que se desparrama tibio por toda la ciudad, y de decir por fin que las cosas estarían bien.

—El último poema ya lo tengo aquí —lo interrumpió de pronto su amigo, cuando se dio cuenta de que Lisboa ya no leía; cuando volteó a mirarlo, Gabriel vio los largos dedos blancos de Montero que golpeaban ligeramente su sien derecha—. Es loquísimo. Está todo *aquí*. Ha ido creciendo de una manera insólita pero es como un viaje, ¿sabes?, es como un viaje en carro por la costa, un viaje larguísimo, interminable, en el que de pronto se sientan al lado del piloto una serie de personajes que están y no están en el carro, y que no son otros que todos ustedes, o lo que creo que son ustedes y me importan, las chicas con las que he estado, quizás todas, de pronto ninguna, no sé, a lo mejor mi padre, Lorena sin duda, mis amigos… Mis amigos con nombres propios además, todo como mezclado en ese carro que alguien que soy yo conduce a lo largo de toda la costa con el perfil del mar a su derecha. Un viaje paja, tranqui. Un viaje en el que todo parece fluir y en el que ya no hay dolor. No sé cómo describirlo claramente, Gabriel. Pero es como si en él ya no hubiera dolor. Como si escribir ya solo fuese ligero, casi automático, como

manejar en una autopista libre y recta en la que apenas hay que coger el timón.

Es probable que muchas de estas conversaciones se dieran en días distintos, por partes, en fragmentos, pero en la memoria de Lisboa forman parte de una sola conversación. Sin duda fue durante muchas tardes, porque el proceso de confección del libro fue largo y en diferentes momentos Lisboa se ve conversando con Montero sobre él. Cierta vez Montero le dio el libro completo y anillado y en otra se juntaron para entender juntos cómo así el material se había acumulado de esa manera durante siete largos años, por qué había salido de tal forma, cómo así ahora triplicaba en extensión el primer libro. Eran los últimos días de abril y ambos caminaban por el malecón de Miraflores mientras la brisa les entibiaba la piel. Lisboa tenía mil ideas sobre el libro y se las decía de modo atropellado a Montero. A Santiago se lo percibía ligero y vacío, o más bien vaciado, como si acabara de despertar de un largo viaje o de una profunda sesión de espiritismo. Empezaba a hablar de su libro en pasado, y había en él como una segunda luz, aunque muy tenue. El libro sería lanzado a fines de mayo y entonces ocurrió que Montero le pidió a Lisboa que lo presentara junto a Jaime Estrada. Lisboa se emocionó mucho con el encargo, pero le dijo a su amigo que él no era escritor, y entonces Santiago le respondió que eso a él le valía madres: era la única persona en toda la ciudad que mejor lo conocía a él y a su proceso; el otro, Jorge, estaba en el otro lado del mundo.

—Me voy a sentir un impostor —le dijo Gabriel.

—Yo también —le dijo Montero—. Seremos dos.

Lisboa sonrió. Aquella tarde la recuerda con claridad. Ambos hablaron de Jorge y de Bruno. ¿Estarían escribiendo? Jorge andaría metido en el asunto de mantenerse a flote en Barcelona mientras Alejandra avanzaba sus estudios: hacía trabajos en construcción civil y trabajaba de mesero. Bruno vivía aún de un modo hermético su relación con Tatiana. ¿Y él? Lisboa le dijo que ya no esperaba demasiado de nada. Sentía que con los días dejaría todas las heridas atrás. Ya había renunciado a la idea de escribir, así que le parecía un privilegio ver lo que le pasaba a él, a Santiago, desde tan cerca.

—Me basta seguir lo que tú escribes —le dijo.

Montero se quedó mudo y Gabriel se unió a su silencio y ambos se quedaron mirando el mar. Fue un silencio prolongado, largo y sereno, que de pronto Santiago cortó de súbito.

—¿Te acuerdas de la presentación de mi libro?, ¿del anterior? —le escuchó decir Lisboa mientras veía los tumbos del mar allá abajo.

—La recuerdo.

—Esa noche dije algo que me parece que recién entiendo, ¿sabes? Lo dije porque me salió del forro, y nada más, pero no lo había pensado en sentido alguno; solo lo *sentía*. No sé si te acuerdes, creo que no, pero dije en un momento que ese libro que había terminado, el primero, no era el que *quería* escribir sino el que *podía*… ¡Ya te acordaste! Me dijiste después que era un exceso de modestia, me acuerdo, o fue Jorge, esa noche en que acabamos tomando como locos encima del césped azul de la locura en casa de mis viejos y terminamos en El Nacional. Pero no era modestia; era la verdad. Cuando terminé ese primer poemario estaba feliz, por supuesto, no sé si te he dicho que terminar un libro, escribir un libro, mostro, es la cosa más maravillosa que le puede pasar a uno. Y recuerdo que te dije por esos días que sentía que el libro que escribía era el libro que yo hubiera querido encontrar en una librería y que me hablase directamente a mí, ¿no? Bueno, todo eso sentía, y estaba feliz, pero a la vez tenía la sospecha de que ese libro que presentaba no era el libro que realmente quería escribir. Por eso me sentía un impostor. Siempre me he sentido uno. Había algo en mí en esos días, en mi inocencia, en los años que llevaba vividos hasta ese momento que me impedían escribir el libro que *realmente* quería escribir…

—Y este es —le dijo Lisboa—. Este es finalmente el que realmente querías escribir.

—No. Para nada. Y eso es lo alucinante. Lo acabo de terminar y sigo sintiendo lo mismo, que no era el que quería escribir. El libro es mejor, tengo la sensación de que es mejor y de que entre este y el anterior han transcurrido siete años y han pasado muchas cosas, entre ellas dejar de tener veinte y tener treinta ahora, estar algo más crecido y algo más golpeado, ¿entiendes? Tú estás por cumplir treinta en unos meses. El reloj empieza a sonar y no se detiene. Y uno está metido en él tratando de hacer algo válido, algo digamos significativo. Pero resulta casi imposible. Este libro es el libro que de algún modo *tenía que* escribir ahora. No el libro que yo hubiera *querido* escribir sino uno que estaba *obligado* a hacer.

—Como si el libro se hubiera impuesto más allá de ti…

—¿Sabes qué siento? —le dijo Montero de pronto, cortando lo que Lisboa acababa de decir para no perder la idea, golpeándolo con el dorso de la mano derecha sobre el estómago como hace siempre que se emociona—. Siento que el libro que quisiera escribir no es este. Este ha sido como una respuesta, una reacción inocente a cosas que me han pasado en la vida y para las que no tengo otra respuesta que escribir. Siento que el libro que escriba después

partirá como el primero, que yo decidiré qué quiero escribir, y siento que los años, la experiencia, ciertas cosas que he vivido me permitirán finalmente hacerlo desde otra actitud, desde una cierta calma. Es medio terrible, sí, pero a la vez hay algo paja, algo desafiante en estar metido en esto tantos años y que hasta ahora nada haya salido bien, ¿no crees?

—Lo imagino —le dijo Lisboa prendiendo un cigarrillo y regresando la vista al mar. Montero solo atinó a darle una palmada en la espalda y darle una nueva calada al suyo.

Para cuando el libro de Santiago se presentó, a fines de julio de ese año, Lisboa estaba ya plenamente integrado a la dinámica del instituto Matisse. Le habían ampliado las clases, de manera que no solo enseñaba cursos de redacción general sino también de periodismo. Dictaba clases en las tardes tres días por semana, y ya se había acostumbrado a una rutina más o menos estable que implicaba la organización de las lecturas más sencillas posibles para sus alumnos, la preparación de las clases en *Power Point* y una lista de anécdotas con las cuales motivar a sus estudiantes, chicos con problemas de aprendizaje en sus colegios o universidades privadas que intentaban también obtener una carrera. Allí, enseñando, encontró una especie de nueva gratificación y una manera de trabajar que de pronto no lo hacía sentir menos que nadie. Su vida aún se encontraba en un paréntesis, pero empezaba a sentir que los malos recuerdos de Fernanda y los asuntos dolorosos del año anterior se quedaban fijos mientras él se seguía desplazando cada vez más lejos. Como cuando dejó *Semana*, una vez más no tenía la mínima idea de qué le tocaría vivir en el futuro, pero comenzaba a perderle miedo. Con el paso de los días volvió a leer los libros que le gustaban y volvió a salir con los tíos Emilio y Laura al cine y a restaurantes. Pronto sintió que Santa Anita era su espacio y que no tenía compromisos que guardar con nadie acerca de su vida o lo que hiciera con ella.

Las reuniones con Bruno y Santiago continuaron dándose, pero ya no obedecían a un orden y empezaban a obedecer a una dinámica distinta. Eran conversaciones algo más serenas que a veces terminaban en algún bar de Barranco hablando de Jorge, del último *mail* en que les informaba que Alejandra había salido embarazada y que por lo tanto los tres serían tíos de una hermosa nena, o un nene. A veces hablaban de Tatiana, a veces de las chicas con las que empezaba a salir Santiago y que se llevaba a su departamento de soltero y a veces de Gabriel y de cómo iba saliendo lentamente de todo aquello que le había pasado antes. Era por lo menos gracioso estar al borde de los treinta años sin un trabajo fijo, sin un vínculo

afectivo o un proyecto profesional, sea el que fuera, pero él empezaba a sentir que tenía ganas de desplazarse hacia algún lugar. Había pensado que podría volver al periodismo. Sentirse algo mejor y llamar a Francisco de Rivera o a Saúl Vegas y decirles finalmente que los propósitos que había pretendido no habían resultado y que esta vez sí deseaba ser un buen periodista. No lo sabía bien. Por ahora solo descansaría unos meses y el 2005 se plantearía el cambio. Solo quería pensar un poco más todo, y con calma.

—¿Y qué tal si haces un viaje? —le dijo una vez Santiago Montero, acodado en la barra del Eka—. Sí, un viaje. Un viaje ordena, permite sacar cosas de adentro, organiza. Dejas cosas atrás, miras cosas hacia delante. Tú nunca has viajado, ¿no?

Un viaje. A Lisboa aquello no le sonó mal, pero con el paso de las semanas y el fin de las clases se tomó en serio esa posibilidad. Un viaje. Solo. Como en el auto del poema de Montero: él y nadie más en una carretera que se desplegaba por kilómetros, y entonces secretamente se decidió. Cuando las clases terminaron en el instituto separó unos pasajes para irse a Ayacucho en el mes de agosto. No es que le importara demasiado, pero deseaba un paisaje distinto al de la costa, y la sierra le pareció un buen lugar. Había estado en ese sitio en dos oportunidades antes, siempre por trabajo, una vez cubriendo información de unos hallazgos arqueológicos y la otra entrevistando a algunos fotógrafos de la época de la violencia que habían sido torturados, pero en ninguna había viajado sin plan o propósito, solo guiado por la voluntad de viajar. Preparó algunas mudas de ropa, un par de novelas peruanas que siempre había querido leer y varios discos: una tarde en las galerías Brasil compró dos de Lou Reed que le llamaron la atención: uno, en el que Reed aparece maquillado al lado de un micrófono mientras mira hacia algún lugar impreciso, porque incluía la canción que todos habían escuchado el día de la despedida de Jorge; el otro, en que se lo ve como parte de un grupo de gente que parece matar el tiempo en la sala de lo que acaso sería un bar, porque la persona que se los vendió le dijo que era su mejor trabajo de la época de *Velvet Underground*, aquella mítica banda que el músico fundó en los años sesenta y de la que siempre hablaba Jorge Ramírez Zavala. Puso ambos en su maleta junto a otros que quería escuchar durante el viaje: Lulu Santos, Caetano Veloso, Joni Mitchell, Neil Young.

Del viaje en bus en medio de la noche no tiene casi memoria. El vehículo se desplazaba hacia lo que debía ser el sur antes de dejar la costa e internarse en la cordillera y Gabriel advirtió la presencia de la altura en medio de la madrugada por el empañamiento helado de las ventanas. Entrecerraba los ojos

tratando de conciliar el sueño pero una serie de recuerdos empezaban a hilvanarse en su mente. Primero recuerdos del año anterior y después imágenes de la época en que no conocía a Fernanda, los cierres de edición al lado de Claudia, la reproducción de Hopper en la casa de Cecilia, y luego, más atrás, las pintas de Sendero en la Universidad San Marcos, el periódico bajo el brazo de Gerardo Barraza, el rostro de Santiago Montero muy joven entrando junto a él al taller de Ignacio Parra. Durante algunas horas de sueño interrumpido, Lisboa repasó todo sin orden preciso y terminó descubriéndose en una estación de buses de Ayacucho a la que bajó de madrugada entre algunos hombres que se peleaban por capturar la atención de los pasajeros que dejaban el bus. Gabriel conocía un hospedaje en la calle Tres Máscaras, a la espalda de la catedral de la ciudad, y pidió que lo llevaran allí. Apenas se instaló en el cuarto que reunía lo mínimo para una estancia medianamente cómoda —una cama amplia y bien tendida, una mesa de noche con una lámpara y un baño en buen estado— dejó que la pesadez acumulada en sus músculos se desatara y se acostó en la cama para dormir un par de horas antes de disfrutar del día. Apenas cogió el sueño se abandonó del todo. Ni siquiera soñó.

Cuando despertó eran las cinco de la tarde y de pronto lo asaltó una sensación intensa y tangible de irrealidad. De niño le había pasado algo similar las veces en que, durante las vacaciones de la escuela, se quedaba dormido leyendo un libro y despertaba en la tarde con la sensación absurda de que el día recién empezaba, a pesar de que en verdad estaba acabándose, y desde ese momento lo acompañaba un velo de extrañeza que se esfumaba con las horas. Le estaba pasando lo mismo ahora, solo que a ese velo se sumaba el agravante de despertar en un lugar completamente desconocido. A su alrededor vio paredes desnudas, una cama gemela tendida al frente de la suya y una maleta que reconoció como propia. Le tomó un tiempo darse cuenta de que el día que había empezado con el viaje aún no había terminado y que se encontraba en un sitio que no era Santa Anita. Se mantuvo echado en la cama con los ojos abiertos hasta que el llamado del hambre lo sacó del marasmo. Se bañó con la ilusión de ver la ciudad antes de que anocheciera, se cambió y salió a la calle. Su cuerpo, tras el descanso reparador, le decía que eran las nueve de la mañana en Lima pero de pronto lo que tenía al frente era un sol anaranjado que doraba las casonas, los balcones y las baldosas de las calles de Ayacucho. Eran casi las seis, y Gabriel sintió la ligereza de haberse convertido en un ser irreconocible en esa ciudad; aceptó de buena gana y con placer la sensación de irrealidad que no lo abandonaba. Se sentía bien estando

solo y casi por jugar pretendió que todo lo que vivía era un sueño o el producto de un juego imaginario. Estaba lejos de las tardes en que pasaba las horas delante de sus alumnos del instituto: caminaba solo, liviano e invisible en una ciudad extraña y sin absolutamente nada que hacer.

Sintió la primera brisa fría cuando estaba entrando en la plaza y decidió acercarse a un restaurante para almorzar. Pidió una trucha frita, una cerveza, miró a la gente un rato desde las ventanas del local y luego tuvo ganas de leer la novela de Arguedas que había llevado consigo. No la había podido leer entre los recuerdos de la madrugada pero ahora, al abrigo de esa sensación, sus ojos recorrieron los eventos que narraba con total claridad. La avanzó mientras almorzaba, y después de terminar de comer y cuando las luces del recinto se prendieron, siguió leyéndola hasta el momento en que un hijo es abandonado por su padre y entonces las ganas de llorar lo obligaron a detenerse. Gabriel se pidió una nueva cerveza y se preguntó cómo así no había leído jamás esa novela pese a la edad que tenía.

Cuando salió a las calles de Huamanga era ya de noche. Con el libro en el bolsillo trasero del *jean*, caminó sin rumbo mirando a la gente, los negocios, los balcones de las casas coloniales que anunciaban la aparición de las iglesias. Tuvo deseos de fumar y sintió en su mente la paz de no pensar en otra cosa que no fuera aquello que tenía delante de sus ojos y lo asaltó una sensación de libertad. De pronto se encontró pensando en las tonterías en las que solía perder el tiempo cuando era muy niño, a entonar los temas que solía cantar cuando caminaba solo y a imaginarse de pronto como un forastero en una ciudad de otro país, como esos personajes de las novelas de Paul Bowles, o de Jack Kerouac o Graham Greene que se internaban así, como él ahora, en ciudades desconocidas y exóticas del África, México o el Asia. La sensación de irrealidad se acrecentó o volvió a ser consciente de ella y jugó entonces a estar dentro de una posible ficción escrita por un autor como ellos, solo que peruano; o quizás por él mismo, en caso de que hubiera sido un escritor. De pronto sintió que su voluntad no era suya, que sus actos dependían de otra persona y aquello le encantó. Le permitía abandonarse, soltar los remos de su bote por vez primera, dejarse llevar por una corriente que no le pertenecía.

Cenó algo muy ligero en un restaurante que encontró cerca de la plaza y un tiempo después estaba sentado en la barra de una discoteca. Había llegado a ella atraído por la gente que vio arracimada en uno de sus balcones y ahora, desde donde estaba, miraba los ambientes en los que piquetes de chicos alegres tomaban cervezas y bailaban. Asumió que eran muchachos de la ciudad, sobre todo universitarios de la San Cristóbal y posiblemente de un par

de universidades privadas que desconocía y que buscaban refugiarse en la música después de una semana de estudios y concentración. Gabriel se sintió a gusto haciendo algo que en Lima —salir solo y de noche— jamás habría hecho. Terminó su trago —había pedido un vodka— y se pidió otro, y de pronto se encontró sonriéndole a todo el mundo: vio chicos bailar, escarcha en las paredes y la bola de cristales que en las discotecas de Lima ya había dejado de usarse, el vaho de los cristales por el calor del lugar y la noche fría en la sierra, y se encontró de pronto concentrado en dos chicas que bailaban junto a un hombre de mediana edad en una de las esquinas del bar. Una de ellas le pareció sexualmente arrebatadora, pero pronto descubrió que esa noche él no tenía demasiados arrestos sexuales y sí una agradable incorporeidad. Igual repasó desde donde estaba sus caderas pronunciadas, sus pechos grandes y su boca agresivamente pintada de rojo; sin embargo, conforme la miraba fue la imagen de su compañera la que se fue imponiendo lentamente sobre su atención: le gustó primero la manera en que levantaba los brazos y quebraba las muñecas en el aire, luego la línea de su torso y después la rotundez de sus hombros. Pasado un rato fue capaz de valorar su especificidad: su piel firme y oscura contrastando con su polo blanco de tiritas, la curva ligeramente griega de su nariz, la cascada azabache de su pelo. La miró detenidamente, sin tomarse pausas, y en cierto momento, cuando vio que ella lo sorprendía observándola, hizo lo contrario a lo que hubiera hecho en una situación así en Lima —retirar el rostro, bajar la vista— y la saludó a la distancia, con ese ligero movimiento de cabeza que se realiza entre dos conocidos que se reconocen en un espacio público, y también le sonrió. Fue un movimiento inmediato, como un impulso, que lo sorprendió mientras lo ejecutaba, pero no quiso preguntarse por qué lo hacía. Cuando la vio a ella sorprenderse, dudar entre sonreírle o no, apartar su rostro y recogerse el pelo de un modo coqueto, Gabriel se dijo, irreconocible, que esa noche tendría que conocer a esa chica. A pesar de que la siguió observando, ella no le devolvió nuevamente la mirada, pero sus movimientos perdieron naturalidad.

En cierto momento Gabriel sintió que el trago se le había subido a la cabeza pero apenas terminó el segundo decidió pedir un tercero. Se mantuvo ahí hasta que vio a la chica pasar a su lado junto a su amiga y entonces él la miró a los ojos y ella le devolvió la mirada y además una sonrisa puntual y algo tímida. Él se dijo que tenía que actuar. Cuando la vio de regreso no le costó ningún esfuerzo acercarse a ella, tomarla de la mano y hacerle un gesto de invitarla a bailar. La vio recogerse el cabello en un gesto que a él le pareció irresistible y se dejó llevar. Bailaron. Gabriel la miró más de cerca y observó

con mayor detenimiento sus ojos, oscuros y esquivos, y su lunar debajo de los labios. Le hizo algunas preguntas mientras se veían interrumpidos por la gente que circulaba por el local y supo que estudiaba Sociología en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Había estudiado Derecho antes, pero se dio cuenta a mitad de carrera de que no le gustaba así que se había cambiado a Sociología y por eso le estaba tomando tiempo terminar la universidad: tenía veinticinco años, y además de estudiar trabajaba en una farmacia. Gabriel se calló y siguieron bailando en silencio hasta que en un momento ella le preguntó a él cómo se llamaba.

—Me llamo Santiago —dijo, nombrando el primer nombre que se le vino a la mente—. Soy escritor.

—Yo me llamo Eliana —le dijo ella—. ¿Eres de Huamanga?

Aquello no le sorprendió. Le pareció natural y sintió de pronto que era parte de todo lo que le rodeaba, de ese lugar, pero le dijo que era de Lima. El tema terminó y ella se despidió de él con un gesto de cortesía y él la dejó ir. En la barra se pidió otro trago. Trató de pensar en lo que le había dicho y la observó de una manera más espaciada mientras ella bailaba con otros chicos y regresaba al lugar en donde estaba su pareja de amigos. En un momento se puso de pie y volvió a sacarla. Ella le sonrió y Gabriel se apresuró a preguntarle si podrían seguir bailando cuando acabara esa canción y ella le dijo que no había problemas. Supo que vivía en la ciudad, pensaba ejercer su carrera ahí, las cosas habían mejorado últimamente en Huamanga y quizás ya no fuese necesario irse a Lima. ¿No lo creía así? Él le dijo que sí; las cosas estaban difíciles en Lima. ¿Y de qué escribes?, quiso saber ella, y entonces él empezó a hablar del libro de cuentos que no había podido escribir como si estuviera a punto de publicarse. «¿Vienes a hacer una historia de la ciudad?», le escuchó decir de pronto a ella. No, mintió, no tenía nada planeado. La verdad es que venía atravesando un bloqueo luego de su primer libro, le dijo, y había viajado solo para despejarse, para encontrar nuevas maneras de reformular su trabajo. «*A buscar inspiración*», le dijo ella, sonriéndole con algo más de comodidad. «*Algo así*», se escuchó decir él.

Después de algunas canciones, Eliana le propuso presentarles a sus amigos y él aceptó encantado. Él se llamaba Carlos, era un chico algo subido de peso, de lentes, que había estudiado Contabilidad y trabajaba llevando las cuentas de una empresa de autopartes en Huamanga; ella se llamaba Cintia, y era prima de Eliana; no había querido estudiar en la universidad: trabajaba de impulsadora en la tienda más grande de la ciudad. Se notaba que Carlos tenía evidentes ganas de levantarse a Cintia, de modo que la presencia de Gabriel le

vino muy bien y seguramente por eso le invitó algunos tragos y conversó animadamente con él. Gabriel se apoderó de Eliana y la noche prosiguió bajo la dinámica de dos parejas bailando entre bromas, sonrisas y brindis; las cosas que hacen cuatro amigos que se acaban de reencontrar. A cierta hora salieron del bar de los balcones y se fueron a una discoteca subterránea a la vuelta, donde tomaron más y más cerveza y a cierta hora él se apretó contra su cuerpo en las salsas y en los merengues y le olió el pelo sin que ella hiciera ademanes o señas de sentirse incómoda. Se gustaban. Él estaba ebrio y ella también, de modo que en un momento le pareció natural sentir los brazos de ella estirarse sobre su cuello y luego percibir que sus piernas se juntaban y se acercaban sus rostros. En cierto momento se ve junto a ella en el salón vacío de una discoteca en la que ya no queda casi nadie, y en medio de la comodidad que liga sus cuerpos él busca su boca y ella le responde levemente, ladeando el rostro para que su beso no dé enteramente en sus labios. A cierta hora, a insistencia de Carlos y de Cintia, ella le dijo que se iba. No se sorprendió cuando él le pidió su número para llamarla antes de regresar a Lima. Se lo dio, y cuando se despidió lo besó directamente en los labios, todo antes de pasarse parte del cabello negro detrás de la oreja y desaparecer.

Al día siguiente Gabriel se enfrentó a la resaca leyendo con atención entrecortada la novela que había descubierto en su pantalón al entrar al taxi rumbo al hotel y que de cierta forma había sobrevivido a la noche, lo mismo que él. Se pasó el día esperando la hora apropiada para llamar a Eliana e invitarla a cenar. Cuando le tocó hacerlo sintió los nervios que no había tenido durante la noche anterior, pero lo hizo. Quedaron para encontrarse a las nueve de la noche en una casona de la calle 28 de Julio, un sitio que él había descubierto en la tarde y en el que, pensó, podrían comer una *pizza* y tomar un vino. La esperó con la novela en la mano, en una mesa apartada que le recordaba algunos locales acogedores de Cusco, vestido con un saco y una camisa, y le encantó descubrir que Eliana se había recogido el pelo y llevaba un maquillaje muy leve, un saco marfil pegado a la cintura y una chompa de hilo muy delgada y unos aretes largos. La vio más guapa que la noche anterior, y le encantó pensar que se había arreglado para él. Se saludaron con un beso en la mejilla, pero ese hecho solo los incomodó ligeramente. Hablaron de la novela que él leía, del sitio en el que estaban, y de la dificultad de Carlos para besar a Cintia la noche anterior; de esa manera eludieron tocar lo que había pasado entre ambos. Conversando en la mesa, mirándola a corta distancia y esta vez sobrio, Gabriel fue consciente de las inflexiones

tiernamente cantadas de Eliana y su acento le pareció encantador. Él le habló a ratos de su vida, como periodista y luego como escritor, y después trasladó la conversación a ella. La quería escuchar hablar. Ella le contó de sus estudios, sus clases, su familia. Terminada la cena caminaron por Huamanga y al llegar a la plaza, después de notar que ella no tenía intenciones claras de marcharse, él le propuso tomar algo. «¿Dónde?», preguntó ella. «No sé —dijo él—, es tu ciudad. Tú decide». Eliana le habló entonces de un sitio frente a la iglesia de Santo Domingo y a los minutos ambos estaban instalados ahí, una casona de techos altos decorada con mapamundis, fotos de antiguas familias ayacuchanas, monedas pasadas y mesas bajas de madera que a él le hicieron recordar Barranco. Se sentaron en un aparte en el que no había nadie y pidieron cervezas, prendieron cigarrillos y conversaron de diversos temas bajo una creciente comodidad. Eliana le preguntó entonces a Gabriel si estaba solo y él le respondió que sí. De pronto, sin saber por qué, acaso porque se sentía mal de haber mentido tanto la noche anterior o porque finalmente la chica que tenía frente a él desconocía su identidad real, le habló de Fernanda. Algo se abrió. Y Gabriel le contó la forma en que se conocieron, la historia de la amenaza de muerte que ahora les daba risa a ambos, la inefable visita a la playa que a ella le costaba creer y el momento en que la descubrió con un hombre que podría ser su padre. Eliana escuchó todo con los ojos abiertos y en cierto momento a él le pareció ver que ella miraba sus labios. Ella misma sintió disposición de contar su vida sentimental y le dijo que había tenido un par de enamorados. Como a él, a ella también la habían engañado. Con tres chicas a la vez. Desde entonces no creía en los hombres.

A Gabriel su historia le interesó sinceramente. Había estado sola ya dos años. Y estaba harta de ellos. Uno de sus chicos la enamoraba y a la vez lo hacía con su mejor amiga, que un día le contó todo; el otro había sido su enamorado durante solo tres semanas. Una noche ella lo dejó en una discoteca y regresó al lugar porque había olvidado su cartera y lo encontró besando a otra muchacha. El último tipo con el que había salido era un hombre mayor, de unos treinta y seis años: a veces ella actuaba como si fuera su novia, pero nunca formalizaron porque no lo quería. Le parecía guapo, pero era un idiota. Ella y sus amigas se encontraban con él y sus amigos en las discotecas de Huamanga y entonces ella se dejaba invitar cervezas y a veces se besaban o se acariciaban pero ella nunca hizo el amor con él. Parecía que solo le importaba eso: le hacía propuestas una y otra vez para llevarla al hotel, trataba de atacar su cuello para excitarla. Al final se cansó de esperarla y un buen día desapareció.

—Solo les importa *eso* —dijo mirando a Gabriel con los ojos desafiantes —. Son como animales que no controlan sus impulsos.

Gabriel no supo qué decir.

—Yo puedo vivir sin eso —agregó ella—. No lo necesito.

Hubo un silencio pronunciado tras el cual Gabriel no la desmintió; solo enumeró los modos de conducta típicos de los hombres y la hizo reír. Lo que había dicho ella no logró disuadirlo de nada, porque en el transcurso de la noche se dio cuenta de que no tenía ganas de una aventura sino de vivir aquello tan diferente a cualquiera de las cosas que podría estar haciendo a esas horas en Lima. En algún momento ella volvió a bajar sus defensas y después de charlar un rato más y de reír él propuso ir a algún sitio a bailar y de pronto en un salón aún vacío por la temprana noche de sábado y bajo las luces de discoteca él vuelve a acercar el rostro a ella y ella vuelve a lanzar sus brazos sobre los hombros de él y de pronto ambos se abrazan y él le da un beso en la boca. Ella cerrará los ojos y después se acostará en su pecho. Ambos se irán a un bar muy pequeño en la misma calle del sitio anterior, y apostados sobre un balcón él acariciará su rostro y se acercará a oler su cuello. En algún punto de la noche, ya ebrios, recorrerán la calle desierta del pasaje Asamblea y llegarán a una Plaza de Armas vacía. Ven los locales de la ciudad completamente cerrados, algunos patrulleros en las esquinas y a ciertos hombres durmiendo en taxis a la espera de que potenciales pasajeros los despierten. Los dos se besan apasionadamente contra una de las columnas coloniales de la plaza y él pone sus manos sobre las caderas de ella y acaricia el inicio de sus ancas. El frío los ha mareado algo más y Eliana lo mira con un gesto que podría significar deseo cuando él le pregunta si es que no quiere descansar en su hotel y ella lo mira con unos ojos glaciales antes de que él se corrija y pida un taxi. En el vehículo en que van juntos ella se acuesta sobre su pecho y él ve cómo las casas de portones y salientes dan paso a otras parecidas a las de Santa Anita y estas a otras más oscuras, algo más desbastadas, iluminadas por cada vez menos postes de luz. Al final de un largo corredor de tierra, casi en las afueras de la ciudad, ella le pide al taxista que se detenga. Desde donde están solo se ve un promontorio que parece dar a una acequia oculta y más allá tan solo la oscuridad. Eliana le dice a él que vive por ahí, algo más lejos, y que si el carro entra le será complicado salir. Él asiente, sale del taxi con ella y la besa. La ve irse caminando.

Gabriel casi no duerme. Lo despierta de golpe la sospecha en entresueños de que ambos quedaron en reunirse a mediodía en la catedral de la ciudad pero no sabe a ciencia cierta si es verdad o lo soñó. Acude al sitio de la cita

lleno de dudas y también de aprensión pero milagrosamente, a eso de las doce y cuarto, ve llegar la figura de Eliana bajo unos enormes lentes oscuros. Los dos se reconocen a la distancia y se sonríen bajo el sol, se abrazan como dos enamorados en el atrio y se ocultan en la sombra para ver un rato pasar una banda de música potente y delegaciones de estudiantes de diferentes colegios que marchan en la plaza porque así se acostumbra en la ciudad luego de la guerra interna. Él la toma de la mano y la saca del sitio. Pasarán la tarde de domingo caminando por los barrios de artesanos de Santa Ana y a ella le encantarán unos aretes que él le regalará y que ella se pondrá delante de él; almorzarán en un mirador del cerro Acuchimay y desde allí Gabriel se sorprenderá viendo las formas caprichosas que las sombras de las nubes lanzan sobre las casas del valle de Huamanga. Cuando se haga más tarde y ellos bajen a la ciudad de vuelta recorrerán las iglesias. Como es domingo algunas estarán abiertas. En el camino él le irá contando ciertas cosas que ha leído sobre ellas pero una vez dentro de la primera se quedará mudo: caminarán lentamente a través de la nave recorriendo con la vista los santos y los altares repujados en pan de oro y ella le irá contando pasajes de su infancia, cuando era niña e iba en las mañanas con su abuela a las iglesias o junto a sus compañeros de colegio en las misas que los preparaban para recibir la comunión. En un momento él retira la vista de las imágenes de lo alto de la bóveda y la ve acercarse a un relicario y persignarse: su pelo recogido en una cola, sus brazos cruzados, la manera en que estira un pie, su blusa crema, su pantalón marrón. En ciertos momentos se acerca a ella y la sorprende por detrás y ambos se besan como recién enamorados bajo la mirada de los apóstoles y las vírgenes. Cuando salen a la ciudad van abrazados, o de la mano, y él siente que en definitiva es otra persona. Ella le preguntará cuándo regresará a Lima y él le dirá que al día siguiente, lunes, a las ocho de la mañana. Ambos caminarán por Huamanga y ella se persignará ante todas las iglesias y dirá algo muy bajo solo para ella y parecerá temblar y él creerá sentir dentro de ella algo tan especial como lo que intuye dentro de sí. Hay un momento en el que ambos están sentados bajo un arco enorme y rojo cerca de una iglesia que da al mercado de la ciudad y él le acaricia el pelo mientras miran a la gente pasar, fumando. Ella bosteza, ambos se dicen que no han dormido nada, y entonces él escucha que ella le pregunta si podrían descansar en su hotel, su casa está bastante lejos. Tiene ganas de dormir.

Acostados y agotados, los dos se besan apenas en la cama de su cuarto de la calle Tres Máscaras. En un momento Gabriel se queda dormido. Y ella aparentemente también. A cierta hora de la noche, cuando todo el cuarto está

a oscuras y no se ven siquiera luces en el pasadizo que da a la habitación, él despierta con la misma sensación de extrañeza del primer día pero el cuerpo de Eliana, a su lado, lo devuelve a la realidad. La encuentra respirando agitada y mirándolo fijamente a los ojos. Él acerca su rostro al de ella y ambos empiezan a besarse una vez más, pero esta vez, acaso porque han descansado y están en una posición horizontal, o porque saben que se van a separar en unas horas, lo harán con desesperación, de un modo apasionado: en cierto momento se están oliendo los cuellos, y después restregarán sus cuerpos con avidez. Gabriel le soltará el pelo y besará sus pechos por encima de la blusa, descubrirá en ella su mismo deseo de juntar sus pieles desnudas y entonces liberará su blusa y sus pantalones mientras ella deshace su camisa. Todo será torpe y en ningún momento uno liberará la boca del otro. Cuando él se acerque a quitarle la ropa interior ella pondrá una mano ahí, aunque débilmente, en un último intento por resistir su propio deseo, pero él tendrá tal seguridad que bajará con naturalidad la prenda y descubrirá con ternura su pubis pequeño, emboscado en una mata de pelos finísima y suave. Entonces él detendrá sus movimientos y se dedicará a contemplarlo desde donde está. La mirará a ella fijamente y luego, como dándole la oportunidad final para arrepentirse, se acercará a él lentamente bajo una voluntad que se concentrará en la lentitud de su aproximación y que ella no detendrá. Lo olió con suavidad, como quien absorbe el aroma de una flor, y al hacerlo identificó un aire muy suave y dulce, como de un pan de yema tierno en las primeras horas de la mañana. El punto de sal vendría después, cuando las piernas de ella se fueron abriendo lentamente ante sus besos y su interior liberó un olor salobre y profundo. Cuando tuvo delante de sí sus labios él mojó los suyos y los besó como si se tratase de su misma boca. El pubis de ella, todo su cuerpo, tembló con cada beso como azotado por las réplicas de un movimiento sísmico cuyo epicentro estuviera localizado bajo su piel. Cuando entre besos él separó sus labios con sus labios y se decidió a lamer el interior de su sexo descubrió que una membrana se lo impedía. Volvió el rostro hacia ella, y descubrió en sus ojos la luz fugaz de un cervatillo asustado. Y notó también algo así como una súplica. Lo atravesó entonces la sombra de una duda. Los ojos de ella no le comunicaban exactamente qué debía hacer.

—Hazlo —escuchó que le decían—. Por favor.

Él no salió de su perplejidad mientras enterraba la boca en su vulva para besarla y lamerla, primero con delicadeza y después con la intensidad de su propio deseo y del de ella, que desataba su cuerpo en oleadas de temblor y en una respiración ahogada que intentaba reprimir la desesperación de un posible

orgasmo, un descontrol que él propició y que la terminó arrojando al desmayo: sus piernas apretaron el rostro de él hasta donde les fue posible y luego se retorcieron y abandonaron. Gabriel se acercó a su rostro casi desfallecido y lo despertó a besos. Se dedicó a disfrutar de sus brazos, sus piernas, sus pechos de amplios pezones y areolas muy oscuras, sus caderas y sus muslos. Ella despertó completamente y una fuerza apenas reconocible le hizo coger su miembro con fuerza y abalanzarse sobre él: lo besó y succionó con una torpeza que a él le pareció irresistible y luego se abrió de piernas y pegó su glande empalado contra las paredes y los labios hinchados de su vagina. Gabriel la miró a los ojos y encontró en ellos miedo cerval pero también una determinación que lo empujó. Entonces la rasgó de un solo golpe, y del otro lado del mundo que era esa habitación escuchó un aullido tenue, apagado, y la presencia oscura de la sangre que manchó por completo su miembro y sus piernas y empezaba a empañar las sábanas. Gabriel retiró su miembro, separó sus labios y observó la vagina abierta, ahora sí parecida a la de las pocas mujeres con las que se había acostado hasta ese momento. Ahora era ella quien se acercaba a suavizar el rostro asustado de él y él vio que ella sonreía, sonreía ampliamente como si de pronto se hubiera liberado de algo que él no llegaba a entender y acto seguido empezó a besarlo, lo besó muchas veces y de muchas maneras y luego le pidió retirar las sábanas y ponerlas a un lado. Apenas lo hicieron, Eliana fue al baño a mirarse y a comprobar lo que había pasado, a lavarse; regresó y lo volvió a besar y se quedaron dormidos una vez más. Cuando despertaron advirtieron en las ventanas altas de la habitación que las primeras luces de la mañana se filtraban en el aire y bajo la luz que de pronto se apoderaba de todo el recinto él la tomó con mucha seguridad y ella se dejó hacer con bastante naturalidad. Hicieron el amor a horcajadas y ella alcanzó orgasmos con la facilidad de quien sabe agradecer la llegada de cosas que no esperaba en absoluto. Hicieron el amor así, después como animales o perros, y después lo hicieron de pie, y en todas esas maniobras, que duraron muchísimo, ella se venía una y otra vez y las piernas le temblaban y terminaba siempre arrojada sobre la cama tratando de recuperarse del ahogo de su propia felicidad. Gabriel sintió que podría hacer el amor durante muchas horas, pero en un momento le fue imposible contener el orgasmo y terminó viniéndose sobre el pecho de ella, que recibió el calor del líquido sobre su piel con una sonrisa agradecida. Fue como despertar. Él se echó a su lado y prendió un cigarrillo de los que guardaba en la casaca. Ella recuperó lentamente el sentido de las cosas y ambos se descubrieron desnudos y satisfechos bajo la luz plena de la mañana del lunes. Eliana tendría clases en

unas horas, pero eso no importaba ya. En un momento se acercó a él y se acostó sobre su pecho. Él miró el cielorraso de la habitación.

—No me llamo Santiago —le dijo—. Te mentí.

—Prefiero no saber cómo te llamas —le dijo ella, de pronto, con resolución.

Él la miró sin saber qué intentaba decirle.

—Ya te vas en un par de horas —agregó.

Gabriel se preguntó entonces si ella había decidido hacer lo que hizo con él en parte porque no lo conocía. Mientras la luz natural terminaba de iluminarlo todo y afuera se escuchaba el sonido de la ciudad, Eliana permaneció en silencio. No le preguntaría su correo, ni su teléfono, ni quiso saber qué le esperaba más adelante. Él tampoco lo hizo: solo supo de ella que vivía más allá de una acequia en las afueras de esa ciudad y que era endiabladamente bella para estar donde él creía que estaba. Gabriel ha olvidado ya qué hablaron entre ese momento y la hora en que él tomó el bus de regreso a su ciudad; solo recuerda claramente la respuesta que ella le dio cuando le preguntó por qué había decidido hacerlo con él. Aún puede ver su rostro sonriente, sus ojos oscuros, el lunar debajo de sus labios.

—No lo sé —fue lo que le respondió, observando una esquina de la habitación como tratando de encontrar allí la respuesta—, la verdad es que no lo sé; solo me provocó hacerlo contigo y ya, y ahora no me siento nada mal por haberlo hecho de ese modo. Para nada.

Gabriel la miró desde el humo que arrojaba su cigarrillo. No se atrevió a decirle nada.

—En verdad es bien curioso; no entiendo ahora qué era lo importante de *mantenerlo* así; de *vivir* así, ¿no? Me pasé años temiéndolo, negándome a hacerlo, reprimiéndolo, y ya ves. Mis amigas que lo habían hecho me decían que no era tan traumático como habían creído una vez que lo hacían pero ninguna me contó que su primera experiencia fuera como esta, tan llena de… No lo sé.

Él solo ladeó la cabeza, como suponiendo que guardando esa actitud la entendería mejor.

—Es decir. Lo que siento ahora es que no era tan importante. Si hubiera salido mal, lo mismo. Era solo algo que estaba en mi cabeza. Y ya no está más.

Tomaron el taxi rumbo a la estación y se despidieron en ella: una vez que el bus partió y la vio allí, en la puerta del taxi, despidiéndose de él, y después los techos de las casas de Huamanga moviéndose bajo el sol serrano, sintió

que un vacío se apoderaba de él. Cuando el carro ganaba la primera saliente de una carretera cuesta arriba y empezaba a entregarse al paisaje de los cerros y las pampas de Ayacucho, sintió que tenía entre manos una excelente historia que contar, o una que le hubiera encantado leer en un libro, y entre la sensación de lasitud, producto del sexo y la falta de sueño, y la débil emoción de su aventura, se dio cuenta de que le sería imposible dormir. Había comprado el tíquet a esa hora porque deseaba pasarse ese día lunes mirando el paisaje de los Andes, así que eso haría. Aún no se podía creer nada de lo que le había pasado, y sonreía. En un momento, mientras vislumbraba los campos monótonos a lo lejos, buscó la novela que estaba leyendo pero se dio cuenta de que del otro lado de esa escritura, en lo que le pasaba a él, había de pronto más realidad que en el libro. Eliana. Debajo de él solo sentía el desplazamiento indetenible del vehículo hacia su ciudad y le fue inevitable pensar en aquello que lo esperaba a la vuelta de ese viaje: las clases que en ese momento parecían ser todo lo que quería hacer, la vida sin pareja y sin planes emocionales, el mundo sin Conciliábulo, los días acumulados sin un fin preciso y sin respuestas para nada. Sintió que todo lo que lo constituía quedaba detrás de él, incluido ese viaje, y que no había nada delante. Se rio solo. Se dijo que no pensaría en ello y de pronto tuvo deseos de escuchar los discos que había comprado para el viaje. Encontró el disco de Velvet y lo puso en su discman. Se puso a escucharlo mientras miraba a través de las ventanas.

Luego de cierto tiempo le ganó una sensación de languidez y decidió activar la función *«repeat all»* y dejarse llevar por los temas repetidos del álbum y por todo lo que veía: casas aisladas de adobe, enormes pastizales apenas puntuados por pastores, vallas de piedra separando amplios linderos de cultivos, y a ratos la puna inmensa y horizontal. Un cielo vasto y azul se erguía enorme sobre todas las cosas, y la inmensidad de lo que veía afuera le resultó mucho más contundente que las pequeñas tragedias que habían signado su vida los últimos años. En cierto momento sintió una discreta sensación de pérdida asociada a la pena, como si algo de él estuviera a punto de desprenderse para siempre y eso fuera inevitable. Aun a pesar de las decisiones que había tomado, lo entristecía renunciar a aquello que en algún momento pensó ilusamente que le tocaba hacer en este mundo. Dejó de pensar; solo se dedicó a sentir, y en los audífonos que llevaba conectados a las orejas reconoció las guitarras acústicas y eléctricas de un tema adormecedor y la voz de Lou Reed cantando una especie de plegaria que se le antojó podría ser la suya. En la voz del cantante reconoció una oración que pedía a Jesús

señalarle su lugar en el mundo y a Gabriel se le ocurrió pensar que aquella era su propia voz, porque en ella había algo de su debilidad y abandono. Una vez que terminó la canción Gabriel la repitió, y cuando acabó volvió a hacer lo mismo, y a la quinta o sexta vez se sentía dentro del mismo disco. Después decidió no volver a retrocederlo más. Solo miraba el horizonte y comprobaba que su rostro estaba completamente húmedo. Jesús, *help me find my proper place*.

Cuando el siguiente tema empezó, Gabriel miraba a través de las lágrimas el campo y su vasta extensión. Esta vez la voz era la misma, digamos que del mismo hombre, pero a la vez parecía provenir desde otro lado de su propio ser. Gabriel sintió ese lugar y escuchó todo a un volumen altísimo como si emanara de su propio cerebro: los instrumentos, los gritos, lo que estos gritos decían. Y de pronto todo resultó natural. La canción hablaba de una suerte de epifanía, de la llegada de la luz y del inicio de un proceso que solo podía ser creativo, pero además había algo en la ejecución de la pieza, en la forma en que estaba interpretada, que Gabriel entendió como la posibilidad remota de su propia voz. Y entonces fue que supo de una vez por todas que su voz y la de Reed estaban en medio de una fiesta que podría llamarse el centro de la libertad, un espacio privilegiado en que todo era sencillo, esa era la palabra, sencillo y realizable. Gabriel fue consciente de la manera en que las guitarras dejaban escapar notas y desafinaban, del modo en que Reed disparaba su voz sin ningún tipo de dique de contención o sin ningún tipo de preocupación por las propias consecuencias de su voz. Y allí se oyó en la voz de él: Reed gritando, aullando, desafinando, riéndose, divirtiéndose de una manera inhumana, como si todo estuviera a punto de liquidarse. Sí. Entonces ahí fue que *aquello* pasó. Pasó. Li-te-ral-men-te. De un segundo a otro, sin avisar, como un mecanismo interno que de pronto se gatilla para siempre dentro de uno. No tengo palabras para explicarlo, como el mismo Reed no tendría, pero en ese momento sentí, yo, Gabriel, sentí que todo eso era como un rayo de comprensión que descendía directamente sobre mi cabeza y me decía que esa voz en verdad no era de él sino *mía*, y que había estado oculta dentro de mi cuerpo, agazapada, durante cerca de quince años esperando encontrar el único resquicio posible para salir y ser revelada. Y a la vez, en ese mismo segundo, porque todo pasó en un segundo, supe, no sé cómo, pero supe con total seguridad, que si había una maldita manera de escribir para mí en este mundo entero solo podría ser de la maldita manera en la que Reed cantaba esa maldita canción. Tras esa revelación no recuerdo nada de lo que siguió de ese viaje, y la verdad es que no me importa. Solo recuerdo que sentí que de

pronto me transformaba en otra cosa, en un objeto con muy poco peso pero a la vez completamente denso. Y sentí también que de pronto, bajo esa luz reciente, era capaz de echarme a escribir, de sentarme a escribir y contarlo todo, incluso ese viaje absurdo en que no había encontrado respuestas claras sobre mi futuro, incluso ese momento y esa exaltación, el paisaje que corría delante de mis ojos. Era como si de pronto yo fuera un ser hecho de palabras en la página de una novela pero a la vez estuviera extrañamente vivo, sonriendo solo, sabiendo al fin que tenía algo que decir y esperando la llegada natural de un momento, del día preciso para empezar. Eso era yo. Aunque por fuera siguiera pareciendo un tipo de casi treinta años aferrado a su discman y que seguro recuerda o extraña algo porque no hace caso a los llamados de la terramoza que le pregunta si desea almorzar; solo observa las casas solitarias de adobe bañadas por el sol lánguido de la tarde, los perros que persiguen rebaños de ovejas, las vacas escuálidas escapando del bus que corre a gran velocidad de regreso a la ciudad.

EPÍLOGO

I

From: glisboa@gmail.com
To: jrzavala@hotmail.com
Date: Dec 31, 2004
Subject: Re: el último recluso.

Mi querido mostro Jorge:

Me he demorado demasiado en responder tu *mail* porque en buena cuenta he tenido unos días muy ocupados, pero sobre todo porque sabía que tenía que darme un tiempo preciso para responder tu mensaje con toda la calma necesaria. Te tengo que decir que cuando lo leí hace unos días me quedé helado. Todo lo que me cuentas me ha dejado conmovido y me ha hecho pensar bastante, así como tú, en las cosas que han pasado todo este tiempo. Hay asuntos que no entiendo, claro, pero me tocan: el frío de Barcelona, tú y Alejandra en el barrio de paquistaníes y africanos del Raval, la soledad que a veces te golpea y te hace extrañar la Lima que dejaste atrás. Me dices que a veces cierras los ojos mientras caminas y puedes ver toda nuestra ciudad que se proyecta dentro de ti como un espacio invertido y en él aparecen con una nitidez extrema las imágenes de tu barrio, las calles cercanas a *La industria*, Miraflores y Barranco, y que de pronto abres los ojos y ves las calles del Barrio Gótico y te sientes muerto de miedo y de pena. La verdad es que no sé qué decirte. Sé que no tengo la experiencia para entenderte cabalmente pero hay algo en todo lo que cuentas que me toca profundamente, ¿sabes?, aunque no me haya movido un metro de mi ciudad y siga viviendo en casa de mis tíos. Como tú, yo a veces despierto creyendo que vivo en un mundo

completamente distinto al que existía aquí cuando tú aún estabas y todos formábamos parte de una edad o de una manera más o menos parecida de entender el tiempo y la vida. Sé que no se debe parecer en nada a todo lo que me cuentas, aquello de dormir creyéndote en Lima y de pronto no despertar en esa casa de Barranco con el gato al lado, pero créeme que últimamente algo así me ocurre a mí, y probablemente a Santiago, en esta ciudad. De pronto despierto y me parece también que Lima es otra, que es completamente extraña, y que de pronto todo aquello que hemos vivido aquí ya no existe o es remoto, o no se dio nunca.

Santiago ya publicó su libro; imagino que ya lo recibiste allá. Para mí ha sido revelador entender cómo el tema principal de lo que ha escrito es el paso del tiempo: a raíz del libro ambos hemos hablado y ahora estamos más o menos de acuerdo en que a cierta edad, a la vuelta de los treinta, empiezas a vivir con el sonido constante de un reloj en la cabeza. ¿Te pasa a ti también? ¿Sientes lo mismo? ¿Se acentúa el sonido ahora que sabes que serás padre de una niña? De pronto muchas de nuestras conversaciones se han tornado sombrías, o serias, y en ellas siento que hay una suerte de aprensión o de miedo del futuro, de lo que nos deparará o nos traerá, pero a la vez una cierta excitación. Sabemos que desde que te fuiste ya nada es ni será igual. El libro de Santiago ha obtenido algunas reseñas, pero tengo la impresión de que lo ha amargado un poco la indiferencia del medio, o lo ha decepcionado. Ahora lo veo inmerso en la noche, viviendo experiencias con chicas y salidas llenas de una pulsión que le envidio y que seguramente se convertirán en un libro más adelante. Bruno sigue con Tatiana, ya sabes, loco como siempre, tocando en su banda de orates que ahora lo han nombrado el cantante. Es fantástico sobre el escenario, no te puedes ni imaginar. ¿Yo? Yo voy jalando como puedo, sobre todo después de lo que me pasó con Fernanda. Te enteraste, ¿verdad? Ahora paso los días solo, dictando mis clases ciertas tardes y sin deseo alguno de volverme a enamorar o de vivir experiencias siquiera medianamente parecidas a las que atravesé con ella durante los últimos dos años. Es raro. A pesar de toda la tragedia y el dolor siento que dentro de mí algo se reconstituye a mi pesar, se organiza o se dispara, casi le sucede como a ese personaje de la novela de Bellow —Herzog, ¿la has leído?— que se da cuenta de que al final, pese a todos sus fracasos y a todo lo que tiene en contra, no ha dejado de generar jamás dentro de sí algo que se produce más allá de su voluntad y que él llama intensidad. Eso me pasa exactamente a mí.

Y, bueno, es que hay algo que tengo que contarte. Seguro no lo vas a creer pero me provoca decírtelo ahora así que eso haré. Es extraño en verdad. Al

principio pensé que se trataba de una sugestión y que quizás se disiparía con el tiempo pero parece que no será así. Lo cierto es que escribo. Eso es. Escribo y escribo mucho, muchas horas al día y ya estoy demasiado viejo para creer ingenuamente que no se trata de un libro, o de una novela, si acaso en las novelas es posible no mentir. Una novela sobre ti, ¿puedes creerlo? Y también sobre Bruno y sobre Santiago, sobre nosotros como amigos, sobre Lima, sobre los veinte años, sobre mí. Posiblemente ahora entiendas la naturaleza de este *mail*. Siento que de alguna forma ahora puedo decir o escribir lo que me pasa por la cabeza y ya no tengo miedo. Es una historia larga de contar pero no es necesario que te la relate aquí porque sé que al leer el propio manuscrito te enterarás de cómo así empecé a hacerlo, cómo he llegado finalmente a este punto. Ahora que la tengo avanzada y que excede las dimensiones que había calculado me pregunto si es así de extensa por todo el tiempo que permanecí mudo ante los acontecimientos que tú y Santiago supieron convertir en palabras o poemas o acaso porque recién ahora estoy en la capacidad de entender. A veces pienso que puedo escribir porque he dejado de ser quien era, de modo que todas las mañanas escribo sobre un Gabriel completamente diferente de mí, un personaje de una novela que fue mi vida y en la que mi piel ha dejado de estar hace un tiempo. ¿Acaso esa era la llave que necesitaba para empezar? Y si esa era la llave, ¿qué soy entonces ahora yo más allá de esto que escribo? Te va a parecer demencial pero muchas veces siento que soy tan solo esta voz, ¿sabes?, y que no entiendo absolutamente nada más allá del pasado que evoco. Los actos en la vida real están ligados de una manera caprichosa o no están ligados en absoluto, y escribirlos como hago yo todas las mañanas, distribuirlos en capítulos y secciones, es solo darles una continuidad y un valor que jamás tuvieron. Más allá de mi novela o de este mensaje estoy disperso y perdido entre todas las palabras, tan desarticulado como tú. Más allá de este orden no entiendo mucho, o nada. Un hombre solo es capaz de entender torpemente su pasado.

En fin, Jorge, la verdad es que no sé bien cómo he acabado diciéndote todo esto. Pero la verdad es que ya no me importa. Lo que en verdad quería decirte es que te recuerdo siempre. Que no debes olvidar nunca que eres el más brillante de todos nosotros, el mejor, y que tu corazón y tu cabeza te van a salvar siempre, aquí o allá, en España o en Perú, lo quieras o no. No olvides nunca, jamás olvides, mostro, que pese a todo, a pesar de la distancia, yo soy tu arma en el sur.

Besos a Alejandra y dentro de ella a Gabriela (por cierto, tu hija tendrá un nombre hermoso).

Tu hermano.
Gabriel.

II

Es poco lo que queda por narrar entre aquella tarde en que Gabriel creyó encontrar su voz y el inicio de este libro. Esta historia que termina así, conmigo, convertido en un hombre algo mayor al pie de una narración casi terminada, sentado en la misma habitación en la que en cierto momento el final de una vida real y el inicio de una escrita se tocaron una mañana de setiembre: esa mañana a la que precisamente me falta llegar.

Entonces me toca contar que tras ese viaje a Huamanga, Gabriel Lisboa regresó a sus clases en el instituto y vio a sus amigos. Empezó a vivir en estado de alerta, como si esperara el advenimiento de algo que no era preciso pero que él sospechaba definitivo. A fines de agosto, sentado en la misma mesa de Mochileros en que había estado con los mostros la noche en que se dio cuenta de que escribir no tenía sentido, le dijo a Montero que en cierta forma presentía que había una llave a punto de abrirse en algún lugar dentro de él, solo que aún le resultaba algo difícil encontrarla.

En cierto momento de setiembre, Lisboa se dio cuenta de que había pasado algunos días, quizás dos o tres, sin pensar en Fernanda, y aquello le dio algo de pena, pero también una sensación de alivio, y de libertad. Una noche, ordenando papeles y escuchando discos, oyó un tema de Neil Young que le llamó la atención, una canción en la que el músico manifestaba su intención de sentarse un día a escribir una carta de agradecimiento para todos sus amigos y al hacerlo los enumera, los describe, nombra lo que habían significado en su vida. De pronto, impulsado por un mecanismo automático, Gabriel dejó los papeles a un lado, se puso de pie, prendió su computadora, abrió un documento de Word y lo tituló como el tema que escuchaba, «*Uno de estos días*», pero después de mirar la superficie en blanco de la pantalla cambió el título por «El día de contarlo todo» y le pareció que en aquella línea cifraba una esperanza o realizaba una especie de llamado propiciatorio para aquello que a ratos sentía inminente. De pronto sospechaba que empezaba a confiar en algo, y reconoció que ya no sentía aprensión: veía el vacío del documento no como un precipicio sino como un espacio limpio que podría acogerlo si él se decidía a entrar en él. Luego apagó la máquina.

Una noche cualquiera le sucedió algo que acaso resultó definitivo. O que empujó las cosas hacia el punto de fuga al que se estaban dirigiendo todas sus

acciones. De esa jornada Gabriel no recuerda nada más que aquello que conversaron él y Montero. Últimamente se juntaban mucho los dos y hablaban bastante de la treintena, de los proyectos que aún tenían, del paso del tiempo. Santiago había recuperado algo de su peso y las primeras canas asomaban en su pelo y en su barba. Mirándolo, Lisboa sabía que aquello también lo aguardaba a él y sentía la necesidad de hacer algo antes de que empezara. Montero no había perdido el desánimo de otras ocasiones y esta vez le decía con algo de pesar que quizás se les había pasado el tiempo: la literatura era un barco que había zarpado de un puerto de Lima sin que ellos lo supieran y por eso ambos se habían quedado en el muelle, sin obra hecha o sin reconocimiento, desorientados, tratando de encontrar su nave perdida sin saber siquiera cuál era. ¿En qué se les había ido la veintena? ¿No habían sido esos años aquellos en los que tendrían que haberse formado, en los que leerían todos los libros necesarios para sentirse seguros con algún oficio? Si a los dos adolescentes que conversaban y fumaban en el corazón azul de la locura les hubieran preguntado si estarían contentos con lo que eran entonces, ¿qué habrían respondido? No habían tenido la voluntad de otros escritores para dejar de acercarse a lo real a cambio de prepararse, no habían tenido la disciplina. ¿En qué se les fue el tiempo? Supongo que en vivir, dijo de pronto Lisboa, y al decirlo sintió que decía algo contundente y Montero lo miró desde su lugar y le sonrió. «*En vivir*», repitió con un acento inerte su amigo. Luego se quedaron callados.

Esa misma noche Lisboa tuvo el último sueño antes del fin de esta historia. Y ese sueño se construyó con muchas de las cosas que ambos hablaron aquella vez. Gabriel se lo contaría más tarde a Santiago, y ambos se abocarían a él intentando interpretar sus símbolos y desentrañar sus visiones. El museo que apareció en él era la literatura. El museo era la treintena y la adultez. El museo era la vida. La caja que contenía las cosas valiosas era la misión de crecer. Era un libro. Era el propio Lisboa. Era todo y nada. Lo que no pudo transmitirle Lisboa a su amigo fue el miedo que sintió al soñarlo y también le ocultó lo que pasaba al final de él.

Antes de que los dos se encontraran en el sueño ocurrían muchas cosas, demasiadas en verdad, pero ninguna tuvo la definición suficiente para permanecer en la memoria de Lisboa más allá de la vigilia: quizás ocurría algo con la familia de Fernanda, con la playa, o «*Juan*». El sueño arranca en su memoria cuando Montero y Lisboa se encuentran en la sala central de lo que parece un museo. Lisboa ha llegado ahí solo y se ha encontrado a Montero repasando los techos altos del recinto, los detalles de un espacio que

parece dirigido a preservar la memoria de la historia o quizás de la geología. Lisboa nunca llega a precisar de qué tipo de legado se trata; solo sabe que el espacio es de pronto un museo y que el rostro de Montero lo ha reconocido, que ambos se acercan y se dan un apretón de manos y que alrededor de ellos las cosas empiezan a respirar como si las sacudiera un velamen delicado a la vez que se mantienen estáticas, para su tranquilidad. De pronto el latido de sus corazones es lo único claramente vivo en el espacio, pero ambos se dan cuenta, por el aceleramiento de sus pulsos, de que sin duda sienten miedo. ¿Por qué no llegaban Bruno y Jorge? Lisboa descubre de pronto que la responsabilidad de que ambos se hayan encontrado allí es suya: fue él quien los citó en ese sitio. Pero a la vez que siente esa culpa sabe con certeza que solo Montero sabe cómo salir vivos de ahí. ¿Es mejor correr hacia alguno de los pasillos o permanecer donde están? ¿Dónde se encuentra la salida? Se están preguntando eso cuando escuchan, mirándose a los rostros, el rugido de un animal vivo de proporciones enormes, una bestia que a Lisboa, en el sueño, le parece un oso, un oso gigantesco que también podría ser un reptil, o un felino. Con los ojos intenta encontrar respuestas en el rostro de Montero, porque en el sueño le parece que él ya estuvo en ese lugar antes, ese sitio donde de pronto ya no hay incunables ni estanterías ni candelabros sino paredes oscuras y altas que podrían ser de piedra o de metal, como la coraza de un submarino. Montero no tiene respuestas y en sus ojos se lee la misma turbación y el mismo pánico que siente Lisboa. Luego, sin motivo aparente, de súbito, Montero desaparece, o mejor dicho, ya no está ahí, y Lisboa tiene un paquete entre sus manos y sabe que Montero se lo dejó: Lisboa maldice a Montero, tiene ganas de llamarlo a gritos, a voces entre los pasillos, porque ahora está en un largo corredor, pero los gritos más lejanos de la bestia o la cosa viva que se desplaza en algún lugar del museo lo disuade de no seguir haciéndolo. Algo lo ata al paquete que tiene entre las manos, acaso la certidumbre de que es algo valioso o importante, algo que justifica la ausencia de su amigo, algo que podría ser una joya invaluable, o un tesoro. Entonces Lisboa entiende dos cosas con miedo cerval: que en los momentos en que la bestia calla está engullendo gente, o personas, y que es posible que esté buscando aquello que él tiene entre sus manos. Es un oso, le parece claramente en un momento, pero después está seguro de que es un reptil. Con la cosa entre las manos Lisboa siente un temor macizo, la sensación de que muy pronto lo aguarda el fin, o la muerte, y entonces desea deshacerse del paquete, encontrar a su amigo, despertar. De pronto, a solo unos metros, empieza a encontrar restos humanos entre los pasillos, retazos de carne, ropa,

y le parece entrever el cuerpo inerte de un guardia de seguridad que él sabe, no sabría explicar cómo, le pertenece a Mateo Ramírez Ganoza, el poeta joven de la de Lima al que Santiago admiraba. A los otros cuerpos no desea identificarlos. O pensar en ellos. En un punto Lisboa siente que ha cometido un crimen, que el paquete entre las manos está asociado a alguna acción indebida, y lo corroe la culpa, el miedo de ser descubierto, encontrado por alguien, humillado y expulsado del sitio. Siente que está en un lugar que no le corresponde, al que ha entrado por un acceso prohibido y se da cuenta de que ha sido filmado y de que es inminente el momento en que las luces del lugar se prendan de golpe y alguien lo señale por encima del hombro y sea estigmatizado para siempre. Montero no está, y si está vivo se habrá perdido en alguno de los ambientes del museo. ¿Era todavía un museo? Siente en un momento que todo el espacio se empieza a mover, a mover de una manera que empieza a marearlo, como si fuera el arca de una estructura que ha zarpado hacia algún lugar que lo llevará lejos de Lima, a una estación sin retorno. Con una descarga de horror sobre su corazón apretado, Lisboa busca algo con qué cubrirse la cara, algo que lo haga parecer otra persona, y entre las cosas que llega a distinguir en el piso reconoce una máscara con el rostro de Montero, una máscara que de pronto lo eriza porque parece hecha con materiales orgánicos, verdaderos, con el pelo auténtico de Montero, con sus cabellos, con su piel, y entonces Lisboa siente un vahído y un terrible dolor que no es físico porque ahora sabe que su amigo de veras ha desaparecido, o acaso ha muerto en un encuentro con la bestia que nadie pudo evitar. Entonces Lisboa tiene unas enormes ganas de gritar, y el grito que no puede expulsar es primario, como el que sentía en el jardín de infancia cuando su madre —¿su madre?— no llegaba a recogerlo. Tiene ganas de liquidarse, de desaparecer él también; unas ganas de salir de ahí, lejos de ese silencio que lo lastima y que anuncia un siguiente rugido que sin duda ocurrirá más cerca, mucho más cerca de él. Entonces se echa al suelo, dispuesto a esperarlo de rodillas, inerme, con la máscara de Montero aún en las manos y la decisión aún no tomada de ponérsela para no ser reconocido. Pero es entonces que se despierta.

Cuando lo hizo, Lisboa se encontró en medio de su habitación a eso de las cinco de la mañana. Estaba agitado, ensopado en un sudor que lo ahogaba. Miró sus libros en los estantes, las ventanas que daban a las casas de Santa Anita, y caminó por su habitación, de pronto acogedora y real, y buscó agua en el frigobar al lado de la computadora. Tomó de la botella con verdadera avidez y se sentó un rato en su cama sin pensar en nada, aún liberado de una

emoción que había sido tremendamente real, ya del otro lado del sueño. Se sosegó, revisó algunos libros, se acostó y de pronto volvió a quedarse dormido. Lo que soñó esas horas no pudo ser nada gravitante porque no lo recuerda pero al despertar, a eso de las nueve de la mañana, tuvo la sensación de que aquella pesadilla la había soñado no aquella noche sino muchas noches atrás, y de que de algún modo lo había acompañado hacía muchísimo tiempo.

A la luz del día aún nublado de setiembre, los objetos de su habitación —los muebles, los libros, la alfombra verde, las ventanas abiertas, el sofá cama negro— parecían haber recobrado una extraña definición. Fue consciente de la sensación de no sentir miedo, y tuvo ganas de encararse con el día y atravesarlo. Caminó por su cuarto, se asomó por las ventanas y fue a bañarse, pero esta vez antes de hacerlo prendió la computadora y abrió el archivo que había creado hacía unos días antes de buscar los discos de música que tenía al lado y decidir cuál de ellos lo acompañaría a gritar bajo el agua, a coger la guitarra imaginaria y a hacer coros con la boca pegada a la ducha. Pensó en un disco de Lulu Santos, en esa canción llamada «*Toda forma de amor*» que siempre le venía bien al empezar la mañana, lo puso y levantó el volumen a tope y se fue desnudando con la música, bailando y haciendo coros antes de entrar a la ducha y de pronto sintió ganas de pelear y se acercó a los libros de su cuarto y fingió que eran una especie de boxeador y estuvo dándoles golpes ficticios al mentón, a la nariz. Así desnudo, cantando la canción a todo pulmón, se metió al rigor helado del agua de la ducha de su casa en Santa Anita esa mañana de setiembre de 2004. El agua lo agitó. Fue consciente de su cuerpo, de su piel y también fue consciente de que algún día iba a morir, y entonces miró las casas de su barrio desde la ventana y sintió una felicidad vaga, imprecisa, los deseos de lanzarse contra alguien, o contra algo, de gritar con todas sus fuerzas pero con la boca cerrada, de ser finalmente. Entonces le pareció que él mismo era el punto preciso de todo lo que llevaba vivido hasta entonces, y también que a partir de ese momento las líneas de todo lo que vendría saldrían disparadas de su cuerpo hacia el exterior como si él fuera un proyector y el mundo un écran. Ni siquiera se preguntó si tendría ganas de escribir o no, si estaría listo o si sería capaz. Solo se dio cuenta de que tenía ganas cruciales de escuchar un disco de Lou Reed, sí, un disco de Reed a todo volumen para celebrar la llegada de ese día. Y ya sabía cuál sería el primer tema que pondría. Todo se encontraba alineado en la punta de su mente y de su lengua, a punto de salir lanzado de sus vísceras con la fuerza intimidante de su voluntad y de toda su vida recobrada. Había empezado el día, eso era lo

único claro. Y había que hacer algo con él. Solo que bajo el agua helada Lisboa aún no sabía qué. Ni cómo. Pero eso ya no le importaba.



Jeremías Gamboa (Lima, 1975) es autor del libro de cuentos «Punto de fuga» y de diversas columnas en medios como *Somos*, *Caras* y *Asia Sur*. «Contarlo todo» es su primera y esperadísima novela.

JEREMÍAS GAMBOA

Contarlo todo

